

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**Identidades, cultura y materialidad cerámica: Las Cogotas y
la Edad del Hierro en el Occidente de Iberia**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Juan Jesús Padilla Fernández

Directores

**Gonzalo Ruiz Zapatero
Jesús Rafael Álvarez Sanchís
Gonzalo Aranda Jiménez**

Madrid, 2019



Universidad Complutense
Madrid

Identidades, cultura y materialidad cerámica: Las Cogotas y la
Edad del Hierro en el Occidente de Iberia

*Identities, culture and pottery materiality: Las Cogotas and
the Iron Age in the Western Meseta*

Autor: Juan Jesús Padilla Fernández

Directores: DR. GONZALO RUIZ ZAPATERO
DR. JESÚS RAFAEL ÁLVAREZ SANCHÍS
DR. GONZALO ARANDA JIMÉNEZ

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Madrid, 2018

“L’essentiel est invisible pour les yeux”

“Lo esencial es invisible para los ojos”

Le Petit Prince, Antoine de Saint-Exupéry

AGRADECIMIENTOS

Tras casi cinco años de investigación continua son muchas las personas y las instituciones que deben tener un obligado reconocimiento. Porque sin ellas, este trabajo nunca hubiera sido posible. En primer lugar quiero agradecer la oportunidad que me concedió el ministerio de Educación, Cultura y Deporte en 2013. Sin la ayuda económica prestada por el Estado gracias al programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) este trabajo hubiera sido inviable, dada la cantidad de recursos económicos necesarios para terminar un estudio de tales características y dimensiones.

La labor de enseñanza inestimable llevada a cabo por mis directores, Gonzalo Ruiz Zapatero, Jesús. R. Álvarez Sanchís y Gonzalo Aranda Jiménez, bien merece que desde aquí les dé las gracias. Cuando llegué a Madrid en 2004 no era ni plenamente consciente de los cambios que mi vida iba a experimentar. Las clases de Prehistoria y las tardes de viernes en el laboratorio de Ulaca sirvieron para comprender que los valores de la honestidad, la humildad y la sencillez son claves para triunfar en Arqueología. Mi llegada a Granada en el año 2009 fue como una especie de revolución paradigmática. La escuela granadina me acogió como si fuera uno más y reforzó mi capacidad para pensar con sentido crítico sobre todo lo que nos rodea y sobre lo que somos.

Aparte de las propias Universidad Complutense y Universidad de Granada, el desarrollo de esta tesis está íntimamente ligado al Museo Arqueológico Nacional y al Museo de Ávila. Alicia Roderio Riaza, Esperanza Manso Martín, Eduardo Galán Domingo y Ruth Maicas Ramos no escatimaron en esfuerzos para que mi estancia en la sala de investigadores del M.A.N pareciera mi casa. Asimismo, me hicieron ver la valiosa necesidad arqueológica de re-excavar en los museos. María Mariné Isidro y Javier Jiménez Gadea me abrieron las puertas de Ávila y su museo, gracias a ellos pude contrastar y adquirir información muy importante para encauzar ciertos detalles historiográficos sobre Las Cogotas de difícil resolución.

Las estancias de investigación realizadas en el laboratorio de Préhisotire & Techonologie del CNRS en París y en el Ur- und Frühgeschichte und Archäologie des

Mittelalters de la Universidad de Tübinguen sirvieron fundamentalmente para dos cosas. La primera y más importante, conocer a personas maravillosas que se han convertido en piezas fundamentales de mi vida. El aprendizaje de metodologías de trabajo diferentes y nuevas técnicas de estudio fue también muy enriquecedor. Nunca olvidaré la hospitalidad con la que fui recibido.

La fortaleza mental para terminar este trabajo se la debo a cuatro personas: las dos Sagrarios –mi madre y mi hermana– Linda –mi compañera de viaje– y Eva –mi mejor amiga–. Gracias a su apoyo incondicional, a su creencia en mí y a sus ánimos he sido capaz de superar mis miedos e inseguridades a la hora de hacer realidad mi sueño: ser arqueólogo y contribuir un poquito más al conocimiento de nuestro rico y desconocido pasado. Por supuesto, son más las personas que me han dado fuerzas y me han animado a seguir en esta dura tarea. Francisco Contreras –mi director de departamento preferido–, Auxilio Moreno –mi madre arqueológica–, Luis Arboledas –mi arqueólogo preferido–, Alberto Dorado –mi técnico de laboratorio–, Antonio Blanco –El Ian Hodder de la Meseta– Ignacio Muñoz, Carmen Sánchez, Emilio Ruiz y Gema Barrera –del clan de Almedinilla–, así como Aixa Vidal, Ana Herrero, Raquel Jiménez, Raquel Liceras, Rafael Serrano, María Franco, Miguel Ángel Vázquez, Coni Alvitz, Jadranka Verdonkschot y Juan José López han sido pilares fundamentales.

Por último, quiero tener una deferencia de agradecimiento especial para mi padre, quizás el verdadero artífice de esta tesis. Nunca imaginé que iba a presumir tanto de tener sangre alfarera. Con su esfuerzo, sudor y entrega sigue luchando por un oficio con sentencia de muerte. Aun así, parte de su “saber hacer” queda grabado para siempre en estas líneas.

A mi abuelo Francisco,

ÍNDICE DE CONTENIDOS

| | |
|---|-----------|
| Índice de contenidos | i |
| Índice de tablas | iv |
| Índice de figuras | v |
| Resumen | xv |
| Summary | xvii |
| Préambulo | xix |
| | |
| Capítulo 1. Las Cogotas: un emplazamiento estratégico | 1 |
| Introducción | 1 |
| 1.1. Situación geográfica y formación geológica | 2 |
| 1.2. La importancia de una posición privilegiada | 7 |
| 1.3. Entre Oriente y Occidente | 20 |
| | |
| Capítulo 2. Historiografías: la investigación arqueológica en Las Cogotas | 41 |
| Introducción | 41 |
| 2.1. Desde <i>Las Cogoterías</i> a Juan Cabré | 42 |
| 2.2. El apellido Cabré y la configuración de la cultura de Las Cogotas | 47 |
| 2.3. La consolidación de Cogotas I, Cogotas II y Cogotas III | 54 |
| 2.4. Nuevos tiempos y nuevos trabajos: Las Cogotas a debate | 62 |
| 2.5. Y... ¿las personas? Las últimas excavaciones en Las Cogotas y las prioridades del presente | 72 |
| | |
| Capítulo 3. Marco teórico y metodológico: identidades y tecnología social | 81 |
| Introducción | 81 |
| 3.1. En busca de la estructura y el sujeto agente | 84 |
| La interrelación entre personas, objetos y sociedad | 98 |

| | |
|--|------------|
| Las personas y sus capacidades de agencia | 102 |
| 3.2. Rescatando identidades | 107 |
| 3.3. El cómo para construir el por qué y el por quién: La Cadena Técnico-Operativa | 126 |
| 3.4. Hacia una propuesta metodológica | 142 |
| La selección y extracción de las materias primas | 148 |
| La preparación de los materiales | 150 |
| El modelado | 153 |
| El secado | 159 |
| La cocción | 163 |
| Capítulo 4: Las Cogotas: el registro arqueológico cerámico | 171 |
| Introducción | 171 |
| 4.1. La importancia de la contextualización | 174 |
| 4.2. La cerámica de “Cogotas I” | 192 |
| La selección, extracción y preparación de las materias primas | 193 |
| El modelado | 199 |
| La cocción | 202 |
| 4.3. La Cerámica de “Cogotas II” | 205 |
| La selección y extracción de las materias primas | 208 |
| La preparación de los materiales | 211 |
| El modelado | 216 |
| El secado | 238 |
| La cocción | 255 |
| 4.4. La Cerámica de “Cogotas III” | 263 |
| La selección y extracción de las materias primas | 266 |
| La preparación de los materiales | 272 |
| El modelado | 277 |

| | |
|---|------------|
| El secado | 289 |
| La cocción | 296 |
| Capítulo 5: Reflexiones e inferencias: identidades en la Edad del Hierro | 304 |
| Introducción | 304 |
| 5.1. Identidades sociales | 306 |
| 5.2. Identidades étnicas | 326 |
| 5.3. Identidades simbólicas | 344 |
| Final considerations | 364 |
| Bibliografía | 369 |
| Anexos | 432 |

ÍNDICE DE TABLAS

| | |
|--|-----|
| Tabla 1: Principales Procesos tecnológicos relacionados con el modelado de la cerámica a mano (modificado a partir de García Roselló y Calvo Trías, 2013: 53). | 155 |
| Tabla 2: Principales métodos del modelado de cerámica a torno con colombinos (modificado a partir de Roux, 2016). | 158 |
| Tabla 3: Principales trazas del modelado de cerámica a torno sobre masa y con molde (modificado a partir de Roux, 2016). | 159 |
| Tabla 4: Fases del secado (modificado a partir de García Roselló y Calvo Trías, 2013: 48). | 160 |
| Tabla 5: Trazas relacionadas con los tratamientos de superficie y esquemas decorativos (modificado a partir de Vidal 2014). | 162 |
| Tabla 6: Trazas de origen térmico tanto en sección como en superficie provocadas por la cocción (modificado a partir de García Roselló y Calvo Trías, 2006). | 166 |
| Tabla 7: Trazas de los rasgos característicos de pericia técnica. | 169 |
| Tabla 8: Relación de piezas de Cogotas I en función del porcentaje de desgrasante en la matriz. | 198 |
| Tabla 9: Relación de piezas de Cogotas II en función del porcentaje de desgrasante en la matriz. | 213 |
| Tabla 10: Relación de piezas de Cogotas II a mano en función de su grado de pericia técnica. | 221 |
| Tabla 11: Relación de piezas de Cogotas II a torno en función de su grado de pericia técnica. | 230 |
| Tabla 12: Relación de muestras de Cogotas III analizadas mediante FRX. | 272 |
| Tabla 13: Relación de piezas de Cogotas III en función del porcentaje de desgrasante en la matriz. | 276 |
| Tabla 14: Relación de piezas de Cogotas III a torno en función de su grado de pericia técnica. | 284 |
| Tabla 15: Relación de cerámicas analizadas a mano y a torno. | 314 |

ÍNDICE DE FIGURAS

| | |
|--|----|
| Fig. 1: Emplazamiento del yacimiento de Las Cogotas. | 3 |
| Fig. 2: Mapa geomorfológico del entorno inmediato del yacimiento de Las Cogotas (modificado a partir de recurso web: IGME, http://sig.mapama.es/geoportal/). | 4 |
| Fig. 3: Usos actuales de suelo del entorno inmediato del yacimiento de Las Cogotas (modificado a partir de recurso web: IGME, http://sig.mapama.es/geoportal/). | 5 |
| Fig. 4: Climatología actual del Valle de Amblés (modificado a partir de recurso web: IGME, http://sig.mapama.es/geoportal/). | 6 |
| Fig. 5: Hitos del paisaje en el Valle de Amblés. Arriba: Berrocales de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). Abajo: Peña Caballera (Sierra de la Paramera, Ávila). | 9 |
| Fig. 6: El ámbito geográfico del Valle de Amblés. | 10 |
| Fig. 7: Poblamiento en el Valle de Amblés en torno al III-II milenio a. C. (modificado a partir de Fabián García <i>et al.</i> , 2006). | 12 |
| Fig. 8: Poblamiento en el Valle de Amblés en el Bronce Pleno (1700-1250 cal. AC.) (modificado a partir de Blanco González, 2009). | 14 |
| Fig. 9: Poblamiento en el Valle de Amblés en el Bronce Final (1250-850 cal. AC.) (modificado a partir de Blanco González, 2009). | 15 |
| Fig. 10: Poblamiento en el Valle de Amblés en la Primera Edad del Hierro (850-650 cal. AC.) (modificado a partir de Blanco González, 2009). | 17 |
| Fig. 11: Poblamiento en el Valle de Amblés en la Segunda Edad del Hierro (a partir del s. V a. C.) (modificado a partir de Álvarez Sanchís, 2003). | 19 |
| Fig. 12: Contactos de doble dirección en torno a la Vía de la Plata y los valles del Duero, Tajo y Ebro. | 22 |
| Fig. 13: Conjuntos cerámicos de transición documentados en el yacimiento de Las Cogotas (Bronce Final-Primera Edad del Hierro). M.A.N: A: 3534; B: 35535; C: 1989/41/2227; D: 35506; E: 35492; F: 35488; G: 35490; H: 33424; I: 35478; J: 35500. | 24 |
| Fig. 14: Cerámica a peine blando documentada en el yacimiento de Las Cogotas. M.A.N/1989/41/2083. | 25 |
| Fig. 15: A: urna tinajilla asociada a la vivienda nº11 del yacimiento de Las Cogotas (M.A.N/1989/41/3482); B: copa ática ligada a contextos de la necrópolis del yacimiento de Las Cogotas (M.A.N/1989/24/sn); C: “ascos” zoomorfo registrado en la necrópolis de Las Cogotas (M.A.N/1989/24/681). | 27 |

| | |
|---|----|
| Fig. 16: Contactos de doble dirección entre la Alta Andalucía, la Meseta Sur y la Meseta Norte. | 28 |
| Fig. 17: Contactos de doble dirección entre vettones, vacceos y arévacos en la Segunda Edad del Hierro. | 30 |
| Fig. 18: Conjuntos cerámicos de presumido origen vacceo y arévaco documentados en el yacimiento de Las Cogotas. M.A.N: A: 1989/41/1751; B: 1989/41/3152; C: 1989/24/51; D: 1989/41/3156; E: 1989/24/192; F: 1989/24/81; G: 1989/24/114; H: 1989/41/3153; I: 1989/41/3419; J: 1989/24/113. | 31 |
| Fig. 19: Conjuntos cerámicos de imitación vaccea y arévaca documentados en el yacimiento de Las Cogotas. M.A.N: A: 35550; B: 1989/24/686; C: 3478 (a); D: 35514; E: 1989/24/78. | 33 |
| Fig. 20: Conjuntos cerámicos estampillados documentados en el yacimiento de Las Cogotas (A-E). M.A.N: A: 1989/41/2314; B: 1989/24/29; C: 1989/24/66; D: 1989/24/74; E: 1989/41/2984. Elementos de metal (F-G). M.A.N: F: 1989/41/3061; G: 1989/41/3066. | 34 |
| Fig. 21: Contactos de doble dirección entre la Península Ibérica, el Atlántico Norte y Europa Occidental. | 35 |
| Fig. 22: Izquierda: herramienta de estampilla de origen foráneo (M.A.N/1989/41/288). Derecha: fragmento estampillado con motivos de tipo foliáceo (M.A.N/1989/41/3596). Ambos descubiertos en el yacimiento de Las Cogotas. | 36 |
| Fig. 23: Conjunto cerámico de tradición celtibérica (A-D). M.A.N: A: 35570; B: 35569; C: CO-1986/89-1; D: CO-1986/89-2. Conjunto cerámico de imitación ibérica y de barniz negro (E-I). M.A.N: E: 35540; F: 13383; G: 35586; H: 35584; I: 35542. Urna de posible procedencia laténica. I:M.A.N/1989/24/230. | 37 |
| Fig. 24: Fíbula de caballito de la colección Garci-Nuño (M.A.N/18760, Barril Vicente, 2008: 478). | 43 |
| Fig. 25: Entrada al museo proto-histórico ibérico (López Rodríguez, 2014: 226). | 45 |
| Fig. 26: Remate de bronce de la colección Rotondo (M.A.N/1941/91/5/1, Barril Vicente, 2008: 459). | 46 |
| Fig. 27: Mapa del castro de Las Cogotas realizado por Emilio Camps (lám. II, Cabré Aguiló, 1930). | 48 |
| Fig. 28: (Arriba) Panorámica de Las Cogotas tomada desde el Noroeste (lám. I, Cabré Aguiló 1930). (Abajo) Juan Cabré Aguiló y los trabajos arqueológicos dirigidos por él en la necrópolis de Las Cogotas (láms. X, XVII y XIX, Cabré Aguiló 1932). | 49 |
| Fig. 29: Esquema conceptual de las dos culturas que habitaron Las Cogotas según Juan Cabré. | 53 |
| Fig. 30: Propuesta conceptual de José Pérez de Barradas y Martín Almagro Basch. | 55 |
| Fig. 31: Propuesta conceptual de Cogotas I, Cogotas II y Cogotas III según Pere Bosch i Gimpera. | 56 |

| | |
|---|-----|
| Fig. 32: Propuesta conceptual de Cogotas I y Cogotas II según Juan Maluquer. | 32 |
| Fig. 33: Propuesta conceptual de Cogotas I adoptada por la Academia a primeros de los años 80. | 60 |
| Fig. 34: Propuesta conceptual de Cogotas II según Martin Valls. | 61 |
| Fig. 35: Áreas funcionales del poblado de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila), estructura piramidal de su comunidad a partir de los enterramientos y distribución de los ajuares funerarios según categorías: guerreros (A), especialistas (B), mujeres (C), otros (D) y tumbas sin ajuar (Álvarez Sanchís, 2003). | 64 |
| Fig. 36: (Arriba) Localización y planta el alfar de Las Cogotas. (Abajo) Vista general del área de trabajo arqueológica del alfar de Las Cogotas. | 66 |
| Fig. 37: Nuevos postulados sobre Cogotas I y Cogotas II a partir de los años 90. | 69 |
| Fig. 38: Esquema de la planta final referente al sondeo 1 de la excavación arqueológica dirigida por Rosa Ruiz Entrecanales (04/91/2004) (Modificado a partir Ruiz Entrecanales 2004). | 74 |
| Fig. 39: Esquema de la planta final referente al sondeo 2 de la excavación arqueológica dirigida por Rosa Ruiz Entrecanales (04/91/2004) (Modificado a partir Ruiz Entrecanales 2004). | 75 |
| Fig. 40: (Arriba) Localización de las zonas de actuación de la excavación arqueológica dirigida por Alma María López Guerra (04/112/2004) (modificado a partir de López Guerra, 2007). (Abajo) Vista final de la muralla norte tras la ejecución de los trabajos de limpieza (López Guerra, 2007). | 77 |
| Fig. 41: Pensamiento de la escuela tradicional/histórico-cultural (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 23). | 86 |
| Fig. 42: Ideas básicas de la teoría de pensamiento de É. Durkheim. | 90 |
| Fig. 43: Ideas básicas de la teoría de pensamiento de M. Weber. | 92 |
| Fig. 44: Principales fundamentos teóricos de las corrientes procesual y post-procesual (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 23). | 93 |
| Fig. 45: Post-procesualismo e individualidad. | 95 |
| Fig. 46: Principales fundamentos teóricos de la corriente procesual cognitiva. | 97 |
| Fig. 47: Relación indivisible de los objetos y las personas. | 101 |
| Fig. 48: La importancia de las personas y su capacidad de agencia. | 103 |
| Fig. 49: Arqueología de las identidades. | 110 |

| | |
|---|------------|
| Fig. 50: Principios básicos del concepto de identidad relacional adscriptiva colectiva (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 62). | 120 |
| Fig. 51: Principios básicos del concepto de identidad individualizada (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 62). | 122 |
| Fig. 52: El concepto de la dividualidad. | 124 |
| Fig. 53: No solo importa el cómo. El concepto de CTO como herramienta para estudiar a las sociedades del pasado. | 133 |
| Fig. 54: Mecanismos de la operación técnica (modificado a partir de Lemonnier, 1992). | 138 |
| Fig. 55: El concepto de CTO junto a las disciplinas etnoarqueológica, arqueométrica y la experimentación en arqueología como mecanismos para investigar el pasado. | 143 |
| Fig. 56: Esquema de las secuencias de producción de la CTO. | 147 |
| Fig. 57: Área de captación de recursos aplicado en torno al yacimiento de Las Cogotas. | 150 |
| Fig. 58: Diferentes procesos de decantación. | 152 |
| Fig. 59: Diferentes técnicas para llevar a cabo el modelado de las piezas cerámicas. | 153 |
| Fig. 60: Relación de acciones técnicas estrechamente relacionadas con el proceso de pérdida de agua de los recipientes cerámicos. | 161 |
| Fig. 61: Principales estructuras relacionadas con el proceso de cocción de la cerámica. | 164 |
| Fig. 62: Requisitos básicos necesarios para producir cerámica (modificado a partir de Vidal, 2014). | 167 |
| Fig. 63: Diferentes agentes de la producción alfarera. | 168 |
| Fig. 64: Herramientas y pellas de barro encontradas en contextos domésticos durante las excavaciones de Juan Cabré. M.A.N: A) 35520; B) 1989/41/983; C) 1989/41/976; D) 1989/41/977; E) 1989/41/356; F) 1989/41/2251; G) 1989/41/981; H) 1989/41/2286; I) 1989/41/3331. | 177 |
| Fig. 65: Piletas de decantación del alfar de Las Cogotas documentadas en las excavaciones de los años 80. | 179 |
| Fig. 66: Zona destinada específicamente al modelado de piezas en el alfar de Las Cogotas documentada en las excavaciones de los años 80. | 181 |
| Fig. 67: Zonas destinadas específicamente al secado de piezas en el alfar de Las Cogotas documentadas en las excavaciones de los años 80. En su interior fueron hallados materiales como cuencos (CO-1986-89/306) y piezas poco cocidas (CO-1986-89/307). | 182 |
| Fig. 68: (Arriba) Piezas con defectos de cocción y recortadas intencionadamente para ser utilizadas como soportes. A) CO-1986-89/220; B) CO-1986-89/221). (Abajo) Piezas con | |

| | |
|--|------------|
| defectos de cocción halladas en el alfar de Las Cogotas. C) CO-1986-89/113; D) CO-1986-89/114; E) CO-1986-89/115; F) CO-1986-89/116. | 184 |
| Fig. 69: El alfar de Las Cogotas concebido como un espacio de trabajo humano. | 185 |
| Fig. 70: Recreación del alfar de Las Cogotas (Ilustración de Diego Ortega Alonso). | 186 |
| Fig. 71a: Esquemas de los sondeos 1 y 2 realizados por Rosa Ruiz Entrecanales en 2004 en el poblado de Las Cogotas. | 188 |
| Fig. 71b: Materiales cerámicos encontrados en las UEs 103, 112, 114, 115, 203 y 208. A) M.A/04-91-114-9; B) M.A/04-91-115-3; C) M.A/04-91-103-13; D) M.A/04-91-103-23; E) M.A/04-91-103-69; F) M.A/04-91-103-70; G) M.A/04-91-203-117; H) M.A/04-91-208-6; I) M.A/04-91-208-15; J) M.A/04-91-203-9. | 189 |
| Fig. 72: Materiales cerámicos encontrados en las UEs 103, 112, 114, 115, 203 y 208. A) M.A/04-91-114-9; B) M.A/04-91-115-3; C) M.A/04-91-103-13; D) M.A/04-91-103-23; E) M.A/04-91-103-69; F) M.A/04-91-103-70; G) M.A/04-91-203-117; H) M.A/04-91-208-6; I) M.A/04-91-208-15; J) M.A/04-91-203-9. | 191 |
| Fig. 73: CTO de Cogotas I. | 194 |
| Fig. 74: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas I procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989-41-2382; b) 1989-41-2995; c) 1989-41-3122; d) 1989-41-3123; e) 1989-41-3126; f) 1989-41-3127; g) 1989-41-3163; h) 1989-41-3169; i) 1989-41-3174; j) 1989-41-3218; k) 1989-41-3570; l) CO-1989-Vivienda 9-2; m) CO-1989-Vivienda 9-4; n) CO-1989-Vivienda 9-5; o) CO-1989-Vivienda 9-12. | 197 |
| Fig. 75: Fragmentos de Cogotas I con trazas evidentes de modelado mediante la técnica del urdido y la superposición de colombinos. M.A.N: A) 1989/41/2995; B) 1989/41/2989; C) 1989/41/2988. | 200 |
| Fig. 76: Conjunto de contenedores adscritos a Cogotas I procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989-41-2382; b) 1989-41-2995; c) 1989-41-3122; d) 1989-41-3123; e) 1989-41-3126; f) 1989-41-3127; g) 1989-41-3163; h) 1989-41-3169; i) 1989-41-3174; j) 1989-41-3218; k) 1989-41-3570; l) CO-1989-Vivienda 9-2; m) CO-1989-Vivienda 9-4; n) CO-1989-Vivienda 9-5; o) CO-1989-Vivienda 9-12. | 203 |
| Fig. 77: Cocción experimental de cerámica moldeado a mano en hoyo simple. | 204 |
| Fig. 78: CTO de Cogotas II. | 206 |
| Fig. 79: Pellas de barro encontradas en contextos domésticos de Las Cogotas. M.A.N: A) 1989/41/973; B) 1989/41/971; C) 1989/41/972; D) 1989/41/1796; E) 1989/41/1795. | 209 |
| Fig. 80: Esquema de puntos de análisis de FRX de Cogotas II. Ver relación de muestras en anexo 1. | 211 |
| Fig. 81: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989-41-3621; b) 1989-41-3103; c) 1989-41-3131; d) 33410; e) 35533; f) 35531; g) 3481 (A); h) 3481 (C); i) 1989-41-3094; j) 1989- | |

41- 3480 (B); k) 1989-24-263; l) 1989-24-697; m) 1989-41-3008; n) 1989-41-3015; o) 1989-41-3016. **212**

Fig. 82: Forma cerámica con signos elementales de alisado en la que se puede percibir con claridad huellas evidentes de una exposición reiterada al fuego (M.A.N/35533). **214**

Fig. 83: Detalle de signos evidentes de exposición reiterada al fuego en la parte basal (M.A.N/33410). **215**

Fig. 84: Cerámicas de Cogotas II realizadas con las técnicas de ahuecado y urdido mediante la superposición de colombinos. M.A.N: A) 35476; B) 35499; C) 35537; D) 1989/41/3014; E) 1989/41/3015; F) 1989/41/3016. **217**

Fig. 85: Grado deficiente de modelado en contenedores de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 35535; b) 33423; c) 35490; d) 1989-41-2083; e) 1989-41-2227; f) 35506; g) 1989-41-447; h) 35505; i) 1989-41-2084; j) 35491; k) 35500; l) 35502. **218**

Fig. 86: : Grado aceptable de modelado en contenedores de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 33424; b) 35488 c) 35492; d) 35478; e) 3534. **219**

Fig. 87: Grado óptimo de modelado en contenedores de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 33433; b) 1989-24-693; c) 35580. **220**

Fig. 88: (Arriba) Alfarero cristiano-copto de Garagos tratando de emular una cerámica de tradición popular española. (Centro) Alfarero musulmán de Hagaza tratando de emular una cerámica de tradición popular española. (Abajo) Alfarero de Bailén tratando de emular una cerámica de tradición musulmana-egipcia. **223**

Fig. 89: Recipientes modelados haciendo uso de energía cinética pertenecientes a los grupos A y B (métodos 1 y 2). M.A.N: A) 33437; B) 1989/41/53; C) 1989/24/231; D) 35498; E) 1989/41/2383. **226**

Fig. 90: Recipientes modelados haciendo uso de energía cinética pertenecientes a los grupos C y D (métodos 3 y 4). M.A.N: A) 35539; B) 35581; C) 35560; D) 1989/24/18. **227**

Fig. 91: Esquema de los distintos métodos de modelado a torno con colombinos (modificado a partir de Roux y Courty, 1998). **228**

Fig. 92: Tornos bajos de rueda. (Arriba-Izquierda) Placa corintia en la que se observa a un alfarero pintando cerámica. (Arriba-derecha) Tornos documentados en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) (Fernández Maroto, 2013). (Abajo-derecha) Estructura de torno encontrada en el alfar de Las Cogotas. (Abajo-izquierda) Simulación del funcionamiento de la rueda de torno del alfar de Las Cogotas (Ilustración de Diego Ortega Alonso). **233**

Fig. 93: (Arriba) Restos de la torneta encontrados en Las Cogotas. Base: M.A.N/1989/41/3306; Mástil: 1989/41/3279. (Abajo) Alfarero decorando a través de la técnica “a peine” (Ilustración de Diego Ortega Alonso). **236**

| | |
|--|------------|
| Fig. 94: Tratamientos de superficie de Cogotas II. M.A.N: A) 35545; B) 1989/24/34; C) 35568; D) 35574; E) 1989/24/95; F) 1989/24/48; G) 35532; H) 1989/24/33; I) 35508; J) 1989/24/133. | 240 |
| Fig. 95: (Izquierda) Detalle de técnica decorativa excisa, en la que apreciamos un nivel limitado de pericia técnica (MAN/3534). (Derecha) Detalle en el que podemos observar vacuolas e incipientes vitrificaciones en la superficie, como consecuencia de pericias técnicas deficientes en lo que se refiere a la aplicación de elementos metálicos (MAN/35491). | 242 |
| Fig. 96: Decoraciones barrocas inciso-impresas y digitadas de Cogotas II. M.A.N: A) 1989/24/20; B) 1989/24/189; C) 1989/41/3085(A); D) 1989/41/3085(B); E) 1989/41/2986; F) 1989/41/2983. | 243 |
| Fig. 97: Decoraciones barrocas inciso-impresas y digitadas de Cogotas II. M.A.N: A) 1989/24/20; B) 1989/24/189; C) 1989/41/3085(A); D) 1989/41/3085(B); E) 1989/41/2986; F) 1989/41/2983. | 247 |
| Fig. 98: Digitaciones apreciadas en las cerámicas de Cogotas II. M.A.N: A) 1989/41/3094; B) 1989/41/3095; C) 1989/41/3187; D) 1989/41/3087; E) 1989/24/56; F) 1989/24/117. | 249 |
| Fig. 99: Relación de cerámicas de Cogotas II que presentan decoraciones con digitación fiables. | 251 |
| Fig. 100: Muestras de la colección experimental realizadas a modo de comparación con las digitaciones arqueológicas. | 252 |
| Fig. 101: Relación de resultados de la colección experimental. | 254 |
| Fig. 102: Cerámica de Cogotas II con trazas evidentes de defectos de cocción. M.A.N: A) 33426; B) 35478; C) 35546; D) 33545. | 257 |
| Fig. 103: Recipiente de Cogotas II hallado en contexto de necrópolis que presenta trazas evidentes de exposición a un fuego rápido y discontinuo (M.A.N/1989/24/6). | 259 |
| Fig. 104a: Recipiente de Cogotas II hallado en contexto de necrópolis que presenta trazas evidentes de exposición a un fuego rápido y discontinuo (M.A.N/1989/24/6). | 261 |
| Fig. 104b: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas II analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2. | 262 |
| Fig. 105: CTO de Cogotas III. | 265 |
| Fig. 106: (Arriba) Esquema de puntos de análisis de FRX de Cogotas III. (Abajo) Esquema de punto de análisis de FRX de Cogotas II y III. Ver relación de muestras en anexo 1. | 267 |
| Fig. 107: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas III foráneas procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989/41/356; b) 1989/41/1751; c) 1989/41/3753; d) 1989/41/3152; e) 1989/41/3340; f) 1989/41/3596; g) 1989/41/3482; h) 1989/41/288; i) 1989/24/sn; j) 1989/24/230. | 271 |

Fig. 108: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas III procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989/41/3423; b) 1989/41/3339; c) 1989/41/3215; d) 1989/41/2771; e) 1989/41/2615; f) 35592; g) 35513; h) 35516; i) 3481 (B); j) 1989/41/285; k) 1989/41/285(B); l) 1989/41/3478(C). **275**

Fig. 109: Cerámica de Cogotas III realizadas sin uso de energía cinética. A) CO-1986-89/90/133/A1/4; B) M.A/04/112/2/2555. M.A.N: C) 1989/41/2437; D) 1989/41/2430; E) 35523; F) 35522. **278**

Fig. 110a: Cerámicas de Cogotas III que presentan un grado de modelado deficiente. M.A.N: A) 1989/24/68; B) 35550; C) 35551; D) 1989/24/228. **279**

Fig. 110b: Cerámicas de Cogotas III que presentan un grado de modelado aceptable. M.A.N: A) 35572; B) 35571; C) 1989/24/319; D) 35544; E) 1989/41/3364. **280**

Fig. 110c: Cerámicas de Cogotas III que presentan un grado de modelado óptimo. M.A.N: A) 1989/24/708(A); B) 35548; C) 1989/41/3354; D) 35575; E) 1989/24/15. **281**

Fig. 111: Juguetes hallados en las inmediaciones del alfar de Las Cogotas. M.A.N: A) 1999/113/1; B) 1999/113/2; C) 1999/113/3. D) CO-1986-89/133; E) CO-1986-89/80. **283**

Fig. 112: (Arriba) Recipientes cerámicos de la estructura 6 del alfar de Las Cogotas. En ellos se cumplen fielmente las dos reglas que corroborarían la utilización de hormas de forma cónica a modo de molde. (Dibujos arqueológicos modificados a partir de Nuria Salas, 2008). (Abajo) Horma de forma cónica utilizadas en el proceso experimental de reproducción. **285**

Fig. 113: Soporte cerámico creado exprefeso para modelar (CO-1986/89-432). **287**

Fig. 114: (Arriba) Herramientas de hueso empleadas para modelar halladas en el alfar de Las Cogotas. A-D) Cogotas 90, E19, Fondo basurero entre los bloques grandes de granito; E-F) CO-1986-89/8255 y 163; G) CO-1986-89/87/64^a1/4139; H) CO-1986-89/90/133/A1/5. A) (Abajo) Posibles cuchillos utilizados durante el proceso de manufactura. I) CO-1986-89/87/A/D-2; J) CO-/A1/75. **288**

Fig. 115: (Izquierda) Posible instrumento empleado como fijador de pinceles asociado al proceso de decoración mediante pigmentos (CO-1986-89/86). (Derecha) Fragmento de tinaja con círculos concéntricos (CO-1999/114/698). **293**

Fig. 116: Huellas de manufactura deficientes en relación al pegado de las asas (M.A.N/35547). **294**

Fig. 117: Cerámicas de Cogotas III con decoraciones estampilladas. M.A.N: A) 1989/41/2285; B) CO-19889-86/87-64(A)/2577; C) Cogotas 87/64^a/2577. **295**

Fig. 118: Experimentación arqueológica de un proceso de cocción asociado a la CTO de Cogotas III. (Arriba) Cocción y reproducciones arqueológicas en horno experimental (Bailén, Jaén). (Abajo) Cocción y reproducciones arqueológicas en horno experimental (Almedinilla, Córdoba). **300**

Fig. 119a: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas III analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2. **301**

| | |
|---|------------|
| Fig. 119b: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas III analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2. | 302 |
| Fig. 120: Relación entre sociedad, estructura, <i>habitus</i> y poder. | 307 |
| Fig. 121: Relación entre ajuar cerámico e individualidad. | 311 |
| Fig. 122: Relación entre ajuares torneados, la incorporación de la energía cinética como sistema para producir cerámica y la individualidad. | 313 |
| Fig. 123: Relación de cerámicas analizadas a mano y a torno de Cogotas I, Cogotas II y Cogota III. | 315 |
| Fig. 124: (Arriba) Mujer decorando una pieza cerámica en un espacio de producción doméstico. (Abajo) Hombre torneando en un espacio de producción específico (Ilustraciones de Diego Ortega Alonso). | 318 |
| Fig. 125: (Arriba) Mujeres realizando actividades complementarias de producción cerámica en el alfar de Las Cogotas. (Abajo) Mujer modelando y enseñando en una de las casas de Las Cogotas (Ilustraciones de Albert Álvarez y Diego Ortega Alonso, respectivamente). | 321 |
| Fig. 126: Posible funcionamiento de sociedades de tipo trapezoidal en la Edad del Hierro. | 323 |
| Fig. 127: Posibles redes étnicas de la Primera Edad del Hierro en torno a Las Cogotas. | 329 |
| Fig. 128: Concepto de Las Cogotas como comunidad étnica. | 332 |
| Fig. 129: Posibles redes étnicas de la Segunda Edad del Hierro en torno a Las Cogotas y circunscritas al occidente de la Meseta. | 333 |
| Fig. 130: La Vettonia como categoría étnica construida desde una perspectiva exoétnica mediterránea. | 334 |
| Fig. 131: Tumba 356 de la necrópolis de Las Cogotas (modificado a partir de Cabré Aguiló, 1932). | 337 |
| Fig. 132: (Arriba) Incursiones cartaginesas de Aníbal a la Meseta (modificado a partir de Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2013). (Derecha) Recreación de una emboscada en el río Tajo en el año 220 (Ilustración de Dionisio Álvarez). | 339 |
| Fig. 133: Frente indígena común ante la conquista inminente de Roma. | 341 |
| Fig. 134: Parámetros materiales que expresan la pertenencia a una identidad étnica común. | 343 |
| Fig. 135a: Esquemas decorativos alusivos a representaciones solares realizados con diferentes acciones técnicas (modificado a partir de Cabré Aguiló, 1930 y 1932). | 345 |
| Fig. 135b: Esquemas decorativos alusivos a representaciones solares realizados con diferentes acciones técnicas (modificado a partir de Cabré Aguiló, 1930 y 1932). | 346 |
| Fig. 136: Cultura material procedente de la necrópolis de Las Cogotas con motivos solares idénticos a los documentados en los conjuntos cerámicos. A) Enmangue de la sepultura 418 (lám. LIX, Cabré Aguiló, 1932); B) Espada de antenas de la sepultura 513 (lám. LXIV, Cabré Aguiló, 1932); C) Puñal de la sepultura 1354 (lám. LXXII, Cabré Aguiló, 1932); D) Hebilla de cinturón procedente del poblado de Las Cogotas (M.A.N/1989/41/3070; Cabré Aguiló, 1930). | 349 |

Fig. 137: Fuente troncocónica de carena alta y base plana adscrita al grupo tipológico de Cogotas I (M.A.N/33409, lám. XXI, Cabré Aguiló 1930). **353**

Fig. 138: (Arriba) Santuario de Peñalba de Villastar (Teruel). (Abajo-izquierda) Inscripción tartésica de Fonte Velha (Bensafrim, Lagos) (Alberro, 2010). (Abajo-derecha) Estela de Burgo de Osma (Osma, Soria) (Hispania Epigraphica, Record No. 8644). **355**

Fig. 139: Posible reconstrucción del sistema de almacenamiento de restos de “fuego sagrado”. (Arriba) M.A.N/1989/24/54. (Abajo) M.A.N/1989/24/693. **357**

Fig. 140: (Arriba) Fiesta de la Virgen de la Candelaria el 2 de febrero en Bailén, Jaén. (Abajo) Paso del Fuego y Mórdidas durante la Onomástica de San Juan en San Pedro Manrique, Soria (foto diputación de Soria, Junta de Castilla y León). **358**

Fig. 141: Reconstitución de una figura de “Sacerdote” ejecutando un rito solar (Ilustración de Diego Ortega Alonso). **360**

Fig. 142: (Arriba) Cuenco de pie calado con decoraciones solares descubierto en Las Cogotas (lám. XXXV, Cabré Aguiló 1930; M.A.N/35483). (Abajo) Soporte cerámico calado con defectos de cocción hallado en la estructura 14 del alfar Las Cogotas (CO-1986/1989-506). **361**

RESUMEN

La cerámica se ha constituido siempre como un pilar fundamental en el que poder basar narraciones históricas de nuestro pasado. No obstante, la tradición académica ha centrado una atención prioritaria en sus rasgos morfo-tipológicos con el objetivo de establecer seriaciones cronológicas y listados de culturas asociados a conjuntos materiales estancos. La disciplina arqueológica no puede conformarse únicamente con analizar los objetos de forma física, sino que debe ir más allá. El pasado está formado por personas y no por un compendio de piezas carentes de vida. La necesidad de obtener otras informaciones de tipo social obliga a observar la cultura material de forma diferente, es decir, como un agente activo que guarda información sobre los grupos humanos que los producen y utilizan. La realización de esta tesis pretende dar a conocer las posibilidades y, también, las limitaciones en Arqueología de una serie de marcos teóricos alternativos que priorizan en la premisa de entender a los conjuntos cerámicos desde una perspectiva antropológica. La puesta en práctica de lecturas en clave etnoarqueológica y experimental ofrece la opción de conectar de manera directa con el carácter real y propio de las sociedades del pasado. Hasta las decisiones técnicas tomadas en determinados contextos de producción otorgan a las personas su razón de ser y vertebran su modo de apreciar el mundo.

En función de lo expuesto, se articula un trabajo de investigación centrado en la búsqueda de las identidades de la Edad del Hierro en el Occidente de la Península Ibérica. Se trata de un marco espacial y cronológico que ha sido investigado en múltiples ocasiones desde el inicio de la investigación arqueológica. De él se conocen aspectos sociales, económicos y simbólicos genéricos que, a menudo, recuerdan el modo de vivir típico de Occidente desde la llegada de la Modernidad.

A través del estudio de las cerámicas mediante la aplicación del Concepto de Cadena Técnico-Operativa se aspira de nuevo a inferir sobre estos temas, pero desde otro enfoque; las labores técnicas transmiten en sí mismas significados sociales al encontrarse plenamente integradas en un universo de comportamientos establecidos. El análisis diferencial de la tecnología cerámica de una comunidad determinada no solo tiene sentido para averiguar cómo

se fabricaban los objetos. Cada secuencia técnica esconde dentro de sí dinámicas culturales concretas, insertas en la acción social de una manera determinada de percibir la realidad. Podría decirse entonces que, además de prestar atención en el cómo, se favorece la búsqueda de las relaciones existentes entre conducta humana y materialidad.

La elección del yacimiento de Las cogotas como sitio arqueológico de referencia no responde a una cuestión de azar. Aparte de ser uno de los asentamientos más estudiados por la academia arqueológica española dispone de un registro material único. Los restos de su taller alfarero y la enorme variedad y diversidad tipológica cerámica encontrada, tanto en contextos domésticos como funerarios, le convierten en el enclave pretérito perfecto para llevar a cabo planteamientos que creen en el papel social de los objetos. Con una ocupación prácticamente ininterrumpida desde la Edad del Bronce permite la configuración de aproximaciones tecnológicas holísticas capaces de otorgar una visión sincrónica y diacrónica de conjunto. La posibilidad de comparar Cadenas Técnicas contemporáneas o de distintos periodos ha motivado la documentación sistemática de más de 5000 piezas procedentes del poblado y guardadas en el Museo Arqueológico Nacional, el Museo de Ávila y la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense.

A pesar de la heterogeneidad de métodos de excavación, la falta de información arqueológica certera de las campañas de principios del siglo XX y la pérdida de una pequeña parte del material por diversas vicisitudes históricas, se han podido reconstruir con fiabilidad la totalidad de los procesos productivos cerámicos desarrollados en Las Cogotas durante la Edad del Hierro. Su cotejo admite la creación de interpretaciones acerca de cómo eran las gentes que se encargaron de la creación y reproducción de los gestos técnicos atisbados. Se abordan sobre todo los temas que tienen que ver con las identidades de tipo social, étnico y simbólico; estas identidades muestran la singularidad de aquellas sociedades, que poco o nada tenían que ver con las actuales; a priori, serían individuales, pero también colectivas, y estarían más enlazadas e interconectadas de lo que se habría imaginado hasta ahora.

En definitiva, se propone una postura alternativa que reflexiona sobre viejos conceptos y aporta nuevas consideraciones con el principal objetivo de seguir avanzando en el conocimiento de la complejidad social intrínseca de un mundo que desapareció hace más de 2000 años y del que, exclusivamente, se conservan pequeñas evidencias.

SUMMARY

Ceramics has always been an essential pillar in the construction of historical narratives. Nonetheless, the academic tradition has mainly focused on pottery morpho-typological features, with the aim of establishing chronological series and lists of cultures associated with fixed material collections. The archaeological discipline should not stop at only analysing objects in their physical form, but it must go further. The past is made up of people and is not a compendium of lifeless pieces. The need to obtain other information of social nature forces us to observe the material culture in a different way. It must be seen as an active agent that keeps information about the human groups that produce and use them. This thesis aims to present the possibilities and limitations in archaeology of a sequence of alternative theoretical frameworks that prioritize the idea of understanding the ceramic assemblages from an anthropological perspective. Ethnoarchaeological and experimental approaches allow connecting directly with the real and own nature of past societies. Indeed, even the technical decisions taken in definite production contexts give people their “raison d’être” as well as they structure their way of understanding the world.

Based on the foregoing, this study shall focus on the search for the Iron Age identities in the Western Iberian Peninsula. This is a spatial and chronological framework that has been considered multiple times since the beginning of archaeological research. From it, generic social, economic and symbolic aspects are known, which often remind us of the typical Western way of life that prevails since the arrival of Modernity.

Thanks to the study of ceramics through the application of the Technical-Operational Chain Concept, these issues will once more be approached, but from another perspective; the technical tasks transmit in themselves social meanings to be fully integrated into a universe of established behaviours. The differential analysis of the ceramic technology of a given community not only makes sense to find out how the objects were manufactured. Each technical sequence hides within itself actual cultural dynamics, embedded in social action according to a determined way of perceiving reality. Then, it could be said that, in addition to

paying attention to the how, the search for the existing relationships between human behaviour and materiality is favoured.

The choice of the site of Las Cogotas as a reference archaeological site is not accidental. Apart from being one of the settlements most studied by the Spanish archaeological academy, it has a unique material record. The remains of its pottery workshop and the enormous variety and ceramic typological diversity found, both in domestic and funerary contexts, make it a perfect historical enclave to carry out approaches that believe in the social role of objects. With a practically uninterrupted occupation since the Bronze Age, it allows the configuration of holistic technological approaches capable of conceding a broad synchronic and diachronic vision. The possibility of comparing contemporaneous Technical Chains or from different periods has motivated the systematic documentation of more than 5000 pieces coming from the area of the town which are stored in the National Archaeological Museum, the Museum of Avila and the Faculty of Geography and History of the University Complutense.

Despite heterogeneous excavation methods, the lack of accurate archaeological information of the early twentieth century campaigns and the loss of a small part of the material because of different historical vicissitudes, it has been possible to reconstruct with reliability the totality of the ceramics productive processes put into practice in Las Cogotas during the Iron Age. Its comparison allows the conception of interpretations about how were the people who were in charge of the creation and reproduction of the technical gestures observed. The issues that have to do with social, ethnic and symbolic identities are particularly addressed; these identities show the uniqueness of those societies, which had little or nothing to do with the current ones; a priori, they would be individual, but also collective, and they would be more linked and interconnected than what was imagined until now.

In short, an alternative view is proposed that reflects on old concepts and provides new considerations with the main objective of continuing to advance in the knowledge of the intrinsic social complexity of a world that disappeared more than 2000 years ago and from which, solely, small evidence are preserved.

PREÁMBULO

¿Por qué hacer en pleno siglo XXI una investigación que estudie de nuevo la cerámica meseteña típica de la Edad del Hierro? A buen seguro, esta pregunta ha debido ser bastante frecuente entre aquellos, que por unas causas o por otras, se hayan enfrentado en primera instancia a la lectura del título de este trabajo. Se trata de un planteamiento que está sujeto a toda lógica, sobre todo, si se sabe de la existencia del prolijo número de tesis doctorales, artículos y monografías que abordan pormenorizadamente las características de los conjuntos cerámicos asociados a esta época. Además, la celebración en estas últimas décadas de una gran cantidad de seminarios, simposios y exposiciones temáticas acerca de la etapa previa a la llegada de Roma en la península ibérica ha convertido este periodo en uno de los momentos históricos más conocidos e ilustrados de la Historia de España. Probablemente, otra cuestión frecuente que habrá suscitado, a simple vista, el primer contacto con este texto ha tenido que guardar relación con la elección concreta del yacimiento de Las Cogotas como eje director de la estructura de este. Y no es para menos, ya que este asentamiento abulense, al haber sido excavado de forma sistemática desde hace casi 100 años y ser objeto de un buen número de publicaciones, se configura como uno de los pilares en torno a los que se construyen los discursos históricos de la Hispania prerromana que se aprenden en las escuelas, los institutos y las universidades hoy por hoy.

Teniendo en mente todo lo dicho hasta ahora, ¿qué sentido tendría gastar más de cuatro años de dedicación exclusiva a un proyecto basado en el análisis de un registro arqueológico ya interpretado y completamente asumido por la sociedad? No obstante, siendo valientes y tomando en consideración los consejos de Gonzalo Ruiz Zapatero y Jesús Álvarez Sanchís, comenzó a plantearse un plan de estudio preciso y ajustado para estudiar lo poco que aún no se había abordado de forma específica hasta entonces del yacimiento y del marco histórico en cuestión, es decir, la complejidad tecnológica de su cerámica. Desde una perspectiva limitada y sin el desprendimiento de la pesada mochila de la carga cultural actual, se emprendió con valentía un trabajo final de máster centrado en el alfar de Las Cogotas. La misión inicial no era otra que la de intentar reconstruir el proceso productivo cerámico desarrollado en este taller y fortalecer el alegato socio-económico impuesto en aquel

momento, que justificaba el establecimiento de talleres cerámicos especializados como consecuencia del incremento de la demanda de estos productos en un mercado económico cada vez más amplio y abierto. *A priori*, la determinación de cinco fases de manufactura y la consecución de recipientes estandarizados y de alta calidad permitía sacar conclusiones esperanzadoras que confirmaban el alegato tradicional, aunque también dejaba flecos sin resolver.

El deseo de indagar básicamente en estos flecos marcó el inicio de las líneas que estas palabras introducen. La curiosidad por examinar asuntos técnicos tan interesantes e incompresibles como la existencia de producciones a mano en un centro productor a torno o formas cerámicas idénticas realizadas en ocasiones a mano y en otras a torno, así como la evidencia de huellas materiales adscritas más bien a un típico torno lento de mano, se convirtió en un excelente punto de partida que acabó plasmando la necesidad de cambiar de ángulo. Asimismo, la lectura de publicaciones tan sugerentes, como las elaboradas por Almudena Hernando o Alfredo González Ruibal en la Editorial Akal (2002 y 2003), provocaron un auténtico terremoto epistemológico que dejó al descubierto un horizonte repleto de alternativas teóricas. La asimilación del Postestructuralismo en forma de una Arqueología de la Identidad y la concepción de la Etnoarqueología como una disciplina imprescindible desde la que poder entender la relación efectiva entre las personas y los objetos marcaron un punto de inflexión en cuanto al modo de concebir e imaginar el pasado. A partir de entonces, empezó a entenderse que en él no sería todo tan sencillo y razonable como había sido imaginado hasta ahora, resultando casi obligatoria la puesta en marcha de investigaciones para redescubrir como habría sido realmente el mundo milenios atrás. Porque, a ciencia cierta, las estructuras sociales, económicas e ideológicas de aquellas gentes serían radicalmente opuestas a las impuestas actualmente por el marco capitalista de Occidente.

Esta tesis se fundamenta en la intención de hacer posible la materialización de los códigos ontológicos intrínsecos a la Edad del Hierro meseteña en el occidente de Iberia. Para ello se pretende romper con una visión convencional de la Arqueología que parece olvidar en ocasiones el papel de la cultura material como el elemento tangible, por excelencia, de las particularidades de los grupos humanos a los que pertenece. La profundización en la Edad del Hierro en términos de identidades se convierte, por tanto, en el principal objetivo. Ahora bien, para poder desgranar con garantías el modo en el que se construirían y funcionarían estas identidades y sus diferentes unidades es indispensable contar con herramientas teórico-

metodológicas perfectamente definidas. En este caso, la gran influencia de pensamientos procedentes de la Teoría de la Agencia y de la reflexión de la Arqueología Simétrica marca la disposición de un hilo conductual orientado en torno a una visión antropológica de los objetos. Quizás, la fortuna de haber nacido y crecido en un ambiente de tradición alfarera de más de seis generaciones, la ventaja de poseer una muestra bastante significativa en términos de cantidad y el ya conocimiento de una parte muy importante de ella por la realización de exploraciones previas (Padilla Fernández, 2011 y 2013), motivaron el decline de la balanza en favor de la cerámica como la fuente de registro primordial sobre la que edificar un discurso social alternativo. Aunque siempre se ha tenido muy en cuenta el resto de elementos documentados a nivel contextual, los conjuntos cerámicos se erigen como los verdaderos protagonistas de este estudio.

El interés a toda costa por encontrar a las personas a través de la cerámica arqueológica ha propiciado la ejecución de análisis que, aparte de contemplar las características y sus propiedades finales, pretenden considerar el modo en el que tuvo lugar la organización de su producción. En este sentido, el entendimiento de los conjuntos cerámicos como agentes activos estructurados y, a la vez, estructurantes del ámbito cultural al que corresponden, exige el desgranamiento pormenorizado de su secuencia de fabricación para vislumbrar cada uno de los factores sociales que directa o indirectamente pueden llegar a determinarla. El uso del Concepto de Cadena Técnico-Operativa, impulsado sobre todo desde la década de los 80 por la escuela francesa de la Antropología de las Técnicas (Lemonnier, 1986, 1990 y 1992), no solo ha respaldado la generación de interpretaciones ligadas a las diferentes tecnologías destinadas a la manufactura cerámica, sino también el contexto social y los esquemas de racionalidad asociados a la configuración de tales tecnologías. En otras palabras, el examen íntegro de los fragmentos cerámicos que se conservan, desde una perspectiva de producción, así como su posterior conexión con una serie concreta de evidencias materiales presentes en el registro, han favorecido el entendimiento de todas las decisiones técnicas empleadas como hábitos y tradiciones culturales dinámicas que pertenecen a un sistema de valores específico. La asunción de esta realidad supone, al mismo tiempo, el entendimiento de la cultura material cerámica y sus expresiones tecnológicas como instrumentos excepcionales para realizar conjeturas de fundamento acerca de las identidades sociales propias de las comunidades del pasado.

Obviamente, tener en mente la fórmula creada por Alex Gibson y Hon Chairman, que estipula una relación de equivalencia e igualdad entre las personas y su cerámica (2003: v), no significa que su desarrollo sea fácil. Su aplicación es, de hecho, bastante complicada y requiere como mínimo el planteamiento de un proyecto de investigación que parta desde conceptos muy globales para ir descendiendo, poco a poco, hacia términos cada vez más precisos. La finalidad no es otra que la planificación de un análisis de interacción multiescalar en el que confluyan aspectos de múltiple naturaleza para ser capaces de transitar desde lo puramente material a lo plenamente social. De acuerdo con esto, se han articulado cinco capítulos modulares enlazados continuamente entre sí, que tratan de hilar un programa discursivo transversal y diacrónico orientado en dicha dirección.

El capítulo uno arranca con la descripción del marco geográfico vinculado al sitio de Las Cogotas, pero también es una auténtica declaración de intenciones al abordar de primera mano el porqué de la gran heterogeneidad cerámica de este yacimiento. Desde el principio se pone de manifiesto que la vida en el occidente de Iberia durante la Edad del Hierro podría haber sido mucho más compleja de lo que actualmente se reconoce. El capítulo dos recoge el testigo y efectúa una puesta a punto de lo que la Academia ha escrito y expuesto en torno a Las Cogotas. Como ya se ha referido anteriormente, este enclave arqueológico se constituye como uno de los asentamientos clave para entender el sentido de la Arqueología en España, una circunstancia que ha motivado numerosas interpretaciones en cuanto a sus restos. De igual modo, la ejecución de este repaso historiográfico sirve de reflexión y lanzadera para resaltar las preguntas que aún permanecen sin resolver sobre las gentes de este yacimiento y el cuestionamiento de, si en pleno siglo XXI, sería necesaria una revisión concienzuda de los convencionalismos históricos que se utilizan como principal alegato para reconstruir el marco de la Protohistoria a nivel peninsular.

Después de llegar a la conclusión de que, en efecto, otra Historia puede ser posible, se afronta el capítulo tres. En él se describen postulados teóricos alternativos a los tradicionales que permiten repensar la cultura material y otorgan valor a su capacidad de agencia. A la par, se medita sobre la identidad, sus distintos significados y sus infinitas facetas, asumiéndose finalmente que el Ser Humano no tiene sentido sin identidad y viceversa, por lo que la lógica de cualquier discurso histórico siempre debería estar condicionada por el afán de averiguar la idiosincrasia de las identidades del pasado. Tal y como se ha indicado unas líneas más arriba, el conocimiento de la tecnología se posiciona como una de las vías más apropiadas para

conseguir esta empresa. Tras el desgranamiento detallado del concepto de Cadena Técnico-Operativa se sientan las bases de un método centrado en el estudio tecnológico sistemático de cada uno de los conjuntos cerámicos documentados en Las Cogotas.

El capítulo cuatro está dedicado enteramente a recoger y ordenar todos los datos técnicos recabados tras el análisis exhaustivo de más de 5000 piezas cerámicas adscritas a los diversos grupos tipológicos que definen la Edad del Hierro en Las Cogotas y en el occidente de la Meseta. El total del material registrado pertenece íntegramente al asentamiento de Las Cogotas, que fue descubierto fruto de la consecución de campañas arqueológicas diferentes. Concretamente, procede de las excavaciones dirigidas por Juan Cabré tanto en el poblado como en la necrópolis durante los años 20, de los trabajos liderados a finales de los 80 por Gonzalo Ruiz Zapatero y el departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, en el denominado como segundo recinto del asentamiento, y de los trabajos puntuales de consolidación y restauración realizadas en el poblado por Rosa Ruiz Entrecañales y Alma María López Guerra en el 2004. El Museo Arqueológico Nacional, el Museo de Ávila y la Facultad de Geografía e Historia de la Complutense son las instituciones encargadas de atesorarlo. La consideración de sus características morfológicas y tecnológicas ha posibilitado el proyecto de varias cadenas operativas, que son las que verdaderamente encierran las identidades de aquellas personas que en su día las perfilaron y materializaron.

El capítulo cinco trata precisamente de averiguar estas identidades, a través de su comparación y de su puesta en relación con los mecanismos de poder. Mediante la subdivisión de dicho capítulo en tres apartados, se maduran los resultados técnicos obtenidos en su contexto y se recapacita sobre determinados aspectos intangibles que, en cierta medida, acaban desenmascarando los rasgos sociales, étnicos y simbólicos de las comunidades que protagonizaron la vida en Las Cogotas hace más de 2000 años.

Finalmente, se articulan unas consideraciones finales que no sólo resumen de forma sintética las claves principales de este trabajo, sino que también dejan la puerta abierta al desarrollo de futuras investigaciones.

Antes de comenzar son necesarias dos puntualizaciones. La primera de ellas tiene que ver con el uso neutro del vocablo alfarero. Pese al empleo frecuente de términos menos androcéntricos como el de artesanado, se ha recurrido al término de alfarero para hacer

referencia a las personas ligadas a la función de crear recipientes cerámicos, valiéndose únicamente de sus propias manos o de utensilios elaborados exprofeso para ello. En el caso de tener que hacer referencia al género o edad particular de estas personas por necesidades expresas del discurso se expresará de manera conveniente. La segunda de estas puntualizaciones se vincula al estilo elegido para redactar este texto. Como si de un ensayo se tratara, se ha seleccionado como más conveniente la tercera persona del singular para escribir en prosa ideas con carácter y estilo personal, que son consecuencia de lecturas individuales, debates en seminarios y congresos y charlas enriquecedoras con compañeros de profesión. Por esto, la carga de responsabilidad de todo lo que aquí se plasma recae absolutamente en la figura del autor.

Capítulo 1

Las Cogotas: un emplazamiento estratégico

Introducción

Desde que el yacimiento de Las Cogotas comenzara a ser conocido por su magnitud arqueológica a finales del siglo XIX, han sido muchos los trabajos que han analizado con detalle la cultura material encontrada en él. Tanto es así que ha llegado, incluso, a configurarse como un referente a nivel peninsular con el que poder contrastar tipos y secuencias cronológicas determinadas. No obstante, el hecho tradicional de prestar de manera recurrente una gran importancia a las propiedades físicas y formales de los objetos *per se*, ha llevado a menudo a no reflexionar sobre otros aspectos, como por ejemplo, el porqué de la aparición de dichos objetos en un asentamiento como este. ¿Qué tiene de especial Las Cogotas para que dentro de él pueda documentarse una gama tan heterogénea y variada de elementos materiales?

Este capítulo encuentra precisamente su razón de ser en la búsqueda de respuestas para la pregunta que aquí se plantea, en este caso centrando el foco de atención en los conjuntos cerámicos. Existe, por tanto, la pretensión de realizar un simple apartado en el que se aluda a las particularidades geográficas propias del contexto espacial en el que Las Cogotas queda circunscrito. Además, se pretende apuntalar, al mismo tiempo, la preeminencia de tal enclave como un punto estratégico desde la Edad del Bronce hasta el inicio de la conquista romana. Es esta una de las ideas fundamentales que sustentan el sentido de este trabajo: En definitiva, partir desde el inicio con una perspectiva generalista que, *a posteriori*, permita llegar a comprender en

capítulos sucesivos todo un entramado de aspectos más precisos y complejos, tales como las dinámicas que originaron la introducción del modelado a torno en la región o la connivencia en contextos contemporáneos de recipientes cerámicos con tecnologías y naturalezas mineralógicas distintas.

Para ello, el marco de actuación a seguir será el de esbozar en primer lugar una visión de conjunto de la realidad física de este yacimiento que consienta, seguidamente abordar con detalle su papel como estructurador de espacios culturales. En tercer lugar, será trazado un breve recorrido histórico que indagará en torno a las posibles relaciones existentes durante la Edad del Hierro, ayudando a fortalecer el hecho de considerar a Las Cogotas como un eje articulador de interacciones económicas, sociales, simbólicas y por ende, identitarias. A fin de cuentas, se pretende dilucidar las características propias de un mundo que, a pesar de poseer estructuras geomorfológicas idénticas, poco o nada tendría que ver con el que se concibe a día de hoy desde razonamientos puramente actualistas. Solo de este modo será posible sentar las bases necesarias para conseguir el principal objetivo de este estudio, es decir, ser capaces de ver tal y como fueron las personas que construyeron y protagonizaron este paisaje cultural único de hace más de 2000 años.

1.1. Situación geográfica y formación geológica

En 1930, Juan Cabré publica en el boletín de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades el primer tomo de la memoria que resume los principales hallazgos realizados por él y su equipo en Las Cogotas. Fiel a su paradigma científico, comienza su escrito con una introducción geográfica breve con la intención de situar en el mapa un punto arqueológico de extraordinaria valía. A su vez, precisa asimismo las características geológicas de su órbita circundante, con el primordial interés de justificar desde puntos de vista económicos y funcionales el origen de las razones de su ubicación. Si analizáramos estas palabras desde una perspectiva crítica, caeríamos en la cuenta de que hace más de 80 años el ámbito de lo espacial serviría básicamente para recalcar dos aspectos: por un lado, crear cartografías arqueológicas regionales y, por otro, reforzar las explicaciones aportadas en la línea de lo temporal. Una visión que, a

grandes rasgos, ha seguido siendo bastante normal en parte de los trabajos académicos publicados hasta la fecha, y que abordan la historia del asentamiento (Martín Valls, 1971; Hernández Hernández, 1981; Álvarez Sanchís, 1993; Fernández Gómez, 1995; Sánchez Moreno, 2000; Ruiz Entrecanales, 2005; López Guerra, 2007; Salas Lopes, 2008; Padilla Fernández, 2011).

Aunque atendiendo lógicamente a lecturas geofísicas más actualizadas y acordes a los tiempos que corren, las investigaciones llevadas a cabo en torno a Las Cogotas a lo largo de estos años suelen iniciar su discurso interpretativo concibiéndolo como un espacio estático, para nada dinámico, acotado dentro de unos límites y fronteras determinadas (Criado Boado, 1993). Desde aproximaciones substancialmente funcionalistas, apuestan por documentar, organizar y estructurar sincrónica y diacrónicamente un escenario explícito en el que de forma elemental operarían actividades de subsistencia (Sánchez Yustos, 2010). Debido a esto, cuando los textos citan directamente al yacimiento de Las Cogotas, hacen referencia en primer lugar a su ubicación exacta y normalmente de la siguiente manera: en el término municipal de Cardeñosa, a 10 km de Ávila, justo en las estribaciones de la sierra de idéntico nombre y en conexión directa con el río Adaja y el arroyo Rominillas, en un ámbito geográfico de clara tradición ganadera y de explotación de canteras de granito (Fig.1). De esta forma, la pretensión por abordar con carácter preeminente las diferentes estrategias de aprovechamiento de los recursos del entorno, conlleva frecuentemente menciones específicas ligadas a su esfera ecológica.

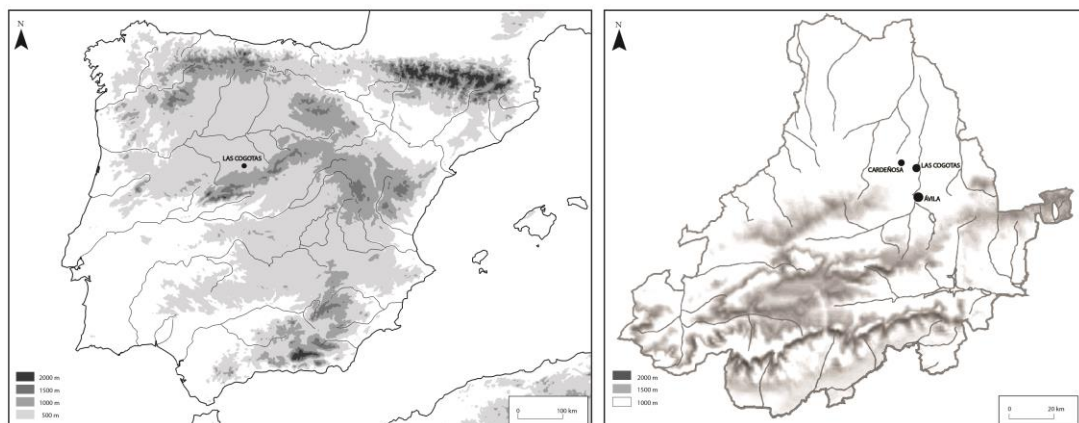


Fig. 1: Emplazamiento del yacimiento de Las Cogotas.

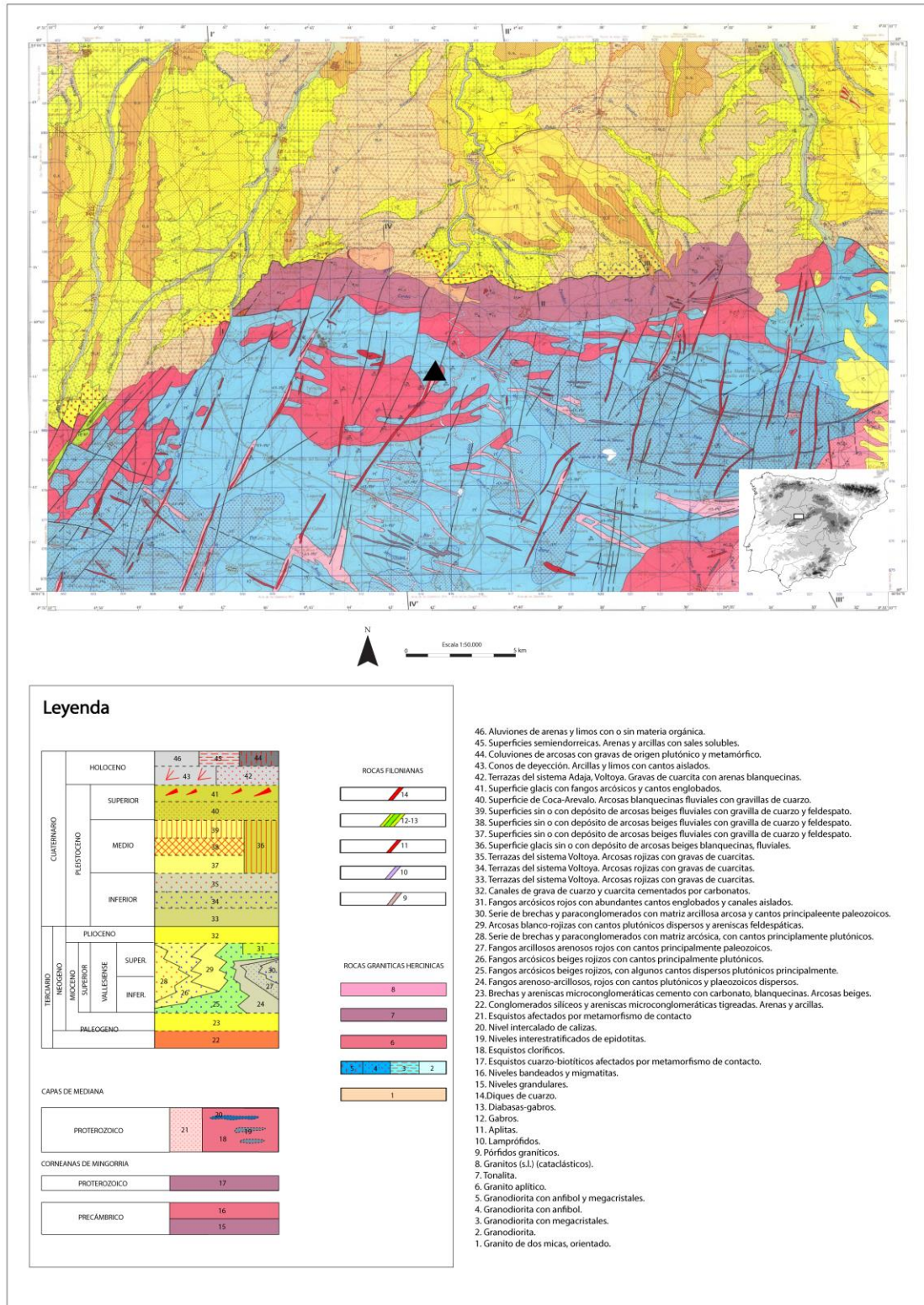


Fig. 2: Mapa geomorfológico del entorno inmediato del yacimiento de Las Cogotas (modificado a partir de recurso web: IGME, <http://sig.mapama.es/geoportal/>).

Si se parte de razonamientos que ponderan el concepto de territorio como una esfera susceptible de beneficio y maximización económica-energética (Criado Boado, 1999), se tiende también a recalcar las particularidades geológicas de este. Como pauta general y bajo el propósito de poder inferir patrones estáticos de vida, las alusiones a Las Cogotas tienen por costumbre desarrollar en primera instancia un apartado que describe los atributos geomorfológicos de su basamento. De hecho, la certeza de que los restos materiales asociados a este asentamiento se posan encima de un conjunto granítico-metamórfico del macizo hespérico que pone al descubierto rocas de facies profundas, fundamentalmente de tipo granítico (Garzón Heydt *et al.*, 1981: 657), ha incentivado habitualmente la extrapolación al pasado de modos actuales de vivir adaptados perfectamente a tales condicionantes (Fig.2). Además, el conocimiento de un sistema jerarquizado de terrazas escalonadas formadas por canturrales poco consolidados, arcosas con matrices limo-arenosas y algunos lentejones de gravas intercalados, que enriquecen la morfoestructura de la cuenca intramontana (Sánchez Muñoz, 2002: 72), han respaldado la idea de un territorio susceptible de aceptar prácticas agrícolas de secano en suelos de sedimentación aluvial y labores pecuarias en los rebordes montañosos de tierras más ácidas y pobres en fósforo y calcio (Sánchez Moreno, 2000) (Fig.3).

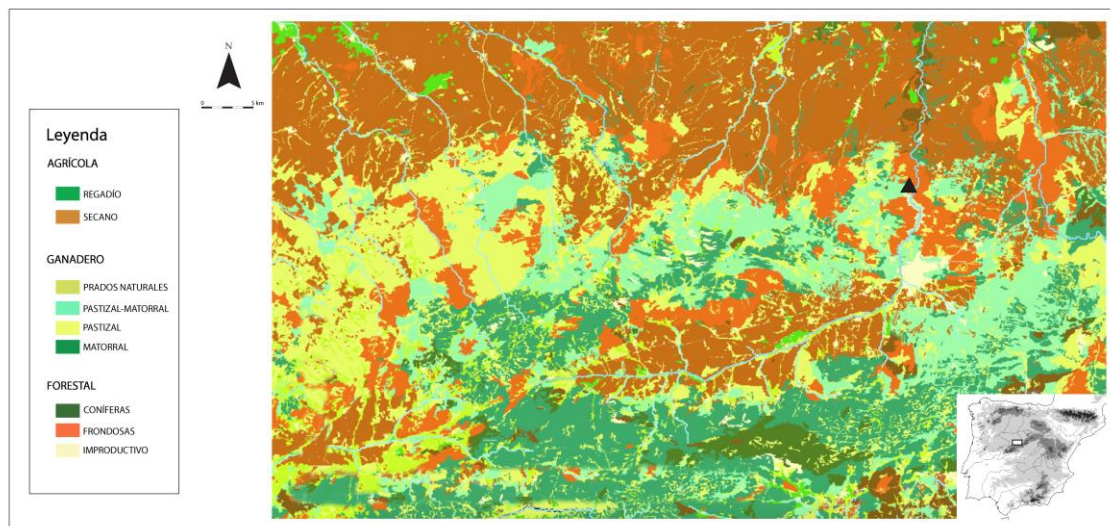


Fig. 3: Usos actuales de suelo del entorno inmediato del yacimiento de Las Cogotas (modificado a partir de recurso web: IGME, <http://sig.mapama.es/geoport/>).

A la par, el interés ya apuntado por resaltar el rendimiento económico de la ecología del lugar ha generado suposiciones reiteradas que consideran mínimos en el presente los cambios respecto a las condiciones climáticas y la biodiversidad. Una realidad ligeramente distinta si nos atenemos a la información sobre la región en

cuestión, procedente tanto de estudios de paleoclima (López Sáez y Blanco González, 2005; López Sáez *et al.*, 2009), como de análisis arqueozoológicos (Estaca Gómez, 2015; López Romero, 2016), polínicos, antracológicos y carpológicos (López Sáez *et al.*, 2009). Con carácter fehaciente podría afirmarse que hace treinta siglos en el occidente peninsular, el tiempo se asemejaría al de un clima mediterráneo continental, aunque más frío y húmedo y con un influjo marcado de la orografía en la oscilación de temperaturas y precipitaciones (García Merino, 1988). Como especies animales más abundantes cabría señalar a los ciervos, corzos, uros, jabalíes, caballos salvajes, lobos, lince y gatos monteses, que crecerían entre una vegetación de sotobosque, monte bajo y matorral compuesta por extensas masas boscosas empradizadas de encinas, enebros, pinos, quejigos, nogales, castaños, alcornoques, hayedos y bosques de ribera.

La geomorfología del terreno y el marco meteorológico puede que hayan experimentado contrastes y modificaciones naturales leves. Entre otros aspectos, la continua transformación histórica del paisaje habría propiciado una pérdida irremediable de recursos naturales, el descenso acusado del nivel freático, un empobrecimiento exacerbado de los suelos (Blanco González, 2009) y una disminución de los porcentajes de lluvias, que serían mucho más abundantes en épocas pasadas (Morales Muñoz y Liesau, 1995) (Fig.4).

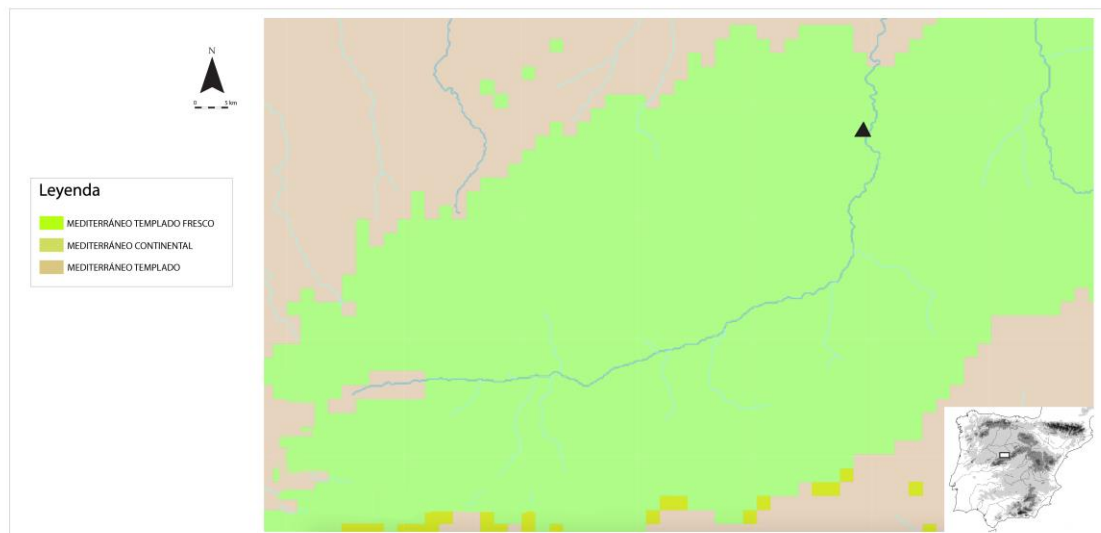


Fig. 4: Climatología actual del Valle de Amblés (modificado a partir de recurso web: IGME, <http://sig.mapama.es/geoportal/>).

La reiterada búsqueda de informaciones materialistas, centradas en lo que Roymans (2004: 42) denomina *homo economicus*, ha diseñado en parte una imagen

preconcebida de Las Cogotas, que en cierta manera legítima y reproduce ideas de racionalidad fundadas en términos de rentabilidad. Un enfoque que, del mismo modo, tiende a universalizar el mantenimiento, al menos desde el primer milenio a. C., de conductas y comportamientos en torno a un *corpus* geográfico bastante similar, sobre todo en lo que se refiere a la potencialidad de los suelos y a las formas básicas del clima y el relieve. Por tanto, bastaría solo con recorrer el espacio inmediato que circunda a este yacimiento hoy en día para dilucidar que la ganadería y el aprovechamiento cinegético y forestal se habrían constituido siempre como las actividades predominantes y generadoras de riqueza, relegando las tareas agrarias a un segundo término. Se trataría, en esencia, de la construcción genérica de una economía cerrada y basada en la complementariedad territorial de fondos de valles y cumbres.

Admitiendo incluso, que los procesos de subsistencia del pasado llegaran a ser similares a los del presente, aun cuando la lógica que se les atribuye fuera radicalmente distinta, la pregunta que ahora cabría formularse tendría que ver con la comprensión de la explotación del paisaje antiguo para poder llegar a discernir el grado de complejidad inherente en él. Quizás ayude al esclarecimiento de las dificultades de los grupos humanos para poder sobrevivir; a confirmar el establecimiento de sociedades segmentarias en las que el ejercicio del poder sería detentado en base al control de una serie de recursos. Sin embargo, no favorece a la concepción global de “los procesos socioculturales como fenómenos multifactoriales” (Sánchez Yustos, 2009: 165). La superación de pensamientos, que conjeturan en clave adaptativa la relación Ser Humano-Naturaleza y deducen el paisaje como un mero ecosistema (Sánchez Yustos, 2010), exige a su vez ensayos interpretativos que conciban el espacio como lo que es, una objetivación de prácticas sociales, materiales e imaginarias (Criado Boado, 1993).

1.2. La importancia de una posición privilegiada

¿Qué consideramos como Arqueología del Paisaje? Aunque la respuesta a este interrogante aplicado al yacimiento de Las Cogotas requeriría una tesis doctoral en sí misma, un estudio centrado en explorar la idiosincrasia de su materialidad obliga a elaborar una síntesis coherente que permita dilucidar el mapa cultural en torno al cual

este quedaba articulado. La premisa de ir más allá del funcionalismo ecológico (Binford, 1968; Clarke, 1977) y de una definición que razona el territorio como un equilibrio constante entre el medio y la comunidad que lo habita (Orejas Saco del Valle, 1991) precisa reflexionar sobre un concepto de paisaje fijado en nociones socio-culturales que tengan en cuenta su contexto histórico y cada una de sus múltiples dimensiones (Criado Boado y Villoch Vázquez, 1998; Orejas Saco del Valle *et al.*, 2002; Sánchez Yustos, 2010).

La asunción del medioambiente como el elemento que, a la vez que es producido, es determinante en los procesos de construcción social del paisaje (Vicent García *et al.*, 2000) reconoce al espacio como un ente dinámico y cambiante, en función de una serie de condicionantes culturales. Como tal, la cuestión que aquí debiera plantearse tendría necesariamente que estar vinculada a la búsqueda del verdadero significado del paisaje adyacente a Las Cogotas, desde la Edad del Bronce hasta finales de la Edad del Hierro. Huyendo de programas empíricos modernos que reflejan únicamente percepciones vinculadas a la subjetividad del saber-poder dominante (Foucault, 1984) y bajo la convicción de que impera una equivalencia estructural entre la idea de espacio y la ejecución de comportamientos socio-culturales concretos, podría presuponerse que el emplazamiento de este asentamiento respondería principalmente a su relevancia como hito clave dentro de un paisaje cultural de amplio espectro, fragmentado a la par que interconectado por rutas o caminos tradicionales de tránsito. La elección de un escenario donde los accidentes topográficos admiten una visibilidad privilegiada y una comunicación natural con territorios próximos, incentivaría ya desde la Edad del Bronce ocupaciones humanas continuadas tanto en este como en el vecino poblado de El Castillo de Cardeñosa (Cabré Aguiló, 1931; Naranjo González, 1984; Blázquez y García Gelabert, 1989). Además, la existencia de monumentos naturales destacados como Peña Caballera o berrocales redondeados de granito (Las Cogotas), que dan al yacimiento su nombre actual, otorgarían seguramente a esta zona un reconocimiento visual marcado desde muy antiguo (Fig.5).

El transcurso de los últimos años de investigación arqueológica ha traído consigo un conocimiento pormenorizado de las primeras comunidades sedentarias que poblaron el Valle de Amblés, el medio físico que discurre en paralelo al sitio de Las Cogotas. Esta fosa tectónica, que desde un punto de vista geográfico forma un valle

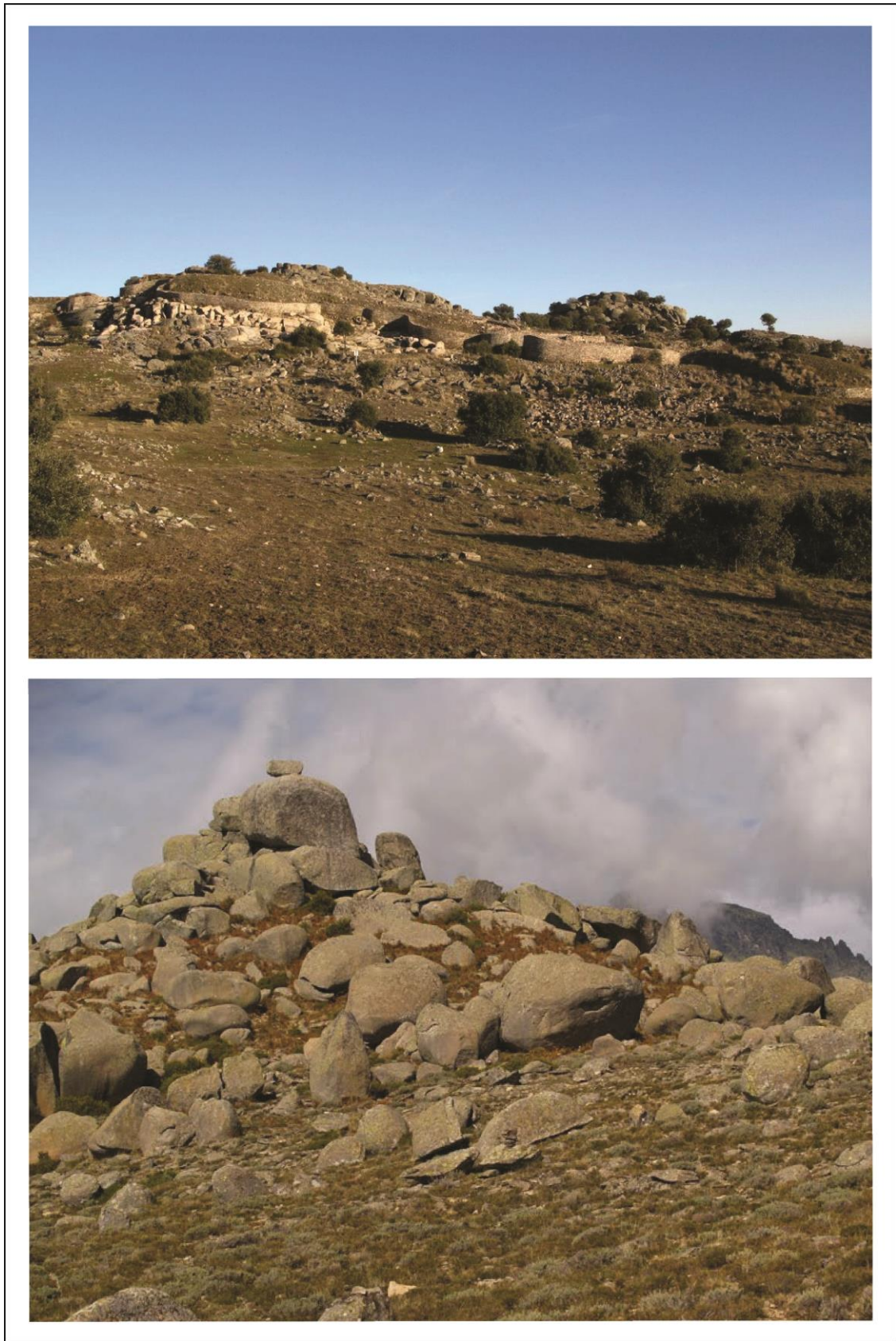


Fig. 5: Hitos del paisaje en el Valle de Amblés. Arriba: Berrocales de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). Abajo: Peña Caballera (Sierra de la Paramera, Ávila).

intramontañoso de fondo plano, con una extensión de 740 km², 42 km de longitud y una anchura que oscila entre los 3 y 10 km, se configura como el área fundamental sobre la que fueron cimentados los paisajes sociales que convirtieron al ámbito cogoteño en un lugar crucial en clave histórica (Fig.6). En sintonía con las vertientes de los relieves circundantes, la Serrota en la parte suroccidental, la Sierra de La Paramera en el límite sur y la Sierra de Ávila al norte (Sánchez Muñoz, 2002), conforma un espacio claramente definido que comenzó a ser poblado a finales del Neolítico (Fabián García, 2006). En torno al río Adaja, afluente del Duero que divide el valle en dos y organiza una cuenca hidrográfica cerrada denominada Cuenca Alta del Adaja, se constataría la presencia de comunidades agropastoriles al menos desde ca. 3900-3500 cal. AC (Estremera Portela y Fabián García, 2002). En un principio y mediante el establecimiento de pequeñas granjas no fortificadas a distancias regulares, se ocuparía el fondo de la depresión en puntos aledaños a cursos de agua y, especialmente, los rebordes en contacto con la llanura. Durante el Calcolítico los hábitats se multiplicarían, pero seguirían patrones de poblamiento idénticos, presumiblemente ligados a puntos sagrados construidos en el Neolítico. Aparentemente, no sería hasta los inicios de la Edad del Bronce y a consecuencia de un cambio climático, que los modos de vida empezarían a cambiar radicalmente (Fabián García *et al.*, 2006).

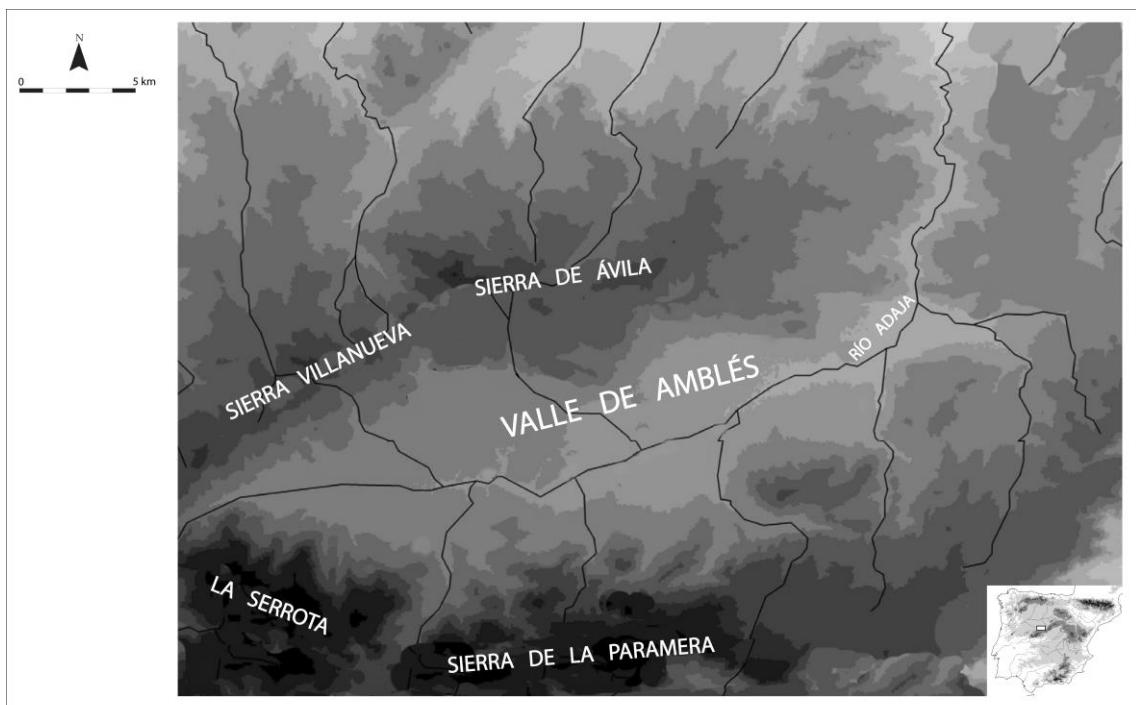


Fig. 6: El ámbito geográfico del Valle de Amblés.

A finales del III milenio y en los primeros compases del II milenio a. C., la adaptación a nuevas condiciones medioambientales parecería ser la causa de la reordenación poblacional y la edificación de cabañas de cañizo y zócalo de piedra (Blázquez y García Gelabert, 1989) en promontorios graníticos cónicos, de altitud considerable y posición y visibilidad elevadas (Fabián García, 1995). Quebrantando la lógica del funcionalismo ecológico, las comunidades experimentarían modificaciones orientadas hacia actividades netamente ganaderas (Harrison, 1993) domesticando, incluso, el ecosistema para ello. La constitución simbólica de un paisaje serrano pastoril organizado en base a zonas relacionadas con el paso y la estabulación pecuaria exigiría por medio de la acción del fuego un acondicionamiento de su fisionomía, con la finalidad de generar más extensiones de pastizal (López Sáez *et al.*, 2000).

A pesar de que esta etapa es poco conocida en el Amblés, los yacimientos abulenses de El Castillo de Cardenosa, El Picuezo de Sotalvo, Peña Aguda, el Cerro de La Cabeza, Las Hervencias y Los Castillejos de Sanchorreja plasmarían la existencia de realidades materiales únicas y radicalmente opuestas a las observadas en cronologías anteriores (Fabián García *et al.*, 2006). Ocupados con carácter permanente o semiestacional, serían el reflejo de un panorama social también distinto, en el que probablemente solo unos cuantos individuos alcanzarían ciertas cuotas de poder con respecto a otros. Datos arqueológicos como los encontrados en el túmulo 1 de Aldeagordillo (Fabián García, 1994), en conexión con los recogidos en regiones próximas como Santioste (Otero de Sariegos, Zamora) (Delibes de Castro, 1995) o Perro Alto (Fuente Olmedo, Valladolid) (Martín Valls y Delibes de Castro, 1989), denotarían presuntamente el desarrollo de jefaturas transmitidas de manera hereditaria y constituidas, quizás, a través del dominio de los excedentes generados gracias a las prácticas pastoriles o bien de la producción estandarizada de tortas salinas (Delibes de Castro y Val Recio, 2007-2008; Guerra Doce *et al.*, 2011) (Fig.7).

A partir del Bronce Pleno, la ordenación del paisaje volvería a sufrir serias transformaciones. Esta vez, el protagonismo recaería en los colectivos humanos artífices de la cerámica englobada dentro de la famosa facies de Cogotas I. Sin hacer distinciones en cuanto a estilos cerámicos ornamentales y periodos crono-culturales artificiales, podría decirse que en el transcurso temporal de siete siglos se configura un esquema poblacional con acento propio. Aceptando como válidas y certeras las inferencias

apuntadas recientemente por Antonio Blanco en su tesis doctoral (2009), aproximadamente desde el 1700 cal. AC comenzarían a imponerse estrategias de relación con el medio no acordes con la concepción de un devenir histórico lineal y progresivo. El avance de la interpretación arqueológica y el hallazgo de cada vez más evidencias de lo que hasta hace poco se consideraba una cultura arqueológica apersonal han contribuido a generar hipótesis que tratan de cuestionar los viejos convencionalismos impuestos alrededor de este “grupo arqueológico”.

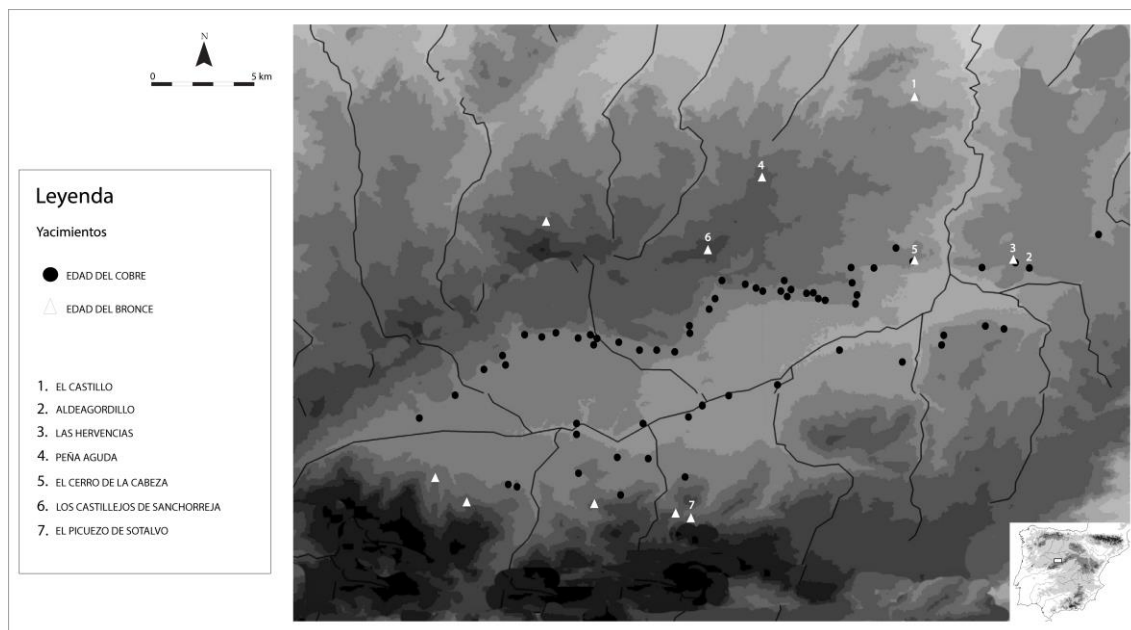


Fig. 7: Poblamiento en el Valle de Amblés en torno al III-II milenio a. C. (modificado a partir de Fabián García *et al.*, 2006).

Las sociedades ocultas bajo la materialidad de Cogotas I desplegarían modos de vida basados en una complicidad dinámica con el territorio. Grupos demográficos bastante reducidos e integrados por dos o tres colectivos familiares extensos fijarían un aprovechamiento equitativo de los recursos a través de la planificación de pequeños poblados *ex-novo* semipermanentes o al menos de duración plurianual (Ruiz Gálvez, 1998), moviéndose exclusivamente en casos excepcionales y bajo condicionantes muy concretos. El diseño de estructuras de habitación sencillas, no compartimentadas y fabricadas con un armazón de madera, barro y cañas no sería incompatible con el ejercicio de actividades agropecuarias a largo plazo, complejas y perfectamente coordinadas. En teoría, “sociedades campesinas primitivas” (Díaz del Río, 2001: 300; Parcero-Oubiña, 2002: 178), sustentadas políticamente bajo un régimen de regulación heterárquica, gestionarían un paisaje fuertemente antropizado y heredado en parte de épocas pasadas. Campos adehesados de bosques de fresnos, pinares, encinales y

robledales en cotas superiores serían trabajados en función de los conocimientos y toma de decisiones de un conjunto de dirigentes (Harrison, 1994; Fernández Posse, 1998) que organizarían las labores colectivas sin ejercer un poder directo sobre la comunidad.

En este sentido, el yacimiento de Las Cogotas se convierte en un lugar clave para entender la estructuración del territorio característica de este marco temporal. Aunque descontextualizado, el hallazgo de cerámica de tipo Protocogotas en las excavaciones dirigidas por Juan Cabré (1930), indicaría que esta ocupación, ya desde un principio, podría haberse concebido no solo como un espacio óptimo para poder subsistir, sino como un punto de conexión crucial entre los asentamientos localizados en el fondo del Valle de Amblés, las campiñas del Duero o sectores geográficos más lejanos como el yacimiento de El Carrascalejo en Badajoz (Enríquez Navascués y Drake García, 2007). El emplazamiento en un sitio destacado otorgaría a Las Cogotas un papel importante en la comunicación de los hábitats mayoritarios, campos de hoyos localizados en zonas deprimidas y cercanos a puntos fluviales.

La suposición de familias segmentarias, cerradas, autosuficientes y de una demografía y endogamia generalizadas no quita que estas dispusieran al mismo tiempo de tramas sociales de reciprocidad (Vicent García, 1998), focalizadas en los intercambios exogámicos y el apoyo ante situaciones climáticas adversas (Meillassoux 1987; López Sáez y Blanco González, 2005). También Las Cogotas, como pieza indispensable en este paisaje monumental y simbólico, debería haber ocupado una posición preeminente en la celebración de encuentros ceremoniales intergrupales y durante los cuales, los líderes de cada uno de ellos reforzarían vínculos y alianzas (Fig.8).

Dada la parquedad de los registros arqueológicos, la definición de lo acontecido en el Valle de Amblés –al igual que en el resto de la Cuenca del Duero– dentro del marco temporal acotado entre el 1250 y el 850 cal. AC/1050-650 a. C. (Ruiz Gálvez, 1995; Delibes de Castro y Fernández Manzano, 2000) ha sido recurrentemente llevada a cabo a través de la materialidad cerámica. Entendidos frecuentemente como auténticos fósiles directores, los tipos Cogotas I Avanzado (Fernández Posse, 1986) y Soto Inicial (Delibes de Castro *et al.*, 1995) han servido para redactar líneas que pretendían suplir el vacío histórico latente entre las Edades del Bronce y del Hierro, porque la Arqueología

encuentra en ocasiones complicaciones a la hora de afrontar la evidencia de cambios y continuidades. Estos datos tan solo han permitido, por regla general, confirmar exclusivamente el hecho de la existencia en el ámbito meseteño de un periodo de inestabilidad (Blanco González, 2015a).

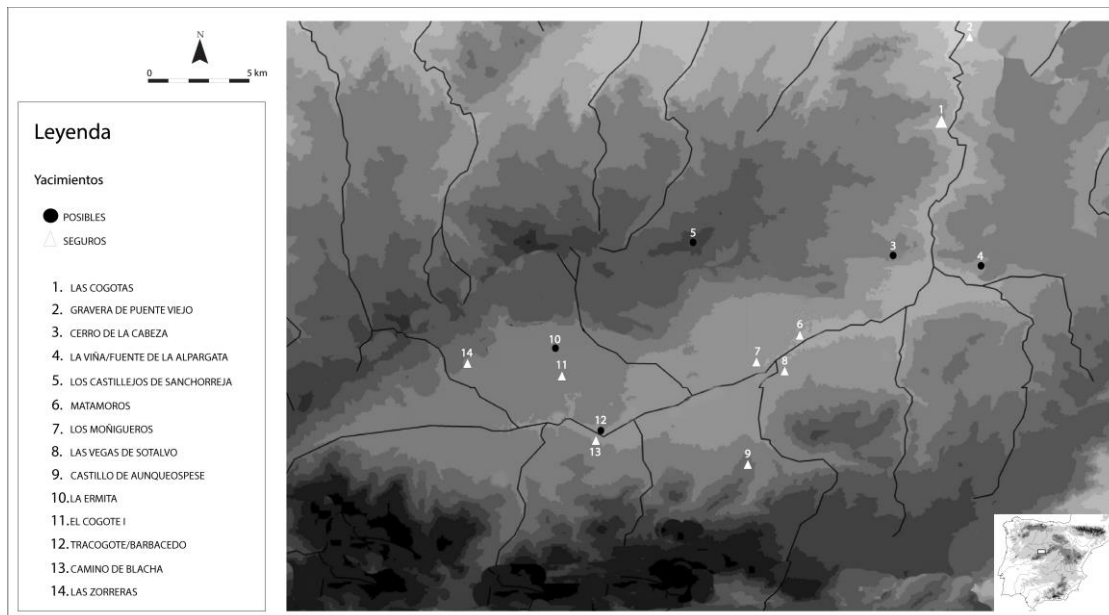


Fig. 8: Poblamiento en el Valle de Amblés en el Bronce Pleno (1700-1250 cal. AC.) (modificado a partir de Blanco González, 2009).

Recientes aproximaciones territoriales de claro enfoque social (Esparza Arroyo y Blanco González, 2008; Blanco González 2009) han tratado de completar las síntesis anteriores que, en cierto modo, ya antecedian un mundo de enormes contrastes (Álvarez Sanchís, 1999; 2003). Parece ser que las variaciones climáticas y la progresiva degradación del antiguo paisaje agrario (López Sáez y Blanco González, 2005), unidas a la arribada y contacto con nuevas gentes (Ruiz Zapatero, 2007b), habrían propiciado reorientaciones en la forma de concebir el espacio. Por un lado, la instauración de condiciones medioambientales más frescas y lluviosas (López Sáez *et al.*, 2009), junto a la necesidad de encontrar áreas fértiles alejadas de las zonas encharcadas del fondo del valle generarían la colonización de terrazas superiores y cauces menores hasta ese momento poco explorados. Surgirían pequeñas concentraciones poblacionales, en su mayoría fundadas por primera vez, y ligadas a enclaves en llano tales como el yacimiento de Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila) (Misiego Tejeda *et al.*, 2005) o en alto como Los Castillejos de Sanchorreja (González Tablas y Domínguez Calvo, 2002) o Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995). Por otro lado, la

interacción demográfica con otras regiones al sur de Gredos y en los altos del Tajo y Ebro (Blanco González, 2010a) provocaría un canje identitario que acabaría por sesgar todo lazo con los modelos sociales y las concepciones ideológicas anteriores. Vidas dispares que configurarían pensamientos, esta vez sí, más arraigados a la tierra y promotores de los conceptos de propiedad y pertenencia (Vicent García, 1991; Blanco González, 2011).

El poblado de Las Cogotas con una extensión reducida a la parte alta de su acrópolis, pero con un periodo de vida largo y continuado, ofrecería la posibilidad de imaginar esta transformación y metamorfosis continua. A pesar de que las hibridaciones sociales y el cambio cultural plantearan un paisaje cada vez más individualizado y “parcelado” (Criado Boado, 1993: 39), este asentamiento seguiría teniendo un fuerte peso como hito y referente estratégico en las redes de distribución de personas y productos en los albores de la Edad del Hierro (Fig.9).

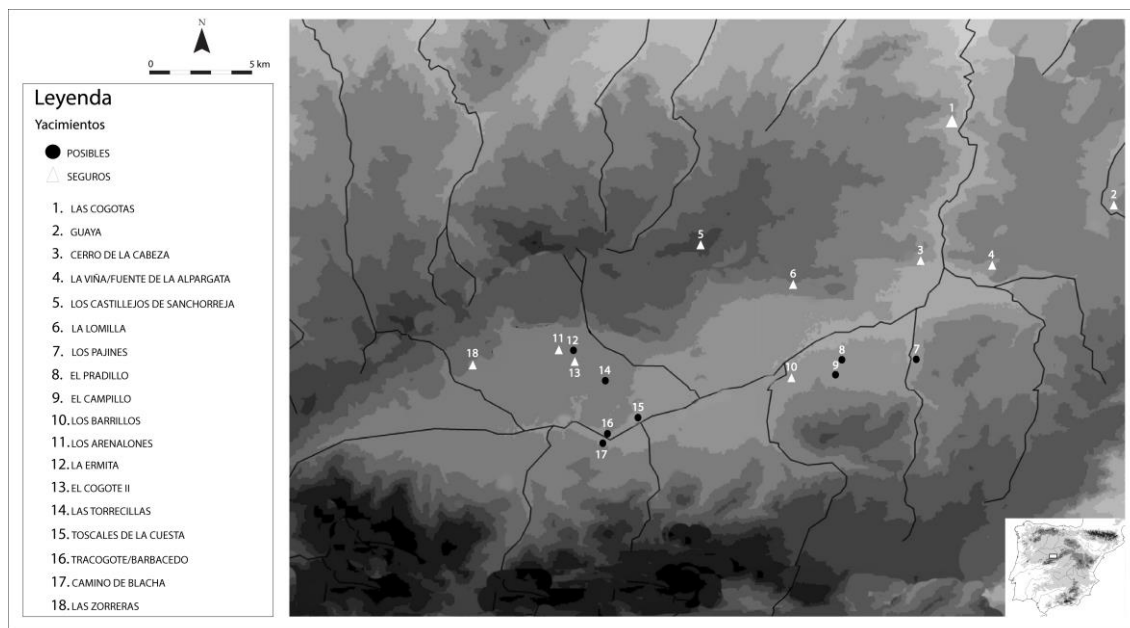


Fig. 9: Poblamiento en el Valle de Amblés en el Bronce Final (1250-850 cal. AC.) (modificado a partir de Blanco González, 2009).

La consecución de un proceso repleto de dinamismo e intercambios socioeconómicos e ideológicos traería consigo una etapa completamente diferente y movida por cogniciones radicalmente opuestas. Así, el primer Hierro se establecería como el tiempo en el que emergerían los primeros centros fortificados y se sentarían las bases de la vida “urbana” (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2015: 212). Desde el 850 cal. AC/650 a. C. (Blanco González, 2009); se fortalecerían asentamientos que

considerarían el paisaje como un ente cerrado, el que una comunidad, un agrupado familiar o una persona independiente acapararían la posesión de parcelas de tierra determinadas y acabarían por afianzar los núcleos poblacionales proyectados en el periodo anterior. Aún teniendo en cuenta que la asimilación de estos ritmos de vida no habría sido gradual, sino a distintas velocidades (Ruiz Zapatero, 2011), se articularía una territorialidad expresada en sitios autosuficientes y homogéneos de prolongada ocupación (Lorrio Alvarado y Ruiz Zapatero, 2005; Esparza Arroyo y Blanco González, 2008), con esferas de habitación en piedra y adobe y arquitecturas “defensivas” de murallas y fosos¹. Todo apunta a que en la Cuenca del Duero proliferarían las aldeas fortificadas afincadas en llano, como el yacimiento de Soto de Medinilla (Valladolid) (Palol, 1966; Romero Carnicero y Ramírez Ramírez, 1996), o en puntos elevados y preponderantes, como los yacimientos de La Mota (Valladolid), Ledesma (Salamanca), el Cerro de San Vicente (Salamanca) o Cuéllar (Segovia) (Delibes de Castro y Romero Carnicero, 2011), caracterizadas principalmente a través de la facies cerámica de Soto Pleno (Delibes de Castro *et al.*, 1995).

En el Valle de Amblés sobresaldrían los castros de Castillejos de Sanchorreja y Las Cogotas, ambos con personalidad propia. El primero, con evidencias contextualizadas de estructuras no necesariamente de naturaleza doméstica y piezas cerámicas pintadas y emparentadas con la de tipo Soto, se constituiría como un lugar de encuentro al servicio de prácticas ceremoniales encaminadas a “cohesionar y reforzar el sentimiento comunitario” (Blanco González, 2009:186; Lock, 2011). En este caso, Las Cogotas se consolidaría como un enclave prioritario en la alineación de un paisaje cada vez más jerarquizado (Fig.10). La confirmación de cultura material que se puede adscribir temporalmente a esta cronología (Blanco González, 2010a; Padilla Fernández y Dorado Alejos, 2017), así como la relectura de las memorias de excavación de Juan Cabré (hechos a los que se hará mención en los capítulos 2 y 4), admitirían su relevancia en cuanto a la afirmación de un sistema ontológico amparado en tres principios elementales:

¹ En otros casos para estos asentamientos en llano, se ha escrito que tales estructuras defensivas no servirían para protegerse del ataque de seres humanos, sino para contener los presumibles más que frecuentes desbordamientos fluviales a principios del subatlántico (Blanco González 2009; Delibes de Castro y Romero Carnicero, 2011; Ruiz Zapatero, 2011).

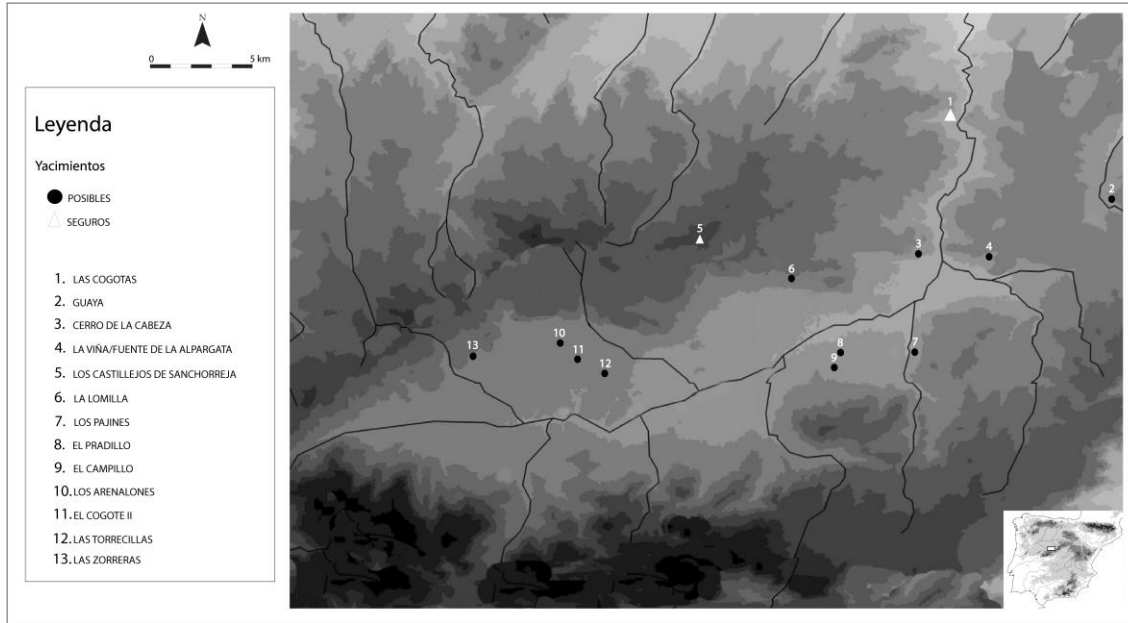


Fig. 10: Poblamiento en el Valle de Amblés en la Primera Edad del Hierro (850-650 cal. AC.) (modificado a partir de Blanco González, 2009).

1) Intercambios económicos. La definición de rutas comerciales con los asentamientos coloniales fenicios y griegos del levante y sur peninsular (Ruiz Gálvez, 1998; Celestino Pérez *eDoradot al.*, 2008) traería consigo nuevos medios de subsistencia basados en la explotación de recursos minerales cercanos y la adquisición de productos manufacturados de acento oriental, que estimularían cambios en las relaciones sociales (Jiménez Ávila, 2002).

2) El uso del hierro. Más allá de la desconocida dimensión simbólica ligada a este metal, la también desconocida adopción de la metalurgia de dicho mineral (Álvarez Sanchís *et al.*, 2016) produciría a la larga serias modificaciones en las producciones agrícolas. El empleo de herramientas más resistentes que el bronce incentivaría un incremento considerable de los excedentes, ayudando en parte a estimular la demografía y a implantar el germen de grupos aristocráticos (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2015).

3) La creación de una “sociedad heroica” (Criado Boado, 1993: 41). Entre otros aspectos, el sentido de arraigo y la preocupación por conceptos como legado, linaje o memoria (González Ruibal, 2006; Blanco González, 2010b) habría contribuido a generar la figura del pequeño dirigente que, movido singularmente por el control y

defensa local de las tierras que le pertenecían por herencia, organizaría un sistema jerarquizado apoyado en el campesinado y protegido por una tropa de guerreros.

Entre finales del 700 cal. AC o 500 a. C. y comienzos del 600 cal. AC o 400 a. C.², el Valle de Amblés volvería a sufrir reordenaciones claras (Álvarez Sanchís, 2005; Blanco González, 2009). La cada vez más acentuada división del paisaje avalaría la alineación de una ocupación humana del entorno cargada de contrastes significativos (Álvarez Sanchís, 2011). Bordeando la depresión y en conexión directa con los rebordes montañosos se levantarían núcleos poblacionales de gran relevancia como Ulaca (Solosancho), La Mesa de Miranda (Chamartín) y Las Cogotas, que junto a las famosas esculturas de verracos configurarían la organización de un territorio tremendamente fraccionado (Álvarez Sanchís, 2007). Por el contrario, los campos fértiles próximos al río Adaja serían ocupados por yacimientos de menor extensión y *a priori* no amurallados (Fig.11). Aún siendo conscientes de que todavía se hace imposible imaginar en extensión el horizonte paisajístico de la Edad del Hierro, por motivos diversos tales como la parquedad de las informaciones arqueológicas y la preponderancia –a veces– en la investigación de lo que resulta más visible y atractivo, sí podría precisarse que este iría adquiriendo un perfil más humanizado en el que la compartimentación artificial del suelo marcaría la diferencia. Tal y como apuntan Gonzalo Ruiz Zapatero y Jesús Álvarez Sanchís (2002: 262-265), refiriéndose concretamente a la importante función visual de los verracos disgregados prácticamente por todo el occidente meseteño, se erigiría un sistema complejo de parcelación que respondería a una socialización efectiva del medio natural.

Probablemente, el arraigo de las élites, en base a la acumulación de riqueza sustentada en el ganado, los pastos y las tierras de cultivo (Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero, 1999; Blanco González, 2009), acabaría propiciando una racionalidad espacial mantenida en la erección de elevados y fortificados castros monumentales con necrópolis asociadas, construcciones de facto de un paisaje social que delimitaría perfectamente los derechos sobre la pertenencia y la propiedad (Cunliffe, 1998; Burillo Mozota y Ortega Ortega, 1999). En esencia, un mundo más individual que huiría de

² A partir de este momento todas las fechas y dataciones se aportarán en función del sistema cronológico tradicional. La no existencia de investigaciones específicas al respecto para la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica se constituye como la causa principal.

manera ficticia de ese sentimiento comunitario al que se aludía con anterioridad. De ahí que el yacimiento de Castillejos de Sanchorreja se abandonara aproximadamente a finales del siglo. V a. C. La repetida desaparición de los lazos colectivos y la instauración de sistemas de interdependencia más frágiles, en los que las relaciones sociales quedarían reducidas a los ambientes intracomunitarios (Esparza Arroyo, 2011), afianzarían el establecimiento de un paisaje dominado por centros territoriales de poder. Centros que, asimismo, asumirían un importante protagonismo simbólico al constituirse en elementos de exhibición del esplendor y la fuerza de las comunidades que residían en ellas (Ruiz Zapatero, 2011).

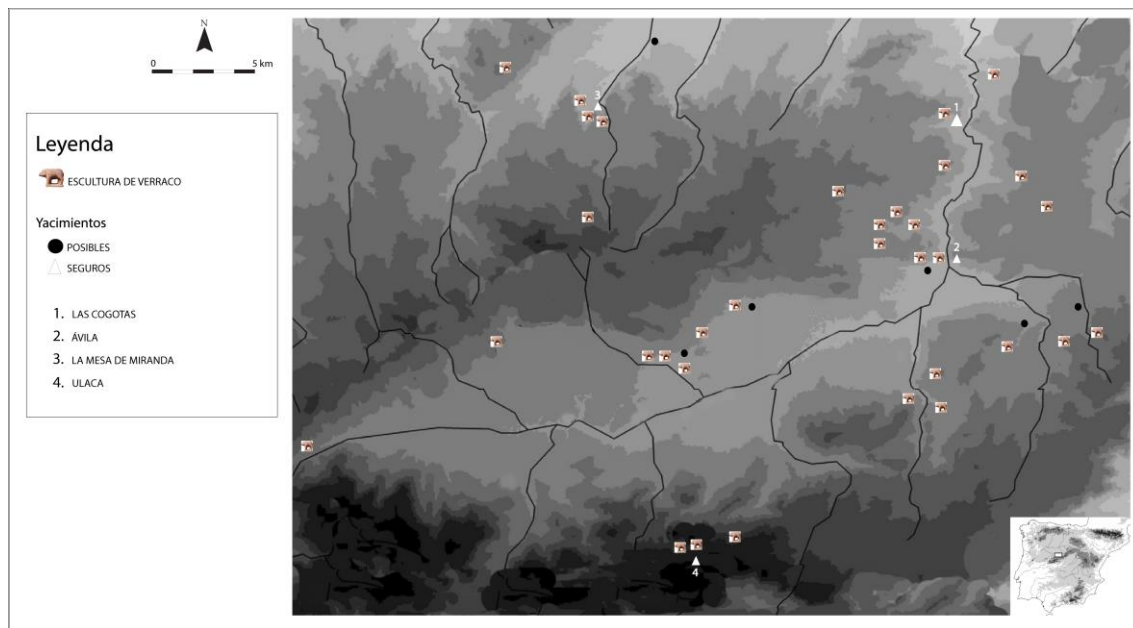


Fig. 11: Poblamiento en el Valle de Amblés en la Segunda Edad del Hierro (a partir del s. V a. C.) (modificado a partir de Álvarez Sanchís, 2003).

Las Cogotas, en contacto visual directo al sur con la Ávila actual, Ulaca al suroeste y la Mesa de Miranda al Oeste, se convertiría en un eje central de articulación del poblamiento hasta prácticamente la conquista romana. A pesar de la evidencia en su interior de tramas urbanas difusas, calles no planificadas y casas compartimentadas de una sola planta y diseminadas sin orden aparente, este ha llegado incluso a ser definido como uno de los grandes *oppida* de finales de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995). Sin coincidir lógicamente con la denominación más oficial y pragmática del término (Fernández Gotz, 2014) y reconociendo a su vez que en la Edad del Hierro Europea seguramente habría tantos tipos de ciudades como número de ciudades mismas, Las Cogotas podría ser considerada como una de las primeras ciudades del occidente meseteño ibérico (Álvarez Sanchís, 2011). Su extensión máxima

de 15 hectáreas, una necrópolis con más de mil tumbas, la obra de dos grandes recintos amurallados con entradas complejas, campos de piedras hincadas, grandes basureros y la constatación de zonas específicas destinadas exclusivamente a la manufactura estandarizada de piezas cerámicas (Padilla Fernández, 2011) darían buena cuenta de ello.

1.3. Entre Oriente y Occidente

Si se realiza en perspectiva un balance de la información aportada hasta el momento, no resulta difícil esbozar varias respuestas con las que resolver el porqué del carácter especial de Las Cogotas. Sondar el paisaje desde aproximaciones que sobrepasan lo estrictamente material y cuantificable permite entender que este yacimiento no solamente es crucial por ser uno de los iconos en la historia de la disciplina arqueológica en España; el valor de este cerro amesetado reside en su ubicación, que domina el curso alto del río Adaja, y por tanto, el camino natural que atraviesa el Sistema Central por medio de la falla de Plasencia-Alentejo y une el Valle del Tajo con el Amblés y toda la cuenca sedimentaria del Duero (Blanco González, 2009); quizás sea esta una posición determinante que le confiere un puesto destacado para la comprensión de buena parte de la prehistoria reciente y protohistoria peninsular. El descubrimiento en él de cultura material tan diversa respondería a ciencia cierta con su papel como enlace vertebrador de contactos intra e interregionales (Blanco González, 2010a). Este sería el hecho fundamental que, con certeza, no solo favorecería la llegada de objetos y personas de geografías diversas, sino que también sería la causa de la materialización de comportamientos sociales particulares y el desarrollo en última instancia de ontologías concretas.

La pregunta que sobrevuela a lo largo de este primer capítulo debería priorizar el “dónde”, con el objetivo de poder indagar en dichas relaciones y procedencias. Un interrogante que obviamente no puede ser concebido en este trabajo como una problemática novedosa en el marco de la investigación arqueológica, siendo numerosas y muy interesantes las aproximaciones que sobre todo a lo largo de las décadas recientes lo han abordado en profundidad (Kurtz, 1980; Álvarez Rojas y Gil Montes, 1988; Ruiz

Zapatero, 1985, 2007 y 2014; Baquedano Beltrán, 1996; Cerdeño Serrano *et al.*, 1996; Álvarez Sanchís, 1999, 2003 y 2010; González Tablas y Domínguez Calvo, 2002; Barril Vicente, 2005; Blasco Bosqued *et al.*, 2007; Blanco González, 2009, 2010a y 2015; Blanco García, 2012; Blasco Bosqued y Blanco García, 2014; entre otros). El planteamiento de este apartado responde precisamente a la intención de continuar en la senda de tales descripciones, con la finalidad de esclarecer un poco más en detalle las rutas de contacto habidas durante la Edad del Hierro en la esfera meseteña, y dentro de las cuales, Las Cogotas se configuraría como un punto central de comunicaciones.

Ante la imposibilidad de contar con secuencias contextuales fiables para la mayor parte de los restos que se conservan, debido esencialmente a la condición secundaria que tuvo la estratigrafía a principios del siglo XX, los propios materiales y sus particularidades morfológicas son primordiales para llevar a cabo este tipo de reflexiones. Así, y a pesar de disponer de hipótesis que cuestionan la ocupación efectiva de este asentamiento en el tránsito de la Primera Edad del Hierro y defienden más bien un poblamiento residual en el ámbito oeste de la acrópolis (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995; Fernández Gómez, 1995; Baquedano Beltrán, 1996; Álvarez Sanchís, 2009), las excavaciones antiguas de Emilio Rotondo y Juan Cabré parece ser que revelaron un importante registro material metálico atribuido a la etapa circunscrita en cronología tradicional entre los siglos IX y V a. C. Antonio Blanco (2010a), en una magnífica labor de recapitulación de la toréutica del castro en este Hierro Antiguo, hace hincapié en un aplique cilíndrico con zoomorfo retrospectivo, un asa de recipiente con rostro femenino y un conjunto de fíbulas de doble resorte y anulares hispánicas de gran tamaño. A través de comparaciones tipológicas con elementos similares encontrados en yacimientos contemporáneos como Castillejos de Sanchorreja o Cancho Roano (Badajoz), entre otros, llega a la conclusión de que al menos el *corpus* de fíbulas y el aplique podrían corresponder a cronologías coincidentes con los comienzos de la Edad del Hierro, haciendo constatar al mismo tiempo la preponderancia del castro en el periodo denominado como Orientalizante (Celestino Pérez *et al.*, 2008).

El auge de los focos comerciales establecidos en el suroeste peninsular, las costas mediterráneas y el Bajo Alentejo y Ribatejo portugués, traería consigo la regulación a medio y largo plazo de relaciones acentuadas que tomarían como itinerario principal la ruta nombrada posteriormente por los romanos como “Vía de la Plata”

(Álvarez Sanchís, 2003), o quizás la subida natural de los ríos Guadiana y Tajo (Celestino Pérez y Salgado Carmona, 2013). En definitiva, un trasiego continuo en torno a un eje Noreste-Suroeste con distintas ramificaciones de materias primas, productos ya manufacturados pero nunca vistos hasta entonces e individuos con pensamientos diferentes. Este movimiento explicaría entre otras cosas el hallazgo en Las Cogotas de parte de un trípode de bronce apoyado en soportes terminados con forma de garra de felino (Kurtz, 1980; Barril Vicente, 2005; Graells *et al.*, 2014), un más que dudoso conjunto de apliques ligado a recipientes de carácter ritual a modo de braserillos (Álvarez Sanchís, 1999) o fichas y discos circulares perforados y con botón central (Cabré Aguiló, 1930: 92. Lám. LXX-1, N° 6 y 15, Lám. LXX-2, n° 12), interpretados recientemente como supuestos ponderales de un sistema de medidas oriental (Blanco González, 2010a).

El estudio de los materiales cerámicos aparecidos en Las Cogotas respaldaría, aún más si cabe, la idea de que a principios de la Edad del Hierro estas comunidades, lejos de ser autárquicas, habrían mantenido más conexiones de las imaginadas hasta hace unos años. Además de las influencias constantes con el ámbito tartésico hasta su colapso, serían bastante comunes las interacciones con los grupos afincados tanto en el Tajo medio como en el alto y medio Valle del Ebro (Ruiz Zapatero, 2007b y 2014; Blanco García, 2012; De Torres Rodríguez, 2013; Urbina Martínez, 2015) (Fig.12).

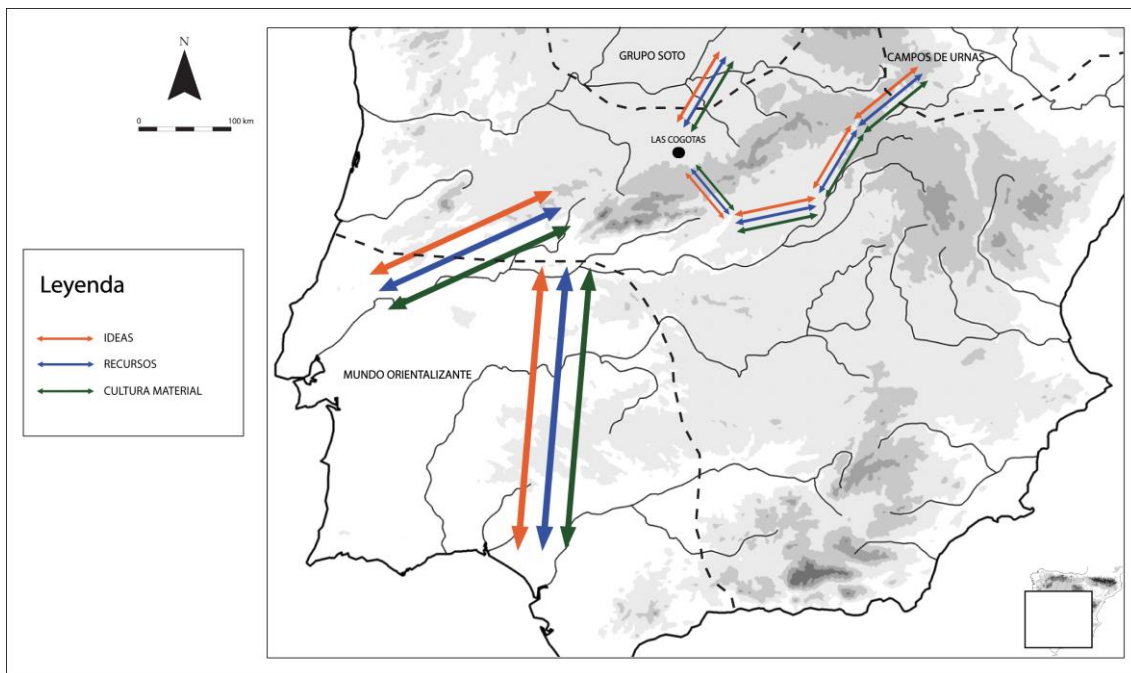


Fig. 12: Contactos de doble dirección en torno a la Vía de la Plata y los valles del Duero, Tajo y Ebro.

Aparte de una serie de piezas que bien podrían ser foráneas³, la constatación de una panoplia cerámica de manufactura local con volúmenes y patrones decorativos característicos de ajuares vinculados a la órbita fenicia y a las influencias tardías en la meseta de los Campos de Urnas acreditaría la existencia efectiva de estos intensos contactos interregionales. La fabricación de alfarería con un grado de pericia técnica deficiente, pero con formas bitroncocónicas, globulares u ovoides, perfiles en “S”, pequeños umbos, pies realzados, cerámica excisa, motivos acanalados, mamelones por presión interna, ictiomorfos –figuras de peces–, motivos vegetales, zigzags inciso-impresos y engobes rojizos, puede ser la demostración palpable de la producción en esta etapa de conjuntos cerámicos híbridos, que serían el reflejo de la ordenación de nuevos panoramas ideológicos. Así, la documentación de fragmentos con incisiones a peine blando, fechados entre mediados del siglo VII a. C. y finales del siglo V a. C., y recipientes con inclusiones metálicas y vítreas datados desde el Bronce Final hasta la Segunda Edad del Hierro (Blanco González, 2010a), evidenciarían que este proceso de ensayo e hibridación cerámica no sería algo estrictamente puntual y acorde únicamente a los momentos de transición Bronce Final-Hierro I, sino una constante prolongada a lo largo del tiempo que no se vería culminada hasta varias generaciones después, cuando la programática de un número riguroso de actividades técnicas fuera adquirida como una pauta naturalizada (Fig.13).

Sin duda sería este un panorama muy similar al que seguramente acontecería en regiones cercanas como las del Alto y Medio Duero, tierras que mantendrían a la par un contacto frecuente con Las Cogotas y el resto del occidente meseteño peninsular. Pese al testimonio limitado de elementos cerámicos con motivos pintados que puedan establecer un emparentamiento directo con la cultura del Soto de Medinilla, el reciente redescubrimiento en los fondos del Museo Arqueológico Nacional, de un borde adornado en el interior con una franja sogueada a peine y delimitada por dos cordones horizontales (Blanco González, 2010a: 126-27, fig. 3), podría demostrar desde un punto de vista material el peso de estas relaciones en torno al Duero. Su equivalencia con otras muestras descritas anteriormente en yacimientos análogos como Castillejos de Sanchorreja, el Cerro de San Vicente, Ledesma, el Picón de la Mora, La Mota o Cuéllar

³ Como, por ejemplo, la segunda a la que se refiere Antonio Blanco en 2010a: 126, (fig. 2). Al margen de la más que presumible distinta naturaleza física de la pasta arcillosa empleada para su manufactura, este vasito reproduce un nivel de pericia técnica elevado, sobre todo si se compara con el que se desarrolla contemporáneamente en Las Cogotas para modelar conjuntos formales semejantes (Padilla Fernández y Dorado Alejos, 2017).

(Martín Valls, 1986-87; Benet *et al.*, 1991:128; Martín Valls *et al.*, 1991; Seco y Treceño, 1993; Barrio Martín, 1993; González Tablas y Domínguez Calvo, 2002) haría plausible la idea de considerar que ya desde los albores de la Edad del Hierro, en territorios diferentes pero cercanos como estos, serían elaboradas cerámicas con formas parecidas y motivos idénticos (Blanco García, 2010a) (Fig.14).



Fig. 13: Conjuntos cerámicos de transición documentados en el yacimiento de Las Cogotas (Bronce Final-Primera Edad del Hierro). M.A.N: A) 3534; B) 35535; C) 1989/41/2227; D) 35506; E) 35492; F) 35488; G) 35490; H) 33424; I) 35478; J) 35500.

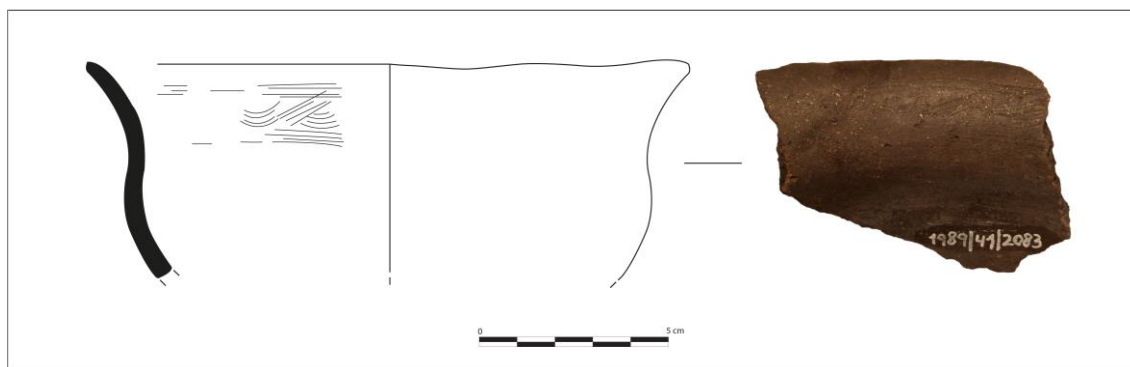


Fig. 14: Cerámica a peine blando documentada en el yacimiento de Las Cogotas (M.A.N/1989/41/2083).

A mediados/finales del siglo V a. C., la prueba fehaciente en el Valle del Tajo de la adquisición de decorados a peine con un elevado nivel de pericia técnica (Blasco y Blanco García, 2014) corroboraría la perduración en el tiempo de las rutas de comunicación a uno y otro lado de la sierra de Gredos. Casi de forma paralela, comenzarían a hacer acto de presencia las primeras evidencias del colapso de las redes de conexión con los ámbitos meridionales de influencia tartésica (Almagro Gorbea, 1991; Jiménez Ávila y Domínguez de la Concha, 1995; Rodríguez González y Celestino Pérez, 2017), que no impedirían en absoluto el mantenimiento de enlaces con zonas sureñas. De hecho, la realización como consecuencia de este trabajo de análisis arqueométricos⁴ de un conjunto particular de piezas cerámicas de Las Cogotas, en su mayoría inéditas y conservadas en el Museo Arqueológico Nacional, permite teorizar sobre la existencia, al menos a partir del siglo IV a. C., de vínculos sólidos de intercambio con comunidades circunscritas a los territorios llamados por las fuentes clásicas como Carpetania y Oretania. A través de yacimientos emplazados en puntos clave, tales como el Cerro de las Cabezas o Alarcos (Ciudad Real) (Esteban Borrajo, 2000; Fernández Maroto *et al.*, 2007), y probablemente en conexión directa con otros asentamientos más cercanos a Cogotas, como por ejemplo el Cerrón (Illescas, Toledo) (Valiente Cánovas, 1994), el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo) (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez, 2004; Chapa Brunet *et al.*, 2013) o El Raso (Candeleda, Ávila) (Fernández Gómez *et al.*, 2009; Fernández Gómez, 2011), se canalizarían nuevos circuitos de intercambio que traerían consigo la llegada desde el sur de productos de prestigio determinados, unidos a razones y concepciones concretas. Un asiento de relaciones que también podría ser atisbado recurriendo básicamente a las clásicas

⁴ El principal aporte de información a este estudio procede de la elaboración de técnicas analíticas químicas mediante Fluorescencia de Rayos X (FRX) y Difracción de Rayos X (DRX), abordado con detenimiento dentro del capítulo 4.

comparaciones tipológicas. Con independencia de la identificación desde mediados/finales del siglo IV a. C. de ajuares armamentísticos metálicos de claro influjo íbero, como broches de cinturón de placa cuadrangular de tipo meridional con damasquinados, hojas pistiliformes de imitación greco-italica, *soliferrea* y cuchillos y espadas afalcadas (Kurtz, 1980; Álvarez Sanchís, 1999 y 2003), los siguientes elementos cerámicos dejarían intuir dichos contactos (Figs.15 y 16):

a) Urna/tinajilla asociada a la vivienda nº11 del poblado (M.A.N/1989/41/3482). Cabré no hace referencia a esta pieza en su memoria del castro. En ella tan solo se alude a la tres y a la cuatro, obviando por completo la práctica totalidad de la cultura material encontrada en el resto. Por sus caracteres morfométricos recordaría a la cerámica a torno pintada de tipo Valdepeñas (Esteban Borrajo, 2000), renombrada recientemente como de tipo Cerro de las Cabezas (Blanco García *et al.*, 2012). Sin duda, un conjunto propio de la Oretania Septentrional durante el periodo ibérico pleno –finales del siglo V a. C. hasta bien entrado el siglo III a. C. (Vélez Rivas y Pérez Avilés, 1987) – que por sus particularidades bien podría casar con la atisbada en los fondos del arqueológico. En este caso, además, la distinción en la superficie de decoraciones geométricas pintadas en rojo vinoso sobre un engobe anaranjado desgastado, certificarían aún más si cabe su carácter exótico.

b) Copa ática ligada a contextos de necrópolis (M.A.N/1989/24/sn). Esta copa haría referencia a un pie moldurado correspondiente a un *kylix* o copa de pie bajo de figuras rojas perteneciente al grupo pintor de Viena 116, datado en el segundo cuarto del siglo IV a. C. (Sánchez Fernández, 1992; Rouillard *et al.*, 2017). Una forma que ha sido frecuentemente conectada con intercambios comerciales entre la Alta Andalucía y la Meseta Sur (Zarzalejos Prieto *et al.*, 1995), desde donde supuestamente se distribuiría hacia zonas más norteñas. El inventario actual del Museo Arqueológico Nacional contempla que este pequeño fragmento pertenece al agregado de enseres documentado en la sepultura nº 956. Sin embargo, Cabré no registra en sus escritos la aparición de un elemento de tales características, describiendo únicamente la existencia en esta de un cuenco reductor a peine con pequeñas acanaladuras desde la base, que guardaba en su interior una fíbula anular de bronce (Cabré Aguiló, 1932: 104). Por tanto, cabe la posibilidad de pensar que esta pequeña pieza formara parte del revuelto del material cerámico de necrópolis no referenciado o que apareciera posteriormente en las

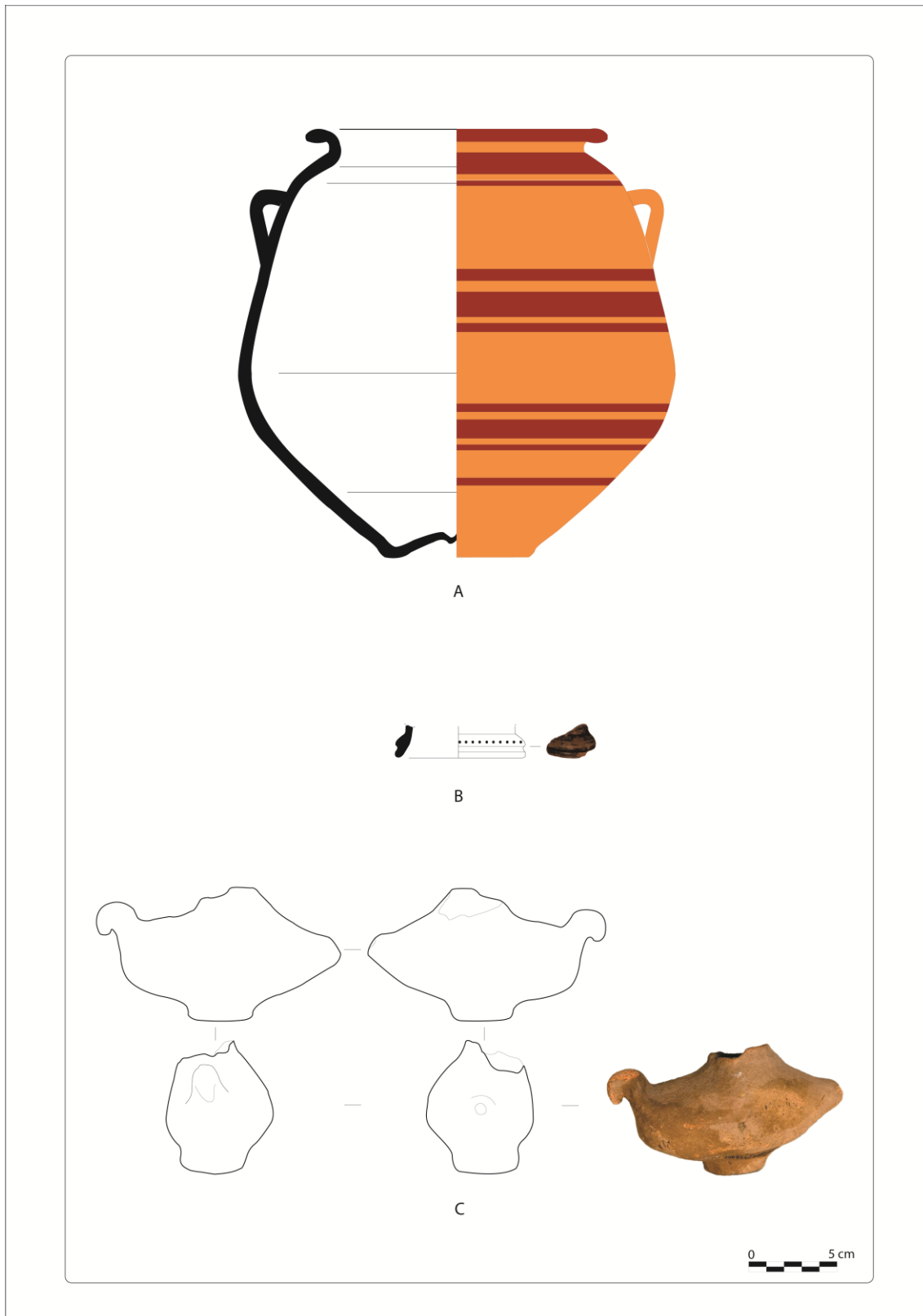


Fig. 15: A) urna tinajilla asociada a la vivienda nº11 del yacimiento de Las Cogotas (M.A.N/1989/41/3482); B) copa ática ligada a contextos de la necrópolis del yacimiento de Las Cogotas (M.A.N/1989/24/sn); C) “ascos” zoomorfo registrado en la necrópolis de Las Cogotas (M.A.N/1989/24/681).

dependencias del museo, tras la limpieza y restauración exhaustiva del recipiente peinado asociado con seguridad a esta sepultura. Otra opción sería la de considerar que su descubrimiento hubiera tenido lugar en el castro, casando con la referencia del hallazgo de “un fragmento de un vasito bañado de negro brillante” (Cabré Aguiló, 1930: 35).

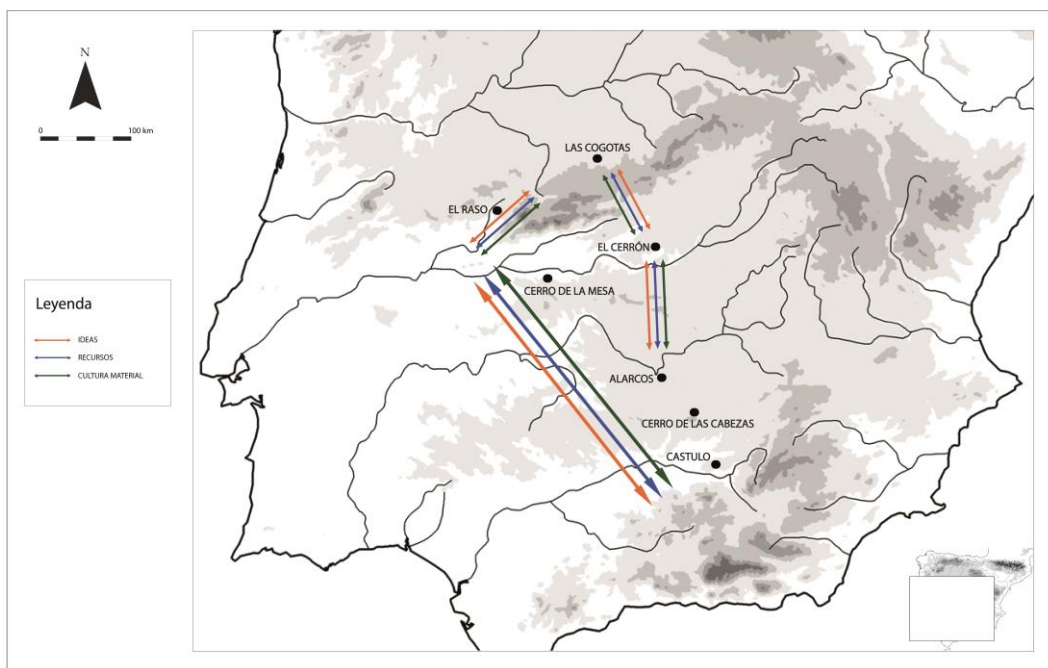


Fig. 16: Contactos de doble dirección entre la Alta Andalucía, la Meseta Sur y la Meseta Norte.

c) *Askos* zoomorfo registrado en espacios de necrópolis (M.A.N/1989/24/681). Esta pieza cerámica fue determinada por Juan Cabré como un “vaso biberón en forma de pájaro de barro popular” (Cabré Aguiló, 1932: 49) y asociado a las sepulturas nº 160 y 161, al especularse que, dada la cercanía entre ambas, estas pudieran configurarse como una sola. En el centro de la espalda dispone de la boca de relleno, distinguiéndose en la cola o parte posterior una pequeña perforación para verter. En su parte inferior posee un pie cilíndrico desarrollado, similar a los apreciados en otros ejemplares contabilizados en la meseta, como el de la necrópolis de El Altillo en Aguilar de Anguita, Guadalajara (Alfayé, 2007). Debido principalmente a su carácter excepcional, ha sido habitualmente calificado como una importación (Álvarez Sanchís, 2003). Sin embargo, la naturaleza de sus pastas anaranjadas y la tosquedad de su manufactura sugieren que más bien pudiera ser una imitación de aquellos que si procedían del mediterráneo, fruto del comercio fluido desde el siglo IV a. C. entre las poblaciones del sur y el levante y los principales centros del Valle de Amblés (Cerdeño Serrano *et al.*, 1996).

Evidentemente, las carencias de los registros antiguos y la no certeza de que, en momentos convulsos, parte de la colección depositada por Juan Cabré en el Arqueológico Nacional sufriera extravíos y mezclas, pondrían en tela de juicio las apreciaciones aquí formuladas. No obstante, y a pesar de no poder aseverar con rotundidad la integridad del conjunto material atribuido a las excavaciones antiguas de Las Cogotas, la coincidencia de estos bienes en tiempo y forma con la afirmación de comunidades de poder que reajustan el paisaje social en la Meseta no parecería del todo baladí; como tampoco parece que lo fuera, el mantenimiento de fuertes relaciones de interacción en las tierras del interior entre grupos culturales cada vez más individualizados.

A la espera de comprobar por medio de futuros trabajos la circulación efectiva de las famosas cerámicas con decoración a peine, las investigaciones más recientes apuntarían asimismo que, a principios de la Segunda Edad del Hierro estas no serían solo producciones elaboradas en el occidente de la meseta, sino que tendrían igualmente un protagonismo destacado en gran parte de la cuenca del Duero, alcanzando su periodo de mayor esplendor durante los siglos IV y III a. C. (Sanz Mínguez, 1998 y 1999; Blanco García, 2010a; Álvarez Sanchís, 2010). En este sentido, los recipientes peinados serían una prueba de la pervivencia de tradiciones comunes y lazos profundos entre regiones distintas y sociedades que ya comenzaban a ser llamadas de manera diferente (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002: 269). Al margen de las más que seguras redes económicas comerciales definidas en torno a los trasiegos constantes de cereal, ganado, minerales o piedras de granito (Romero Carnicero *et al.*, 2008), las comunidades denominadas como vetonas, vacceas y arévacas intercambiarían personas, ideas y prácticas sociales (Fig.17).

A menudo, la adecuación de una interpretación del pasado, en función de parámetros culturales contemporáneos, ha tendido a fijar de forma inevitable espacios y fronteras estáticas que en cierta medida ocultan el dinamismo y la movilidad propia de los últimos compases de la protohistoria peninsular. Las escasas huellas vigentes incluso en el registro arqueológico, conectadas preferentemente con ámbitos funerarios y objetos asociados a panoplias armamentísticas y de vestimenta (fíbulas, broches, brazaletes, collares, etc.), han servido para crear rutinas históricas que conciben mayoritariamente dichas conexiones como meras migraciones o aculturaciones (Álvarez

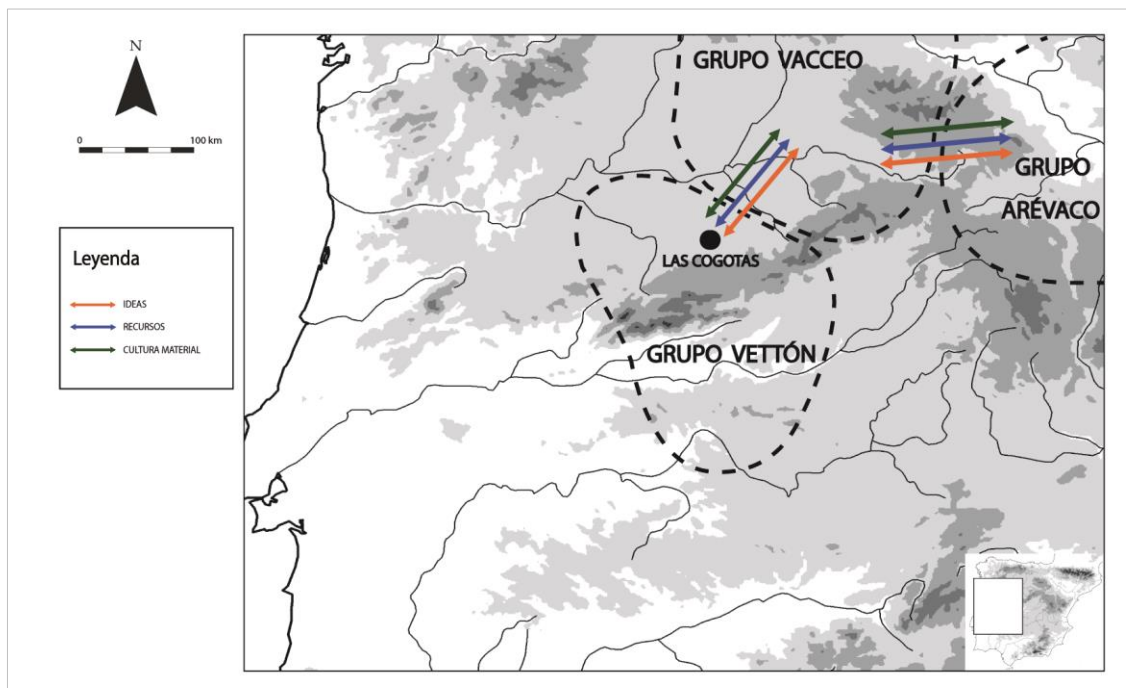


Fig. 17: Contactos de doble dirección entre vettones, vacceos y arévacos en la Segunda Edad del Hierro.

Sanchís, 2010). De forma recurrente se ha tendido a pensar que grupos procedentes del Alto Duero, Alto Tajo y Alto Jalón, con una nueva filiación étnica de clara influencia laténica pero convergente con el mundo ibérico, llegarían progresivamente a tierras del Occidente Meseteño peninsular reorganizando y trastocando “viejas” formas de vivir (Almagro Gorbea, 1985, 1992; Almagro Gorbea y Lorrio Alvarado, 1987). Una aparente realidad que también ha intentado ser fijada a través de la confirmación de la asimilación y producción de equipos cerámicos formalmente distintos, fabricados a torno, oxidantes y con decoraciones pintadas igualmente distintas (Cabré Aguiló, 1930; Bosch Gimpera, 1944; Martín Valls, 1985; Sacristán de Lama, 1986; Sanz Mínguez, 1999; Álvarez Sanchís, 1999). Sea como fuere, el asentamiento de Las Cogotas una vez más demostraría su importante faceta como eje vertebrador en la construcción de paisajes sociales en estos momentos de impás, quizás hasta ahora articulados desde perspectivas demasiado comprensibles y abstractas. Aludiendo siempre al eterno problema de la descontextualización, la documentación de una serie de evidencias materiales avalaría escenarios de correspondencia bastante más complejos. A nivel cerámico cabría destacar concretamente los siguientes elementos:

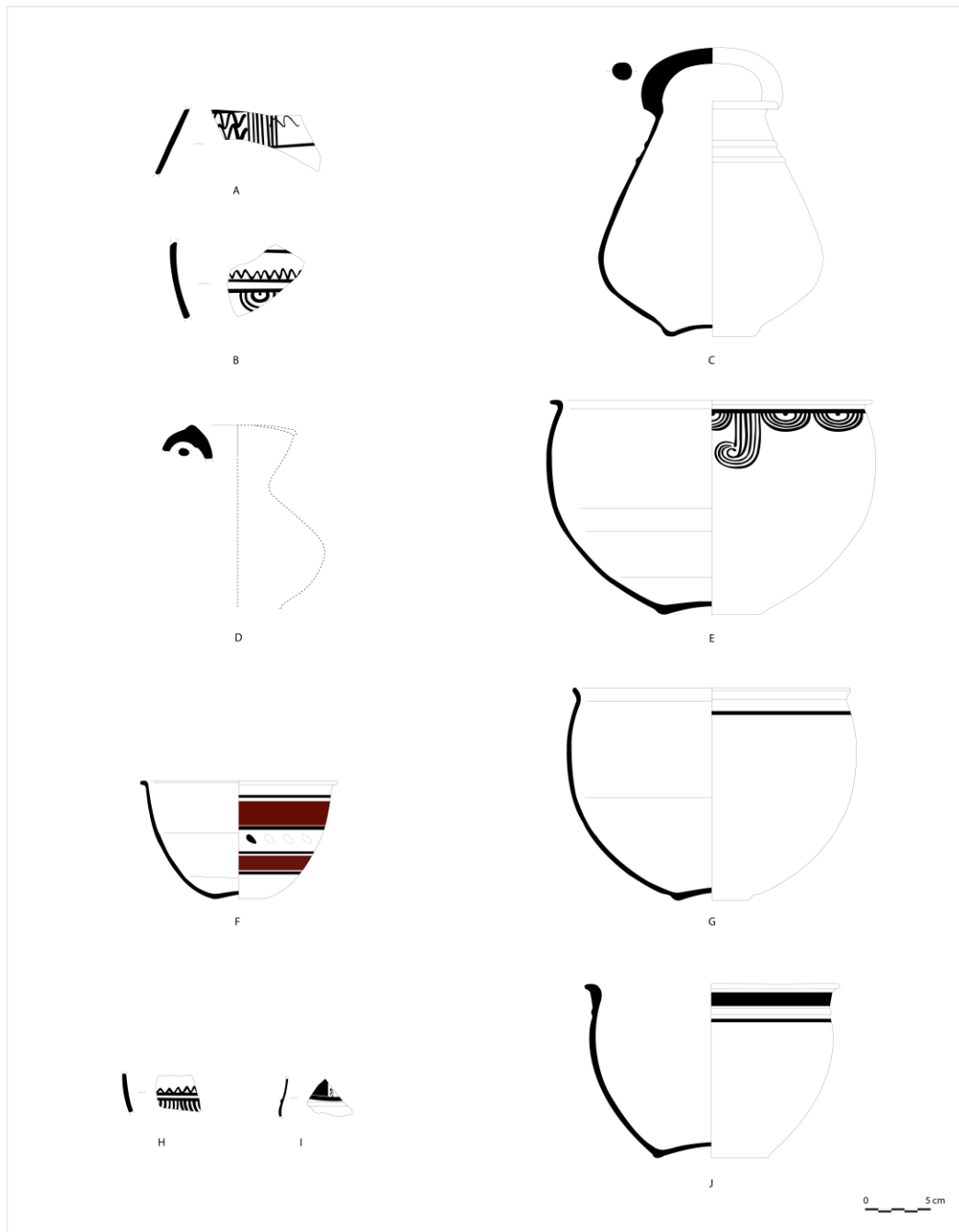


Fig. 18: Conjuntos cerámicos de presumido origen vacceo y arévaco documentados en el yacimiento de Las Cogotas. M.A.N: A) 1989/41/1751; B) 1989/41/3152; C) 1989/24/51; D) 1989/41/3156; E) 1989/24/192; F) 1989/24/81; G) 1989/24/114; H) 1989/41/3153; I) 1989/41/3419; J) 1989/24/113.

a) Recipientes de presumido origen vacceo y arévaco (M.A.N/1989/41/1751; 1989/41/3152; 1989/41/3153; 1989/41/3156; 1989/41/3419; 1989/24/51; 1989/24/113; 1989/24/114; 1989/24/81; 1989/24/192) (Fig.18). Cabré no alude de manera precisa a los cinco primeros, de los que únicamente se sabe que se hallaron en contextos de habitación. Él mismo es el que se encarga de enunciar en sus memorias que, durante los

trabajos de excavación en la acrópolis del yacimiento, fueron recogidos numerosos “fragmentos ibéricos” con líneas circulares, semicírculos concéntricos y zigzags. En teoría, estas eran las pruebas indiscutibles de la asimilación en la Segunda Edad del Hierro de parte de las expresiones técnicas cerámicas propias del sur y del este peninsular, como medio para seguir expresando la fuerte convicción celta de los habitantes de Las Cogotas (Cabré Aguiló, 1930: 71). Los otros cinco, pertenecientes al cementerio de Trasguja, sí aparecen debidamente señalados en las anotaciones de Cabré, y asociados con las sepulturas nº 324, 356, 562 y 1149 (1932: 61, Lám. LVIII.; 63, Lám. LXXVI; 78; 118, Lám. LIII-2). En esencia, se trata de un repertorio que en base a criterios netamente morfofuncionales dista poco del atisbado en asentamientos relacionados con el mundo vacceo, tales como Pintia (Sanz Mínguez, 1998), Rauda (Sacristán de Lama, 1986; 2007) o Cauca (Blanco García, 2003). Además, la apreciación a simple vista de pastas oxidantes rosadas y amarillentas que difieren físicamente de las fabricadas en el entorno de Las Cogotas, así como determinadas decoraciones geométricas en su mayoría pintadas en color negro, parecen evocar a los vasos más antiguos de esta índole, ya elaborados probablemente con asiduidad en el centro del Duero a partir de finales del siglo V y comienzos del IV a. C. (Blanco García, 2010b). El último de los vasos reseñados recuerda a tipos cerámicos asociados a tierras más orientales. De hecho, las características de su matriz ocre/amarillenta con pequeños clastos de cuarzo y sedimentos íltico-caoliníticos encajan perfectamente con patrones tecnológicos cerámicos definidos para esta zona en la segunda Edad del Hierro (García Heras, 1997).

b) Imitaciones locales de grupos cerámicos de naturaleza arévaca y vaccea (M.A.N/1989/41/3478(A); 1989/24/78; 35550; 1989/24/686; 35514 (Fig.19). En esta ocasión, salvo la jarra nº 1989/41/3478(A), todos los conjuntos cerámicos seleccionados de la colección del Arqueológico Nacional aparecen referidos individualmente por Cabré como vestigios materiales de “aspecto celta y análogos a los típicos de la Edad del Hierro de la Meseta Central” (1930, Lám. LXII. y LV.; 1932, Lám. L. y LVIII.) Así bien, presentes tanto en niveles de poblado como en zonas funerarias, estas piezas, realizadas a torno rápido con arcillas procedentes de las inmediaciones del sitio de Las Cogotas, disponen de una serie de particularidades técnicas que intuyen acciones intencionadas para copiar alcallerías propias de yacimientos tan emblemáticos como el de Numancia (Wattenberg Sampere, 1963; Romero Carnicero, 1976; Arlegui Sánchez,

1986; Jimeno Martínez *et al.*, 2004) y que han sido fechadas recientemente en el siglo III a. C. (Jimeno Martínez *et al.*, 2012); un dato que, por otro lado, no descartaría en absoluto la manufactura de estas producciones en cronologías más antiguas, antojándose previsible su presencia en el registro en los primeros compases del siglo V a. C. (Lorrio Alvarado, 1997; Arenas Esteban, 1999; Cerdeño Serrano, 2005; Sánchez Climent, 2016). También, el intento de emular elementos formales procedentes del ámbito vacceo es manifiesto.



Fig. 19: Conjuntos cerámicos de imitación vaccea y arévaca documentados en el yacimiento de Las Cogotas. M.A.N: A) 35550; B) 1989/24/686; C) 3478 (a); D) 35514; E) 1989/24/78.

De forma específica, los tres recipientes enumerados en primer orden se caracterizan por no tener un acabado plenamente definido, es decir, son morfológicamente irregulares, poseen paredes gruesas, bases pesadas y han sido cocidas en ambientes mixtos, a ciencia cierta con la intención de llevar a cabo coloraciones oxidantes, pero sin éxito. Los dos ejemplares restantes, independientemente de coincidir

en parte con las apreciaciones técnicas formuladas para los anteriores, recibieron junto al bruñido un engobado rojizo por la totalidad de la superficie, tal vez con la pretensión de lograr cromatismos todavía inalcanzables desde criterios puramente tecnológicos. De hecho, el oscurecimiento generalizado de estas tonalidades rojizas y el cotejo de defectos por exceso de vitrificación, sostendrían aún la utilización de hornos sencillos en los que la consecución de la entrada regulada de oxígeno no sería tarea fácil o bien, la experimentación con nuevas estructuras de combustión.

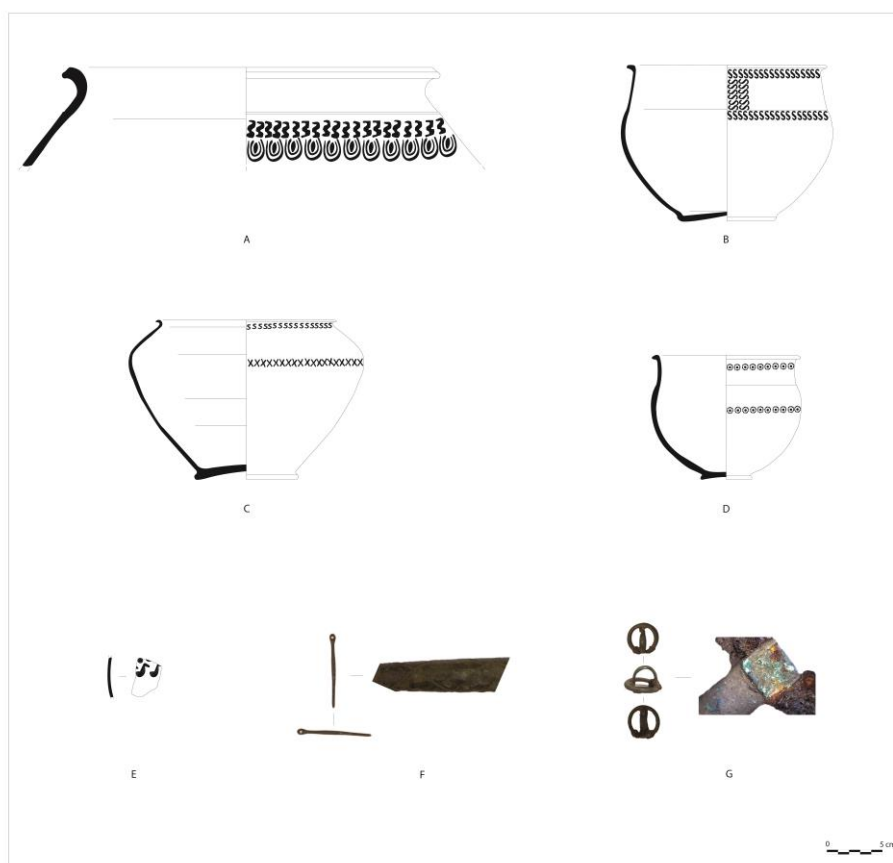


Fig. 20: Conjuntos cerámicos estampillados documentados en el yacimiento de Las Cogotas (A-E). M.A.N: A) 1989/41/2314; B) 1989/24/29; C) 1989/24/66; D) 1989/24/74; E) 1989/41/2984. Elementos de metal (F-G). M.A.N: F) 1989/41/3061; G) 1989/41/3066.

Del mismo modo, la cerámica estampillada constatada en el yacimiento de Las Cogotas reconocería a todos los efectos un panorama de interacciones bastante más complicado del avistado hoy en día por las investigaciones. Qué duda cabe que la realidad evidente de hace más de dos mil años excedería del simple interés económico y racional de entablar redes e intercambios comerciales (Álvarez Sanchís, 2009). La presencia de composiciones estampilladas compuestas preferentemente por motivos geométricos, vegetales y ornitomorfos, a veces combinadas con técnicas incisas e

impresas, posicionaría a Las Cogotas como un enclave vital dentro del plausible entramado de vínculos de proximidad normalizados en la Península Ibérica, desde el siglo V a. C., hasta prácticamente la conquista romana (Fig.20). La identificación a su vez de estampillas, coincidentes con las consideradas como específicas en la región del noroeste peninsular (González Ruibal, 2006) –arcos y motivos en S de pequeño tamaño– y su configuración en frisos continuados de elevada coherencia estética (Cabanillas de la Torre, 2015), permitiría imaginar el funcionamiento articulado de un posible eje de circulación atlántico y a escala continental de valores, imágenes y conceptos (Fig.21).

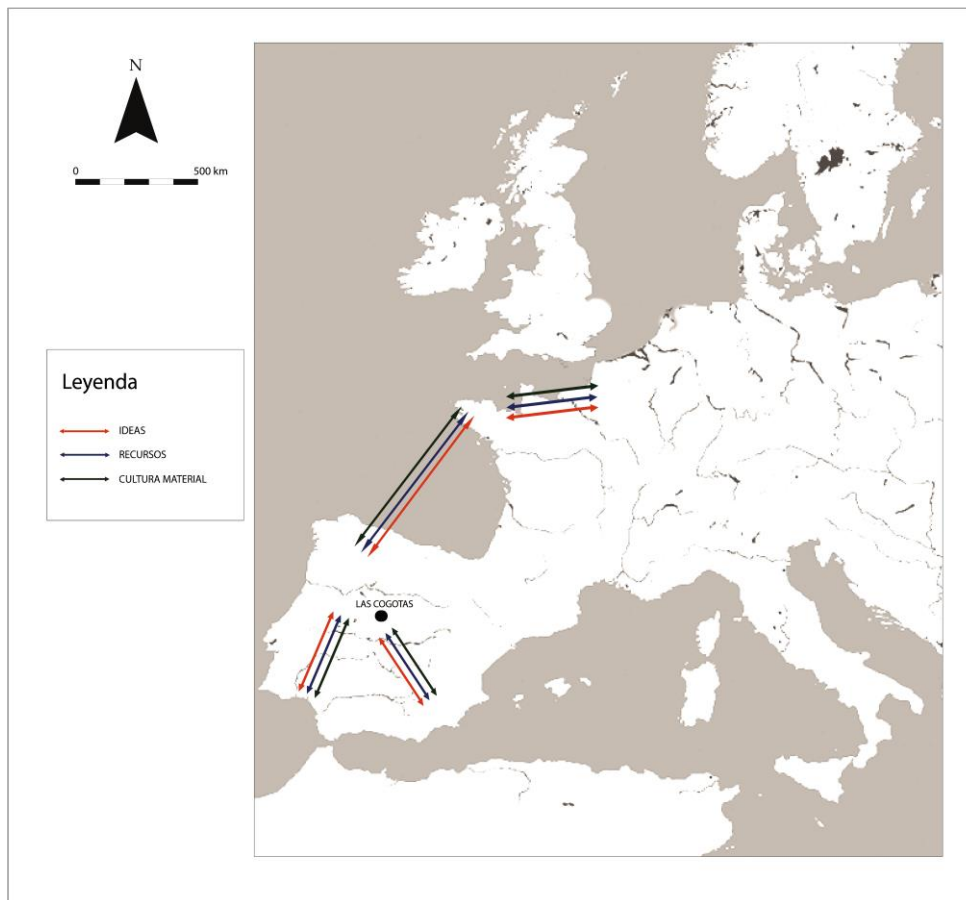


Fig. 21: Contactos de doble dirección entre la Península Ibérica, el Atlántico Norte y Europa Occidental.

Esta teoría bien podría corroborarse si a la par se atiende a la certeza de la reproducción idéntica de estos estampados en otros objetos cotidianos como fusayolas, pesas de telar, fichas o enmangues de instrumentos, al igual que en determinados accesorios de vestimenta y enseres de armamento como fíbulas, anillos, vainas,

empuñaduras o tahalíes. Además, la contrastación mediante estudios arqueométricos⁵ del origen foráneo de una herramienta cerámica conservada en las dependencias del Arqueológico Nacional (M.A.N/1989/41/288), hallada supuestamente en Las Cogotas a nivel superficial⁶, y empleada con probabilidad a modo de sello para grabar sucesiones de motivos en aspa o en cruz, probaría no solo un movimiento constante de técnicas unidas –o no– a personas, sino el tránsito directo de una serie de útiles cargados de valores simbólicos y significados que escapan por completo a las lógicas de racionalidad actual. Asimismo, la contrastación del carácter exótico de un fragmento estampillado con motivos de tipo foliáceo (M.A.N/1989/41/3596), y documentado presuntamente en el interior de una de las viviendas excavadas por Cabré (1930: 64, Lám. XLIX.-33), abriría la posibilidad de pensar en el trasiego interregional de estos productos (Fig.22). Si circulaban ideas, ¿por qué no ciertos recipientes asignados a dichas ideas?



Fig. 22: Izquierda: herramienta de estampilla de origen foráneo (M.A.N/1989/41/288). Derecha: fragmento estampillado con motivos de tipo foliáceo (M.A.N/1989/41/3596). Ambos descubiertos en el yacimiento de Las Cogotas.

La faceta reincidente de Las Cogotas como emplazamiento estratégico llegaría incluso hasta los fenómenos de interacción propios de las centurias inmediatas a la plena romanización. Se trata de un hecho que puede atisbarse a través de la valoración de los siguientes materiales cerámicos descubiertos *in situ* en el yacimiento (Fig. 23):

⁵ De forma análoga a la puntualización expresa en la nota anterior, el desglose completo de dichos estudios aparece detallado en el capítulo 4.

⁶ Así lo afirma una pequeña nota escrita a lápiz en el transcurso de los trabajos arqueológicos en la acrópolis durante los años 1927 y 1929, y asociada a un lote de cerámicas que aparece reflejado en la Lám. LIII. de la memoria de Cabré (1930: 111).

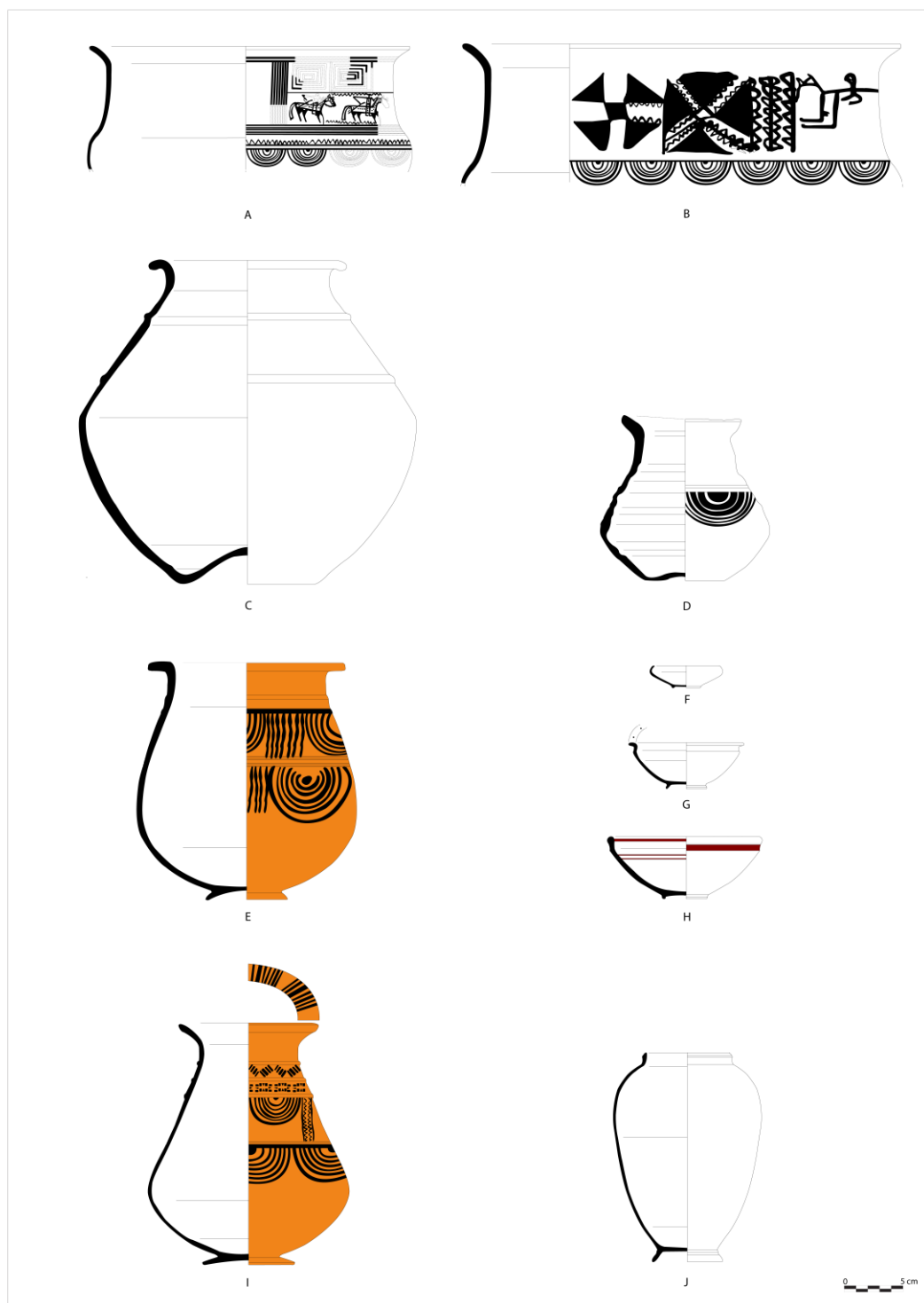


Fig. 23: Conjunto cerámico de tradición celtibérica (A-D). M.A.N: A) 35570; B) 35569; C) CO-1986/89-1; D) CO-1986/89-2. Conjunto cerámico de imitación ibérica y de barniz negro (E-I). M.A.N: E) 35540; F) 13383; G) 35586; H) 35584; I) 35542. Urna de posible procedencia laténica. J) M.A.N/1989/24/230.

a) Urna ovoide de posible procedencia laténica asociada a contextos de necrópolis (M.A.N/1989/24/230). En este caso si coincidiría de pleno la numeración de la sepultura a la que se adscribe, tanto en el diario de Cabré como en el inventario del Museo Arqueológico Nacional. Hallada como pieza singular en la tumba nº 1332, aunque casi en contacto claro con la urna adscrita al enterramiento nº 1333 (Cabré Aguiló, 1932: 132, Lám. LIX.-25), dispone de un grado elevado de pericia técnica. Realizada a torno rápido, de pastas rosadas muy depuradas, bruñido muy marcado y cocción reductora que le otorgan un aspecto casi metálico, se asemeja formalmente a las típicas producciones de la Galia Oriental datadas en el periodo de La Tène II (Krausse 2006). La naturaleza disímil de su pasta cerámica, drásticamente diferente a las encontradas en lugares cercanos al yacimiento, y la asunción efectiva del establecimiento de redes de conexión atlánticas en la Segunda Edad del Hierro, harían viable la eventual presencia, al menos hasta el siglo II a. C., de elementos de génesis continental en el occidente ibérico.

b) Imitaciones locales de cerámicas ibéricas y de barniz negro (M.A.N/35584; 35540; 35542; 13383; 35586). El inventario del Museo Arqueológico Nacional vincula estas piezas a los registros de las excavaciones en el poblado de Cabré, aunque este en sus escritos de memoria solo haga mención de las numeradas como 35540 y 35542 (1930: 73, Lám. LXI). La signada como 35584, un cuenco pintado de ligero borde entrante y pie indicado con restos de bandas de pintura roja, tanto en el interior como en el exterior y las dos únicas detalladas en la memoria de los años 30, urnas con una base a modo de pequeña peana con perfil en “S” y decoradas con baquetones engobes anaranjados, estampillas y signos geométricos pintados en manganeso, manifiestan la pervivencia de enlaces con la meseta sur y la esfera de la Alta Andalucía a finales del siglo III a. C.; confeccionadas con arcillas procedentes del espacio inmediato de Las Cogotas y a torno rápido, intentan emular formas y motivos iconográficos comunes de dichos ámbitos geográficos (Pereira Sieso, 1988; Vaquerizo Gil *et al.*, 1992; Esteban Borrajo, 2000; Martínez Carrillo, 2016), en los que, aparte de llevar a cabo decoraciones geométricas pintadas sobre engobe, a menudo se alternan y combinan secuencias de motivos estampillados idénticas a las referenciadas en ocasiones al norte de la Sierra de Gredos. Los ejemplos cerámicos enumerados en último lugar confirmarían de facto la llegada a la Meseta Norte de objetos importados desde el mediterráneo, como las vajillas de barniz negro. Bajo la total seguridad de que fueron manufacturadas con

materias primas frecuentes en el entorno de Las Cogotas, estas se encargarían de copiar platos y escudillas de origen itálico, llegadas a la Península Ibérica por vía marítima desde finales del siglo III y comienzos del II a. C. (Pérez Ballester, 2008; Principal y Ribera i Lacomba, 2013; Azcárraga Cámara *et al.*, 2014). El grado óptimo de pericia técnica de las imitaciones de los tipos Lamb.34 y Lamb.36 (Lamboglia, 1952), reflejaría a su vez un dominio aceptable de los ritmos de cocción oxidante y reductor, ya controlados previsiblemente desde estructuras de combustión de doble cámara y suelo aparrillado.

c) Cerámicas de tradición celtibérica (M.A.N/35569; 35570; CO-1986/89-1; CO-1986/89-2). A las evidencias encontradas en las viviendas 3 y 4, y reseñadas por Juan Cabré como “fragmentos de dos grandes vasos, hispánicos o ibéricos, con pinturas representando motivos geométricos y jinetes, ordenados en uno de ellos a modo de un friso, con pilastras estriadas” (1930: 72, Lám. LX), se suma el descubrimiento, a finales de los años 80 (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995), de cientos de recipientes conectados con un área de trabajo destinada principalmente a la producción a torno de cerámicas oxidantes de gran calidad tecnológica (Padilla Fernández, 2013). Bautizadas por Bosch Gimpera (1942 y 1944) como “Cogotas III”, se pueden considerar como un conjunto cerámico distinto de los que hasta entonces habían sido fabricados en el poblado. A partir del siglo II a. C. (Padilla Fernández *et al.*, 2018), la elaboración estandarizada de piezas con bordes exvasados, fondos en umbo, baquetones y motivos decorativos, mayoritariamente geométricos y pintados en negro, acabaría puramente por asimilar las características del repertorio cerámico más común de las regiones vaccea y arévaca desde hacía varios siglos atrás. En esencia, una muestra palpable de la complejidad inherente habida en las relaciones y dinámicas sociales de los momentos finales de la Edad del Hierro.

A modo de recapitulación, podría decirse que más que esclarecer el panorama sobre las rutas de contacto prerromanas en la órbita peninsular, lo expuesto en este apartado complicaría aún más si cabe, los discursos narrativos académicos consensuados hasta el día de hoy. Al margen de apuntalar y afianzar a Las Cogotas como punto cardinal en la estructuración de las comunicaciones del pasado, el análisis somero de su cultura material demostraría igualmente la necesidad de introducir en investigación nuevas hipótesis de partida, que asuman el importante reto de plantear

preguntas diferentes (Robb, 2007). En la medida de lo posible y tratando de rechazar con espíritu crítico pensamientos acordes con la modernidad, debería recapitularse sobre las propias interacciones en sí, a la par que en sus vicisitudes de causa y efecto. Realmente, ¿cómo serían entendidos estos lazos de conexión?, ¿quiénes participarían de/en ellos?, ¿habrían provocado realmente cambios ontológicos?, ¿cómo se definirían las comunidades consigo mismas? y ¿frente a las demás?, ¿habrían sido fijados vínculos de dependencia/correspondencia?

El ánimo de continuar con la línea de este argumento y ofrecer respuestas a las cuestiones planteadas al respecto, recomienda la puesta en práctica de estudios históricos inductivos desde abajo (Gamble, 2002; Montón subías, 2010), centrados en obtener una serie de informaciones que, a menudo, acaban diluyéndose como consecuencia del dominio de las frecuentes lecturas sociales de tendencias y procesos generalistas (Blanco González, 2016). Precisamente, la idea de llevar a cabo una aproximación pormenorizada sobre los conjuntos cerámicos del yacimiento de Las Cogotas responde a la intención de conseguir datos y testimonios no computables habitualmente a simple vista, pero que ofrecen informaciones privilegiadas acerca de las motivaciones y orden de racionalidad específicos de las gentes encargadas en última instancia de su manufactura, uso y distribución. Como en este trabajo se apreciará, la cerámica, entendida esta como el producto de un amplio entramado de pautas y prácticas sociales (Criado Boado, 2012), se convierte en una herramienta vital con la que poder hablar de forma objetiva de modos concretos de ser en el pasado; de identidades y alteridades en la Edad del Hierro.

Capítulo 2

Historiografías: la investigación arqueológica en Las Cogotas

Introducción

La disciplina arqueológica en España encontraría su origen en los últimos compases del siglo XIX. El entusiasmo de un grupo de eruditos de profesiones liberales, principalmente movido por el deseo romántico de encontrar tesoros y civilizaciones perdidas, supuso el inicio de las primeras excavaciones a lo largo y ancho de nuestra geografía. Tal y como ya ha sido señalado, el yacimiento de Las Cogotas se convierte desde entonces en un asentamiento clave en el devenir de la historiografía arqueológica peninsular, sentando sobre todo las bases de las investigaciones en el ámbito de la Meseta Norte. De hecho, numerosas han sido las publicaciones que durante más de 100 años han estudiado sus objetos, estructuras y seriaciones estratigráficas, instalando diferentes posicionamientos acerca de su idiosincrasia y el papel preeminente que este yacimiento juega a nivel ibérico en el transcurso del II y I milenio a. C. La posibilidad de plantear a través de este trabajo un enfoque alternativo para el análisis de su cerámica exige, como no, una puesta a punto de los datos y posturas habidas hasta la fecha, y que han ayudado a configurar y redefinir lo que todavía se sigue conociendo como culturas de Cogotas I, II y III. Obviamente, la necesidad imperiosa de reformular con sentido crítico el conocimiento del pasado, obliga a entender las acciones e interpretaciones enunciadas previamente por otros autores, como un elemento esencial de la práctica arqueológica (Gustafsson, 1998).

Por tanto, el objetivo de este capítulo es doble. Por un lado, llegar a compilar las intervenciones arqueológicas efectuadas hasta el momento en torno al sitio de Las Cogotas de forma resumida pero a la vez sistemática, así como las diferentes interpretaciones generadas a través de los materiales documentados en ellas. Por otro, recalcar que se hace necesaria la acometida de más estudios centrados en considerar a los elementos cerámicos, no como simples entes tipológicos sobre los que enarbolar construcciones temporales, sino como piezas de gran valor conectadas con la esfera de lo social. Es decir, intentar dejar a un lado el concepto de fósil guía o del objeto en sí, para poder llegar a intuir lo que esconde, realmente, en su interior. En definitiva, tratar de imaginar el pasado como un cúmulo de memorias culturales complejas y circunstancias propias, huyendo por completo de procesos entendidos como lineales, graduales y progresivos. La cerámica de Las Cogotas sigue siendo heredera del paradigma que la creó; hermética y esclava de sus especificidades formales, continúa perpetuando la función útil de distinguir periodos crono-culturales de la prehistoria, sin haber sido revelada todavía su labor como fuente privilegiada de información social.

2.1. Desde *Las Cogoterías* a Juan Cabré

No será hasta el 21 de noviembre de 1876, data en la que la Comisión provincial de Monumentos de Ávila decide incluir al cerro de *Las Cogoterías* en el catálogo provincial de monumentos (Mariné Isidro, 2005: 19), cuando la administración oficial afirme por primera vez la existencia de ruinas y fragmentos de cerámica antiguos en dos pedanías del término de Cardeñosa, Las Cogotas y El Castillo. Sin embargo, las primeras exploraciones en Las Cogotas ya habrían sido ejecutadas en su entorno inmediato unos meses antes de la mano del médico de Cardeñosa Don Ventura Garci-Nuño, su hijo Andrés, el sacerdote del municipio Don Manuel López Mela y el médico de Ávila Don Fausto Rico. Estos declararon haber hallado, al parecer, esculturas de piedra de un jabalí y dos toros, hachas, cuchillos, flechas, cerámicas, pesas de telar, el asa de un caldero, parte de una figurilla “¿hercúlea?” de bronce y hasta una fusayola y placa de pizarra con caracteres alfabéticos (Hübner, 1893; Martín Mínguez, 1916). Este conjunto de manifestaciones materiales

siempre fue visto con cierto recelo (Cabré Aguiló, 1930: 8), al no tenerse la certeza de que hubieran sido encontradas en su totalidad en el yacimiento de Las Cogotas. Se trataba de una realidad para nada descabellada, puesto que los propios artífices de dichos descubrimientos puntualizaron por escrito que desarrollaron sus prácticas de indagación durante el mes de Junio en cinco puntos diferentes circunscritos en torno a un espacio de 7 u 8 km², el existente probablemente entre Las Cogotas y El Castillo (Barril Vicente, 2008).

Del paradero de estos materiales poco se sabe. El verraco labrado en granito con forma de jabalí, después de haber gozado de distintos emplazamientos, puede verse hoy en la plaza abulense de Alfonso Suárez, mientras que solamente una pequeña muestra del resto de la colección descansa en los fondos del Museo Arqueológico Nacional. La primera adquisición de parte de esta colección se llevaría a cabo en 1885, cuando la hija del cura franciscano Joaquín Rodríguez Cao decidiera vender las piezas de procedencia vettona custodiadas por su padre, siendo estas publicadas posteriormente a modo de apéndice con el nombre de colección Rodríguez en el Catálogo General de la institución (Barril Vicente, 2005). Identificadas actualmente con la etiqueta de Cardeñosa, entre ellas cabría resaltar un lote de fíbulas anulares hispánicas y tipo La Téne vinculadas a la Segunda Edad del Hierro y un vasito de borde abierto con decoración exciso-impresa y mamelón vertical con perforación horizontal asociado a las formas de los niveles más antiguos del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra, Navarra) (Maluquer de Motes *et al.*, 1990; Blanco González, 2010a). En segunda instancia, Don Ventura Garci-Nuño ofrecería en 1899 otro conjunto de elementos arqueológicos ya depositados veinte años antes en la sede de la Real Academia de la Historia, pero retirados poco tiempo más tarde al no haber sido tasados económicamente tal y como se esperaba en un principio. Distinguidos estos también a partir de su lugar de origen, de esta serie debería destacarse una fíbula de caballito, una pesa de fragmentos de cerámicas incisas, una pesa de



Fig. 24: Fíbula de caballito de la colección Garci-Nuño (M.A.N-18760, Barril Vicente, 2008: 478).

telar, el asa con rostro del caldero previamente citado y un hacha biselada de anfibolita (Barril Vicente, 2008) (Fig.24).

En el año 1882 y alentado por Don Fausto Rico, Don Emilio Rotondo Nicolau sería el encargado de dirigir las primeras excavaciones autorizadas en Las Cogotas. Al frente de los trabajos de campo estaría D. Luis Sanchidrián, vecino de Cardeñosa y uno de los principales instigadores de la necesaria realización de estudios científicos en el poblado. Estudios de los que por otra parte, hoy por hoy se desconoce por completo prácticamente todo, desde las localizaciones exactas en las que fueron trazados los sondeos de investigación (Blanco González, 2009), hasta la metodología planteada y los restos arqueológicos encontrados. De hecho, Juan Cabré en sus memorias tacha la consecución de tales obras como actividades de nulo carácter científico, centradas únicamente en el afán por expoliar enseres de valor y destruir intencionadamente los conjuntos estructurales encontrados a su paso (1930: 13). Además, lo descubierto pasaría a engrosar las arcas anticuarias del Sr. Rotondo, compuestas entre otros, por objetos de yacimientos adscritos a todos los periodos históricos, desde época paleolítica hasta el medievo (Rotondo Nicolau, 1897; Pérez Barradas, 1929; Blanco Freijeiro, 1984). A pesar de ser un burgués culto y haber sido aleccionado por Juan Vilanova y Piera, catedrático de Geología en la Universidad Central (López Rodríguez, 2014), su concepción de la cultura arqueológica sería estrictamente pecuniaria. Bajo la principal premisa de obtener rédito económico, compraría colecciones a particulares o financiaría actividades de exploración en sitios que comenzaban a ser conocidos por su importancia patrimonial como el de Las Cogotas.

A su vez, la no existencia de una normativa estatal, todavía en proyecto en aquel momento (Mederos Martín, 2013), así como restricciones o sanciones ejemplares que frenaran las actitudes de aficionados a la moda de ser prehistoriador (Ayarzagüena Sanz, 1993), permitirían incluso la apertura en 1897 de museos particulares como el Protohistórico-Ibérico de la calle Alcalá de Madrid. En él, Emilio Rotondo y su hermano Adriano expondrían durante varios años más de 6000 piezas arqueológicas, entre las que sin género de dudas podían encontrarse las conseguidas en el yacimiento abulense (Fig.25). Por suerte, aproximadamente en 1912, unos años más tarde del cierre definitivo de dicho

museo (Gil Farrés, 1947), una parte de estas adquirirían la titularidad estatal al ser compradas por el Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria, donde descansarían hasta 1942. Desde entonces y gracias entre otras cuestiones a la mediación por parte del propio Juan Cabré como “Colector de colecciones del Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid”, pasarían a formar parte de los fondos del Museo Arqueológico Nacional, sede en la que aún permanecen bajo la denominación específica de colección Rotondo (Barril Vicente, 1993). De las que se conservan actualmente, merecería la pena destacar un compendio de cerámicas asociadas cronológicamente a la Edad del Bronce (Cabré Aguiló, 1929), útiles sobre asta (Barril Vicente, 2008) y el famoso aplique circular de bronce decorado con una figurilla zoomorfa retrospectiva (Cabré Aguiló, 1930; Gil Farrés, 1947; Barril Vicente *et al.*, 2005; Blanco González, 2010a) (Fig.26).

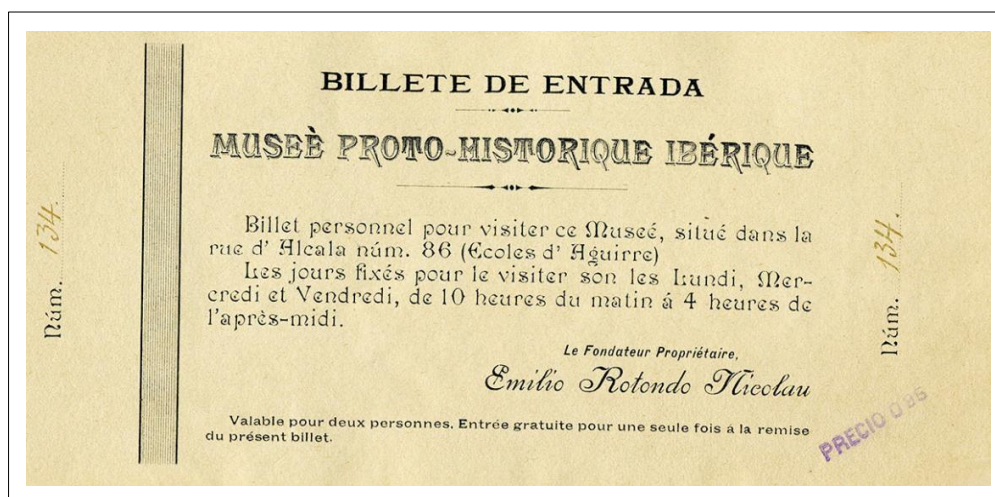


Fig. 25: Entrada al museo proto-histórico ibérico (López Rodríguez, 2014: 226).

La eclosión de mentalidades puramente científicas que concibieran la Arqueología como una disciplina universitaria independiente, no llegaría hasta finales del siglo XIX y principios del XX. El mantenimiento de una cierta estabilidad política, unida a la formación académica de la primera generación de arqueólogos del país en la Universidad Central (Mederos Martín, 2014), traería consigo la asunción de la necesidad de planificar los trabajos de campo en relación a praxis metodológicas científicas, la obligación de financiar este tipo de actuaciones y la consideración de los objetos arqueológicos como elementos empíricos de necesaria titularidad pública.

En torno a esta imposición del paradigma histórico-cultural, que dejaría atrás la obsesión por el coleccionismo, surgirían artículos de calidad como los realizados a partir de 1901 por Manuel Gómez Moreno, autor de la primera entrega del Catálogo Monumental de la provincia de Ávila y de un pequeño e interesante guión sobre Arqueología en la región del Duero (1904). En ellos, aparte de compilar información valiosa sobre otros yacimientos abulenses conocidos desde antiguo, recoge parte de los materiales encontrados en Las Cogotas en 1876 y sus características arquitecturales básicas. Con carácter metódico se refiere al emplazamiento topográfico del “despoblado” (Cabré Aguiló, 1930: 17), define su perímetro a través de un pequeño croquis y habla por primera vez de los pormenores de su posible destrucción, *a priori* violenta y con anterioridad al periodo de dominación romana. Asimismo, menciona que tras su visita al sitio arqueológico de la mano de Don Fausto Rico en 1902 y de su estudio de la colección Rodríguez, Las Cogotas debía ser calificado como un yacimiento singular y de enorme interés científico, por concurrir esencialmente en él tipos cerámicos muy heterogéneos de coloraciones y decoraciones diferentes (Gómez Moreno, 1927, 1983; VV.AA., 1987,2002).



Fig. 26: Remate de bronce de la colección Rotondo (M.A.N-1941/91/5/1, Barril Vicente, 2008: 459).

Finalmente, y después de varios años de insistencia reiterada, la recién creada Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades acordaría en 1927 subvencionar la ejecución de los primeros trabajos sistemáticos en Las Cogotas, cumpliendo a raja tabla con la ley de excavaciones aprobada en 1911. La dirección le sería asignada a Juan Cabré, uno de los grandes pioneros de la Arqueología española. A pesar de sus reticencias y titubeos iniciales a causa de circunstancias familiares y condiciones de salud complicadas, terminaría aceptando el difícil reto asignado. El propósito era poner fin a las actividades clandestinas habidas en el yacimiento y acabar de una vez por todas con la problemática generada en su

época, que estaba relacionada con la supuesta venta de falsificaciones arqueológicas procedentes del término de Cardeñosa.

2.2. El apellido Cabré y la configuración de la cultura de Las Cogotas

En el corto intervalo de cuatro campañas de verano realizadas entre 1927 y 1930, el arqueólogo aragonés con la ayuda de su hija, María de la Encarnación Cabré, dirigieron las excavaciones realizadas en Las Cogotas, dejando al descubierto un complejo entramado de estructuras edilicias y funerarias. Al frente de las mismas pusieron como capataz a Luis Pérez Fortea, que junto al conservador del Arqueológico Nacional Jorge García Cernuda, haría también las veces de restaurador de una buena parte de las piezas cerámicas rescatadas (Barril Vicente, 2003-2005). Entre 1927 y 1928, las acciones arqueológicas centrarían todos sus esfuerzos en descubrir las seis puertas de las que consta el asentamiento, así como el perímetro de la muralla tanto de la acrópolis como del segundo recinto. Su finalidad era la de llegar a definir con exactitud sus 14,5 hectáreas de extensión y elaborar un plano general del castro que sirviera de herramienta eficaz en el desarrollo de futuras intervenciones.

En su memoria, Cabré destacó la importancia de contar con un mapa, levantado *in situ* por su amigo y colaborador en el Centro de Estudios Históricos Emilio Camps (Ruiz Zapatero, 2004), en el que se atisbaran con claridad los límites del yacimiento (Fig.27). También haría especial hincapié en la existencia de una estructura anexa a la puerta principal de la acrópolis y que, según él, serviría probablemente para controlar y vigilar la entrada y el acceso al poblado (Cabré Aguiló, 1930: 32-33). Asimismo, referenció como dato a tener en cuenta la técnica constructiva propia de los conjuntos amurallados, cimentados estos a partir de dos muros paralelos de mampostería en seco y adaptados perfectamente a las irregularidades del terreno y que aprovechaban las defensas naturales que el paisaje ofrece (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995: 214-215). En sus escritos cuenta igualmente que en el tránsito de estos dos años se excavaron dieciocho casas de planta rectangular, resaltando las adosadas al paramento interior de la muralla, por ser estas

previsiblemente las casas pertenecientes a las familias más privilegiadas. Su disposición en la entrada principal y la calidad del ajuar doméstico encontrado en ellas, apuntaban en dicha dirección.

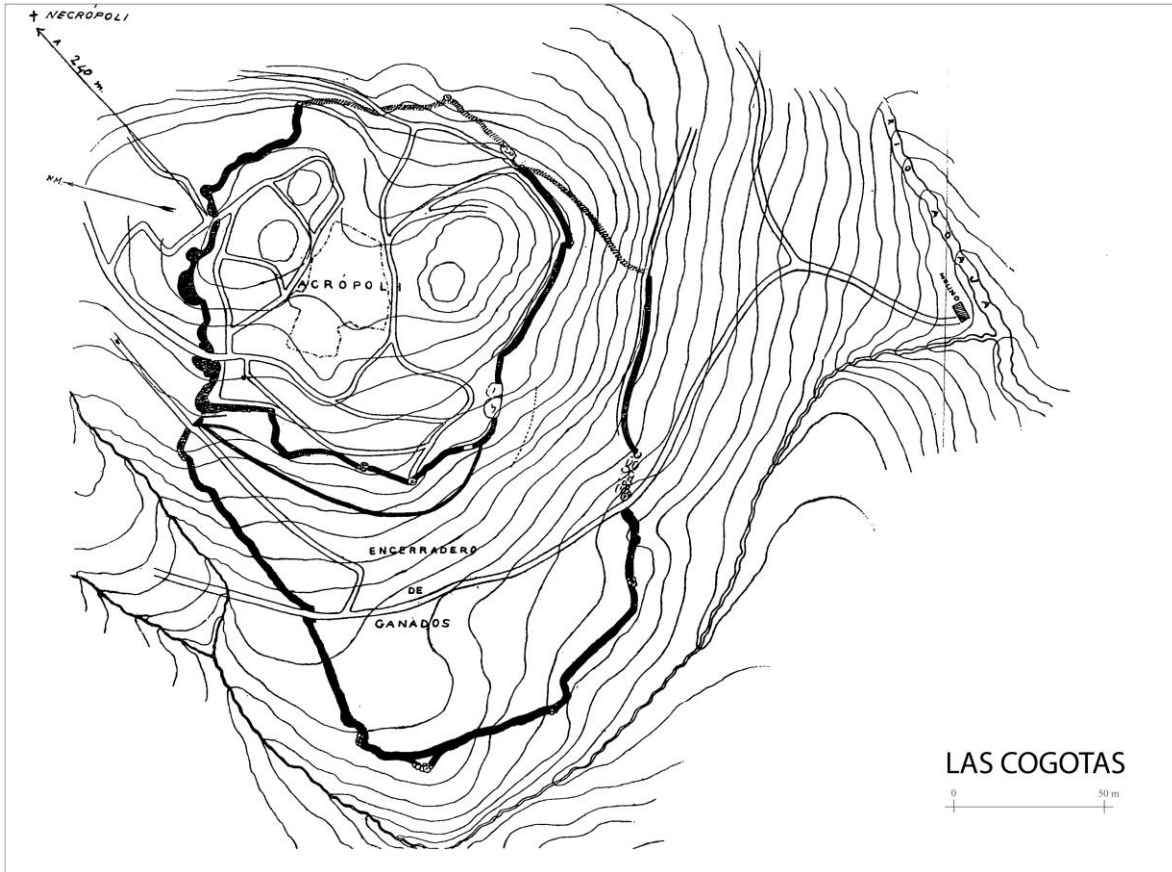


Fig. 27: Mapa del castro de Las Cogotas realizado por Emilio Camps (lám. II, Cabré Aguiló, 1930).

En 1929, la mayor preocupación de Cabré radicaba en solucionar el problema de la cronología del yacimiento, puesto que el material registrado parecía corresponder a dos periodos históricos diferentes, “la segunda época del Bronce y la época de La Tène (Cabré Aguiló, 1930: 21). Con el objetivo de encontrar soluciones a la cuestión cronológica, decidió abordar la excavación integral de todos los espacios de habitación atestiguados y concluyó que las cerámicas arcaicas asociadas a la Edad del Bronce serían, de manera insólita, utilizadas por las gentes de la Edad del Hierro. Sin duda, una incongruencia de manual, sobre todo desde su perspectiva histórico-cultural, que intentaría resolver mediante la localización y posterior excavación del presunto cementerio del poblado.

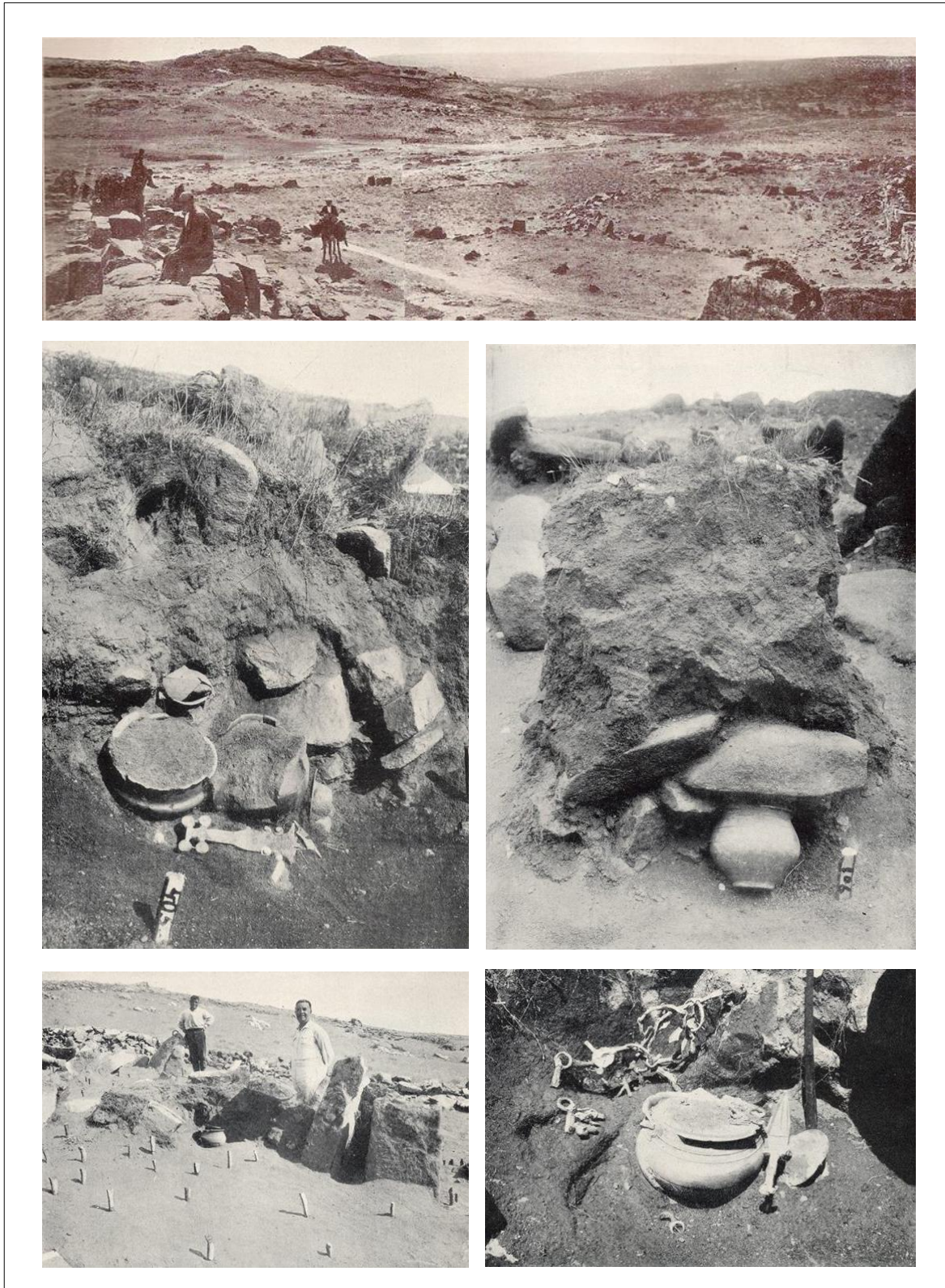


Fig. 28: (Arriba) Panorámica de Las Cogotas tomada desde el Noroeste (lám. I, Cabré Aguiló 1930). (Abajo) Juan Cabré Aguiló y los trabajos arqueológicos dirigidos por él en la necrópolis de Las Cogotas (láms. X, XVII y XIX, Cabré Aguiló 1932).

A pesar de la gran profesionalidad de Cabré y su equipo, las deficiencias metodológicas de aquella etapa impedirían divisar los límites estratigráficos entre los materiales más antiguos y los más modernos. Posiblemente, romperían sin percatarse los suelos de las viviendas de la Edad del Hierro, hasta alcanzar incluso los presumibles fondos de cabaña de la Edad del Bronce (Álvarez Sanchís *et al.*, 1998; Ruiz Zapatero, 2004; Álvarez Sanchís, 2008). En este sentido, la elaboración de nuevas lecturas, que han reinterpretado los basamentos de la vivienda número tres como niveles de edificación amortizados, confirmaría la realidad de este hecho (Barril Vicente, 2007a: 56). A tenor de criterios de carácter funcional, tiene más lógica pensar que la constatación de hileras de adobe en conexión directa con guijarros y material revuelto de distintas cronologías apuntara al desarrollo de actuaciones puntuales de regularización y planificación de ciertas estructuras en fases más recientes y no a la construcción de cimientos de solidez escasa.

La ansiada búsqueda del área concreta destinada a los enterramientos no tuvo éxito hasta 1930, cuando Pérez Fortea halló las primeras en la zona conocida toponímicamente como Trasguija. Se descubrieron un total de 4 zonas, separadas entre sí por espacios de terreno estéril, y 1613 tumbas en su mayoría individuales y diseminadas en torno a una superficie con sentido norte-sur de 220 m² (Kurtz, 1987). Casi todas ellas contaban con una o dos urnas cinerarias en las que se depositaban las cenizas del difunto, siendo únicamente acompañadas en contadas ocasiones por otros elementos característicos de ajuar, tales como panoplias armamentísticas, fíbulas, cuentas de collar, agujas en bronce o hueso, fusayolas, bolas y canicas-sonajas cerámicas (Barril Vicente *et al.*, 2005) (Fig.28).

El empeño por documentarlo todo de la forma más precisa posible, llevó además a definir entre la necrópolis y la acrópolis una hipotética zona destinada a la cremación de los cuerpos, al haberse recogido en ella una gran cantidad de huesos quemados y pequeñas escorias de hierro y bronce (Cabré Aguiló, 1932: 17). A ciencia cierta, se obtuvo una cantidad de información arqueológica formidable que, en última instancia, no sirvió para despejar las dudas cronológicas de Cabré, al adscribirse todas las urnas cinerarias a la Segunda Edad del Hierro. La necesidad de encontrar una solución al entuerto contextual generado por él mismo le llevaría a defender a partir de entonces la existencia de una

necrópolis indígena que había sido destruida o había sido posicionada en un emplazamiento no atisbado hasta ese momento (Cabré Aguiló, 1930: 104-ss).

En resumidas cuentas, y pese a sus evidentes carencias metodológicas, si tuviera que realizarse un balance general de las primeras excavaciones realizadas con metodología científica en Las Cogotas, cabría decir que estas poseen un alto valor. En consonancia con lo advertido ya por diferentes investigadores (Ruiz Zapatero, 2004; Álvarez Sanchís, 2008; Blanco González 2010a), la labor de Cabré bien puede corroborarse como una de las más sobresalientes de su época, cumpliendo *ad hoc* con casi todos los desafíos proyectados en su origen. Eso sí, fiel al paradigma evolucionista positivista de su tiempo, haría mención exclusiva de aquellos aspectos que desde una panorámica arqueológica sirvieran para demostrar lo que se consideraba como lo más importante: la consecución de un pasado continuista en clave temporal, cultural y étnico (Jones, 1997), que justificara la construcción de una historia e identidad nacional común (Fernández Götz y García Fernández, 2010). Teniendo como principal referente a Joseph Déchelette y su obra “*Manuel d’Archéologie Celtique et Gallo-romaine*” (1908-1914), Cabré plantearía en Las Cogotas un modelo de excavación que le permitiera generar información certera sobre los celtas peninsulares y la Edad del Hierro en la Meseta española. Temáticas que, a pesar de las teorías precursoras de Shulten (1914) sobre la ciudad de Numancia, y Bosch Gimpera (1921: 1925) sobre las invasiones pirenaicas de los campos de urnas célticos, seguían constituyendo una verdadera incógnita. La ausencia en su memoria de ubicaciones exactas, planimetrías, secciones, contextos, distribuciones de materiales o menciones a restos faunísticos y paleoambientales, se debe a la prioridad dada a la descripción de otros datos que ayudaran a definir los dos horizontes culturales nuevos en los que poder rastrear los orígenes del pensamiento moderno (Gnecco, 2012).

De igual modo, el interés por la fotografía y dibujo de objetos a modo de tipos y la disposición de lotes y cuadros sinópticos generales de formas y decoraciones frecuentes buscaría la afirmación de los límites espaciales y cronológicos entre dos culturas o etnias arqueológicas distintas. La primera y más antigua, conocida poco más tarde como Cogotas I (Blasco Bosqued, 1987), haría referencia a los indígenas de finales de la Edad del Bronce

que hicieron frente a las invasiones celtas, narradas en la *Ora Marítima* de Avieno, y protagonizadas probablemente por los Saefes y los Cempsí desde el siglo VI a. C. hasta el siglo IV a. C. (Ruiz Zapatero, 2004: 207). A parte de ciertos utensilios fabricados en piedra pulimentada, se asociaron a esta cultura un hacha plana de bronce y un grupo de cerámicas con motivos y técnicas decorativas particulares como incisiones de boquique o punto y raya, decoraciones excisas geométricas e incrustaciones de pasta blanca. Para Cabré, todas ellas guardarían lazos con las “tradiciones neo-eneolíticas” del mundo campaniforme, de la cultura de las Cuevas y del asentamiento bajo-aragonés de Roquizal del Rullo (Cabré Aguiló, 1929 y 1930: 41-ss). La segunda en cambio, denominada con el nombre de cultura de Las Cogotas, guardaría relación con los vettones históricos citados por las fuentes clásicas y verdaderos protagonistas de la Segunda Edad del Hierro, delimitados arqueológicamente a través de los castros fortificados, el ritual de la incineración, las esculturas pétreas en forma de verracos y las cerámicas con decoraciones a peine, estampillas, grabados solares e incrustaciones de botones de cobre y ámbar –pasta vítrea– (Cabré Aguiló, 1930: 47-ss). Se trataría del pueblo celta que, poco más tarde, se encargaría de adoptar el torno cerámico como una herramienta de progreso y produciría puñales de los modelos Monte Bernorio y Miraveche. Se configurarían en primera persona como los causantes del afianzamiento del “hecho político de la celtiberización de la Meseta Central de España” (Cabré Aguiló, 1930: 71-ss) (Fig.29).

A todas luces, se creaba un discurso que salvaba las dificultades estratigráficas de convivencia de materiales pertenecientes a comunidades y periodos distintos o la identificación de cerámicas idénticas realizadas unas a mano, más antiguas, y otras a torno, más modernas y de “orden industrial” (Cabré Aguiló, 1932: 77). Un discurso que, al mismo tiempo, dejaba también la puerta abierta a la posibilidad de nuevos planteamientos y la búsqueda de respuestas a otros muchos interrogantes. El propio Cabré inclusive, muy perspicaz y adelantado a veces a las tesis paradigmáticas de su tiempo, llegaría a cuestionarse sobre el cómo y el porqué de las relaciones culturales de los habitantes de Las Cogotas con el mediterráneo y el oriente peninsular, o el significado de los tratamientos técnicos y motivos decorativos de las cerámicas encontradas. ¿Sería este último puramente

étnico? o, por el contrario, ¿podría deberse a la consecuencia derivada de más condicionantes?

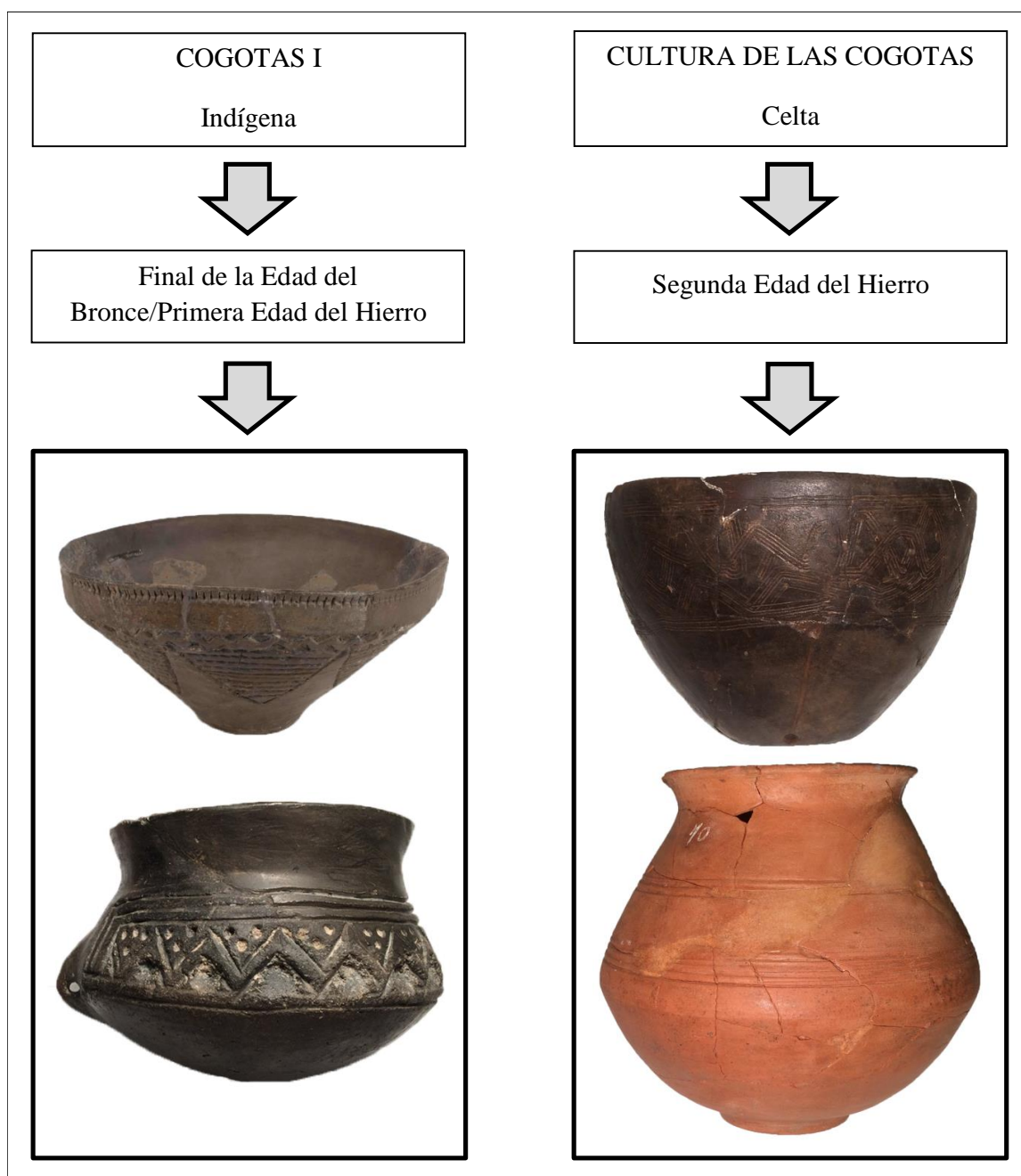


Fig. 29: Esquema conceptual de las dos culturas que habitaron Las Cogotas según Juan Cabré.

2.3. La consolidación de Cogotas I, Cogotas II y Cogotas III

Sea como fuere, la aportación de Juan Cabré y sus colaboradores marcó un antes y un después en el marco de la disciplina arqueológica española (Álvarez Sanchís, 2004). Las Edades del Bronce y del Hierro en la Meseta y el Interior peninsular comenzaron a cobrar fuerza. Los dos tomos editados por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, relativos al castro y a la necrópolis de Las Cogotas, así como las presentaciones de María de la Encarnación Cabré en el IV Congreso Internacional de Arqueología de Barcelona (1929) y en el XV Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica de Oporto (1930), supusieron el inicio de una historiografía científica basada en la observación de los conjuntos cerámicos de Cogotas como indicadores de etapas históricas. Supeditados desde entonces a dilucidar una sucesión continuada de acontecimientos, los misterios relacionados con la realización de ellos (fases productivas, lugares de producción, personas encargadas de su manufactura, etc.) y su funcionalidad, permanecieron relegados a un segundo término.

Solamente unos años más tarde de la publicación de los primeros resultados, las memorias firmadas por Juan Cabré se convirtieron en lecturas indispensables para sus colegas de profesión, al empezar estos a distinguir en sus respectivas intervenciones arqueológicas evidencias materiales coincidentes con las localizadas en el yacimiento abulense. El antropólogo José Pérez de Barradas (1933-35) sería uno de los pioneros en contar con estos datos para teorizar sobre el origen de una serie de cerámicas con incisiones, puntos y rayas y decoraciones excisas, documentadas en las terrazas del Manzanares. A diferencia de Cabré, propuso que este grupo cerámico no debía enmarcarse en la Edad del Bronce al encontrarse ligada a las invasiones centroeuropeas sufridas por la Meseta a principios de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero, 2004: 209). Una idea que sería recogida también por Martín Almagro Basch (1935), al menos para encuadrar a las cerámicas excisas, y justificar así la remota vinculación y parentesco del pueblo español con el continente y la cultura indoeuropea. A partir de este momento, e independientemente de los diferentes planteamientos en torno a ella, la cerámica de Cogotas I se consolidaba

como una herramienta historicista que permitía reconstruir un pasado común a través del reconocimiento único de unos cuantos rasgos decorativos (Fig.30).

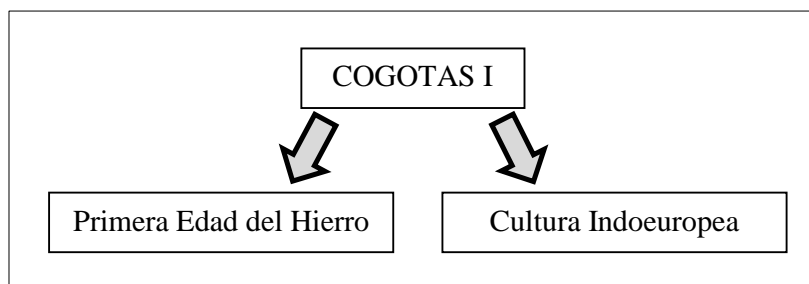


Fig. 30: Propuesta conceptual de José Pérez de Barradas y Martín Almagro Basch.

Poco después Pere Bosch i Gimpera, el considerado como el gran precursor y sintetizador de la Prehistoria de la Península Ibérica (Fernández Posse, 2015), haría uso de los escritos de Cabré para continuar con su labor de completar el más que complejo mapa cultural-étnico nacional (Gracia Alonso, 2003; Ruiz Zapatero, 2007; Vidal Palomino, 2014). En sendos artículos publicados en 1942 y 1944 y, partiendo sin precedente desde directrices culturales historicistas no racistas, expondría los razonamientos que le llevarían a considerar no dos, sino tres etnias en el marco de la protohistoria meseteña. La primera, denominada con el nombre de Cogotas I, supuestamente indígena y protagonista del final de la Edad del Bronce, emplearía como vajilla la cerámica más arcaica de tradición neo-eneolítica; el término de Cogotas II haría referencia al pueblo celta vetón, fabricante desde el siglo VI a. C. de las cerámicas a peine y de las esculturas de verracos; finalmente, bajo el concepto de Cogotas III designaría a la cultura productora de cerámicas a torno, típicas de la época de La Téne II, pintadas y de influencia ibérica, fruto de una invasión vaccea hacia el sur en el siglo III a. C. (Álvarez Sanchís, 2010). En pocas palabras, quedarían establecidos tres horizontes históricos, que serían manejados por varias generaciones de arqueólogos españoles como pilares elementales con los que poder comparar y fechar evidencias arqueológicas halladas en áreas geográficas concretas (Fig.31).

En los años 50, será fundamentalmente el profesor Juan Maluquer el que aborde de manera pormenorizada la información aportada por las excavaciones en Las Cogotas. Llegó incluso a utilizar parte de esta para elaborar su capítulo sobre los pueblos celtas de 1954,

comprendido en la Historia de España de Menéndez Pidal (Álvarez Sanchís, 2008; Cortadella i Morral, 2013). Posteriormente, su labor como director en los asentamientos vecinos del Berrueco y Castillejos de Sanchorreja, le otorgó la posibilidad de revisar directamente los conceptos culturales de Cogotas I y Cogotas II. Divergiendo de las tesis de Cabré y coincidiendo en parte con lo postulado por Martín Almagro Basch unos años antes, Maluquer fue un firme partidario de reformular la Edad del Hierro del occidente meseteño.

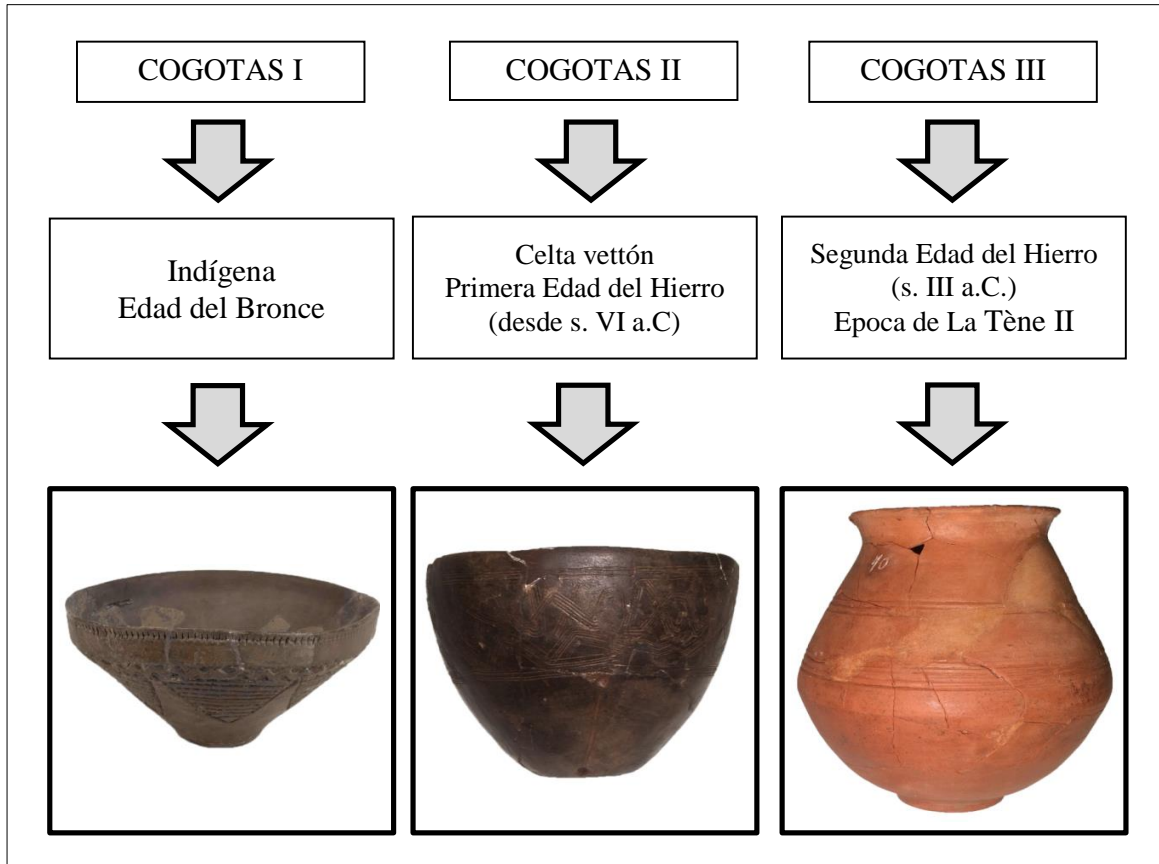


Fig. 31: Propuesta conceptual de Cogotas I, Cogotas II y Cogotas III según Pere Bosch i Gimpera.

La Primera Edad del Hierro se caracterizaría por la convivencia en un mismo territorio de gentes herederas de la cultura campaniforme de Ciempozuelos e invasores hallstáticos, que acabarían fusionándose a partir de finales del siglo VIII a. C. Para ello, Juan Maluquer argumentó la existencia de una tradición cerámica dual que reconociese el avistamiento de comunidades tanto locales como foráneas. Según él, las cerámicas cogoteñas decoradas con la “técnica de incrustación de Boquique” habrían sido fabricadas

por grupos oriundos de la Meseta, al no haberse documentado evidencias de tipos con motivos parecidos en el resto del continente europeo (Maluquer de Motes, 1956: 179). Todo lo contrario a lo que ocurriría con la alcallería adornada con representaciones geométricas excisas, muy similares a las producidas por diversos pueblos celtas centroeuropeos, de lengua indoeuropea, ritual incinerador y clara tradición ganadera-pastoril (Delibes de Castro, 2000-2001). La Segunda Edad del Hierro, en cambio, vendría unida a la denominada como cultura de los verracos, precisamente al ser consideradas las esculturas de toros y cerdos en granito su principal fósil director (Ruiz Zapatero, 2004).

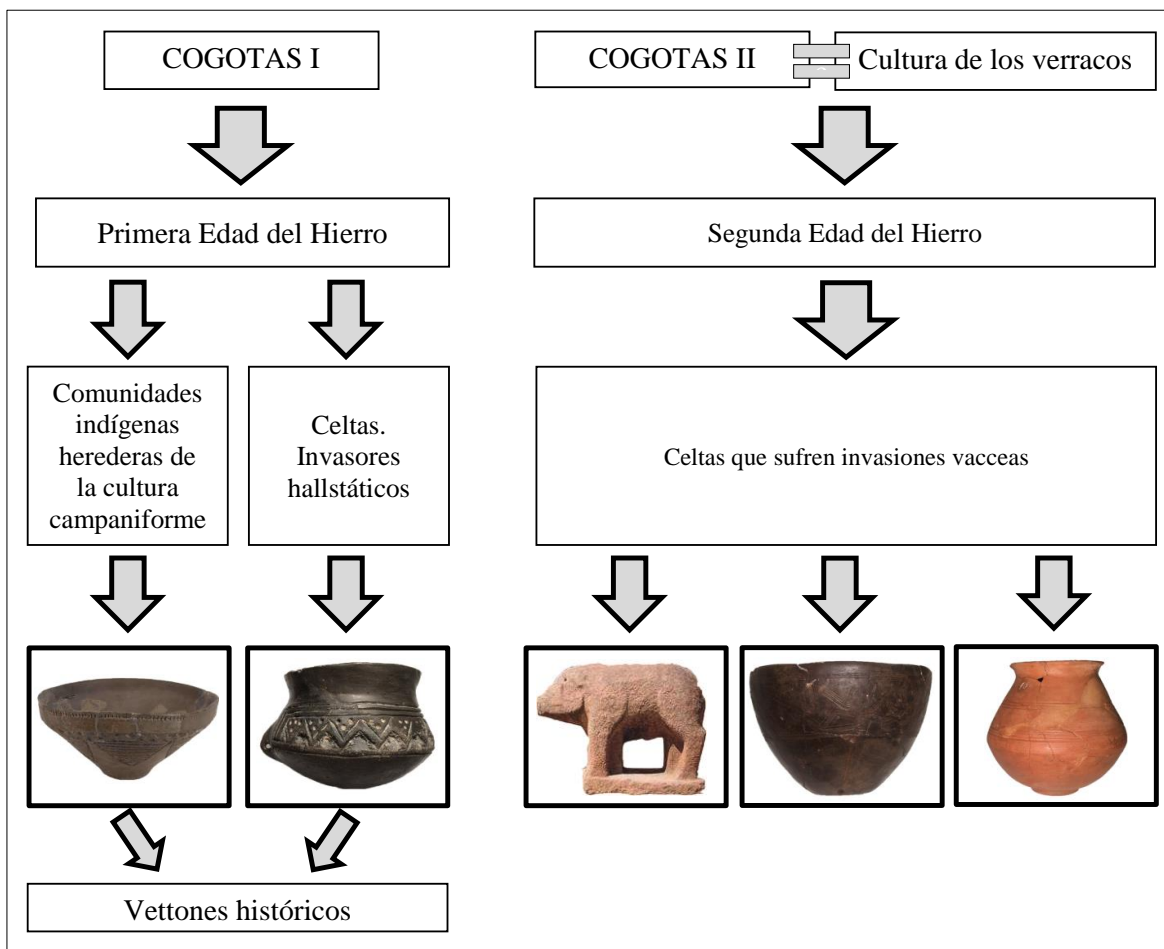


Fig. 32: Propuesta conceptual de Cogotas I y Cogotas II según Juan Maluquer.

El criterio del sucesor, a todos los efectos, de Juan Cabré en las investigaciones sobre la Edad del Hierro abulense planteaba una reformulación profunda de Cogotas I al vincularlo con los vettones históricos (VV. AA., 1987). Cogotas II, por otro lado, sería

interpretado como un periodo de invasión a escala regional que configuraría los rasgos diagnósticos de la cultura de los verracos (Álvarez Sanchís, 2010). En esta ocasión, las continuas razias llevadas a cabo por los vacceos del Duero Medio, aparte de provocar en última instancia la destrucción definitiva del castro, trasladarían a los vettones nuevos gustos como la escultura, otras tendencias cerámicas –peinadas, estampilladas y en menor medida oxidantes a torno de tradición celtibérica–, tipos particulares de armamento, así como la disposición de sistemas defensivos concretos (Maluquer de Motes, 1958a y b) (Fig.32).

Las propuestas de Maluquer tardarán décadas en ser rebatidas. De hecho, la mayoría de las excavaciones y publicaciones arqueológicas en el occidente meseteño tenían el objetivo de consolidar los elementos culturales dictaminados y preestablecidos tanto para Cogotas I como para Cogotas II. Por ejemplo, los primeros escritos de Ricardo Martín Valls y Germán Delibes de Castro (1973 y 1975) no tuvieron problemas para ratificar en clave continuista el valor de las cerámicas excisas y de boquique como materiales definitorios de la Primera Edad del Hierro. Otros autores como Roldán Hervás (1968-69), Harbison (1968), Schüle (1969) o Hernández Hernández (1970, 1981 y 1982) actuaron de igual forma con el horizonte de Cogotas II. Bajo la pretensión de clasificar culturas tipológicas que ayudaran a rellenar una secuencia histórica lineal y sincrónica, se desarrollaron estudios con el principal objetivo de apuntalar los verracos, las cerámicas a peine, los tipos de armamento determinados y los castros fortificados con campos defensivos de piedras hincadas, como los pilares fundamentales sobre los que delimitar y corroborar la cultura de los verracos. A su vez, la materialización de trabajos arqueológicos en Numancia y el Soto de Medinilla desde finales de los 50 hasta principios de los 70 (Wattenberg, 1959; Palol, 1966; Palol y Wattenberg, 1974), contribuyeron a asentar la idea de una Edad del Hierro meseteña común con dos espacios temporales bien diferenciados. El más antiguo tendría un sustrato de naturaleza céltica distinto del vacceo y el más reciente, un sustrato celtibérico propio. Además, las fechas estipuladas para la llegada de estos grupos hacia tierras más occidentales se ajustarían muy bien a las fijadas por Maluquer –siglo V a. C. (Maluquer de Motes, 1958a: 96)–, a partir del nivel superior atisbado en Sanchorreja que se encontraba repleto de cerámicas peinadas (Álvarez Sanchís, 2010).

A pesar de que los postulados histórico-culturales y secuencias diacrónicas consecutivas sentaron cátedra y pautaron la historia “oficial” del yacimiento de Las Cogotas durante algo más de 30 años (Fernández Posse, 1998: 57), la arribada a la academia española de otras corrientes teóricas arqueológicas como la procesual marcó un punto de inflexión hacia postulados más funcionales y contextuales. A finales de los 70 y principios de los 80, los propios Martín Valls y Delibes de Castro, aunque fuertemente imbuidos todavía por el peso de la tradición normativista, empezaron a defender otros enfoques para Cogotas I. Tomando en consideración las dataciones de cerámicas excisas descubiertas en yacimientos argáricos del sureste, como el Cerro de la Encina, Fuente Álamo o Cuesta del Negro (Arribas Palau *et al.*, 1974; Molina González y Arteaga Matute, 1976), en cierto modo volvieron a tener en cuenta lo planteado por Cabré en 1930. Aparte de asumir como poco probable la existencia de estilos cerámicos estancos y universales para Cogotas I, relacionaron este término nuevamente con una cultura de origen peninsular y encuadrada en los últimos compases de la Edad del Bronce (Delibes de Castro, 1978 y 1983; Martín Valls y Delibes de Castro, 1978; Delibes de Castro y Fernández Miranda, 1986-87).

Asimismo, en aquellos años la visibilidad arqueológica de Cogotas I dejó de estar vinculada únicamente con una mera tipología cerámica. La pretensión de narrar un pasado desde posicionamientos socioeconómicos modernos, contribuyó a generar lentamente un concepto de cultura *a priori* más completo y comprensible. Asentamientos no permanentes, enterramientos en fosas sin regularidad aparente, metales bronceos de imitación atlántica y cerámicas en su mayoría excisas, incisas y de boquique, comenzaron a conformar la imagen de una comunidad humana hasta entonces desconocida y supuestamente fiel a los cánones adaptativos de su marco temporal. Es decir, una comunidad semisedentaria con una economía mixta ligada preferentemente al cuidado de ovicápridos y un ritual poco definido (Fernández Posse, 1982 y 1986 y 1986-87; Fernández Manzano, 1985 y 1986) (Fig.33).

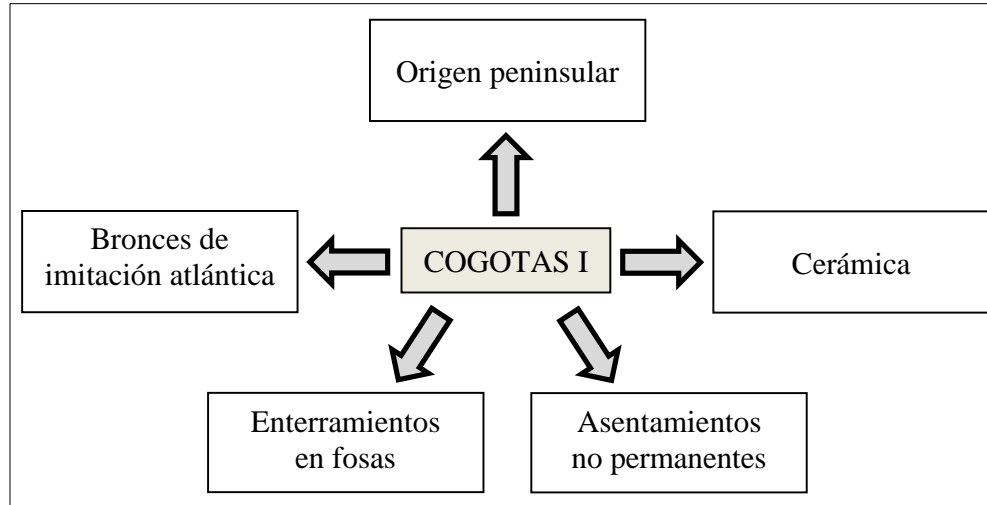


Fig. 33: Propuesta conceptual de Cogotas I adoptada por la Academia a primeros de los años 80.

La década de los 70 fue también una década de cambios conceptuales para Cogotas II. En 1971, la tesis doctoral titulada *Protohistoria y Romanización de los Vettones*, defendida por Martín Valls, fijó la hipótesis de dividir sistemáticamente esta cultura arqueológica en tres. Rescatando una parte de los postulados de Bosch Gimpera (Álvarez Sanchís, 2008), estableció como norma interpretativa la distinción entre Cogotas IIa, Cogotas IIb y Cogotas IIc. La primera estaría directamente vinculada con el paso de la Edad del Hierro I a la Edad del Hierro II, siendo atestiguada materialmente por las cerámicas peinadas con decoraciones más sencillas. Su posible inicio se situó en el siglo VI a. C., tomando nota de las informaciones aportadas por las excavaciones de Cabré y Maluquer en Las Cogotas, La Osera, El Berrueco y Los Castillejos de Sanchorreja. No obstante, esta fecha plantearía bastantes problemas y discusiones al no coincidir con los amurallamientos de dichos poblados, datados en torno a mediados del siglo V a. C., en función de las pautas descritas para los castros de la meseta oriental (Martín Valls, 1985). Cogotas IIb, en cambio, vendría marcada por la culminación de un proceso de regionalización común en toda la meseta norte, a través del cual surgirían los antecedentes de los grupos culturales mencionados por las fuentes clásicas. En este caso, reconociendo como válidas las teorías del profesor Maluquer, los siglos IV y III a. C. se asociaron con la cultura de los verracos. Eso sí, serían los vettones históricos los protagonistas de esta cultura y, por tanto, los artífices de las famosas esculturas zoomorfas de granito y de las

cerámicas a peine con decoraciones más complejas y “barrocas” (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002: 268). Por último, la facies Cogotas IIC coincidiría con las secuencias finales de la Edad del Hierro, en las que la influencia del mundo celtibérico sería tan fuerte que, en el occidente de la meseta norte, comenzarían incluso a producirse cerámicas a torno oxidantes y pintadas (Martín Valls, 1986-87) (Fig.34).

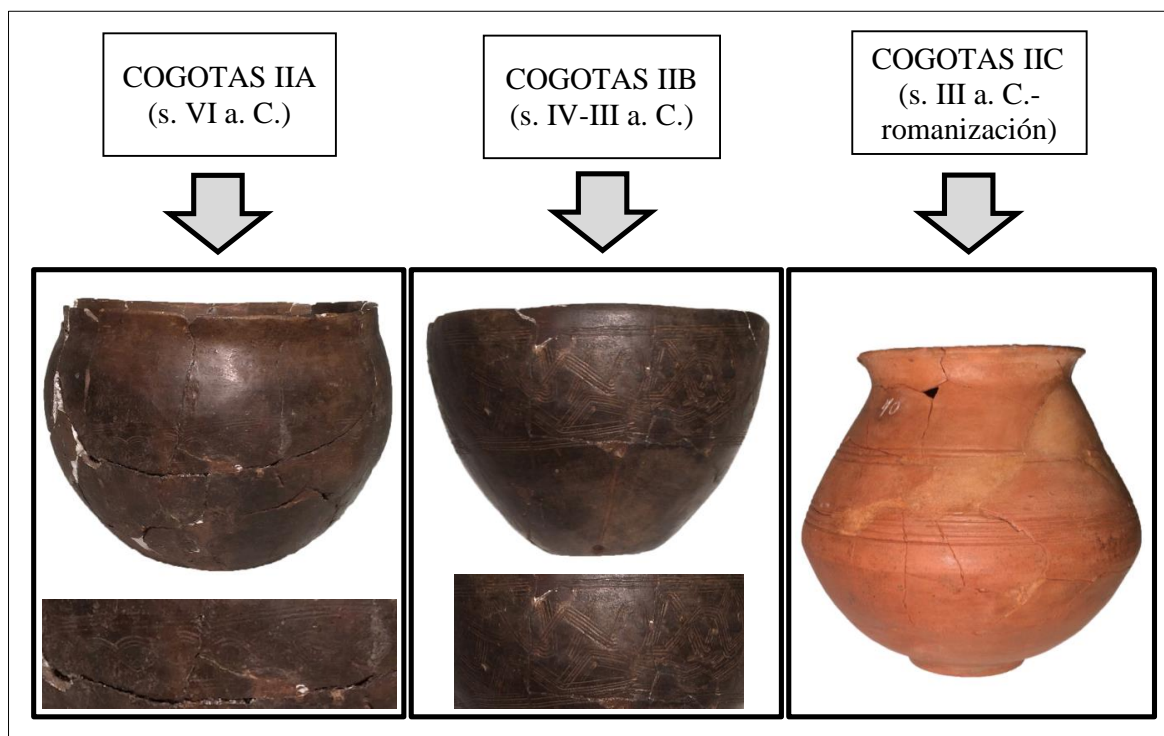


Fig. 34: Propuesta conceptual de Cogotas II según Martín Valls.

Posteriormente, la realización de una revisión de materiales más amplia en torno a la cuenca del Duero y el hallazgo de nuevos repertorios a peine, como los documentados en Los Castillejos de Sanchorreja por González Tablas (1989 y 1990), llevó a matizar la cronología de Cogotas IIA, para remontarla a principios de la Edad del Hierro. Desde entonces, las facies Cogotas IIA y Sanchorreja II, fechadas ambas alrededor del 650 a. C. (González Tablas y Domínguez Calvo, 2002: 121-133) y, por tanto, paralelas a la cultura del Soto Pleno de la zona central del Valle (Delibes de Castro y Romero Carnicero, 1992), se aceptaron para entender la Primera Edad del Hierro al sur del Duero. Sin embargo, y pese al deseo de conseguir plasmar una perspectiva histórica indigenista y continuista, el consenso científico sobre Cogotas II estaba aún lejos de conseguirse (Seco Villar y Treceño Losada, 1993: 160). Precisamente, fue sobre todo desde entonces cuando la búsqueda de los

posibles factores que intervienen en la gestación de la Edad del Hierro y en los grupos humanos que la interpretan, se convierte en uno de los principales temas de discusión en el marco de la investigación arqueológica meseteña. El por qué de esta actitud radica en que, a menudo, el hecho de dedicar atención a los pequeños detalles conduce a no poder discernir de forma adecuada una comprensión de conjunto. En otras palabras, a partir de este momento los estudios arqueológicos comienzan a centrarse más en el bosque y no tanto en los árboles que no dejaban verlo.

2.4. Nuevos tiempos y nuevos trabajos: Las Cogotas a debate

El departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense se convirtió, sobre todo desde los años 80, en una de las más importantes fábricas españolas de generación de conocimiento arqueológico procesual. Fundamentalmente de la mano de Martín Almagro Gorbea, Gonzalo Ruiz Zapatero y Alberto Lorrio, se tenderá a romper con enfoques meramente cronológicos, ideográficos y descriptivos para hablar de regularidades sociales y procesos generalizadores. El abandono de los conceptos de invasión y difusión en *pro* de nociones relacionadas con lo endógeno y autóctono, traería consigo nuevos puntos de vista sobre viejos planteamientos. Términos tan estancos a nivel europeo y peninsular como el de “celta” serían reinterpretados usando la lingüística, la historiografía clásica o la etnografía a modo de teorías de alcance medio (Almagro Gorbea, 1985 y 1986-87; Almagro Gorbea y Lorrio Alvarado, 1987; Ruiz Zapatero, 1988; VV.AA, 1993). Desde aproximaciones arqueológicas pioneras, los objetos poco a poco darían paso a historias todavía lineales, pero articuladas en torno a una serie de pueblos con naturaleza propia (Barrio Martín, 1988; Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992; Romero Carnicero *et al.*, 1993). Comenzaría a implantarse la necesidad de asumir que el territorio y su historia no debían corresponderse a esencialismos subjetivos y orgullos nacionalistas (Ruiz Zapatero, 2006a), tratando de superar la connotación conservadora y fascista concedida en muchas ocasiones a lo celta (Ruiz Zapatero, 2006b).

A su vez, el interés por reconstruir la prehistoria y protohistoria de la Meseta Norte basándose en discursos económicos, políticos y sociales, exigiría en muchos casos la revisión de memorias y yacimientos arqueológicos clásicos. Aparte de los trabajos efectuados en Sanchorreja (González Tablas, 1983 y 1989), El Raso (Fernández Gómez, 1986), La Osera (Baquedano, 1990) o Ulaca (Almagro Gorbea y Álvarez Sanchís, 1993), el yacimiento de Las Cogotas sería también objeto de varios estudios de reinterpretación. En primer lugar cabría destacar las aportaciones llevadas a cabo por Javier González Tablas (1985), Pedro Castro Martínez (1986), Ricardo Martín Valls, (1986-87) y Guillermo Kurtz (1987) acerca de la necrópolis de Trasguirja. Lógicamente desde explicaciones teóricas particulares y de corte funcionalista, estructuralista o materialista histórico, todos irían encaminados a entender la organización social de las gentes que habitaron la Meseta durante la segunda Edad del Hierro. Por medio de la aplicación de una metodología renovada, focalizada en el análisis espacial, la función del contexto y el empirismo cuantificador y estadístico, alcanzarían conclusiones y generalizaciones sociales similares.

En esencia, se establecía una pirámide poblacional compuesta por tres grandes bloques diferentes. En la cúspide, los detentores del poder político, militar y religioso, representado a través de elementos de prestigio y autoridad tales como fíbulas, puñales y espadas con damasquinados suntuarios, arreos de caballo y escudos. En el puesto intermedio, los grupos artesanales: alfareros, metalurgos, carpinteros, canteros, etc., que a cambio de su labor recibirían los recursos necesarios para su supervivencia. Y en la base, se encontraría la mayor parte de la comunidad, dedicada a satisfacer las necesidades primarias de la totalidad del colectivo: actividades agrícolas y ganaderas, la obra y mantenimiento de viviendas y fortificaciones e incluso la base del ejército en caso de conflicto bélico (Fig.35). Se trataba de una visión sin duda familiar, que no distaba mucho de la ordenación social típica en Europa hasta el triunfo definitivo en el continente de las ideas ilustradas de la revolución francesa (Foucault, 1979).

A mediados de los 80, retomar de las excavaciones en el poblado de Las Cogotas sirvió para contrastar y reevaluar de primera mano los escritos de Juan Cabré. Casi 60 años después, los trabajos se reanudaron con motivo de la planificación de una presa, cuyo

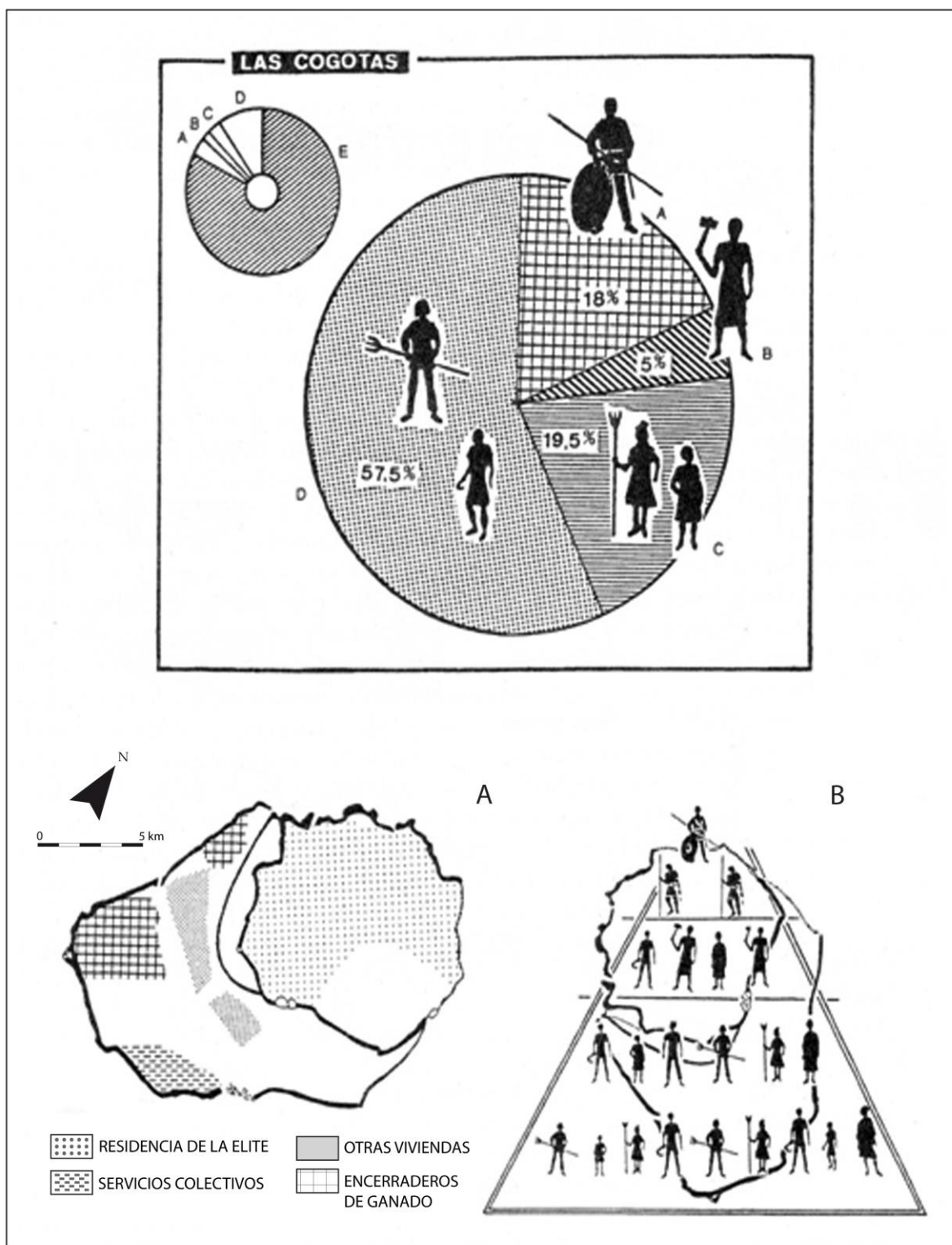


Fig. 35: Áreas funcionales del poblado de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila), estructura piramidal de su comunidad a partir de los enterramientos y distribución de los ajuar funerarios según categorías: guerreros (A), especialistas (B), mujeres (C), otros (D) y tumbas sin ajuar (Álvarez Sanchís, 2003).

estribo izquierdo y aliviadero se apoyaban en la parte baja de la ladera oriental del yacimiento. El peligro evidente de que un 30% del segundo recinto o encerradero de ganados quedara bajo las aguas cuando estas alcanzaran la cota máxima, motivó que la Confederación Hidrográfica del Duero, la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León y el Museo de Ávila decidieran aplicar de forma pionera la partida del 1% cultural, y así paliar los efectos que pudiera producir la presa a los restos arqueológicos, tanto en su cimentación por la cercanía a un yacimiento conocido, como en su explotación una vez embalsada el agua (Mariné Isidro, 2005: 30). Las investigaciones dirigidas por el profesor Gonzalo Ruiz Zapatero, con la colaboración del Museo de Ávila, se prolongarían desde 1986 a 1990. El objetivo principal, al margen de re-examinar los antiguos estudios arqueológicos mediante los conocimientos técnicos de aquel momento, giraría en relación a la incorporación de dicho asentamiento a su contexto regional en términos de organización del poblamiento y uso de la tierra (Mariné Isidro y Ruiz Zapatero, 1988: 50-51).

Sobre la base de proyectar una excavación en extensión fueron planteados tres sectores. Los sondeos puntuales realizados en el transcurso de la campaña inicial en el sector B, una zona extramuros en dirección sureste donde prospecciones previas habían detectado la presencia de posibles alineaciones de piedras, aportarían datos poco fiables debido a la fuerte pendiente y la erosión intensa. De igual modo los sondeos en el sector C, en el que salvo por el hallazgo de ligeras evidencias que parecían intuir la existencia de viviendas escalonadas en la ladera oeste, resultarían improductivos en lo que a riqueza arqueológica se refiere. Finalmente, sería en las intensas jornadas en el sector A, situado al Suroeste del segundo recinto, donde se descubrirían los vestigios de un alfar cerámico, un pavimento de piedra en posible relación con la muralla y un basurero de considerables proporciones –una estratigrafía de más de 3 metros– con gran cantidad de materiales de desecho de carácter autóctono, entre los que se destacaría una cabeza de caballo cocido fechado entre los siglos III y II a. C. (Alonso Hernández y Benito López, 1992: 366).

Los abundantes fragmentos de cerámicas de tradición celtibérica con defectos de cocción, las estructuras asociadas al proceso productivo cerámico y los testimonios

continuados de postes de edificaciones ligeras en conexión con la zona de desechos llevarían a completar el matiz apotropaico del segundo recinto, interpretándolo también como un espacio de uso colectivo e industrial (Fig.36).

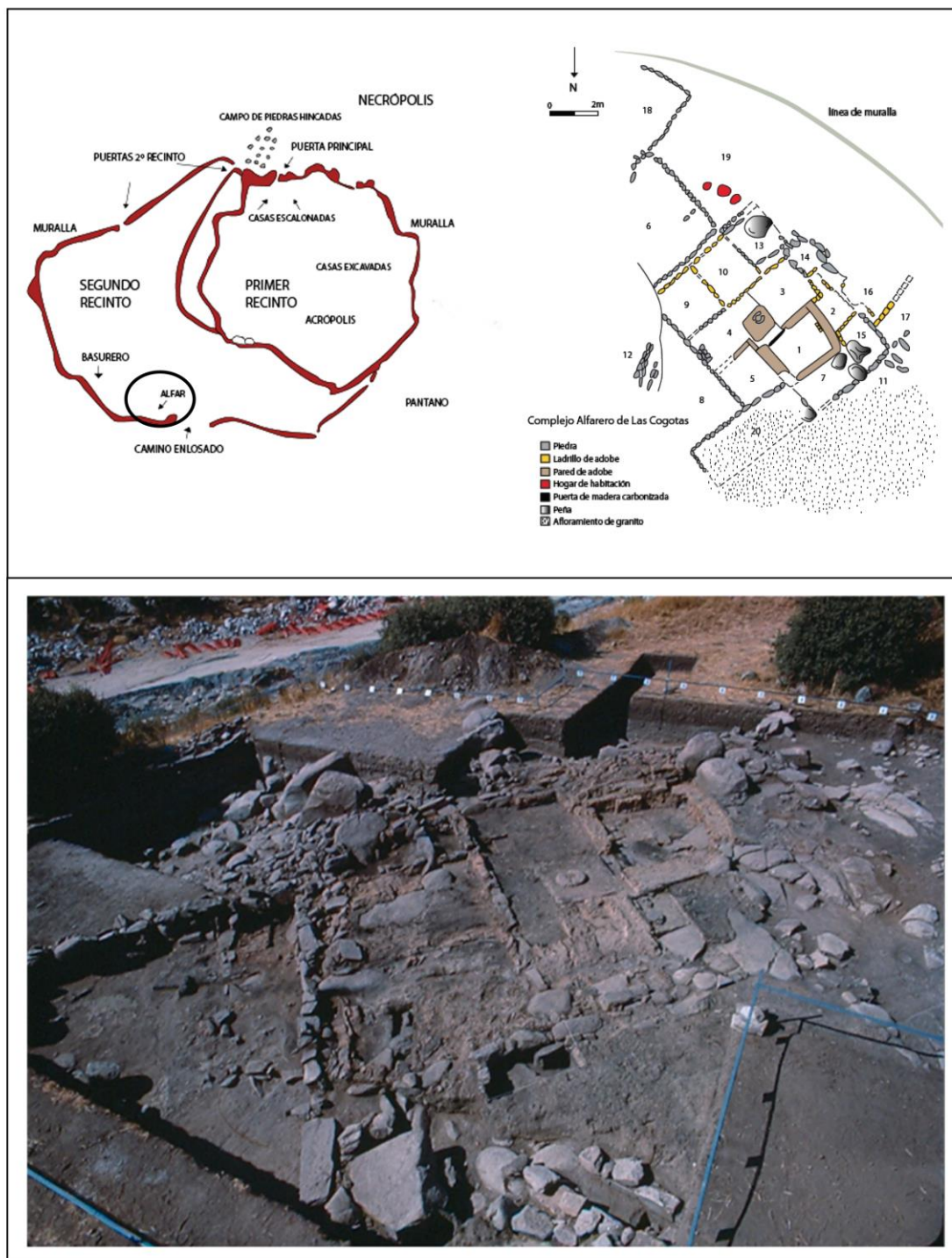


Fig. 36: (Arriba) Localización y planta el alfar de Las Cogotas. (Abajo) Vista general del área de trabajo arqueológica del alfar de Las Cogotas.

La constatación, además, de un elevado porcentaje de restos de huesos de animales y del camino enlosado que lo atravesaba y comunicaba con una zona natural de paso podría demostrar la celebración en él de ferias o mercados itinerantes, sin dismantelar claro está, la hipótesis primigenia de su utilización para proteger y guardar reses o cabañas de animales (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995: 222).

Las nuevas excavaciones en Las Cogotas acabarían trazando una visión bastante más elaborada del poblado, que venía a completar las informaciones ideográficas descriptivas de principios de los años 30. Permitieron la construcción para la Segunda Edad del Hierro de un panorama socioeconómico complejo y regulado por una aristocracia vinculada al hecho bélico y con residencia en la acrópolis, que estaría sustentado, a su vez, por artesanos, agricultores o ganaderos, grupos menos privilegiados que vivirían en puntos dispersos del segundo recinto y fuera de las murallas (Álvarez Sanchís *et al.*, 1998). En definitiva, se configuraría un entramado social en sintonía con la evidencia de un recinto superior con casas para las élites y espacios de tipo polifuncional designados para el desarrollo de actividades comunales, artesanales y comerciales, muy similar a la estructura de los *oppida* célticos de finales de la Edad del Hierro (Wolf, 1993; Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero, 2001; Cunliffe, 2003; Ruiz Zapatero, 2004).

Asimismo, la sola documentación de cultura material adscribible a cronologías de los siglos V a II a. C., contribuiría a plantear otras teorías acerca de las fases de vida del enclave. La ocupación más antigua de la Edad del Bronce se circunscribiría al primer recinto y se propondría la posibilidad de que el yacimiento a lo largo de su historia hubiera sufrido varios episodios de abandono. Después de un tiempo de ocupación indeterminado a finales de la Edad del Bronce, Las Cogotas quedaría prácticamente inhabitado, al encontrar únicamente en él huellas contadas y aisladas atribuibles a los inicios de la Edad del Hierro. En los siglos venideros, el emplazamiento volvería a reocuparse y fortificarse, alcanzando su mayor etapa de esplendor (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1995: 214). La no presencia de elementos vinculables con la dominación romana y la identificación de grandes paquetes de incendio en las unidades más recientes, llevarían también a la interpretación de la destrucción del sitio en algún momento de la segunda centuria. La

interpretación de la destrucción del sitio en algún momento de la segunda centuria. La prueba del levantamiento del cinturón amurallado del segundo recinto sobre materiales ligados al siglo III a. C., demostraría el interés de sus habitantes de protegerse, primero ante las incursiones de los cartagineses, y más tarde de las campañas romanas efectuadas en territorio meseteño (*ibidem*: 221-222).

La publicación a modo de monográfico por parte de la Real Academia de la Historia de la tesis doctoral de Jesús Álvarez Sanchís (1999), supondría básicamente el apuntalamiento de las hipótesis aportadas tras las últimas excavaciones en Las Cogotas y la adopción, en parte, de las nuevas reflexiones y problemáticas que desde entonces envuelven a la Cultura de Cogotas I (Abarquero Moras, 2005). La aceptación de las primeras dataciones radiocarbónicas admitiría el encuadre definitivo de esta en la Edad del Bronce (Delibes de Castro y Fernández Miranda, 1986-87; Castro Martínez *et al.*, 1995), aproximadamente entre el 1700 y 1000 cal. AC (Castro *et al.*, 1996). Se fijaron, por consiguiente, tres fases cronoculturales claras en torno a una serie de órdenes geográficos concretos, en ocasiones concebidos como nucleares y en otras como periféricos: a) Protocogotas, b) Cogotas I Pleno y c) Cogotas Avanzado (Almagro Gorbea, 1986; Abarquero Moras, 1997; Blasco Bosqued, 1997; Fernández Posse, 1998; Galán Saulnier, 1998). Todas ellas estarían encarnadas en los materiales de la acrópolis de Las Cogotas (Delibes de Castro, 1995: 70), de forma que la secuencia temporal de ocupación, aunque interrumpida, se alargaría sustancialmente.

Igualmente, el volumen de Álvarez Sanchís sobre los vettones ayudaría a consolidar la instauración definitiva de los nuevos enfoques para estudiar a los celtas en la Península Ibérica. El interés, desde la década de los 80, por mimetizar las culturas arqueológicas con los pueblos citados en las fuentes clásicas, se vería reforzado con el planteamiento incipiente de una metodología explícita. Con anterioridad, los intentos de acercamiento y búsqueda de los supuestos grupos étnicos prerromanos por medio de la cultura material se realizaban de manera intuitiva y sin un método aparente. A través de un concepto moderno de etnicidad, la vieja cultura arqueológica de Cogotas II sería reestudiada, bajo la principal premisa de dar cara y límites geográficos al grupo indígena escondido detrás del término

latino de vettón (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002). Teniendo en cuenta e interrelacionando los textos de época clásica, la posición territorial primaria de los verracos y la dispersión decorativa de las cerámicas peinadas, nacería la denominada como Arqueología de los vettones. En una síntesis científico-divulgativa posterior titulada *Los señores del ganado* (2003), Álvarez Sanchís trasladó al conjunto de la sociedad la necesidad de entender los escritos latinos como herramientas arqueológicas, las esculturas de verracos como hitos en el paisaje y las cerámicas como algo más que meros contenedores funcionales. Perspectivas contemporáneas y similares, si bien menos concluyentes y partiendo desde análisis históricos apoyados en datos arqueológicos (Sánchez Moreno, 1996 y 2000; Salinas de Frías, 1999 y 2001), ayudarían asimismo a profundizar en la compleja idiosincrasia de la etnicidad vettona (Fig.37).

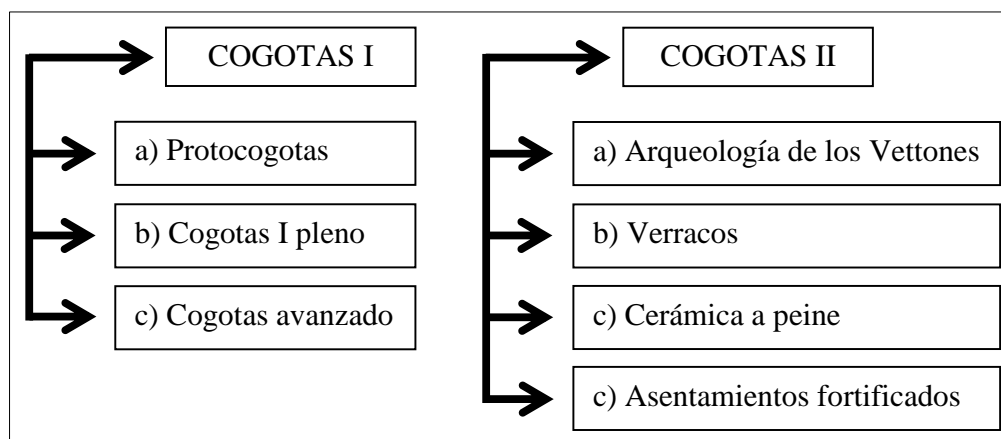


Fig. 37: Nuevos postulados sobre Cogotas I y Cogotas II a partir de los años 90.

La exposición titulada “Celtas y Vettones”, celebrada en 2001 dentro de las dependencias del torreón de los Guzmanes y en la iglesia de Santo Tomé el Viejo de Ávila, se convirtió en un interesante escaparate científico que perpetuó la motivación por conocer más sobre el yacimiento de Las Cogotas. Con una colección que integraba materiales procedentes de El Raso, Las Cogotas, La Mesa de Miranda y de El Tiemblo –los Toros de Guisando – los vettones serían descritos como el pueblo céltico en el que la provincia de Ávila hundía sus raíces (García Hernández *et al.*, 2002; Mariné Isidro, 2003). Además, la visita de cientos de miles de visitantes instauraría la necesidad política de actuar en aquellos asentamientos donde se encontraban los restos de los antepasados históricos abulenses. Gracias al proyecto europeo INTERREG III-A, las provincias de Salamanca y Ávila y los

términos portugueses de Miranda do Douro, Mogadouro y Peñafiel llevaron a cabo actuaciones arqueológicas de consolidación y restauración en varios asentamientos adscritos al mundo vetón. El objetivo de dichas intervenciones radicaba en la creación de un conjunto visitable de asentamientos de la edad del Hierro, que eliminara fronteras y ayudara a ensalzar la idea de identidades comunes en el occidente meseteño peninsular (Ruiz Entrecañales, 2004). Las Cogotas, precisamente, sería uno de ellos.

De igual forma, y dada la creciente involucración popular en torno a la construcción de un pasado ligado al pueblo escultor de verracos, numerosas instituciones públicas—Diputación de Ávila, Institución Gran Duque de Alba, Museo de Ávila, Ayuntamientos de numerosos municipios— decidieron apostar firmemente por el conocimiento y la difusión, sobre todo, de la historia prerromana. La edición de una colección de pequeñas monografías divulgativas, “Cuadernos de Patrimonio Abulense” (Ruiz Entrecañales, 2005; Álvarez Sanchís, 2006), guías infantiles de castros y verracos (González Tablas y Mateos Benito, 2004), conferencias, visitas guiadas y actividades formativas escolares, así como la creación de un centro de interpretación de la cultura vettona, “vettonia”, en las dependencias de la Diputación de Ávila (Álvarez Sanchís y González Tablas, 2005), tenían la intención de conectar identidades presentes y pasadas. La creación, en palabras del profesor Ruiz Zapatero y Nuria Salas (2008: 409), de un “vettonismo popular” fundado en el entendimiento de la cultura vettona como un “referente de prestigio”. Es decir, el establecimiento de ciertas entidades arqueológicas como iconos de un pasado remoto, a menudo desconocido, que ayudan a definir identitariamente los entresijos de la sociedad moderna (Ruiz Zapatero, 2002). En este caso, la vinculación de los abulenses con un origen respetado y admirado por su antigüedad asentaría, al mismo tiempo, la justificación de una comunidad de progreso que ha sabido evolucionar para vivir en un mundo acorde con las tendencias y preferencias del siglo XXI.

Quizás, el deseo continuo de la sociedad capitalista de distinguirse de un “otro” primitivo del pasado, unido a la pretensión de fijar unos orígenes colectivos con los que poder completar el vacío personal generado por los ritmos individualistas y unificadores de la modernidad, han contribuido a que todas las exposiciones sobre la cultura vettona hayan

sido un auténtico éxito. El buen aprovechamiento de la construcción de identidades actuales sobre la base de un pasado prerromano, por parte de la comunidad científica, ha favorecido una divulgación rigurosa de lo que se conoce hasta el momento de la Edad del Hierro en el occidente meseteño. “El descubrimiento de los Vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional” –Torreón de Guzmanes (Ávila, 2005)–, “Ecos del Mediterráneo. El mundo Ibérico y la Cultura vettona” –Torreón de Guzmanes (Ávila, 2007)– o “Vettones. Pastores y guerreros en la Edad del Hierro” –Museo Arqueológico Regional (Alcalá de Henares, 2008)– han sido las exposiciones que contribuyeron a transmitir, sin falseos históricos, de forma seria y contextualizada, el conocimiento histórico de lo vetton y los métodos de investigación arqueológica empleados para tal fin (VV.AA., 2005; Barril Vicente y Galán Domingo, 2007; Álvarez Sanchís, 2008).

El yacimiento de Las Cogotas ha jugado un papel preeminente en este tipo de actividades. Desde que se conoce a finales del siglo XIX como enclave arqueológico, se ha convertido en el buque insignia de la Edad del Hierro en el occidente peninsular, independientemente del hallazgo de registros mejor contextualizados o más relevantes desde el punto de vista material. Una percepción que durante estos últimos años ha contribuido a la producción incesante de publicaciones que afrontan la difícil tarea de completar los vacíos y los cuestionamientos tradicionales que todavía giran en torno a él (Barril Vicente *et al.*, 2005; Barril Vicente, 2007b; Salas Lopes, 2008). No obstante y al igual que en años anteriores, los trabajos abordados suelen reincidir en analizar la cultura desde posicionamientos teóricos similares a los contemplados a partir de los 80 y los 90. Desde ópticas continuistas, se rescatan constantemente viejos patrones para crear nuevas comprensiones dialécticas de las sociedades del pasado o aquilatar regularidades y procesos históricos concretos.

El estudio de las cerámicas de Cogotas I y Cogotas II como fenómenos temporales (Abarquero Moras, 2005; Álvarez Sanchís, 2010; Blasco Bosqued, 2012), el determinismo del proceso de urbanización (Berrocal Rangel y Moret, 2007 y 2010; Álvarez Sanchís *et al.*, 2011; Salinas de Frías, 2013; Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero, 2014; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2015), el significado económico y social de los verracos (Sánchez

Moreno, 2006, 2007 y 2009; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2011) o los debates de etnogénesis (Álvarez Sanchís, 2009 y 2010; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2013) siguen copando el discurso académico a día de hoy. Llegados a este punto cabría hacerse una reflexión: si con carácter reiterado, y a pesar de la incorporación en ocasiones de métodos analíticos de vanguardia (Graells i Fabregat *et al.*, 2014; Berrocal Rangel *et al.*, 2016), el valor de los restos materiales es reinterpretado partiendo constantemente de los mismos enfoques, ¿sería posible seguir avanzando en la recuperación histórica del puzle de Las Cogotas y la Edad del Hierro en la Meseta partiendo de enfoques diferentes? En el caso de que la respuesta fuese afirmativa, ¿cómo podría llevarse a cabo?

2.5. Y... ¿las personas? Las últimas excavaciones en Las Cogotas y las prioridades del presente

La llegada del nuevo siglo traería consigo la planificación de más intervenciones arqueológicas en Las Cogotas, dos en 2004 y una en 2007. No obstante, aún se encuentran inéditas y solo se pueden consultar públicamente las memorias de las primeras. Por motivos elementales de desconocimiento, las apreciaciones aquí expuestas únicamente guardarán relación con los trabajos efectuados durante el 2004. El análisis de las secuencias y los materiales, fruto de las tareas de restauración y consolidación tuteladas tres años más tarde por Jorge Díaz de la Torre, deberá postergarse a la elaboración de estudios futuros.

La excavación arqueológica llevada a cabo en la provincia de Ávila con número de inventario 04/91 se corresponde a la ejecutada en el poblado de Las Cogotas por la empresa Castellum y bajo la dirección de Rosa Ruiz Entrecanales. Tal y como ya ha sido puntualizado con anterioridad, la pretensión de las instituciones públicas por vender a los vettones como un elemento identitario de la región y un atractivo turístico más, impulsó la solicitud de un proyecto a la Unión Europea con el que poder conseguir fondos para dinamizar económica y culturalmente ámbitos rurales deprimidos. Una ayuda que finalmente se materializaría gracias al programa europeo INTERREG III-A, marcándose como principal objetivo la necesidad de recuperar los castros fortificados de la Edad del Hierro en el Occidente Peninsular. En torno a las regiones de Ávila, Salamanca, Miranda

do Douro, Mogadouro y Peñafiel, se articuló una cadena de actuaciones arqueológicas para poner en valor aquellos asentamientos que conservaban una mayor monumentalidad.

La elección de las Cogotas como uno de estos sitios agraciados no respondería a una cuestión de azar. Al margen de constituirse como uno de los lugares popularmente más emblemáticos asociados al mundo vetón, la puesta en marcha de una excavación sistemática podía resolver en aquel momento, y en cierto modo, una parte de la problemática científica existente en cuanto a esta cultura. De hecho, el propósito de hilar una secuencia de ocupación claramente definida plantearía inicialmente una actuación puntual en el primer recinto, mediante la apertura de dos sondeos de 3x3 metros. Pese a la aplicación de un sistema de registro basado en el método Harris, las planimetrías serían dibujadas según alzados artificiales de entre 10 y 15 cm de espesor.

La interpretación del sondeo 1, trazado en el extremo norte del cerro amesetado, no supuso conclusiones demasiado novedosas. La ampliación del perímetro inicial de aproximadamente dos metros dejó al descubierto un conjunto de estructuras, algunas de ellas al parecer, amortizadas respecto a otras más recientes. Se distinguieron cuatro momentos de utilización del espacio en cuestión, siendo el más antiguo el representado por una serie de fragmentos cerámicos de Cogotas I. En este último no se apreciaron evidencias estructurales, habiéndose encontrando simplemente un pequeño nivel de tierra de deposición “limpia” y sin colmatación expresa (Ruiz Entrecañales, 2004:49). Descansaba sobre el sustrato geológico que *a priori* parecía haber sido labrado, bien con la aspiración de regularizar el terreno, o bien para extraer lajas a modo de pequeña cantera. Como estructuras se destacó un banco de mampuesto, adosado aparentemente al paramento externo del muro de una de las casas excavadas por Juan Cabré —no se puntualiza cuál—, y una hilera de piedras planas, dispuestas tras un relleno intencionado con material constructivo y tierra. Supuestamente, las dos formaban parte de un espacio aporchado que había sido rediseñado en varias ocasiones. En conexión directa con una unidad de habitación y su orientación al sur, casaban directamente con los cánones de las viviendas típicas de la Segunda Edad del Hierro. Eso sí, el hallazgo en las unidades más recientes de

material cerámico mezclado de Cogotas II y Cogotas III, impediría fijar dataciones relativas al respecto (Fig.38).

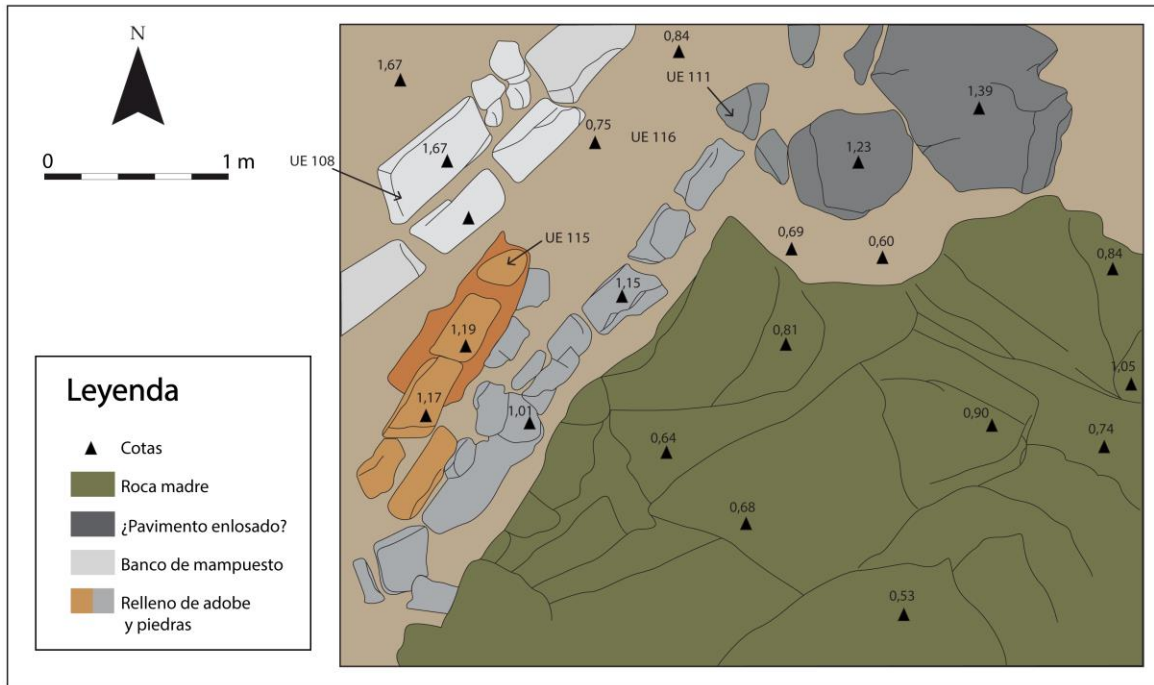


Fig. 38: Esquema de la planta final referente al sondeo 1 de la excavación arqueológica dirigida por Rosa Ruiz Entrecañales (04/91/2004) (Modificado a partir Ruiz Entrecañales 2004).

El sondeo 2, emplazado en el límite oeste de la Meseta, descubrió una secuencia estratigráfica bastante más compleja. Un hecho que también propició el agrandamiento de su perímetro unos tres metros más. Como evidencias más interesantes fueron reseñados dos pequeños hornos a modo de hogar, dos posibles fosas y el enterramiento en cista de un animal. Las dos primeras estructuras se concibieron como lugares sobre los que cocinar y preparar alimentos. Sus características morfológicas condujeron a relacionarlas con los hogares documentados en el alfar de Las Cogotas a finales de los 80 y con los encontrados en otros yacimientos abulenses coetáneos como el Raso (*ibidem*: 73). Las dos estructuras negativas en forma de fosas eran de difícil explicación y parecían corresponder a aquellas que se enmarcan habitualmente en la prehistoria reciente meseteña, con dimensiones circulares, de tamaño variable, y colmatadas mediante una amalgama de elementos materiales tales como cenizas, huesos de fauna o cerámicas desordenadas. En función de su escasa potencia y la no constatación de signos de rubefacción se interpretaron como silos o

agujeros de poste, apostando a ciencia cierta por esta última como la más plausible. Finalmente, la cista correspondiente a la tumba de un cánido se teorizó como una acción simbólica de santificación de un hábitat, vinculada a una serie de ritos fundacionales propios de la Edad del Hierro (Fig.39).

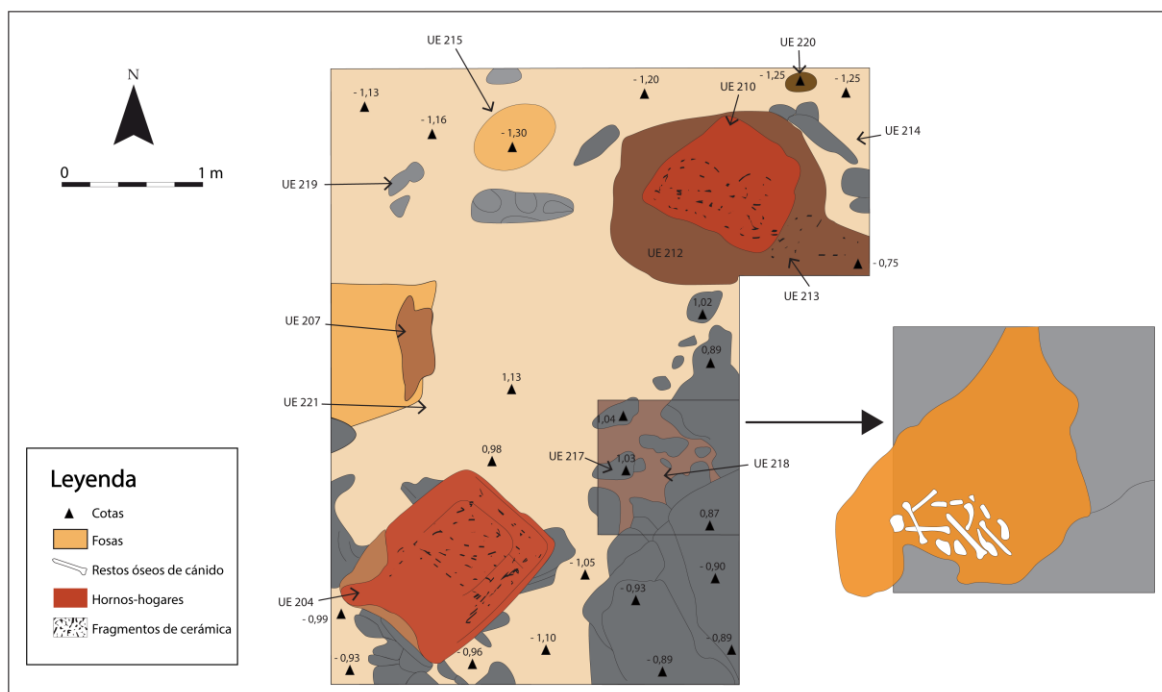


Fig. 39: Esquema de la planta final referente al sondeo 2 de la excavación arqueológica dirigida por Rosa Ruiz Entrecañales (04/91/2004) (Modificado a partir Ruiz Entrecañales 2004).

Los trabajos efectuados por parte de Alma María López Guerra, con número de registro 04/112 en el Servicio Territorial de Cultura de Ávila, quedaron en cambio circunscritos a la zona norte de la Muralla. Enmarcados de igual modo dentro del proyecto INTERREG-III A, la prioridad de estos se centraría en la consolidación y puesta en valor de un punto determinado del yacimiento. Las pequeñas restauraciones y recrecimientos de los dos accesos al poblado en su lienzo septentrional, realizados en 2001 bajo el patrocinio de la Diputación Provincial de Ávila y con motivo de la exposición “Celtas y Vettones”, no bastaban para crear un espacio arqueológico atractivo y apto para visitantes. En esta ocasión, aunque la tarea investigadora continuaría siendo importante, la misión principal de la intervención giraría en torno a la salvaguarda de las numerosas estructuras descubiertas a principios del siglo. XX y, desde entonces, expuestas a todas las patologías derivadas de la

acción erosiva y las inclemencias meteorológicas. El anhelo por recrear una panorámica imponente de parte de los sistemas defensivos del asentamiento cogoteño, hizo que las actividades arqueológicas se planificaran en dos tiempos. En primera instancia, se limpiaron y se desmontaron los derrumbes de la puerta norte, así como se seleccionaron las mejores piedras en vistas a su reutilización. Seguidamente, se procedería a la restauración y reconstrucción de aquellos puntos en los que el recrecimiento generase visiones más didácticas y llamativas del yacimiento (López Guerra, 2007: 1).

El uso de una metodología basada en el sistema Harris obligó también a excavar en extensión la totalidad del área de actuación, distinguiéndose en ella cuatro zonas determinadas en función de la orografía del terreno. La primera comprendería desde la puerta Este hasta el comienzo del primer bastión. La segunda iría desde este primer bastión hasta el inicio del segundo, que englobaría la tercera zona. La cuarta ocuparía el resto de la superficie adyacente hasta llegar a la puerta principal. A su vez, en el informe se indica que los paramentos se limpiarían tanto en su parte interna como externa, permitiendo re-excavar parcialmente las casas número 5, 6, 7, 8 y 9 de las excavaciones de Juan Cabré (*ibidem*: 28). No obstante, serían documentadas únicamente las unidades estratigráficas conectadas con la última fase del sitio y, por tanto, vinculadas a los momentos de su destrucción y abandono (Fig.40).

A tenor de los resultados leídos en sendos informes de las actuaciones de 2004, podría decirse que estos ayudan a revalidar las nuevas reflexiones que se venían respaldando desde la academia. La recuperación contextualizada de miles de fragmentos de cultura material o la verificación de la complejidad de las técnicas constructivas de los sistemas de defensa, ratificarían a Las Cogotas como un poblado de cronología larga, vital para advertir la concepción socioeconómica en el occidente peninsular entre los siglos V y II a. C. A fin de cuentas, y a pesar de que uno de los objetivos más importantes al comienzo de estas intervenciones era la obtención de datos que facilitaran aún más el entendimiento histórico de este yacimiento, no acabaría aportándose nada nuevo en lo que a sus episodios de vida se refiere. Las excavaciones arqueológicas en el segundo recinto efectuadas por el equipo multidisciplinar de la Complutense entre 1986 y 1990, ya habían apuntado que la

cronología del sitio debía necesariamente ser retrotraída hasta la Edad del Bronce y que el periodo de mayor auge del poblado se correspondería con la Segunda Edad del Hierro. Además, fue también en aquellos años cuando se sentaron las bases materiales para considerar a Las Cogotas un asentamiento clave para comprender lo que poco más tarde se bautizó con el nombre de Arqueología vettona (Álvarez Sanchís, 1999).

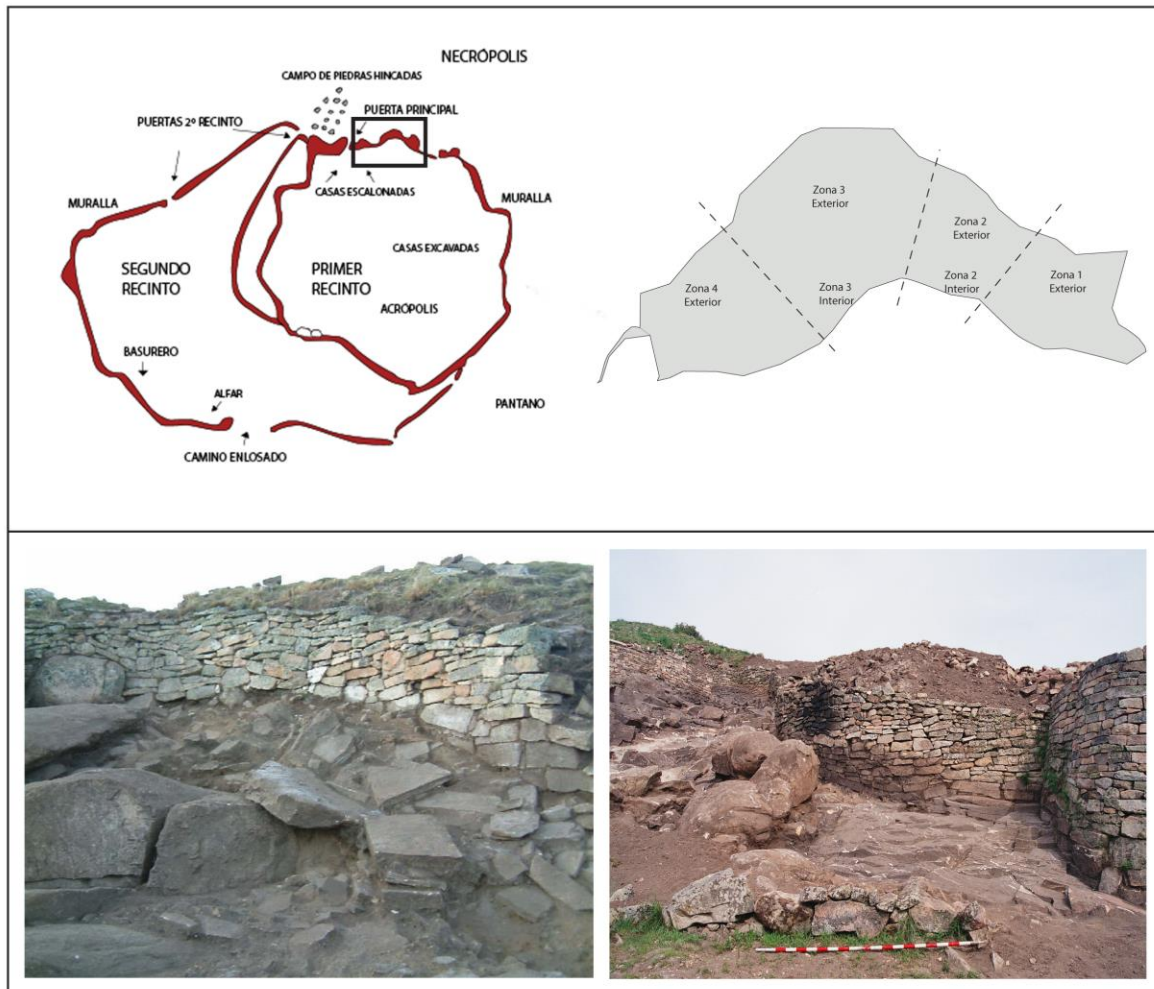


Fig. 40: (Arriba) Localización de las zonas de actuación de la excavación arqueológica dirigida por Alma María López Guerra (04/112/2004) (modificado a partir de López Guerra, 2007). (Abajo) Vista final de la muralla norte tras la ejecución de los trabajos de limpieza (López Guerra, 2007).

El reconocimiento de fosas “arcaicas”, unidades de habitación rectangulares con hogares y patios traseros abiertos, bancos corridos, signos de cantería o elementos materiales cerámicos adscritos a los tipos culturales de Cogotas I, Cogotas II y Cogotas III, solamente reforzaron las visiones socioeconómicas genéricas asumidas actualmente como

válidas, sin profundizar del todo en los individuos y en sus contextos históricos únicos. De algún modo, el planteamiento de los mismos interrogantes y el estudio de los registros materiales como reflejos pasivos y directos del comportamiento del pasado llevan a menudo a obtener conclusiones idénticas. La razón es que la ejecución de actividades arqueológicas en pleno siglo XXI en absoluto obliga al desarrollo de posturas teóricas críticas, presentes desde finales de los 70 y predominantes hoy en el debate académico angloamericano. Un panorama que, *de facto*, no debería concebirse como algo extraño, al ser justamente la española una de las escuelas arqueológicas del continente europeo en la que el paradigma contextual y su gran variedad de enfoques no se consideran modelos teóricos de peso (Chapman, 2003).

¿Qué ocurriría, entonces, si el registro comenzara a ser estudiado como un elemento activo fruto de un contexto histórico específico? Obviamente se obtendrían datos diferentes que inducirían a desenlaces diferentes. Es decir, simplemente con la toma de pequeños cambios en los presupuestos convencionales empleados para definir los tan arraigados grupos culturales de Cogotas, se adquirirían otras informaciones que ayudarían a completar las todavía numerosas lagunas habidas sobre aquellas gentes. Además, un acercamiento de tales características aceptaría al mismo tiempo el cuestionamiento y autocrítica de los métodos de trabajo, así como el reconocimiento de las limitaciones de los marcos interpretativos preferentes de la disciplina arqueológica en España.

A modo de ejemplo, bastaría con estudiar desde aproximaciones tecnológicas las cerámicas de Las Cogotas encontradas en 2004. Al margen de enfatizar en los aspectos comunes que determinan su posicionamiento dentro de los conceptos habituales de tipo, la descripción y cuantificación de otros rasgos particulares –como los técnicos– fraguarían nuevos interrogantes que promoverían la reformulación ineludible de las categorías teóricas básicas y sus respectivas premisas (Kristiansen, 2001: 63). Evidentemente, la identificación manifiesta de permanencias y cambios tecnológicos transversales en torno al *savoir faire* cerámico admitiría pensar en Las Cogotas como un yacimiento dinámico y en transformación continua, heredero de las comunidades humanas que lo erigieron como tal. Se confirmaría, por tanto, la necesidad de aplicar nuevos programas de corte teórico

flexibles que, con carácter diacrónico, atiendan a los fenómenos sociales como comportamientos coyunturales y causales de escenarios concretos. En definitiva, se trata de manejar una praxis arqueológica que indague en el porqué de las cosas –las pocas que se conservan–, intentando evitar los tan cómodos y habituales determinismos etnocéntricos del presente.

En efecto, una de las prioridades actuales en el campo de la disciplina académica reside en la apertura de vías de trabajo novedosas, pero para nada sencillas que, sin embargo, ya están ofreciendo interesantes resultados en la investigación arqueológica meseteña de la mano de Antonio Blanco (2009), Jorge de Torres (2013) o Raquel Licerias (2017). A su vez, revisiones recientes de la cultura material registrada en las excavaciones del alfar de Las Cogotas (Padilla Fernández, 2011; Padilla Fernández y Chapon, 2015; Padilla Fernández *et al.*, 2018), empiezan a revelar que la complejidad ontológica de las gentes de la Edad del Hierro iría precisamente mucho más allá de esencialismos y regularidades sociales. Abordando la problemática del artesanado alfarero en la Segunda Edad del Hierro a través de conceptos tan antropológicos como el de Cadena Técnico-Operativa (Lemonnier, 1986, 1990 y 1992), se comienza a asumir que la cerámica es un recurso de información arqueológica –no solamente histórica– colmado de instancias sociales. El planteamiento de preguntas tan elementales como quiénes serían los encargados de producirla o por qué se construiría un taller especializado de semejantes características, confirmaría además las entidades arqueológicas no como entes aislados, sino como formas originadas por la acción social y únicamente comprensibles en relación al contexto cultural en el que se engloban. Serían, en esencia, los productos y productores de la formalización del ser social o sujeto agente (Dobres, 2000). También, la constatación de cerámica a mano en contextos de fabricación de cerámica a torno tan claros como el del alfar de Las Cogotas permite apuntar nuevas cuestiones acerca de las causas y condicionantes de la contemporaneidad de ambas producciones. Este hecho, asimismo, resaltaría el escaso crédito de las lógicas de manufactura ordenadas y lineales impuestas por los esquemas cerámicos tradicionales.

Indudablemente, la redacción de estas líneas tiene la intención de continuar por esta senda. La finalidad no es otra que la de ser capaces de desgranar, de manera individualizada, las mecánicas tecnológicas internas ejecutadas por los alfareros del poblado de Las Cogotas en la Edad del Hierro. La superación de las discusiones interesadas en los aspectos más visibles del producto acabado y la puesta en práctica de aproximaciones centradas en la relación de los objetos con las personas, convierten a la cerámica en la herramienta perfecta con la que poder inquirir en los esquemas conceptuales de las comunidades del primer milenio antes de nuestra era en el occidente de Iberia.

Capítulo 3

Marco teórico y metodológico: identidades y tecnología social

Introducción

La cultura material, más allá de una unidad física, se instaura como un conjunto de códigos ontológicos que pertenecen a un contexto social específico. Se trata de un agente activo que crea y a la vez manifiesta la identidad de los sujetos agentes que la manufacturan y consumen. El capítulo que aquí se introduce se articula en torno a la premisa de apuntalar esta concepción. Se pretende aportar las pruebas necesarias con las que evidenciar la escasa utilidad de considerar los elementos materiales en Arqueología como productos humanos pasivos. Para ello, se plantea la necesidad de fundamentar un marco teórico crítico que aborde el estudio del pasado a partir de criterios postmodernos, los cuales, ya desde su nacimiento señalaron que la generación de explicaciones objetivas del pasado había sido siempre una utopía. Tomando en cuenta una serie de nociones teóricas básicas, se procura establecer un modelo de pensamiento social compuesto por un conjunto de categorías, que permitan interpretaciones científicas plenamente conscientes de su propia subjetividad. Categorías que por el contrario no admiten el encasillamiento en un programa teórico concreto, evitando así la sustitución de las tipologías de objetos en *pro* de tipologías de arqueólogos (Chapman, 2003: 13).

Así pues, partiendo de la presunción de la materialidad como un elemento significativo cargado de significado, se busca hilar una teoría que huya de lo esencialista, de los dualismos opuestos y que construya explicaciones cognitivas en función de

razonamientos universales y normalizados desde la lógica de un presente occidental capitalista y burgués (Hernando Gonzalo, 2003). Teniendo en cuenta, por supuesto, las limitaciones intelectuales que impiden la creación de un nuevo patrón interpretativo, se recurre a la producción de narrativas arqueológicas provenientes, por un lado, de la Teoría Social Contemporánea –Social Agency Theory– que bebe del Postestructuralismo, y por otro lado de la Simétrica que procede de la Teoría Sociológica del Actor Red –Actor Network Theory–. Según este enfoque el énfasis discursivo asume la subjetividad de la otredad de las sociedades del pasado, sin descartar al mismo tiempo que dicha subjetividad pueda llegar a estudiarse mediante el desgranamiento de su propia estructura.

A través de posturas interdisciplinares (Criado Boado, 2012: 69), es decir considerando que todas las teorías arqueológicas son contemporáneas y consecuentes con el pensamiento arqueológico actual (González Ruibal, 2007), pretende ponerse en marcha una concepción del objeto articulada en su relación con las personas. Una relación que se considera vital ya que la cultura material, además de encerrar valores sociales y simbólicos, juega un rol vital en el ordenamiento, mantenimiento y subversión de las estructuras sociales. En otras palabras, ni habría personas sin objetos ni objetos sin personas. Evitando así la aplicación en investigación de dicotomías poco lógicas entre sujetos y objetos y cuestionando a su vez el empleo de hermenéuticas de subjetividad ilimitada, este trabajo plantea la posibilidad de abordar la cuestión identitaria de las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia. A partir de los restos materiales encontrados, se puede llegar a construir una imagen aproximada de la realidad a la que pertenecen. La búsqueda de la identidad, entendida esta, no como un aspecto puntual del código ontológico, sino más bien como la perspectiva que lo caracteriza (Brubaker and Cooper, 2000: 22) y, por consiguiente, muy compleja, interseccional y producto de un concepto temporal de verdad (Lozano Rubio, 2011), se constituye entonces en el objetivo a seguir.

La dificultad radica evidentemente en como extrapolar todas estas ideas en el momento de enfrentarse al –a menudo– escaso registro arqueológico que se conserva y documenta. En este sentido y con el propósito de alcanzar una visión de conjunto que indague en la identidad y todas sus categorías, la praxis tecnológica se concibe como una

estrategia reveladora y de gran potencialidad interpretativa. Aparte de lo estipulado por el paradigma procesual en consonancia con la utilidad del estudio de la tecnología en Arqueología, esta se configura en esencia como un auténtico fenómeno social. De tal modo, el conocimiento de los aspectos tecnológicos no serviría únicamente para analizar la manera en que los objetos materiales están hechos o para disponer de la secuencia completa de acciones técnicas que son necesarias para desarrollar tipos determinados (García Roselló y Calvo Trías, 2013). El entendimiento del hecho tecnológico como un “sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes” (Bourdieu, 2008: 86), le confiere un papel importante como participador y participante de las dinámicas sociales. Por ejemplo, y en función de la lógica proyectada, el aprendizaje tecnológico no solo debería ser pensado como una mera transmisión de conocimiento técnico y prácticas sicomotrices interiorizadas, sino como un proceso de construcción social que conlleva y transfiere conceptos educativos íntimamente conectados con la filosofía y las estructuras específicas de una comunidad concreta (Martinelli, 1996; Calvo Trías *et al.*, 2015).

En este caso, el interés por rastrear las normas fijadas para hacer cerámica durante la Edad del Hierro en el yacimiento de Las Cogotas convierte a los recipientes cerámicos cogoteños en contenedores de saber que están aún sin descifrar. Para lograr precisamente penetrar en ellas, se traza una propuesta metodológica que vaya más allá de observar las características puramente formales de los conjuntos cerámicos y sea capaz de distinguir espacial y temporalmente la integridad de etapas y gestos relacionados con el proceso de producción. El término de Cadena Operativa, conceptualizado como el conjunto de procedimientos ejecutados desde el momento de obtención de la materia prima hasta la consecución del producto final (Balfet, 1975: 52; Creswell, 1976: 13), facilita una panorámica completa de cada una de las fases implicadas y sitúa en una misma vertiente lo físico con lo puramente inmaterial. Los elementos cerámicos están relacionados con las circunstancias sociales y demandas ideológicas que lo determinan (Lemonnier, 1986, 1993). Estos se entienden como auténticos ejes que conectan simultáneamente el trabajo técnico con las dinámicas sociales y simbólicas (Dietler y Herbich, 1998). En definitiva, son una herramienta que une tecnología y sociedad.

Con carácter sucinto, se pretende hilar un discurso en el que las personas y los objetos se constituyen recíprocamente. Una noción que también permite entender al contexto arqueológico y sus objetos como actores participantes de una estructura social estipulada. El análisis de la unión equilibrada entre estructura, prácticas cerámicas y registro arqueológico admite la comprensión de los mecanismos mentales como objetivables y, por tanto, susceptibles de estudio. Sin duda, una apreciación esperanzadora para la investigación arqueológica en su aspiración de construir de forma subjetiva, pero contrastada, las identidades del pasado (Criado Boado, 2012: 177-214). Siendo capaces de establecer el significado de las relaciones entre las personas de la Edad del Hierro y su cultura material, será posible percibir las realidades tanto conscientes como inconscientes de su propia identidad. Acercarse, a fin de cuentas, al mundo en el que estas personas vivían y las posiciones que ocupaban en él.

3.1. En busca de la estructura y el sujeto agente

La disciplina arqueológica desde su nacimiento ha tenido siempre como tarea principal la de rescatar objetos del pasado. No en vano ha sido considerada genéricamente como la ciencia que reescribe el pasado de las sociedades humanas a partir de sus restos materiales. Ahora bien, no todos los arqueólogos reescriben e imaginan el discurrir histórico de igual manera. En función de la corriente o escuela arqueológica, la cultura material y las personas, así como la relación entre ambas, pueden ser concebidas de forma totalmente diferente. Es, a ciencia cierta, un escenario evidente que hasta hace relativamente poco tiempo era imposible de imaginar. Como cualquier rama científica, el desarrollo de la pauta arqueológica ha estado supeditado a los grandes cambios paradigmáticos. Una situación que, ante la intención deliberada de asentar según en qué momento, los pensamientos y metodologías creídas como más idóneas para resolver problemas concretos (Kuhn, 2006), ha impedido tradicionalmente la generación de voces de autocrítica y reflexión acerca de los modos de acceder al conocimiento y los contextos de producción de ese conocimiento. Obviamente, si algo bueno ha traído la aplicación en

Arqueología de nociones teóricas postmodernas, ha sido la aceptación de la necesidad permanente de autodefinirse a sí misma. Un trabajo académico como este no podría plantearse sin la realización de un breve recorrido crítico por las teorías que a día de hoy inciden en el campo de la investigación arqueológica. La articulación y defensa de esquemas sociales determinados, exige entrever el porqué de la réplica y de la predilección por una serie de posicionamientos intelectuales.

Desde el siglo XIX hasta la actualidad, la Arqueología de corte historicista-cultural europea construye discursos basados en civilizaciones antiguas, monumentos y obras de arte. Bajo la idea de instaurar explicaciones estancas que reconozcan el sentido categórico de la realidad histórica, esta tendencia centra sus investigaciones en entender las circunstancias inherentes al presente occidental. Tal y como apunta acertadamente Almudena Hernando (2002: 22), sus estudios tratan de justificar una sociedad de progreso sustentada en el avance y su linealidad. Legítima en régimen de superioridad un orden social fundamentado en el tiempo, el cambio y la razón. Partiendo de estas premisas, toda información científica, por pequeña que sea, se supone como válida si ayuda a rellenar los huecos de un pasado todavía desconocido en muchos de sus aspectos. La importancia de sus hallazgos se mide en la medida de datos aportados para delimitar e identificar culturas.

Este es el motivo por el que los objetos copan un protagonismo exacerbado. Estos son entendidos como descubrimientos que sirven para demostrar secuencias cronoculturales, siendo valorados preferentemente por sus atributos formales (Fernández Martínez, 2008). A través de una descripción pormenorizada y su posterior clasificación en cuadrículas históricas preestablecidas, los objetos ayudan a demostrar las causas que hacen al orden moderno tal como es. La circunscripción positiva de las etapas históricas facilita entender cómo el ser humano, desde la Prehistoria y mediante la culminación de cambios tecnológicos singulares, ha ido dando pasos firmes hacia el contexto socioeconómico actual. Un alegato que más que ensalzar la cultura material tiende a marginarla, utilizándola interesadamente para aportar seguridad ontológica a los cánones de la sociedad moderna (Hernando Gonzalo, 2015).

En otras palabras, los discursos histórico-culturales se adscriben a las estrategias de control político y resistencia impuestas por Occidente. La visión, por tanto, de la simple generación de datos objetivos e ideales con los que construir una ciencia aparentemente abstracta e imparcial, quedaría enterrada por completo. El lenguaje científico de las ciencias sociales obliga por defecto a ejecutar teorías y métodos cargados de subjetividad e intencionalidad (Shanks y Tilley, 1987). La concepción de la materialidad como un rasgo cultural que porta reglas, ideas o normas de comportamiento abstractas y universales, responde a la meta de fijar una historia de horizontes y facies culturales unidireccionales y de complejidad creciente. En última instancia, es una historia que justifica, a partir del discernimiento de entidades inmutables, la estructura social que otorga solidez al mundo occidental y le concede ese sentimiento de superioridad tecnológica y racional respecto a otros mundos (Fig.41).

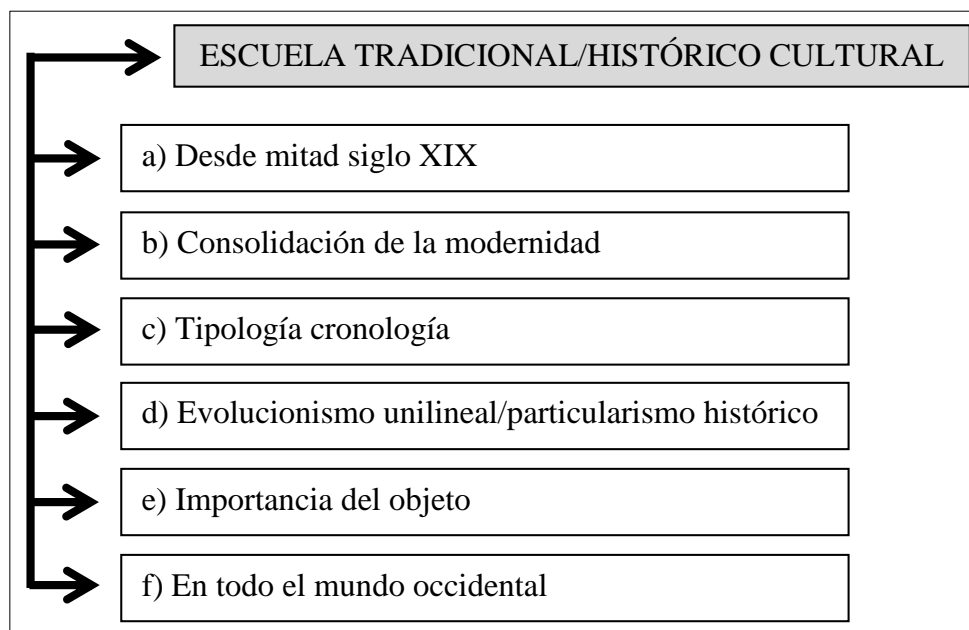


Fig. 41: Pensamiento de la escuela tradicional/histórico-cultural (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 23).

La lógica automática e instintiva de seguir creando ciencia desde posturas razonadas e individualistas, conduce, a continuación, a reflexionar sobre cuándo comienza a formularse en Arqueología la inquietud por las personas y sus vínculos. En palabras del propio Lewis Binford (1965), el padre de la Nueva Arqueología y máximo defensor del

Funcionalismo Materialista, esto no ocurrirá hasta los años 60. Sin embargo, el materialismo dialéctico ya a finales del siglo XIX empezaría a instaurar la necesidad de estudiar las relaciones socioeconómicas (Trigger, 1992: 239). Gordon Childe, eso sí desde su posición social de “favorecido” (Hernando Gonzalo, 2003), ayudaría a incorporar y cimentar dichos postulados desde las Ciencias Sociales a las prácticas arqueológicas.

Asimismo, también en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros decenios del XX, en el ámbito escandinavo y en el Reino Unido se plantearía la adopción de una disciplina arqueológica centrada en el comportamiento humano y la interacción de este con su medio físico y su entorno social (Trigger, 1992: 231-233). En este caso, Grahame Clark sería el encargado de aplicar a la corriente arqueológica estas propuestas de pensamiento. Junto a Gordon Childe, se convertirían en los máximos exponentes del modelo denominado como evolucionista multilineal, que recogería la perspectiva funcional estructuralista británica fundada por Bronislaw Malinowski y Alfred Radcliffe-Brown en el campo de la Antropología Social (Jhonson, 2000). Una orientación que, a su vez, estaría fundada en los principios sociológicos de Émile Durkheim. De la mano de Karl Marx, este sociólogo y filósofo francés concretaría el positivismo ideado por Auguste Comte, promoviendo el realismo epistemológico y el método hipotético-deductivo. En su libro “Las reglas del método sociológico”, acuña el concepto de hecho social como todo comportamiento o idea presente en un grupo social, independientemente de que estos sean, o no, respetados o compartidos. Es decir, las maneras de obrar, sentir y vivir exteriores al individuo ejercen un poder coercitivo sobre su conducta orientándola en todo su desarrollo (Durkheim, 1978). Para él, la sociología debía descubrir estos “hechos sociales” estructurales y analizar a la sociedad en su totalidad, en lugar de centrarse en las acciones específicas de los individuos (Durkheim, 1993). La conciencia colectiva primaría sobre el pensamiento individual, siendo entonces la sociedad y no el individuo la principal unidad de estudio. La actuación individual quedaría relegada a la influencia de una serie de normas y reglas determinadas, que condicionarían por completo la libertad del ser humano, sus pensamientos y acciones. Una percepción que, por otra parte, haría factible la elaboración de lecturas del pasado genéricas y envueltas en categorías sociales universales.

La influencia del enfoque esencialista, dualista y holístico de Durkheim en las ciencias sociales ha marcado el devenir de una buena parte de las tradiciones del pensamiento arqueológico del siglo XX (Blanco González, 2009: 282). Desde las diferentes facetas del materialismo histórico, pasando por el historicismo cultural norteamericano de Franz Boas, el evolucionismo multilíneal de la Teoría Social de Leslie White, la Ecología Cultural de Julian Steward e incluso el Estructuralismo francés de Claude Lévi-Strauss; todos comparten el interés por organizar de forma unitaria procesos sociales y económicos, culturas, estructuras o sistemas políticos, siempre sensatos y muy coherentes desde la contemporaneidad (Barret, 1994: 35). En palabras de Gamble (2001: 53); a todos les une la predilección por instaurar modelos totales de sociedad haciendo uso de métodos analíticos de “arriba abajo”. Al asumir que la sociedad se antepone a sus miembros como principio fundamental, se presuponen esquemas previos de realidad social que son en última instancia justificados mediante el registro material. Por ende, un modo de actuar centrado en dicotomías que entorpecen la visión de lo particular y lo contingente y que recoge de manera inconsciente parte de los planteamientos cartesianos y kantianos edificadores del pensamiento occidental moderno. René Descartes con su “duda metódica” sobre la realidad de las cosas, y Emanuele Kant con su negación de conocer la realidad a través de la razón, sentarían las bases de la posición marginal de los objetos en el mundo (Olsen, 2007: 288; Díaz de Liaño, 2012: 244).

La publicación en la revista *Science* del artículo titulado “La nueva Arqueología americana” por parte de Joseph R. Caldwell, no sería más que la confirmación de la hegemonía en el continente americano de las tendencias antropológicas que desde hacía años prestaban su atención a las relaciones sociales (Alcina, 1989: 58). Con carácter resumido se haría hincapié principalmente en cuatro de ellas (Hernando Gonzalo, 1992: 17): a) la importancia de considerar la ecología, el ambientalismo y los patrones de asentamiento; b) la concepción de la cultura como un “medio extrasomático de adaptación” en el que la materialidad debía ser tratada como “un sistema orgánico funcionalmente integrado”; c) la afirmación de leyes genéricas que argumentan el discurrir histórico y d) los arqueólogos/antropólogos poseen la importante misión de explicar los cambios culturales que habían originado progresivamente el equilibrio y la armonía del progreso

actual. Nociones que calarían muy hondo en estudiantes brillantes como Lewis Binford o David Clark que acabarían imponiendo definitivamente la investigación de los procesos generales como la nueva escuela paradigmática en Arqueología: *a priori*, una respuesta rompedora frente a la tradición historicista-particularista desarrollada fundamentalmente en el Continente Europeo, que se dedicaba únicamente a compilar artefactos para encasillarlos en un periodo cronológico concreto y vincularlos a una cultura establecida.

En contraposición a esta forma acumulativa de generar Ciencia, el ideario procesual pone en marcha una postura cientifista basada en un positivismo lógico, que interpreta la cultura como un sistema adaptativo al medio (Fernández Martínez, 2000). Ante la creencia de que la transformación de las sociedades tiene lugar mediante las influencias ambientales, las prácticas arqueológica y antropológica se conciben como vitales para poder llegar a rastrear las leyes naturales del cambio y el entendimiento del comportamiento humano desde sus orígenes; ser capaces por vez primera de erigir teorías complejas sobre el pasado. Para ello, y con la finalidad de recomponer universalmente el sistema cultural en función de los elementos materiales que se conservan, aprovechan la revolución científico-técnica de finales de los años 50 para crear reglas objetivas de conducta. El afán por caracterizar el pasado y hacerlo comparable y exportable, induce a aplicar frecuentemente en Arqueología principios provenientes de la Teoría General de Sistemas o modelos estadísticos y de cuantificación (Criado Boado, 2012: 72). La afirmación de que la cultura se constituye como un sistema integrado por un conjunto de subsistemas relacionados entre sí (Renfrew, 1982: 11), produce un tratamiento de los objetos como si de evidencias científicas se trataran. A partir del impulso de teorías y Arqueologías de Alcance Medio (Etnoarqueología, Arqueología Funeraria, Arqueología Social, Arqueología Experimental etc.), se busca conectar el registro arqueológico con el comportamiento humano que la generó. Es decir, aspirar a fijar vínculos no ambiguos de causa-efecto entre las causas dinámicas y los resultados estáticos (Binford, 2002) (Fig.42).

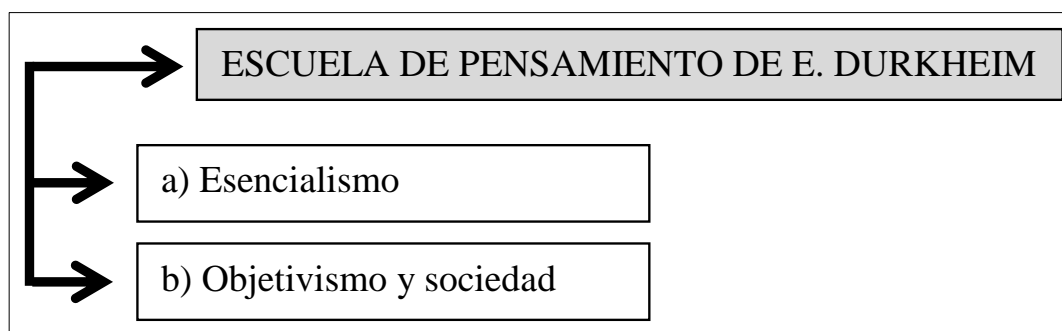


Fig. 42: Ideas básicas de la teoría de pensamiento de É. Durkheim.

Huyendo de estudios de tipo clasificatorio, los objetos se examinan desde una perspectiva técnica. Estos se miden, se fotografían, se dibujan, se investigan analíticamente e incluso se reproducen en el caso de ser necesario, con la máxima de revelar fenómenos particulares del pasado, “parcelas de su totalidad” (Hernando Gonzalo, 1992: 27). Al asumir que el otro es igual a nosotros y tiene la misma mentalidad, solamente importa entonces el modo en que se hacen las cosas y no la mentalidad que las diseña. Por ejemplo, una cerámica a torno de la II Edad del Hierro en la Meseta es interesante porque permite comprender la creciente complejidad económica y social de aquellas gentes, que con la incorporación de una herramienta tan innovadora como el torno, serían capaces de adquirir nuevas técnicas productivas y manufacturar la cantidad de piezas demandadas por los intercambios de mercancías a corta o larga distancia. Por otro lado, el grado de estandarización de las formas realizadas y la calidad certificada de sus pastas evidenciarían la configuración de auténticos talleres especializados, que a buen seguro trabajarían a tiempo completo para satisfacer las necesidades del mercado. Explicaciones todas, de claro tinte funcionalista que resaltan la gradualidad de los procesos pretéritos y encuentran su razón de ser en la proyección del presente en occidente.

A decir verdad, la Nueva Arqueología y su intención de acabar con la supremacía del coleccionismo en Arqueología, no supone más que un espejismo cientificista e interesado del pasado; no arremete directamente a la base de su condición epistemológica y actúa como instancia normativa con respecto a la praxis arqueológica y como instancia justificativa con respecto al contexto social en el que esta se desenvuelve (Vicent García,

1991: 32). Dicho de otra forma, a la Arqueología Procesual se la podría calificar de todo menos de “radical” (*ibidem*: 32). Un término que, sin embargo, sí serviría para nombrar a las reacciones críticas que, desde mediados de los años 70, intentan deconstruir las fijaciones neopositivistas y nomotéticas típicas del procesualismo. En esencia, un conjunto de ideas surgidas en el propio seno de dicha escuela, que poco a poco comenzarían a dudar de los modos preestablecidos de manifestar la realidad.

En efecto, la llegada de la postmodernidad a la disciplina arqueológica responde al inicio de la prioridad por indagar en la complejidad de los “mecanismos de la mente humana”, dejando a un lado la preocupación por los contextos sociales y económicos (Hernando Gonzalo, 2003). Un hecho que bastantes años antes ya había sido esbozado por la Escuela de Frankfurt: un instituto de investigación social que nació, entre otras cosas, con el pretexto de renovar la ortodoxia del programa marxista sustentada por la antigua Unión Soviética (Horkheimer y Adorno, 2004; Marcuse, 2010). Los escritos de Max Horkheimer, Jürgen Habermas, Theodor Adorno o Herbert Marcuse se valieron fundamentalmente de los escritos hermenéuticos primitivos de Edmund Husserl, Wilhelm Dilthey o Max Weber, para criticar, enriquecer y clarificar ciertos condicionantes sociales de la teoría de Marx (Gandler, 2009). Poniendo el énfasis en el concepto de falsa conciencia, o sea, en la manera particular de apreciar el mundo según el grado de clase social (Vicent García, 1991: 33), se discutió por primera vez acerca del sentido de la razón como recurso instrumental de la teoría tradicional, que, al parecer, solo aprobaba la generación de conceptos colectivos de corte positivista y materialista, “sin hundir sus raíces en el sentimiento individual” (Cortina Orts, 2000: 21).

Desde los años 80, la importancia cada vez más acentuada de la individualidad social, de lo relativo y lo subjetivo en Occidente, genera estudios científicos en Arqueología que huyen de la explicación racional y centran su desarrollo en las cuestiones de tipo cognitivo (Hernando Gonzalo, 2012). Desde posturas todavía idealizadas desde el presente, el ser humano como sujeto comienza a percibirse como un ente singular que en clave histórica únicamente puede ser visualizado dentro de su propio contexto; es un supuesto que considera a las investigaciones, que continúan ensalzando aquello que se

entiende como lógico (Shanks y Tilley, 1987), meros instrumentos políticos que ayudan a justificar los pilares del capitalismo moderno y perpetúan la concepción del conocimiento como una capacidad que se valida (Criado Boado, 2006) (Fig.43).

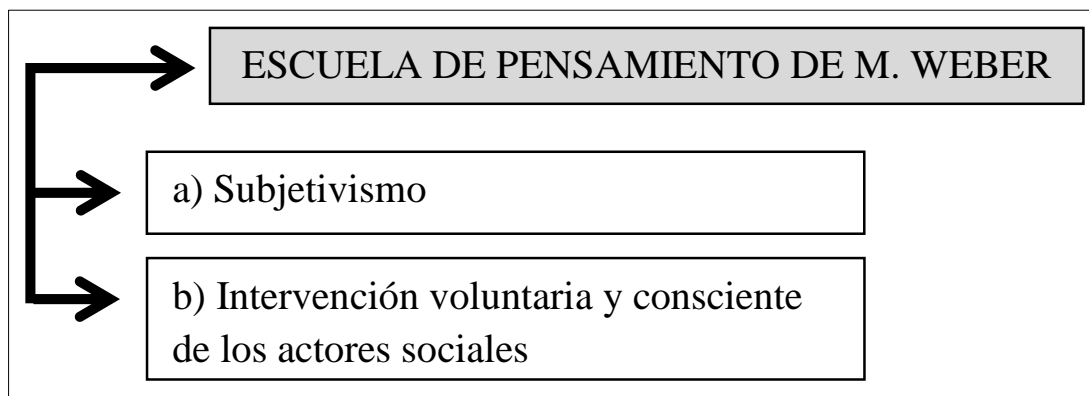


Fig. 43: Ideas básicas de la teoría de pensamiento de M. Weber.

Con el investigador británico Ian Hodder a la cabeza, el nacimiento de la corriente postprocesual impone un nuevo enfoque paradigmático en Arqueología que da más preponderancia a la participación voluntaria y consciente de los actores sociales. Se llega a la conclusión de que la práctica arqueológica, al igual que cualquier otra práctica científica, es subjetiva de por sí, al encontrarse siempre influenciada por la percepción conveniente de la verdad de cada investigador. Pese a la existencia de numerosas bifurcaciones de pensamiento y la aplicación frecuente de planteamientos de tendencia historicista o marxista, a partir de este momento la comunidad científica arqueológica se divide a grandes rasgos en dos grandes bloques teóricos enfrentados (Martínez Navarrete, 1989: 7): en primer lugar, el que enfatiza el papel de la realidad externa y, por tanto, pondera que a nivel cultural existen leyes generales; en segundo lugar, aquel que tiende a conceptualizar la cultura como algo único y extraordinario, fruto de un contexto específico. Hoy en día ambos conviven y siguen manteniendo disputas en torno a cómo encarar la disciplina y el significado de sus discursos (Renfrew *et al.*, 2004; Trigger, 2006; Domínguez Rodrigo, 2008; González Ruibal, 2009) (Fig.44).

En palabras de Víctor Fernández, con la llegada del Postprocesualismo la Arqueología pierde la inocencia por segunda vez (Fernández Martínez, 2006a), dejando en este caso bastante comprometida su labor como herramienta válida para distinguir las diversas facetas del pasado humano. No obstante, los partidarios de esta última versión tratan de dar sentido a los restos arqueológicos a través del impulso de teorías sociales cognitivas de gran complejidad. Asumiendo la noción postmoderna de que la Ciencia no sirve para acceder con carácter objetivo a la realidad del conocimiento del pasado, intentan interpretar en la medida de lo posible los múltiples mensajes que la materialidad encierra dentro de sí. Dejando a un lado las explicaciones economicistas y funcionalistas universales que consideran al sujeto como un simple receptor de verdades impuestas, se desarrolla un tipo de conciencia metodológica que vuelca toda su atención en el sujeto y en el significado de sus propios pensamientos (Gadamer, 1998: 96). Desde una postura claramente antipositivista y partiendo de posiciones fenomenológicas y hermenéuticas, ya no interesan tanto los aspectos infraestructurales y estructurales de las sociedades del pasado, sino la información que pueda llegar a obtenerse de las personas y su forma de pensar.

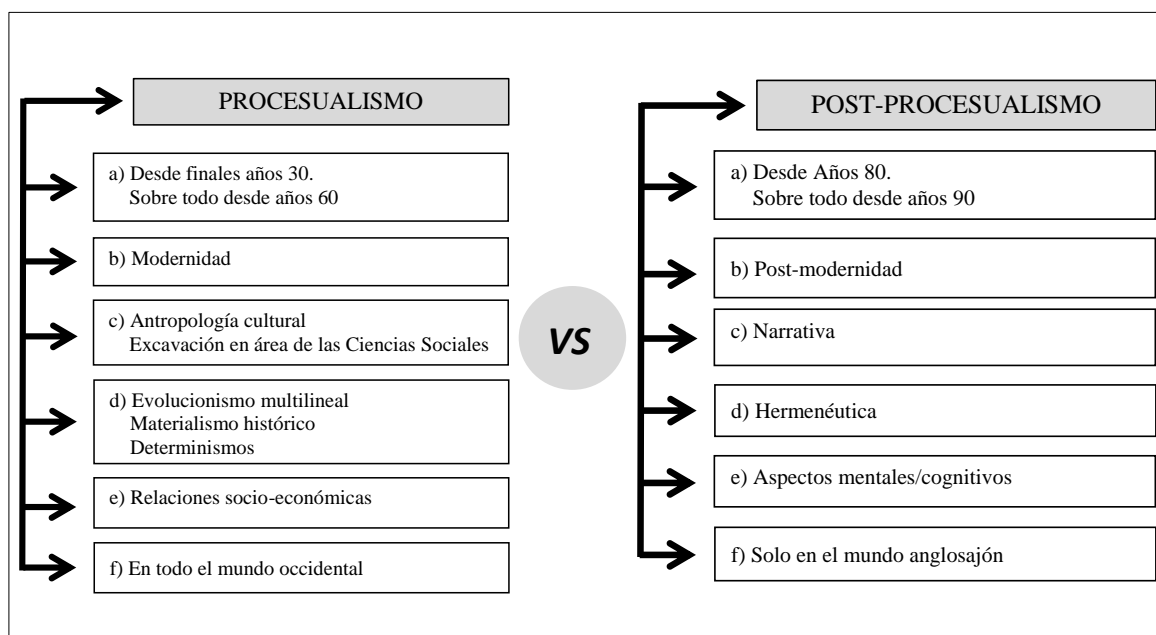


Fig. 44: Principales fundamentos teóricos de las corrientes procesual y post-procesual (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 23).

A modo de ejemplo, las cerámicas dejan de ser concebidas como recursos físicos destinados exclusivamente a satisfacer las necesidades socioeconómicas del momento, para convertirse en elementos activos de la cultura que guardan códigos simbólicos susceptibles de ser interpretados (Shanks, 1992; Meskell, 1999). El hecho de imaginar a los individuos como sujetos con plena capacidad de agencia, aparte de poner en antecedente la subjetividad en la construcción del conocimiento, permite divisar la cultura material como una entidad que sobrepasa lo puramente físico y repleto de lógicas de significado diversas (Hodder, 2003: 73). Los objetos se infieren como recipientes cargados de valores sociales y simbólicos; además, no tienen sentido por sí mismos hasta que los individuos son capaces de conceptualizar los valores supuestos por los que se caracterizan (Knapp y van Dommelen, 2008). Como si fueran textos, los arqueólogos postprocesuales plantean la realización de lecturas artefactuales individuales que ayuden a interpretar registros específicos acordes con su horizonte cultural. Una convicción que, a todas luces, se presenta como una tarea ardua y difícil de desempeñar, precisamente por la práctica imposibilidad de evitar la subjetividad del intérprete en lo que se interpreta (Criado Boado, 2006: 248).

A pesar de que la corriente postprocesual ha contribuido a obrar una Arqueología crítica más abierta, que cuestione la edificación de un pasado cimentado en certezas abstractas de realidad y resalte la dudosa imparcialidad de cualquier actividad investigadora llevada a cabo en el presente, la trampa de la subjetividad ha propiciado la narración ocasional de interpretaciones que entienden el pasado como si de una novela se tratase (Olsen, 2006). El acierto de asumir la necesidad de tener en cuenta la función activa del individuo en la sociedad, reconoce también que desde lo individual tampoco se hace viable la interpretación del pasado (Criado Boado, 2012: 140-146), ya que puede ser entendido desde distintas posiciones subjetivas (Conkey, 2007: 306). La férrea defensa de que los objetos poseen fundamentalmente un significado simbólico único que puede llegar a intuirse, acaba convirtiéndolos en entes limitados y supeditados a sentimientos estructurados culturalmente de manera diferente (Olsen, 2010: 10).

En efecto, tal y como argumenta Almudena Hernando (2003: 31), pensar que la subjetividad puede usarse como “el instrumento perfecto de acercamiento a otras culturas” solo puede conducir a proyectar a otra sociedad –presente o pasada- emociones y sentidos occidentales inherentes al mundo contemporáneo. La consideración del principio metodológico de la duda como el fundamento máximo de la ciencia, crea lecturas casi tan irreales como las ofrecidas por las explicaciones que provienen de la sola recolección de aspectos medibles en la cultura material. En su mayoría, el presupuesto hermenéutico conserva la esencia del idealismo transcendental de Kant (Lafont, 2003: 53), reforzando aún más si cabe el poder y “el valor absoluto que se le concede al individuo en la lectura de la realidad” (Hernando Gonzalo, 2015: 30). Un hecho que claramente marca las limitaciones de los textos arqueológicos que enfatizan más en el sentido de los sujetos que investigan, que en la propia voluntad y conciencia de los sujetos investigados (Fig.45).

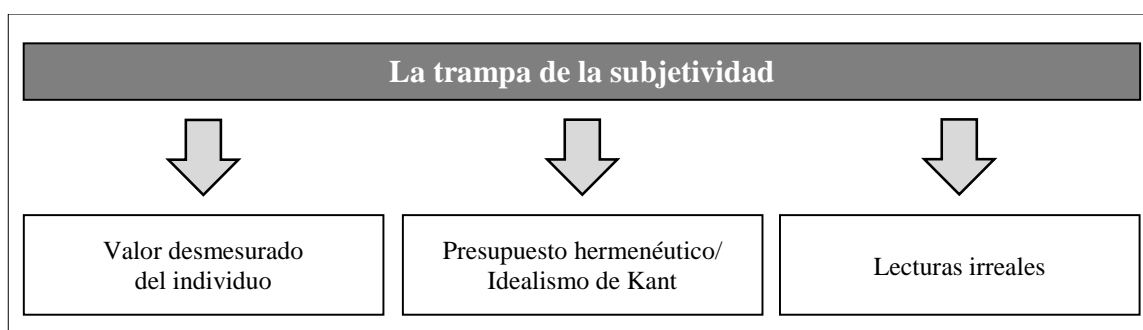


Fig. 45: Post-procesualismo e individualidad.

En esta situación, y aunque existen actualmente diversas corrientes de pensamiento de popularidad científica variable –Historicista Cultural, Marxista, Estructuralista, etc.- las Ciencias Sociales parecen estar básicamente polarizadas en torno a dos principios distintos de estudio: el individuo o la sociedad (Hernando Gonzalo, 2002: 32). Principios que a su vez definen dos grandes bloques ontológicos que ya desde los orígenes del pensamiento social moderno comenzarían a erigirse como escuelas antagónicas y contrapuestas (Sztompka, 1994: 30-33). Es lo que viene llamándose, sobre todo en el ámbito sociológico anglosajón, como el tradicional enfrentamiento entre el problema de Durkheim y el problema de Weber (Aróstegui Sánchez, 1995: 160). En teoría, se pueden plantear como dos argumentos filosóficos fruto del desarrollo de políticas y negociaciones de verdades

contingentes diferentes (Bourdieu, 1994). La predilección por el objetivismo de Durkheim pone el punto central en los comportamientos sociales como agentes reguladores del individuo, mientras que el subjetivismo de la tradición weberiana acentúa el valor trascendental de la persona como ser autónomo, que rige juiciosamente su relación con el resto de la sociedad y el mundo en general. Sin embargo, en la práctica ambos enfoques coinciden en su naturaleza dual. Aparte del carácter generalista o particularista, tanto los individuos como las sociedades se conciben como categorías separadas e independientes, condicionando la articulación de visiones conductuales sesgadas que solamente tienen en cuenta aquello que se manifiesta –el individuo– o lo que no – la sociedad– (Elías, 1993: 29-31).

Entonces, ¿existe la posibilidad de acercarse realmente a la idiosincrasia de las comunidades del pasado? La respuesta a esta pregunta únicamente podría ser afirmativa en el caso de poder ser capaces de superar con imparcialidad los cánones individualistas impuestos por las ontologías moderna y postmoderna. Para ello, es necesario ser consciente de que la sociedad puede llegar a ser un producto coherente, resultado de la interrelación entre los individuos y las normas comunes que fijan su identidad colectiva (Coudart, 1999: 166), en el que la capacidad de acción del ser humano cabe que esté regulada, aunque no completamente. Es cierto que la supervivencia de las personas depende de la correspondencia y el aprendizaje de conocimientos abstractos adquiridos a través de toda su vida, pero también es cierto que el ser humano puede ser flexible y variar su conducta en función de su forma de concebir y apreciar el mundo. El sujeto agente se rige por instituciones, estructuras y sistemas, aunque se configura de igual modo como una entidad que tiene voluntad y conciencia propia. Es capaz, por tanto, de tomar decisiones por sí mismo y establecer pautas distintas de relación con el medio, un hecho que discute el concepto de totalidad social. Cada vez existen más pruebas de que comunidades humanas de características similares pueden desarrollar patrones de comportamiento radicalmente distintos (Barret, 1994: 35).

Ante la evidencia de que el ser humano es un ser social delimitado por el contexto en el que se desenvuelve, pese a que sea capaz en cualquier momento de ir contra las reglas

y romper sus normas estructurales, algunos autores como Colin Renfrew han intentado dar una vuelta de tuerca a sus postulados dualistas tradicionales. La denominada como Arqueología Procesual-Cognitiva, si bien defiende una visión esencialmente positivista y evolucionista del pasado, justifica que no todo lo acaecido en tiempos pretéritos respondería a motivos o causas predefinidas. Es por esto por lo que comienzan a entenderse como necesarios los estudios centrados en analizar los procesos de la mente (Renfrew, 1993; Flannery y Marcus, 1993; Mithen, 1998). La acuñada como Arqueología de la Mente reconoce que las explicaciones de tipo funcional y generalista son incomprensibles si no se conciben de manera diacrónica y no se asume la subjetividad de la interpretación en Arqueología. Sin embargo, y al igual que la corriente postprocesual, no hace frente a sus propias debilidades como modelo de pensamiento. En este sentido, es incapaz de escapar a lo que se ha llamado como “Fantasía de la Individualidad” (Hernando Gonzalo, 2012). Según estos postulados, los procesos y las gentes del pasado se diferenciarían unos de otros en base a su grado de individualización, carácter socioeconómico o complejidad tecnológica. La asunción de que el orden racional y relacional de los grupos humanos del pasado se corresponde con los mismos criterios lógicos que guían al presente occidental, impide la formulación de hipótesis que incidan verdaderamente en su realidad cultural diversa (Olson, 1994) (Fig.46).

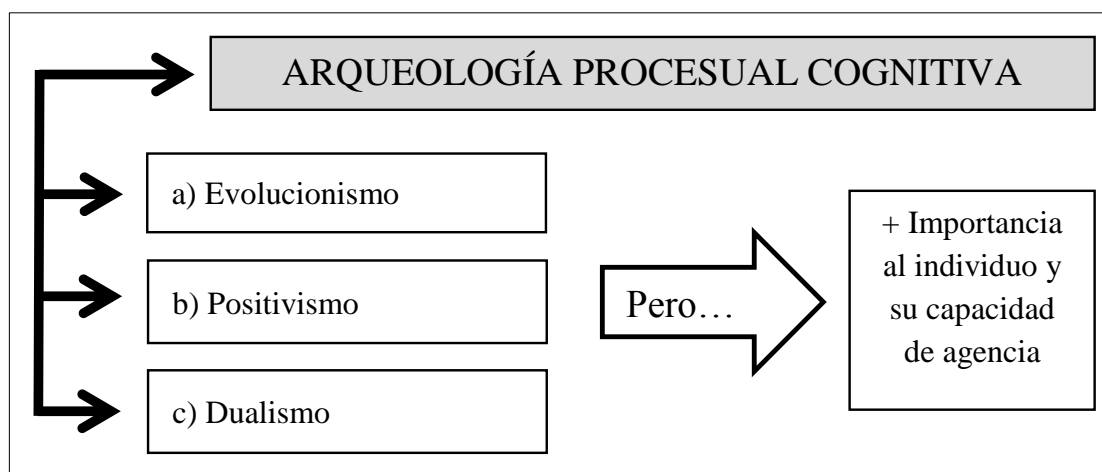


Fig. 46: Principales fundamentos teóricos de la corriente procesual cognitiva.

Estas líneas tienen precisamente el objetivo de poner en marcha un enfoque arqueológico alternativo –ni mejor ni peor–, que parta de la necesidad de superar las

profundas dicotomías de la investigación histórica vigente. Con la intención de responder a la duda de si realmente la Edad del Hierro meseteña está siendo reconstruida de forma acertada, este trabajo se articula en torno a un fundamento teórico que puede resumirse en dos grandes ejes: a) la interrelación entre personas, objetos y sociedad y b) las personas y sus capacidades de agencia.

La interrelación entre personas, objetos y sociedad

Tal y como ha sido argumentado, el desarrollo oportuno de la disciplina arqueológica ha traído consigo diversos paradigmas científicos que han tratado de imponer sus convenientes definiciones de comunidad y sujeto. Dichas definiciones, ancladas en conceptos vinculados a la modernidad o postmodernidad, procuran justificar mediante pensamientos y metodologías el porqué de las sociedades y de las personas actuales. Ante la necesidad constante de considerarse en primera persona, el pasado se contempla como una instancia lejana que explica el sentido racional de una visión determinada del mundo. Esta visión presupone siempre a las entidades pretéritas como diferentes y muy separadas de los ritmos de vida del presente. Por tanto, el enunciado de planteamientos más objetivos o más subjetivos se muestra un tanto indiferente.

A fin de cuentas, de una manera u otra, se asume directa o indirectamente la misión de legitimar la naturaleza del ser humano que habita en la contemporaneidad. Un hecho que, sin duda, resalta la dificultad de llegar a concebir los razonamientos y lógicas de aquellos “otros” del pasado. Por ende, ¿qué tendría que hacerse para poder llegar a descontaminarse de las categorías que marcan la comprensión de la realidad en occidente? Tal y como ha resaltado Anthony Giddens en varias ocasiones (2006), la única forma sería la de ser plenamente conscientes de la deriva científica y atacar desde la base el origen dual del problema. En cierto modo, comenzar una deconstrucción en sí misma de los ideales del presente que permita discernir con criterios de igualdad los aspectos cognitivos del pasado. Solo así será posible dejar a un lado la mochila cargada de pensamientos modernos y postmodernos que consideran al sujeto y a la razón sus ejes fundamentales (Elías, 1990 y 1993).

Sin el requerimiento de crear corrientes paradigmáticas alternativas que intenten soterrar los enfoques habidos hasta ahora en las Ciencias Sociales, se apela a un horizonte híbrido que obviamente incurra en el sometimiento del ser humano a un orden específico de reglas sociales, pero, al mismo tiempo, reconozca que dispone de la potestad de transgredirlas en cualquier momento. A su vez, se proyecta un enfoque de “abajo arriba” que en primer lugar pretende fijarse en las personas y sus interrelaciones para poder estipular, a continuación, el orden cultural que los construye y los determina como tal (Gamble, 2001). En esencia, tratar de percibir que las sociedades del pasado vivieron condicionadas por un conjunto de normas de significado distintas a la esfera occidental contemporánea refuerza el sinsentido de la aplicación de posturas intuitivas, de carácter generalista y antropocéntrico (Montón Subías, 2010). Desde una posición crítica, que huye de la realización de narrativas sin criterio de demarcación (González Ruibal, 2009: 182), se apuesta por una Arqueología simétrica que afiance la honestidad de los discursos científicos (Latour, 1993); se trata de una aproximación que comporta la práctica de estudios que, *a priori*, no hacen conjeturas sobre el juicio de lo investigado (Shanks, 2007). No importa si lo que se cuenta del pasado es racional o no, lo que de verdad importa es su contenido, es decir, si lo que se está contando responde o no al cómputo de categorías en las que basaría su propio modo de entender la realidad.

La consecución de un tipo de lectura “micro” que acepte la generación de interpretaciones multiescalares, para nada uniformes y automáticas, podría llevarse a cabo a través de la reconsideración de parte de los postulados de la Antropología Estructural. Desde posiciones postestructuralistas que tildan de duales algunos de los supuestos acuñados por el Estructuralismo clásico de Lévi-Strauss (1984), vuelve a hacerse hincapié en la visión del concepto de estructura como un instrumento eficaz para indagar en la subjetividad de la otredad (Sztompka, 1994; Olson, 1998; Hernando Gonzalo, 1999). Además, con la certeza de que se señalan también los límites contaminantes de la “identidad investigadora” (Díaz De Liaño, 2012: 141). Dejando al margen el denostado orden estructuralista de racionalidad cultural que concibe arquetipos de comunidades humanas en función de su grado de primitivismo y pensamiento científico (Hernando

Gonzalo, 2003: 44), nociones tan genéricas y abstractas como la de estructura, heredadas de los escritos sociológicos de Emile Durkheim y Marcel Mauss (Fernández Martínez, 2000: 283-285), pueden llegar a ser muy eficaces para lograr esclarecer las conductas del pasado.

En el sentido más estricto del término, la estructura obedece a un sistema de condicionantes que regula la identidad de un grupo humano y que tiene como finalidad básica la creación de una unidad interna que garantice su supervivencia (Lévi Strauss, 1990: 22 y 23). En efecto, hace referencia a todo un código de planteamientos filosóficos que aparecen de “forma externa a la acción humana” para ofrecer seguridad ontológica a la comunidad a cambio de la constricción de su libre iniciativa (Giddens, 2006: 53). La función de la estructura radica básicamente en imponer un modo de vida (Criado Boado, 2000: 280); es una amalgama de reglas y recursos que intervienen en la reproducción de sistemas sociales concretos (Giddens, 2006: 396). No obstante, la estructura no puede ser entendida como inmutable, puesto que ella es en sí un fenómeno que a la vez que ordena, se constituye como la consecuencia directa de los comportamientos que continuamente establece; este hecho consolida su perfil dinámico e interactivo, el cual admite imaginar a los sujetos y sus estructuras como protagonistas por igual en la construcción de los procesos sociales (Sewell, 1992: 27).

Por consiguiente, lo que hace interesante a la estructura como el elemento que articula una serie de códigos de conducta es la forma en la que se manifiesta. De acuerdo con ideas afines al Estructuralismo, la cultura material se convierte en un reflejo significativo de los valores que a su vez la perciben. De la misma manera que cualquier unidad de realidad, los objetos funcionan como un lenguaje que habla consciente o inconscientemente de los significados que los conciben. De esta forma, se concede a la materialidad la propiedad de objetivable, reconociendo la posibilidad de ser examinada y estudiada. Si se parte de este enfoque, únicamente el análisis de los distintos procesos aplicados para crear productos culturales bastaría para generar “interpretaciones objetivables u objetivadas” (Criado Boado, 1999: 6-13). En este caso, dichas interpretaciones, desde un sentido narrativo, consentirían indagar en la particularidad de las categorías estructurales del proceso histórico de la Edad del Hierro en el Occidente de Iberia.

El registro arqueológico se configura como la principal fuente de información desde la que parte la disciplina arqueológica. Es más, a menudo se convierte en el único recurso disponible para poder formular hipótesis sobre el pasado. Por tanto, el estudio arqueológico debe centrar todos sus esfuerzos en descifrar las compatibilidades estructurales inherentes a la cultura material que se documenta (Criado Boado, 2012: 232). Los objetos y sus prácticas se encuentran repletos de códigos de significado que, en última instancia, permiten la comprensión del funcionamiento de una estructura determinada (Olsen, 2010: 10). La relación estrecha entre los objetos y las personas está fuera de toda duda; hasta podría decirse incluso que las personas y los objetos son entidades imposibles de separar, al alinearse como las dos caras de una misma moneda. Esta vinculación recíproca es la que precisamente aprueba la existencia de una conexión efectiva entre contexto –espacial y temporal–, materialidad y estructura. Un trinomio que deja entrever que los objetos ejercen también de “actores participantes” en el devenir de las sociedades humanas, contribuyendo a la estabilidad y al mantenimiento –transmisión y herencia– de sus estructuras de comportamiento (Latour, 2005: 100). Así, frente a las investigaciones que inciden en la separación recurrente de “actores-activos-humanos” y “receptores-pasivos-artefactuales” (Díaz de Liaño, 2012: 144), se propone el estudio de un modelo de sociedad cuya lógica se constituya mediante la intersección de personas y cultura material (Fig.47).

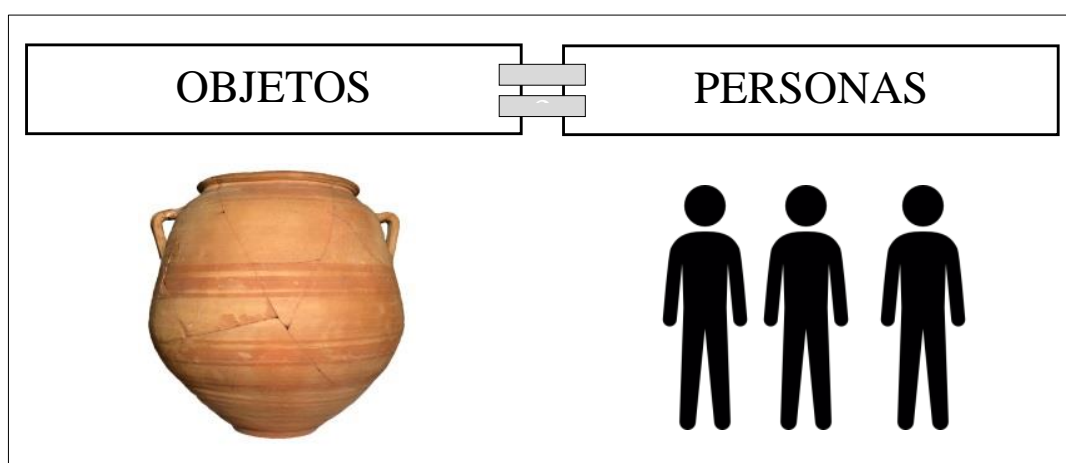


Fig. 47: Relación indivisible de los objetos y las personas.

Las personas y sus capacidades de agencia

La demarcación del problema sociológico de raíz que afecta a la investigación arqueológica obliga a incidir en la libertad que el individuo posee para perpetuar o cambiar las estructuras adquiridas de forma hereditaria. Si bien se debe ser consciente de la objetividad de normas que se transmiten hereditariamente y configuran patrones de comportamiento determinados, igualmente debe ser asumida la autonomía del ser humano para mantener o perturbar dichos límites estructurales. Desde una posición activa, actúan sobre su realidad. Como ha venido refiriéndose anteriormente, el concepto de agencia ha sido utilizado frecuentemente en la interpretación sociológica desde finales del siglo XIX (Dobres y Robb, 2000). La definición de términos tan relacionados como la individualidad o los sentimientos de autonomía o independencia ayudaron bastante pronto a reconocer la propia capacidad de acción de los sujetos (Elías, 1993). No obstante, la concepción genérica que en Arqueología se tiene actualmente de la noción de agencia proviene principalmente de los planteamientos aportados por Martin Heidegger, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y Anthony Giddens. Cuatro filósofos sociales que, a pesar de su heterogeneidad en cuanto a esquemas de pensamiento social, reconocen la necesidad de fundamentar interpretaciones históricas basándose en argumentaciones científicas sin dejar de lado la obligatoriedad de hacer teoría (Aróstegui Sánchez, 1995: 146). A modo de reflexión común, consideran que existe una interconexión entre las prácticas dinámicas de las personas y sus estructuras sociales (Gamble, 2002: 47).

Bajo la premisa de no caer en el problema de crear una imagen particular de agencia que genere otra definición del término¹, este trabajo procura recoger y aplicar las ideas esenciales establecidas sobre todo por Bourdieu, Giddens y Foucault. Se acepta como propia la lógica de que los sujetos actúan como protagonistas en el sustento o transformación de sus estructuras y se tienen en cuenta ideas tan acertadas para este estudio

¹ A día de hoy existen tantos conceptos de *Agency* como investigadores que aplican este término para interpretar en Arqueología. La monografía de Dobres y Robb (2000a) recoge con carácter pormenorizado las principales definiciones hasta el momento de su publicación. Entre las compilaciones más recientes que abordan el tema merecen ser destacadas las publicaciones de Robb (2010) y Gardner (2016).

como los conceptos de *habitus* y *doxa*, el término de *estructuración* o el *régimen de verdad* (Fig.48).

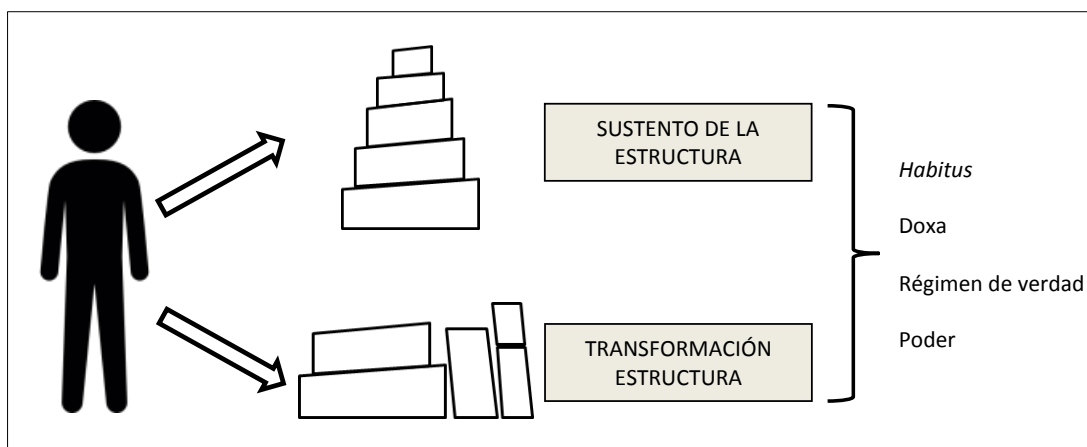


Fig. 48: La importancia de las personas y su capacidad de agencia.

El primero de ellos revela la acción contingente de los sujetos al ser enunciado por Bourdieu como “un esquema de disposiciones perdurables y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes o principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones, que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines y sin ser para nada el producto de la obediencia a reglas específicas, y por ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (2008: 86). El *habitus* no es sino un sistema de estructuras sociales –formas concretas de pensar, sentir y entender la realidad– que el agente interioriza a través de un aprendizaje primario por enculturación, y en el que la materialidad interviene de un modo clave (González Ruibal, 2006-07: 29). Desde la infancia comenzarían a ser adquiridas una serie de pautas que acabarían otorgando un equilibrio a nivel social, es decir, un estilo de vida de acuerdo con conductas y modos de comportamiento determinados. Se trata de un proceso de apropiación cultural en el que el receptor de la cultura –el sujeto– de manera continua y sincrónica decodifica ese conjunto de códigos sociales al mismo tiempo que los crea.

En efecto, esta es una percepción que, por un lado, permite superar en Arqueología la tradicional dicotomía entre las corrientes puramente positivistas y hermenéuticas, las

cuales, ya sea en términos de funcionalidad racional o mediante la concepción del individuo como único protagonista, imaginan el pasado desde las categorías modernas y occidentales de individuo y razón (Hernando Gonzalo y González Ruibal, 2011: 53). Por otro lado, deja entrever que la cultura se erige como un ente muy complejo que fusiona a personas y sociedad, y que no siempre se mueve a partir de lo intencional y consciente; la cultura sería más bien el fruto de interrelaciones infinitas y las consecuencias de ellas, o sea, un conjunto amplio de prácticas heterogéneas y divergentes. La realidad podría ser concebida entonces como una estructura “fractal” en la que tanto sociedades como personas, aunque a escala diferente, son la expresión de la misma dinámica (*ibidem*: 13); el concepto de *doxa* se refiere precisamente al cómputo de creencias y prácticas sociales que nadie cuestiona y que determinan en parte dichas interrelaciones. Esta noción explicaría, por ejemplo, que en una sociedad de tipo piramidal aquellos que se encuentran en la base vean como un hecho lógico el ser regido por las élites dirigentes que pertenecen a la cúspide (Fernández Götz, 2014: 35). Este criterio no contradiría, sin embargo, la propia capacidad de la *doxa* para romper las reglas del juego en cualquier momento e imponer nuevos códigos estructurales que pronto son concebidos como veraces y auténticos (Bourdieu, 1980).

La teoría de la estructuración de Giddens vendría también a reforzar tales planteamientos. Pese a que en algunas ocasiones –al igual que el *habitus* y la *doxa*– ha sido criticada por ser demasiado ambigua y no indagar expresamente en lo que concierne a la propia acción del sujeto agente (Dornan, 2002), prepondera que el estudio del ser humano y sus dinámicas no debe atender a las ambiciones imperialistas de los sujetos o de los objetos sociales (Giddens, 2006: 40). En esta dirección se entiende que, tanto las estructuras como sus agentes, son fenómenos que pueden ser imaginados de forma independiente, al estar ambos instituidos mediante prácticas recurrentes. Por tanto, la idea de acción supone la de institución y viceversa. La explicación de esta relación conllevaría dar cuenta de cómo se desarrollaría la estructuración de las prácticas sociales, o sea, la producción y reproducción de estas a través del tiempo y del espacio (Giddens, 2000). Cada sociedad es como es debido a que las personas que la conforman se configuran de una manera determinada. Este hecho ayudaría a entender alternativamente el porqué del fortalecimiento y de la modificación de la misma estructura (Sánchez Elipe, 2015: 122). En esencia, y como Pascal

ya ilustrara hace siglos, cada individuo en una sociedad se constituye como la parte de un todo, pero a su vez, ese todo está en la parte (Morín, 2005: 430, cit. en Hernando Gonzalo y González Ruibal, 2011: 13).

Con el objetivo de profundizar precisamente en estas interacciones y averiguar el porqué de sus circunstancias no se debe pasar por alto la obra de Foucault y sus definiciones de verdad y poder. El afán, por ejemplo, de indagar en el poder de actuación de los individuos, los pormenores de su relación con la estructura social o en la generalidad o especificidad de esta última, obliga a construir estudios sobre el pasado desde aproximaciones foucaultianas. Solamente así podrá evitarse la difícil trampa lineal que ofrece el discurso histórico racional, para asumir como un hecho evidente la existencia de realidades complejas. En otras palabras, comprender que la alteridad ha jugado un papel trascendental en la Historia del Ser Humano, puesto que ha contribuido siempre a la creación de visiones y modelos de mundo distintos que no coinciden con la lógica de las relaciones de poder actuales.

En este sentido, la verdad tendría un significado temporal vinculado a una suma de negociaciones e intereses (Foucault, 1984); equivaldría a un conjunto de reglas encargado de discriminar qué es lo verdadero y qué no lo es. Presumiblemente, todo lo vinculado con lo verdadero y contingente guardaría una conexión directa con el poder. Y es que “las relaciones de poder atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso verdadero. No hay ejercicio de poder sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcionan en, a partir y a través de ese poder. El poder nos somete a la producción de la verdad y solo podemos ejercer el poder por la producción de la verdad” (Foucault, 1994: 30). El poder no para de negar, prohibir, excluir u ocultar lo que no se considera verdadero y, por tanto, puede generar contradicción y conflicto. De igual modo produce, institucionaliza y satisface la subjetividad de los discursos protegidos por las posiciones de poder. La verdad y el poder son indisociables y es imposible que concurren de forma separada. La verdad queda ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen y también a los efectos de poder que la

inducen y que la acompañan. De hecho, cuanto más se alejen las personas de estos sistemas, más tendrán que luchar para relacionar escalarmente su concepto oportuno de realidad con el régimen de verdad en las que han sido socializadas (Hernando Gonzalo y González Ruibal, 2011: 52).

Tal y como ha sido referido previamente, los objetos son una parte indisociable del ser humano (Webmoor y Witmore, 2008). Esta afirmación da lugar a que, en Arqueología, deba reconocerse que la materialidad se dispone como una fuente de información social privilegiada que esconde un sinfín de realidades. Al igual que las personas, la cultura material no se conforma con reflejar pasivamente las normas sociales establecidas, sino que trata de constituir las de manera creativa (Johnson, 2000: 138). Todos los objetos, incluidos los arqueológicos, actúan como agentes protagonistas al reforzar o transformar los valores, actitudes o pensamientos que al mismo tiempo se encargan de su concepción. A través de ellos, se muestran visiones determinadas del mundo, así como el cómputo de relaciones habidas entre los diversos actores o “actantes” que actúan en él (Olsen, 2003: 98). Pese a lo que siempre se ha considerado desde la Arqueología tradicional, la cultura material no puede imaginarse como un simple artefacto funcional, estático y con el que no se interactúa. Más bien es todo lo contrario, puesto que transmite en cualquier circunstancia la ontología de aquellos que se dedican a producirla, usarla o finalmente amortizarla. Esta interdependencia ontológica y simétrica tan evidente entre sujetos y objetos (Elías, 1990), abre la puerta a efectuar aproximaciones sociales certeras acerca de la naturaleza real y compleja de los grupos humanos del pasado.

Justamente este trabajo plantea un acercamiento a la cultura material desde este enfoque. En la medida de lo posible se pretende hacer una Arqueología de la Identidad, es decir, investigar el orden de racionalidad intrínseco de las comunidades de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia. Aunque el sentido único de los objetos no permita *sensu stricto* la obtención de interpretaciones objetivables, la puesta en marcha de una Antropología del Objeto hará posible la comprensión básica de las percepciones concretas de realidad que personifica. En este caso, dicha comprensión aspira a inferirse mediante el análisis diacrónico y sincrónico de las técnicas de fabricación de los recipientes cerámicos

que en su día a día usaron las gentes que vivieron en Las Cogotas. No cabe duda que los mecanismos desplegados para realizarlos están cargados de mensajes sociales. Basta solo con saber leerlos.

3.2. Rescatando identidades

Es cierto que la realidad material presente en cada una de las facetas de la vida interviene directamente en la configuración del *habitus*. La materialidad, de forma clara y sin hacer necesario el uso del lenguaje, pone de manifiesto el conjunto de reglas de comportamiento no escritas que marcan el devenir de una estructura sociocultural determinada (González Ruibal, 2003: 141). La evidencia de que las personas crean cultura material y viceversa –siendo también la cultura material la encargada de crear a las personas (Tilley, 1994: 217)– proporciona a la disciplina arqueológica la oportunidad de indagar en el modo en el que se construyen, se manifiestan e incluso se manipulan las identidades del pasado. A grandes rasgos, permite ahondar en toda una serie de informaciones no verbalizadas que descifran diferentes maneras de pensar, sentir y actuar (González Ruibal, 2003: 137). Al igual que cualquier otro elemento material, los recipientes cerámicos atesoran tradiciones y normas de conducta específicas de sociedades pretéritas. Estos acumulan dentro de sí datos únicos en los que quedan reflejados códigos y estructuras sociales (Dobres, 2000). Por ello, la pauta a seguir va a ser la de estudiar los conjuntos cerámicos desde una perspectiva tecnológica global, que vaya más allá de las características puramente formales. Con el objetivo de vislumbrar las actitudes propias de los grupos humanos que habitaron Las Cogotas en la Edad del Hierro, se pretende proyectar un marco metodológico que documente la integridad de las etapas vinculadas con el proceso de manufactura cerámico y, a la par, admita teorizar sobre el porqué de las estrategias productivas puestas en marcha. No obstante, antes de entrar de lleno en estos aspectos es ineludible una reflexión profunda acerca de la identidad.

Sin duda, la identidad es un tema de rigurosa actualidad que suscita gran atención y sobrepasa los límites de lo estrictamente arqueológico. En Occidente, un mundo

sumamente globalizado e interconectado en el que el ser humano ha cogido supuestamente las riendas de su vida y decide por él mismo, aumenta exponencialmente el compromiso emocional de sentirse parte de una colectividad. Y es que la ansiada conquista de la individualidad, aparte de dotar a la persona del máximo grado de independencia, la ha desprovisto de los vínculos relacionales que le otorgaban seguridad y justificaban su existencia (Hernando Gonzalo, 2012). Esta sensación creciente de soledad es la que contribuye a que la depresión se convierta en la enfermedad por excelencia del siglo XXI y la que, al mismo tiempo, explica la necesidad constante de concretar aquello que se considera ajeno (Sánchez Elipe, 2015: 128). Tal y como expone Ernesto Laclau (2014), la delimitación del “otro” se concibe cada vez más como un proceso básico para la definición del propio sujeto y su ideología. La diferencia contribuye a reforzar los límites de lo que se presume como nuestro. De ahí que hasta cierto punto sea común observar una sociedad neoliberal insensible con lo que ocurre más allá de sus fronteras identitarias. La construcción de nuevos muros y el reforzamiento de los que ya estaban no es sino la materialización de que la modernidad se concibe como el mejor sistema lógico de pensamiento al que solamente unos pocos tienen derecho de pertenencia (Hernando Gonzalo, 2016: 29). La condición cuasi impasible de la Unión Europea ante la mayor ola de refugiados registrada desde la Segunda Guerra Mundial o las posiciones enrocadas de los gobiernos español y catalán ante la celebración de un referéndum de autodeterminación en Cataluña pueden ser dos ejemplos que, a escalas diferentes, ilustren lo que aquí se escribe. La Identidad hasta según qué punto puede incluso llegar a convertirse en una palabra “peligrosa” que soterra memorias y fabrica gente fronteriza. Según el juicio de Toni Judt (2011), la identidad carece de usos contemporáneos respetables.

De forma recurrente, los discursos arqueológicos han contribuido –y contribuyen- a fortalecer una historia fundamentada en el individuo y el poder del capital, que obviamente legitima y universaliza la ontología del presente (Quijano, 2000; Hernando Gonzalo, 2015). No en vano, son las élites académicas las que tienen un peso destacado en la consolidación de un régimen de verdad determinado (Foucault, 1979: 187). El más que habitual traslado al pasado de ideas y entendimientos propios del mundo actual suele generar una imagen de sociedades que se presumen distintas, aunque en esencia se conformen por personas que no

lo son (Hernando Gonzalo, 2016). Precisamente, es el deseo de acabar con las interpretaciones que no ahondan en las mentalidades del pasado, distorsionando y deformando su realidad, el que justifica la realización en Arqueología de estudios relacionados con la identidad. Las personas y su modo particular de ver el mundo deben convertirse en el principal objetivo a seguir. Afortunadamente, hace tiempo que la identidad no se concibe como un fenómeno que de manera exclusiva deba ser tratado por parte de la Sociología o de la Antropología (Giddens, 1991; Jenkins, 1996; Cohen, 1994; Fowler, 2004; Jenkins, 2004 y 2008). La denominada Arqueología de la Identidad se ha convertido en uno de los temas capitales de la investigación en ciencias sociales desde los años 90 hasta el día de hoy (Shennan, 1994; Rowlands, 1994; Graves-Brown *et al.*, 1996; Thomas, 1996; Wells, 2001; Hernando Gonzalo, 2002; Díaz Andreu *et al.*, 2005; Miller, 2005; Insoll, 2007; Gardner, 2007; Meskell y Preucell, 2007; Fowler, 2010; Elliot, 2011; Schwartz *et al.*, 2011; VV.AA, 2016). De hecho, la realización de trabajos centrados en la identidad dentro de las ciencias humanas y sociales no para de crecer. Aparte de un porcentaje bastante alto de monográficos que inciden sobre el tema, un buen número de revistas especializadas (Brubaker y Cooper, 2000; Gosden, 2005; González Ruibal, 2008; Harris y Sorensen, 2010; Tilley, 2011; Ingold, 2012; Tarlow, 2012), así como conferencias o seminarios (Knapp y Van Dommelen, 2010; Amudnsen Meyer *et al.*, 2011; Ginn *et al.*, 2014; Gorgues *et al.*, 2017), difunden continuamente contenidos muy interesantes centrados en la cuestión identitaria.

En efecto, poco a poco empieza a calar la concepción de que la Arqueología tiene entre sus máximos fines la búsqueda de la identidad de las comunidades pretéritas, porque la identidad, más aún que una categoría taxonómica, es un camino para entender el mundo que emerge de la red de relaciones entre personas, materiales e ideas (Pierce *et al.*, 2016). No obstante, todavía resulta imposible encontrar metodologías o líneas de estudio consolidadas que sean capaces de marcar pautas comunes de actuación. Esta circunstancia ha motivado que varios expertos decidan usar el plural para acuñar el término genérico de “Arqueología de las Identidades” (Casella y Fowler, 2005; Insoll, 2007) (Fig.49). Una realidad que ha sido reforzada a lo largo del tiempo debido a la complejidad propia del concepto de identidad. En su origen, con la finalidad de agilizar y facilitar el desarrollo de

estudios identitarios comenzaron a ser analizados por separado aspectos vinculados con la identidad que se han convertido con el paso del tiempo en áreas de trabajo autónomas y específicas. Cabe por tanto distinguir, entre otras, una Arqueología de la Etnicidad (Anderson, 1991; Jones, 1997; James, 1999; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002; Lucy 2005; Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011; Fernández Götz, 2014); una Arqueología del Status (Godelier, 2004; Babic, 2005; González Ruibal, 2006-2007; Coningham y Young, 2007); una Arqueología de Género (Meskell, 1999; Sørensen, 2000; Díaz Andreu, 2005; Nelson, 2006; Voss, 2008; Prados Torreira, 2010); una Arqueología de la Edad/Infancia (Politis, 1998; Kamp, 2001; Baxter, 2005; Lucy, 2005; Sánchez Romero *et al.*, 2015; Coşkunsu, 2015); una Arqueología del Cuerpo (Hamilakis *et al.*, 2002; Joyce, 2005; Thomas, 2007; Shapland y Armit, 2012; Moragón 2013;) y hasta una Arqueología de la Religión (Edwards, 2005; Harris y Sorensen, 2010; Hodder, 2010; Insoll 2011; Llinares García, 2012; Wesler, 2012).

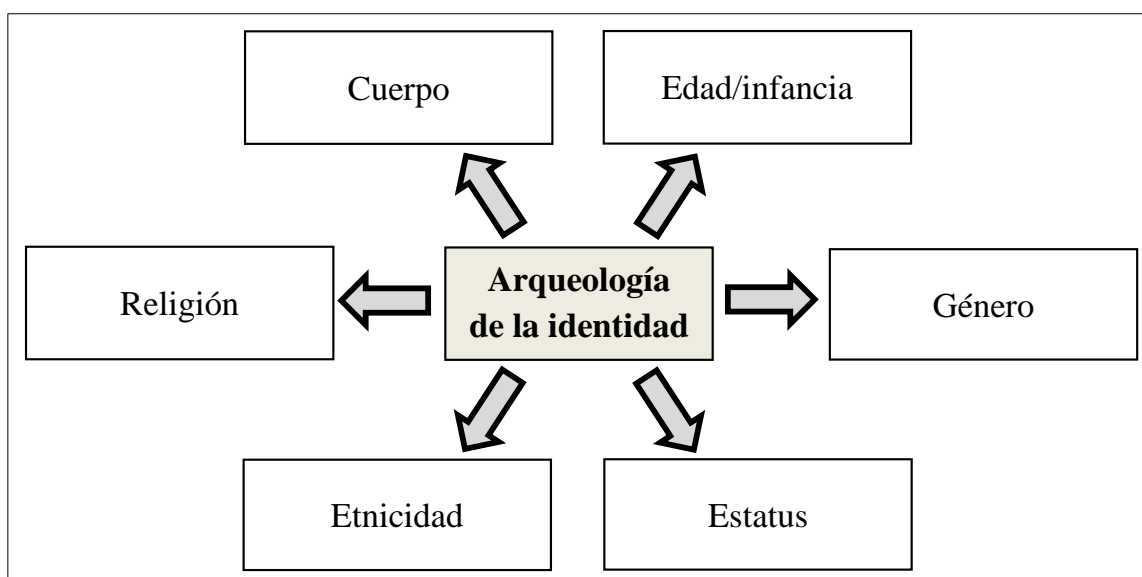


Fig. 49: Arqueología de las identidades.

El campo de la identidad étnica ha sido el que a lo largo de la historia de la disciplina arqueológica ha recibido preferentemente un mayor interés. Además, esta ha sido siempre la que ha generado más discusión y debate. Desde que parte de las interpretaciones de Gustaf Kossina fueran empleadas como instrumento de manipulación por los

totalitarismos europeos del primer tercio del siglo XX, las interpretaciones étnicas se han visto obligadas a cargar con una mochila repleta de negatividad (Ruiz Zapatero, 2008: 9). Sin embargo, el uso político desmedido que en algunas ocasiones se hizo de lo étnico no puede ocultar que los planteamientos de Kossina (1911, 1926-27), la definición de “cultura arqueológica” de V. Gordon Childe (1929) o, en España, los escritos de Pere Bosch Gimpera (1932) serán el germen de los trabajos en Arqueología centrados en la identidad (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 221).

Pese a que los estudios concernientes a la etnicidad no son únicos de la modernidad (Fernández Götz, 2014: 36), es especialmente a partir del romanticismo y el surgimiento de los Estados-nación cuando la cultura material comienza a ser utilizada como instrumento para fijar los atributos culturales de los distintos sentimientos nacionales (Brather, 2000: 139-140; Trigger, 2006: 211-215). Así, los objetos arqueológicos encontrados en distintas áreas geográficas sirvieron para identificar y justificar la creación de ámbitos culturales homogéneos e independientes. Una visión esencialista que se prolongaría en el tiempo al considerarse bastante lógica desde puntos de vista racionales, produciéndose pequeños cambios de nomenclatura, solo en ciertos casos (Jones, 1997; Sommer, 2007). El denostado carácter racial del vocablo “grupo étnico” fue reemplazado por el de “cultura arqueológica”, sin que esto conllevara fisura alguna en el pensamiento de que la caracterización en el espacio y el tiempo de un conjunto recurrente de artefactos era sinónimo del hallazgo de un pueblo o cultura étnica determinado (Reher Díez, 2011:658). La ruptura de la alianza impuesta entre cultura material y grupo étnico no llegará hasta prácticamente los años 80, periodo en el que desde aproximaciones etnoarqueológicas, como las realizadas por H. Martin Wobst (1977), Ian Hodder (1982) o Wiessner (1983), comienza a dudarse de la existencia real de marcadores étnicos que atestigüen entidades étnicas particulares.

Todo indica que la etnicidad es un proceso más complicado de lo que parece y a menudo no se refleja a simple vista. Tal y como estipula Alfredo González Ruibal (2003: 116-123) el testimonio de la etnicidad podría reflejarse en los modos de producción de objetos concretos o bien en formas que no dejan huella en el registro arqueológico.

También, la confección de tipos específicos de vestimenta, músicas, danzas, costumbres, peinados o incluso pinturas corporales podrían haber asumido una significancia étnica en el pasado. Cualquier componente cultural ofrece la posibilidad de plasmar contenidos étnicos, acentuando a su vez que no existen delimitadores culturales de etnicidad objetivos (Fernández Götz, 2014: 42). Aparte, la etnicidad es un “principio ordenador de importancia situacional” (*ibidem*, 40), es decir, una realidad heterogénea en constante remodelación e interacción con otras fórmulas identitarias y rasgos de la propia sociedad (González Ruibal, 2012: 247).

El género en Arqueología ha protagonizado un fuerte despegue en estos últimos años. Un hecho que merece ser motivo de celebración al haber sido las mujeres las grandes olvidadas a lo largo de la historia. La cultura material, como parte y reflejo de la sociedad, se convierte en la herramienta perfecta para indagar en el papel que ellas pudieron desempeñar en el pasado. Bajo esta misión, en la década de los 70 empezaron a surgir las primeras voces arqueológicas que reclamaron el inicio de investigaciones que acabaran con los postulados de enfoque masculino que controlaban la disciplina (Hernando Gonzalo, 2007; Sánchez Liranzo, 2008: 44). Desde posturas feministas se buscaba la visualización arqueológica de las mujeres (Byrne y Lentin, 2000), intentando superar los por entonces pocos escritos académicos que aludían al género femenino, continuamente en segundo término y, a veces, desde planteamientos cartesianos, retrotrayendo al pasado actitudes y conductas típicas del presente (Meskell, 1998a: 143-145; Sánchez Liranzo, 2008:51). No obstante, el punto de partida oficial de los estudios de género en Arqueología tuvo lugar con la publicación en 1984 de “Archaeology and the study of gender” por parte de Margaret Conkey y Janet Spector (Fernández Götz, 2014: 44). Se trata de un artículo sublime que dio paso a un buen número de publicaciones con disposiciones teóricas distintas. La unidad en el análisis de esta identidad social es una utopía, debido a lo cual se distinguen hoy en día bastantes tendencias. Una de las más seguidas es aquella que considera que el género es un proceso dinámico construido social y culturalmente que se diferencia de “sexo”, un término biológico al que por naturaleza se adscribe el ser humano (Díaz Andreu, 2005: 15). De esta forma, acaba entendiéndose que los conceptos de hombre y mujer son productos socio-culturales que no tienen por qué aparecer obligatoriamente

ligados a un sexo o sexualidad determinados (Sørensen, 2000; Hollimon, 2006; Hernando Gonzalo, 2007; Prados, 2010). Su objeto de estudio reside en cómo las comunidades del pasado construyen sus roles de género, sin entablar *sensu stricto* una asociación directa entre sexo y género. Aun así, la relación sexo-género puede llegar a concebirse como un hecho de lógica estructural (Fernández Götz, 2014: 46). Por ejemplo, la división de tareas a partir del sexo ha sido una constante dominante en todas las sociedades desde el origen de la humanidad (Bolger, 2006).

La misión de estas investigaciones se centra entonces en averiguar los modos diversos de comportamiento de la masculinidad y la feminidad en sociedades y periodos históricos distintos (González Ruibal, 2003:128), pero... ¿cómo? Repetidamente en Arqueología se recurre, cuando lo hay, al registro funerario, al examen contextual de las unidades domésticas –Household Archaeology²– y al reconocimiento de las actividades de mantenimiento, siendo estas últimas comprendidas como el conjunto de prácticas cotidianas que facilitan la supervivencia del grupo en términos biológicos y sociales (Montón Subías y Sánchez Romero, 2008; Vidal, 2014: 42). Afortunadamente para el buen devenir de este trabajo, la producción y uso de la cerámica se configuran como una parte importante de estas prácticas cargadas de simbolismo y valores sociales (Hodder, 1991). Actualmente el género suele concebirse como un principio regulador que estructura las relaciones humanas (Hernando Gonzalo, 2002: 59). Al igual que ocurre con la etnicidad, esta identidad no puede ser advertida sin su multidimensionalidad (Roccas y Brewer, 2002; Díaz Andreu 2005). El feminismo negro sería uno de los primeros movimientos en manifestar esta realidad denunciando que las mujeres de color sufrían discriminación por partida doble al vivir en un mundo de hombres blancos (Crenshaw, 1991). En cualquier caso, categorías tan coaligadas a la identidad de género como la edad o el estatus han propiciado líneas de investigación individualizadas e independientes.

² El planteamiento teórico “Household Archaeology” o Arqueología de los espacios domésticos fue definido en la década de los 80 de la mano de Wilk y Rathje (1982), aunque en Europa y, concretamente en España, su aplicación es bastante más tardía (Mortier y Robb, 1998; Bermejo, 2014). La base de su fundamentación reside en la vivienda, a la cual se la entiende como una entidad cultural en la que la sociedad y los miembros que la componen interactúan constantemente (González Ruibal, 2006-2007: 413). Las unidades domésticas se vislumbran como células básicas de producción y consumo en las que personas y cultura material se encuentran íntimamente interconectadas. En esencia, un entorno que favorece la creación y mantenimiento de los ideales que rigen una comunidad concreta. A través del examen pormenorizado de los contextos de vida este modelo pretende identificar trazas significativas de la organización social y económica de los grupos humanos.

En comparación con el resto de variables identitarias, la producción científica relacionada con el estudio arqueológico de los periodos de vida de las personas ha sido pequeña (Sofaer, 1994 y 2000; Lillehammer, 2010). Sin embargo, que esta producción sea más escasa no significa que sea menos interesante. En cierto modo, prestar atención al tema de la edad implica una reflexión acerca de las relaciones mantenidas entre lo biológico y lo cultural. A menudo suele llegarse a la conclusión de que dichas relaciones son muy complejas, puesto que dependen en tiempo y espacio de instancias sociales concretas (Kamp, 2001). Tal como expone Sam Lucy (2005b: 66), cada lógica social estructura sus rangos de edad combinando el grado de desarrollo biológico de los individuos con un conjunto de normas culturales. De esta manera, podría decirse que el cambio gradual en la edad biológica conllevaría el paso social a grupos de edad distintos y la adquisición de nuevos roles identitarios.

Desde mediados de la década de los 90 (Sofaer, 1994; Moore y Scott, 1997; Politis, 1998), la infancia viene siendo el centro de las interpretaciones sobre la edad en Arqueología. Esta circunstancia quizás se deba a que es en la niñez cuando el ser humano aprende a sobrevivir desarrollando su condición cultural del “yo”; en el transcurso de estos primeros años los miembros de una comunidad adquieren una gran parte de sus códigos de conducta, así como las habilidades con las que transmitirlos (Sánchez Romero, 2010: 9). La aproximación arqueológica a esta etapa puede favorecer un conocimiento más aproximado de las comunidades del pasado. Además, la contextualización de elementos materiales vinculados a los procesos de enculturación –juguetes, miniaturas, adornos– ayuda a potenciar el peso que niños y niñas tienen como actores sociales. De forma similar a lo ocurrido con la esfera de lo femenino, los agentes infantiles han tenido tradicionalmente poca cabida en los discursos arqueológicos. En su mayoría, han estado centrados en narrar historias de hombres adultos que compiten entre ellos por el poder; con carácter genérico, son los varones de edad media los que aparecen como principales protagonistas sociales. La invisibilidad no solo de las mujeres, sino también de aquellos que son más pequeños o incluso más mayores, ha estado siempre presente, obviándose facciones esenciales para la comprensión de prácticas e ideales propios de sociedades pretéritas (Lucy, 2005a: 43).

El estatus y la complejidad social han sido dos aspectos bastante comunes en los trabajos arqueológicos desde el inicio de la disciplina (Ames, 2008). Ahora bien, la relevancia de estos conceptos ha venido habitualmente unida a la justificación y asunción del Estado como el sistema de organización sociopolítica más idóneo y perfecto. De igual modo, la clarificación en el pasado de estos temas ha ayudado a entender el porqué de la existencia de personas poderosas y otras no tanto. Es cierto que el ser humano es un ser social y necesita ser partícipe de una comunidad para poder encontrar su posición en el mundo, pero esto no significa que dicha participación haya sido constantemente la misma. El estatus, más que una categoría social de identidad ha sido visto como la posición funcional que los individuos tienen en una sociedad determinada. Asimismo, este concepto ha servido para discernir en términos económicos la construcción histórica de los grados de liderazgo y jerarquización social (Fernández Götz, 2014: 55). A imagen y semejanza de la noción neoliberal de clase, la Historia ha sido –y sigue siendo– perfilada a partir de la configuración de grupos homogéneos de personas que se distinguen de los demás por sus acciones materiales y su relación de dependencia económica con el poder.

Así, las poblaciones de la Protohistoria europea circunscritas al ámbito de lo céltico se han catalogado frecuentemente como sociedades triangulares y uniformes, lideradas por una pequeña élite guerrera. Esta interpretación, mantenida sobre la base de lo escrito en las fuentes clásicas, los ajuares funerarios y los asentamientos fortificados, ha respaldado la acuñación de definiciones ideológicas tan globales como “hillfort communities” (Cunliffe, 1999) o “civilización de los *oppida*” (Fichtl, 2005). No obstante, en estos últimos años cada vez más voces en Arqueología reclaman que el estudio de las posiciones sociales tenga un cariz verdaderamente social y no solo funcional y económico (Ruiz Zapatero, 1993; Hill, 1995; Earle, 1997; González Ruibal, 2003:94; Bowles *et al.*, 2010; Collis, 2011; Fernández Götz, 2014). La condición social de la persona se encuentra fuertemente imbricada con el género, la edad, el linaje –familia y parentesco– e inclusive con su “capital simbólico” (Bourdieu, 1972), es decir, el conjunto de propiedades y acciones asociadas con la naturaleza del propio sujeto agente en el transcurso de su vida (Price y Feinman, 2010). La materialidad se convierte de nuevo en el recurso más fiable para poder enarbolar teorías arqueológicas sobre el estatus. Sin dejar de lado la información que pueda sustraerse de los

contextos funerarios, puesto que la muerte puede ser un momento en el que las diferencias sociales queden reflejadas, los espacios domésticos o de trabajo –en donde los haya– se consideran lugares determinantes. Es precisamente en ellos donde se desarrollan una serie de gestos y prácticas cotidianos que reflejan la desigualdad social –en caso de haberla– y hasta cierto punto la organización y estructura social de las comunidades del pasado (González Ruibal, 2006-2007: 413).

A su vez, la asimilación de todos estos planteamientos comporta el entendimiento de lo religioso como un aspecto más de identidad social perfectamente interconectado e interdependiente al resto de categorías identitarias. De hecho, Kristiansen y Larsson (2006: 72-75), en un ejercicio diferente de la concepción del poder en las sociedades del Bronce europeas, estipulan “el conocimiento esotérico” como una vía alternativa desde la cual poder ejercer el control sobre una comunidad. Sin embargo, pocos son los estudios que hoy por hoy han incidido en lo que viene denominándose Arqueología de la Religión o del Culto (Demoule, 2001; Oggiano, 2006; Hodder, 2010; Fernández Götz, 2013b; Álvarez González *et al.*, 2017); además, estos estudios se han visto supeditados con frecuencia a la obsesión por establecer etnicidades concretas. Desde los escritos de Plinio el Viejo que sugieren el origen de las poblaciones de la Beturia Céltica en la Celtiberia, a causa de que tenían una misma religión y lengua (NH 3,13), las aproximaciones ligadas al universo de lo simbólico han tendido a ser simplistas, instrumentalistas y objetivistas (Fleming, 1969; Bachofen, 1987; Charachidzé, 1987). La religión ha sido pensada reiteradamente como una herramienta de cohesión que refuerza los lazos sociales y políticos de un grupo étnico. Esta idea explica la generación de conceptos tan esencialistas como “celta” o “céltico” (Díaz Santana, 2003), asociados genéricamente, con pueblos que, a nivel de la Península, compartían al menos dos factores determinantes: la lengua y la religión (Almagro Gorbea, 1992; Blázquez Martínez, 2001).

En este caso, la cultura material vuelve también a ser la clave para imaginar las creencias, no solo como doctrinas o dogmas perfectamente establecidos, sino como un compendio heterogéneo de actitudes en reciprocidad continua con el resto de condicionantes identitarios. Eso sí, con prudencia y siendo conscientes de que la religión

como factor de identidad solo puede ser entendida estructuralmente dentro de su entorno espacial y temporal (Keane, 2010: 212). Bajo esta premisa, si los objetos son el reflejo del estatus o de las relaciones de género en el pasado, ¿por qué no van a poder esconder códigos de significado vinculados con ciertos ritos y mitos? La materialidad de cada sociedad guarda datos significativos de todas sus identidades, así como de sus dimensiones e interacciones (Bertemes y Biehl, 2001: 16). En este trabajo, la documentación y la comparación en su contexto de las cadenas técnico-operativas de las cerámicas cogoteñas deberían permitir, como mínimo, la distinción objetiva de la coherencia religiosa de aquellas gentes encargadas de su manufactura y uso. Tal y como Alain Testar (2004 y 2006b) y Paolo Xella (2006) apuntan, sería suficiente únicamente con ser capaces de traducir su conciencia simbólica propia para lograr así la corrección y puntualización de interpretaciones rituales presumiblemente erróneas al ser intuitas conforme a parámetros acordes con la realidad actual.

Llegados a este punto, si se realiza un balance y se pone en marcha una mirada en retrospectiva, se atisba que la identidad como concepto no puede ser definida desde posturas únicas e invariables. La identidad ha de concebirse como el núcleo que da sentido a la orientación humana y que, por tanto, construye cómo es el mundo, su situación en él y el tipo de relaciones habidas dentro y fuera de él (Hernando Gonzalo, 2002: 16), aunque no existe una noción ortodoxa de este concepto. Sin duda, es un término global que Richard Jenkins resume como “el establecimiento sistemático de relaciones de similaridad y diferencia entre individuos y colectividades y viceversa” (2004: 5): la manera en que las personas a nivel particular y grupal perciben lo que son. Margarita Díaz Andreu y Sam Lucy (2005a) destacan que la identidad se encuentra fuertemente ligada a la configuración del “yo” y la identificación de ese “yo” con un grupo determinado. Este valor de pertenencia, por un lado, y de disimilitud, por otro, vendría unido a la necesidad del ser humano de sentirse seguro en un universo que intuye, pero que es insondable para su mente (Hernando Gonzalo, 2012: 116). Si fuera capaz de descifrarlo, el caos y la angustia se apoderarían de él haciendo inviable su supervivencia (Hernando Gonzalo, 2002: 49).

Aparte de la cultura, es decir, el conjunto de medidas espacio-temporales que permiten controlar y comprender la realidad vivida (Elias, 1992: 98), la identidad responde a criterios puramente estructurales (Sánchez Elipe, 2015). Aunque pueda llegar a formularse en términos distintos y disponga de una serie de símbolos y códigos específicos, la identidad siempre emerge para explicar el cómputo de fenómenos que dan sentido a la realidad, a aquello que se reconoce y se entiende. Ante dicho escenario cabe entonces la posibilidad de inferir dos cuestiones: la primera es que la constatación de sociedades con modos de vida dispares atiende a la apreciación de expresiones de realidad divergentes y la segunda, que la identidad es por naturaleza social o cultural, pues se “construye en interacción con otros seres humanos y dadas unas concretas condiciones materiales de vida” (Hernando Gonzalo, 2002: 50). En efecto, la identidad no tiene tintes biológicos debido a que todos los hombres y mujeres son “idénticos” al nacer (*ibidem*: 51), independientemente de que lo hagan en puntos del planeta distintos o bien en épocas diferentes. A raíz de su nacimiento, los niños van formando su identidad en consonancia a la adquisición gradual de perfiles de realidad ya estipulados. A través de las denominadas por Anthony Giddens como “situaciones de copresencia” (2006: 98-102), la persona construye mediante la interacción con otros miembros de su comunidad la representación simbólica del mundo que le ha tocado vivir; la identidad, entonces, solamente puede ser comprendida como un proceso de transformación continuo que implica interacciones y negociaciones constantes, un “llegar a ser” (Jenkins, 1996: 4) en el que los significantes y significados se reelaboran constantemente en función de cómo se articulen las relaciones de interacción y contrato con la realidad.

En suma, se hace necesario recalcar que la identidad hace referencia a la realidad en sí y funciona a modo de salvavidas, otorgando seguridad al ser humano en un horizonte de vida lógico y sin riesgos, y que conlleva, al mismo tiempo, la asunción de su multiplicidad de formas. Más allá de la “interseccionalidad” (Davis, 2008: 68), concepto que recoge y explora la complejidad e interrelación de la identidad y los ejes que la componen, es necesario resaltar dos de sus representaciones fundamentales: la identidad relacional y la identidad individualizada (Hernando Gonzalo 2002: 49-107). Si bien es cierto que entre ambas manifestaciones existe una escala amplia de alternativas y niveles intermedios, la

valoración y comparativa de ambas resulta de gran interés. Precisamente, el motivo se halla en que es en torno a estos polos identitarios donde se emplazan las formas estructurales de identidad acaecidas desde que la mente humana es *sapiens*. Tal y como expone Almudena Hernando (2000; 2002 y 2012), lo relacional y lo individual están íntimamente imbricados con la complejidad socioeconómica y el grado científico-técnico particular de cada comunidad. Así como, los grupos con un número menor de división de tareas y control material de la realidad suelen tener una mayor predilección por la colectividad relacional, aquellos grupos en los que las relaciones y las diferencias interpersonales favorecen la construcción del “yo”, despliegan identidades más individualizadas.

Los estudios elaborados acerca de los Awá-Guajá (Hernando Gonzalo *et al.*, 2006; Hernando Gonzalo *et al.*, 2008; Hernando Gonzalo y González Ruibal, 2011), una comunidad de cazadores-recolectores de la Amazonía brasileña, sirven perfectamente de ejemplo para trazar las características que definen la identidad relacional. Aunque gracias a estas publicaciones sea posible reflexionar también sobre el concepto de cambio cultural y cómo las personas transforman la manera de relacionarse con el mundo, en ellas se exponen los rasgos que identifican a las sociedades que enfatizan por encima de todo en la idea del “nosotros”. En este ámbito, donde lo social y lo económico entroncan directamente con una segmentación de las funciones y especialización del trabajo escasa, las personas se encuentran capacitadas para ejercer cualquier actividad dentro del grupo. Solo y según en qué casos puede llegar a darse una ligera segregación de labores a partir de la edad o del género, que bajo ningún concepto trastoca su reducido control material de las circunstancias de vida y el sentido fuertemente emocional de la colectividad. La gestación de un deseo vinculado al “yo” individual no existe ni tiene razón de ser, puesto que es a través de la relación como se consigue garantizar el destino y la perdurabilidad del grupo. A este respecto, la comunidad no se concibe como parte del problema sino como todo lo contrario: la cohesión grupal es su razón de ser, con ella se es capaz de hacer frente a los miedos e inseguridades existentes en la propia naturaleza a la que no se comprende ni se controla y que puede modificar la vida de la comunidad (Elías, 1990 y 1993).

La realidad se representa mediante el mecanismo de la metonimia (Olson, 1994), que genera símbolos que forman parte de esta (el sol, una montaña, un árbol, un río, etc.), y el espacio se configura como su eje prioritario de ordenación. Esto quiere decir que, para estas sociedades, el “mito” se convierte en la principal estrategia de ordenación del mundo y deposita la confianza de la supervivencia en una instancia sagrada con la que se fijan relaciones de dependencia y subordinación (Hernando Gonzalo, 2002: 89-107). De este modo, se compone un entramado ontológico que supone la creencia de vivir en un territorio central y privilegiado por ser sagrado (Eliade, 1968). A todas luces, es un discurso que establece un orden cultural que no mira al futuro, que está preparado para subsistir en un presente a perpetuidad y que se asienta sobre la base de sentirse único al ser elegido por gracia de la divinidad. La alteración de uno solo de sus contenidos y disposiciones conllevaría una provocación al designio de lo sagrado y a la realidad que encarna. De ahí que el cambio sea entendido como un factor de riesgo que ponga en peligro la orientación y lógica esencial de la vida (Hernando Gonzalo, 2012: 87) (Fig.50).

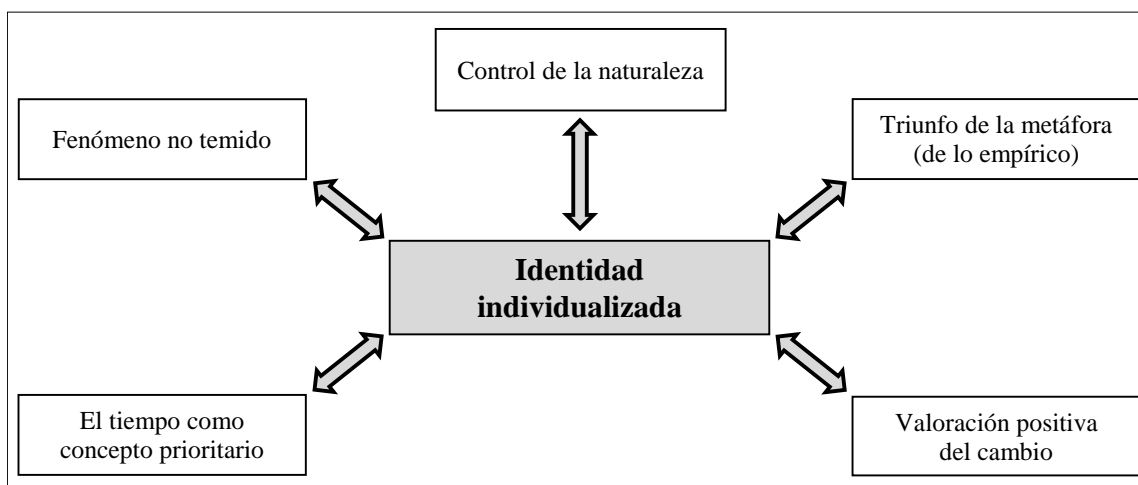


Fig. 50: Principios básicos del concepto de identidad relacional, adscriptiva o colectiva (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 62).

Cuando la idea de la individualidad comienza a ser desarrollada como “ficción reguladora” (Fowler, 2000: 116; Casado Aparicio, 2003: 64), es decir, como una realidad artificial que permite nuevas maneras de entender el mundo y encontrar certidumbre en él, se instaura poco a poco la idea de que el porvenir debe ligarse a la iniciativa y el trabajo de las personas (Hernando Gonzalo, 2002: 96). El peso de lo sagrado se diluye en beneficio de

los sujetos y su capacidad de acción (Barret, 2001). La ejecución de funciones cada vez más divididas y especializadas genera signos que ayudan a comprender en sentido abstracto los elementos materiales del entorno y sus condiciones de vida. La metonimia deja sitio a la metáfora, una herramienta que entiende a la realidad y a los signos que la simbolizan como entidades separadas y diferentes (Hernando Gonzalo, 2006: 85). De forma intrínseca, la adquisición de dicho nivel de raciocinio genera la posibilidad de discernir entre lo que es humano y lo que no. La creación de signos conceptuales que escenifican la naturaleza como un ente objetivo y de dinámicas propias contribuye a fomentar la distancia emocional entre el sujeto y lo que este trata de representar (Descola, 2004; Fernández Götz, 2014: 285). Al respecto, un grupo nutrido de investigadores ha señalado el desarrollo de la escritura como un aspecto determinante para la transformación de la percepción de la realidad y la potenciación de la individualidad (Goody, 1986; Olson, 1994; Ong, 1996; Hernando Gonzalo, 2003; Chic García, 2004;). De esta manera, lo humano se articula siempre sobre la base diferenciadora de un “yo”, que hace a cada persona un mundo en sí misma, independientemente de las relaciones que se establezcan con el resto de miembros de la comunidad (Elías, 1990b: 149-151).

Por otro lado, este tipo identitario escoge al “tiempo” como parámetro de disposición de la realidad. El cambio se configura como un aliado porque favorece el avance y la mejora de las situaciones de vida. Es más, el futuro se muestra como un destino a seguir en busca de la prosperidad y la superación de las carencias de épocas pasadas. Las personas que nacen en un ámbito regido por estas circunstancias acaban manifestando sus deseos particulares de vida y soterrando aquellos que tienen que ver con lo relacional y colectivo. El pensamiento se fracciona y se percibe como un elemento aislado, con emociones e identidad propias, un hecho que conduce a que la naturaleza humana sea cada vez menos predecible y, por tanto, más temible (Hernando Gonzalo, 2002: 58). La locución latina *homo homini lupus* –el hombre es un lobo para el hombre–, popularizada en el siglo XVII por el filósofo Thomas Hobbes en su obra “De Cive” (1642), no puede ser más explícita en cuanto a la objetivación del miedo que el ser humano posee de sí mismo (Hernando Gonzalo, 2002: 58; Elías, 1993: 504), sobre todo a partir de esta centuria, y que coincide de pleno con el sentido común que domina hoy la sociedad capitalista de

Occidente. Solo la puesta en marcha del “proceso de civilización” (Elías, 1993), es decir, el acto único de reprimir las emociones en las relaciones interpersonales es impedimento para que el grado de conflictividad social no sea todavía mayor de lo que es (Fig.51).

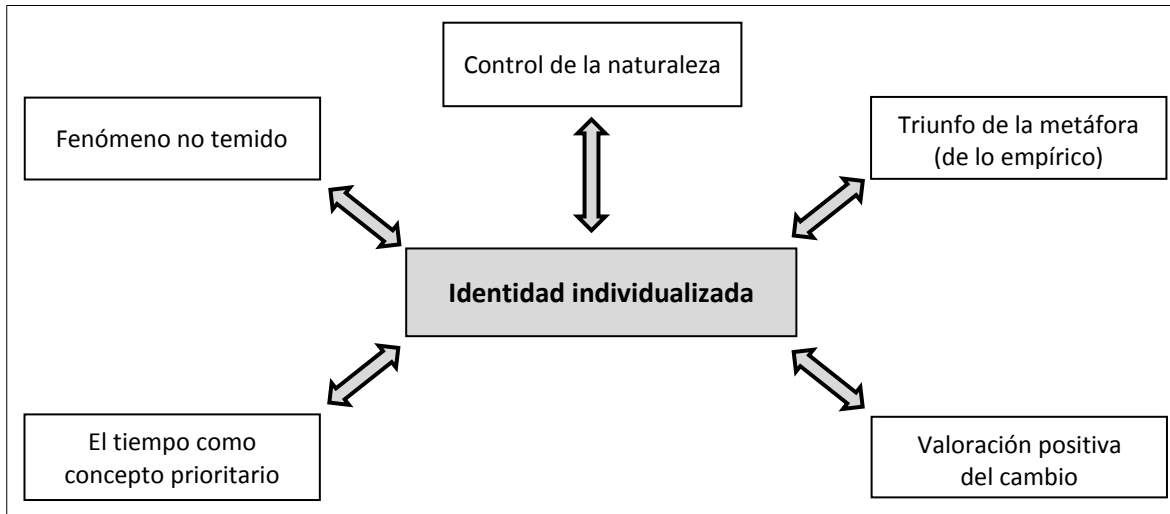


Fig. 51: Principios básicos del concepto de identidad individualizada (modificado a partir de Hernando Gonzalo, 2002: 62).

La asimilación, comprensión y relación estructural de cada uno de estos polos con un mayor o menor nivel de complejidad socioeconómica ayuda a entender la Historia de la Humanidad como un proceso dual, a la par que diverso y dinámico (Olsen, 2007: 291), y que a lo largo de su acontecer se ha visto modificado en numerosas ocasiones. Un trayecto en el que la individualidad ha ido ganando terreno exponencialmente a costa de la marginación y hasta negación de la identidad relacional. Es por esto por lo que los modelos de representación del mundo –al menos en Occidente– han tendido a ofrecer perspectivas cada vez más racionales y separadoras que dependen de la iniciativa y el trabajo humanos frente a las emocionales y más conectoras, cuya supervivencia radicaba en el mito y el poder de lo sagrado (Hernando Gonzalo, 2002: 103).

No obstante, que ambos extremos identitarios sean de por sí perfectamente válidos para orientar a los grupos humanos no quiere decir que sean los únicos que se materialicen a nivel práctico. Pese a que la identidad relacional se halla preferentemente ligada a sociedades de signo tradicional y la identidad individualizada a conductas propias de la modernidad y postmodernidad, resulta imposible la justificación de trayectorias de

comportamientos evolucionistas unilineales que reconozcan a una y otra identidad como dos categorías opuestas y establezcan un predominio constante de la segunda respecto a la primera. Que una comunidad tenga menor desarrollo tecnológico no implica que sea culturalmente más simple; cada grupo humano aprecia la realidad con un cariz distinto dependiendo de su pauta socioeconómica, “por lo que siempre constituyen estados maduros de desarrollo” (Hernando Gonzalo, 2006: 25).

A parte de la más que posible existencia de escenarios diferentes y variados que materialicen derivas identitarias de lógica inversa a la nuestra (*ibidem*, 2012), también debe tenerse en cuenta que el “individuo” no es *de facto* el centro del mundo y el principal intérprete en la Historia de la Humanidad (*ibidem*, 2004: 90). En todo caso, las personas, que no los individuos, serían las verdaderas protagonistas. Es cierto que la preponderancia consciente de la individualidad en la ontología de los investigadores actuales suele generar discursos de corte etnocéntrico –aún sin tener la intención de ello– al proyectarse al pasado una serie de razonamientos y mecanismos individualizadores que se entienden como fundamentales y básicos (*ibidem*, 91). Pero en realidad, la manera de ser persona en la Antigüedad se encuentra en las antípodas del raciocinio cartesiano occidental. Hasta el siglo XVII no surge el término de “individuo” como concepto (Elías, 1990: 185; Weintraub, 1993: 49); fue entonces cuando el grado de complejidad socioeconómica llegó a ser tan alto que comenzó a desarrollarse la visión de uno mismo –del hombre– como “un elemento con identidad propia que, *incluso*, puede concebirse en sus propios términos” (Hernando Gonzalo, 2002: 56). Por mucho que a veces cueste imaginarlo, en épocas pretéritas las concepciones del mundo distaban enormemente de las de hoy en día.

Tal y como ya ha sido expuesto, la identidad en sí misma es un llegar a ser y, por consiguiente, relacional por naturaleza, independientemente de que así sea considerada o no. En cambio, la individualidad sería una fantasía dependiente y siempre construida sobre la base de esta relación (Hernando Gonzalo, 2012: 89), por lo cual más que una categoría identitaria sería conveniente suponerla como un conjunto de rasgos que se pueden aplicar o no, en función de las particularidades de cada contexto social. De esta forma, la Historia se deduciría como un proceso variable y, por tanto, tremendamente complicado al estar repleto

de múltiples combinaciones y gamas identitarias, siendo unas más relacionales y otras más individualizadas. Es por esto por lo que, desde hace prácticamente veinte años, el concepto de dividualidad ha empezado a ser utilizado como alternativa recurrente a la percepción tradicional de individualidad (Fowler, 2004). Introducido desde la antropología, poco a poco, empieza a ser empleado en el ámbito de las disciplinas arqueológica y etnoarqueológica con la finalidad de atisbar la “otredad” de las comunidades humanas que son objeto de estudio (Meskell, 1998b; Webmoor y Witmore, 2008; Olsen, 2010). A través del convencimiento de que las personas se constituyen a partir de relaciones de dependencia con otros entes, independientemente que estos sean o no de su grupo (Bird-David, 1999; Brück, 2004: 311), la dividualidad y sus distintos tipos –partibilidad y permeabilidad (Fowler, 2004: 9; Sánchez Elipe, 2015: 148– pretenden descubrir la riqueza de mentalidades y la extensa heterogeneidad cultural de las sociedades que han vivido o todavía viven en la Tierra (Godelier, 2010).

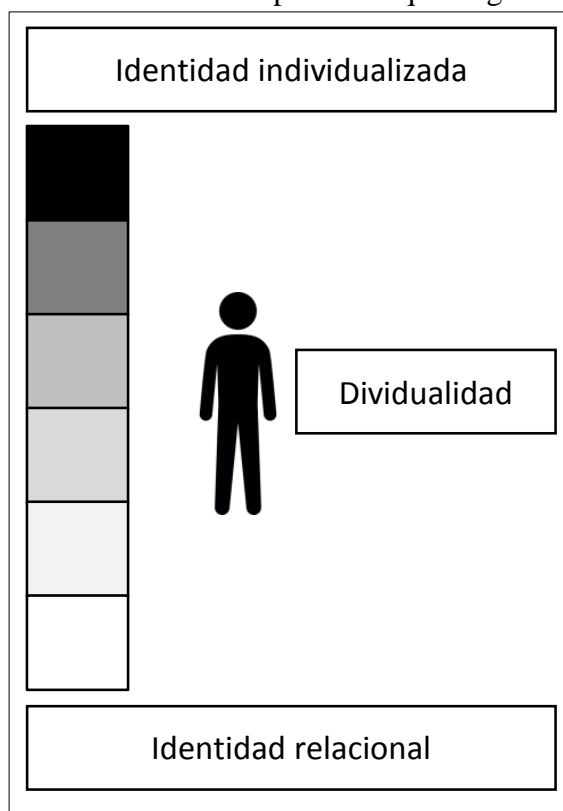


Fig. 52: El concepto de la dividualidad.

Podría decirse que la identidad esconde una amplia tonalidad de claros y oscuros que deben recogerse sin ser olvidado ningún matiz. En este sentido, la Arqueología tiene la obligación de tomar conciencia y tratar de presentar a las sociedades del pasado tal y como estas fueron (Fig.52). Ha llegado el momento de asumir que las interpretaciones históricas tienen que respetar la singularidad de las gentes que analizan y, de igual manera, reconocer que extrapolar a la antigüedad nociones ontológicas del presente es un fallo mayúsculo que lleva mucho tiempo reproduciéndose y toca ahora superar sin falta. Este trabajo contempla que no hay mejor camino que la Arqueología de la Identidad, o de las identidades –según se mire–, para indagar en el modo coherente en el que las sociedades del pasado, tanto de

forma individual como colectiva, perciben su mundo y su relación con él. Esta sería la razón por la que la identidad es “diferente en los distintos grupos humanos y acorde siempre con el modo de actuación material que cada grupo tiene sobre la realidad” (Hernando Gonzalo, 2002: 16). ¿Cómo serían entonces las comunidades de la Edad del Hierro?, ¿seguirían siendo eminentemente míticas? En el caso de ser así, ¿qué instrumentos estaría empleando la individualidad para manifestarse?

Bajo la premisa de advertir la forma en la que un conjunto de personas hace más de dos mil años construía su identidad, es decir, la manera en la que estas interactuaban entre sí y con la realidad que las rodeaba, la investigación que aquí se plantea pretende tomar como suyas las reflexiones teóricas citadas y partir del supuesto de que la coherencia estructural de una sociedad puede ser averiguada a raíz de sus restos materiales. Los objetos no son únicamente simples herramientas de valor tangible, sino agentes activos que encarnan y a la par crean las identidades de las comunidades que los producen y utilizan. En efecto, se presume una tarea ardua y difícil debida esencialmente a la parquedad de la información y al amplio abanico de posibilidades identitarias; podría certificarse como un éxito rotundo, aunque se consiguiera solamente el esclarecimiento de la existencia de identidades singulares y complejas. Al tratarse de comunidades en las que *a priori* la individualidad ya ha iniciado su desarrollo (Hernando Gonzalo, 2003), este estudio va a partir también desde una visión holista que permita adoptar una perspectiva analítica global y tenga en cuenta la interacción de cada uno de los ejes identitarios que entrelazan y construyen a las personas que las integran.

En esta ocasión, la “interseccionalidad” como concepto se convierte en una estrategia clave para indagar en las relaciones entre las personas y las cosas. Por ello, el núcleo central de la tesis va a fundamentarse en cómo a través de la cerámica y su manufactura se es capaz de construir la identidad. Y es que hasta las decisiones técnicas tomadas en contextos determinados de producción inculcan a las personas su razón de ser y vertebran su modo de apreciar el mundo (González Ruibal, 2007; Meskell, 2005; Miller, 2005; Olsen, 2010). Aún queda bastante por reflexionar sobre las identidades de los grupos que habitaron durante la Edad de Hierro en el occidente de Iberia. Sin duda, esta noción es

el motivo por el que se traza una investigación como esta, centrada en el análisis profundo de la Cadena Técnico-Operativa de las cerámicas documentadas en el yacimiento de las Cogotas. El estudio de sus expresiones tecnológicas refleja la permanente toma de decisiones de sus productores en el ámbito cultural al que pertenecen, definiendo su identidad social. En las próximas páginas será posible atisbar lo dicho con datos y pruebas palpables.

3.3. El cómo para construir el por qué y el por quién: La Cadena Técnico-Operativa

Después de haber realizado un pequeño viaje por el significado de Identidad y los fundamentos teóricos que van a emplearse para intentar entender a los “otros” que vivieron en Las Cogotas en el transcurso de la Edad del Hierro, cabe llevar a cabo un recorrido por los principios y métodos escogidos para rastrear, en la materialidad, la relación dinámica entre personas y artefactos. Concretamente, este apartado pretende detenerse en el papel que juega la tecnología cerámica como mecanismo para comprender las identidades del pasado, puesto que esta es, a todas luces, una práctica social y un sistema de manifestación cultural (Calvo Trías y García Roselló, 2012). Actualmente, cada vez más son los trabajos que ahondan en este planteamiento y son capaces de destacar la conexión efectiva que hay entre los objetos y las técnicas, o tal y como Daniel Albero expone (2011: 527), entre la materia y el pensamiento. No obstante, el origen de estos trabajos poco o nada tiene que ver con el examen de las dimensiones sociales. Sus comienzos aparecen ligados al campo de la antropología y a la obsesión desde mediados del siglo XIX por hilar una Historia legitimadora del progreso. La tecnología como concepto genérico se convierte desde entonces en una herramienta clave para argumentar en términos arqueológicos la construcción de líneas del tiempo repletas de conjuntos culturales, siendo los más antiguos más simples y los más recientes más complejos.

Autores de la época tan reconocidos como Pierre de Mortillet, Lubbock, Thomsen, o Worsae, entre otros (Trigger, 1992), construyeron periodos y seriaciones tipológicas evolucionistas que justificaron desde la Academia la existencia lógica de pueblos o culturas

más avanzadas que otras. Salvo contadas excepciones como los postulados de Franz Boas, uno de los primeros investigadores que intuye la no necesaria equivalencia de menor desarrollo tecnológico con mayor simplicidad cultural (Ingold, 1990: 6), la corriente historicista cultural ayudó a reforzar el discurso positivista de la modernidad. De hecho, consolidó a partir de la clasificación categórica de objetos el establecimiento de una Historia dividida en etapas, de límites bien definidos y protagonizada por etnias primitivas y arcaicas, similares a las constatadas antropológicamente en marcos geográficos colonizados por Occidente. En este sentido la Arqueología de la mano de la tecnología sirvió también para argumentar la necesaria dominación del primer mundo, al tener este la obligación moral de instaurar en el resto la prosperidad auspiciada por el adelantamiento tecnológico (Hernando Gonzalo, 2006).

La llegada del procesualismo no supuso grandes cambios en cuanto al uso de la tecnología como un criterio para apuntalar las bondades del orden capitalista, pero sí en cuanto al inicio de estudios arqueológicos que fijaran el foco de atención en más aspectos que los estrictamente tipológicos (García Roselló, 2008: 46). La cultura comienza a entenderse como un medio extrasomático de adaptación que está sujeto a leyes universales y, por primera vez, el registro arqueológico se observa como un elemento útil para elaborar teorías acerca del comportamiento humano que lo generó. Es a partir de este momento cuando la analogía etnográfica y la Etnoarqueología empiezan a desempeñar una labor primordial en cuanto a la aportación de datos conductuales que la información arqueológica no podía dar. Incluso, escuelas dentro de este modelo teórico como la logicista, llegan a sostener que la Etnoarqueología como Teoría de Alcance Medio es la “Ciencia de Referencia de la Arqueología” (Gallay y Huysecom, 1991, cfr. González Ruibal, 2003).

Por consiguiente, la tecnología adquiere una nueva dimensión, entendiéndose como un medio extrasomático de adaptación que otorga de forma pasiva al ser humano la capacidad de ajustarse a los condicionantes materiales impuestos por la naturaleza (Binford, 1965). Bajo esta creencia se escribieron a finales de los 50 y principios de los 60 los primeros trabajos sobre tecnología cerámica (Shepard, 1956; Matson, 1965), dedicados en exclusiva a explicar secuencias de producción transculturales. Debido precisamente a la

búsqueda de pistas e información de cara a la interpretación arqueológica, el análisis de los patrones tecnológicos de los objetos se convierte para el paradigma procesual en una especie de norma obligada. Por tanto, el surgimiento de un buen número de trabajos centrados en desarrollar estudios sobre tecnología comparada y aplicada en ningún caso respondería a criterios de azar. La finalidad de estos reside en la investigación de las cerámicas, desde perspectivas adaptativas y funcionales, de cara a evaluar el modo más eficaz y rentable de su tratamiento, y poder establecer así metodologías de trabajo útiles para identificar y clasificar aquellas que se encuentran en los yacimientos arqueológicos.

El hecho de que el pasado se contemple en términos actualistas, es decir, desde los principios generales del formalismo económico y la teoría de optimización del esfuerzo y de los recursos, acarrea el surgimiento de una serie de preguntas tipo que, aparte de denominar el objeto en sí, pretenden precisar con carácter normativo y evolucionista adaptativo su ámbito cultural de actuación. ¿Qué objeto es? ¿A qué cronología pertenece? ¿Cuál es su evolución? ¿Con qué elementos se lleva a cabo? ¿Cómo se realiza? ¿Para qué sirve? ¿Cómo se usa? Sin duda, la respuesta de todas estas cuestiones pone el énfasis en que la necesidad es la que mueve y cambia el mundo, independientemente de que esta proceda de demandas medioambientales o de las propias exigencias del avance tecnológico (Pfaffenberger, 1992). De esta manera, el examen tecnológico de las cerámicas, incluyendo en él las exigencias que conlleva y las respuestas adaptativas que genera, se considera fundamental para comprender el funcionamiento mecánico de las sociedades a lo largo del tiempo. Tanto es así que la tecnología ha llegado a verse, al igual que la cultura, como una entidad sistémica más (Thomas, 1974; Testart, 1982; Clarke, 1984; Hayden, 1995), que en función de los ideales del progreso fija la práctica de determinados comportamientos para sobrevivir. Del mismo modo que la cultura influye en el pensamiento, la tecnología influye en la práctica, dejando al ser humano la única opción de actuar pasivamente mediante la fabricación de artefactos con los que poder controlar una naturaleza objetivada y separada de la sociedad (Dobres y Hoffman, 1994).

La escuela apodada con el nombre de Ecología Cerámica (Matson, 1965), pese a que ha contribuido notablemente a aumentar los conocimientos acerca de las diferentes

fabricaciones y usos de la cerámica y llegó a plantear tímidamente un cierto grado de arbitrariedad en la elección de opciones técnicas equivalentes (García Roselló y Calvo Trías, 2013: 10), concibe también a la tecnología desde criterios claramente procesuales y comprometidos con la sociedad moderna. Según esta corriente la tecnología es una estrategia que reconoce las necesidades sociales y aprovecha al máximo los recursos disponibles del entorno para suplirlas (Rye, 1981; Rice, 1984; Arnold, 1993). En este sentido, las habilidades de los alfareros, las técnicas utilizadas, el contexto de uso de las cerámicas y hasta la forma en la que estas se distribuyen, serían parte del conjunto de pautas socioeconómicas tomadas por un grupo para gestionar del modo más eficaz posible los recursos naturales a su alcance. A su vez, esta postura fue secundada en sus inicios por el prestigioso Instituto de Tecnología Cerámica de la Universidad de Leiden. Sus trabajos basados en las variables técnicas no hacen sino ratificar que los artesanos, adaptándose al medio y a las materias primas disponibles, aplicaban toda una serie de variables técnicas para crear formas cerámicas acordes a las necesidades del sistema (Franken, 1969; Franken y Kalsbeek, 1975; van der Leeuw, 1977; Kalsbeek, 1980). Desde este punto de vista, las comunidades socioeconómicas más complejas tendrían una alfarería más especializada y selecta, mientras que las colectividades con un grado socioeconómico inferior dispondrían de una alfarería menos especializada y, por ende, no selecta (van der Leeuw, 1984: Fig.2).

A todas luces, son estas, interpretaciones muy acordes a postulados epistemológicos típicos de contextos culturales industrializados y capitalistas. De ahí que, sobre todo, en estos últimos años una gran cantidad de publicaciones hayan focalizado su interés en obtener resultados empíricos fisicoquímicos que hablen *sensu stricto* de las propiedades tecnológicas de las cerámicas arqueológicas. En esencia, la mayor parte de ellas se corresponden con análisis cuantificables, asépticos y materialistas que con carácter genérico vienen a ratificar que las cerámicas romanas están cocidas a temperaturas superiores a los 900 °C y las cerámicas neolíticas en ciertos casos no superan los 600 °C, o que las cerámicas ibéricas están mejor decantadas que las cerámicas adscritas a la Edad del Cobre. Este tipo de patrones resultan muy interesantes, no cabe duda, pero caen en el error de creer que la tecnología es un proceso autónomo que poco tiene que ver con las personas y con la secuencia cronocultural a la que pertenece.

La percepción actual de la tecnología lleva implícita la separación efectiva entre las cerámicas que se estudian y los sujetos y valores cognitivos que las crean. Las bibliotecas están repletas de artículos que relatan con todo lujo de detalles procesos productivos del pasado, aunque son muy pocos los que hacen alusión a sus protagonistas. Es lo que Marcia-Anne Dobres define con la expresión “disembodied hands” –las manos sin cuerpo– (Dobres, 2000: 65). Es absolutamente cierto que el determinismo tecnológico no suele ser cuestionado, al considerarse habitualmente “lo objetivo” de la tecnología el aspecto más importante (Ingold, 1995). La obtención de materias primas, la producción de los objetos, su funcionalidad y los análisis morfométricos predominan sobre la experiencia subjetiva de las técnicas, aquella que curiosamente es inherente a las sociedades que no son occidentales (*ibidem*, 1993).

Tal y como se lleva diciendo a lo largo de este trabajo, los estudios tecnológicos que aquí se plantean tienen la intención de explorar otros caminos que entienden la tecnología como un asunto social y, por tanto, un medio para articular y expresar ontologías y códigos sociales concretos (Dobres, 2000). Conforme a esta regla, la misión auténtica de los estudios tecnológicos sería analizar y percibir los procesos sociales que operan a escala “micro” y no puntualizar únicamente el conjunto explícito de actividades “prehistóricas” de un contexto social dado (Dobres y Hoffman, 1994). Sin perder de vista las informaciones interesantes aportadas por las Ciencias de los materiales y las tendencias más funcionalistas, los elementos cerámicos deben entenderse como elementos sociales en creación permanente y la tecnología como el hilo conductor que los guía. En este caso, los conceptos de cerámica y sociedad son equivalentes, al ser ambos, producto de los mismos patrones sociales. Las personas son partícipes de las características propias de las cerámicas y viceversa.

Por suerte, el hecho de suponer la tecnología como una parte activa del proceso de producción y reproducción social se lleva planteando en Arqueología hace ya varias décadas: desde la Teoría Social Contemporánea –Social Agency Theory– (*ibidem*; Dietler y Herbich, 1998; Dobres, 2000; van der Leeuw, 2008) y desde la Antropología de las

Técnicas dentro de la escuela francófona de “Techniques et Cultures” (Creswell, 1986; Lemonnier, 1986; Balfet, 1991; Roux, 1994; Gosselain, 2000). En España, este tipo de pensamientos comenzaron a ser introducidos por el área de Prehistoria del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de las Islas Baleares a partir del año 2000 (Calvo Trías *et al.*, 2004; García Roselló, 2006; García Roselló y Calvo Trías, 2013; Alberó Santacreu, 2014). Tomando como punto de partida el enfoque postprocesual de forjar la cultura como un elemento activo, estas posturas defienden que la tecnología se encuentra estrechamente conectada a los esquemas de racionalidad del grupo humano que la produce. Además, desmarcándose así de los rompedores y primeros trabajos de Ian Hodder (1982 y 1985) o Michael Shanks y Christopher Tilley (1987), cada una de estas corrientes de pensamiento comparten que, así como ocurre en el resto de prácticas sociales, la fabricación y uso de los distintos objetos genera rutinas estructuradoras y estructurantes que construyen la forma de entender el mundo de una sociedad determinada. En otras palabras, recurren al concepto de *habitus* bourdiano para tratar de comprender la interacción constante que existe entre las personas, los objetos y las técnicas de manufactura. En este sentido, las cerámicas, más que ser concebidas alegóricamente como textos que narran en exclusiva aspectos simbólicos (Calvo Trías y García Roselló, 2014: 10), son imaginadas como contenedores dinámicos que encierran la realidad social de sus productores.

El interés por aplicar en Arqueología las premisas de la Social Agency Theory deriva de la posibilidad real de atisbar la manera en que se reproducen o cambian las estructuras y dinámicas sociales del pasado. En este caso los estudios tecnológicos se convierten en el mecanismo perfecto para indagar a través de la práctica la relación de los actores sociales con su vida cotidiana. La alfarería es ante todo una tecnología práctica que, aparte de solucionar necesidades socioeconómicas básicas, participa de lleno en la materialización de modos de pensamiento concretos (Costin, 2000). De ahí que investigadores pioneros como Marcia Anne Dobres, Christopher Hoffman, Michael Dietler o Ingrid Herbich admitieran que la concepción bourdiana de *habitus* y la Teoría de la Estructuración de Giddens eran fundamentales para aprovechar al máximo el valor informativo de los objetos. Por ello, y con el objetivo principal de desentrañar las relaciones complejas habidas entre sociedad y cultura material, propusieron la puesta en marcha de un

análisis del proceso tecnológico centrado no solo en enumerar sus fases y las técnicas de fabricación, sino en conocer también el porqué de su resistencia al cambio o el significado –en caso de haberla– de la variabilidad existente en él (Calvo Trías y García Roselló, 2012).

Sobre la base de que la tecnología es en su conjunto la representación física de una serie de esquemas mentales y sociales, la búsqueda de cómo se obtienen estos esquemas se convierte en un aspecto esencial a destacar. Independientemente del contexto, los procesos de aprendizaje se encargan de perpetuar en el tiempo las tradiciones tecnológicas propias de una comunidad; es mediante la adquisición reglada de un número específico de técnicas que se transmiten los conocimientos tecnológicos, de una forma u otra, vinculados a determinadas identidades sociales. La mecanización del *Know How* –*Savoir Faire* en la escuela francófona–, de cada uno de los saberes necesarios para producir un objeto, además de permitir la consecución de útiles que ayudan a resolver las necesidades diarias de supervivencia, traspasan, de generación en generación, las relaciones de poder que articulan a nivel social la conducta y ontología características de un grupo (García Roselló, 2008).

Precisamente, esta participación en la consolidación de un régimen de verdad prefijado es la que convierte al aprendizaje en un proceso categórico y cerrado que a toda costa debe procurar la transferencia exacta de los gestos técnicos que justifican una manera concreta de vivir (Fig.53). En función de este criterio, la fabricación de un recipiente cerámico no estaría siempre condicionada a la maximización de beneficios en términos económicos. En el autodenominado como Primer Mundo sí, ya que la eficiencia y el coste son variables que simbolizan a las sociedades capitalistas, pero no así en aquellas que se rigen por términos diferentes a los económicos de Occidente. El “saber hacer” es profundamente conservador porque la transmisión de acciones motoras distintas a las tradiciones tecnológicas impuestas supondría no respetar las normas que mantienen en pie la estructura de una identidad social. Por tanto, la constatación de pruebas que avalaran la presencia de nuevas modas, préstamos tecnológicos o innovaciones sería una señal evidente de que la cultura material ha sido creada a partir de otros significados sociales.

El carácter dinámico del sujeto agente otorga la posibilidad de experimentar transformaciones. A consecuencia de ello pueden establecerse formas de conocimiento heterodoxas que dan lugar a un abanico de prácticas dispares y admiten la interiorización de modelos cognitivos distintos. Por consiguiente, los estudios sobre tecnología inspirados en la Teoría Social Contemporánea tratan siempre por todos los medios de rastrear la existencia de cambios o continuidades en los esquemas tecnológicos (Calvo Trías y García Roselló, 2012: 395). Si bien, las rupturas o variaciones pueden deberse a tomas de decisiones individuales o más

genéricas, queda de manifiesto que dichas decisiones modifican el “saber hacer” aprendido y parte -o la totalidad- de los fenómenos sociales que lo definen (Dobres, 2010). Las interacciones de doble dirección hacen que la práctica sea un reflejo de tendencias y percepciones culturales de los patrones y valores de elección (Gosselain, 2002). Desde este punto de vista, los procesos tecnológicos están influenciados por disposiciones tecnológicas que revelan la conservación o variabilidad de las tradiciones culturales de un grupo humano (Vidal, 2014: 37).

La documentación detallada de las secuencias de producción se constituye en una acción obligada, puesto que, a menudo, tales disposiciones incluyen ejercicios que no pueden ser directamente advertidos a través de las características finales del producto acabado (Lemonnier, 1986; 1990; 1992), ya que la ejecución de determinados gestos técnicos derivados del aprendizaje social durante el transcurso de la manufactura queda oculta en el interior de los propios objetos. La cerámica, al igual que el resto de la materialidad, esconde en su proceso tecnológico una serie de tareas estratégicas que pueden

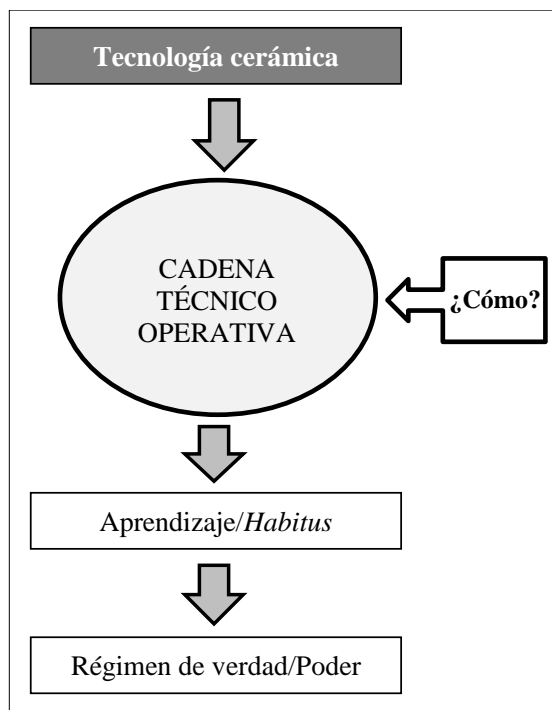


Fig. 53: No solo importa el cómo. El concepto de CTO como herramienta para estudiar a las sociedades del pasado.

interpretarse en términos de identidad social. De este modo, cualquier gesto técnico, desde la adquisición de la arcilla en las canteras hasta la cocción de las piezas, se regula por un control social (Colomer Solsona, 2005).

Justo en este punto es cuándo tiene todo el sentido del mundo la toma en consideración de los planteamientos desarrollados por la Antropología de las Técnicas, totalmente convergentes con la idea de concebir los gestos técnicos como gestos sociales. Ante la máxima finalidad de conseguir informaciones de tipo social, esta escuela teórico-metodológica ha configurado un procedimiento basado en el estudio sistemático del proceso tecnológico y sus cadenas operativas. En contraposición a lo realizado por otras corrientes como la postprocesual, que solo profundiza en aspectos ideológicos atendiendo en exclusiva a criterios puramente formales y de estilo (Gosselain, 1992b), se postula una alternativa investigadora centrada en lo que Jaume García Roselló ha denominado como “Proceso Tecnológico Pormenorizado” (2008: 81). Esto quiere decir que los estudios tecnológicos, aparte de analizar las secuencias productivas y sus técnicas, tienen también la obligación de incidir en los pormenores que atañen al contexto social de producción (Lemonnier, 1993). Únicamente así, sería posible un acercamiento real al *habitus* de una sociedad; un acercamiento real a ese conjunto de elecciones y esquemas mentales estipulados a raíz de una tradición tecnológica impuesta por un tipo concreto de realidad. Sin duda, es un tipo de reflexión que pretende acercarse a la cultura material desde visiones antropológicas, como si de un ser humano se tratara.

Aunque ya en 1953 Marcel Maquet hablase de cadena de fabricación, de operaciones técnicas secuenciadas y de la necesidad de estudiar las actividades tecnológicas por fases (Albero Santacreu, 2014), el origen del concepto de Cadena Técnico-Operativa aparece ligado a los escritos estructuralistas de André Leroi-Gourhan (1964 y 1965). Sin hacer mención explícita al concepto en sí (Colomer Solsona, 1995), este discípulo del sociólogo y antropólogo Marcel Mauss fue el primero en apuntar sus patrones elementales a través de sus definiciones de técnica y comportamiento tecnológico (García Roselló y Calvo Trías, 2013: 13). Rescatando las nociones singulares de objeto y técnica de su maestro, Leroi-Gourhan cuestionó las interpretaciones, que por aquel entonces defendían a la tecnología

como un medio extrasomático de adaptación, para comprenderla como una realidad colectiva que englobaba el cómputo de acciones realizadas en común por los integrantes de una sociedad para poder sobrevivir. De este modo, comienza a considerar a los individuos no como sujetos pasivos sino como protagonistas que contribuyen al mantenimiento o transformación del orden social. Por ello, para él resultaba imprescindible que los estudios arqueológicos, además de indagar en las características físicas de los objetos, debían incidir en el examen de los procesos de aprendizaje y los diferentes sistemas de transferencia del conocimiento (Leroi-Gourhan, 1988).

Sin embargo, no fue hasta prácticamente mediados de la década de los 70 cuando este tipo de planteamientos empezaron a calar hondo, sobre todo, en proyectos de cariz antropológico (Balfet, 1975; Cresswell, 1976 y 1983; Lemonnier, 1976). En Arqueología, serán varios trabajos dedicados a la talla lítica los encargados de aplicar de forma pionera tales reflexiones desde finales de los 80 (Pelegrin *et al.*, 1988; Pelegrin, 1990; Geneste, 1991). Las investigaciones arqueológicas –o más bien etnoarqueológicas– centradas en aspectos estrictamente cerámicos no llegaron hasta mediados de los años 90 (Gosselain, 1992; Roux, 1992 y 1994; Livingstone-Smith, 2000), siendo, incluso hoy en día, bastante escasas y residuales. Este último hecho quizás se corresponda a la complejidad que estas conllevan o a la todavía concepción generalizada de que los miles de fragmentos cerámicos encontrados en los yacimientos arqueológicos solo sirven para datar, fijar culturas y manifestar su grado de complejidad socioeconómica.

Aun así, si hubiera que dictaminar quien ha sido el verdadero padre de la Cadena Técnico-Operativa como estrategia básica de análisis, todas las miradas estarían puestas en Pierre Lemonnier. Desde su primer artículo sobre el tema en 1976 no ha parado de escribir artículos y monografías sobre los “baruya anga” de Nueva Guinea, que defienden la ejecución de esta línea de trabajo tanto en Antropología como en Arqueología. A partir de 1986, la publicación en el *Journal of Anthropological Archaeology* de una buena parte de sus reflexiones, supuso la internacionalización de la que actualmente se constituye como una de las posturas teóricas más relevantes en el estudio de la tecnología. La base de sus pensamientos entronca con la definición de tecnología de Mauss, que la concibe como una

acción tradicional que las personas heredan y usan durante un periodo largo de tiempo, por tanto, puede comprenderse como un ejercicio innato a la propia sociedad que la desarrolla (Lemonnier, 1992); es una acepción que, aparte de resaltar una nítida variabilidad social, permite entender a la técnica como una práctica que se negocia y formaliza en un contexto social determinado. Según esta visión las acciones y gestos empleados en una tecnología dependen tanto de los recursos disponibles como de las tradiciones tecnológicas existentes, puesto que es mediante estas que se formulan y se transmiten los atributos sociales, las identidades de grupo y los juicios de valor sobre aquellos aspectos que se observan apropiados –o no– (Dobres, 2000).

El asumir la experiencia subjetiva de las técnicas conlleva un reenfoque del estudio del objeto y de la relación entre comportamiento técnico y comportamiento social (García Roselló y Calvo Trías, 2013: 18). Se huye de la tan arraigada polaridad occidental entre naturaleza y tecnología y se propone la construcción de un marco de análisis que contemple la cultura material como una entidad social y no como un mero producto elaborado para suplir una necesidad particular. Para ello, se plantea la realización de investigaciones que incidan en los principios operacionales plasmados en la secuencia de producción y las habilidades materializadas por parte de los agentes humanos, en este caso, el artesanado (Ingold, 2000: 316). Ahora bien, para acceder correctamente a los hábitos técnicos y a la vez sociales de este artesanado, sería obligatorio distinguir dentro de toda acción técnica cinco componentes básicos interrelacionados entre sí (Lemonnier, 1992). Cualquier operación social que va dirigida a la creación y uso de objetos, es decir, de identidades físicas que únicamente disponen de sentido en un espacio social concreto, tendría que regirse por los siguientes mecanismos (Fig.54):

- 1) La materia con la que se produce el objeto. Agrupa al conjunto de elementos físicos instituidos socialmente que actúan en el proceso tecnológico, incluido el cuerpo mismo del o de los artífices del objeto. Al respecto, se convierte en un hecho fundamental el conocimiento de las características físico-químicas de la materia que se manipulan a través de la técnica y del entorno natural y cultural en el que se obtiene.

2) La energía. Hace referencia a la cantidad de fuerza que socialmente se considera necesaria para transformar la materia empleada en la generación y uso de los objetos.

3) Las herramientas. Colección de instrumentos utilizados desde una perspectiva social para dar sentido formal a los objetos realizados.

4) Los gestos. La suma de ejercicios organizada regularmente en secuencias operativas que dependen de una serie de criterios sociales. El orden de su aplicación, así como las estructuraciones que razonan qué gestos son más sobresalientes que otros dentro del proceso de manufactura, serían decisiones que también dependerían de dichos criterios (Gosselain, 2000).

5) Los conocimientos técnicos –el *Savoir Faire* o *Know How*–. Resultan de las elecciones conscientes o inconscientes que conforme a cosmovisiones específicas permiten transformar la materia de una manera o de otra. Estos conocimientos pueden representarse tanto a nivel individual como a nivel colectivo, recogiendo en este último caso la tradición tecnológica que identifica a un grupo. En primera instancia, son los que establecen las decisiones que se toman en la secuencia productiva, así como en las de uso y abandono de los objetos. Ante una gran posibilidad de alternativas materiales, técnicas y formales, los conocimientos técnicos fijan a partir de un contexto social determinado las estrategias de producción y uso. Las elecciones consideradas por los agentes giran constantemente alrededor de los mismos patrones al encontrarse fuertemente condicionados por su proceso de aprendizaje, la tradición y las características de la sociedad a la que pertenecen. Aun así, no puede decirse que los conocimientos técnicos sean siempre rígidos o estáticos, siendo más bien justo lo contrario. Múltiples factores provocan en ellos variaciones estructurales o parciales. Las primeras, relacionadas seguramente con transformaciones sociales de carácter estructural, serían las más profundas al suponer la introducción de una nueva cadena tecnológica y modificaciones en el “saber hacer” aprendido (Calvo Trías y García Roselló, 2012: 395); en cambio, las variaciones parciales no serían más que alteraciones de tipo secundario, un conjunto de acciones individuales que no conllevarían desviaciones sustanciales ni en el aprendizaje ni en el *corpus* tecnológico.

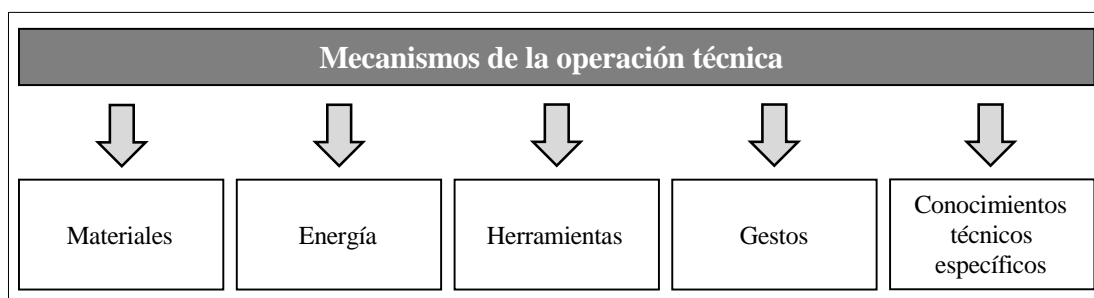


Fig. 54: Mecanismos de la operación técnica (modificado a partir de Lemonnier, 1992).

Queda claro entonces que el concepto de Cadena Técnico-Operativa que Pierre Lemonnier instauro, pretende consolidar una noción de tecnología cimentada en la reciprocidad existente entre la realidad social y la materia natural (Lemonnier, 1986; Balfet, 1991; Cresswell, 1993). En este sentido, los procesos tecnológicos se entienden como sistemas tecnológicos socialmente estructurados en los que materiales, agentes, ideas y creencias están continuamente interrelacionados. De este modo, el artesanado que elabora con sus propias manos centenares de piezas cerámicas no dispone de una libertad de decisión plena al hallarse encuadrado dentro de una tradición social que comparte toda una serie de elementos culturales comunes. Los procesos tecnológicos y los esquemas de significación social operan transversalmente, de ahí la importancia de planificar estudios que analicen tanto la transformación técnica como la cognición social habida tras cada gesto técnico elegido. La Cadena Técnico-Operativa sería, pues, un marco de acción adecuado, ya que no solo incluye la secuencia de materiales y acciones técnicas utilizadas en la realización de cualquier objeto, sino que revela aspectos menos evidentes como los conocimientos tecnológicos necesarios, las alternativas técnicas disponibles, el propio “saber hacer” del agente o de su entorno social, la toma de decisiones y las rutinas diarias de aprendizaje, práctica y uso definidas en el *habitus* (Vidal, 2014: 34).

Aunque con matizaciones distintas, el concepto de Cadena Técnico-Operativa sigue entendiéndose actualmente como un protocolo de actuación que ofrece la posibilidad de indagar en la tecnología, en su interacción social y en los significados culturales que se reproducen a través de ella (Colomer Solsona, 2005; González Ruibal, 2005; García Roselló, 2007 y 2008; Cresswell, 2010; Gosselain, 2008 y 2011; Lemonnier, 2004, 2012 y

2018; García Roselló y Calvo Trías, 2013; Calvo Trías y García Roselló, 2014). Pese a las limitaciones que supone este concepto, resulta bastante eficaz para construir aproximaciones tecnológicas sobre los diferentes modos de hacer, al ser ante todo un concepto analítico construido por los investigadores y ceñirse exclusivamente al registro de conductas que dejan huella en la cultura material (Vidal y García Roselló, 2009). De hecho, la realidad es que cuanto más precisa sea la caracterización de las técnicas desarrolladas, más cerca se estará de tener una imagen global de la tecnología y del contexto social que esta representa (Sigaut, 1994).

Este trabajo parte del deseo de cumplir este objetivo y rastrear de forma sistemática las técnicas empleadas por los alfareros cogoteños en el transcurso del primer milenio antes de nuestra era. En esta ocasión, la descripción tecnológica de las acciones técnicas y operaciones físicas de las cerámicas documentadas arqueológicamente en el yacimiento de Las Cogotas no busca conseguir un mero relato de las fases productivas y los instrumentos utilizados en ellas. Pongamos un ejemplo, contrastar que los cuencos/catinos de Cogotas II se modelaban manualmente superponiendo rollos de arcilla o que las urnas de Cogotas III se cocían en estructuras de combustión bicamerales, ¿qué información aportarían estos datos técnicos para poder comprender las sociedades del pasado? Sinceramente, bastante poca.

Asumiendo como propios los planteamientos del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de las Islas Baleares, la Cadena Técnico-Operativa se define aquí como un útil analítico e interpretativo que, además de dilucidar la secuencia física de acciones técnicas utilizada para fabricar, usar y reparar un objeto determinado, sirve para detallar las correlaciones efectivas entre materia, pensamiento y organización social (Calvo Trías y García Roselló, 2014: 18). Lógicamente, para llevar a buen término y lograr intuir las identidades de las gentes que poblaron Las Cogotas en la Edad del Hierro, se pretende configurar una línea de estudio articulada en dos frentes. Por un lado, dedicar el máximo esfuerzo a crear una metodología que reconstruya las Cadenas Técnico-Operativas a partir de la identificación de la totalidad de operaciones físicas que han intervenido para convertir una serie de recursos naturales en piezas cerámicas. Por otro lado, examinar y confrontar,

diacrónica y sincrónicamente, el conjunto de cadenas operativas recompuestas a través de la interpretación de las características físico-químicas de los elementos cerámicos y sus trazas o huellas de manufactura. La intencionalidad de dichas observaciones y comparativas tendría que ver con la misión de atisbar la existencia de cambios o continuidades en las opciones técnicas de fabricación y en la cognición tecnológica y social. En definitiva, “detallar los patrones de regularidad formal –y *no formal*– y concretar las variantes dentro del modelo definido” (Prieto Martínez, 1999: 76, la cursiva es nuestra).

Por tanto, se programa una exploración de las técnicas que no solo puntualice en cómo se producían diversos tipos y formas cerámicas distintivas de la Edad del Hierro peninsular, sino que también sea capaz de incidir en las siguientes facetas:

a) La resistencia al cambio o bien, la caracterización de acciones heterogéneas que impliquen en la infraestructura técnica variaciones estructurales o secundarias. La evidencia de signos que demuestren el mantenimiento prolongado de acciones tecnológicas, o todo lo contrario, la documentación de patrones que indiquen la introducción de modificaciones puntuales o profundas en los aparatos técnicos, podrían ser el reflejo –o no- de comportamientos sociales diferentes conforme a líneas de pensamiento diferentes. Es cierto que una tradición tecnológica dispone de secuencias operacionales que se consideran claves para el sustento de una tradición tecnológica (Gosselain, 2000). En este sentido, la no identificación en ellas de alteración alguna o en su defecto, la tipificación cuantitativa de permutas de naturaleza parcial o estructural, permiten el desarrollo de un buen número de interpretaciones centradas en explorar el cómo y el porqué de tales actitudes. Por ejemplo, el registro de estas variables brindaría la oportunidad de reflexionar sobre si las transformaciones, en el caso de haberlas, responden a innovaciones internas fruto de la maestría y “saber hacer” del artesano agente o son la consecuencia de innovaciones externas fraguadas fuera o en el propio entorno del artesano agente sin ser este el principal protagonista. El rastreo de estas variaciones supone al mismo tiempo la indagación en el espacio social en el que se insertan.

b) La transmisión del conocimiento. Los vínculos efectivos entre fenómenos técnicos y factores de orden social se hacen evidentes en el modo en el que se transfieren los saberes técnicos. La enculturación instauro un sistema estricto de intercambio en el que cualquier gesto que no corresponda con el patrón social adecuado es corregido por el aprendiz y desechado por el maestro. Al respecto, fuertes dinámicas de *habitus* participan en la adquisición de determinados gestos técnicos que, por regla general, son siempre prioritarios en los procesos de manufactura y uso posterior. La predilección por parte de los artesanos de unas acciones técnicas frente a otras se vincula a una serie de premisas formativas que refuerzan el planteamiento ideológico de una comunidad. Las elecciones técnicas están íntimamente relacionadas con un conocimiento social que solo tiene sentido dentro de un sistema ontológico dado. De esta manera, la tradición tecnológica acorde con una forma concreta de vivir se mantiene de generación en generación mediante la consolidación del “saber hacer” impuesto para llevarla a cabo y el traspaso de dichos conocimientos entre los individuos (Schiffer y Skibo, 1987). Cada decisión tomada por los artesanos está sujeta a compromisos sociales, un hecho que limita su libertad de actuación en cuanto a la selección de técnicas alternativas. La consecución de cambios en el proceso tecnológico, es decir, préstamos, modas e innovaciones no suele ser la tónica habitual, por lo que la constatación de modificaciones sustanciales en los tipos de materiales o técnicas empleadas podría significar el establecimiento de motivaciones sociales e ideológicas distintas (Sillar y Tite, 2000).

c) La transversalidad de las operaciones tecnológicas. Toda actividad tecnológica se ve regulada por un grupo de mecanismos conscientes o inconscientes que la unen a un medio social específico. Tanto es así que los gestos técnicos y los conocimientos acaban adaptándose y dependen íntegramente de los códigos de conducta de la sociedad en la que se insertan. Hasta cierto punto, advertir las variaciones en las cadenas operativas puede equipararse a la investigación del espacio social en el que se materializan. Y es que cada tecnología “comprende una compleja interacción de conductas y fenómenos que se manifiestan durante las fases de fabricación, uso, mantenimiento y *descarte*” (Albero Santacreu, 2011: 540, la cursiva es nuestra). El “saber hacer” y los procesos de aprendizaje apuntalan y transmiten un conjunto interrelacionado de normas que fortalecen las

relaciones en el marco social donde se desarrolla. No obstante, ambos no son inalterables y al transformarse modifican las perspectivas sociales, las costumbres, las creencias y, por ende, la tecnología y sus productos. En lugar de realizar hipótesis mecanicistas debe procurarse un análisis contextual centrado en fijar las conexiones que existen entre el conocimiento, las demandas sociales y los cambios –o no– en los procesos de fabricación de los artefactos.

3.4. Hacia una propuesta metodológica

El apartado que sigue a continuación se proyecta con la aspiración de desgranar cada uno de los pasos tomados para abordar este difícil reto. Con el propósito principal de teorizar en torno a la observación, clasificación, análisis y comparación de las distintas estrategias productivas y modos de actuación en lo que a fabricación cerámica se refiere en el yacimiento de Las Cogotas, se planifica un reconocimiento técnico centrado en tres criterios elementales y que están fuertemente imbricados entre sí: 1) la descripción ordenada y exhaustiva de los ciclos cerámicos; 2) la definición detallada de todos los gestos y prácticas empleadas durante el proceso de manufactura y 3) el grado de suficiencia tecnológica cerámica, o sea, el aprendizaje y el “saber hacer” asociado a cada proceso tecnológico. Para ello, se propone un protocolo de actuación que incluye referencias etnoarqueológicas, arqueométricas y experimentales para afrontar los problemas arqueológicos derivados del propio transcurso de la investigación. Porque, a diferencia de lo que ocurre en estudios de tipo etnográfico donde la conceptualización de las secuencias tecnológicas se centra en la documentación de la dinámica de los actores, en Arqueología únicamente se registran las trazas dejadas por las acciones técnicas que aún se conservan (García Roselló y Calvo Trías, 2013: 31).

El paso de la materialidad a su cadena técnica y, de ahí, a la ontología de las personas que la crean es un hecho que no puede decirse que sea fácil; no obstante, una buena parte de los objetos arqueológicos todavía mantiene en sus atributos fisicoquímicos una serie de pistas que llevan a interpretar el conjunto de decisiones técnicas que libremente –o no– se han tomado tanto en su fabricación como en su uso posterior. En este sentido, el examen de una muestra cerámica concreta a partir de la aplicación del modelo de Cadena Técnico-Operativa no tiene razón de ser sin contemplar la Etnoarqueología, la ciencia arqueométrica y la experimentación como herramientas fundamentales. Estas tres disciplinas son trascendentales para indagar con precisión en los pormenores de cada una de las fases de producción, así como en la cognición tecnológica y en los procesos de aprendizaje. De lo contrario, el abordaje arqueológico de este tipo de cuestiones sería, en la mayoría de los casos, incompleto, puesto que a veces las cerámicas no disponen a simple vista de las marcas que permitan entender con detalle los ciclos operacionales (Fig.55).

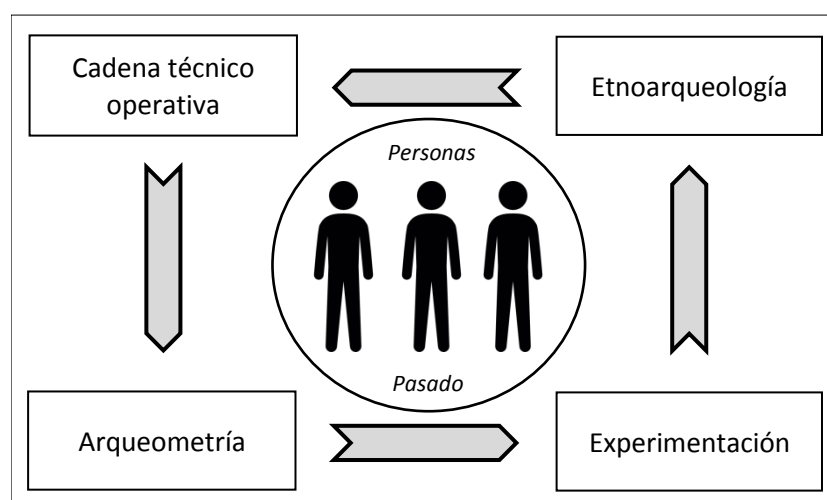


Fig. 55: El concepto de CTO junto a las disciplinas etnoarqueológica, arqueométrica y la experimentación en arqueología como mecanismos para investigar el pasado.

Si se toma como punto de partida la consideración antropológica del objeto, la Etnoarqueología se convierte en un instrumento esencial para concebir inferencias acerca del sentido de las cosas en cada comunidad humana, independientemente de que esta sea presente o pasada (David y Kramer, 2001). En esta ocasión y bajo la pretensión de alcanzar dimensiones sociales relacionadas con cuestiones que atañen al cómo, al por qué y al por

quién de los recipientes cerámicos, la disciplina etnoarqueológica y, concretamente, los trabajos focalizados en la cerámica ayudan a entender el vínculo efectivo entre sociedad y cultura material (García Roselló, 2008). Asimismo, estas perspectivas facilitan la comprensión y concienciación sobre la diversidad y multiplicidad de conexiones existentes entre las personas y sus herramientas (González Ruibal, 2005; Lemonnier, 2012). Huyendo por descontado de la tentación de realizar analogías directas que ayuden a explicar comportamientos genéricos, lógicos y actualistas, estos estudios son un complemento excelente en Arqueología para desarrollar análisis integrales de los procesos técnicos que no solo incluyen los procesos propiamente dichos, sino también la simbología identitaria de la fabricación de cerámica (González Ruibal, 2003: 38). El manejo de una buena parte del total de la bibliografía disponible, desde la síntesis de Carol Kramer publicada en 1985 hasta la excelente compilación de Valentine Roux en 2016, ha propiciado una apertura de miras en lo que a generación de interpretaciones se refiere. A su vez, la realización de investigaciones etnoarqueológicas en primera persona, tanto en España como en Egipto, ha servido para desconectar del pensamiento racional actualista de Occidente y plantear la necesaria existencia en el pasado de realidades sociales diferentes. En este sentido, se planificó una hoja de ruta basada en la toma de la mayor cantidad de datos posible a través de una observación participante, una postura que concede al investigador la capacidad de interactuar y apreciar de cerca las actividades de un grupo sin ser parte constituyente de la esencia del mismo (Kawulich, 2005).

La observación arqueométrica del total de formas cerámicas constatadas en Las Cogotas se ha realizado con el objetivo de conocer las particularidades tecnológicas de las materias primas empleadas. Siendo conscientes de que la caracterización técnica de las arcillas es más bien el medio para llegar a un fin que el fin en sí mismo, se ha llevado a cabo una observación con lente estereoscópica, tanto de los fragmentos como de las piezas cerámicas completas, con la intención de atisbar macroscópicamente las trazas de producción, la aplicación –o no– de bruñidos o engobes, las tonalidades de las matrices y las superficies, cuantificar el número de desgrasantes contenidos en la matriz y detallar, en el caso que fuera posible, las distintas especies minerales adivinadas. Para ello, se ha utilizado una lupa binocular “WILD M8”, con un objetivo de 0,5 X aumentos y oculares de

10 X, complementado por un zoom modelo “FACTOR ZOOM” que además ha servido para tomar fotografías mediante el sistema de adquisición de datos “LAS INTERACTIVE MEASUREMENT MODULE V.4” de Leica.

A la par, la caracterización mineralógica ha sido completada a través de la ejecución de análisis microscópicos de Difracción y Fluorescencia de rayos X -DRX y FRX- en el Centro de Instrumentación Científica de la Universidad de Granada. El primero de ellos se efectuó en función de un difractómetro “BRUKER D8 ADVANCE”, con detector rápido “Lynxeye”, radiación Cu K α -configuración θ - 2θ , $\Delta\theta=0,04^\circ$ con 2 s de integración por paso, $2\theta = 5-70^\circ$ -, en condiciones ambientales de 25° C y recurriendo al método tradicional de polvo cristalino (Moore y Reynolds, 1989). Bajo la premisa de conseguir información sobre las tendencias en las composiciones y aproximaciones fiables en cuanto a las temperaturas de cocción, los difractogramas obtenidos han sido comparados con la base de datos PDF2 del ICDD mediante el programa XPOWDER y el método “REFERENCE INTENSITY RATIOS” normalizado (Chung, 1974; Martín Ramos, 2004 y 2006).

El segundo de los análisis buscaba describir geoquímicamente las diferentes producciones cerámicas documentadas. De este modo, porciones máximas de 1 cm², pertenecientes a un conjunto significativo de estas, se ha molido en un mortero de ágata para alcanzar una granulometría óptima -60 μ - con la que homogeneizar las muestras y evitar posibles alteraciones derivadas de desgrasantes accidentales, concreciones o añadidos por restauración que puedan modificar el estudio representativo de la totalidad de los fragmentos. Las mediciones de FRX se realizaron en un equipo X NITON XLt 792 que tiene acoplado un tubo de rayos C de 40 kV y ánodo de Ag, así como un diodo de Silicio PIN con detector de enfriamiento Peltier. El procedimiento ha seguido constantemente las instrucciones del fabricante y el método 6200 (US EPA, 2006), que fija para cada muestra un tiempo estipulado de 60 segundos con tres repeticiones y una rutina de calibración inicial del instrumento con plata y tungsteno en el interior del obturador.

La vertiente experimental se ha resuelto gracias al uso de colecciones experimentales elaboradas *ex profeso* para otras investigaciones relacionadas con la

tecnología cerámica y a la práctica de experimentos programados en exclusiva para abordar este trabajo. Concretamente, y dado su carácter pionero, se han consultado *in situ* y de manera pormenorizada los modelos cerámicos experimentales de Valentine Roux, Marie Agnès Courty, Agnès Gelbert y Caroline Jeffra, conservados actualmente en el *laboratoire de Préhistoire et technologie* del CNRS en la Universidad de Paris Ouest. Qué duda cabe que el interés por reevaluar aspectos tan interesantes como el porqué de la incorporación del torno al proceso de producción cerámico, exige una cierta familiarización con estos estudios experimentales. Ambos, tanto desde enfoques etnoarqueológicos como puramente arqueológicos, hacen hincapié en una serie de marcas de manufactura hasta ahora nunca tenidas en cuenta en España, en lo que a análisis tecnológicos se refiere.

A su vez, y de forma conveniente, se han llevado a cabo aproximaciones experimentales propias en las que diversos colectivos fueron protagonistas. Por un lado, se ha contado con la ayuda de niños y niñas de nacionalidad española con edades comprendidas entre los 7 y 12 años, así como con el favor de hombres y mujeres de mayor edad y dentro de un intervalo que oscila entre los 20 y 60 años. Todos ellos han participado, altruistamente, en la creación de tablas antropométricas de poblaciones caucásicas que recogen el tamaño en anchura de las huellas dactilares de los dedos índice y pulgar en poblaciones infantiles y adultas contemporáneas. Por otro lado, ha sido aprovechada la experiencia de Antonio y Bartolomé Padilla Herrera, dos maestros alfareros tradicionales que todavía perpetúan su oficio en la localidad de Bailén (Jaén), y de varias familias alfareras egipcias musulmanas y cristianas-coptas que desarrollan su actividad cerámica en los alrededores de la ciudad de Luxor. Por supuesto, sin olvidar que la esencia de este procedimiento no puede alejarse de la misión de intentar comprender comunidades y no gestos técnicos sin sentido social, con ellos se han replicado experimentalmente determinados procesos tecnológicos para evaluar las tendencias mecanicistas fijadas por el conocimiento –o no– de tradiciones técnicas específicas. De hecho, las comparaciones a nivel “macro” y “micro” de las trazas experimentales con las arqueológicas dejan entrever que la tecnología cerámica sirve para algo más que para saber producir un recipiente funcional, constituyéndose *de facto* en una acción cultural y social netamente condicionada por su contexto. Y es que pese a que, *grosso modo*, gran parte de la secuencia básica

necesaria para desarrollar una actividad alfarera ha permanecido a lo largo del tiempo invariable (Vidale, 1992: 105), las tareas estratégicas desplegadas para ejecutar dicha secuencia difieren por completo debido a que se conforman y dependen íntegramente de realidades sociales particulares.

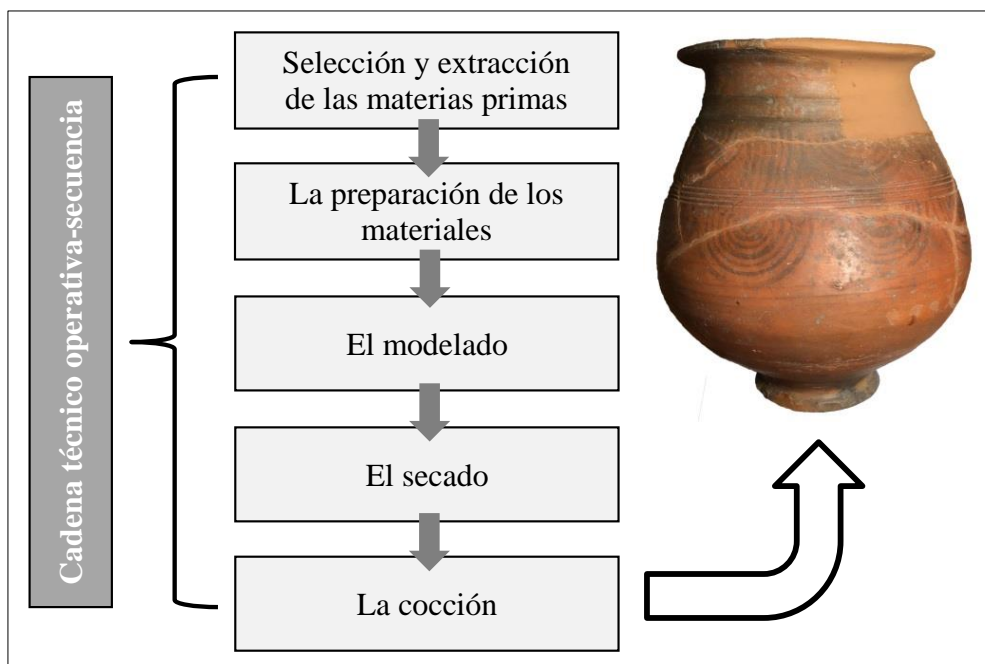


Fig. 56: Esquema de las secuencias de producción de la CTO.

En efecto, el estudio del control social sobre ciertos gestos técnicos facilita el entendimiento de la conexión directa existente entre estos y otros fenómenos sociales (González Ruibal, 2003: 30). Ahora bien, tal y como ya ha sido indicado reiteradamente con anterioridad, el acceso a este tipo de información demanda el conocimiento exhaustivo de cada una de las etapas de producción. Precisamente por esto, se pone en marcha la aplicación de un modelo de análisis centrado en la recomposición de las cadenas operativas, concediendo una atención individualizada a cinco grandes fases³: 1) la selección y extracción de las materias primas; 2) la preparación de los materiales; 3) el modelado; 4) el

³ Frecuentemente, el proceso productivo cerámico culmina con la cocción de las piezas diseñadas. No obstante, en ocasiones puntuales las cerámicas pueden recibir una serie de tratamientos post-cocción. Estudios etnoarqueológicos y experimentales evidencian que es bastante habitual aplicar pinturas y engobes, grabar motivos decorativos y sellar superficies justo después de la fase de cochura (Rye, 1981; Rice, 1987; Vidal, 2011). Al no haber sido encontrada huella alguna del uso de este tipo de tratamientos en el conjunto cerámico de la Edad del Hierro documentado en el yacimiento de Las Cogotas, no han sido tenidos en cuenta como una sexta fase.

secado y 5) la cocción. En obediencia a lo expuesto por Pierre Lemonnier (1992), estas son interdependientes y consecuentes, al establecerse en ellas relaciones constantes entre materiales, energía, herramientas, gestos y saberes bien definidos (Fig.56).

La selección y extracción de las materias primas

Al igual que para la elaboración de cualquier objeto cerámico, el conjunto de decisiones tomadas por los alfareros de Las Cogotas en la Edad del Hierro tuvo que girar en torno a la consecución del mineral de arcilla, el principal elemento y pilar fundamental sobre el que se cimenta todo el proceso de manufactura cerámico. Y no es para menos, ya que esta roca sedimentaria y metamórfica representa el 99% de su naturaleza fisicoquímica (Orton, Tyers y Vince, 1997: 135). La cerámica se compone mayoritariamente de sílice – más del 50% –, aluminio combinado –más del 15%–, agua de constitución –entre el 3% y 5%– y varias impurezas –entre el 7% y 14% – como óxidos de calcio, hierro, potasio, magnesio, sodio o titanio, (Seseña, 1976: 12). Este material es a todas luces complejo, caracterizado por el pequeño tamaño de sus partículas –menos de 0,002 mm de diámetro– que admite en estado natural la creación de formas artificiales de diversa índole. La plasticidad se convierte de este modo en una de sus principales cualidades, que al mismo tiempo concibe el agua y el combustible como dos recursos básicos en la fabricación cerámica. Además, la recogida en el medio de desgrasantes, es decir, otros elementos materiales que pueden interferir en las propiedades y el grado de maleabilidad de las pastas cerámicas deben considerarse como un aspecto importante a tener en cuenta.

El estudio de esta primera fase, que se dedica a la obtención de las materias primas necesarias para hacer productos cerámicos acordes a una serie de condicionantes culturales, pretende examinar sistemáticamente el compendio de acciones ligadas a la localización, selección, extracción y transporte no solo de las arcillas utilizadas, sino también del tipo de desgrasantes, el agua y los materiales empleados como combustible. Esto puede parecer una obviedad, pero, a pesar de ser un planteamiento elemental en lo que respecta al estudio de la tecnología cerámica, sorprendentemente y con frecuencia, se suele pasar por alto la obligatoriedad de incidir en la totalidad de decisiones técnicas tomadas para recolectar los

recursos que intervienen en la secuencia de producción. Este es un hecho quizás motivado por las dificultades que las fuentes arqueológicas tienen para precisar determinadas conductas en el pasado, tales como las que se vinculan directamente con la gestión del paisaje.

Con el objetivo de superar tópicos y generalidades técnicas convencionalmente asumidas, bien por la falta de información o por la asimilación de lógicas de trabajo consideradas de “sentido común”, se propone la puesta en práctica del concepto de Área de Captación de Recursos (Arnold, 2005: 17). A pesar del surgimiento de esta estrategia en el seno de planteamientos funcionalistas, su combinación con análisis de caracterización de materiales es capaz de generar inferencias interesantes sobre la posible procedencia de las pastas cerámicas, de la utilización –o no– de criterios de selección en cuanto a la elección de la clase de combustible y los desgrasantes empleados, o la cantidad de agua imprescindible para lograr el éxito del proceso productivo.

No hay que olvidar que todo, hasta el más mínimo detalle, se encuentra regulado por la estructura identitaria de una sociedad. Así, el uso preferencial de unas arcillas y no otras; la predilección por trozos de hueso machacado en lugar de materiales inorgánicos como micaesquistos para aumentar la resistencia térmica de las cerámicas; la tendencia a escoger excrementos o desechos de la preparación de alimentos en vez de madera para generar fuego, o el automatismo de necesitar más o menos agua, se configuran como datos relevantes a considerar.

Para ello, alrededor de Las Cogotas se ha trazado un área de captación de recursos a través de la representación de círculos concéntricos. Teniendo en cuenta la topografía del terreno y la dificultad que reside en los diferentes trabajos de acopio se han fijado tres límites en función a la lejanía del yacimiento, considerado este, como punto central: el primero situado a un kilómetro del propio emplazamiento arqueológico, el segundo dispuesto a los 5 km –distancia que un adulto camina en una hora si el terreno es favorable– y el tercero localizado a los 7 km, marcando el fin del diámetro marginal. La superación de este último círculo para obtener recursos materiales relacionados con la manufactura

cerámica supondría, en cualquier caso, el no retorno a las inmediaciones del asentamiento en la misma jornada con ellos recolectados (Fig.57).

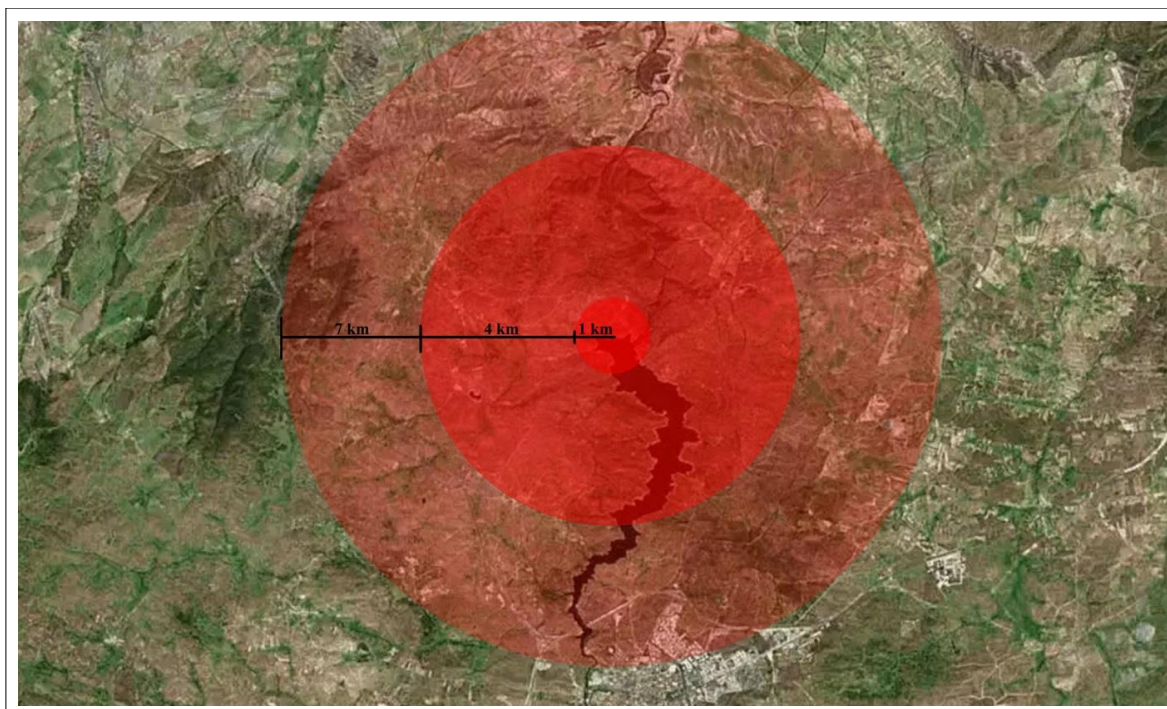


Fig. 57: Área de captación de recursos aplicado en torno al yacimiento de Las Cogotas.

La preparación de los materiales

Justo después de realizar el transporte de las materias primas hacia los espacios de trabajo —o específicos— suelen llevarse a cabo operaciones vinculadas a la consecución de pastas arcillosas homogéneas y de propiedades concretas que favorezcan el éxito del proceso productivo. En su mayoría, los recursos arcillosos se hayan naturalmente mezclados junto a elementos de diversa índole que son descartados —o no— por cuestiones meramente culturales. A partir del desempeño de tareas como la purificación es posible eliminar compuestos orgánicos e inorgánicos que son perjudiciales para el buen desarrollo de la actividad alfarera (Mannoni y Giannichedda, 2004: 95); este se constituye como un medio, entre otros muchos, para aumentar la plasticidad de la arcilla y conseguir resultados formales de buena calidad. Además de exponer la arcilla al sol y expurgar manualmente las

inclusiones no deseadas, existe toda una clase de métodos accesorios que permiten igualmente depurar la arcilla con éxito como, por ejemplo, el tamizado y el levigado.

Tal y como ha sido puesto de relieve por distintas investigaciones etnoarqueológicas (Druc, 1996; Arnold, 2000; González Ruibal, 2005; Gosselain, 2008; García Rosselló, 2008), la decantación por tamizado se postula como una de las vías más frecuentes para limpiar y añadir sólidos orgánicos e inorgánicos; no en vano, este sistema tan solo requiere de una criba y una pequeña balsa para preparar pastas con el tamaño de las partículas y componentes minerales apropiados.

En cambio, la decantación por levigado es un trabajo más complejo que exige la construcción de un conjunto de piletas estancas de grandes dimensiones donde la arcilla se depura añadiendo agua (Peacock, 1982: 54). Tras ser batida y removida con la intención de separar la parte más tenue de la más gruesa, que se deposita en el fondo de dichas piletas, la fracción más fina de arcilla libre de elementos contaminantes se deja reposar hasta que el agua se evapora de manera natural y alcanza una consistencia plástica.

Por desgracia, la distinción arqueológica del uso de estas labores, ya sea de forma independiente o mezclando y alternando sucesivamente cada una de ellas, es una tarea complicada. Del mismo modo, resulta bastante difícil poder identificar el cómputo global de acciones destinadas a homogeneizar las pastas cerámicas resultantes de las tareas de decantación.

A continuación de la selección y manipulación inicial de la arcilla se procede a su pisado y amasado. Se trata de una secuencia determinante que contribuye a ordenar y distribuir correctamente las partículas en su interior, evitando así hidrataciones dispares y burbujas de aire nocivas para la consecución del proceso productivo (Fig.58). En virtud de esto, las tareas relacionadas con la puesta a punto de las pastas cerámicas en Las Cogotas únicamente pueden documentarse mediante la conservación de estructuras y herramientas que lo certifiquen o mediante el avistamiento en las cerámicas de patrones tecnológicos sintomáticos –o no– de su ejecución efectiva.

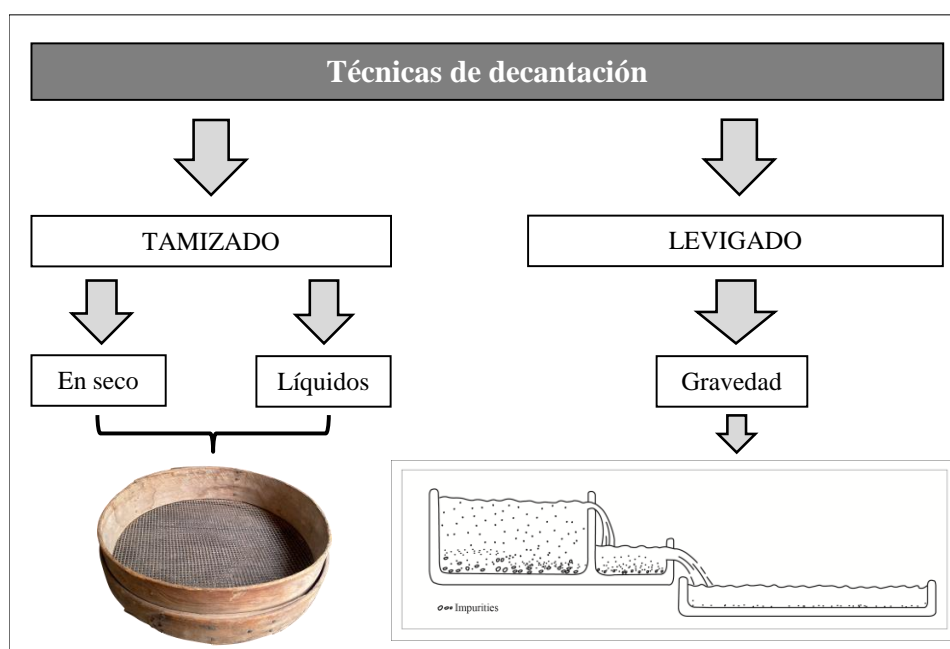


Fig. 58: Diferentes procesos de decantación.

Por este motivo, se presenta un plan de actuación centrado en la revisión contextual e interpretativa de los restos materiales encontrados hasta la fecha y en el examen categórico de perfil macro y microscópico de las matrices cerámicas. De acuerdo con esto, las escasas huellas habidas en el registro y la ciencia arqueométrica se erigen como las fuentes principales de información arqueológica; en cuanto al examen de las matrices cerámicas, aparte de aportar respuestas correspondientes a los elementos que componen las pastas y las propiedades que estos otorgan a los productos cerámicos, puede contribuir especialmente a obtener respuestas ligadas al porqué de los condicionantes que inducen a utilizar estrategias que no obedecen necesariamente a nociones de efectividad, funcionalidad y maximización económica. Es posible que el significado arqueológico de los datos científicos plantee variables de elección vinculadas a pautas sociales o identitarias. Ahora bien, la potencial comprensión de dichas variables obliga a conocer a la perfección los tipos de información dados por estos análisis y, por consiguiente, cuáles de ellos son realmente útiles. No sirve de nada hacer analíticas de toda clase sin tener claro lo que se pretende buscar, logrando en exclusiva investigaciones completadas con tablas y gráficos sin sentido.

El modelado

El carácter plástico y la capacidad de hidratación constante convierten a la arcilla en un mineral *cuasi* mágico que ofrece al ser humano la oportunidad de modelar objetos a partir de varias líneas de manufactura. Por consiguiente, puede recibir agua sin que se descomponga y puede amasarse y obtenerse de ella las formas deseadas, permaneciendo invariables una vez alcanzado el secado (Seseña, 1976: 12). El importante papel que la arcilla ha desempeñado a lo largo de la Historia radica en estas dos propiedades, sin las cuales no sería factible la creación de piezas cerámicas, independientemente del modo de su manufactura. Precisamente por ser esta una de las fases claves del proceso productivo, abundan los trabajos etnográficos y etnoarqueológicos que describen con detalle la multiplicidad de técnicas empleadas para modelar piezas cerámicas (Rice, 1987; Arnold, 1993; Gallay *et al.*, 1996; Gosselain, 1998 y 2011; Livingstone-Smith, 2007; Pikirayi y Lindahl, 2013; García Roselló y Calvo Trías, 2013; Roux, 2016; Biagetti y Lugli, 2016).

A grandes rasgos podría decirse que los modos más comunes son el modelado a mano mediante ahuecado, urdido con colombinos, paleta, yunque o molde y el modelado a torno lento o rápido (Fig.59). Desde una perspectiva historiográfica, todos ellos han sido utilizados en Arqueología para fundamentar la idea de una Historia lineal que tiende gradualmente al progreso. Así, aquellas comunidades que elaboraban sus conjuntos cerámicos a través de la aplicación de presiones manuales interdigitales, digitopalmares o recurriendo a herramientas como la paleta, el yunque o el molde, que facilitan la presión y percusión sobre la masa arcillosa (García Roselló, 2010), se concebían como sociedades tecnológicamente más simples que las que sí hacían uso de instrumentos como el torno para producir energía cinética. La manufactura a mano ha sido tradicionalmente el reflejo de cerámicas de signo doméstico y no especializadas, mientras que la manufactura a torno ha sido asociada habitualmente a cerámicas estandarizadas realizadas en un taller artesanal por especialistas. Lógicamente, el dominio del torno como sistema para generar fuerza mecánica ha sido automáticamente representativo de la necesidad de producir el mayor número de piezas cerámicas en el menor tiempo posible. Sin embargo, esta fase técnica no

solo puede ser provechosa para apuntalar visiones formalistas económicas del pasado, sino que también es capaz de reflejar en sentido figurado la ontología y principios de orden social de una sociedad determinada.

Bajo la firme convicción de que la tecnología cerámica ofrece puentes para reflexionar sobre las sociedades que las crearon, se propone un método de estudio basado en identificar la secuencia de realización de las vasijas y la totalidad de particularidades técnicas relacionadas expresamente con el modelado. Con más razón, si cabe, porque es en esta etapa donde se concentran una serie de factores que encarnan la identidad de aquellas personas que la ejecutan, tales como *habitus* tecnológicos o distintos fenómenos de aprendizaje y transmisión de conocimientos (Calvo Trías y García Roselló, 2012: 394).

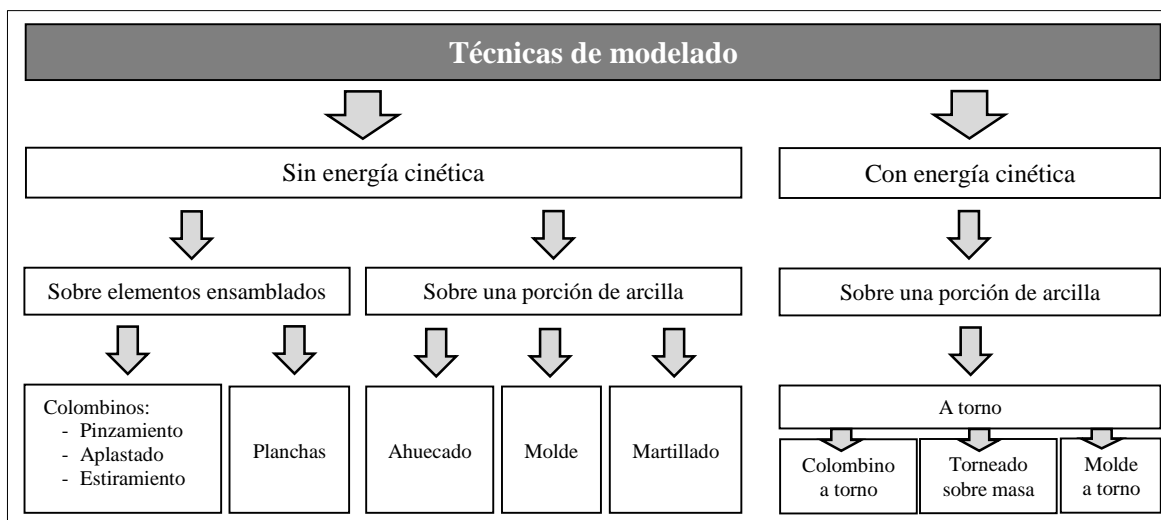


Fig. 59: Diferentes técnicas para llevar a cabo el modelado de las piezas cerámicas.

El levantado de cualquier elemento cerámico obedece a pautas condicionadas por una función que, a su vez, viene estipulada culturalmente por tradiciones técnicas y patrones de aprendizaje adquiridos (Petrequin y Petrequin, 1999; Gosselain, 2000). Por ello, se ha realizado una lectura sistemática con lupa binocular de todas y cada una de las marcas de superficie e internas del registro material cerámico constatado en Las Cogotas, así como la caracterización exhaustiva de ciertos patrones de fractura sintomáticos de las actuaciones técnicas llevadas a cabo para confeccionarlo. Teniendo siempre en cuenta que en ocasiones las trazas avistadas pueden ser accidentales y, por tanto, consecuencia de

procesos postdeposicionales, se ha seguido para el análisis de la cerámica a mano una parte del protocolo de tipos de trazas de modelado elaborado por Jaume García Roselló en su tesis doctoral (2010) publicado junto a Manuel Calvo Trías en 2013 (Tab.1). Para estudiar la cerámica a torno documentada se ha tomado como referente las inferencias técnicas experimentales ya reseñadas de Valentine Roux y Marie Agnès Courty (1995; 1998), Agnès Gelbert (1997) y Caroline Jeffra (2011), enriquecidas con apreciaciones propias (Tabs.2 y 3). Pese a la conservación deficiente de algunos de los fragmentos documentados no ha llegado a ser necesaria la utilización de radiografías para aclarar las dudas planteadas en el transcurso de la investigación.

| Tabla 1: Principales Procesos tecnológicos relacionados con el modelado de la cerámica a mano (modificado a partir de García Roselló y Calvo Trías, 2013: 53) | | | | |
|---|------------|-----------------------|--|----------------------------------|
| Proceso Tecnológico | Finalidad | Modo PTM específico | Proceso tecnológico pormenorizado | Parte de la pieza donde se actúa |
| Modelado primario | Confección | Técnicas de formación | Urdido Placas Moldeado Ahuecado Golpeado manual | Base |
| | | | Urdido Placas Moldeado Ahuecado Golpeado manual | Cuerpo |
| | | | Urdido Placas Moldeado Ahuecado Golpeado manual | Boca |
| | | Técnicas auxiliares | Adelgazado Estirado Doblado Pellizcado Presiones discontinuas Batido Recortado | Base |
| | | | Adelgazado Estirado Doblado Pellizcado | Cuerpo |
| | | | | |

| | | | | |
|---------------------|------------|-------------------------------|---|--|
| | | | Presiones discontinuas Batido Recortado | |
| | | | Adelgazado Estirado Doblado Pellizcado Presiones discontinuas Batido Recortado Parches de arcilla/ pellizcos | Boca |
| | Ensamblaje | Continuo | No hay ensamblaje. Se continúa con la secuencia | Base- Cuerpo Cuerpo- Cuerpo Cuerpo- Boca |
| | | Discontinuo por superposición | Unión por presionado Unión por arrastrado Unión por compactado | Base- Cuerpo Cuerpo- Cuerpo Cuerpo- Boca |
| | | Discontinuo por adosamiento | Unión por presionado Unión por arrastrado Unión por compactado | Base- Cuerpo Cuerpo- Cuerpo Cuerpo- Boca |
| Modelado primario | Reforzado | Por adición | Pegado tira de arcilla Pegado rulo anular | Punto de ensamblaje Punto de inflexión |
| | Engrosado | Por adición | Pegado rulo anular | Boca Base exterior |
| | | Por compresión | Estirado Pellizcado | Boca Base exterior |
| Modelado secundario | Confección | Técnica formación | Rulo Rulo anular Moldeado Placas Bola de arcilla Pellizcado Modelado aplicado Perforado Recortado | Elementos secundarios |
| | | Técnica auxiliar | Adelgazado Estirado Doblado Presiones discontinuas | Elementos secundarios |
| | Unión | Por pegado simple | Unión por presionado Unión por arrastrado Unión por compactado | Elementos secundarios |
| | | Por inserción completa | Unión por presionado Unión por arrastrado Unión por compactado | Elementos secundarios |

| | | | | |
|--------------------------------------|---|--------------------------|--|---|
| | | Por inserción parcial | Unión por presionado Unión por arrastrado Unión por compactado | Elementos secundarios |
| | | Por pegado con barbotina | Unión por presionado | Elementos secundarios |
| | Reforzado | Por adición | Pegado de tira arcilla Pegado de rulo anular Inserción tira | Elementos secundarios |
| | Engrosado | Por adición | Pegado de rulo anular Pegado de tira | Elementos secundarios |
| | | Por compresión | Estirado Pellizcado | Elementos secundarios |
| Tratamiento de superficie primario | Homoge. superficie | Por compresión | Alisado Compactado Martilleo | Toda la pieza/ Base/ Cuerpo/ Boca |
| | | Por extracción | Raspado | Toda la pieza/ Base/ Cuerpo/ Boca |
| | | Por adición | Pegado tira de arcilla Pegado parche de arcilla | Toda la pieza/ Base/ Cuerpo/ Boca |
| | Forma final del cuerpo | Por compresión | Paleteado | Toda la pieza |
| | Forma final del cuerpo | Por extracción | Recortado | Extremos de la pieza |
| Tratamiento de superficie secundario | Modifi. de superficie | Por extracción | Excisión | Toda la pieza/ parte de la pieza |
| | | Por compresión | Incisión Impresión manual Impresión con matriz | Toda la pieza/ parte de la pieza |
| | | Por adición | Pintado Relleno de engobe Incrustación | Toda la pieza/ parte de la pieza |
| | Tratamient. final de superficie/ acondicionamiento superficial | Por fricción | Bruñido | Toda la pieza |
| | | Por adición | Aplicación capa de engobe Baño materia orgánica Grafitado Ahumado | Toda la pieza |

| Tabla 2: Principales métodos del modelado de cerámica a torno con colombinos (modificado a partir de Roux, 2016) | | | | |
|--|--|---|--|--|
| | Método 1 | Método 2 | Método 3 | Método 4 |
| Descripción de los cuatro métodos con ERC* | | | | |
| Formación de colombinos | | | | ERC** |
| Unión de colombinos | | | ERC** | ERC** |
| Adelgazamiento de colombinos | | ERC | ERC** | ERC** |
| Modelado | ERC | ERC | ERC | ERC |
| Tiempo estimado de manufactura de piezas de 10 cm de altura | | | | |
| Operaciones sin ERC | 40 min | 30 min | 20 min | |
| Operaciones con ERC | 10 min | 10 min | 20 min*** | 30 min |
| Total | 50 min | 40 min | | 30 min |
| Síntesis de las principales trazas superficiales producidas por los diferentes métodos a torno | | | | |
| Morfología de las paredes | -Posibles modificaciones diferenciales de las caras externas e internas -Ligera modificación con ERC. No se ejerce presión constante en la arcilla -micro relieve irregular: burbujas de aire con patrón en paralelo | - Posibles modificaciones diferenciales de las caras externas e internas - Ligera modificación con ERC. No se ejerce presión constante en la arcilla - micro relieve irregular: burbujas de aire con patrón en paralelo | Fuerte modificación de las dos caras de la pared bajo los efectos de ERC. La arcilla está presionada y compactada. | Fuerte modificación de las dos caras de la pared bajo los efectos de ERC. La arcilla esta presionada y muy compactada. |
| Cámaras de aire | Casi inexistentes en las trazas de unión de los colombinos | Líneas onduladas irregulares | -Espacios de aire sub-paralelos profundos -líneas irregulares | Cámaras de aire paralelas |
| Surcos | Poco frecuente | Poco frecuente | -gran variedad de surcos -surco con forma de banda atravesada en medio por una cámara de aire | Crestas regulares |
| Estrías/ Marcas de torno | Estrías a lo largo de la cara interna y/o externa | Estrías a lo largo de la cara interna y/o externa | Estrías a lo largo de ambas caras | Estrías a lo largo de ambas caras |

*ERC: Energía rotatoria cinética

**ERC se usa al mismo tiempo para diferentes operaciones

***Tiempo de manufactura que incluye operaciones con y sin ERC

| Tabla 3: Principales trazas del modelado de cerámica a torno sobre masa y con molde (modificado a partir de Roux, 2016) | | | | |
|--|---------------------------------|--|---|---|
| Técnica | Microestructura | Orientación de las partículas en la matriz | Porosidad | Unión y compacidad |
| Torneado | Muy densa Homogénea | Aleatoria | Escasez o ausencia de grandes vacuolas alargadas paralelas a la pared | Estriado entrecruzado más o menos tosco en paralelo a la pared Clastos de compacidad elevada |
| Modelado | Densidad regular Heterogénea | Sub-paralela a lo largo de la pared | Vacuolas alargadas paralelas a la pared + fisuras | Alineamiento tosco de grandes zonas arcillosas |

El secado

Tras las acciones técnicas de moldeado entra en juego el secado, fase en la que se elimina la máxima cantidad de agua en el conjunto de formas ideadas, antes de ser cocidas. Aunque a todas luces parece una etapa sencilla y de escasa importancia, su aplicación errónea puede conducir a una rotura de las piezas cerámicas por dilatación. Asimismo, el intervalo de tiempo, en el que las formas cerámicas deben perder elasticidad de manera progresiva y uniforme, se considera crucial para solucionar pequeñas grietas o roturas por escamado motivadas por pericias técnicas deficientes o por agentes externos como las condiciones climatológicas (Padilla Fernández, 2011). El tiempo de secado depende básicamente de la temperatura y humedad ambientes, que no deben ser extremas. Los rangos óptimos oscilan entre los 10-30 °C y el 50-65% de humedad (Vidal, 2014: 66). Todas las condiciones que excedan de los parámetros marcados exigen la toma de acciones técnicas destinadas a garantizar el éxito de esta fase, como por ejemplo, la añadidura a la pasta de desgrasantes concretos para evitar fuertes dilataciones o la creación de zonas de trabajo cerradas protegidas de las inclemencias del tiempo (Mannoni y Giannichedda, 2004; Harry *et al.*, 2009) (Tab.4).

El secado no carece de complejidad y requiere una experiencia considerable y conocimientos de la técnica bastante elevados, pero no solo por conseguir que las formas elaboradas no se deformen o estallen durante la cocción, sino porque los tratamientos de

superficie y prácticas decorativas se realizan generalmente justo después de las tareas de modelado cuando la arcilla todavía se encuentra fresca o en estado de cuero (Coll Conesa, 2000:197). Si bien es cierto que algunos de estos procedimientos se llevan a cabo en el transcurso técnico del propio levantamiento como el alisado, la producción de acanaladuras, baquetones, etc.; otras tareas tienen lugar también cuando las piezas están totalmente secas como es el caso de los engobes o las decoraciones pintadas.

| Tabla 4: Fases del secado (modificado a partir de García Roselló y Calvo Trías, 2013: 48) | | | | | | | | | |
|---|--------------------|---------------|----------------------------|---------------|------------|-------------|-----------|----------------|---------|
| Añadido de agua | | | Pérdida progresiva de agua | | | | | Estabilización | |
| Manipulación | | | No se puede manipular | | | | | Rotura | |
| FASE I | FASE II | FASE III | FASE IV | FASE V | FASE VI | FASE VII | FASE VIII | FASE IX | FASE X |
| Estado natural | Mezcla preparación | Estado fresco | 1er secado | Textura cuero | 2do secado | Estado seco | cocción | Enfria | Acabado |

La materialización de las acciones destinadas a fijar el aspecto definitivo de los objetos cerámicos tiene lugar en los momentos en los que la pasta tiene plasticidad y el riesgo de deformación es escaso. La incorporación de asas, mamelones u otros apéndices cerámicos, así como la creación de orificios para facilitar el trasvase de líquidos o la sujeción de las piezas en un momento dado, requiere igualmente de una consistencia determinada con el compromiso de evitar defectos e imperfecciones en el acabado final.

Junto a la fase del modelado, el secado se convierte en una etapa decisiva a causa de su estrecha vinculación con los procesos históricos que caracterizan a las personas que la ponen en práctica. Más allá de los planteamientos que conciben a las cerámicas como productos únicamente válidos para forjar tipologías, estas encierran en su interior los esquemas mentales del contexto social al que pertenecen. Cada gesto realizado dentro del proceso de secado es una representación física de las elecciones aprendidas a través de la tradición tecnológica que estructura una sociedad en concreto. Desde esta perspectiva, pretende construirse un armazón interpretativo sustentado en el estudio de la distinción de los gestos técnicos implicados en la corrección de errores, los tratamientos de superficie, los programas decorativos y el añadido adicional de apéndices (Fig.60). En esta ocasión, el análisis de la etapa del secado en toda su profundidad resulta más que complicado partiendo

de parámetros meramente arqueológicos y contextuales; el examen pormenorizado de los materiales cerámicos de Las Cogotas, las acciones técnicas y su secuencia se establecen como la vía más plausible para explorar una pequeña porción de los rasgos de identidad inherentes a la Edad del Hierro meseteña. Se propone, entonces, una descripción detallada de las trazas identificables tanto en la superficie de los fragmentos cerámicos como en el interior de sus pastas.

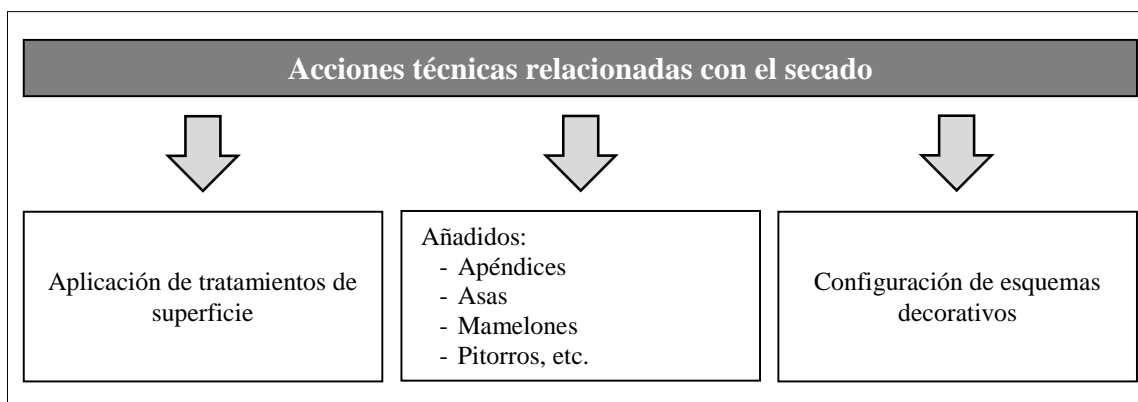


Fig. 60: Relación de acciones técnicas estrechamente relacionadas con el proceso de pérdida de agua de los recipientes cerámicos.

La guía de referencia manejada para llegar a reconocer este tipo de marcas ha sido la tesis doctoral de Aixa Vidal sobre la producción alfarera en el Neolítico andaluz y el manual recién publicado por Jaume García Roselló y Manuel Calvo Trías (2013). Ambos son verdaderos trabajos de síntesis fruto de experiencias etnoarqueológicas y experimentales previas, que recogen con gran precisión los gestos técnicos, las herramientas y los resultados de las distintas técnicas ejecutadas en la fase del secado (Tab.5). Además, con el objetivo de lograr la máxima cantidad de información con la que inferir mejor en las particularidades sociales de hace más de dos mil años, se ha visto conveniente la necesidad de documentar la integridad de los esquemas decorativos y sus relaciones de composición. En consonancia con lo estipulado en interpretaciones recientes de la cerámica numantina (Estaca Gómez, 2011), no cabe duda de que la conexión entre forma, conjunto decorativo, perspectiva y simetría esconde la simbología y la mentalidad de las sociedades en las que se enmarcan. Como consecuencia de esta iniciativa, se elaboraron las investigaciones experimentales mencionadas con anterioridad y relacionadas con las digitaciones impresas halladas en un buen número de recipientes cerámicos. Al no

formar parte del discurso gráfico central, habían pasado siempre desapercibidas ocultando en su interior pistas de la ontología de las personas que las crearon.

| Tabla 5: Trazas relacionadas con los tratamientos de superficie y esquemas decorativos (modificado a partir de Vidal 2014) | | | | | | |
|---|----------------------|-----------------|--------|--|---|--|
| Técnica | Estado de la arcilla | | | Gesto técnico | Herramienta | Resultado |
| | Fresca | Estado cuero | Cocida | | | |
| Digitación/ unguiculado | × | | | Apretar, girar ángulo recto | Punzón redondeado/formati- zado, dedos, uñas | Marcas uniformes poco profundas |
| Impresión | × | × | | | | |
| Incisión | × | × | | Apretar, arrastrar ángulo oblicuo alto | Madera/hueso/lítico cilíndrico, apuntado o con borde marcado | Marcas profundas en forma de “V” |
| Peinado | × | × | | Arrastrar ángulo oblicuo bajo | Peine de madera o hueso | Marcas superficiales en forma de “u” agrupadas y paralelas |
| Perforación | × | × | | Presionar ángulo recto u oblicuo | Trozo de madera/hueso/lítico triangular, plano, cuadrangular, apuntado, redondeado | Agujeros en la pared arcillosa |
| Pulido/bruñido | × | × | | Frotar ángulo recto o en paralelo | Canto rodado, elemento con superficie lisa | Compactación de la superficie arcillosa |
| Engobe/almagra/ aguada | | × | | Frotar con o sin intermediario, remojar | Trozo de ocre, arcilla, agua, tela, cuero o pincel | Recubrimiento homogéneo, coloración |
| Pintado | | × | × | Frotar, arrastrar ángulo oblicuo bajo/alto o recto | Pigmento, yema del dedo, hisopo, pincel, tela, fibra, etc. | Aplicación de pigmento sobre una superficie |
| Esgrafiado | | | × | Apretar, arrastrar ángulo oblicuo alto | Buril lítico apuntado | Marcas profundas en forma de “V” |
| Relleno de pasta | | × | × | Rellenar, apretar, arrastrar | Pasta arcillosa/calcítica, dedos | Relleno coloreado de incisiones previas |

La cocción

El proceso de producción cerámica culmina con la cocción, la etapa más determinante de toda la secuencia. La exposición reiterada de la arcilla a tomas de calor constante provoca cambios en su estado fisicoquímico que acaban convirtiéndola en cerámica. De este modo, la fusión completa de los cristales del material arcilloso modifica con carácter irreversible la estructura plástica de las formas modeladas, que pasan a ser materiales rígidos capaces de perdurar durante milenios (Rye, 1981). La complejidad de esta fase radica precisamente en la sucesión de acciones que permitan llevarla a buen término. El éxito productivo depende básicamente del control de tres factores (Seseña, 1997: 69): 1) el desarrollo de la temperatura; 2) los ritmos de tiempo en los que actúa la temperatura; y 3) la atmósfera creada alrededor de los objetos, responsable en última instancia de las transformaciones fisicoquímicas, gracias a las cuales se configura un objeto cerámico de características diferentes en cuanto a color, plasticidad, dureza, peso, porosidad y resistencia al agua o a otros elementos.

El clima, el tipo de combustible empleado y las diferentes técnicas de carga también se constituyen como factores importantes que el alfarero debe tener en cuenta a la hora de iniciar la fase con la que concluye el proceso productivo; de ahí que esta fase sea tan variable y versátil en el registro etnográfico (García Roselló y Calvo Trías, 2013: 37-40). Por ejemplo, la existencia de escenarios climáticos desfavorables –frío y precipitaciones– incita a que las cerámicas no acaben de secarse por completo, fomentando así las posibilidades de que las piezas se agrieten o incluso estallen con el aumento progresivo de la temperatura. A su vez, el desconocimiento del tipo de combustible apropiado y su utilización sin sentido pueden acarrear serios problemas durante el proceso de cocción, llegando a generar en casos puntuales la pérdida total de las piezas fabricadas. Por norma, la experiencia y el “saber hacer” suelen marcar el uso adecuado de determinadas especies arbóreas o excrementos secos de animales para alcanzar temperaturas continuadas en el tiempo –entre 20 minutos y 6 horas– que oscilan entre los 400 y 1100° C (Roux, 2016: 100-108).

Sin embargo y en términos absolutos, los estudios arqueológicos sobre tecnología cerámica no han centrado su interés en identificar el conjunto de acciones ligadas a la cocción y su porqué. Más bien ha primado el interés por evidenciar las clases de estructuras diseñadas para tal fin con la intención de averiguar datos que justifiquen la asociación de cerámica a mano con las cocciones más simples y la cerámica a torno con aquellas más especializadas (Fig.61). Es cierto que el desarrollo técnico cerámico de cada comunidad influye en el tipo de cocción utilizada, regla que aun así no condiciona que las cocciones en hoyo, de superficie o con estructuras no permanentes de una sola cámara, donde las piezas y combustibles se colocan a la par, carezcan de complejidad frente a las cocciones con hornos permanentes de doble cámara, con o sin cubierta, que si establecen separaciones claras entre las cerámicas y lo que se quema para crearlas.

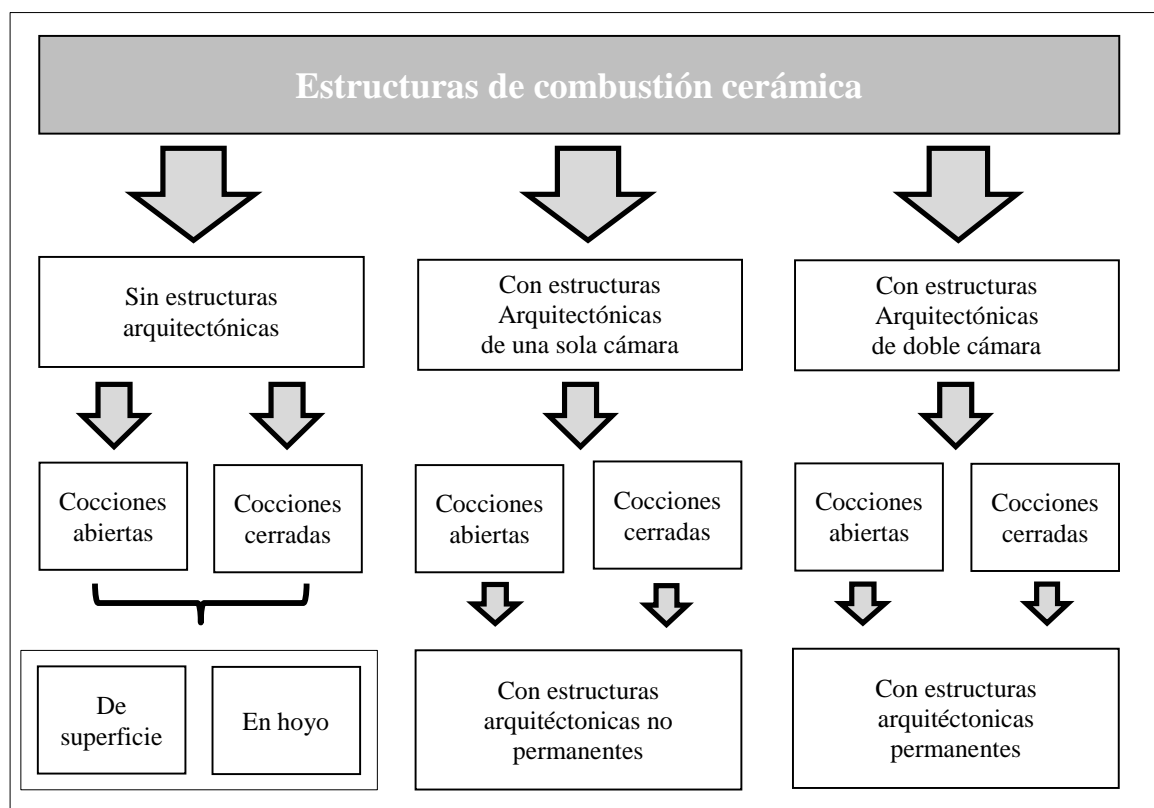


Fig. 61: Principales estructuras relacionadas con el proceso de cocción de la cerámica.

Pese a que el conocimiento de las curvas de temperatura y los espacios de combustión resultan de bastante interés, se desea no reducir el foco de la investigación a pautas de índole económica que extrapolen al pasado conductas actuales y acordes con el

mundo de Occidente y esto obliga a poner en marcha un análisis focalizado en la transmisión del conocimiento técnico y su potencial significado social. Para ello se propone un estudio que identifique macroscópicamente el resto de las elecciones técnicas tomadas para cocer las cerámicas halladas en Las Cogotas y, a renglón seguido, consienta interpretar sus fundamentos cognitivos. Aparte de la información aportada por los difractogramas y restos arqueológicos de diversa índole encontrados en contexto, se ha planteado la documentación detallada de todas las trazas tanto en sección como en superficie que tengan un origen térmico, tomando como punto de referencia los parámetros dictados por Jaume García Roselló y Manuel Calvo Trías (2006) y por Valentine Roux (2016) para la cerámica cocida tanto en espacios abiertos como en hornos cerrados (Tab.6). Ambos modelos son prácticamente idénticos, salvo por pequeños matices. A grandes rasgos, el análisis cromático, las modificaciones térmicas de la forma original de la vasija, el aspecto de la pasta cerámica, así como las grietas y fracturas se erigen como los principales marcos de actuación.

La realización de este recorrido por las grandes fases que fijan el devenir de la producción cerámica pone de manifiesto, en líneas generales, que la comprensión de la cadena operativa facilita el acceso arqueológico a las dimensiones técnica y cognitiva de la tecnología; este hecho confirma la idea del funcionamiento transversal de los esquemas de significación, los cuales operan en cualquier ámbito y escala de la sociedad a la que representan desde un planteamiento fractal. De esta manera, la secuencia de fabricación puede ser definida como un auténtico entorno social en el que interactúan todos los elementos de racionalidad que caracterizan a una comunidad determinada. En él y al igual que en cualquier otra esfera cultural, convergen dinámicas sociales y económicas que configuran la concepción identitaria de las persona y, viceversa. La proposición de una perspectiva tecnológica global brinda la oportunidad de apreciar al completo las etapas implicadas en el proceso productivo cerámico y de unir en una misma realidad a los objetos, las técnicas y el contexto social, donde la práctica aparece estructurando las relaciones de identidad. Por ello, la recomposición y posterior comparación sistemática de las distintas cadenas operativas pondrá de manifiesto la existencia de cambios o similitudes, que de forma equivalente afectarán a los agentes sociales que participan en su desarrollo

(Giddens, 2003). En este sentido, la ruptura o continuidad de una serie de estructuras significará el mantenimiento –o no– de percepciones concretas de realidad.

| Tabla 6: trazas de origen térmico tanto en sección como en superficie provocadas por la cocción (modificado a partir de García Roselló y Calvo Trías, 2006) | |
|---|---|
| Variables y variaciones que inciden en la naturaleza cromática | |
| Variables | Variaciones |
| Atmósfera de cocción | Cambios en la secuencia cromática del corte transversal |
| Tiempo de atmósfera de cocción | Cambios en el grosor de las franjas cromáticas |
| Consumo de materia orgánica | Cambios en la secuencia cromática del corte transversal Cambios en el grosor de las franjas cromáticas Cambios en la delimitación de las franjas cromáticas |
| Temperatura de cocción | Cambios en la secuencia cromática del corte transversal Cambios en el grosor de las franjas cromáticas Cambios en la delimitación de las franjas cromáticas |
| Posición de la vasija | Cambios en la secuencia cromática del corte transversal Cambios en el grosor de las franjas cromáticas Cambios en la delimitación de las franjas cromáticas |
| Posición del combustible respecto de la vasija | Cambios en la secuencia cromática del corte transversal Cambios en el grosor de las franjas cromáticas Cambios en la delimitación de las franjas cromáticas |
| Grietas y fracturas | |
| Modalidad | Condicionantes |
| Grietas térmicas en forma de red | Exposición rápida al fuego anterior a la descomposición de los minerales de arcilla |
| Grietas en forma de estrella | Expansión de granos de mineral en pastas groseras durante un calentamiento rápido |
| Desconchados o fracturas laminares | Expansión de la humedad en paredes densas y húmedas Aumento brusco de la temperatura Granos de mineral que sobresalen de la superficie e impurezas |
| Fracturas verticales | Enfriado rápido |

Los sujetos, en este caso los alfareros, colaboran de forma activa en la afirmación del paisaje identitario al que pertenecen dentro de un proceso de negociación permanente (Hogg y Smith, 2007; Dobres, 2010). Así, en cada momento histórico los procesos de identificación y diferencia son construcciones condicionales en constante transformación que ayudan a fortalecer el sentimiento de pertenencia a un orden común, apuntalan el vínculo con una identidad específica y delimitan lo extraño como un reflejo de la imagen del “otro” (Hernando Gonzalo, 2015). En efecto, es por este conjunto de circunstancias

contingentes por las que, desde una perspectiva metodológica, cobran gran importancia las muestras materiales que facilitan la comprensión del *Savoir Faire* cerámico y los procesos de aprendizaje verticales –heredados– u horizontales –innovados– que contribuyen a la adquisición de este (van der Leeuw, 1993; Gosselain, 2002). No obstante, para llegar a ser plenamente conscientes de tales evidencias es fundamental conocer primero cuáles son los requerimientos psicomotrices que hacen falta para elaborar una cerámica. De hecho, la propuesta metodológica que aquí se expone sería irrelevante si no tuviera en cuenta los agentes vinculados a la alfarería y sus requisitos físicos, mentales, cognitivos y sociales (Fig.62). Los enfoques etnoarqueológicos y experimentales se convierten en esta ocasión en herramientas imprescindibles de análisis.

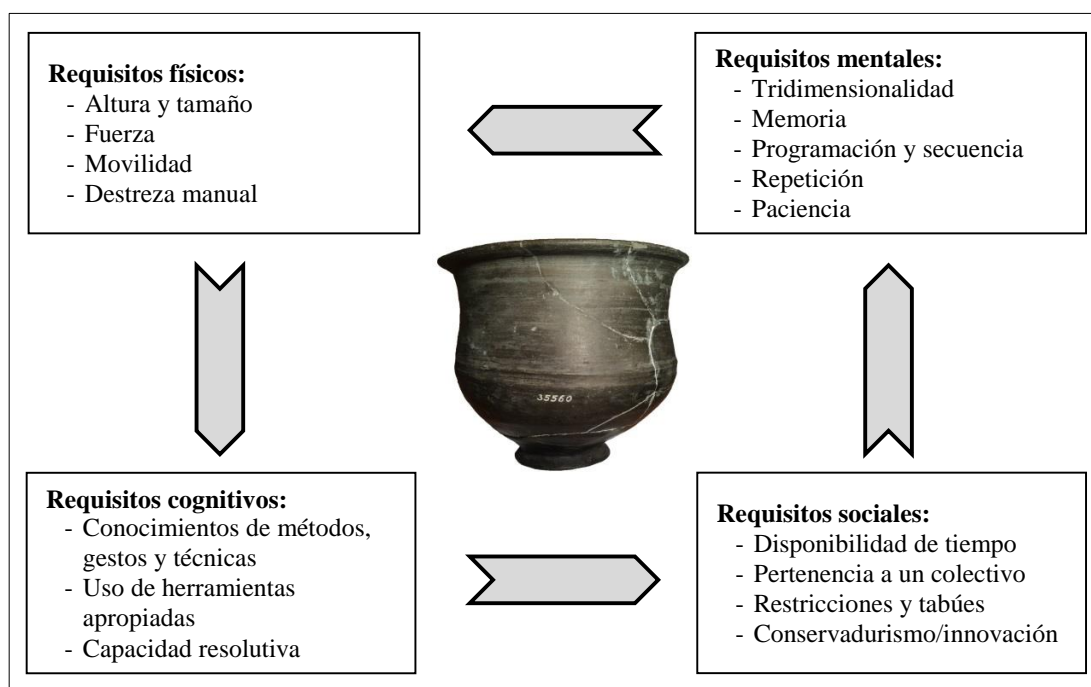


Fig. 62: Requisitos básicos necesarios para producir cerámica (modificado a partir de Vidal, 2014).

Siguiendo con detalle el modelo de identidad alfarera propugnado por Aixa Vidal (2014: 81-137) se delinean tres figuras básicas: el maestro, el ayudante y el aprendiz (Fig.63). La primera de ellas ocuparía la cúspide en un sistema piramidal puesto que hace referencia a las personas que disponen de las habilidades y saberes ineludibles para realizar con éxito una pieza cerámica, y dominan prácticamente a la perfección los gestos convenidos por la tradición técnica. Teóricamente son los máximos expertos en

confeccionar piezas cerámicas de acuerdo con una serie de parámetros culturales singulares. Pese a lo se ha considerado comúnmente, no existen condicionantes físicos y mentales que impidan a cualquier persona, independientemente de su sexo o edad, ser un maestro. En realidad, son los factores cognitivos y sociales propios de un grupo humano concreto los que impiden – o no– el acceso a dichos conocimientos por pertenencia a colectivos específicos de edad, género y estatus o el cumplimiento de restricciones o tabúes determinados. Estas limitaciones también afectarían por igual a los agentes que son aprendices y a los ayudantes, es decir, que no todos los miembros de una comunidad estarían autorizados para formarse y aprender las tareas ligadas a la producción de piezas cerámicas.

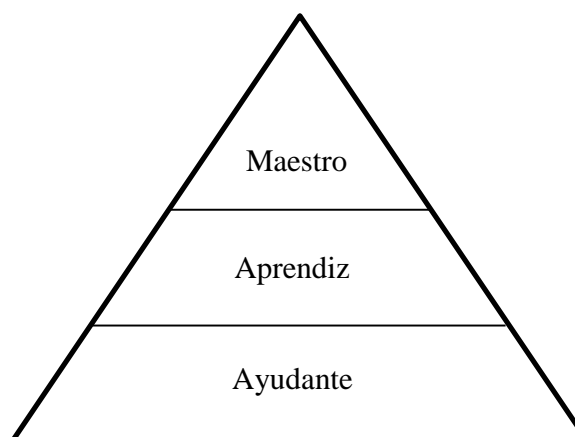


Fig. 63: Diferentes agentes de la producción alfarera.

Los aprendices, supuestamente emplazados en la zona intermedia de la pirámide, suelen participar de forma íntegra en buena parte de las actividades relacionadas con la manufactura cerámica, desde la obtención de las materias primas hasta la etapa de cocción. A través de un proceso de memorización constante y bajo la supervisión directa de maestros alfareros (Crown, 2002), los grupos socialmente autorizados desde prácticamente los dos años pueden empezar a adquirir las secuencias de gestos técnicos programadas por la tradición cultural correspondiente (Bagwell, 2002). Ahora bien, la consecución de estos saberes conlleva normalmente un periodo de tiempo bastante prolongado que abarca incluso varios años (Crown, 2007a; Gandon *et al.*, 2013), confirmando así el carácter conservador que caracteriza cualquier serie técnica de producción (Roux y Corbeta, 1990; Gosselain, 1992).

Los ayudantes, posicionados en la base de la pirámide, hacen referencia a las personas que se ven implicadas en el proceso de producción cerámica, aunque no requieren

una gran exigencia técnica. A partir de una visión estrictamente funcional y economicista, tendría sentido que este papel fuera desempeñado por el máximo número de personas para realizar con efectividad y rapidez los productos deseados. Sin embargo, diversas investigaciones etnoarqueológicas efectuadas en sociedades artesanas especializadas resaltan el establecimiento de normas sociales que rigen quiénes son los que tienen la venia concedida para ser ayudantes o no (Roux, 1990; Arnold, 1999; Padilla Fernández, 2018). En función de esta lógica, el grueso de personas calificadas como ayudantes son aprendices que han iniciado un proceso de enculturación asumiendo gestos técnicos de acciones que no son determinantes, pero sí elementales. Del mismo modo y conforme a pautas sociales concretas, otros sectores de la población podrían participar como ayudantes en el desempeño de labores relacionadas con la recolección y el acarreo de las materias primas, la decantación de la arcilla, la elaboración de decoraciones sencillas o la ayuda a la hora de cargar y retirar las piezas de las estructuras de combustión antes y después de la cochura.

| Tabla 7: Rasgos más característicos de los distintos agentes en términos de pericia técnica | | |
|---|--|--|
| Maestro | Aprendiz | Inexperto |
| Elaboración adecuada | Dificultad en la elaboración | Realización defectuosa |
| Simetría | Simetría apta | Asimetría |
| Ausencia de accidentes | Accidentes solucionables: - Grietas leves | Accidentes no solucionables: - Paredes gruesas - Grietas acentuadas - Fallos en la estructura |
| Ausencia de rectificaciones | Rectificaciones bien resueltas | Rectificaciones continuas y mal resueltas |
| Cadena operativa perfectamente asumida | Aplicación correcta y asimilación de las acciones técnicas | No asimilación de la cadena operativa |

A pesar de que con frecuencia el registro arqueológico no conserva informaciones relacionadas con cada uno de estos agentes y sus tareas, las cerámicas son capaces de aportar datos muy interesantes al respecto. Y es que la variabilidad técnica de estas es capaz de narrar no solo cuándo y cómo un colectivo de personas empieza o es protagonista de la fabricación de cerámica, sino que igualmente narra los rasgos identitarios de los artesanos y las relaciones que poseen con el resto de su sociedad (Wright, 1998). El hecho de asumir

que no existe un único sujeto encargado de la manufactura y la consideración de que la actividad alfarera se desarrolla a raíz de una multiplicidad de agentes (Wright, 1991; Vidal y García Roselló, 2009) obliga a concebir la detección de trazas a nivel macro como un ejercicio imprescindible para poder dar visibilidad a las comunidades de productores encargadas de realizar cerámica durante casi un milenio en Las Cogotas. Para ello, se plantea un examen técnico que haga hincapié en la continuidad o discontinuidad de las formas y de las decisiones técnicas ejecutadas para crearlas (Tab.7). Eso sí, teniendo muy en cuenta que la introducción de morfologías y elementos técnicos innovadores pueden entroncar directamente con los principios y normas que regulan los procesos de aprendizaje. Por tanto, la identificación en contexto de fragmentos cerámicos con ciertos errores o irregularidades no sería exclusivamente sinónimo de la adquisición de habilidades desde la niñez para perpetuar una tradición técnica determinada, sino también fruto de la elección de otras prácticas de manufactura de acuerdo con la fijación o imposición de nuevos cánones culturales.

Capítulo 4

Las Cogotas: el registro arqueológico cerámico

Introducción

Uno de los condicionantes claves que justifica la redacción de estas líneas es que los recipientes guardan dentro de sí tradiciones y reglas de comportamientos específicas. Si se pretende conocer a las gentes que habitaron Las Cogotas en el tránsito de la Edad del Hierro, no queda otra que indagar en las pocas pruebas materiales que, por suerte, todavía se conservan. En este sentido, las propiedades fisicoquímicas de los recursos arcillosos hacen de las cerámicas elementos imprescindibles para alcanzar el objetivo de esclarecer cómo eran aquellas comunidades de las que formaban parte. En esencia, los conjuntos cerámicos son evidencias privilegiadas de información que merecen ser estudiadas en Arqueología desde ópticas distintas a las tradicionalmente impuestas. La propuesta metodológica enunciada en el capítulo tres busca precisamente romper con la tónica habitual de las investigaciones cerámicas, es decir, ir más allá de la fábrica de listados y compendios tipológicos que ayudan en su mayoría a fijar secuencias temporales marcadas por una linealidad manifiesta. Aparte de ser simples productos que sirven para almacenar, contener líquidos o hilar tejidos, los objetos cerámicos están estrechamente ligados a los grupos humanos que los generan y, por tanto, se convierten en importantes transmisores de sus códigos sociales (Hodder, 2012).

Ha llegado entonces el momento de poner las cartas sobre la mesa y analizar a fondo los patrones tecnológicos de las piezas cerámicas halladas en Las Cogotas. Como se ha dejado entrever, el discernir de los pormenores técnicos empleados por el artesanado

alfarero en la Edad del Hierro supone, al mismo tiempo, el descubrimiento de la idiosincrasia propia de una sociedad en continua evolución. De ahí el interés por realizar un trabajo con la misión principal de explorar al máximo todos los datos sociales que puedan obtenerse de la jerarquización, estructuración y organización de los gestos técnicos y su secuencia. Este capítulo se articula en torno a tres grandes secciones en las que se desgranar los grupos tipológicos adscritos convencionalmente a Las Cogotas partiendo del concepto de Cadena Técnico-Operativa. Al entenderse el uso de este concepto como una herramienta a modo de eje que conecta simultáneamente el trabajo técnico con determinados entramados ideológicos y socioeconómicos (Roux, 2009), se examinan con detalle las trazas físicas aún existentes en las cerámicas para definir, a renglón seguido, las acciones y gestos efectuados por los agentes productores desde la obtención de la materia prima hasta la configuración del producto final. A simple vista, las señas recabadas parecen atestiguar que el entramado cultural predispuesto desde hace décadas no sería *a priori* tan sencillo y evidente. Todo apunta a que la típica asociación entre cultura y tipo cerámico presenta fisuras insuficientemente apreciadas hasta la fecha que, incluso, pueden resquebrajar las teorías que se presumen más convencionales a día de hoy. Por ejemplo, dentro del mundo de Cogotas II no solo se manufacturan cerámicas a mano preferentemente decoradas a peine. Puede decirse con carácter expreso que la complejidad tecnológica excede claramente de estos límites.

¿Qué cerámicas se han utilizado para desarrollar esta investigación? ¿Cuánta cantidad de estas ha sido necesaria para llevarla a cabo? Tal y como se apuntaba en el capítulo introductorio, los materiales del yacimiento de Las Cogotas se guardan en tres ámbitos diferentes: los fondos del Museo Arqueológico Nacional y del Museo Provincial de Ávila y las dependencias del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense. Ante la necesidad de querer establecer generalidades y, sobre todo, patrones de presencia o ausencia de determinados rasgos tecnológicos que motiven la creación de nuevas apreciaciones y perspectivas alternativas sobre las comunidades que son objeto de estudio, se realizó un análisis integral de todas las piezas cerámicas que estas instituciones almacenaban. De este modo, la cifra asciende a 5565, de las que 3646 se conservan en Madrid, 2505 en la calle Serrano y 1141 en la facultad de Geografía e Historia de Ciudad

Universitaria, y 1919 en Ávila. Estos números lógicamente tienen en cuenta el concepto estadístico de número mínimo de individuos –NMI– por el que se agrupan en un solo dígito los recipientes enteros, los fragmentos que se unen entre sí o los que por propiedades de composición o estilo parecen pertenecer a la misma pieza. Desde una aproximación cuantitativa podría decirse que el grueso de elementos cerámicos examinados apareció en zonas puntuales y bien delimitadas del primer y segundo recinto del poblado. Lógicamente, la exhaustividad a la hora de registrar la materialidad cerámica a finales de los 80 o en los años 2000 distaba bastante de la puesta en práctica a principios del S.XX. No obstante, la representatividad de los conjuntos documentados en la necrópolis debe considerarse aceptable al suponer el 65% del total de los objetos presentes en el Museo Arqueológico Nacional.

El procedimiento instaurado para clasificar el ingente registro arqueológico cerámico del que se parte ha tenido en cuenta tres aspectos primordiales: las particularidades estéticas, las fisicoquímicas y sobre todo las contextuales. Tal y como se ha adelantado a lo largo de este trabajo, el aporte de visiones sociales alternativas a través de la tecnología y las cadenas operativas no tiene razón de ser sin tener en cuenta el contexto en sí. El hecho de saber si las cerámicas son contemporáneas –o no– se considera fundamental para interpretar con garantías las marcas técnicas reconocidas en ellas. Tanto es así que la no seguridad o desconocimiento del marco cronológico de los conjuntos cerámicos analizados provocaría que los estudios acerca del papel social de los procesos de fabricación y de transferencia de gestos técnicos no alcanzaran su nivel máximo de información. El principal motivo es que las hipótesis que atañen a cuestiones relacionadas con el aprendizaje y las tradiciones tecnológicas dependen íntegra y directamente de dicho conocimiento. De esta forma, las comparativas entre homología y cambio tecnológico, estabilidad y dinamismo o entre préstamo y aislamiento no serían capaces de reflejar en su totalidad el verdadero sentido social que los caracteriza. Es por esto que, antes de entrar de lleno en las descripciones tecnológicas de cada grupo tipológico, se diseña un primer apartado que hace referencia a los datos y criterios seguidos para conectar en el tiempo el cómputo general de muestras cerámicas manejadas para construir este espacio de reflexión. El establecimiento de cimientos contextuales sólidos garantiza la plenitud de condiciones

para afrontar e inferir con posterioridad los vínculos efectivos que entroncan a los fenómenos técnicos con los factores de orden social.

4.1. La importancia de la contextualización

Aunque las investigaciones de cariz tecnológico son ya reveladoras de por sí para proyectar teorías aceptables sobre cómo eran las comunidades del pasado y aptas, por tanto, para suplir las carencias presumibles que presenta el registro, la tenencia y uso de contextos arqueológicos seguros legitima, aún más si cabe, la elaboración de discursos interpretativos fiables. Los restos cerámicos de Las Cogotas que son susceptibles de estudio proceden mayoritariamente de cuatro grandes intervenciones arqueológicas, todas ellas realizadas con metodologías diferentes y en ocasiones contrapuestas.

Tal y como se apuntó en el capítulo dos, las excavaciones más antiguas se asocian a la figura del arqueólogo Juan Cabré, el encargado de descubrir el perímetro amurallado del asentamiento, parte de sus casas y la necrópolis en su totalidad. Estos trabajos incipientes sirvieron para situar a este yacimiento abulense como uno de los más trascendentes del mapa arqueológico nacional y para engrosar los fondos del Museo Arqueológico Nacional con piezas de un valor incalculable. A los ajuares armamentísticos rescatados, tan llamativos a principios de siglo por su conexión inevitable con la guerra y la condición de guerrero, habría que sumar el hallazgo de miles de objetos cerámicos que, al igual que otros elementos de naturaleza no metálica, se reseñaban únicamente cuando los objetivos científicos recaían en la solución de problemas de cronología o en la determinación del rango y posición social de los propietarios de las tumbas encontradas. Si bien las primeras memorias académicas que hablan de Las Cogotas como sitio arqueológico son un referente de calidad para su época, precisamente por la documentación exhaustiva de gran parte de los materiales registrados en él, la obsesión por el objeto dificulta con creces el desarrollo de nuevas interpretaciones conforme a las premisas actuales. Se trata de una realidad propiciada por los planteamientos teóricos de aquel momento que debe superarse si se aspira a entender la colección de piezas de Cabré como un instrumento social y no como un

conjunto “histórico-artístico” adorado por sus propiedades estéticas, pero que no dice nada. En este caso, ante el hándicap de no contar con secuencias estratigráficas certeras no queda otra que releer entre líneas los textos publicados en los años 30 con la esperanza de hallar pequeños detalles que ayuden a dilucidar el carácter complejo del contexto. Por ello, las memorias publicadas por Juan Cabré siguen siendo indispensables y obligatorias si se aspira a estudiar cualquier cuestión que tenga relación con Las Cogotas. Resulta cuanto menos curioso que aquello a lo que tanto se critica, acabe convirtiéndose en una de las herramientas necesarias para poder actuar y llevar a buen puerto el transcurso de la investigación.

De la revisión pormenorizada de ambos volúmenes cabe señalar que estos atesoran bastante más información de la que se ha presupuesto habitualmente. En un primer orden, sendos escritos hacen alusiones constantes a la ubicación de los objetos descubiertos. Aparte de las explicaciones que aportan localizaciones genéricas en contextos de hábitat o de necrópolis, suelen ser comunes las noticias que aluden a los ámbitos concretos de los que formaron parte los restos materiales encontrados justo antes de su supuesta amortización arqueológica. De manera recurrente, se sugieren diferenciaciones claras entre los espacios considerados como domésticos, asociados regularmente con el primer recinto y las viviendas documentadas en él, y los espacios polivalentes de esencia mágica, vinculados básicamente a la estabulación y salvaguarda de las cabezas de ganado “en momentos de peligro común” (Cabré Aguiló, 1930: 29-40). En este sentido, el hallazgo, por ejemplo, de utensilios empleados para fabricar cerámica dentro de la casa 3 respondería a una serie de lógicas contextuales que poco o nada tendrían que ver con el descubrimiento de los mismos elementos en otras áreas determinadas y adscritas a funcionalidades específicas. A su vez, a través de las descripciones tipológicas de los ejemplares cerámicos más sobresalientes del castro y de la necrópolis se expone el dilema de la convivencia de los recipientes a mano decorados a peine y los recipientes torneados de tradición celtibérica. A pesar de que la aplicación de técnicas de excavación deficientes incentivó probablemente la rotura de los suelos de las viviendas de la Edad del Hierro y la no apreciación de los posibles fondos de cabaña de la Edad del Bronce, la minuciosidad con la que las piezas se representan en las memorias parece revelar la existencia de una cierta heterogeneidad cerámica en las tumbas

y en los niveles superiores de las unidades de habitación que merece ser tenida en cuenta. Al menos, la definición de los ejemplares cerámicos constatados en las viviendas 3 y 4 de la acrópolis y en las sepulturas 32, 100, 638, 1270, 1442 y 1447 permitiría vislumbrar que los recipientes “más determinativos de La Cultura de Las Cogotas” subsistirían hasta la fase de La Téne II y, por tanto, serían contemporáneos de los tipos característicos de dicho periodo (*ibidem*, 1930: 60 y 1932: 38, 43, 84, 127, 141).

En clave tecnológica no son muchos los aspectos contextuales que se destacan siendo, en parte, una realidad bastante previsible. El interés exclusivo por el objeto de aquellos años no contemplaba en ningún caso la alusión a cuestiones técnicas y menos la realización de un apartado que incidiera particularmente en estas. Aun así, la buena intuición y profesionalidad arqueológica de Juan Cabré brindan la oportunidad de conocer los condicionantes de la aparición de un conjunto de materiales que están directamente relacionados con el proceso de manufactura cerámica. De manera extraordinaria, registra que en diversas casas del poblado -especialmente en la casa 3- se documentaron unas cuantas pellas de barro listas para modelar vasos similares a los encontrados habitualmente en Las Cogotas. De hecho, una de ellas, según él, estaba siendo manipulada justo cuando el yacimiento comenzó a ser destruido. Desde una perspectiva pionera se expone también que todas estas pellas estaban formadas por un barro procedente de las inmediaciones del asentamiento al ser semejante al empleado en tinajas y *pondus* y “presentar en su masa granos de cuarzo y partículas de mica”, como si de un auténtico estudio de caracterización arqueométrica macroscópica se tratara¹ (*ibidem*, 1930: 67). Igualmente, la referencia a un hallazgo en contextos domésticos de útiles ligados con el trabajo alfarero debe considerarse otro testimonio de carácter excepcional. Y es que la asunción de este dato como válido conllevaría la aceptación, al mismo tiempo, de que parte de las tareas artesanales eran una actividad de mantenimiento más en el último periodo de vida de Las Cogotas. Además, la verificación entre tales utensilios de un alisador/bruñidor de cerámica a mano elaborado

¹ A lo largo de toda su obra científica, Juan Cabré describe siempre los conjuntos cerámicos teniendo en cuenta sus propiedades fisicoquímicas. Desde su visión de profano en la materia realiza un trabajo minucioso que permite, a grandes rasgos, entrever la presencia en Las Cogotas de producciones diversas en cuanto a su tecnología y no solo en cuanto a su tipología. En función de estas apreciaciones, concibe ciertas conclusiones interesantes y poco comunes en las investigaciones de su época. Por ejemplo, se atreve a distinguir por el tipo de pasta y tratamientos de superficie empleados, la existencia de cerámicas de vajilla fina y de carácter popular y de recipientes de manufactura local y de procedencia alóctona.

con un galbo perteneciente a una vasija de cocción oxidante y modelada a torno (M.A.N/1989/41/977), refuerza la idea del uso sincrónico de piezas cerámicas con diversa tipología y tecnología (Fig.64).

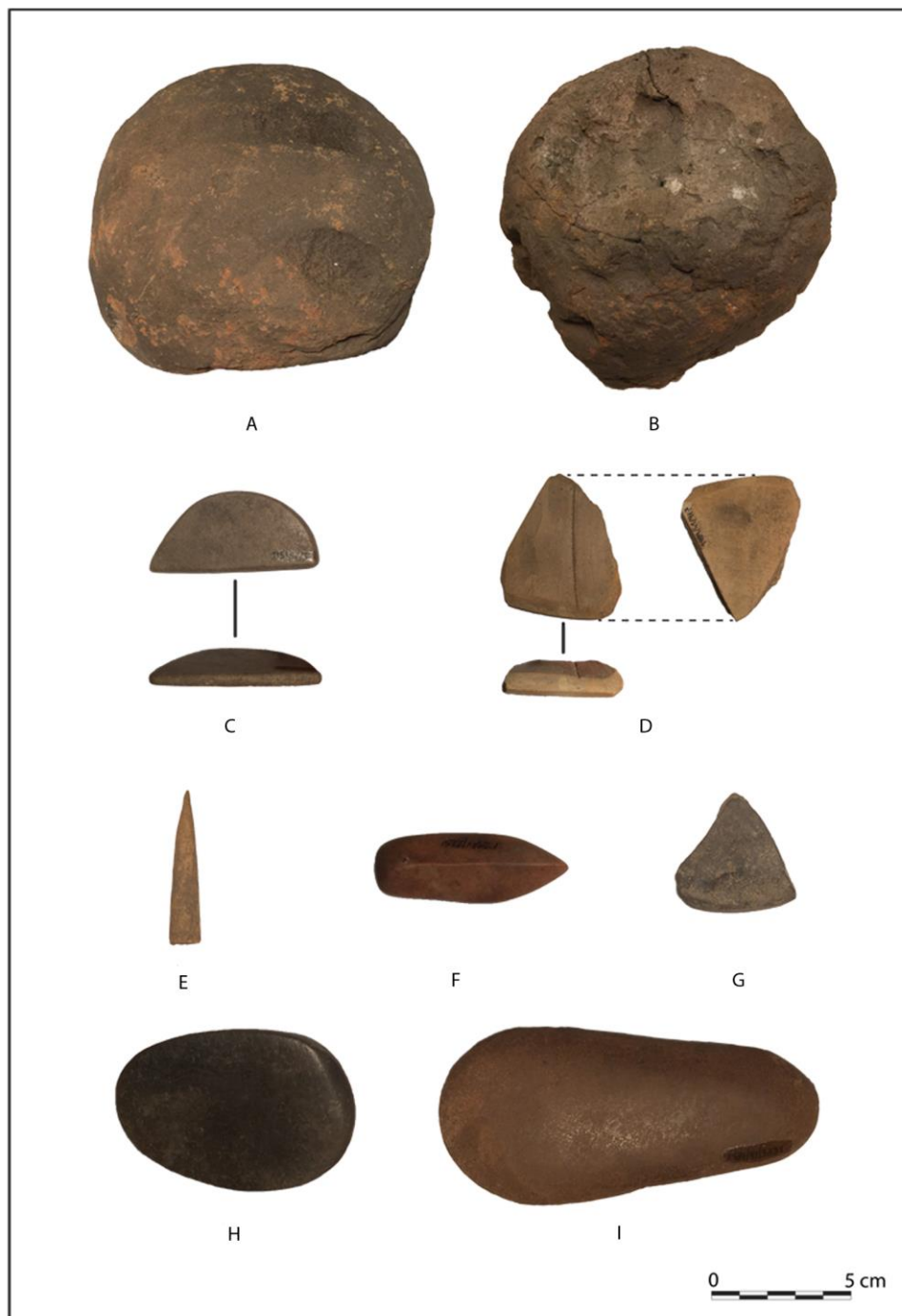
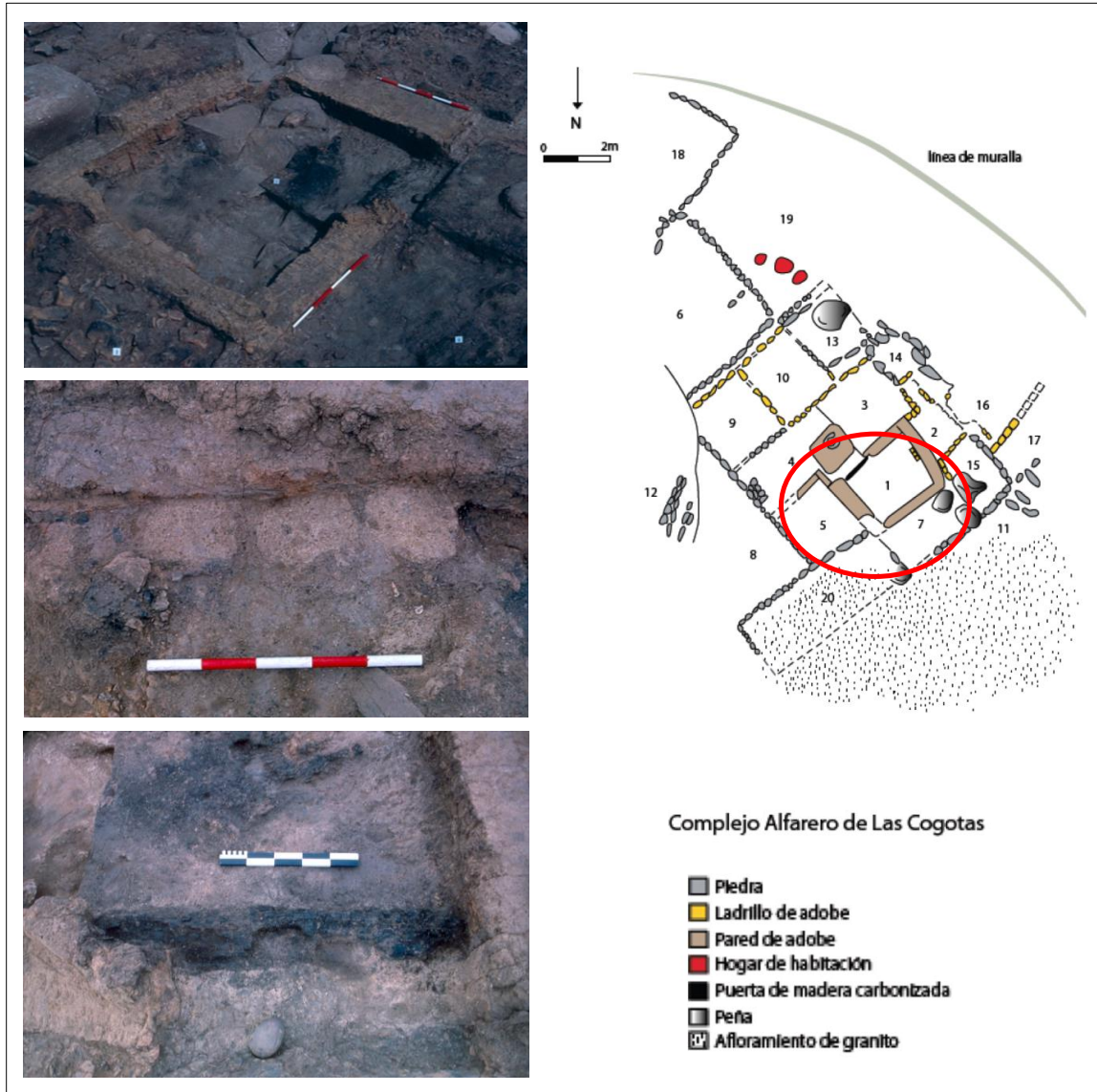


Fig. 64: Herramientas y pellas de barro encontradas en contextos domésticos durante las excavaciones de Juan Cabré en Las Cogotas. M.A.N: A) 35520; B) 1989/41/983; C) 1989/41/976; D) 1989/41/977; E) 1989/41/356; F) 1989/41/2251; G) 1989/41/981; H) 1989/41/2286; I) 1989/41/3331.

Las labores arqueológicas llevadas a cabo a finales de los 80 por el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, esta vez sí con una metodología de excavación rigurosa basada en los fundamentos de Harris, contribuyeron a certificar la singularidad contextual del yacimiento abulense. Concentradas estas en la parte del segundo recinto que posteriormente acabaría cubierto por las aguas tras la obra de la presa de Las Cogotas, tuvieron la suerte de constatar registros arqueológicos trascendentales para llegar a entender ciertos fenómenos culturales (Mariné Isidro y Ruiz Zapatero, 1988; Álvarez Sanchís *et al.*, 1998). La clara orientación tecnológica de este trabajo obliga a prestar un interés especial en los restos estructurales que corresponden a un complejo alfarero característico de finales de la Edad del Hierro. El establecimiento de estratigrafías veraces sobre la base de la construcción de la muralla, aproximadamente en torno al siglo III a.C., ha aseverado su datación en los mismos términos cronológicos. La especificidad de este espacio, más allá de la evidencia de fragmentos cerámicos reductores a mano en connivencia continua con otros de naturaleza oxidante y a torno, se encuentra en la visualización de un área compartimentada de poco más de 300 m² y dedicada a la fabricación de cerámica a torno. Pero, ¿por qué a torno? Pese a que las estructuras han aparecido prácticamente desmanteladas, el taller alfarero de Las Cogotas ofrece la posibilidad de recomponer en contexto casi la totalidad de un sistema de producción cerámica que recurre a la energía cinética para modelar. En consecuencia, las 20 estructuras documentadas en extensión poseen información determinante que no conviene dejar pasar por alto.

En primer lugar, las excavaciones desarrolladas entre 1986 y 1990 corroboraron desde un punto de vista arqueológico la existencia de piletas y canales destinados a la decantación de la arcilla, así como ámbitos relacionados con su pisado y amasado (Fig.65). El paso del tiempo ha impedido la conservación de la pileta en la que probablemente la tierra de arcilla en estado bruto se decantaba por el principio de levigación. No obstante, la documentación de la estructura 12, dos muros de piedra paralelos con las caras lisas hacia el interior y ligeramente convergentes hacia una zona de cota inferior en las inmediaciones del alfar, promueve la imaginación de un canal de desagüe encargado de drenar las impurezas que la arcilla contiene en su estado natural. Esta suposición conduce al mismo

tiempo a postular que esta conducción de agua estaría conectada con un gran pilón ubicado en los alrededores de la estructura 8 o en posiciones más alejadas y vinculadas con la estructura 20.

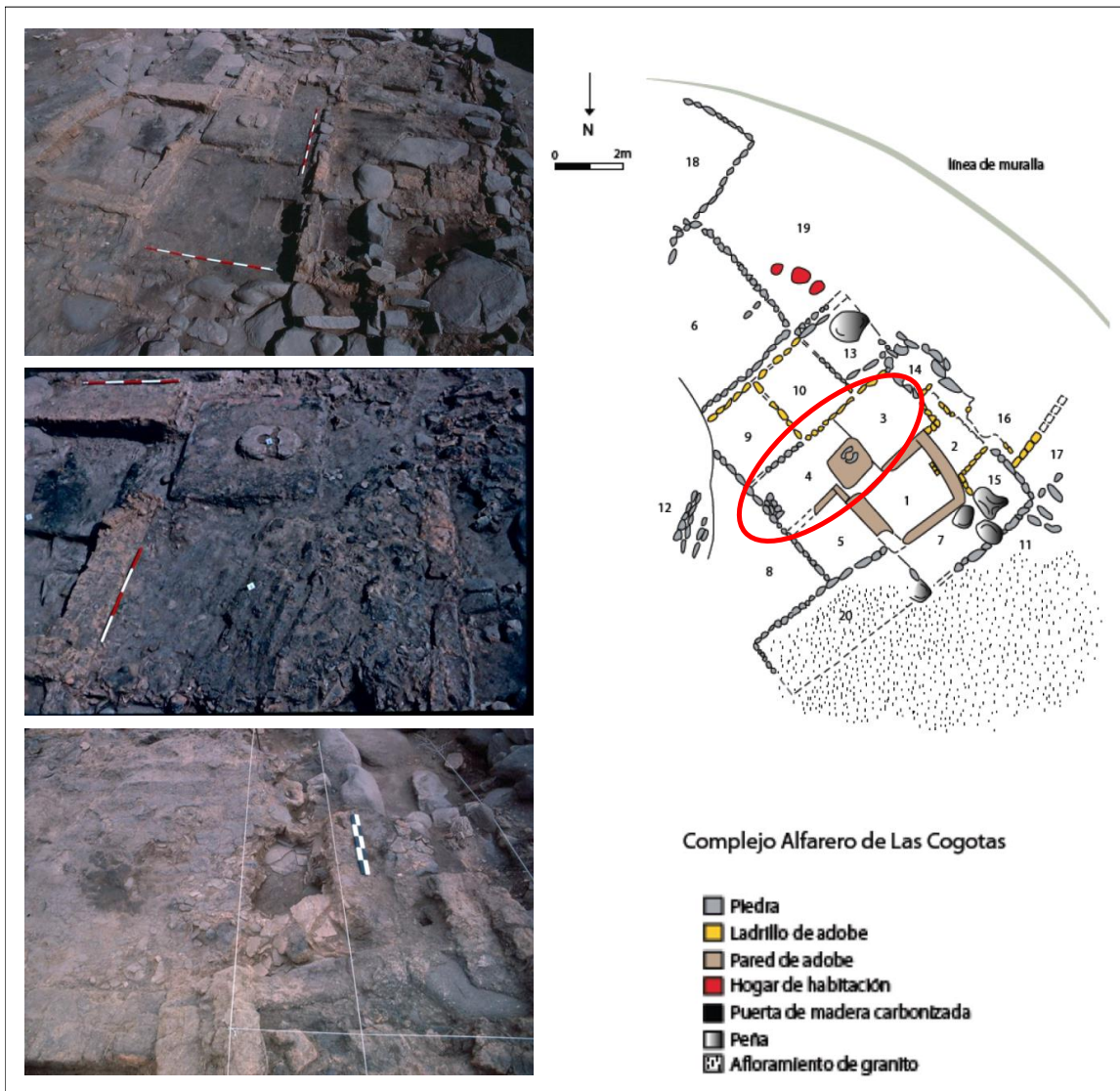


El desmantelamiento arqueológico de estos dos últimos espacios, a causa mayoritariamente de la erosión, no consiente la realización de aproximaciones más certeras. Es precisamente justo lo contrario a lo que ocurre con las estructuras 1, 5 y 7 que, debido a sus excelentes condiciones de conservación, han sido interpretadas como balsas en las que la arcilla ya decantada permanecía en estado semilíquido hasta que el agua sobrante

contenida en ella se evaporaba. Tanto es así que, incluso, fue posible describir en la número 1 el hallazgo de tres improntas de los bloques de arcilla –UE 11– que los artesanos extraían una vez que alcanzaban el grado óptimo de humedad y un pequeño tablón de madera carbonizado –UE 13– que refleja con claridad el sistema utilizado para cerrar estas cubetas durante el proceso de colado y eliminación de agentes contaminantes. Todas muestran características y dimensiones similares, es decir, tienen una extensión que abarca entre los 4 y 5 m² y sus muros, de anchura considerable –40 cm– se construyeron mediante adobes que todavía permanecían adosados sin trabarse. Además, con el fin de evitar fugas y filtraciones indeseadas las paredes presentan como mínimo 1 cm de grosor y los pavimentos afloran conformados por lajas horizontales de granito con espesores que no sobrepasan los 2 cm. Sin duda, parece que estas guardarían una relación evidente con la gran pileta de decantación arrasada en la actualidad, desde la cual, el barro limpio y transformado se redistribuiría a través de canales móviles de origen orgánico (Padilla Fernández, 2014).

Las acciones técnicas destinadas a preparar la masa arcillosa antes de iniciar la fase del modelado tendrían lugar en la estancia que casualmente vertebra el centro productor, la denominada como estructura 3. Se trata de un espacio rectangular de aproximadamente 14 m², que preserva una pequeña repisa–UE 88– desgastada y fabricada con adobes donde se amasaría el barro, y los restos en contacto con el suelo –UE 89– de una placa horizontal de arcilla –UE 90– en la que se realizarían las labores ligadas con el pisado. El hallazgo, también en su interior, de la conocida como estructura 4, una plataforma cuadrangular de barro –UE 17– con una “rueda de molino” –UE 18– en su zona central (Salas Lopes, 2008: 36) que recuerda a la base de un torno de mano, hace que este recinto se materialice como uno de los contextos más interesantes de los encontrados en el alfar (Fig.66). De hecho, la puesta en práctica de un análisis relacional sobre una buena parte de las unidades estratigráficas identificadas conecta a la perfección el desarrollo simultáneo de tres facetas tecnológicas clave. Todo apunta a que los pasos dados para homogeneizar la pasta arcillosa y el diseño de las formas deseadas se efectuarían en esta misma habitación. De igual modo, permite recabar datos bastante útiles de cara al estudio de las trazas técnicas aún presentes en las cerámicas analizadas. Y es que cualquier detalle, por mínimo que sea, es capaz de aportar datos alternativos que pueden generar, tanto en lo técnico como en lo social,

interpretaciones que rompan con lo establecido y normativizado a día de hoy. Solo como apunte, la dimensión casi cuadrangular de 1,40 m de este a oeste y 1,30 m de norte a sur de la estructura 4, los 33 cm de ancho de su diámetro y la disposición concreta hacia el sur del supuesto anclaje de torno, así como las evidencias de signos de desgaste en determinados puntos de su superficie, marcarían la aplicación de gestos y tradiciones técnicas distintas a las que se asumen en este momento con rotundidad por parte de la Academia. Y ya se sabe, la detección de “saber hacer” distintos implica la concepción de definiciones culturales diferentes.



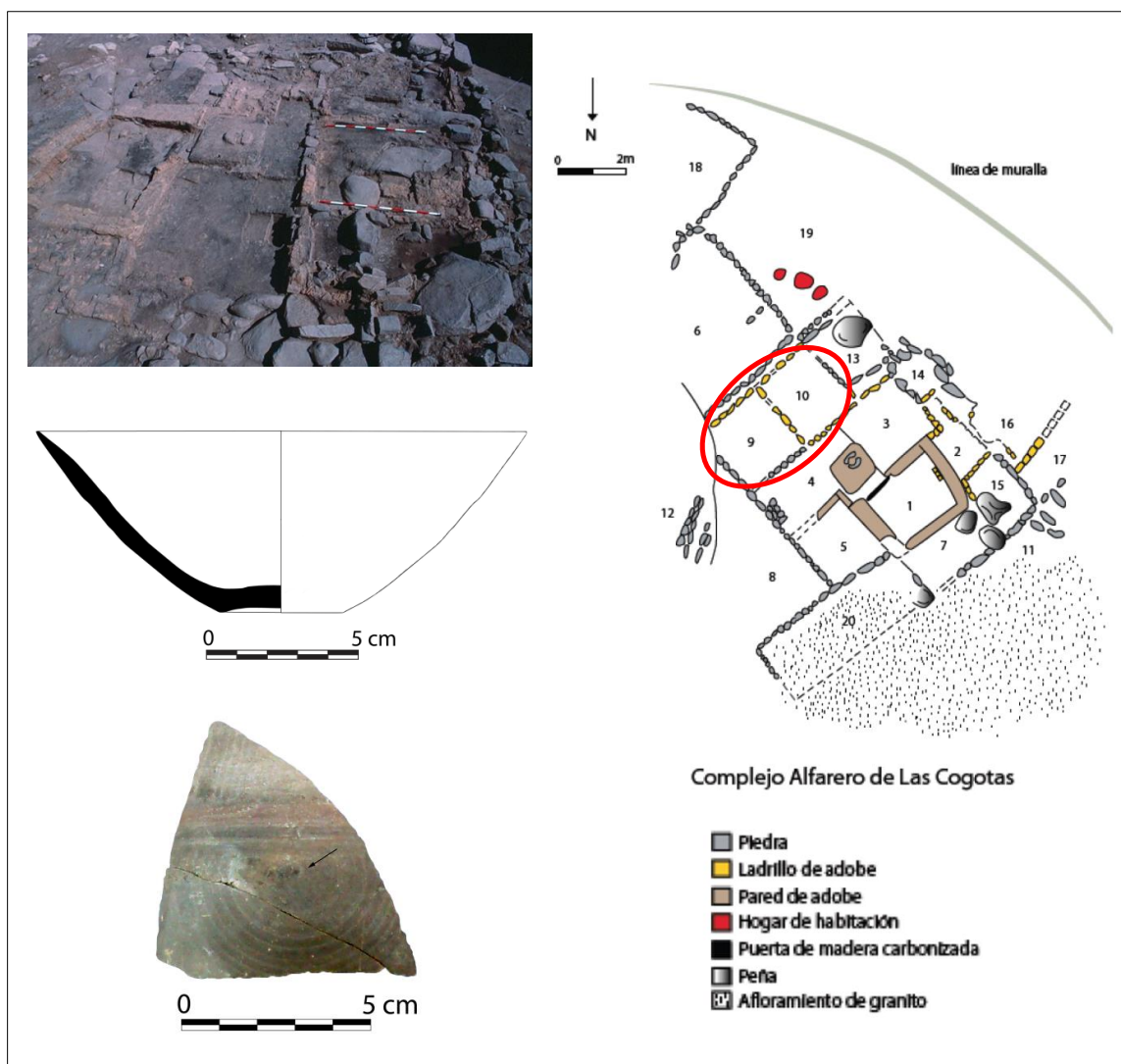


Fig. 67: Zonas destinadas específicamente al secado de piezas en el alfar de Las Cogotas documentadas en las excavaciones de los años 80. En su interior fueron hallados materiales como cuencos (CO-1986-89/306) y piezas poco cocidas (CO-1986-89/307).

Asimismo, gracias a la exactitud con la que se registró la cultura material descubierta en el alfar de Las Cogotas ha sido posible indagar en el secado, una de las fases tecnológicas cerámicas más difíciles de discernir desde criterios puramente arqueológicos. Parece ser que las estructuras 9 y 10 cumplen los requisitos para que puedan ser interpretadas como dos áreas destinadas al secado de las piezas cerámicas recién salidas del torno (Fig.67). No en vano, aparte de tener ambas un perfil rectangular y dimensiones semejantes que oscilan entre los 6 y 7 m², se emplazan al sureste de la estructura 3 y están conectadas directamente con ella. Particularmente, la estructura 10 se configura como el espacio que menos material posee de todo el complejo alfarero, documentándose solo un

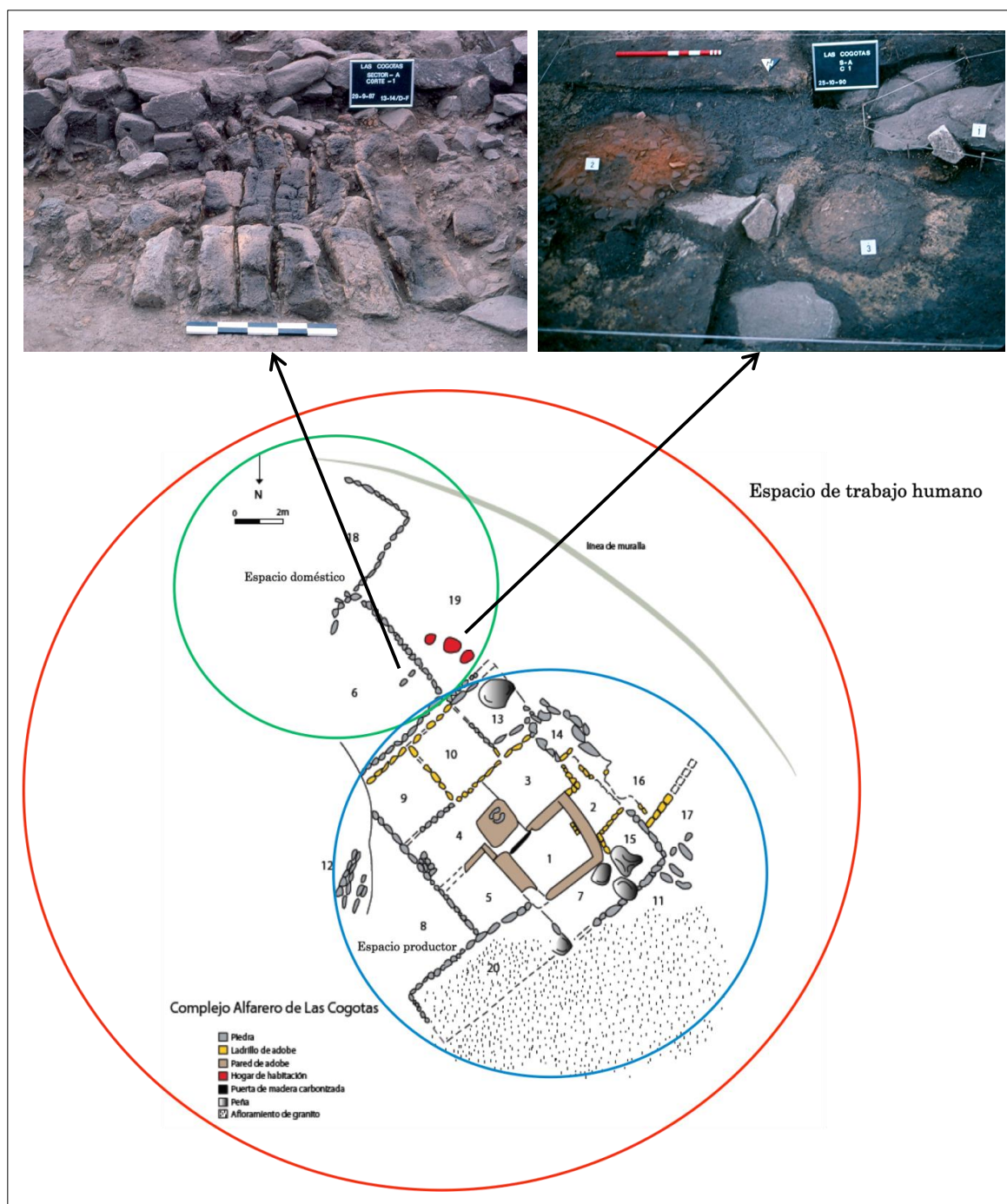
pequeño fragmento de borde hecho a mano y con desgrasante mineral grueso (*ibidem*, 2008). La no presencia de elementos de cultura material relevantes demuestra la utilización de este recinto como un lugar reservado para favorecer el buen secado de los recipientes ya modelados. El hallazgo debajo de un primer nivel de derrumbe –UE 73– de grapas y maderas quemadas dispuestas longitudinalmente, incluso admite teorizar sobre la existencia de una techumbre que proporcionara sombra a las piezas en su primera etapa de reposo. Con el paso del tiempo, es probable que estas se transportaran hasta la estructura 9, donde acabarían perdiendo el agua sobrante y, por consiguiente, su condición plástica bajo la influencia del sol. Dentro del escaso material cerámico constatado en ella destacamos un cuenco bruñido realizado a mano, de cocción mixta y desgrasante mineral fino, con restos de engobe de almagra que bien podrían relacionarlo con la contención líquida de pigmentos empleados para elaborar decoraciones pintadas durante el proceso de secado. A su vez, es curioso que sea en esta estructura, y no en otra, donde se haya recuperado un galbo apenas cocido que presenta motivos inacabados coloreados en rojo o en negro y la huella inequívoca del uso de compases para dibujar semicírculos.

Los indicios que se refieren a las acciones y conocimientos técnicos vinculados con la cocción fueron prácticamente nulos. No obstante, la ubicación del hipotético horno y del combustible almacenado para su puesta en marcha podría establecerse en torno a las estructuras 16 y 17. La recogida sistemática y exhaustiva de cualquier material sospechoso de ser interesante desde el punto de vista contextual permite recomponer los procesos encargados de transformar la arcilla en cerámica casi 30 años después de su documentación. La abundancia en las estructuras 2, 14 y 15 de paquetes heterogéneos de material cerámico –UEs 3, 24 y 28–, es decir, restos inconexos de recipientes de morfología distinta con signos evidentes de defectos de cocción y la prueba de revocos ligeramente curvados de colores rojizos/anaranjados con improntas negruzcas que hace pensar que formaran parte de la zona de desechos del taller alfarero. En este caso, la consulta de múltiples datos de tipo etnográfico admite reseñar que, por regla general, la ubicación de los testares y de los trozos defectuosos aprovechados a modo de cuñas en el periodo de carga suele ser inmediata a la de los hornos y los recursos materiales servidos para su encendido (Seseña Díez; 1997; Padilla Fernández, 2016 y 2018). A este respecto, también

merece la pena recalcar el descubrimiento arqueológico de varios fragmentos de borde pertenecientes a una misma pieza en la estructura 14 que, a tenor de las marcas de corte de sus secciones, parece que fueron creados *ex profeso* con un instrumento cortante. Es posible que bajo la pretensión de conseguir calzos a medida con los que configurar armazones sólidos capaces de soportar las embestidas del fuego, los trabajadores del alfar de Las Cogotas reciclaran una de tantas piezas con defectos de cocción para llevar a buen término su fin (Fig.68).



Fig. 68: (Arriba) Piezas con defectos de cocción y recortadas intencionadamente para ser utilizadas como soportes. A) CO-1986-89/220; B) CO-1986-89/221). (Abajo) Piezas con defectos de cocción halladas en el alfar de Las Cogotas. C) CO-1986-89/113; D) CO-1986-89/114; E) CO-1986-89/115; F) CO-1986-89/116.



Por último, las campañas arqueológicas lideradas por el Departamento de Prehistoria de la Complutense dejaron constancia del encuentro de un supuesto almacén, un secadero de adobes –UE 40– y cuatro hogares de habitación –UEs 118, 119, 120 y 122– en las estructuras 6, 18 y 19. Situadas estas al sureste del complejo alfarero, no comparten ninguno de sus muros con las estancias anexas a ellas a causa de la construcción de un tabique –UE 83–, de aproximadamente 60 cm de ancho, que separa el taller en dos ámbitos bien definidos. A esto se le suma que, de la misma manera, las labores de excavación dejaron al descubierto más muros, casi arrasados y encargados de la división interna de un área de más de 60 m², diversos restos cerámicos sin defectos aparentes de cocción y otros elementos relacionados con la vivienda como afiladores, molinos o manos de molino (*ibidem*, 2017: 99). Cabe, pues, la casualidad de que se haya documentado la casa de los propios artesanos encargados del complejo alfarero (Fig.69).



Fig. 70: Recreación del alfar de Las Cogotas (Ilustración de Diego Ortega Alonso).

Ante esta circunstancia, solo puede puntualizarse a nivel contextual que el alfar de Las Cogotas no sería concebido exclusivamente como un lugar de trabajo. En él, producción y vida estarían íntimamente conectadas. A todos los efectos, se trata de una conclusión de enorme relevancia si se tiene asumido que el hogar, de forma idéntica a la cerámica, proyecta una visión segura de quienes la habitan y se convierte en un espejo que refleja la identidad y singularidad de la comunidad en la que se integra (Hurcombe, 2007). En este sentido, la concepción del taller alfarero de Las Cogotas como un centro productor que actúa a la par como un espacio de carácter doméstico, ayuda a entender un poco más la existencia de percepciones concretas de realidad en la Edad del Hierro. Y es que la aceptación de un escenario arqueológico protagonizado por la huella de un alfar especializado en la manufactura de cerámica a torno, habitado sin interrupción por personas que utilizan cotidianamente, tanto recipientes hechos a mano como a torno y de distinta naturaleza, no entra dentro de las lógicas de comportamiento que se creen normales (Fig.70).

Las intervenciones arqueológicas, realizadas en el año 2004 por Rosa Ruiz Entrecañales y Alma María López Guerra, aportan informaciones contextuales similares a las apuntadas hasta ahora. Incluso, permiten conocer más cuestiones de la todavía conflictiva secuencia estratigráfica del yacimiento de Las Cogotas. Poniendo énfasis en la materialidad cerámica, los tipos encontrados confirman la evidencia de un asentamiento humano ininterrumpido desde la Edad del Bronce, que alcanza su mayor expansión a partir de la II Edad del Hierro. De igual manera, la gran pluralidad de formas cerámicas halladas conjuntamente en contextos similares se considera uno de los patrones a destacar. Es normal que, debido fundamentalmente a las carencias metodológicas del momento, las apreciaciones constantes de Juan Cabré sobre la presumida sincronía en Las Cogotas de distintos modelos cerámicos no hayan sido tenidas muy en cuenta. Sin embargo, los indicios referidos por el resto de actuaciones, con un modo de trabajar minucioso y totalmente científico, no dejan margen para la duda. Ante la obviedad de esta problemática que rompe varios esquemas de corte racional, como la idea de asociar un grupo cultural a un tipo cerámico o la visión de una sociedad compleja como una sociedad que produce y consume productos estandarizados y especializados, cabe la posibilidad de proceder

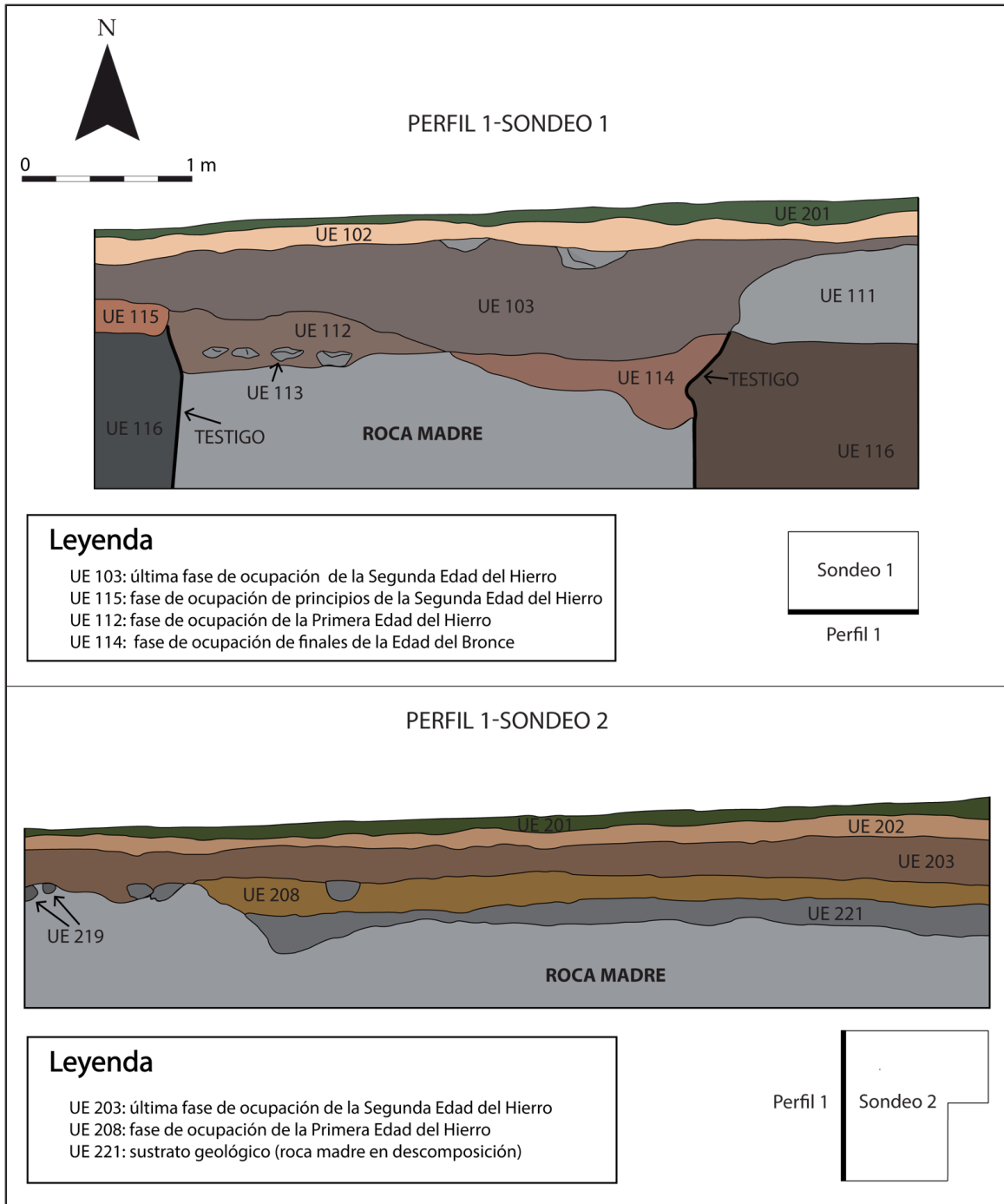


Fig. 71a: Esquemas de los sondeos 1 y 2 realizados en 2004 por Rosa Ruiz Entrecañales en Las Cogotas.

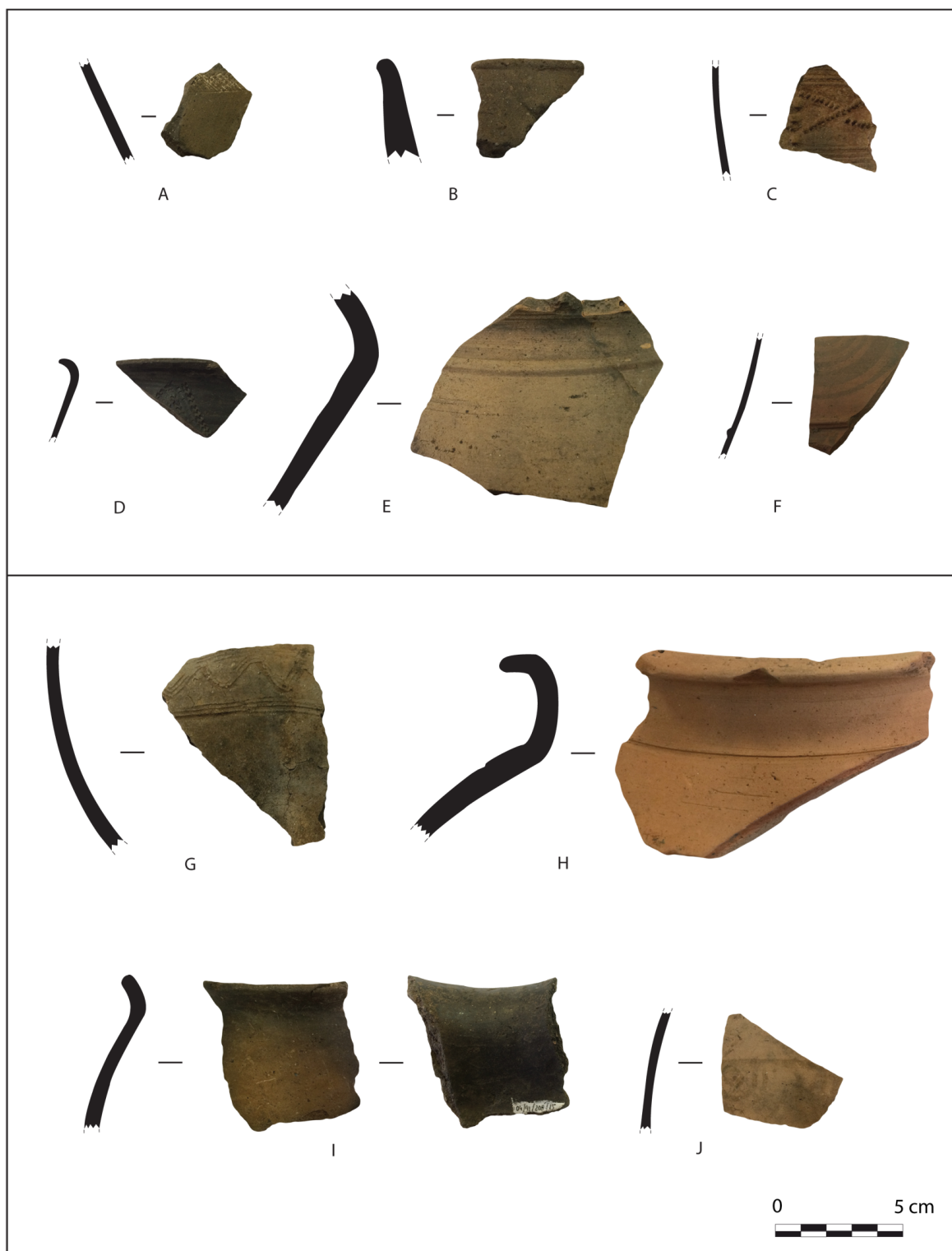


Fig. 71b: Materiales cerámicos encontrados en las UEs 103, 112, 114, 115, 203 y 208. A) M.A/04-91-114-9; B) M.A/04-91-115-3; C) M.A/04-91-103-13; D) M.A/04-91-103-23; E) M.A/04-91-103-69; F) M.A/04-91-103-70; G) M.A/04-91-203-117; H) M.A/04-91-208-6; I) M.A/04-91-208-15; J) M.A/04-91-203-9.

académicamente de dos maneras diferentes: obviar una parte de los datos recabados en el registro y hacer hincapié en otros aspectos que permiten hilar un discurso más acorde con planteamientos socioeconómicos actuales o buscar el porqué de esta particularidad con el objetivo de indagar en un pasado que se imagina alejado de inferencias culturalistas, lineales y genéricas. En este caso, el simple enlace entre atributos tecnológicos y secuencias estratigráficas otorga la capacidad de imaginar la existencia de contextos únicos y plenamente dependientes de las circunstancias intrínsecas que los generan. La certeza de contar con estratigrafías fiables consiente que pueda optarse por la que entraña más riesgo, la segunda opción.

Desde el punto de vista secuencial y diacrónico, la excavación arqueológica dirigida por Rosa Ruiz Entrecañales es la más sugerente. Los dos sondeos planteados en la zona de la acrópolis documentan contextos domésticos en los que la cerámica se erige como el elemento preponderante. El origen de las series estratigráficas está siempre relacionado con secciones y decoraciones típicas de Cogotas I. No obstante, la UE 114 es la única que afloró compuesta solo por ejemplares muy homogéneos y atribuibles a dicho grupo tipológico (Ruiz Entrecañales, 2004: 45-46). En sendas catas, el resto de unidades sedimentarias donde se han descubierto fragmentos adscritos a Cogotas I –UEs 112 y 208– han aparecido en conexión con un lote de piezas que presentan perfiles y motivos decorativos propios de la Edad del Hierro, aunque con grados de destreza y aprendizaje distintos. Una realidad que, a todos los efectos, coincide con lo descrito también en unidades más recientes –UEs 103, 115 y 203–, en las que además de encontrarse cerámicas con métodos de enseñanza y pericias técnicas dispares, es posible apreciar la materialización de procesos de producción múltiples, inclusive para modelar tipos formales idénticos (Fig. 71a y b).

Los trabajos liderados por Alma María López Guerra ofrecen una panorámica contextual menos clara. La excavación en extensión de los niveles de derrumbe de la puerta norte trajo consigo el registro de unidades bastante alteradas por condicionantes postdeposicionales y ligadas a la destrucción y abandono del sitio (Fig. 72). Aun así merecen ser tenidas en cuenta las UEs 2, 7 y 25, presentes en las cuatro zonas de actividad



Fig. 72: (Arriba) Diferentes perspectivas del derrumbe de la muralla de Las Cogotas. (Abajo) Materiales cerámicos encontrados en las UEs 2, 7 y 25. A) M.A/04-112-1417; B) M.A/04-112-1780; C) M.A/04-112-1151; D) M.A/04-112-1780(2).

detalladas en la memoria de intervención. La primera de ellas es un horizonte de cascajo de roca granítica procedente del lienzo de la muralla que colapsa parte de las casas 5, 6, 7, 8 y 9 reseñadas por Juan Cabré, la segunda hace referencia en sí a la estructura de la muralla que todavía quedaba en pie y la tercera se ha interpretado como una plataforma de tránsito

en torno a la muralla. La cerámica sobresale como el elemento de cultura material más frecuente en estas tres unidades. En este sentido, pese a que la convivencia de tipos cerámicos adjudicados a cronologías diversas sigue siendo la tónica dominante, desde el punto de vista cuantitativo se ha documentado en mayor proporción un número de piezas a torno y oxidantes de indiscutible tradición celtibérica o de Cogotas III (López Guerra, 2007: 56-57). Evidentemente, a partir de la investigación y comparación de sus peculiaridades técnicas se aspira a dilucidar el porqué de esta cuestión singular.

4.2. La cerámica de “Cogotas I”

El intento de analizar las sociedades que habitaron Las Cogotas en la Edad del Hierro, a través de su cerámica, obliga a tener en cuenta informaciones procedentes de conjuntos formales que se presuponen anteriores y, por tanto, no adscritos a dicha cronología. Si bien es cierto que este trabajo versa sobre las gentes de la Edad del Hierro, carece de lógica que se afronte solo teniendo en cuenta como objeto empírico de estudio las piezas cerámicas que, por criterios netamente tipológicos, se han asociado durante años a este periodo. Desde una vertiente tecnológica, los patrones de actuación no se articulan en torno a marcos temporales estancos, sino en consonancia con los cambios y continuidades que se producen en las tradiciones tecnológicas y sus mecánicas de aprendizaje. En otras palabras, la puesta en marcha de acciones destinadas a indagar en las implicaciones sociales de los procesos de producción cerámicos desarrollados en Las Cogotas a lo largo del último milenio antes de nuestra era, hace ineludible el conocimiento tecnológico de la cerámica vinculada a la facies Cogotas I. Al menos, se debe tener constancia de sus patrones técnicos más característicos, permitiendo que sean otros trabajos los que se encarguen de descubrir la complejidad que este tipo cerámico acarrea. De hecho, publicaciones más concretas y centradas específicamente en sus particularidades tecnológicas, como las realizadas por Antonio Blanco (2014, 2015 y 2018b) o tesis doctorales como la que está llevando a cabo Alberto Dorado Alejos (com. pers., a), revelan datos sociales muy interesantes al respecto. La comparativa sincrónica y diacrónica de los contextos y tecnologías propias de la cerámica de Cogotas I a nivel peninsular, está propiciando una auténtica revolución que

marca un antes y un después en la consideración de las etapas prehistóricas asociadas a este grupo tipológico.

En esta ocasión, la profundidad del examen será más somera, poniendo sobre todo el énfasis en las relaciones tecnológicas habidas entre los ejemplares de Cogotas I y el resto de conjuntos cerámicos hallados en el yacimiento. Entre otras cosas, de la identificación de estrategias alfareras similares o diferentes se pueden extraer argumentaciones relevantes en cuanto a la existencia –o no– de etapas intermitentes de poblamiento en Las Cogotas o hasta si las personas que vivieron allí a partir de la Edad del Hierro eran en realidad los descendientes de las mismas personas que se asentaron en el discurrir de la Edad del Bronce. Por ello, aunque el objetivo primordial que guía esta investigación no busca responder a la suma de interrogantes que giran alrededor del significado de la cerámica de Cogotas I, el afán por tener un buen punto de partida exige la reconstrucción de su cadena técnico-operativa, focalizada como mínimo en tres grandes fases: 1) la selección, extracción y preparación de las materias primas; 2) el modelado y 3) la cocción (Fig.73). Para esto, se ha efectuado únicamente un sondeo categórico de perfil macroscópico, reforzado con el visionado de lupa binocular con la premisa de refutar patrones y marcas difíciles de percibir ocularmente. Los análisis de carácter micro se reservaron para inspeccionar en exclusiva las muestras principales de estudio.

La selección, extracción y preparación de las materias primas

Mediante la aplicación del *Threshold Model for Ceramic Resources* (Arnold, 2005) se han podido deducir aspectos acerca del ámbito geográfico vinculado al aprovisionamiento de materias primas necesarias para la manufactura cerámica y las técnicas de extracción usadas para tal fin. Es de sospechar que la práctica totalidad de los materiales conectados con la cadena productiva de Cogotas I fueran recolectados en un radio no superior a los 7 km de distancia. Probablemente, la existencia de cursos de agua y masas arbóreas próximas contribuyó a que la adquisición de los recursos básicos para elaborar cerámica no fuera complicada. Además, la composición mineralógica que se observa habitualmente en las pastas de los recipientes descubiertos parece verificar que el

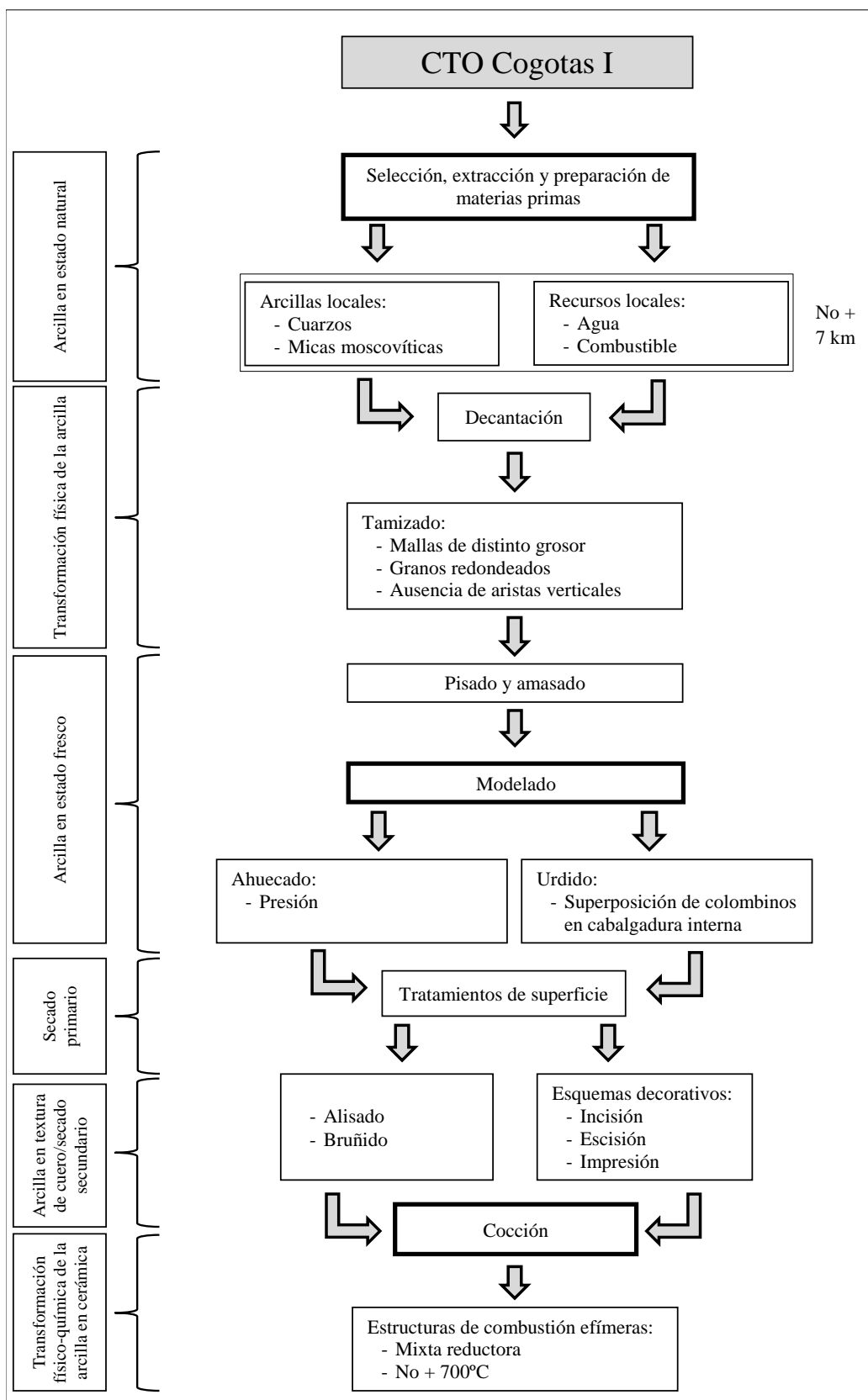


Fig. 73: CTO de Cogotas I.

acopio de la arcilla tendría lugar en áreas de captación muy próximas entre sí y adyacentes al yacimiento. La forma esférica de las especies inorgánicas más abundantes, cuarzos y micas moscovíticas, induce a pensar que, por lo menos, el mineral elegido para producir barro se recogía en ámbitos graníticos secundarios de alto grado erosivo y relacionados eventualmente con los entornos circundantes del río Adaja y el arroyo Rominillas. La no evidencia de aristas angulosas, como fruto de un posible machacado intencional, hace también plausible la idea de que estas especies inorgánicas fuesen parte de la naturaleza de las arcillas empleadas para crear los contenedores cerámicos. De lo que no hay duda es del conocimiento del medio que dispondrían las personas encargadas de seleccionar las fuentes de acopio de estas arcillas. Salta a primera vista que sus particularidades propias, tales como su grado elevado de elasticidad y compacidad y su nivel medio de porosidad, son muy aptas para conseguir recipientes de todo tipo desde una perspectiva funcionalista, sobre todo para llevar a cabo con más facilidad las labores que conciernen con el modelado de las piezas.

A su vez, y a pesar de las dificultades interpretativas que implica la identificación de acciones ligadas al añadido previo de desgrasantes, la detección en la matriz de clastos poligonales en producciones cerámicas contemporáneas de otras áreas geográficas (Albero Santacreu y Puerta, 2011) refuerza la hipótesis de que, en Las Cogotas, la modificación de las arcillas con elementos externos para dotarlas de propiedades concretas, no era tal. A no ser, claro está, que los agregados fueran de origen orgánico, los cuales, se descomponen mayoritariamente y no dejan registro visible en la cerámica cocida. Las aproximaciones oculares comprueban la no presencia de los característicos negativos rectangulares de sólidos vegetales, pero es imposible descartar la incorporación de ciertas resinas vegetales o sustancias como la leche o la sangre. Desde aproximaciones experimentales se ha constatado que su inclusión en las pastas cerámicas en estado líquido mejora notablemente la plasticidad de las arcillas (Vidal, 2011a). *A priori*, los análisis físico-químicos demuestran que los recursos arcillosos cercanos a Las Cogotas disponen de niveles medios de arena o sílice, no necesitando desde el prisma de lo funcional la inserción adicional de desgrasantes para mejorar su grado de maleabilidad y flexibilidad. No obstante, el peso de la cultura en los criterios de actuación desempeñados en el transcurso de la cadena técnica

impide, por el momento, desechar el uso de estos componentes en el proceso de manufactura.

Las tareas vinculadas con la extracción de las impurezas que portaban las arcillas, o bien con la adición –si la hubiera– de determinados elementos orgánicos, guardarían relación probablemente con la denominada como decantación por tamizado. Aunque esta tarea sea una operación difícil de identificar, se podría afirmar su desarrollo gracias al número y a las propiedades de los desgrasantes cuantificados en las matrices cerámicas, que corroboran la puesta en práctica de labores meticulosas en lo que a la preparación del barro se refiere. El resultado tecnológico apreciado a nivel macro es casi idéntico al reseñado en diversos estudios etnoarqueológicos que documentan con detalle los pormenores de esta técnica de depurado en sociedades alfareras actuales (Druc, 1996; Arnold, 2000; Gosselain, 2008; García Roselló, 2008). En todo caso, solamente el avistamiento de pequeñas variaciones internas permite establecer tres agrupaciones distintas (Fig.74):

-Grupo A: contenedores en los que se visualizan clastos en un porcentaje situado entre el 2% y el 10%. A este primer grupo pertenecen recipientes de diferente tipología formal, desde ollas ovoides (p.ej. M.A.N/1989/41/3163; 1989-Viv.9-5) hasta vasos y fuentes bitroncocónicas de variado tamaño (p.ej. M.A.N/1989/41/3169; 1989/41/3126, 1989/41/3218).

-Grupo B: contenedores con relaciones de clastos situadas entre el 10% y el 30%. Al igual que en el conjunto anterior, a este segundo grupo se hallan adscritos diferentes tipos de recipientes, destacando principalmente las fuentes bitroncocónicas y carenadas con bordes vueltos y de curvos salientes (p.ej. M.A.N/1989/41/3174; 1989/41/3127; 1989/Viv.9-2; 1989-41-3123; 1989-Viv.9-12) y vasos con bordes entrantes (p.ej. M.A.N/1989-41-2382).

-Grupo C: contenedores con medidas de clastos ligeramente superiores al 30%. Entre este tercer grupo se encuentran fragmentos tipificados como ollas ovoides (p.ej.

M.A.N/1989/41/3570) y fuentes con bordes vueltos y rectos salientes (p.ej. M.A.N/1989/41/3122; 1989/Viv. 9-4; 1989/41/2995).

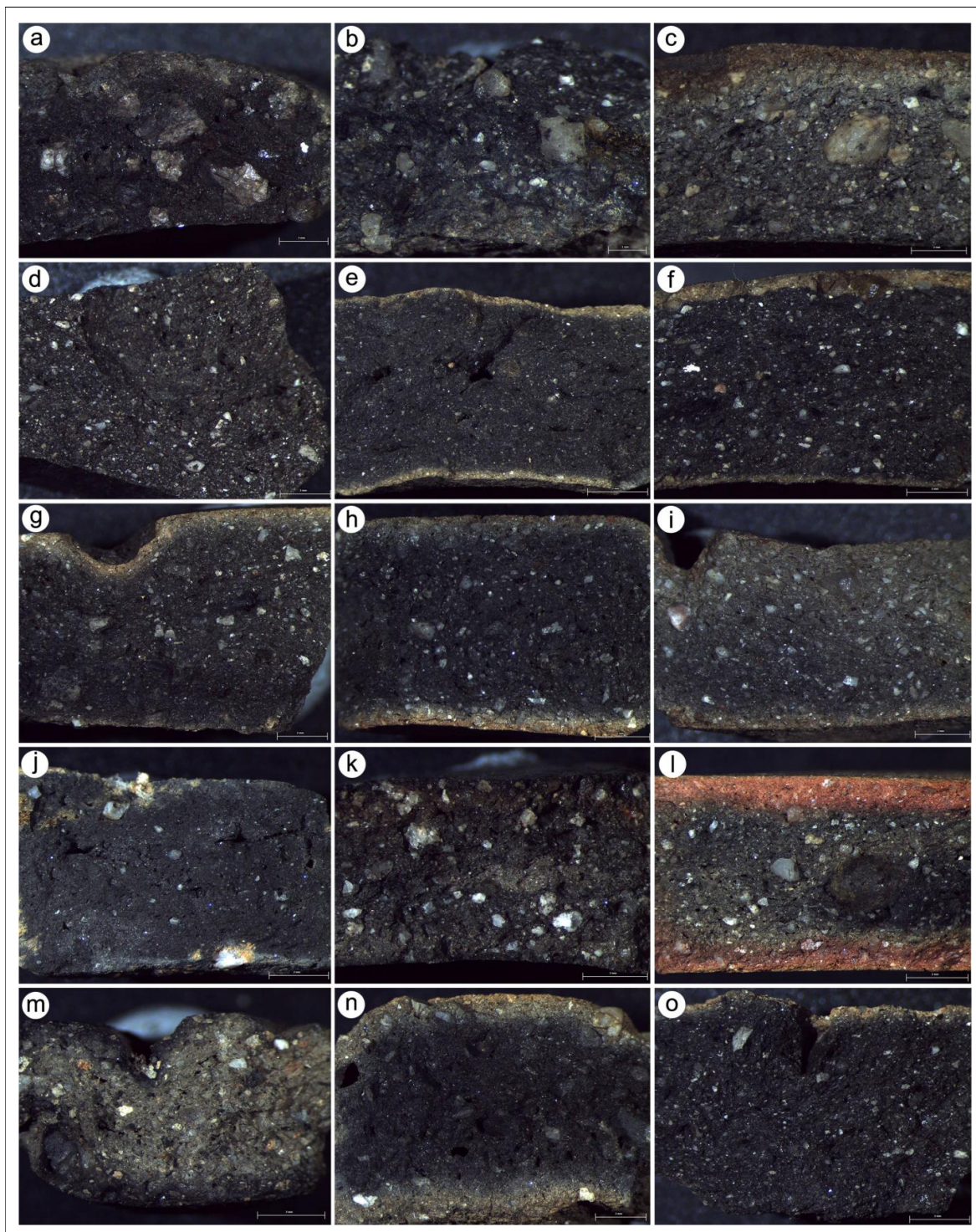


Fig. 74: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas I procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989-41-2382; b) 1989-41-2995; c) 1989-41-3122; d) 1989-41-3123; e) 1989-41-3126; f) 1989-41-3127; g) 1989-41-3163; h) 1989-41-3169; i) 1989-41-3174; j) 1989-41-3218; k) 1989-41-3570; l) CO-1989-Vivienda 9-2; m) CO-1989-Vivienda 9-4; n) CO-1989-Vivienda 9-5; o) CO-1989-Vivienda 9-12.

La detección de esta disparidad cobra sentido si se consideran como condicionantes directos del trabajo cerámico los grados desiguales de precisión en la ejecución y los grosores múltiples de las mallas de tamiz empleadas (Tab.8). Aun así, las proporciones de partículas adheridas a las masas arcillosas siguen siendo bastante menores a las que contendrían en estado natural. Simultáneamente, esta realidad confirma que el proceso productivo no estaría supeditado al elocuente y racional vínculo efectivo entre el orden tipológico y la cantidad y pluralidad de desgrasantes. De este modo, debería descartarse la idea tan recurrente de asociar la generación y transformación de pastas arcillosas con la gestación de conjuntos formales vinculados a usos específicos. La estimación por parte de Antonio Blanco (2014) de escenarios muy similares justo después de analizar las fuentes de gran tamaño del yacimiento de Pico Castro (Dueñas, Palencia) ayuda a imaginar, incluso, que la práctica de esta medida técnica no sería exclusiva de Las Cogotas, formando posiblemente parte del *habitus* cerámico de otras comunidades asentadas en regiones vecinas. Y es que la distinción de marcas superficiales de exposición al fuego refuerza de manera evidente la idea de la multifuncionalidad, rechazando por completo el manejo estanco de tipos fijos como servicio único de mesa.

| Tabla 8: Relación de piezas de Cogotas I en función del porcentaje de desgrasante en la matriz | | | |
|---|-------------------------------------|----------------|-----------------|
| Grupos Cogotas I | Grupo A | Grupo B | Grupo C |
| Nº de piezas | 30 | 16 | 19 |
| Porcentaje de desgrasante | Entre 2 y 10% | Entre 10 y 30% | Superior al 30% |
| Porcentaje sobre el total de piezas | 46,1% | 24,6% | 29,2% |
| Total de piezas Cogotas I | 65 seleccionadas de 5565 analizadas | | |

La apreciación de una homogeneidad frecuente en cuanto a la disposición de las partículas que componen las pastas arcillosas demuestra también el desempeño de tareas encargadas para tal fin en los instantes previos al desarrollo del modelado. La inexistencia de abigarramientos, la no observación de burbujas de aire y la no persistencia de nódulos arcillosos en las matrices de las cerámicas de Cogotas I demuestran que el objetivo de crear masas de barro equilibradas se cumpliría eficazmente. Dejando a un lado los

planteamientos tradicionales que relegan las acciones del pisado y amasado a rutinas de fabricación cerámica más recientes, precisamente por no considerarlas imprescindibles cuando la actividad alfarera no es estandarizada y maneja poco volumen de material, casi todos los fragmentos examinados presentan una uniformidad manifiesta y ponen de relieve la aplicación efectiva de estas técnicas. La constatación en las matrices de clastos distribuidos irregularmente o signos superficiales de roturas por contraste de dureza o conservación de cámaras de aire es escasa, pudiendo solo resaltar al respecto piezas contadas (p.ej. M.A.N/1989/41/3126).

El modelado

La ausencia de marcas superficiales horizontales y paralelas, así como las características granulométricas de las secciones, parecen manifestar que la práctica cometida para el levantado de las cerámicas de Cogotas I no giraba en torno a operaciones relacionadas con la rotación y la generación de energía cinética. La mayor parte del ajuar cerámico se elaboró empleando hábilmente la técnica del urdido mediante la superposición interna y paralela de rollos de arcilla o colombinos. Este método se fundamenta en la fabricación de colombinos finos de dimensiones medias para sobreponerlos en cabalgadura interna hasta conseguir la forma deseada. La identificación inequívoca de trazas planas de rotura, secciones cóncavas y perfiles con claros puntos de intersección horizontal descartan, por completo, la ejecución de otras técnicas de formación a excepción de la del ahuecado simple, una de las estrategias más comunes y extendidas en el ámbito etnográfico (Roux, 2016), a la que meramente se recurre para realizar piezas de pequeño tamaño (Fig.75). Así lo atestigua la documentación en los restos conservados de estas de ligeras huellas en la superficie dejadas por el pellizcado discontinuo con los dedos pulgar e índice y leves fracturas verticales focalizadas preferentemente en las zonas de la base y el borde. En cualquier caso, el conjunto de ejercicios efectuados para perpetrar la tarea trascendental de modelar responde a un alto grado de pericia técnica. La distinción de fallos técnicos y señas sintomáticas de la confección de formas a través de destrezas escasas, tales como deformaciones, asimetrías profundas, cambios continuos de espesor, bordes irregulares o bases gruesas y agrietadas, se convierte en un trabajo realmente difícil.

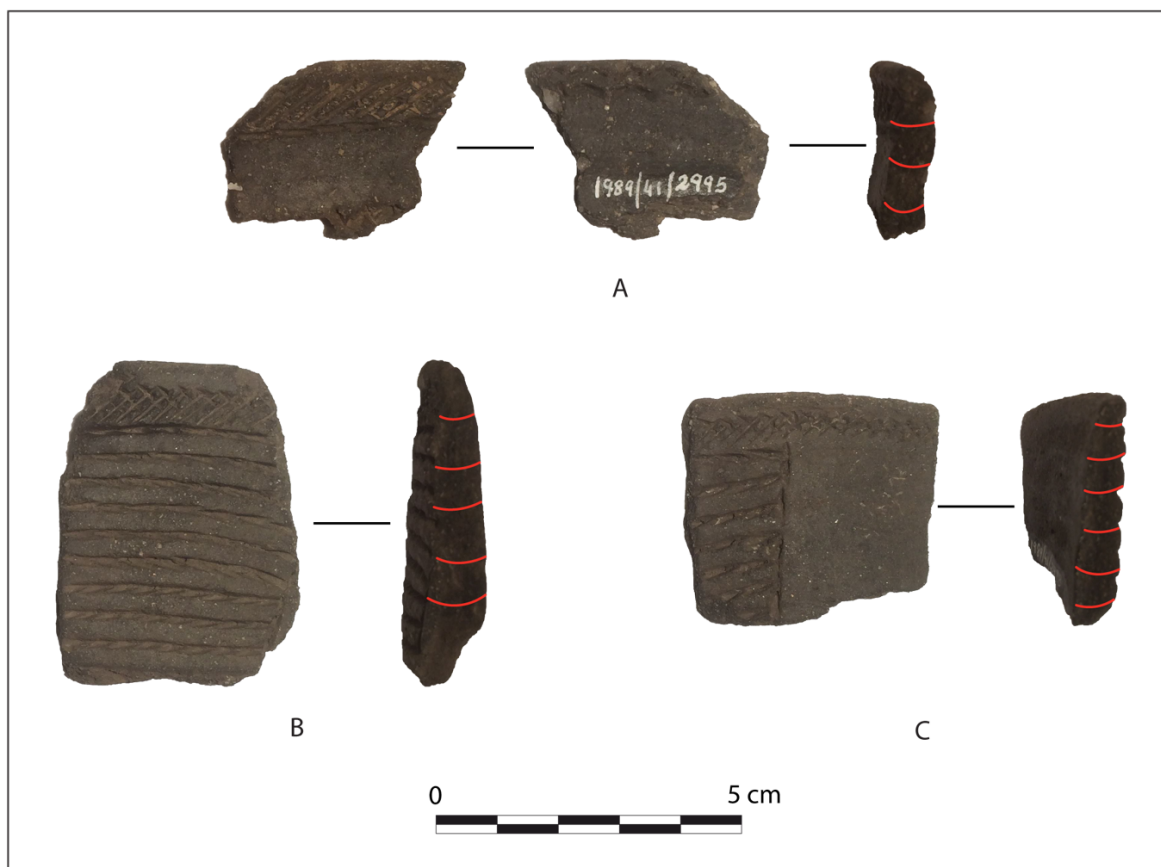


Fig. 75: Fragmentos de Cogotas I con trazas evidentes de modelado mediante la técnica del urdido y la superposición de colombinos. M.A.N: A) 1989/41/2995; B) 1989/41/2989; C) 1989/41/2988.

De igual modo, la apreciación de una orientación paralela de los desgrasantes de la matriz a las paredes de los fragmentos cerámicos hace referencia al elevado dominio tecnológico y cúmulo de saberes de los alfareros cogoteños. Esta disposición da fe de la producción de una serie de presiones laterales sobre los cuerpos en estado fresco, con el propósito a ciencia cierta de eliminar las burbujas de aire surgidas durante las acciones del moldeado, ayudar a la defloculación del agua interna presente en la misma arcilla (Capel Martínez y Delgado Calvo, 1978; Woods, 1985; Gibson y Woods, 1990; Velde y Druc, 1999; Cau Ontiveros *et al.*, 2004; Berg, 2008) o aumentar la resistencia frente a quebrantamientos o craquelados (Schiffer y Skibo, 1997).

La aplicación de los correspondientes tratamientos de superficie y la configuración de los esquemas decorativos tenía lugar posteriormente, cuando los recipientes recién modelados iniciaban el delicado camino hacia su estabilización, por medio de la pérdida progresiva de agua. En función de las trazas registradas, en primer orden se procedía a bruñir y alisar las capas exteriores en estado de textura de cuero, seguramente con doble intención. Por un lado, sellar porosidades surgidas a causa de la pérdida de hidratación (Echallier, 1984) y, por otro, regular con cariz estético el acabado final de los vasos. Las decoraciones se realizarían a continuación, una teoría deducida al no encontrar evidencia macroscópica alguna que pruebe lo contrario, como la presencia en los márgenes de estas, o en su interior, de restos de barro originados por la fricción de cantos rodados o paños de cuero.

Aparte, la puesta en marcha de un examen gestual detallado de las decoraciones documentadas ha confirmado que, a nivel genérico, se aprecian en Las Cogotas las mismas que en numerosos asentamientos encuadrados en una instancia cronocultural equivalente (Abarquero Moras, 2005; Blanco González, 2015b). Concretamente, son las archiconocidas como de boquique o punto y raya, la incisión, la excisión y múltiples modalidades de impresión, casi todas ejecutadas con maestría para la creación de iconografías muy complejas y diversas, concentradas en zonas visibles, como interiores de labios, bordes o cuellos. Asimismo, todas ellas sirven para plasmar ciertas organizaciones compositivas que rompen por completo con los cánones de representación y visibilidad actuales. Se trata habitualmente de escenificaciones de tipo solar que suelen partir desde la base del propio recipiente y solo pueden ser vistas si dicho recipiente se eleva o se dispone en posición inversa. La fuente troncocónica de carena alta y base plana actualmente expuesta en las dependencias del M.A.N, con nº de inventario 33409, se constituye como uno de los ejemplares más característicos. Su decoración parte del fondo del vaso, formando una estrella de ocho puntas realizada con la técnica de boquique, que rodea a la base como si esta fuera una esfera solar.

Las decoraciones plasmadas con la técnica del boquique son las que más repiten los alfareros de Las Cogotas. Con ella se distinguen líneas verticales y horizontales (p.ej.

M.A.N/1989/41/3163; 1989/41/3218; 1989/Viv.9/4; 1989/Viv.9/5), que delimitan campos en zigzags (p.ej. M.A.N/1989/Viv.9/2; 1989/Viv.9/12; 1989/41/3126), y motivos vegetales con desarrollo horizontal (p.ej. M.A.N/1989/41/3127). La técnica impresa en sus distintas vertientes es la segunda en orden de representación. Entre ellas destaca la impresión mediante punzón (p.ej. M.A.N/1989/41/2995; 1989/41/3163; 1989/Viv.9/4; 1989/Viv.9/5; 1989/41/3126; 1989/Viv.9/5; 1989/Viv.9/12), constituyéndose como menos frecuentes las impresiones realizadas mediante peine (p.ej. M.A.N/1989/41/3570), media caña (M.A.N/1989/41/3123) o ungulaciones (p.ej. M.A.N/1989/41/2382). La técnica incisa se utilizó igualmente para marcar líneas horizontales y verticales, oblicuas o en zigzags (p.ej. M.A.N/1989/41/3169; 1989/41/2995; 1989/41/3163; 1989/41/3174; 1989/Viv.9/2; 1989/41/3169; 1989/41/3174), conjugándose en determinadas ocasiones con la impresión para crear patrones inciso-impresos de espiguilla y reticulado. Por último, la excisión es la técnica menos reproducida entre los fragmentos de Cogotas I de Las Cogotas y siempre va unida a la creación de composiciones decorativas de bandas en zigzags y triángulos contiguos (p.ej. M.A.N/33409; 1989/Viv.9/2; 1989/41/3122). En este caso, cabe destacar también que el avistamiento de huecos irregulares y mal fabricados, en buena parte de dichas representaciones, parece intuir que los sistemas empleados para extraer las porciones de arcilla no fueron del todo satisfactorios, es decir, podría decirse que los gestos técnicos asociados a su manufactura se aplicaron de forma deficiente (Fig.76).

La cocción

El visionado de las matrices y pastas cerámicas de Cogotas I a través de la lupa binocular refleja el predominio de tonalidades de cochura negras, grises y pardas oscuras, una consecuencia directa de la no entrada de oxígeno en el interior de estas (Roux, 2016). Por el contrario, la distinción de pequeños matices claros y oxidantes, fundamentalmente en las franjas externas, atestiguaría la absorción del poco oxígeno que conseguiría filtrarse dentro de una atmósfera de cocción reductora. La primacía de superficies con gamas de color oscuras y muy similares revela el manejo de cocciones simples y abiertas, capaces de generar las transformaciones fisicoquímicas pretendidas, pero que impiden un control adecuado de la oxigenación.



Fig. 76: Conjunto de contenedores adscritos a Cogotas I procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989-41-2382; b) 1989-41-2995; c) 1989-41-3122; d) 1989-41-3123; e) 1989-41-3126; f) 1989-41-3127; g) 1989-41-3163; h) 1989-41-3169; i) 1989-41-3174; j) 1989-41-3218; k) 1989-41-3570; l) CO-1989-Vivienda 9-2; m) CO-1989-Vivienda 9-4; n) CO-1989-Vivienda 9-5; o) CO-1989-Vivienda 9-12.



Fig. 77: Cocción experimental de cerámica moldeada a mano en hoyo simple.

Básicamente, los alfareros de cerámicas adscritas al tipo de Cogotas I se valdrían de estructuras efímeras a modo de hornos, dispuestas en torno a hoyos en el suelo o levantadas desde la superficie misma. Precisamente por su carácter provisional, estas suelen dejar escasas huellas arqueológicas, haciendo prácticamente imposible la determinación del tipo concreto y las características del espacio diseñado para llevar a cabo la etapa más importante y determinante de la secuencia productiva. No obstante, muchas son las referencias etnoarqueológicas (Rye y Evans, 1976; May y Tukson, 1982; Gosselain, 1995; Livingstone-Smith, 2007; Calvo Trías *et al.*, 2011 y experimentales (Calvo Gálvez, 1992;

Moreno Onorato *et al.*, 2017) que inciden en las particularidades de las mismas, prestando un interés especial en las temperaturas que alcanzan, no más de 700°C. En este sentido, la constatación de un número considerable de poros vasculares y estriados en las partes centrales de las matrices de los fragmentos documentados en Las Cogotas, fruto de la formación de gases y la concentración de partículas arcillosas en el transcurso de la cocción (Berducou, 1990; Freestone, 2001; Oakley y Jain, 2002; Goffer, 2007), acreditaría desde criterios tecnológicos la no superación de curvas de temperatura superiores para su fabricación (Fig.77).

Sea como fuere, los datos técnicos más importantes aportados por las trazas apreciables de la fase de cocción no residen en la suposición de la clase de estructura concreta utilizada para cocer o en los picos máximos de temperatura alcanzados, sino en la detección del grado de maestría de las personas encargadas de su acción constante. En efecto, la inexistencia de restos deformados de baja densidad, con signos evidentes de vitrificación, vacuolas y acorchamientos, permite imaginar a personas de experiencia consolidada, garantes de la aplicación eficaz de un agregado de gestos técnicos heredados y aprendidos con anterioridad. Pese a que la Academia tiende a denominar como elementales estas prácticas de cocción, por no superar mayoritariamente la barrera de los 700°C, el desempeño de las acciones que conducen a la consecución exitosa de una cochura exige la asimilación de una tradición técnica consolidada y bastante compleja. El desconocimiento y falta de experiencia de modos de actuar, *a priori*, tan simples como los postulados para Cogotas I conllevarían la generación de múltiples defectos de cocción, que únicamente el azar sería capaz de remediar.

4.3. La Cerámica de “Cogotas II”

El debate académico sobre las cerámicas de Cogotas II sigue abierto a día de hoy, y no es para menos, porque desde que fueron definidas por primera vez como grupo tipológico a principios del siglo XX han sido esenciales para tratar de comprender los entresijos de la Edad del Hierro en la meseta norte peninsular (Martín Valls, 1971 y 1985;

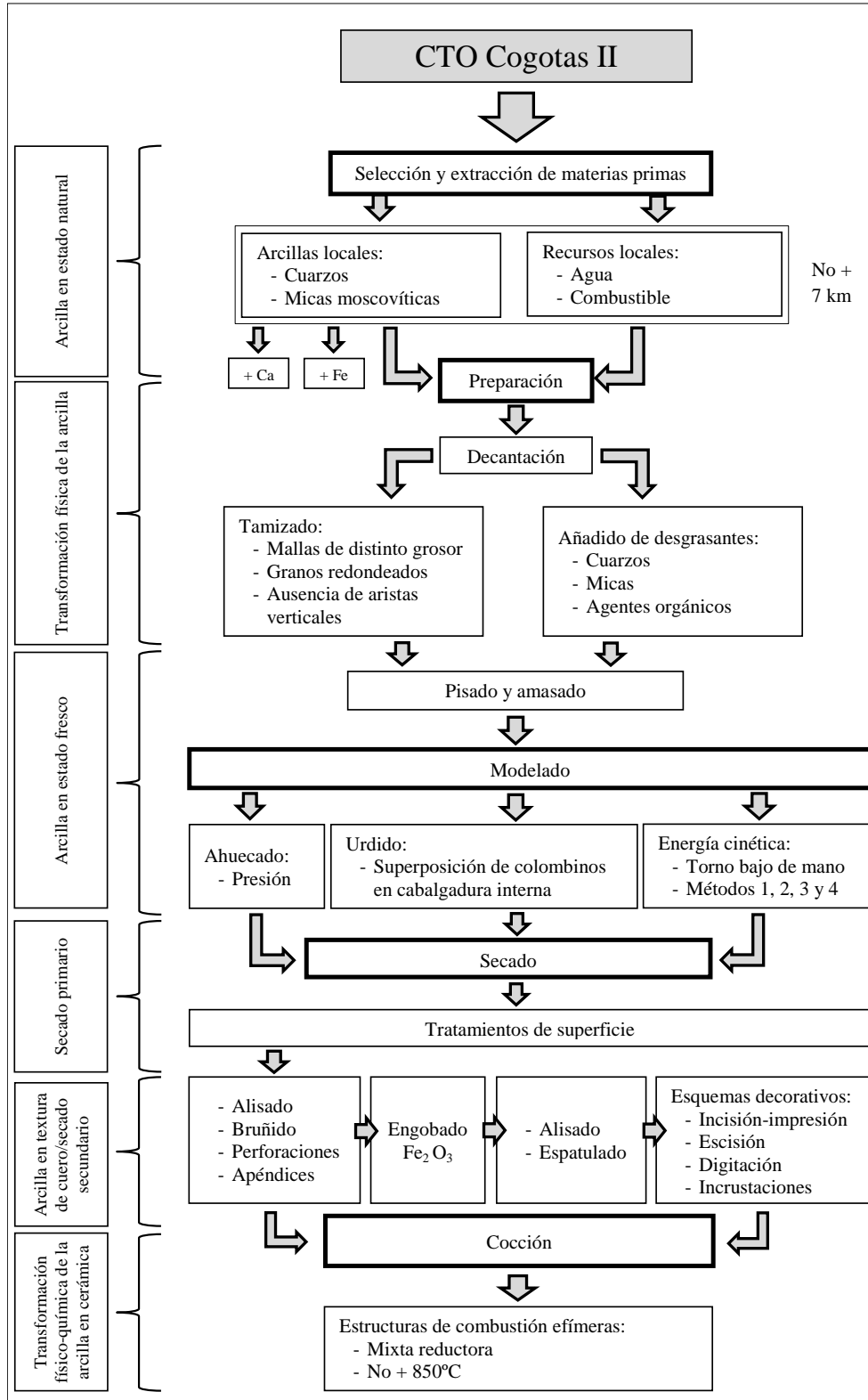


Fig. 78: CTO de Cogotas II.

González Tablas, 1990; Sanz Mínguez, 1998; Álvarez Sanchís, 1999 y 2003; González Tablas y Domínguez Calvo, 2002). A nivel genérico, estas han servido principalmente para completar el vacío cronológico de parte del primer milenio antes de nuestra era y para indagar en las fronteras étnicas de vettones y vacceos (Álvarez Sanchís, 2010 y 2018; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002 y 2013). Por tanto, hablar de los conjuntos cerámicos de Cogotas II supone hablar de la emblemática *Cultura de Las Cogotas* (Ruiz Zapatero, 2004; Álvarez Sanchís, 2008) y de asentamientos vacceos tan conocidos como Pintia (Padilla de Duero, Valladolid), Rauda (Roa, Burgos) o Cauca (Coca, Segovia) (Sanz Mínguez y Velasco Vázquez, 2003; Sacristán de Lama, 2007 y 2011; Blanco García et al., 2012-2013; Blanco García, 2015).

No en vano, la mayor parte de los estudios que inciden directa o indirectamente en este tipo cerámico suelen centrar su foco de atención en los contextos materiales mejor definidos de la Segunda Edad del Hierro. Las lagunas y los problemas interpretativos radican sobre todo en su origen, un tema que se ha convertido prácticamente en un asunto tabú obviado por el grueso de la producción científica. ¿Cuándo, cómo y por qué surge la cerámica de Cogotas II? ¿Qué motivos determinaron el inicio de su manufactura? A menudo, el mundo académico pasa por alto estas preguntas, conformándose con asumir y aceptar a grandes rasgos que el 650 a.C. es la fecha aproximada en la que estas cerámicas comienzan a formar parte del registro arqueológico, que son las descendientes inmediatas de las cerámicas adscritas al periodo de Soto Inicial, que la incisión a peine blando es el tipo de decoración que funciona como su fósil guía y que dentro de ellas existen piezas con diversa funcionalidad, manufacturadas específicamente para consumir, almacenar o preparar alimentos.

Es evidente que quedan aún muchos aspectos por dilucidar de la cerámica de Cogotas II y entre ellos está el que se refiere a la identidad de las gentes que la generaron. ¿Quiénes eran estas personas? ¿Por qué decidieron fabricar este tipo de cerámica? Con el paso del tiempo, ¿seguirían siendo las mismas personas las encargadas de su fabricación? ¿Compartirían los mismos pensamientos? La naturaleza multidimensional de los objetos permite ser optimistas en relación a las posibilidades que se tienen para buscar nuevas

pistas y poder responder a estas cuestiones. En cierto sentido, la no existencia hasta el momento de aproximaciones tecnológicas de peso obliga a realizar investigaciones que vayan más allá de la asunción convencional de las cerámicas de Cogotas II como meros recipientes con decoraciones a peine de mayor o menor complejidad. Las sociedades del pasado son por sí mismas dinámicas y diversas y en ellas el ajuar cerámico, como cualquier otro objeto, juega un papel muy importante en la transmisión de los sentidos y las emociones propias de cada época (Wells, 2012). En este caso, la acción de analizar con precisión la Cadena Técnico-Operativa de la cerámica de Cogotas II aparecida en el yacimiento de Las Cogotas, aparte de revelar datos relevantes acerca de los distintos modos de producirla, se configura como una de las opciones más fiables para generar información que facilite la comprensión del mantenimiento o alteración ontológica de múltiples facetas sociales, económicas y simbólicas a lo largo de la Edad del Hierro (Fig.78).

La selección y extracción de las materias primas

Los procesos de selección y extracción de materias primas correspondientes con la manufactura de cerámicas de Cogotas II advierte semejanzas con las ya apuntadas para la fabricación de los recipientes ligados al tipo de Cogotas I. La aplicación del concepto de área de captación de recursos (Arnold, 2005) deja entrever un acopio local y vinculado a ecosistemas cercanos. De nuevo, el río Adaja y el arroyo Rominillas se constituirían como las principales fuentes de aprovisionamiento de sedimentos arcillosos neógenos, mientras que bosques y cauces fluviales circundantes serían explotados con la misión de conseguir combustible para la cocción de las piezas, agua para la preparación de la arcilla y recursos de naturaleza lítica u ósea para la fabricación de útiles. En esta ocasión, la elaboración de un test ANOVA mediante el estudio químico de Fluorescencia de Rayos X –FRX– y análisis estadísticos –clúster análisis– ha permitido, al menos, reforzar la teoría que defiende la obtención de las arcillas empleadas en el proceso productivo a partir de acopios locales. Tras la determinación de cuáles eran los elementos químicos diagnósticos que posibilitaban el establecimiento de agrupaciones, hierro –Fe–, manganeso –Mn–, calcio –Ca– y potasio –K–, el paso siguiente a seguir fue la realización de una observación factorial utilizando la reducción de dimensiones y de la que se obtuvieron las variables 1 y 2 –eje X

y eje Y-. En torno a estas últimas, los resultados de las 15 muestras escogidas² para caracterizar físicamente el grupo tipológico de Cogotas II se han representado a través de un diagrama de dispersión de puntos tradicional.

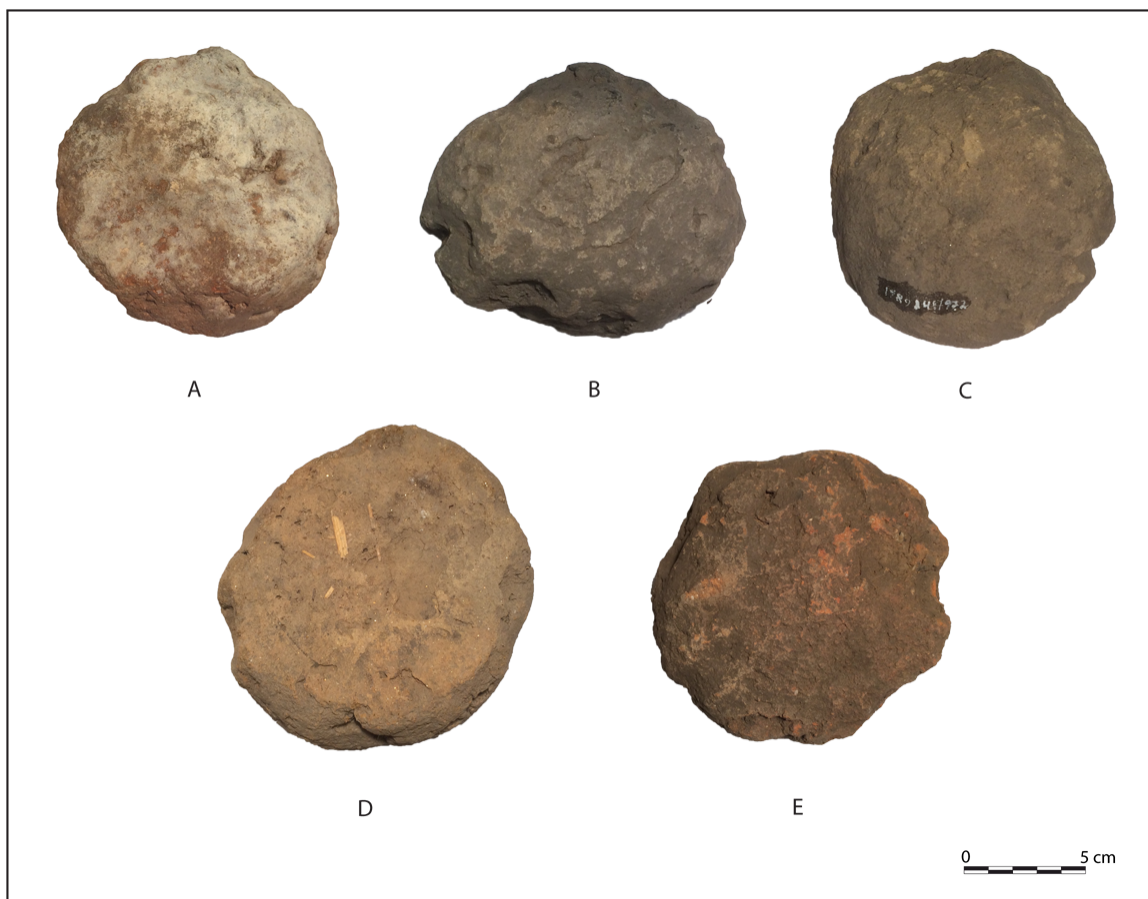


Fig. 79: Pellas de barro encontradas en contextos domésticos de Las Cogotas. M.A.N: A) 1989/41/973; B) 1989/41/971; C) 1989/41/972; D) 1989/41/1796; E) 1989/41/1795.

De forma concreta la distribución de puntos en el gráfico deja claro que estas cerámicas giran alrededor de dos grandes trazas geoquímicas muy similares, casi idénticas, que vienen marcadas gracias a las propiedades de cinco de las pellas de barro encontradas

² Ante el impedimento económico de elaborar una caracterización física completa de los miles de fragmentos examinados de Cogotas II y Cogotas III ha sido irremediable la puesta en marcha de un proceso selectivo supeditado a las apreciaciones observadas a nivel macro. Por esto, aquellas que ofrecían dudas significativas desde apreciaciones estrictamente oculares fueron siempre las favoritas de ser susceptibles a dichos procesos de examen por su propia naturaleza o por motivos estrictos de conservación.

en el transcurso de las excavaciones dirigidas por Juan Cabré³ (Fig.79). Todas ellas están compuestas por arcillas ubicadas en el mismo batolito granítico en el que se erige el yacimiento de Las Cogotas, sin embargo, unas tienen en proporción más cantidad de hierro (M.A.N/1989/41/971; 1989/41/972; 1989/41/973; 1989/41/1795) y otras mayores niveles de calcio (M.A.N/1989/41/1796). Si bien la fuerte contaminación antrópica del entorno adyacente al yacimiento, provocada especialmente por el embalse y la presa que llevan su nombre imposibilita la búsqueda y detección de los lugares exactos de captación, la detección analítica de cerámicas arqueológicas con patrones físicos análogos, pero con ligeros matices en sus características físicas, certificaría la existencia de dos fuentes diferentes para la obtención de arcilla como materia prima. Además, los resultados señalan también que las arcillas más calcáreas se explotaron predominantemente para fabricar recipientes de cocción oxidante, mientras que las más ferruginosas se manipularon preferentemente para la producción de piezas asociadas al concepto de Cogotas II. Es posible que el aprovechamiento de ambas zonas de deposición de sedimentos fuera coetáneo, aunque por principios de temporalidad cobraría cierta lógica la idea de que en primera instancia se recurriera al área con las medidas en hierro más altas. La continuidad de la producción y el agotamiento sistemático de las tradicionales zonas de extracción traerían consigo la búsqueda en las inmediaciones de recursos nuevos pero con características similares. Y es que pese a disponer de particularidades ligeramente dispares, la calidad de los dos tipos de arcillas elegidas es incuestionable en términos de maleabilidad y flexibilidad (Fig.80).

Por otro lado, la visualización de tres ámbitos bien delimitados en el grupo central entronca directamente con la preparación de las pastas. En el gráfico, las cerámicas que poseen un número mayor de desgrasantes ocupan los apartados superiores, las que presentan un grado menor de abarcan los espacios medios y las que prácticamente no tienen se hallan en la parte inferior. Obviamente, las acciones de eliminar o incluir ciertos elementos en el material arcilloso recolectado, independientemente de sus motivaciones, inciden manifiestamente en la naturaleza del mismo. En este caso los análisis de

³ La toma de muestras del resto de pellas cerámicas encontradas por Juan Cabré fue materialmente imposible por encontrarse expuestas dentro de la colección permanente del Museo Arqueológico Nacional (M.A.N/1989/41/983;35520) o al no haber podido ser localizadas en los actuales fondos museísticos.

fluorescencia parece que anticipan una serie de gestos técnicos vinculados estrechamente con la siguiente fase.

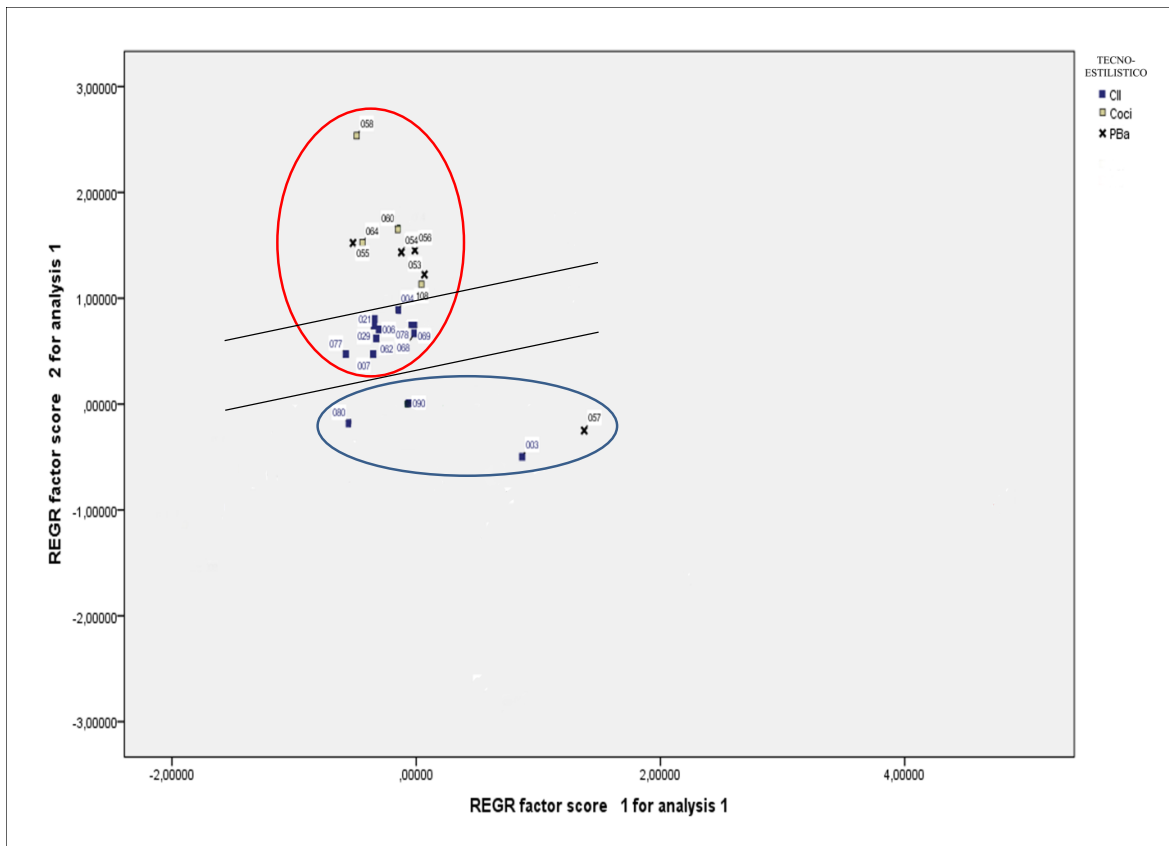


Fig. 80: Esquema de puntos de análisis de FRX de Cogotas II. Ver relación de muestras en anexo 1.

La preparación de los materiales

La cuantificación desde aproximaciones macroscópicas de los desgrasantes existentes en las matrices cerámicas refleja una elaboración concienzuda de las arcillas seleccionadas. La identificación de clastos con diferente densidad en las matrices, unida a la no necesidad de tener que manejar en un principio grandes cantidades de mineral, apunta al empleo de tamices con mallas de rejilla fina para eliminar impurezas. Igualmente, la detección en una serie de formas cerámicas modeladas con energía cinética de matrices más equilibradas, formadas solo por partículas homogéneas y de peso similar, no permite

descartar el uso de la decantación por levigado en según qué casos. De lo que sí se puede estar seguro es que, a tenor del estudio pormenorizado de las pastas, se definen dos grupos cerámicos distintos en función de la cuantía de desgrasantes habidos en su interior (Fig.81):

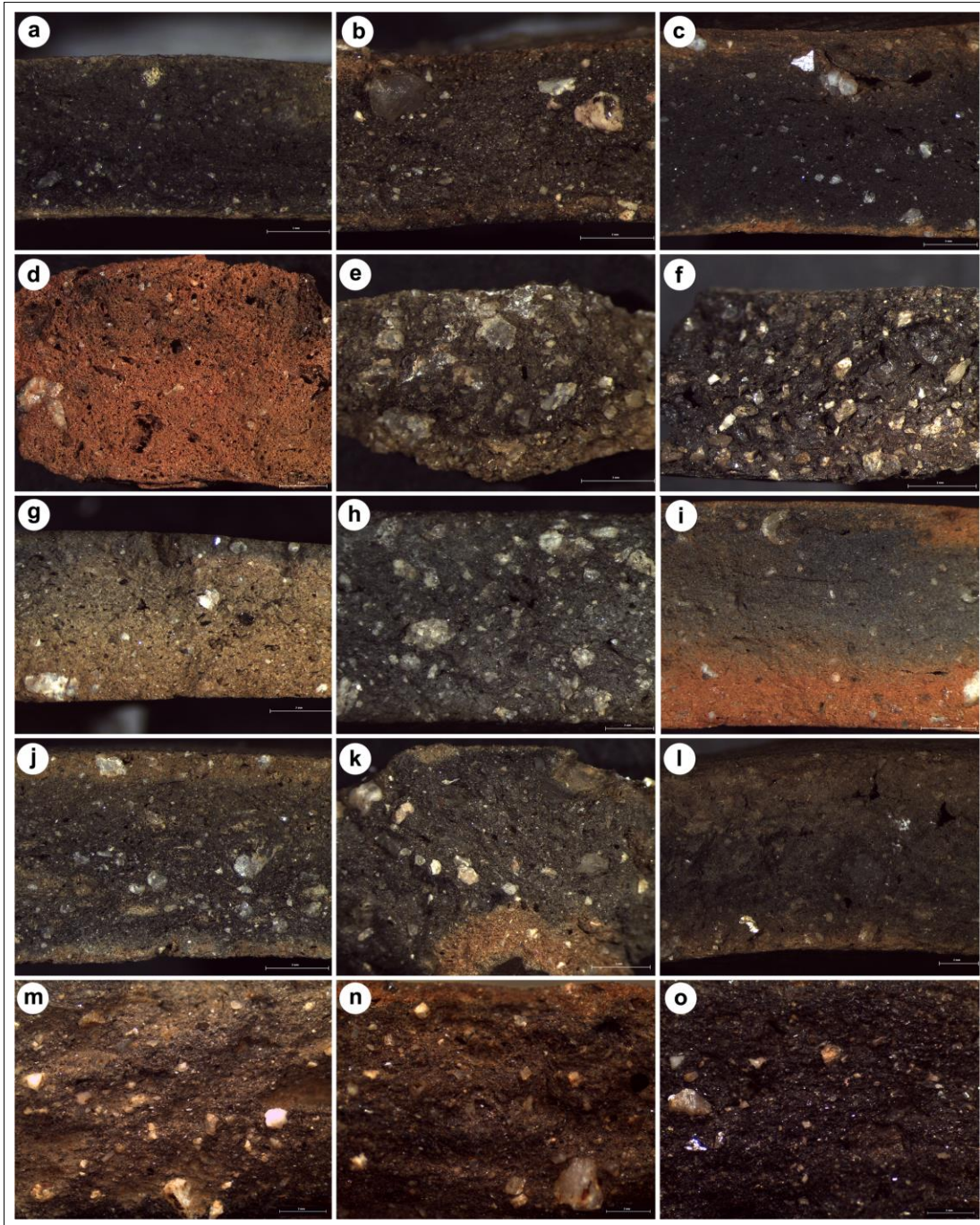


Fig. 81: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989-41-3621; b) 1989-41-3103; c) 1989-41-3131; d) 33410; e) 35533; f) 35531; g) 3481 (A); h) 3481 (C); i) 1989-41-3094; j) 1989-41- 3480 (B); k) 1989-24-263; l) 1989-24-697; m) 1989-41-3008; n) 1989-41-3015; o) 1989-41-3016.

-Grupo A: Constituido por recipientes con proporciones que fluctúan entre el 2% y el 15 %. Este intervalo se compone de la suma de muestras tomadas en vasos adscritos a la tipología de Cogotas II, todos ellos con signos evidentes de tratamientos minuciosos de alisado y bruñido (p.ej. M.A.N/1989/41/3621; 1989/41/3103; 1989/41/3131; 1989/41/3094; 1989/41/3480B; 1989/24/263; 1989/41/3008; 1989/41/3015; 1989/41/3016; 33410; 3481A).

-Grupo B: Compuesto por contenedores cuyo rango oscila entre el 30% y el 50%. A *priori*, las formas relacionadas con estos porcentajes aparecen ligadas al desempeño de obras de almacenaje o de preparación de alimentos, tales como orzas, ollas y jarras (p.ej. M.A.N/1989/41/1328; 1989/24/144; 1989/24/697; 35531; 35533; 3481C) (Tab.9).

| Tabla 9: Relación de piezas de Cogotas II en función del porcentaje de desgrasante en la matriz | | |
|--|---------------------------------------|----------------|
| Grupos Cogotas II | Grupo A | Grupo B |
| Nº de piezas | 1031 | 1434 |
| Porcentaje de desgrasante | Entre 2 y 15% | Entre 30 y 50% |
| Porcentaje sobre el total de piezas | 40% | 55,6% |
| Piezas no adscritas a ningún grupo | 114 piezas entre el 15 y 30% | |
| Total de piezas Cogotas II | 2579 seleccionadas de 5565 analizadas | |

En contraposición con lo señalado para Cogotas I, la lectura transversal de los datos corroboraría, esta vez sí, un vínculo fuerte de correspondencia entre el número de desgrasantes y los signos formales, dando pie a interpretar que la manufactura de las pastas arcillosas se hace acorde a usos específicos (Padilla Fernández y Dorado Alejos, 2017: 100). Asimismo, el reconocimiento visual de clastos con ángulos y aristas verticales y sin señas de rodamiento en las matrices confirmaría la más que probable incorporación de cuarzos y micas machacadas durante la decantación, cuando la arcilla se encuentra en estado líquido, o en el acto del amasado, justo antes de proceder al levantado de las piezas (Albero Santacreu, 2014). La constatación etnoarqueológica de esta práctica en comunidades preindustriales (Livingstone-Smith, 2007; Djorjevic, 2013) reforzaría esta presunción, la cual cobraría aún más sentido si se une a la somatización frecuente de

marcas de fuego en bases y cuerpos, que son fruto del acercamiento primario a fuentes de calor (Fig.82). Estas evidencias se concentran en las cerámicas que han recibido un añadido importante de elementos con la finalidad de aumentar su porosidad y la resistencia al choque térmico, dos propiedades fundamentales si lo que se pretende es exponerlas reiteradamente al fuego. La presencia de negativos rectangulares en las matrices, pertenecientes sobre todo a vasijas y grandes contenedores de base plana, muestra también el desarrollo de gestos técnicos encaminados al agregado de agentes orgánicos de origen vegetal, posiblemente con el objetivo de acrecentar todavía más la cantidad de poros internos para hacerlas así más livianas y facilitar su cocción sin roturas y sin contratiempos.



Fig. 82: Forma cerámica con signos elementales de alisado en la que se puede percibir con claridad huellas evidentes de una exposición reiterada al fuego (M.A.N/35533).

Aunque a simple vista pueda parecer que la aplicación de las acciones circunscritas a la transformación de la naturaleza de las pastas cerámicas no requiere un grado de experiencia elevado, dichas acciones deben ejecutarse a la perfección para evitar alteraciones no deseadas. De hecho, el saber de estas técnicas implica a su vez un conocimiento amplio de las arcillas seleccionadas y de los materiales externos para evitar inclusiones defectuosas que incidan en la garantía de éxito del proceso productivo. En este sentido, el pisado y el amasado, las operaciones técnicas relacionadas con el mezclado de la pasta, son bastante cruciales. Las trazas internas de algunas de las piezas de Las Cogotas, que presentan un añadido intencionado de desgrasantes, reflejan perfectamente que la realización de dichas tareas no es del todo satisfactoria en determinadas ocasiones. Aquellas cuyos perfiles suelen ser bastante asimétricos, paredes irregulares y bases demasiado gruesas, disponen asimismo de pastas con distribuciones de desgrasantes poco homogéneas y oquedades en forma de vacuola que marcan la no eliminación apropiada de burbujas de aire y agua sobrante.

Además, es curioso que estas cerámicas sean prácticamente contemporáneas a un pequeño conjunto amalgamado de recipientes decorados y superficies tratadas, vinculado por su morfología a las etapas más tardías del Bronce y las más recientes del Hierro, que exterioriza signos inequívocos de exposición al fuego y no posee un porcentaje elevado de desgrasantes en su interior. En concreto, merece la pena destacar a modo de ejemplo un cuenco trípode de tres pies -33410-, presumiblemente hallado en la vivienda 3 del poblado de Las Cogotas (Cabré, 1930:48; Barril Vicente, 2007a: 61) (Fig.83). Vinculado cronológicamente con la influencia tardía de la cultura de Campos de Urnas en la Meseta (Almagro Gorbea, 1977; Ruiz Zapatero, 1979) o el fenómeno orientalizante (Barrio Martín, 1987), este vaso concentra especialmente en los soportes que lo sustentan zonas abizcochadas y huellas continuadas de vitrificación, una serie de defectos poco comunes en otros que han sido considerados del mismo tipo, encuadrados en momentos posteriores de la primera y segunda Edad del Hierro, y de manufactura distinta, con abundantes desgrasantes añadidos y calidades de acabado toscas o groseras (Álvarez Sanchís, 1999: 79; Barrio Martín, 1987: 105; Sanz Mínguez, 1998: 230).



Fig. 83: Detalle de signos evidentes de exposición reiterada al fuego en la parte basal (M.A.N/33410).

Con el discurrir de la Edad del Hierro, el criterio de multifuncionalidad se difuminaría progresivamente para ir dando paso a procesos de preparación individualizados que, aparte de tener en cuenta el gusto por una estética específica, valorarían principalmente la labor primaria a desempeñar. Tanto es así que solo en el tránsito de unas pocas generaciones las técnicas para crear piezas con usos ya asignados se asumieron a la perfección por quiénes se encargaban de fabricarlas. El control gradual de los nuevos gestos

técnicos incorporados en el proceso de manufactura se materializa en cerámicas que sí lucen pastas muy homogéneas fruto de un pisado y amasado eficaces y ejercidos a conciencia. La asimilación total de estas nuevas prácticas trajo consigo matrices resistentes y compactas, en las que la identificación de distribuciones irregulares de desgrasantes o huecos por burbujas de aire es prácticamente imposible.

El modelado

El levantado de las piezas cerámicas de Cogotas II no requirió en un principio de la necesidad de generar energía cinética. El grueso de la panoplia cerámica se realizaba a través de la trasposición interna y paralela de colombinos finos de longitudes medias. Por medio del montado continuo de estos rollos en cabalgadura interna, los alfareros de Cogotas II manejaron inicialmente dominios técnicos idénticos a los originarios de etapas anteriores. Conservaron, incluso, la táctica del ahuecado simple para la obtención de recipientes de dimensiones reducidas, tales como fusayolas, carretes y queseras (Fig.84). Los cambios sustanciales se advierten únicamente en la inclinación por confeccionar otros modelos formales, una decisión que dejó una estela material clara en el registro. Al menos desde una óptica técnica, la predilección por piezas semiovoides con boca ancha y base estrecha, copas, cuencos troncocónicos y vasos con perfiles en “S” con cuellos cilíndricos y con pequeños umbos o pies realzados, promueve la apreciación de grados múltiples de destreza o habilidad (Tab.10):

-Grado deficiente: Visualizado en elementos cerámicos con cuerpos irregulares y de grosor considerable, muy pesados, bordes mal terminados, fuertes asimetrías y marcas constantes de reparaciones continuadas en carenas o cambios de dirección (p.ej. M.A.N/1989/41/447; 1989/41/2083; 1989/41/2227; 33423; 35490; 35491; 35500; 35505; 35506; 35535) (Fig.85).

-Grado aceptable: Presente en piezas que guardan un mejor acabado, aunque en ellas todavía sea frecuente encontrar patrones ligeramente asimétricos y trazas inequívocas de retoques secundarios (p.ej. M.A.N/3534; 33424; 35478; 35488; 35492) (Fig.86).

-Grado óptimo: Vigente en ajuares cerámicos bien definidos, siendo imposible percibir rastro alguno de arreglos posteriores e imperfecciones técnicas (p.ej. M.A.N/33433; 35580; 1989-24-693) (Fig.87).

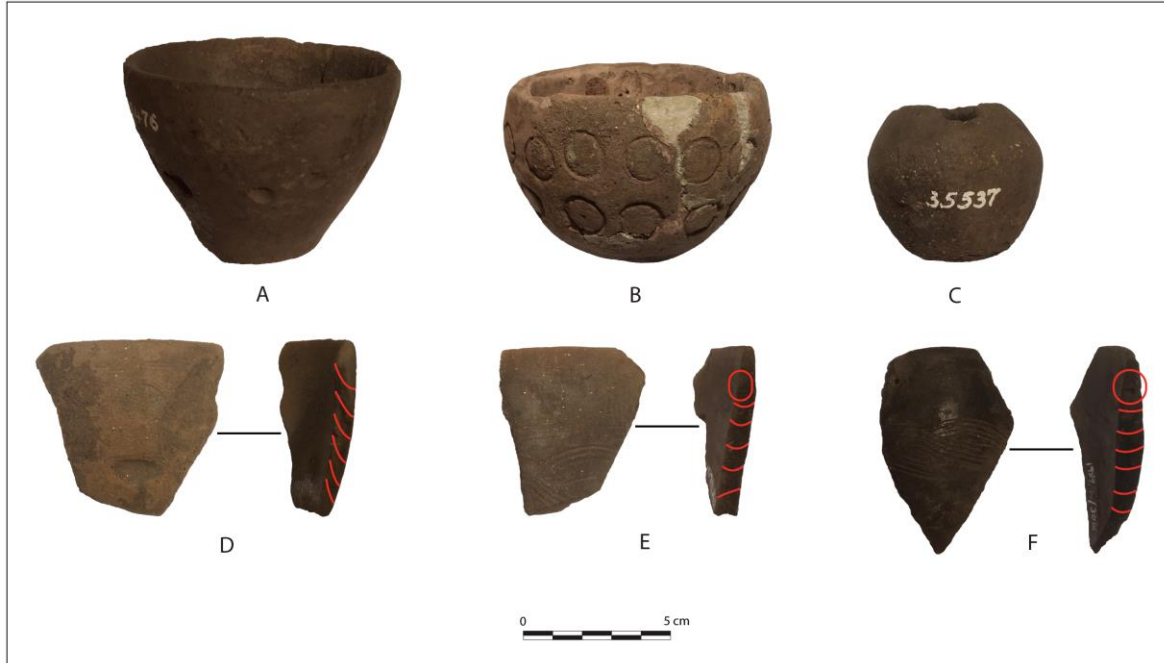


Fig. 84: Cerámicas de Cogotas II realizadas con las técnicas de ahuecado y urdido mediante la superposición de colombinos. M.A.N: A) 35476; B) 35499; C) 35537; D) 1989/41/3014; E) 1989/41/3015; F) 1989/41/3016.

La distinción de estas tres categorías pone de relieve el mantenimiento de rutinas tecnológicas de tradiciones anteriores para reproducir un “saber hacer” formal radicalmente distinto. Esta realidad también se hace presente en las matrices de los recipientes que no reflejan un incremento intencionado de desgrasantes. La observación en ellas de clastos perfectamente alineados y la poca frecuencia de grietas y cuarteados superficiales en paredes y bordes, sugieren la existencia de auténticos maestros que perpetuarían herencias técnicas determinadas para adquirir nuevos hábitos formales a partir de la experimentación. Se trata de una idea que no parece nada descabellada, a tenor de una serie de estudios etnoarqueológicos bastante recientes y llevados a cabo en comunidades indias y europeas (Gandon *et al.*, 2013; Gandon *et al.*, 2014; Roux, 2015), que han incidido en los problemas y dificultades que tienen los especialistas artesanos para reproducir fielmente tipos cerámicos no conectados con sus procesos de aprendizaje.

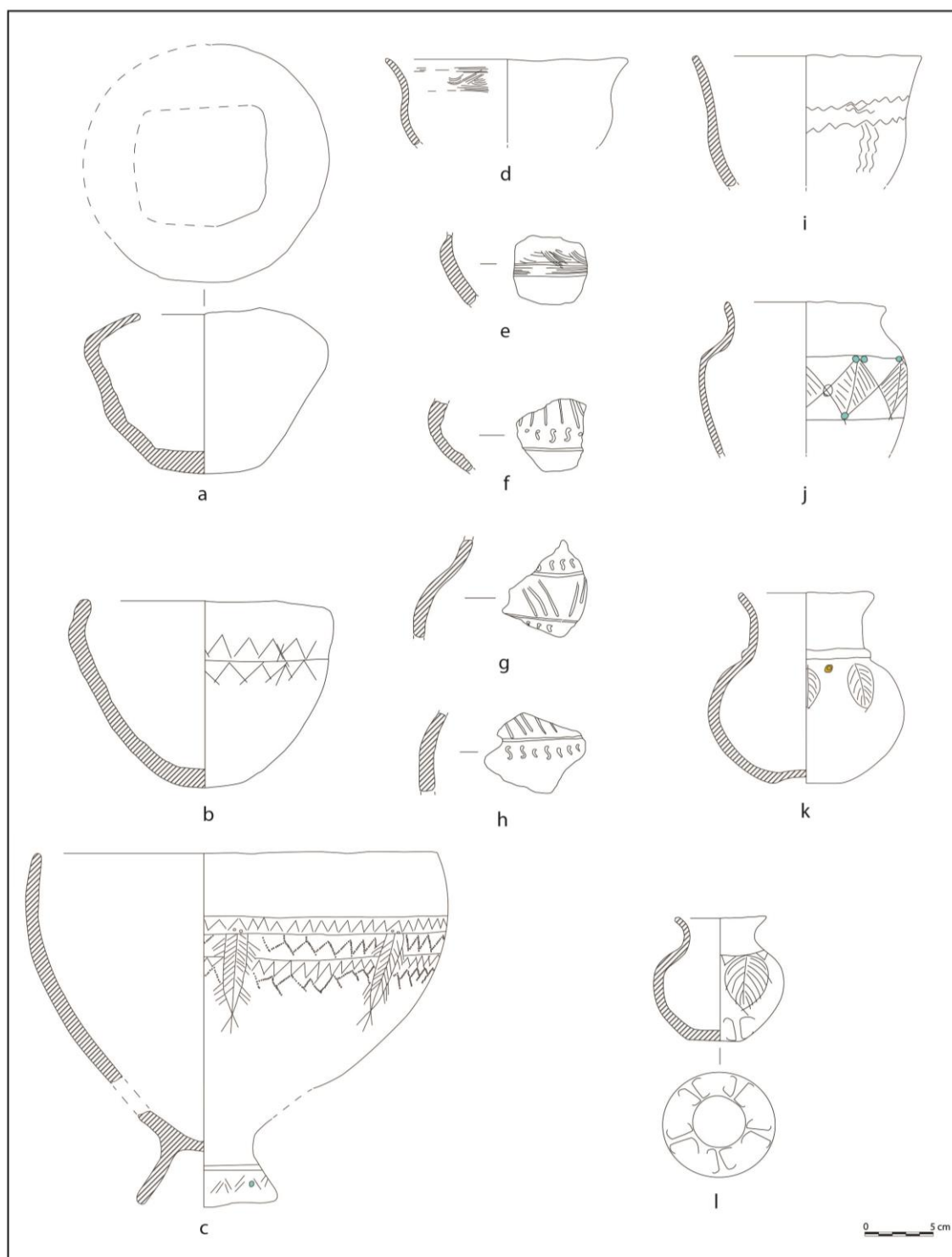


Fig. 85: Grado deficiente de modelado en contenedores de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 35535; b) 33423; c) 35490; d) 1989-41-2083; e) 1989-41-2227; f) 35506; g) 1989-41-447; h) 35505; i) 1989-41-2084; j) 35491; k) 35500; l) 35502.

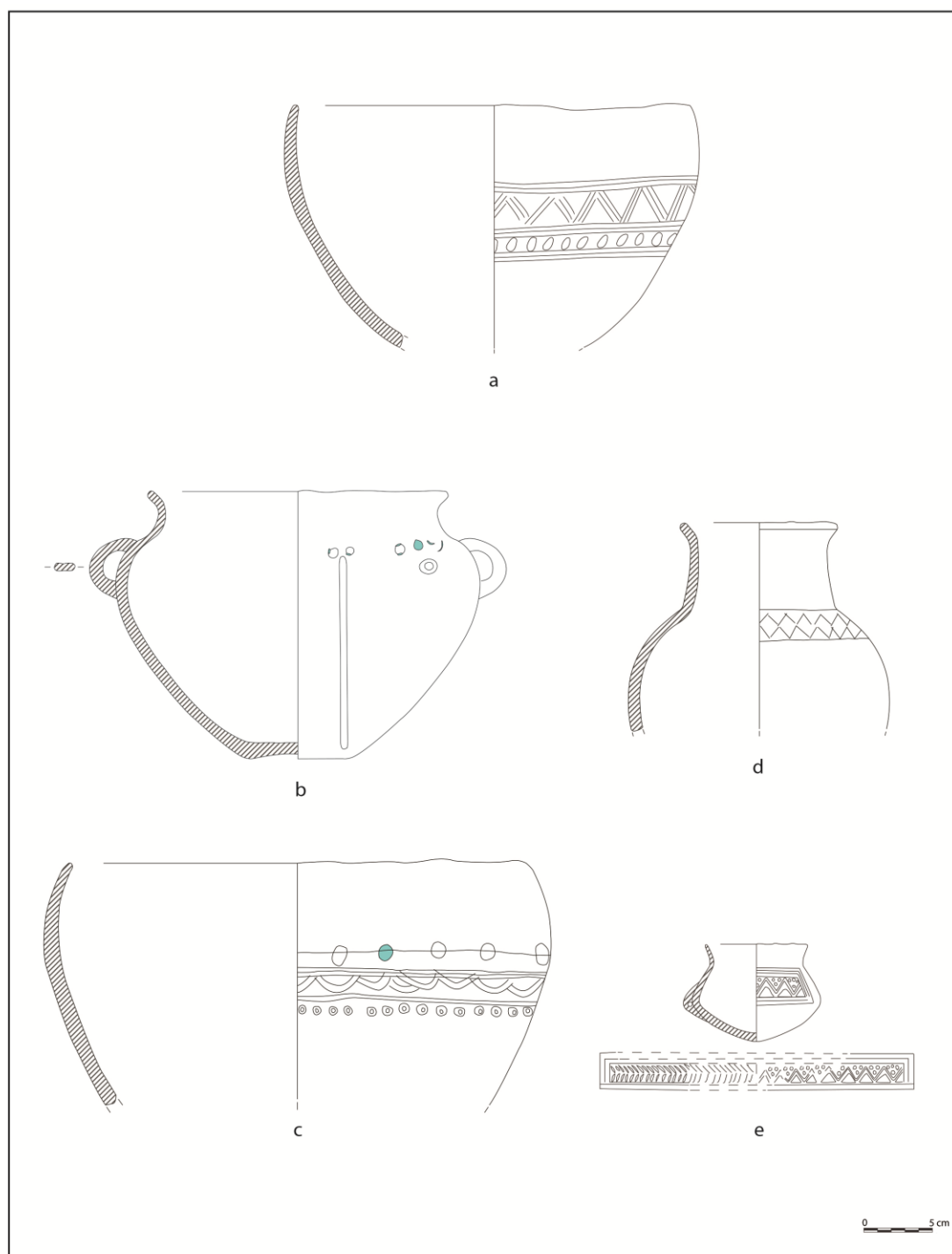


Fig. 86: Grado aceptable de modelado en contenedores de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 33424; b) 35488 c)35492; d) 35478; e) 3534.

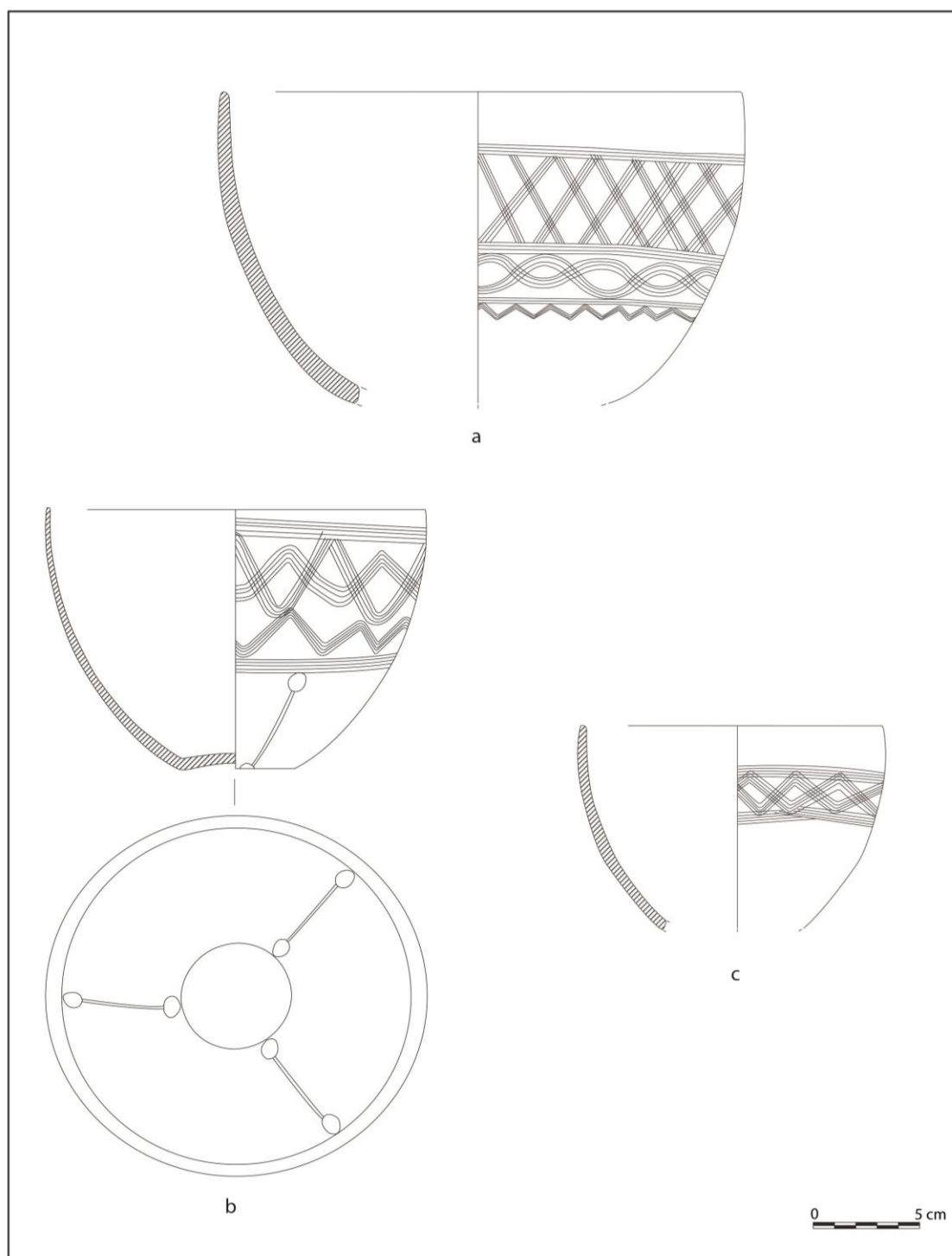


Fig. 87: Grado óptimo de modelado en contenedores de Cogotas II procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 33433; b) 1989-24-693; c) 35580.

| Tabla 10: Relación de piezas de Cogotas II a mano en función de su grado de pericia técnica | | | |
|--|---------------------------------------|-----------|--------|
| Grado de pericia técnica | Deficiente | Aceptable | Óptimo |
| Nº de piezas | 335 | 156 | 731 |
| Porcentaje sobre el total de piezas | 27,4% | 12,8% | 59,8% |
| Total de piezas a mano de Cogotas II | 1222 seleccionadas de 5565 analizadas | | |

Asimismo, la puesta en marcha de indagaciones propias en otros contextos ha servido para reforzar dichas interpretaciones. En este sentido, las investigaciones tuvieron lugar en dos ámbitos geográficos distintos, España y Egipto, y tres entornos de trabajo diferentes, cristiano católico capitalista, musulmán preindustrial y cristiano copto precapitalista. Concretamente, tres artesanos especializados en la producción de cerámica con torno de pie rápido, Antonio Padilla Herrera de Bailén (Jaén), Ahmed Al-Mansour de Hagaza (Luxor) y Shady Morkos de Garagos (Luxor), se sometieron a un intercambio de fabricación de tipos formales. En teoría, todos ellos se elaboraban haciendo uso del torno de pie rápido, pero con gestos o posiciones de mano dispares (Fig.88). El resultado fue sorprendente, puesto que ninguno de ellos en una infinidad de intentos fue capaz de imitar a la perfección con sus conocimientos adquiridos durante años la disposición formal de los recipientes que no pertenecían a su esfera cultural. Sus creaciones se asemejaban formalmente a los conjuntos representativos de sus ontologías; se encontraban repletas de signos que probaban la ejecución de un levantado formalmente deficiente, un hecho que a su vez confirmaría a la experiencia técnica no como una habilidad genérica, sino como un dominio específico (Ericsson y Lehmann, 1996). De igual modo, resulta interesante el desconcierto y frustración sufridos por los alfareros protagonistas del estudio, al no ser capaces de imaginar en que habían fallado. Con el fin de justificar lo sucedido, coincidieron unánimemente en otorgar una escasa validez funcional a las piezas que intentaron replicar, insistiendo en que los conjuntos formales de su sociedad eran, sin ninguna duda, los más aptos para el desempeño correcto de la vida cotidiana. Además parece que se habían coordinado para pensar que ellos mismos eran realmente los verdaderos especialistas,

dudando de la eficacia del “saber hacer” de los artesanos artífices de las formas que eran incapaces de reproducir.

El modelado de la cerámica de Cogotas II también guarda relación con el uso de la energía cinética. En ese gran cajón de saetre tipológico que define a varias generaciones de personas puede atisbarse como, en un momento dado, los ejemplares asociados a este grupo que no presentan desgrasantes añadidos en sus matrices empiezan a fabricarse no solo mediante las estrategias manuales ya puntualizadas, sino a través del empleo de un sistema que se sustenta en la necesidad de crear fuerza centrífuga. Hasta ahora, salvo las más evidentes, la distinción del desarrollo de estas acciones ha sido problemática debido a la dificultad que conlleva el avistamiento de las trazas que las certifican. Es por esto que la producción de cerámica torneada a lo largo de la Edad del Hierro se ha asociado tradicionalmente a la utilización del torno rápido de pie como instrumento y con el levantado en él de porciones de barro macizas –pellas–, desde las que se obtendrían directamente las formas cerámicas deseadas (García Heras, 2005; Gorgues y Benavente, 2012; Padilla Fernández, 2011; Perlins Benito, 2005). A causa de la extrapolación generalizada de pautas tecnológicas todavía apreciables en zonas tradicionales de la península ibérica, donde la fabricación de cerámica con torno rápido de pie sigue siendo parte del presente, el proceso de apertura central de la pella con el dedo pulgar izquierdo y la presión firme con ambas manos se han entendido siempre como operaciones básicas para modelar; son dos pautas técnicas que, fruto de la rotación continua y de las manipulaciones que se efectúan con los dedos, acaban dejando en las superficies cerámicas una serie de trazas paralelas y horizontales muy características. Las cerámicas de Cogotas II, al no presentar en su mayoría este tipo de huellas, se han clasificado recurrentemente como piezas elaboradas a mano, siendo vinculadas únicamente a la confección a torno cuando las marcas atestiguadas no dejaban margen de error. Por tanto, la presencia en el registro de esta clase de recipientes se considera un hecho residual y ligado a la producción estandarizada de cerámicas oxidantes de tradición celtibérica.

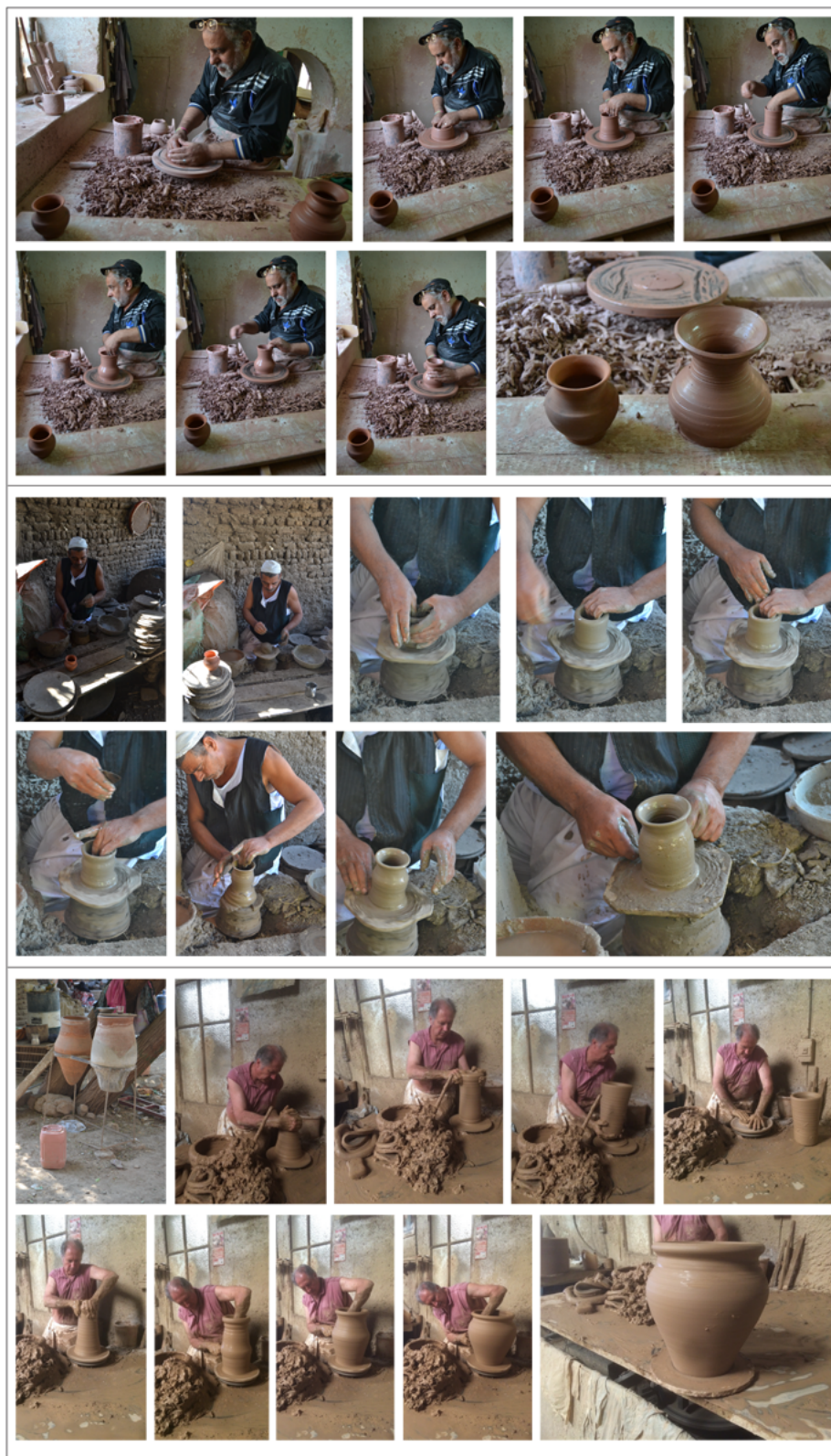


Fig. 88: (Arriba) Alfarero cristiano-copto de Garagos tratando de emular una cerámica de tradición popular española. (Centro) Alfarero musulmán de Hagaza tratando de emular una cerámica de tradición popular española. (Abajo) Alfarero de Bailén tratando de emular una cerámica de tradición musulmana-egipcia.

La realización de observaciones que tratan de huir de contaminaciones actualistas proyecta un panorama técnico bien distinto, a la par que complejo. A pesar del fuerte bruñido metálico de la gran parte de los fragmentos de Cogotas II conservados, en ellos se han atisbado varias trazas de modelado que recuerdan a las referenciadas macroscópicamente por Valentine Roux y Marie Agnès Courty (1995; 1998), Agnès Gelbert (1997) y Caroline Jeffra (2011) en sus estudios experimentales. La evidencia de estas marcas revela una adquisición progresiva de las mecánicas técnicas que tienen que ver con la generación de energía cinética. Es decir, dentro del entramado de cerámicas adscritas a Cogotas II que poseen signos de rotación pueden distinguirse cuatro grupos diferentes en función de la cantidad de fuerza centrífuga empleada para su manufactura (Figs. 89 y 90):

-Grupo A. Integrado por piezas modeladas mediante la aplicación de acciones no supeditadas en su totalidad al desarrollo de energía cinética –método 1–. En este sentido, se creaban rollos de arcilla similares y se unían manualmente a través de presiones discontinuas tras haber sido dispuestos en cabalgadura interna. La diferencia respecto a las operaciones anteriores radicaba en el manejo de estrategias de rotación para terminar de establecer el acabado de las formas deseadas. Así lo demuestra la detección de finas líneas paralelas y horizontales –casi imperceptibles– distribuidas en torno a las superficies interna y externa de los restos cerámicos conservados. Desde criterios puramente tecnológicos, podría decirse que la apariencia de estos vasos es muy parecida a la propia de los que se hacían simplemente con métodos manuales. No en vano, estos procedimientos seguían siendo los protagonistas del 90% de las tareas de modelado (p.ej. M.A.N/33437; 1989/24/53).

-Grupo B. Conformado por recipientes levantados a partir de la trasposición manual interna de colombinos y la reproducción de energía cinética para confeccionar la forma y su aspecto final –método 2–. En este caso, las huellas superficiales del uso de fuerzas de rotación son más perceptibles y las paredes de las piezas más delgadas, como consecuencia del estiramiento regular y motriz de los rollos de arcilla desde la base hasta la boca. A su vez, en las matrices se observan trazas que se asemejan a una sucesión de olas irregulares, surgidas estas por la flexión incipiente de los colombinos utilizados. Aún sí, el resultado

formal sigue siendo bastante semejante a las producciones determinadas por la aplicación exclusiva de secuencias manuales. Todavía, la mayor parte de las instrucciones técnicas desempeñadas no demandaban la energía cinética como fuente principal (p.ej. MAN/35498; 1989/41/2383).

-Grupo C. Compuesto por aquellos ejemplares en los que las actividades manuales se reducían únicamente a la fabricación y disposición ordenada de colombinos –método 3–. La unión y el alargamiento de estas piezas, así como la aplicación de las posiciones de mano que acababan otorgando su carácter formal definitivo, se ponían en práctica a continuación con la ayuda de la energía cinética. Las trazas horizontales y paralelas a nivel de superficie aparecen bien grabadas. Además, en la parte interna suelen ser habituales ciertas marcas curvas que reflejan la torsión experimentada por los rollos de arcilla después de haber sido ligados y transformados por impulsos concéntricos de rotación. Sus perfiles regulares y equilibrados son también una señal característica de estos fragmentos, los cuales, podrían confundirse a simple vista con otros elaborados íntegramente a torno rápido y con gestos técnicos distintos, aunque la apreciación frecuente de fracturas horizontales y pequeñas cámaras de aire coincidentes con los puntos de unión de los colombinos, al igual que matrices repletas de líneas onduladas por compresión, prueban la realización de estas prácticas mixtas, donde las acciones conectadas con la generación de energía cinética suponen la mitad del tiempo invertido en el trabajo de modelar (p.ej. M.A.N/35539; 35581).

-Grupo D. Constituido por las piezas que eran modeladas íntegramente haciendo uso de fuerza centrífuga –método 4–. Las formas definitivas se desarrollaban a partir de la transformación inmediata de los rollos de arcilla que se producían al efecto. Esto quiere decir que el ejercicio de cada uno de los gestos implicados en el proceso de modelado conllevaba, al mismo tiempo, la ejecución de una serie de técnicas que se encargaban de la producción de ondas de rotación cinética. Desde aproximaciones traceológicas, la instrucción de dichas actuaciones ocasiona marcas técnicas similares a las descritas para el grupo C. Es muy común distinguir la existencia de líneas paralelas y horizontales diseminadas por la totalidad de la superficie de los recipientes, trazas de torsión

concentradas en las bases y en los bordes, fracturas horizontales bien definidas y matrices compactas con huellas leves de ondulación y cámaras de aire paralelas a las zonas de empalme. De igual modo, el empleo continuado de energía cinética origina formas estilizadas, de secciones delgadas, uniformes, simétricas y de poca densidad (p.ej. 35560; 1989/24/18).

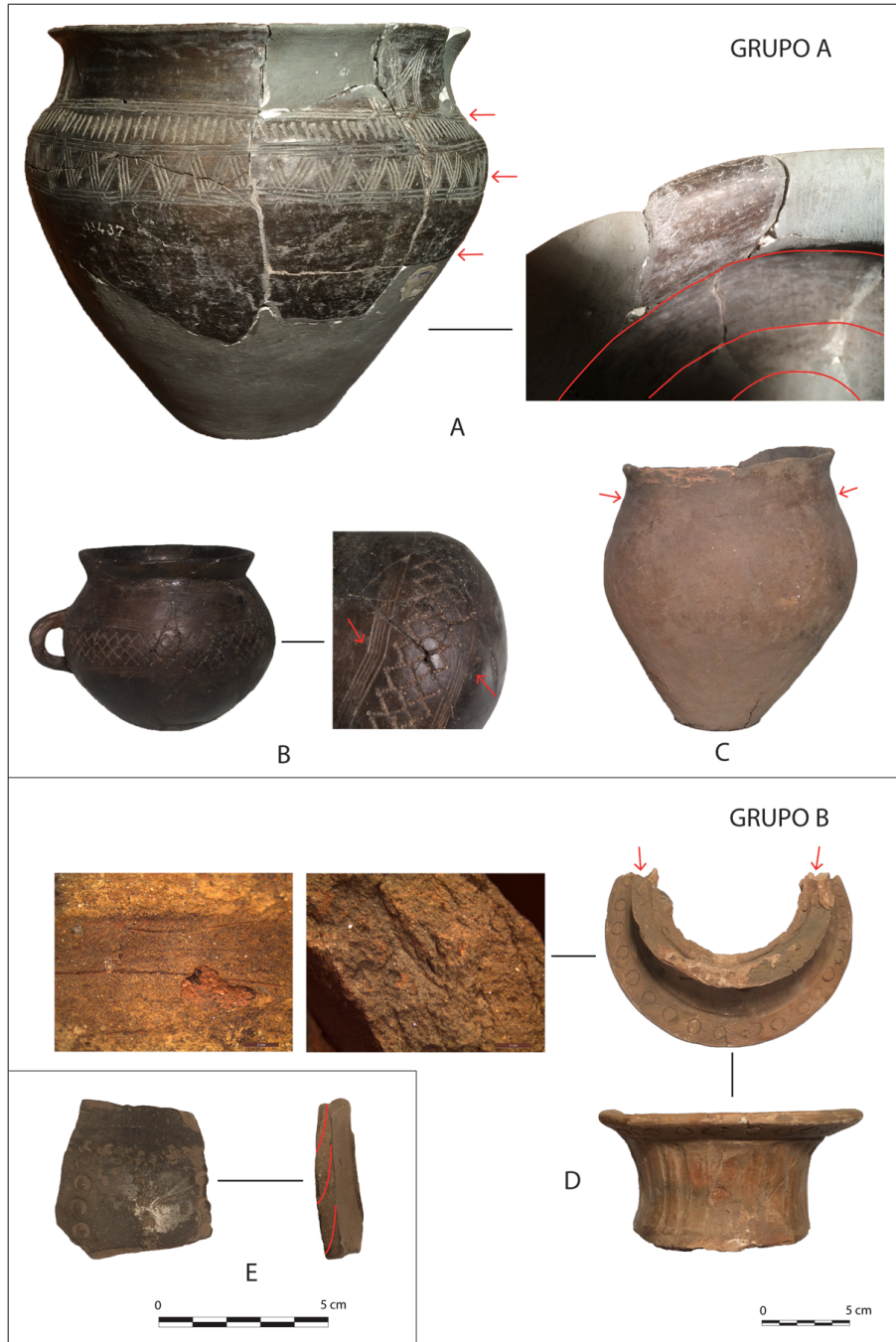


Fig. 89: Recipientes modelados haciendo uso de energía cinética pertenecientes a los grupos A y B (métodos 1 y 2). M.A.N: A) 33437; B) 1989/41/53; C) 1989/24/231; D) 35498; E) 1989/41/2383.



Fig. 90: Recipientes modelados haciendo uso de energía cinética pertenecientes a los grupos C y D (métodos 3 y 4). M.A.N: A) 35539; B) 35581; C) 35560; D) 1989/24/18.

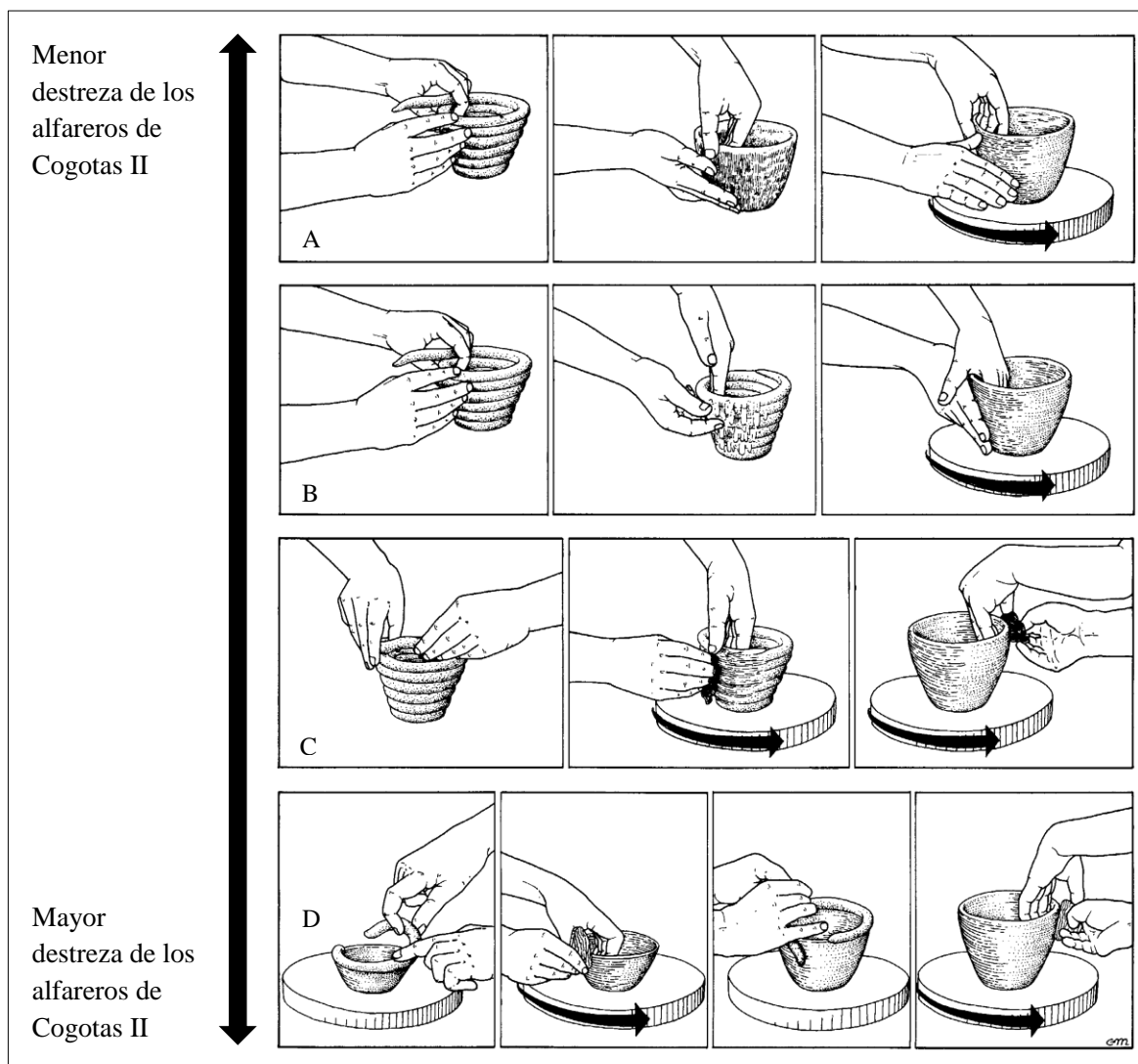


Fig. 91: Esquema de los distintos métodos de modelado a torno con colombinos (modificado a partir de Roux y Courty, 1998).

En relación con el grado de habilidad percibido en cada uno de estos grupos cabe decir que es directamente proporcional a la influencia que la energía cinética tiene en el conformado de las piezas. A pesar del dominio efectivo de un conjunto de acciones ceñidas a manufacturas estrictamente manuales, en un momento dado, se introdujeron modos de hacer alternativos que reclamaban la combinación de las técnicas manuales ya empleadas con otras nuevas, supeditadas a la creación de movimientos motrices (Fig.91). Por tanto, la constatación de niveles diversos de pericia técnica en las cerámicas se convierte de nuevo en un acontecimiento frecuente. La consecución e incorporación de aprendizajes diferentes

por parte de los agentes productores siempre requiere un periodo de adaptación. En virtud de esto, podría decirse que el estudio tecnológico de una parte de las cerámicas tipificadas como Cogotas II no solo permite atisbar el modo en el que se han interiorizado gradualmente los saberes vinculados al control de la fuerza centrífuga para modelar, sino llegar a la conclusión de que las personas protagonistas de este proceso no disponían de conocimientos técnicos cerámicos previos.

El análisis pormenorizado de las piezas en cuestión revela que aquellas que pertenecen a los apartados a y b ostentan destrezas de signo deficiente tanto en las tareas de formación y unión de los colombinos como en las operaciones finales de dar forma mediante el empleo de corrientes de rotación. La evidencia de fuertes asimetrías, paredes demasiado irregulares y grosores dispares así lo certifican. La presencia de huellas de actuaciones repetidas de reparación en puntos delicados, tales como bordes, bases o lugares de intersección, demostraría a su vez la escasa familiarización con los conjuntos formales reproducidos constantemente durante generaciones. Los recipientes ligados al grupo c poseen un grado de pericia técnica aceptable. En contraposición con lo documentado en las colecciones anteriores, certifican un cierto dominio de los gestos técnicos desarrollados al comprobarse la existencia de una mayor simetría, de perfiles más regulares y menos señales de retoques secundarios tras la consumación del levantado. Además, la aclimatación a los procedimientos que comporta el uso de energía cinética es bastante satisfactoria, configurándose auténticos elementos cerámicos híbridos en los que el manejo de las acciones relacionadas con la rotación es idéntico al concerniente con las labores que son exclusivamente manuales. Las cerámicas asociadas al grupo d son las que se corresponden con un horizonte óptimo de maestría técnica. La aplicación efectiva de ejercicios técnicos que certifican un modelado completo por medio de fuerzas motoras origina ejemplares totalmente simétricos y homogéneos en los que es difícil apreciar trazas de modificaciones extra (Tab.11).

La certeza de esta evolución lineal en la adquisición de pericia técnica se debe a la complejidad que supone, en gran parte, el control adecuado de la herramienta que se utiliza para generar energía cinética. Conocida con el nombre genérico de torno alfarero, se ha

comprendido tradicionalmente como uno de los avances tecnológicos más significativos de la historia de la humanidad, sobre todo desde que Gordon Childe publicara en 1954 su famosa obra “Rotary Motion”. Se trata de una visión funcionalista que, *a priori*, parece sensata teniendo en cuenta la convicción de que a través del empleo de este instrumento se puede producir un mayor número de piezas cerámicas en un periodo de tiempo concreto. No obstante, ciertas informaciones de carácter antropológico y etnoarqueológico apuntan a que el aprendizaje del aprovechamiento de este utensilio y el modelo productivo vinculado a él es un proceso largo y difícil que requiere una inversión de tiempo igual o superior a 10 años y no comporta ventajas de ejecución notables (Roux y Corbetta, 1990; Courty y Roux, 1995; Roux, 2003 y 2008; Gandon *et al.*, 2013). Dejando para más tarde las reflexiones dedicadas a indagar en el porqué social de la decisión de introducir el torno como útil para modelar cerámica, se hace necesario antes un estudio centrado en averiguar el tipo específico de torno usado, las velocidades de rotación ejercidas y los lugares elegidos para cometer las actividades de manufactura.

| Tabla 11: Relación de piezas de Cogotas II a torno en función de su grado de pericia técnica | | | |
|---|---------------------------------------|-----------|--------------|
| Grado de pericia técnica | Deficiente | Aceptable | Óptimo |
| Grupos | A | B | C y D |
| Nº de piezas | 265 | 380 | 712 |
| Porcentaje sobre el total de piezas | 19,5% | 28% | 52,5% |
| Total de piezas a torno de Cogotas II | 1357 seleccionadas de 5565 analizadas | | |

En el año 1924 Henry Frankfort publicó una investigación pionera acerca del origen de las producciones cerámicas en el Próximo Oriente que, aparte de fijar una base histórico-cultural sólida desde la que partir, establece con cariz precursor una diferencia a nivel tecnológico entre torneta y torno de alfarero. La primera se definió como un objeto de pequeño tamaño conformado por un disco plano soportado verticalmente por un eje y se ligó fundamentalmente a una acción de modelado que partía de la superposición de colombinos, pero recurría a la fuerza centrífuga para unir y rematar las formas deseadas. En este caso, ante la no necesidad de tener que desarrollar más de 50 revoluciones por minuto

(rpm), la dinámica obtenida mediante el movimiento de las manos se suponía suficiente para poder obtenerla. Desde entonces, la visión que la Academia tiene de ella ha cambiado bastante poco. Por esta razón, la historiografía ha considerado a la torneta como una herramienta siempre ligada a comunidades de especialización escasa que distaban económica y socialmente de aquellas que se valían del torno para fabricar productos estandarizados. En este sentido, el torno se ha entendido como un invento revolucionario que ofrece la posibilidad de producir en masa la cantidad de vasos necesaria que demanda una sociedad compleja, en la que el comercio y el intercambio pautan los ritmos y las lógicas de vida. La generalidad de esta percepción es la que forja igualmente la distinción de dos tipos de tornos, los que reciben el calificativo de lentos por no alcanzar supuestamente las 130 rpm, y los que se denominan como rápidos por superar precisamente dicha barrera (Miller, 2009; Roux, 2016). Aunque con la ayuda de las manos, los primeros son capaces de generar una velocidad óptima para fabricar piezas totalmente torneadas, contenida en el intervalo de 50-130 rpm (Rye, 1981: 74; Colbeck, 1982:19; Amiran y Shendov, 1984: 19), el pensamiento de un progreso continuo los lleva a ser reconocidos como inferiores respecto a los que se accionan con los pies, a menudo conceptuados como los verdaderos y merecedores auténticos del término de torno alfarero (Edwards y Jacobs, 1987; Blackman *et al.*, 1993; Jiménez Ávila, 2013).

El descubrimiento en Las Cogotas de ejemplares adscritos a Cogotas II con patrones de estandarización muy marcados y trazas horizontales y paralelas, formadas por la presión a gran velocidad de los nudillos de las manos sobre la pasta arcillosa en estado fresco, haría intuir el uso de tornos de pie rápido, al menos, para levantar las cerámicas que pertenecen a los grupos C y D. Sin embargo, la documentación en el segundo recinto de una serie de restos materiales directamente relacionados con el modelado de piezas torneadas plantea el manejo de un instrumental alejado de las estructuras de doble rueda. Retomando parte de la información aportada en el apartado 4.1. acerca del hallazgo *in situ* de una base de torno alfarero en el alfar de Las Cogotas, permite afirmar la utilización de tornos bajos de rueda grande asociados al repertorio tipológico de tornos lentos. Su composición es bastante sencilla y consiste en la superposición de dos piedras, una móvil y la otra fija, engrasadas con algún tipo de lubricante animal o vegetal, sobre las que se dispone una tabla de madera

fijada a ellas con barro a modo de argamasa. De acuerdo con esto se sugiere el establecimiento de tornos movidos con la mano o con el servicio de una estaca o bastón, una táctica a la que todavía se sigue recurriendo etnográficamente hablando en ciertas zonas de Asia y Europa Oriental (Hampe y Winter, 1962; Roux, 1990, 2003 y 2016) y que las iconografías de la Edad Media en Occidente representaron frecuentemente (Alain, 2012: figs. 7 y 8).

Pese a que solo se tiene constancia de la designada como “parte durmiente” de este supuesto torno (Gran Aymerich, 1990: 98), las dimensiones de este bloque de granito, embutido en una plataforma de arcilla y partido en dos a causa de diversos procesos postdeposicionales, coinciden de pleno con las encontradas en otros yacimientos prerromanos como Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Gran Aymerich, 1991; Jiménez Ávila, 2013), el Cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) (Fernández Maroto, 2013) o la necrópolis fenicia del Cortijo de Montáñez (Málaga) (Aubert *et al.*, 1995). También es incuestionable su semejanza con las que se han documentado en distintos asentamientos diseminados por el Mediterráneo y la zona de Próximo Oriente, desde el II milenio a.C. (Childe, 1954; Wood, 1990; Powell, 1995; Magrill y Middleton, 1997; Duistermaat y Groot, 2008; Doherty, 2015), un hecho que admite conjeturar que este sistema de engranaje rotatorio podría haber llegado a la península ibérica con la arribada de los fenicios (Jiménez Ávila, 2013); ahora bien, que este fuera incorporado inmediatamente —o no— por las comunidades indígenas para producir cerámica debe considerarse un tema aparte. Si se deja a un lado el dato del peso concreto de la rueda localizada en las excavaciones del alfar, que fue imposible corroborar por razones ligadas a su posición primaria, sus medidas de alto, 12-10 cm, de largo, 33 cm Ø, del orificio central, 7 cm Ø, y de su cavidad, 8 cm revelan que debió servir para anclar un pivote movable de piedra de propiedades similares. Asimismo, el registro de marcas de uso en forma de desgastes, tanto en la pieza lítica que se documenta como en el almacén de arcilla en la que se inserta, evidencia la ejecución de movimientos circulares que, a tenor de las alteraciones de desgaste constatadas, alcanzarían aproximadamente las 130 rpm (Fig.92).



Fig. 92: Tornos bajos de rueda. (Arriba-Izquierda) Placa corintia en la que se observa a un alfarero pintando cerámica. (Arriba-derecha) Tornos documentados en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) (Fernández Maroto, 2013). (Abajo-derecha) Estructura de torno encontrada en el alfar de Las Cogotas. (Abajo-izquierda) Simulación del funcionamiento de la rueda de torno del alfar de Las Cogotas (Ilustración de Diego Ortega Alonso).

Por el momento, es imposible argumentar en Las Cogotas la aplicación de gestos técnicos ligados al uso como herramienta de un torno rápido de pie. En primer lugar, no hay rastro de pistas arqueológicas que así lo certifiquen. La posesión de un torno de doble rueda exige el avistamiento de huellas materiales diferentes a las percibidas hasta ahora. Aunque en un principio se defendiera el empleo de este útil en las dependencias del alfar (Padilla Fernández, 2011 y 2013), el abandono de postulados de corte más generalista ha propiciado la oportunidad de ahondar en los pequeños detalles y analizar con detenimiento la información arqueológica ignorada con anterioridad. La ausencia de orificios de no más de 3-4 cm de ancho y 5-6 cm de profundidad, de huecos negativos del encaje de los tabloncillos horizontales que soportan la cabeza del torno, así como la no dispersión homogénea alrededor de toda la plataforma de signos de desgaste motivados por la fricción durante la rotación, tal y como ocurre en talleres adscritos a periodos cronológicos más tardíos (Gómez de Toro *et al.*, 2006; Gallardo Carrillo *et al.*, 2007; Coll Conesa, 2011; García

Porras, 2012; Tremoleda y Castanyer, 2013; Crespo Valero y Gallardo Carrillo, 2014; Girón, 2016), desmontan la idea de concebir como operable esta forma concreta de modelar. La detección de patrones idénticos en múltiples contextos alfareros tradicionales con rutinas de manufactura centradas en la utilización de tornos rápidos de pie confirmaría aún más si cabe dicha propuesta (Curtis, 1962; Nicholson, 2009; Gandon et al., 2011; Hasaki, 2011; Djorjevic, 2012; Padilla Fernández, 2016).

En segundo lugar, en contraposición a lo ocurrido en otros yacimientos, donde estos bloques de piedra aparecen descontextualizados o en posición secundaria y existen controversias en cuanto a la funcionalidad de estos (Celestino Pérez, 1991 y 2001; Jiménez Ávila, 2013; Fernández Maroto, 2013), el emplazamiento primario de la rueda de Las Cogotas en un espacio específico de producción cerámica no deja margen de error. De este modo, la polémica generada en torno a si son morteros de grano o quicialeras de puerta es imposible que se dé. La excepcionalidad de documentar como mínimo la parte fija de este mecanismo otorga la posibilidad de corroborar uno de los aspectos básicos en la cadena de producción de cerámica de Cogotas II. Además, el encuadre de este bloque de piedra hacia el sur admite imaginar, incluso, la posición ocupada por el o los alfareros para desarrollar las acciones técnicas vinculadas con el levantado de los recipientes cerámicos y que sería muy similar a la escenificada, por ejemplo, en varias representaciones iconográficas del mundo antiguo (Coll Conessa, 2000; Cuomo di Caprio, 2007; Hasaki, 2012 y 2013; Doherty, 2014).

La revisión a su vez de los fondos museográficos del MAN, que guardan los materiales referentes a los trabajos arqueológicos de los años 20 en Las Cogotas, ha traído consigo el hallazgo de dos elementos fabricados en hueso de características singulares. A simple vista, se asemejan a los restos de mangos en asta de cérvido que el propio Juan Cabré describe en la publicación de las excavaciones del castro (1930: 103; Lám. LXXIX). De hecho, cuando Luis Pérez Fortea ingresa personalmente en el museo estas dos piezas de naturaleza ósea⁴, a pesar de no estar referenciadas ni fotografiadas en la selección que había

⁴ Las etiquetas asociadas a las piezas en cuestión, que datan de la época de su recepción, recogen claramente que fue el capataz de los trabajos arqueológicos y posterior restaurador de las cerámicas en el MAN el encargado de llevar el lote heterogéneo de materiales del que estas formaban parte a las dependencias del museo.

sido compilada para la memoria, se clasificaron directamente por comparativa como astiles para instrumentos indeterminados y sin prestar mayor interés en los detalles que las hacen únicas. A día de hoy continúan catalogadas de la misma forma, apareciendo registradas en la sección de industria ósea del yacimiento junto al resto de mangos, punzones, alisadores, abrazaderas circulares, puntas de candiles y colgantes. No obstante, la realización de un análisis pormenorizado de las peculiaridades de manufactura de estas y sus marcas de uso apunta en otra dirección.

Aquella que se corresponde con el número de inventario 1989/41/3306 responde originariamente a la cornamenta de un ciervo joven que fue recortada minuciosamente para configurar un tipo de base a modo de trípode. Las tres puntas que conforman los pies de la herramienta están biseladas para lograr el apoyo estable sobre una superficie plana. La intención desde que se decidió aprovechar esta clase de osamenta para crear un instrumento funcional, fue la de producir un soporte de gran dureza preparado para estar dispuesto horizontalmente. Las diversas muescas de cortes en torno los extremos de fijación dan buena prueba de las distintas mediciones y ensayos para conseguir una estabilidad total. La pregunta que debe plantearse a continuación es ¿por qué ese empeño de conseguir un útil tan sólido y firme? La respuesta puede encontrarse en el orificio artificial que posee en la parte superior y que ha sido labrado con la finalidad de albergar una especie de eje vertical, fabricado también con asta de cérvido y del que solo se conservan dos fragmentos. Precisamente en ellos recae el siguiente número de inventario, 1989/41/3279 que es realmente importante en este estudio. El encaje de su parte distal en la abertura descrita del soporte anterior es perfecto, puesto que las acciones consignadas a la creación de este hueco contemplaron las tareas de adaptación y pulido de sus cavidades internas, en función de las dimensiones de la pieza diseñada para ser incrustada en posición perpendicular. Igualmente, los restos de este supuesto eje ostentan tajos transversales y señales de hendeduras de aproximación que muestran la elaboración concienzuda de un mástil fijo y plenamente adaptado al conjunto artefactual al que pertenece (Fig.93).

Desde un punto de vista interpretativo, la conexión evidente de ambos objetos certifica que están trabajados no para confeccionar mangos de hueso o cualquier otro

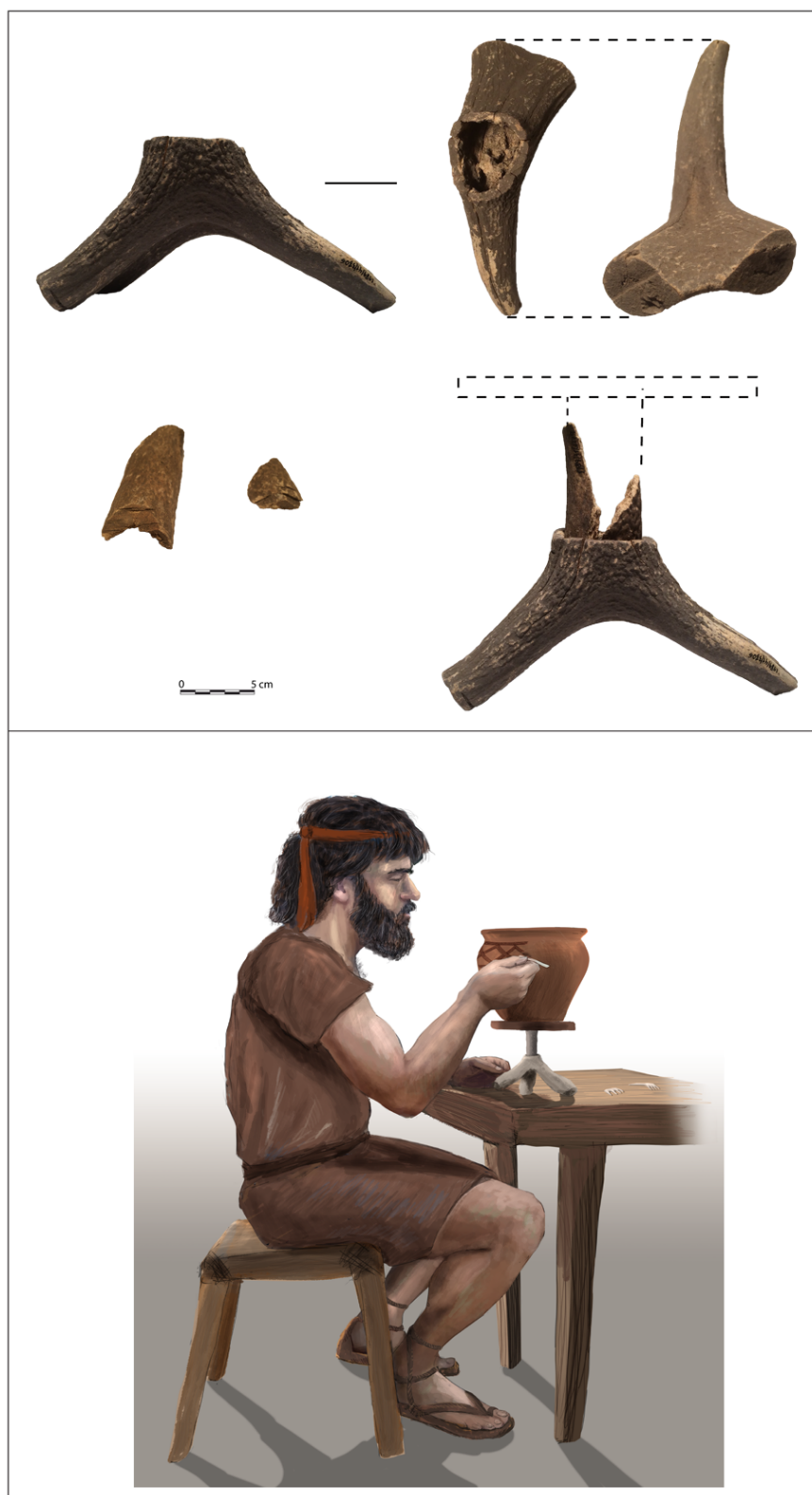


Fig. 93: (Arriba) Restos de la torneta encontrados en Las Cogotas. Base: M.A.N/1989/41/3306; Mástil: 1989/41/3279. (Abajo) Alfarero decorando a través de la técnica “a peine” (Ilustración de Diego Ortega Alonso).

elemento común adquirido mediante el desarrollo de técnicas relacionadas con la industria ósea, sino para obtener un utensilio capaz de generar movimientos rotatorios. Si se asumen los datos aportados hasta ahora como plausibles, la posibilidad de que estas piezas hayan formado parte de una torneta es bastante alta: *de facto*, podrían ser los primeros vestigios arqueológicos a escala peninsular que evidenciasen el uso de este tipo de sistema para modelar cerámica, al menos desde la Edad del Hierro. Si bien es cierto que no se tiene constancia material de la hipotética plataforma giratoria que el alfarero movería con sus manos, la presencia de grietas verticales y paralelas, orientadas hacia los puntos de apoyo en la zona que actúa como pie de este engranaje, demuestra el ejercicio de presiones continuas en una franja superior. La identificación de fisuras y aberturas similares en las patas de las tornetas de madera correspondientes a distintos contextos de alfarería tradicional en España o en la esfera mediterránea ayudaría a revalidar esta suposición (Seseña Díez, 1997; Djorjevic, 2013; Dzeco, 2014; Randic, 2014). Por tanto, es viable pensar que el cómputo de fuerzas generadas en la parte del mecanismo que no se conserva tendría que ver con el ejercicio de tareas ligadas al modelado de las vasijas, su refine o la aplicación de diferentes tratamientos de superficie o decoraciones. En este sentido, la etnografía admite intuir perfectamente cómo sería el funcionamiento de una herramienta de tales características hace más de dos mil años. Aunque existen múltiples variantes y modalidades de tornetas, ninguna de ellas es capaz de producir cantidades de energía cinética superiores a las 50 rpm. (Roux, 1994; Gélbert, 1997).

Es posible que los recipientes cerámicos torneados de Cogotas II, adscritos a los grupos a y b, se modelaran partiendo del empleo de una torneta fabricada en mancuerna de ciervo y con una rueda movable hecha en madera, piedra o cerámica. Las trazas de manufactura referentes al levantado indican una concurrencia escasa de motricidad no alcanzando velocidades que sobrepasaran las 30-40 rpm. Puede que con anterioridad a la adopción de una logística foránea para torneear y capaz de exceder las 50 rpm, los alfareros de Las Cogotas experimentaran para idear un prototipo de artefacto endógeno que les permitiera crear sus propias formas emulando técnicas alfareras exógenas. Además, la fortuna de saber dónde se encontraron los restos pertenecientes a esta supuesta torneta, gracias a las anotaciones efectuadas por Luis Pérez Fortea en las etiquetas de entrega que

hizo para el MAN y que todavía se guardan junto a los materiales, consiente que pueda teorizarse acerca de la probable conexión habida entre la inclusión del movimiento rotacional en las prácticas de manufactura cerámica y el establecimiento de emplazamientos concretos de producción que aparecieron en el transcurso de los trabajos de documentación de una de las tres puertas del segundo recinto; un aporte informativo privilegiado aun sin conocer el lugar exacto y la secuencia estratigráfica a la que pertenecía. Y es que la vinculación con el “encerradero de ganados” (Cabré Aguiló, 1930: 39) aprueba la construcción de un discurso histórico en el que la producción de cerámica a torno se desliga del ámbito doméstico y las actividades de mantenimiento para concentrarse en áreas polifuncionales en las que los espacios habitacionales serían residuales.

Se trata, pues, de una realidad que contradiría la información etnográfica perceptible, hoy por hoy, en los puntos de la geografía ibérica donde pervive la elaboración de cerámica con torneta. En localidades como Moveros, Pereruela o Mota del Cuervo (Fernández Montes, 1997), las pocas mujeres que perpetúan el oficio alfarero lo hacen en sus casas, integradas perfectamente en el entramado urbano de su localidad, donde tienen un pequeño apartado para desarrollar todos los gestos técnicos reglados para la confección especializada de cerámica popular, preferentemente cazuelas, ollas y cantareras. En estos casos, el proceso productivo asignado al ente femenino no implica una separación entre los lugares de hábitat y los de manufactura, es más, el sitio de la vivienda que se “reserva” para la obra cerámica lo es del mismo modo para la limpieza de legumbres o para la preparación de pan (Seseña Díez, 1997: 54). La extrapolación directa de este discurrir social al pasado podría incurrir peligrosamente en una distorsión parcial o completa de aquello que acontecería verdaderamente en él.

El secado

La no evidencia de cuarteados irregulares y profundos manifiesta que los ritmos relacionados con la consecución de la evaporación del agua sobrante de las matrices arcillosas estarían muy bien controlados, independientemente de que se produjeran en espacios abiertos o cerrados. La creencia de que las arcillas se preparaban a partir de la

asunción de una serie de usos específicos, lleva a concebir también la utilización de ambientes de naturaleza diversa para consumir los trabajos que conciernen al secado. Desde el punto de vista técnico, tendría lógica pensar que los recipientes con desgrasantes añadidos estaban capacitados para soportar incidencias directas al sol y pérdidas rápidas y desiguales de agua, mientras que las piezas libres de impurezas requerirían mermas de humedad más lentas y progresivas, sobre todo para evitar fracturas indeseadas. Asimismo, el valor de esta fase reside en el cómputo de acciones desplegadas para tratar las superficies de los vasos, tanto los modelados a mano como los formalizados mediante la generación de energía cinética.

Las labores correspondientes al espatulado, al alisado, al pulido y al bruñido son tratamientos que, además de tapar las pequeñas grietas fruto de la pérdida constante de elasticidad, se encargarían de reforzar la funcionalidad concreta estipulada para cada clase de vasija. Como ocurre en el proceso de decantación, la puesta en práctica de los tratamientos de superficie que se distinguen dependería de los usos previos concertados para cada conjunto cerámico en cuestión, siendo esta realidad cada vez más recurrente con el paso del tiempo. La aplicación, tanto vertical como horizontal, de fricciones intensas y continuas en estado de cuero parece circunscribirse a las piezas que preferencialmente se consignaban para el consumo. Las marcas establecen que en ellas, mediante la combinación de un canto rodado y un cuero o paño mojado, se perpetraron movimientos rápidos de frotado para crear superficies brillantes. El pulido es el que precisamente deja ver esta clase de marcas, mientras que el bruñido concede apariencias de tipo metálico más regulares y generalizadas por la totalidad de la superficie. A pesar de la indiscutible utilidad técnica de estas operaciones, debido a que convierten las cerámicas en contenedores aislantes, resulta imposible obviar su probable razón ornamental. La ejecución de las tareas de espatulado y alisado solo tendría lugar en los recipientes que se diseñaban inicialmente para cocinar o almacenar. El espatulado se formalizaba justo en la etapa del primer secado, a través de una presión simultánea y uniforme a ambos lados de sus paredes con el objetivo adelgazarlas, compactarlas y aumentar su altura. A renglón seguido se llevaba a cabo un alisado oblicuo-vertical simple que servía para impermeabilizar aún más las superficies, confiriendo a todos

los efectos acabados rugosos y mates bastante característicos (Padilla Fernández y Dorado Alejos, 2017: 101) (Fig.94).



Fig. 94: Tratamientos de superficie de Cogotas II. M.A.N: A) 35545; B) 1989/24/34; C) 35568; D) 35574; E) 1989/24/95; F) 1989/24/48; G) 35532; H) 1989/24/33; I) 35508; J) 1989/24/133.

El engobe se configura como otro tratamiento de superficie que sirve también para aislar y cubrir los poros de las superficies cerámicas (Capel Martínez *et al.*, 2006). Aunque desde una perspectiva técnica se suelen reconocer tres tipos determinados en función de su espesor –de menor a mayor– aguados, almagras y engobes propiamente dichos, en los vasos de Cogotas II fabricados con este tratamiento se aprecia exclusivamente el más denso de estos tres. Para realizar un cubrimiento de estas propiedades es necesario desarrollar una mezcla con abundante agua, arcilla muy decantada en estado líquido, que actúa como aglutinante, y los restos molidos del pigmento, en este caso almagre natural con un elevado contenido en hierro formulado como Fe_2O_3 . La acción de remoje efectuada a partir de un baño parcial mediante un cuenco o contenedor análogo, se produciría en el momento en el que las piezas modeladas se encontraban consumando la etapa de textura de cuero, de forma previa al aplique de los gestos técnicos correspondientes al pulido y al bruñido. Si bien el cumplimiento de este procedimiento supone la concepción de elementos muy compactos de excelentes propiedades termoconductoras y aptos para el acopio prolongado de líquidos (Schiffer, 1990; Schiffer *et al.*, 1994; Vidal, 2011), la utilización de engobes rojizos pudo responder a una finalidad puramente estética. Puede que la intención de imitar conjuntos cerámicos provenientes de otros territorios y marcados por un fuerte acento oriental (Celestino Pérez *et al.*, 2008; Esparza Arroyo y Blanco González, 2008: 86-87) motivara la predilección por estos cromatismos, siempre oscurecidos por el desarrollo de cocciones mixtas. Del mismo modo, la constatación única del empleo de este gesto técnico en recipientes destinados primariamente al consumo, así como el escaso interés por impermeabilizar las partes superficiales internas y el esmero en la consecución de texturas externas lisas y radiantes son hechos que apuntan en esta dirección.

Prácticamente la totalidad de los esquemas decorativos documentados en el compendio de cerámicas adscritas al grupo de Cogotas II se plasmaron, a su vez, en el transcurso de la fase del secado, justo después del engobado en el caso de que lo hubiera, así como del pulido y el bruñido. Estos destacan principalmente por su variedad y la alternancia de diversos gestos y técnicas para su elaboración. Tal y como fue apuntado en el capítulo 1, Las Cogotas no cuenta con el testimonio directo de piezas con motivos pintados, un indicio quizás debido a la elección por parte de los alfareros cogoteños de representar

sus decoraciones con métodos diferentes (Padilla Fernández y Dorado Alejos, 2017: 107). En concreto, las incisiones agrupadas y paralelas en forma de “U”, fabricadas con la herramienta del peine blando, son las más comunes y perdurables en el tiempo, pudiendo identificarse igualmente desde épocas tempranas y en idéntica proporción, motivos acanalados, incrustaciones de pasta vítrea, inclusiones metálicas e impresiones. De acuerdo con esto, resulta interesante el avistamiento en ejemplares cerámicos, que presentan modelados con faltas de habilidad evidentes, de pericias técnicas limitadas a la hora de plasmar ornamentaciones acanaladas (p. ej. M.A.N./3534, 35505, 35506,) e insertar aplicaciones vítreas y metálicas (p. ej. M.A.N./35488, 35491, 35500). Su adscripción por comparación a contextos enmarcados en torno al Bronce Final y Hierro antiguo (Cabré, 1930; Álvarez Sanchís, 1999; Barril Vicente, 2005; Blanco González, 2010a; Padilla Fernández y Dorado Alejos, 2017), hace viable la interpretación de estas decoraciones como las primeras expresiones manifiestas de los alfareros de Cogotas II (Fig.95).

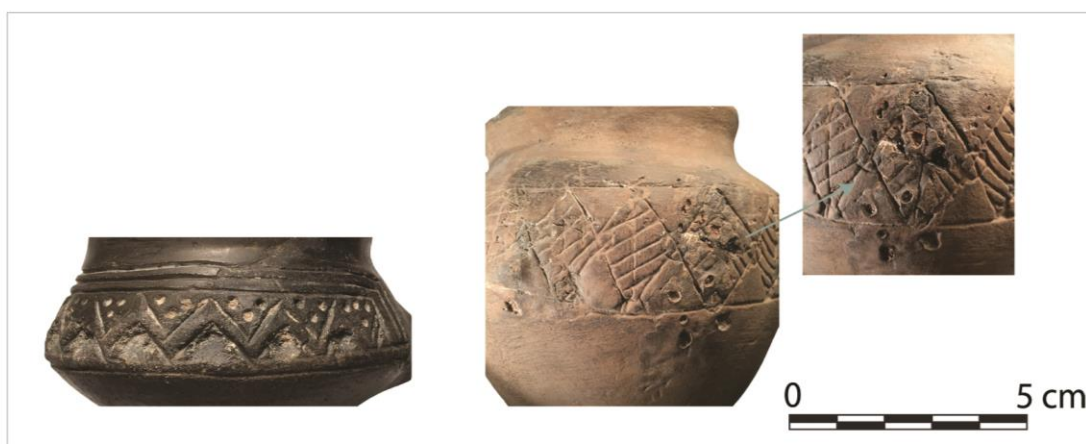


Fig. 95: (Izquierda) Detalle de técnica decorativa excisa, en la que apreciamos un nivel limitado de pericia técnica (MAN/3534). (Derecha) Detalle en el que podemos observar vacuolas e incipientes vitrificaciones en la superficie, como consecuencia de pericias técnicas deficientes en lo que se refiere a la aplicación de elementos metálicos (MAN/35491).

Algo similar parece suceder con las cerámicas ornamentadas con motivos inciso-impresos que en su origen disponen de combinaciones sencillas y mal definidas, pero que acaban mostrando con el paso del tiempo series decorativas grabadas y peinadas de gran complejidad con un alto grado de destreza. Los contextos estratigráficos de las últimas excavaciones en el yacimiento de Las Cogotas ayudan al fortalecimiento de esta suposición. *A priori*, los fragmentos cerámicos que son protagonistas de las unidades más

tempranas de la Edad del Hierro pertenecen a cuencos, platos y vasos carenados de pequeño y mediano tamaño que poseen composiciones simples y técnicamente deficientes, constituidas por bandas incisas en zigzag, sogueados, tramas de cestería e impresiones, en ocasiones con forma de “S”, y concentradas en frisos superiores, tanto en la superficie externa como en la interna. Aunque en bastante menor proporción, las figuraciones incisas ictiomorfas y de productos vegetales son también una realidad en el Hierro antiguo.



Fig. 96: Decoraciones barrocas inciso-impresas y digitadas de Cogotas II. M.A.N: A) 1989/24/20; B) 1989/24/189; C) 1989/41/3085(A); D) 1989/41/3085(B); E) 1989/41/2986; F) 1989/41/2983.

En cambio, las secuencias más tardías recogen una cantidad más heterogénea de piezas, tales como cuencos hemisféricos y troncocónicos, urnas de claro perfil en “S” con pies realzados, vasos semiovoides y globulares con fondos ligeramente umbilicados, copas y recipientes de cuello cilíndrico, que ostentan decoraciones con un nivel elevado de madurez técnica (p.ej. M.A.N/1989/24/16; 1989/24/20; 1989/41/2986; 1989/41/2981). Todas estas piezas se combinan creando diversas cenefas inciso-impresas que desaparecen en el interior de los vasos. Se diseminan generalmente por toda la superficie externa y se encuentran compuestas por motivos combinados de cestería, sogueados, series en zigzag, espigados, aspas, bandas, semicírculos y líneas de puntillado. Las impresiones en “S” son más frecuentes, del mismo modo que las que tienen una forma ovalada, y se disponen en las partes inferiores de las piezas. En este sentido llama la atención que este tipo de decoraciones se coloque en muchos casos alrededor de las bases, configurando junto a ellas representaciones solares de carácter abstracto. Se trata de una costumbre que se generaliza en las piezas de manufactura técnica óptima y elevada, que se completa con símbolos radiales de distinta naturaleza. En teoría, estos símbolos ocupan espacios que son difícilmente visibles desde una óptica frontal, sin embargo, la apreciación de grabados de este tipo es habitual. Porque no solo se elaboran motivos solares en las partes superficiales más evidentes, sino que se juega constantemente con la grafía circular de los fondos para idear composiciones solares de orden y proporción variables (Fig.96).

Al igual que ocurre con los modelos formales, las cerámicas de Cogotas II fabricadas mediante el uso de fuerzas rotatorias se decoran por medio de atributos idénticos a los referenciados en los ejemplares modelados únicamente a mano. Ahora bien, la ejecución de los gestos técnicos para plasmarlas en dichas producciones no se lleva a cabo con el mismo grado de pericia, al menos en un principio. La resolución de las acciones de apretar, arrastrar y perforar dista mucho de ser idéntica en cada uno de estos conjuntos. Las realizadas a mano destacan por haber sido ornamentadas por expertos con un alto nivel de habilidad, mientras que las torneadas presentan deficiencias de confección graves, más típicas de un aprendiz inmerso en el proceso de enculturación que de un maestro artesano que tiene plenamente asimilados los ritmos de manufactura. No obstante, esta es una realidad que va desapareciendo con el paso del tiempo. Con posterioridad, son muy

comunes los recipientes torneados con horizontes de destreza decorativa aceptables y óptimos. Eso sí, prácticamente la totalidad de estos fragmentos queda adherida a los grupos c y d, aquellos a los que pertenecían las piezas cerámicas de Cogotas II cuyo modelado dependía en un 50% o más de la generación de energía cinética. Además, y como novedad significativa, se incorpora en estas producciones la estampilla como herramienta para imprimir una serie de marcas uniformes y poco profundas que, hasta ese momento, se plasmaban usando punzones de punta redondeada o acudiendo a las uñas y los dedos de las manos. Estas últimas siguieron empleándose en las piezas no torneadas, mientras que el manejo de sellos o tampones de hueso, cerámica o de cualquier otro material, quedó reducido a las formas levantadas mediante la utilización de energía cinética. Como dato curioso, cabe apuntar que solamente existen coincidencias de manufactura decorativa entre las vajillas consumadas manualmente o a torno en la aplicación de los ejercicios efectuados para pulir y bruñir sus superficies. Las labores de frotado cometidas en ambos conjuntos son idénticas, consiguiéndose resultados lustrosos regulares de aspecto metálico o casi. Los trabajos destinados a desarrollar tratamientos superficiales de espatulado y alisado se reservaban en exclusiva para las piezas elaboradas enteramente a mano.

Desde el punto de vista compositivo, las cerámicas englobadas en el grupo tipológico de Cogotas II, independientemente de que estas estuvieran modeladas a mano o a torno, aparecen también decoradas con asas simples y mamelones por añadidura de barro o por presión interna. Estos agregados, situados siempre en espacios cercanos al arranque del cuello de las vasijas, cumplen dos funciones principales: permitir un desplazamiento de los vasos cómodo y con garantías y formar parte del programa discursivo implícito en los motivos decorativos. Los mamelones, sobre todo, se reaprovechan para escenificar esferas solares salientes circulares u ovaladas de las que suele partir una gama amplia y diversa de rayos inciso-impresos. La incorporación de estos complementos requiere el desarrollo de medidas que no modifiquen sustancialmente el perfil diseñado para los recipientes en los que se implantan. Aparte de controlar el estado de rigidez tanto de la forma ideada como de los apéndices, la unión entre ambos debe ser firme para evitar el desprendimiento ulterior de las distintas partes adheridas o, en última instancia, el estallido de la propia pieza al ser cocida a causa de la presencia de burbujas de aire de gran entidad (Rice, 1987). La creación

y fijación apropiada de estos apliques exige el conocimiento de las proporciones de humedad y gesticulación de las manos adecuadas. Al respecto, la variedad de calidades referenciadas indica la adquisición paulatina de estos gestos técnicos, tanto por los artesanos encargados de su manufactura al comienzo de la Edad del Hierro como por los impulsores de la introducción de la motricidad en la cadena de producción cerámica varias generaciones después, justo cuando los primeros ya lo habían asimilado e incorporado a su tradición técnica. En ocasiones, la detección de deformaciones por pegado fruto de la aplicación incorrecta de fuerzas por presión, así como grietas y asas despegadas desde el punto de unión, demuestra que la asimilación y dominio de estas acciones fue cuestión de tiempo.

Asimismo, en este apartado merece la pena destacar las pequeñas perforaciones en la zona próxima al borde que con frecuencia suelen tener determinados cuencos. Se trata normalmente de dos orificios paralelos y en posición horizontal que atraviesan por completo las paredes de los recipientes. A tenor de las marcas que todavía poseen, rebabas y virutas de arcilla dejadas por el instrumento utilizado para confeccionarlos, estos se fabricaron intencionadamente en el instante en el que la arcilla se encontraba en estado de cuero. A diferencia de otras marcas similares efectuadas en momentos post-cocción con el principal objetivo de ensamblar varios fragmentos y, por tanto, reparar y alargar el periodo de vida útil de las piezas, este tipo de aberturas se realizan *ex profeso* durante el secado, una etapa en la que la arcilla aún conservaba parte de sus propiedades elásticas. Es decir, cumplían con una funcionalidad específica que hoy se presume muy difícil de averiguar. Desde una óptica actualista podría decirse que estas oquedades diminutas podrían servir para dejar pasar una cuerda de esparto que facilitara el almacenamiento de estos cuencos en el tránsito de tiempo en el que no eran usados. A su vez, la puesta en marcha de documentaciones con un enfoque de “abajo arriba” hace viable el esbozo de otras posibles funciones. El estudio de la localización concreta de estos huecos que, además de ubicarse en los márgenes superiores cercanos al filo de los bordes, se disponen aproximadamente un 60% en el lado izquierdo y un 40% en el lado derecho, la certeza de que todos los cuencos que los portan ostentan un diámetro de boca prácticamente idéntico y la coincidencia de que una buena cantidad de estos últimos estaban adornados con decoraciones solares,

induce a pensar en una probable superposición inversa de estos vasos y en su unión con una laña para contener algo, quizás relacionado con dichos motivos solares. La evidencia de marcas de desgaste producidas por el lañado, trazas de rubefacción, signos de combustión interna y escamados propiciados por un contraste térmico permitirían plantear como mínimo el mantenimiento de un fuego en su interior (Fig.97).



Fig. 97: Cuenco catino que presenta dos perforaciones pre-cocción y trazas evidentes de quemado interno (M.A.N/35503).

Por último, el análisis pormenorizado de cada uno de los gestos técnicos involucrados en las composiciones decorativas de las cerámicas de Cogotas II ha motivado igualmente la medición de las digitaciones utilizadas para imprimir marcas ligadas, en su mayoría, con iconografías solares y hacer apéndices a modo de mamelones por presión interna. Grabadas estas a partir de un ligero apriete sobre las paredes de las vasijas, cuando las pastas contienen altos índices de humedad y empiezan a adquirir el grado de textura de cuero, se convierten en ventanas tecnológicas que muestran directamente a quiénes las manufacturaron. La impresión frontal con la yema de los dedos crea pequeñas improntas o depresiones que son, a todos los efectos, las huellas dactilares de las gentes del pasado. En el caso de los conjuntos descubiertos en el yacimiento de Las Cogotas, aquellas que se realizaron para configurar fundamentalmente los esquemas ornamentales más sencillos se plasman a través del uso del dedo pulgar en un ángulo casi recto. Con el empleo de los dedos índice y corazón, que actúan como soportes en torno al borde, la masa arcillosa se deformaba en su cara interna para originar negativos que en la cara externa se asemejaban a las protuberancias equivalentes conformadas por añadidura. Las digitaciones atestiguadas en representaciones más complejas suelen rematar rayos solares o figurar ellas mismas

como las siluetas de las esferas solares diseñadas. Estas, en cambio, se llevaron a cabo mediante el apoyo del dedo índice, también en ángulo casi recto. La generación de hundimientos leves, grietas y salientes de poca profundidad así lo certifican. Que los dedos índice y pulgar sean los elegidos para materializar este tipo de impresiones tiene una cierta lógica funcional, puesto que son los que están más vinculados con la gracilidad de las manos y su efecto de pinza (Almécija, 2009) (Fig.98).

A diferencia de lo constatado en otros trabajos que, del mismo modo, han centrado su atención en las huellas dactilares humanas encontradas en los contenedores cerámicos (Kamp et al., 1999; Králic y Novotný, 2003; Jägerbrand, 2007; Kamp, 2010; Králic y Einwögerer, 2010; Míguez *et al.*, 2016), en esta ocasión ha sido imposible registrar con claridad las crestas epidérmicas –*Mean Ridge Breath*, MRB- de los dedos que fueron protagonistas en el proceso de impresión. *A priori*, la inexistencia de estas impide la medición de su anchura y la elaboración de interpretaciones que aborden el presumible sexo y edad aproximada de las personas a las que pertenecían. Y es que la anchura media de las crestas epidérmicas bien documentadas en un recipiente cerámico puede ser válida para inferir las edades, desde el nacimiento hasta la madurez, y el sexo en edad adulta de los supuestos autores (*ibidem*, 2016: 148). Sin embargo, a falta de dermatoglifos fiables propiamente dichos, la manera particular de manufactura de estas decoraciones ha permitido recopilar información alternativa que puede ser bastante útil para construir discursos sociales. En este sentido, la incidencia gestual absolutamente frontal de las yemas de los dedos índice y pulgar admite que al menos se pueda determinar la anchura máxima de estos. Aunque tal y como exponen ciertos investigadores (Králic *et al.*, 2002), la no tenencia de un patrón dermatoglífico evidente impide que se hable de marcas de huellas dactilares *sensu stricto* y la confección de hipótesis relativas a las personas a las que les concierne, pero el grabado manifiesto de los perfiles característicos de estos dedos no solo aprueba su certificación como sellos dactilares impresos, sino la posibilidad de recoger una serie de datos estadísticos nunca referenciados hasta ahora desde un punto de vista arqueológico.

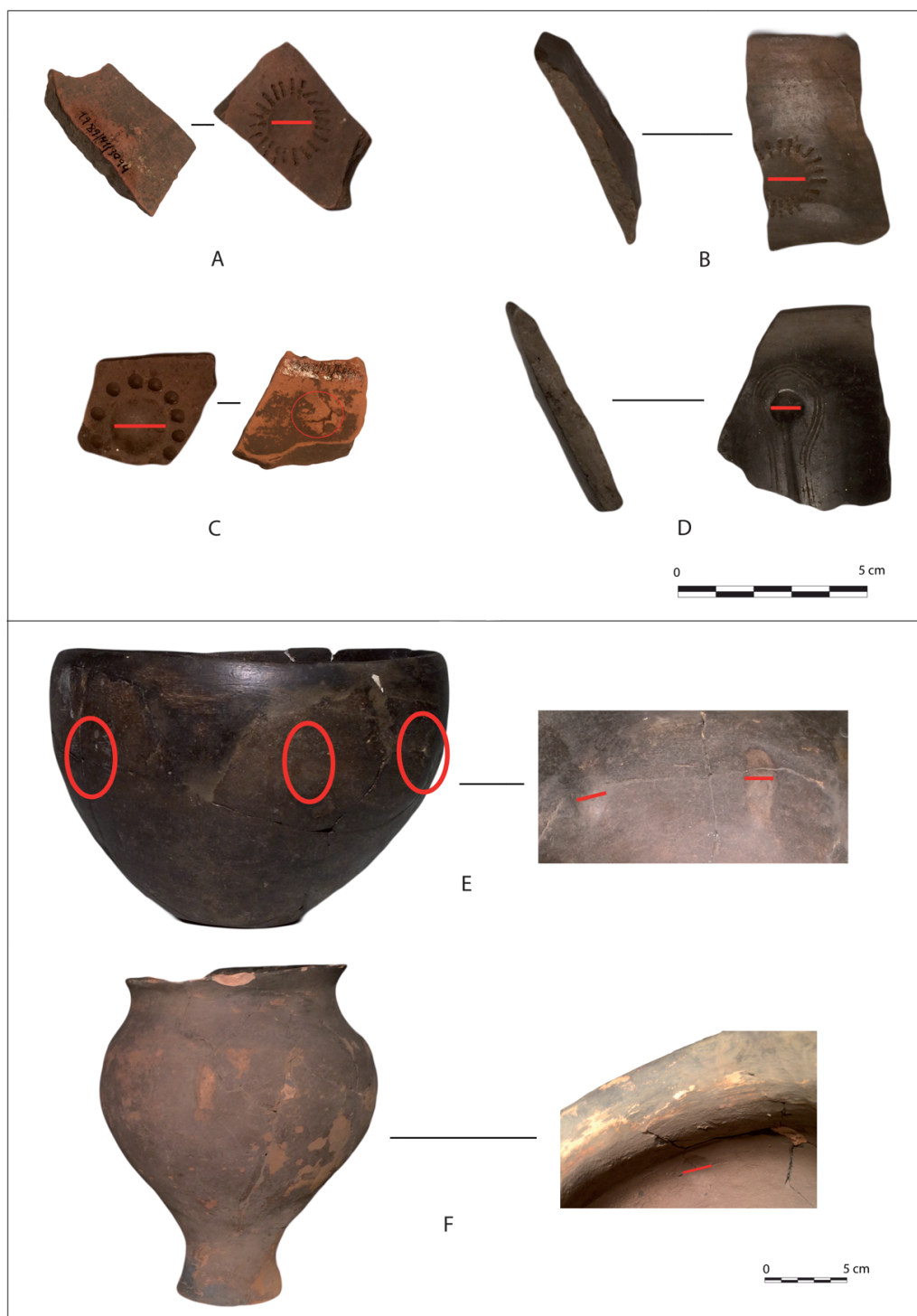


Fig. 98: Digitaciones apreciadas en las cerámicas de Cogotas II. M.A.N: A) 1989/41/3094; B) 1989/41/3095; C) 1989/41/3187; D) 1989/41/3087; E) 1989/24/56; F) 1989/24/117.

Obviamente, tras el descarte de las marcas que eran dudosas por su forma o por el desgaste sufrido con el paso de los años se tomaron medidas de aquellas sobre las que no había duda y eran perfectamente legibles. Se trata, por tanto, de una muestra dispersa en torno a un máximo de 25 piezas modeladas a mano y 16 modeladas a torno de la que se obtuvo el apunte de la anchura máxima efectiva en su parte medial. En los resultados alcanzados destacan cuatro intervalos distintos, pero que guardan una estrecha relación entre sí. Concretamente, los constatados en los recipientes cerámicos a mano guardan una diferencia aproximada de 2 mm entre las anchuras más grandes y más pequeñas que corresponden con cada uno de los dedos índice y pulgar. En cambio, la diferencia entre ambos asciende a los 4 mm tanto en las máximas como en las mínimas. Algo similar parece ocurrir con las cifras adscritas a la cerámica a torno que mantienen una distancia ligeramente menor a los 2 mm entre las anchuras más grandes y más pequeñas propias de cada dedo y llega casi a los 5 mm, la diferencia entre los intervalos máximos y mínimos. En términos generales, si se atiende al promedio aritmético se pueden observar varios aspectos. En primer orden se produce un contraste de tamaño evidente entre las huellas marcadas por los dedos índice y pulgar, siendo las dejadas por el pulgar unos 4/5 mm más grandes de media. En segunda instancia es factible decir que existe una proporcionalidad directa entre las dimensiones de anchura máxima de las impresiones de los dedos índice y pulgar y las técnicas de modelado empleadas para levantar las piezas en las que aparecen grabadas. Es decir, las digitaciones, tanto de dedos índices como de pulgares, apreciadas como parte del entramado decorativo de vasos cerámicos fabricados con tareas exclusivamente ligadas a gestos técnicos manuales son por regla 3/4 mm más pequeñas que las avistadas en recipientes cerámicos formal y ornamentalmente análogos, pero confeccionados a través de acciones que conllevan el manejo de energía cinética (Fig.99).

La peculiaridad de las deducciones alcanzadas condujo a la planificación de un estudio experimental que intentara desvelar si lo visualizado a nivel arqueológico respondía a cuestiones de azar o, por el contrario, se ajustaba a una serie de parámetros antropométricos físicos que dejaban el camino abierto para el desarrollo de interpretaciones novedosas. Continuando con esta lógica, se puso en marcha una propuesta metodológica centrada en averiguar la existencia o no de dimorfismo sexual en la composición de las

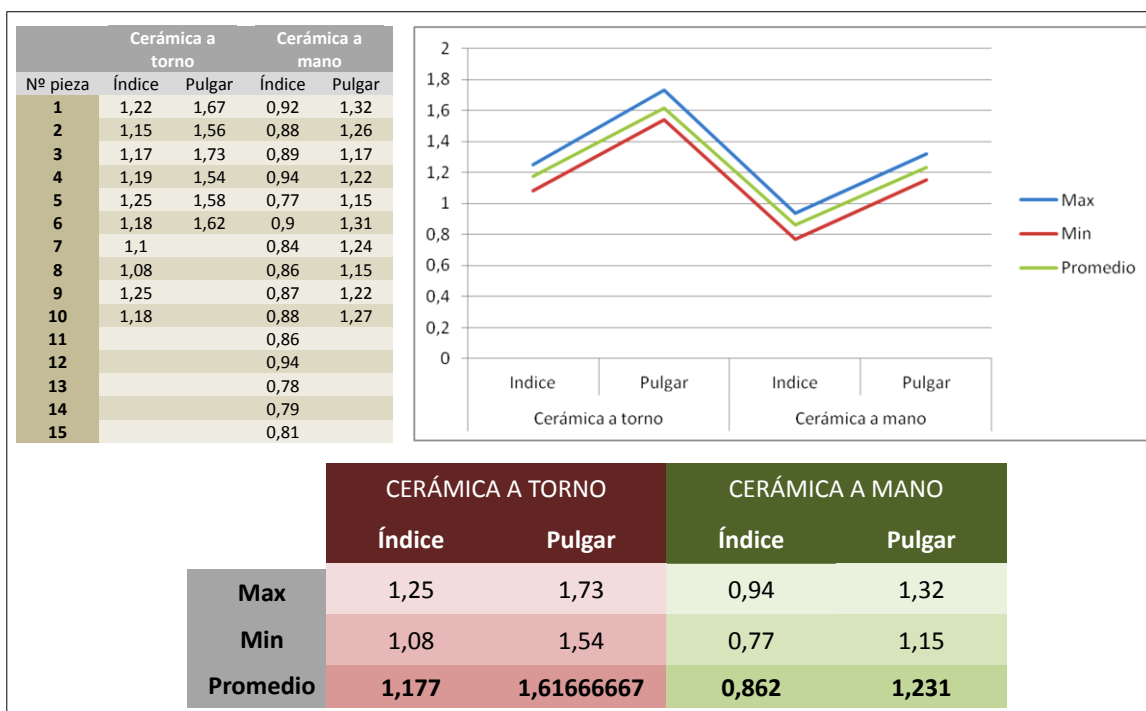


Fig. 99: Relación de cerámicas de Cogotas II que presentan decoraciones con digitación fiables.

manos entre individuos masculinos y femeninos en la edad infantil y adulta. Para ello, se planteó la creación de una muestra basada en 200 personas de nacionalidad española y origen caucásico, 50 niños y 50 niñas con edades comprendidas entre los 8 y los 12 años, además de 50 hombres y 50 mujeres adultos con edades entre los 25 y los 60 años. Gracias a la colaboración de esta parte de la población actual se ha hecho factible la obtención de 200 tablillas de barro cocido con digitaciones de los dedos derechos pulgar e índice parecidas a las documentadas en las cerámicas de Cogotas II del yacimiento de Las Cogotas (Fig.100). Estas son tan similares a las originales arqueológicas porque se plasmaron frontalmente y en ángulo casi recto, con la misma dirección y a partir de presiones equivalentes a las constatadas técnicamente en las piezas examinadas. Las mediciones de la colección experimental se realizaron por partida doble, al tener en cuenta el mermado métrico que las tablillas iban a sufrir después de ser cocidas, tras la pérdida definitiva de toda la humedad que albergaban en su interior. La cocción de la totalidad del muestrario se produjo en un ambiente de naturaleza oxidante dentro de un horno eléctrico que alcanzó los 850°C, una temperatura semejante a la refrendada para las cerámicas arqueológicas

mediante análisis de Difracción de Rayos X –DRX–⁵. En virtud de ello, merece la pena resaltar que la entrada de oxígeno o no en el transcurso de la propia cochura no altera en absoluto el rango de los cálculos a considerar, cosa que no ocurre con los índices de la curva térmica utilizados. El objetivo de registrar el tipo de embebido más cercano posible al que se dio hace más de dos mil años precisaba entonces la imitación de las órbitas calóricas técnicas.

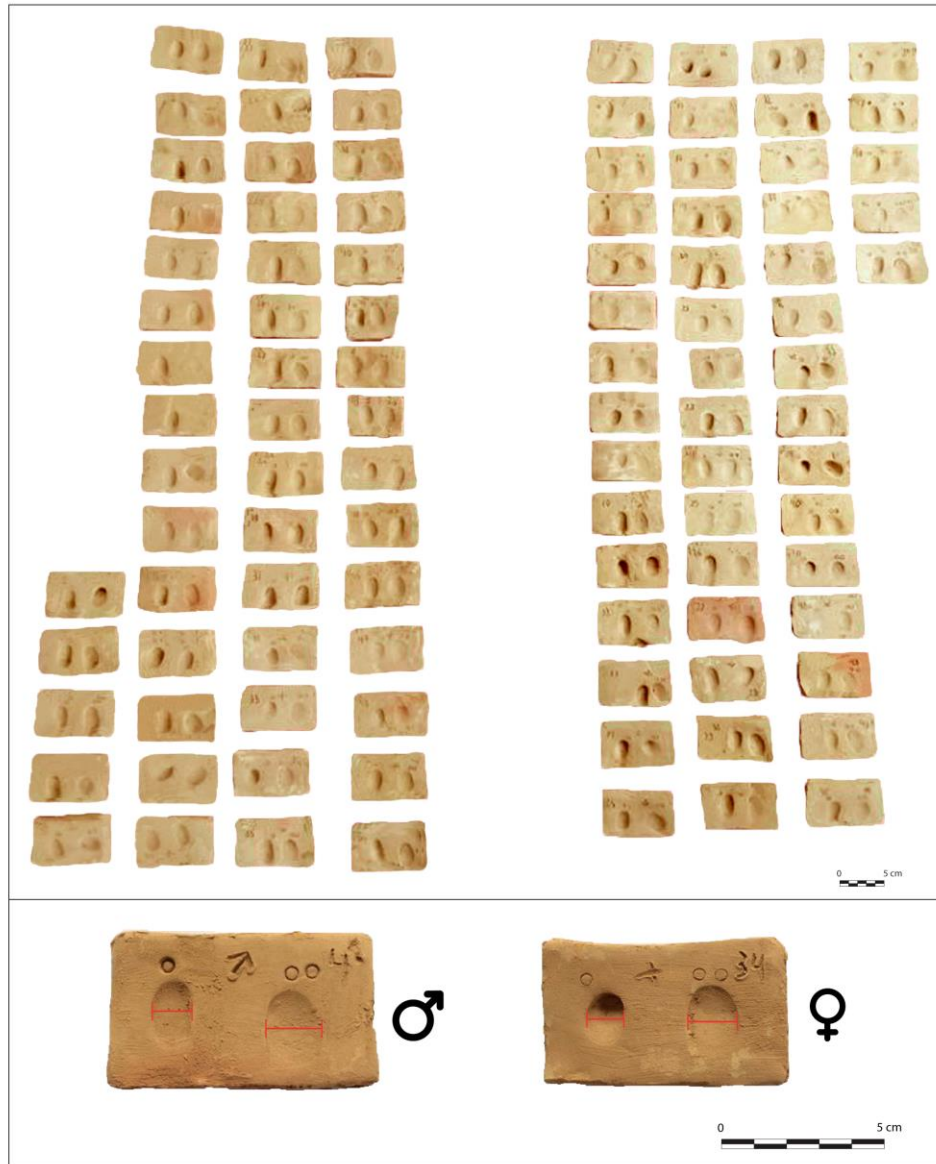


Fig. 100: Muestras de la colección experimental realizadas a modo de comparación con las digitaciones arqueológicas.

⁵ En el siguiente epígrafe dedicado enteramente a narrar los gestos técnicos implicados en la fase de la cocción se describen con detalle los resultados de dichos análisis.

Las conclusiones definitivas del experimento albergan dentro de sí un elevado potencial teórico. Por un lado, las estimaciones apuntan a que prácticamente no se pueden atisbar diferencias métricas entre los individuos infantiles masculinos y femeninos. La media aritmética de los datos recogidos son meridianos al estipular valores idénticos que distan a lo sumo 2 mm de divergencia entre índices y pulgares derechos de un sexo u otro. Durante la niñez las manos suelen ser muy similares entre niños y niñas, salvando únicamente ocasiones excepcionales en los que el desarrollo físico presenta signos evidentes de retraso o de aceleración. De manera puntual, dos tablillas pertenecientes a un niño y una niña ostentan valores métricos que coinciden e incluso sobrepasan medidas de adultos femeninos en 2 mm. En estos casos, por ejemplo, los patrones normales de crecimiento deben haber sido alterados por interacciones complejas entre factores genéticos, ambientales y hormonales (Illingworth, 1985; Rice, 1997; Shaffer, 2000). Por otro lado, los intervalos experimentales generados con los resultados de las tablillas marcadas con los dedos de la población adulta sobre todo, son muy interesantes por dos cuestiones. En primer lugar, por reseñar de forma rotunda la presencia de contrastes claros entre el tamaño de los índices y pulgares de hombres y mujeres. Independientemente de que las medidas hayan sido tomadas en fresco o en seco, las distancias habidas entre la anchura máxima de cada dedo oscilan aritméticamente en torno a los 4 y 5 mm, una realidad que manifiesta analogías axiomáticas con respecto a lo atestiguado arqueológicamente en las digitaciones de las cerámicas de Las Cogotas. De hecho, la acción reiterada de realizar mediciones en dos ocasiones, justo después de la impresión de las marcas dactilares y tras haber sido cocidas, legitima el empleo de dedos con distintas anchuras en el pasado, puesto que el grado de contracción de las huellas de fresco a seco es cada vez más elevado cuanto más grande es la huella en sí. Es por esto que las referencias medias de menguado de los índices y pulgares de los individuos masculinos adultos son, con bastante notoriedad, las más altas sobre el resto de datos reseñados. En segundo lugar, el estudio comparado de las cifras conseguidas pone de relieve la dificultad e imposibilidad de distinguir entre las digitaciones efectuadas por mujeres adultas y las ejecutadas por niños o niñas. Pese a que es cierto que la media proporcional de las marcas femeninas adultas es ligeramente superior a las infantiles, el rango no alcanza ni los 2 mm de diferencia (Fig.101).

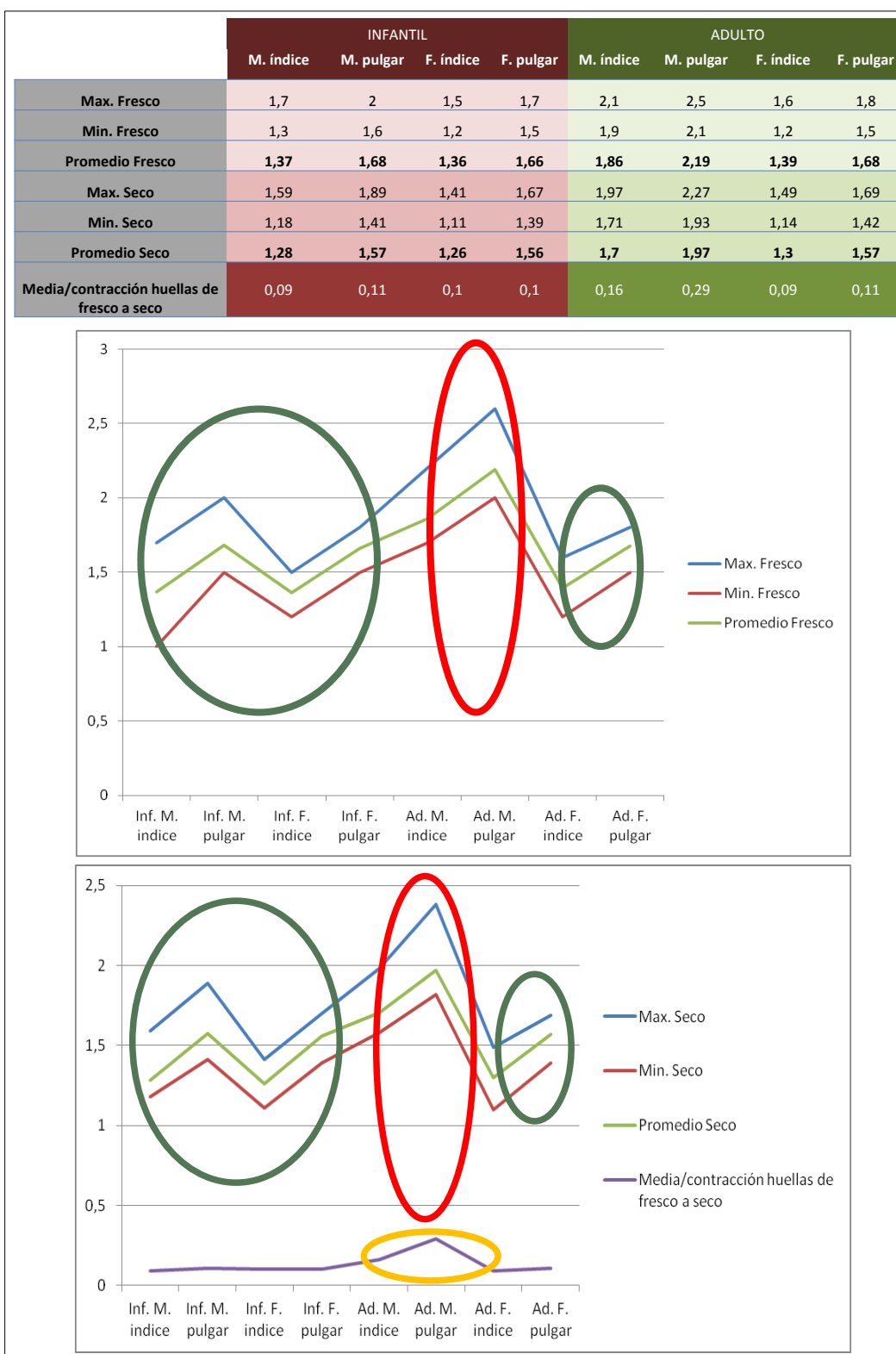


Fig. 101: Relación de resultados de la colección experimental.

Desde una perspectiva global podría decirse que la información recabada experimentalmente con este estudio y su contrastación consiente el planteamiento de preguntas sobre vicisitudes históricas que a grandes rasgos se consideran actualmente resueltas, tales como quiénes eran los artífices de la producción cerámica y cuáles eran los criterios que les motivaban a llevarla a cabo. Sin duda, esto ayuda a crear un caldo de cultivo propicio para la discusión programada en apartados posteriores. Solo el hecho de poner en relación la documentación recabada con las cerámicas adscritas al grupo tipológico de Cogotas II, sus decoraciones y sus características técnicas, deja entrever que la Historia protagonizada por las gentes que vivieron en Las Cogotas en el transcurso de la Edad del Hierro es mucho más compleja y va más allá del constructo social inferido hasta el día de hoy.

La cocción

El análisis macroscópico de las pastas cerámicas de Cogotas II respalda la noción de conocimientos técnicos elevados en el proceso de cocción. En las matrices abundan gamas oscuras, grises y negras, apreciando simplemente en casos expresos coloraciones de naturaleza mixta y ligeramente oxidantes. No cabe duda, por tanto, que los encargados de ejecutar esta fase decisiva buscarían la fabricación predominante de recipientes reductores, intentando solamente en determinadas ocasiones, sobre todo en los primeros compases de la Edad del Hierro, la obtención específica de cromatismos más anaranjados para formas concretas ligadas a perfiles en “S”. Como ya se ha puntualizado anteriormente el contacto con otras realidades y el deseo de reproducir rasgos de materialidades foráneas, podría haber incidido en el interés creciente de conseguir gamas de color distintas. La cuestión reside en si finalmente lo consiguieron. Al margen del análisis cromático que apunta a que no, debido al registro habitual de ejemplares mixtos y oxidaciones post-cocción, la abundancia de modificaciones originales de forma por choque térmico y el avistamiento constante de una serie de grietas muy características demuestran el intento de lograrlo, haciendo uso seguramente de las mismas estructuras de combustión heredadas de la producción de cerámica de Cogotas I.

Es probable que el desconocimiento técnico de cómo emular las superficies oxidantes llevara a los artesanos a pensar que sería posible materializar el objetivo de tonalidad propuesto, a partir de un aumento controlado de las temperaturas de cocción alcanzadas hasta entonces. Así lo recalcan las deformaciones continuas de los bordes y las bases en este tipo de piezas, que suelen encontrarse doblados o levemente rehundidas, a causa del hinchamiento y la vitrificación de sus pastas. Siguiendo este orden, la arcilla se transformó primero en cerámica y seguidamente en cristal de sílice al fundirse las diferentes moléculas unas con otras, perdiendo parte de su densidad (García Roselló y Calvo Trías, 2006: 100). El tamaño y la distribución de estas trazas tan particulares es variable, un hecho que viene motivado por la incidencia aleatoria y puntual de golpes continuados de calor de más de 1000 °C directamente sobre la superficie (Fig. 102). Es por esta razón por la que se puede descartar la idea de considerar que la existencia de estas zonas rugosas y brillantes con matices verdosos/grisáceos se deba a la consecución de diversos procesos postdeposicionales sufridos tras el fin de su vida útil, como tradicionalmente se ha argumentado⁶ (Barril Vicente, 2007b: 80-81). Es primordial tener en cuenta que las clases de arcilla elegidas para fabricar cerámica en el yacimiento de Las Cogotas tan solo permiten elaborar elementos cerámicos cocidos a temperaturas no superiores a los 1000 °C, su punto de fusión aproximado. La cantidad de caolín –silicato estratificado $\text{Al}_2\text{Si}_2\text{O}_5(\text{OH})_4$ –, que mineralógicamente estas arcillas poseen por naturaleza, imposibilita el sobrepasado de dichos parámetros térmicos sin afrontar el riesgo de que aparezcan defectos de cocción en forma de vitrificaciones. La identificación frecuente de vacuolas esféricas y redondeadas por la generación y combustión de gases, así como fracturas verticales y horizontales por dilatación con bordes curvos y totalmente acorchados, se atribuye también a la presencia de procesos técnicos de sobre cocción.

⁶ La realización de análisis de Difracción de Rayos X a tres de las pellas de barro encontradas por Juan Cabré en la vivienda 3 (M.A.N/1989/41/972; 1989/41/1795; 1989/41/1796) confirma que estas se sometieron a rangos de temperatura oscilantes entre los 800 y los 850°C. Además, la primera de ellas presenta trazas claras de fases neoformadas que evidencian la existencia de picos irregulares de temperatura, con continuos altos y bajos. Por tanto, sí puede ser probable que la destrucción eventual del yacimiento provocara la generación de incendios incontrolados que afectaran postdeposicionalmente al registro material cerámico, pero no hasta el punto de ocasionar en él transformaciones fisicoquímicas por vitrificación.

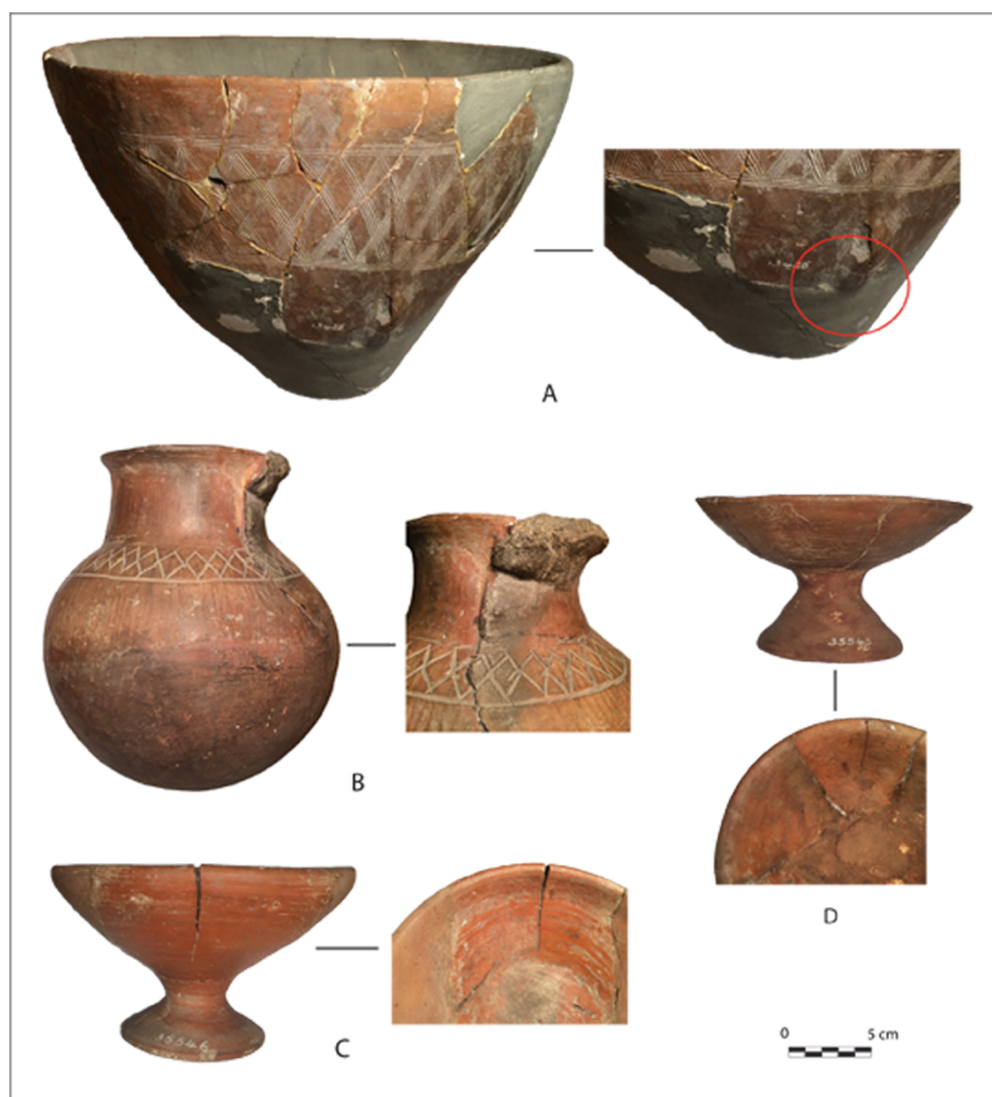


Fig. 102: Cerámica de Cogotas II con trazas evidentes de defectos de cocción. M.A.N: A) 33426; B) 35478; C) 35546; D) 33545.

La fase de la cocción se constituye como una de las más delicadas del proceso de producción cerámico; requiere de conocimientos adquiridos y experiencia práctica para planificar y controlar en todo momento los peculiares ritmos ejecutados en ella y hacer frente a las eventualidades que surjan. Aun así, este periodo ostenta un porcentaje de fiabilidad bastante variable que es el motivo de que, incluso, maestros experimentados no sean capaces de evitar la pérdida de un porcentaje mínimo de piezas en el transcurso de esta etapa clave. Quizás fue este el motivo por el que finalmente los alfareros de Las Cogotas decidieran buscar distintas alternativas con las que poder crear vasijas con superficies de

tonalidades cálidas. Ante la rotura reiterada de productos, que a su vez desde un punto de vista funcional supondría la pérdida del tiempo invertido para crearlos, las pruebas de ensayo/error endógenas se circunscribieron en torno a dos vertientes. Por un lado, la cubrición de las formas cerámicas con un engobe rojizo y la aplicación de altas temperaturas y por otro, el empleo de cubriciones de engobe idénticas pero con la realización de cocciones con temperaturas no superiores a los 800/850°C. Finalmente, a pesar de que los matices tonales de la superficie quedaban ennegrecidos a causa de la no entrada de oxígeno durante el desarrollo de la propia cochura, acabarían decantándose por esta última hasta la adopción y asimilación posterior de estrategias y estructuras de cocción diferentes.

La ausencia de defectos de cocción relevantes en el conjunto mayoritario de piezas reductoras respalda la idea de que en la Edad del Hierro se mantienen tradiciones técnicas de cochura heredadas de generaciones alfareras anteriores, un hecho que asume al mismo tiempo secuencias de aprendizaje por transferencia vertical. Es llamativo incluso que, ni siquiera tras la asunción del torno como herramienta alternativa para modelar, sea fácil discernir fallos de cochura fruto de categorías de destreza diferenciadas. Casi en ningún caso pueden vislumbrarse evidencias de grietas térmicas en forma de red o de estrella que son las más comunes cuando en el proceso de cochura tienen lugar cambios bruscos de temperatura (García Roselló y Calvo Trías, 2006: 101). En este sentido solo los desconchados y las fracturas laminares documentados en un grupo concreto de vasos, contextualizados en la zona de la necrópolis y vinculados previsiblemente a funciones de consumo por sus características técnicas, rompen con la norma establecida. Estos poseen igualmente fracturas verticales muy marcadas, que arrancan desde los bordes y pueden estar probablemente ocasionadas por enfriamientos muy rápidos. La anchura elevada de las grietas en el propio borde hace sospechar que, en un momento dado, se sufrió una pérdida de calor muy rápido que produjo fuertes tensiones en su parte superior (Fig.103).

La explicación de este tipo de marcas podría encontrarse en el uso que se les dio justo antes de ser amortizadas por completo. Tal vez, estas piezas pudieron tener un papel protagonista en los rituales a través de los que se cremarían los muertos antes de ser

enterrados, junto al resto de su ajuar y pertenencias personales (Álvarez Sanchís, 1999; Baquedano Beltrán, 2016). La exposición intencionada a un fuego en cierta manera descontrolado, que de forma constante haría subir y bajar rápidamente las temperaturas obtenidas en el proceso de quema de los cuerpos, provocaría contrastes térmicos profundos que afectarían técnicamente a las cerámicas pese a estar estas cocidas primariamente a la perfección. Seguramente, la buena conductividad de aquellos ejemplares destinados por sus propiedades técnicas, en un principio, al almacenaje y la preparación de alimentos contribuyó a que estos daños aparentes y perfectamente distinguidos en las cerámicas más pulidas y bruñidas no aparecieran en los que también fueron utilizados en última instancia como elementos de ajuar funerario. Sin duda, su porosidad aguda y la añadidura intencionada de desgrasantes orgánicos e inorgánicos ayudarían a resistir frente a estas modificaciones violentas de temperatura (Clop García, 2001: 62), tanto cuando aumentaba inicialmente como cuando disminuía con el consumo de las presumibles piras de madera creadas para tal fin.



Fig. 103: Recipiente de Cogotas II hallado en contexto de necrópolis que presenta trazas evidentes de exposición a un fuego rápido y discontinuo (M.A.N/1989/24/6).

Para el conocimiento exacto de las temperaturas de cocción alcanzadas se ha recurrido a la realización de análisis arqueométricos de difracción de rayos X –DRX–. A la par que lo sucedido con los estudios de fluorescencia de rayos X –FRX–, el coste económico desorbitado que suponía un examen sistemático de todos los fragmentos cerámicos observados macroscópicamente ha obligado a reducir la selección de la muestra

a unos cuantos ejemplares, particularmente seis. Dos de ellos pertenecen a recipientes pulidos y bruñidos modelados enteramente a mano (M.A.N/1989/41/3103; 1989/41/3131), el tercero y el cuarto se asocian respectivamente a fragmentos pulidos y bruñidos, pero que han sido obrados mediante el uso de energía cinética (M.A.N/1989/41/3094; 1989/41/3108) y los dos últimos se corresponden con piezas modeladas a mano, solo espatuladas y alisadas y con desgrasantes añadidos (M.A.N/35531; 35533). *A priori*, los resultados demuestran que las conjeturas efectuadas sobre el grado de pericia técnica ostentado por las personas que fueron artífices de las cocciones cerámicas son ciertas y que no existen cocciones alternas para tipos funcionales distintos (Fig.104a y b). Aparte de la ausencia de desperfectos provocados por una mala ejecución técnica, la completa destrucción de filosilicatos como cloritas o esmectitas a excepción de las micas moscovitas/illitas, presentes aproximadamente en un 7%, plantea el desarrollo de secuencias de cocción situadas entre los 800-850°C (Peters y Iberg, 1978; Buxeda i Garrigós y Tsantini, 2009; Zuluaga Ibargallartu *et al.*, 2012). La percepción en todos los análisis elaborados de formaciones de dióxido y wollastonita en porcentajes que oscilan en torno al 2 y 9% y la aparición en algunos casos de gehlenita en pequeñas proporciones, no más de un 2%, refuerza aún más si cabe el alcance regularizado de este rango de temperaturas. Además, la representación de bajas cantidades de calcita debe entenderse como una alteración postdeposicional fruto de la precipitación de carbonato cálcico en el entorno sedimentario en que las cerámicas se encontraron, una realidad que confirmaría el no empleo por parte de los artesanos cogoteños de calcita triturada como desgrasante (Velde y Druc, 1999) y la tenencia de curvas de cochura superiores a los 700°C. De hecho, es a partir de esta cifra cuando el carbonato cálcico se descompone y se transforma en óxido de calcio, uno de los principales condicionantes de fracturas laminares de origen térmico (García Roselló y Calvo Trías, 2006: 102).

Hasta el día de hoy, los trabajos arqueológicos desempeñados en el área de Las Cogotas no han hallado indicios de estructuras de combustión asociadas a la generación de tales temperaturas. No obstante, y a tenor de los parámetros técnicos indicados, es posible imaginar que el tipo de horno utilizado para cocer recipientes cerámicos adscritos a Cogotas II sería bastante similar a los que eran protagonistas a finales de la Edad del

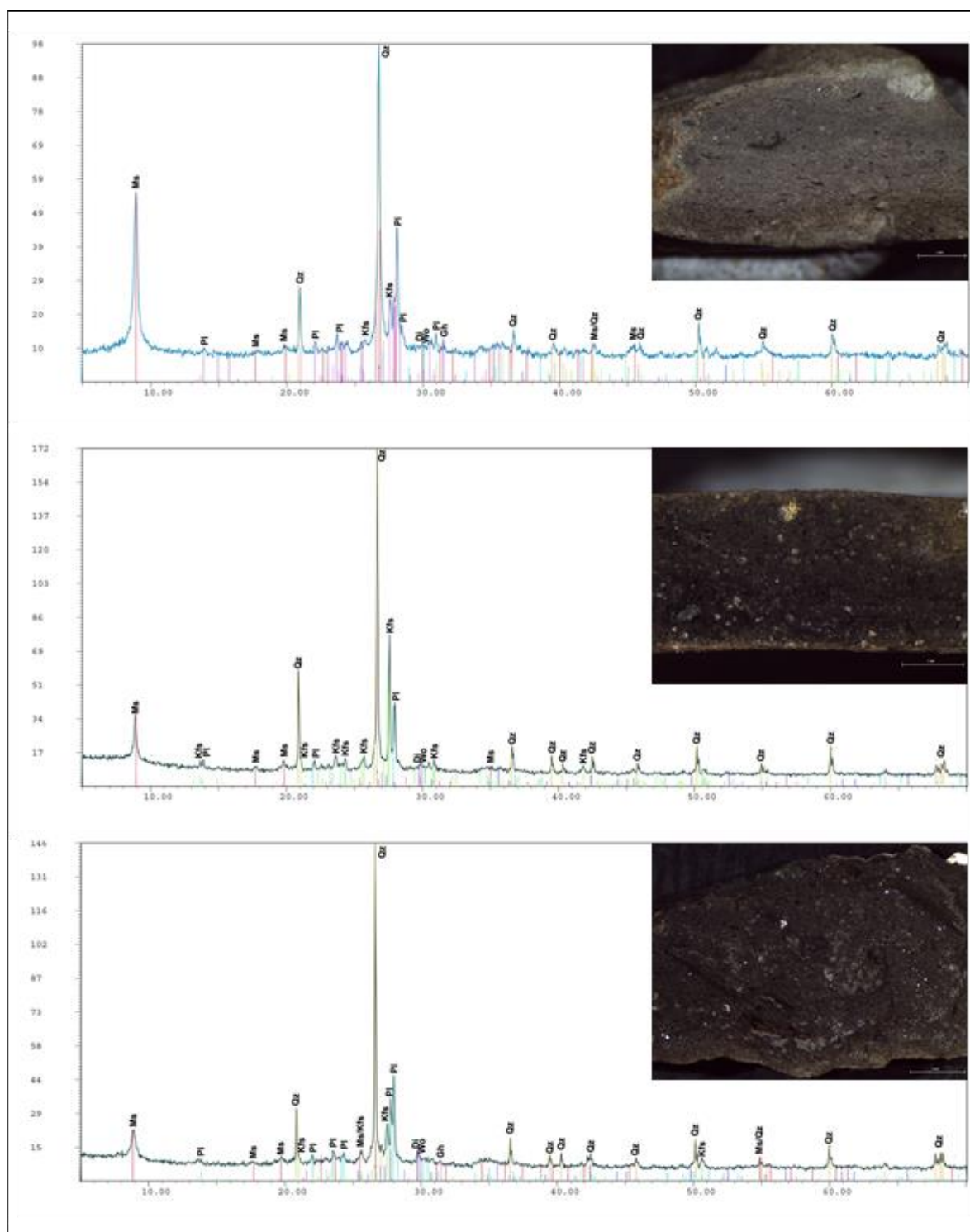


Fig. 104a: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas II analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2.

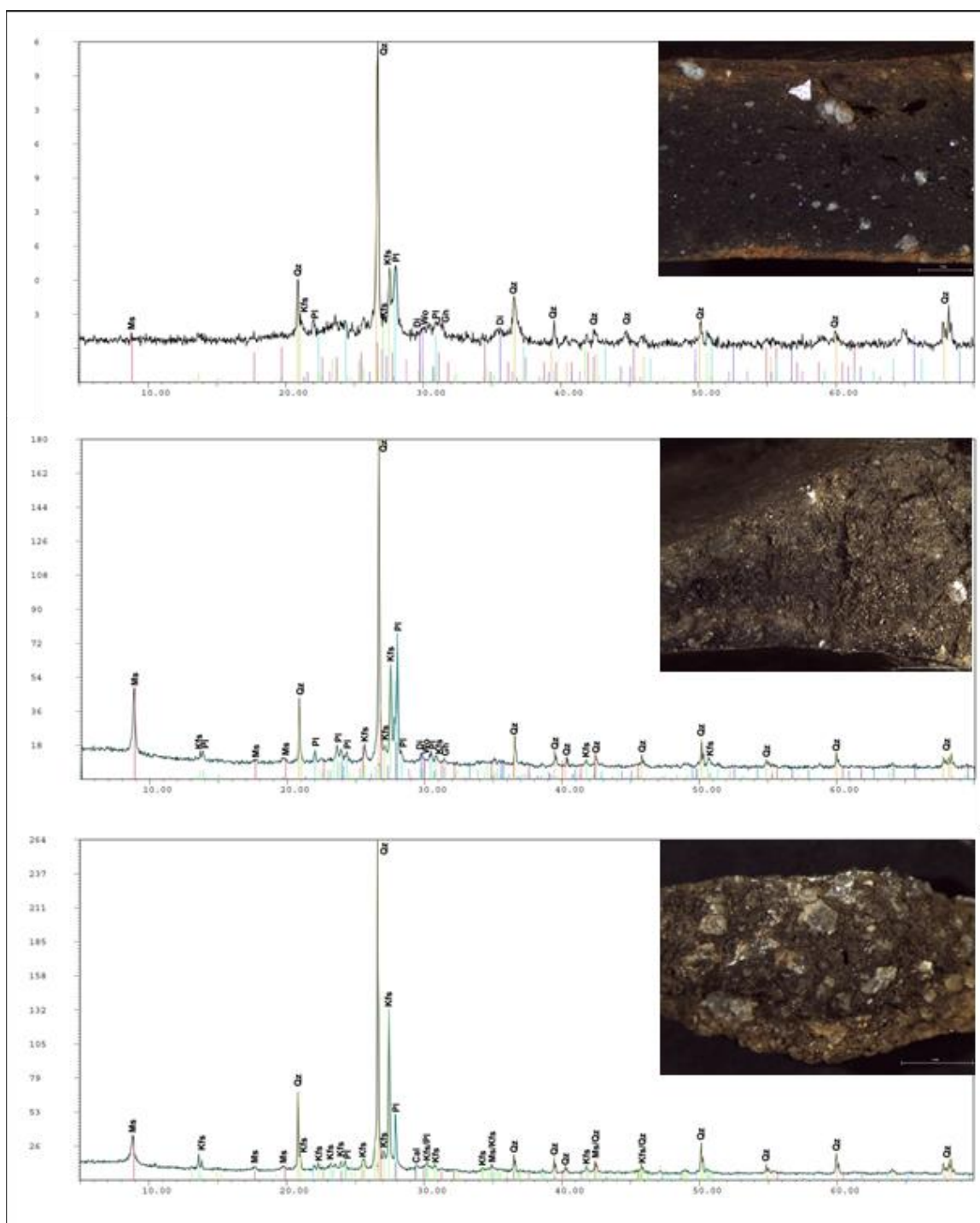


Fig. 104b: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas II analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2.

Bronce. En este caso, la plena capacidad de poder crear vajillas óptimas desde una perspectiva tecnológica no incitaría cambios en una de las fases del proceso productivo más delicadas y determinantes. Si bien la adquisición de nuevas formas y decoraciones se asocia a la incorporación de una serie de innovaciones técnicas, el “saber hacer” seguiría siendo profundamente conservador en las tareas vinculadas con la cocción. Todo apunta a que se respetarían las normas impuestas por tradiciones tecnológicas previas para cocer, sin distinción funcional alguna. La inclusión de conocimientos diferentes en esta esfera se proyectaría únicamente para llevar a cabo la fabricación de cerámicas puramente oxidantes, como las inscritas en el grupo tipológico de Cogotas III. Esta es una circunstancia que no implica el abandono sistemático de las acciones técnicas cometidas hasta entonces, sino justamente lo contrario, su plena connivencia. El trasfondo de este asunto se abordará con más detenimiento en el siguiente apartado.

4.4. La Cerámica de “Cogotas III”

A pesar de que hacer uso del término de Cogotas a nivel académico supone hablar preferentemente de cerámicas reductoras con decoraciones peinadas, asociadas a los vettones y a la Segunda Edad del Hierro, este vocablo sirve también para referenciar a un conjunto de cerámicas a torno de naturaleza oxidante con decoraciones pintadas y estampilladas que, de igual modo, formó parte de la alcallería de las gentes que protagonizaron los siglos previos a la conquista de Roma. Aunque apodadas en los últimos tiempos como cerámicas de tradición celtibérica (Álvarez Sanchís, 1999; Salas Lopes, 2008), en este trabajo se ha optado por rescatar el concepto de Cogotas III ideado por Pere Bosch i Gimpera en 1942 y 1944, al ser este más generalista y poder englobar en él al resto de recipientes cerámicos documentados en el yacimiento de Las Cogotas que no se enmarcan en los grupos tipológicos de Cogotas I y Cogotas II. Así, en este otro gran cajón de sastre artificial no solo se recoge el compendio de cerámicas anaranjadas que se asemejan tipológicamente a las propias del área nuclear celtibérica, sino las que tienen a su vez una relación evidente con las producciones típicas de la época de La Téne II. De este modo, resulta mucho más cómoda y viable la puesta en marcha de un estudio tecnológico

integral que finalmente sea capaz de completar la descripción de la enorme heterogeneidad diacrónica y sincrónica de los procesos productivos cerámicos desarrollados en Las Cogotas a lo largo de la Edad del Hierro (Fig.105).

Más allá del horizonte histórico simplista que en un principio explicaba la llegada de esta clase de materiales cerámicos mediante las invasiones vacceas en torno al siglo III a. C., o del pensamiento que todavía pervive de que estos elementos corresponden solo a la fase final de los asentamientos prerromanos del occidente de la Meseta y no tienen vinculación alguna con las especies cerámicas a peine, se propone la realización de una investigación que parta desde un ángulo distinto. En virtud de ello, se plantea un análisis que trate de superar las pautas cronológicas y económicas que exclusivamente hacen hincapié en estas producciones para construir discursos sociales basados en la estandarización y la especialización económica. Tal y como se ha reiterado en una multitud de ocasiones durante este trabajo, los fragmentos cerámicos actúan como contenedores de saber, encerrando en su interior informaciones de todo tipo, circunscritas al ámbito económico, social y simbólico en el que se insertan (Gosselain, 2002). La tecnología está repleta de mensajes con significado y crea bienes materiales en base a determinadas condiciones de vida (Lemonnier, 2012). A través del examen pormenorizado de las Cadenas Técnico-Operativas de los restos cerámicos se pretende indagar en otras cuestiones que admitan conocer un poco más detalladamente a las personas que se encargaban de su manufactura y, por ende, la sociedad a la que pertenecían. De cara a tener la posibilidad de inferir en su carácter identitario es necesario descubrir la contestación a preguntas como las siguientes: ¿este tipo de vajilla se consumía con anterioridad a su producción? En caso afirmativo, ¿qué criterios motivaron el inicio de su producción? ¿Es cierto que realmente no coinciden temporalmente con los recipientes adscritos a Cogotas II? Si fuera así, ¿los artífices de las cerámicas de Cogotas III serían diferentes a los artesanos de Cogotas II? o ¿serían los mismos artesanos pero con distintas maneras de ver el mundo? La fortuna de contar con contextos arqueológicos singulares y un registro arqueológico en estado de conservación óptimo permite, al menos, indagar en sus respuestas desde el plano de lo tecnológico.

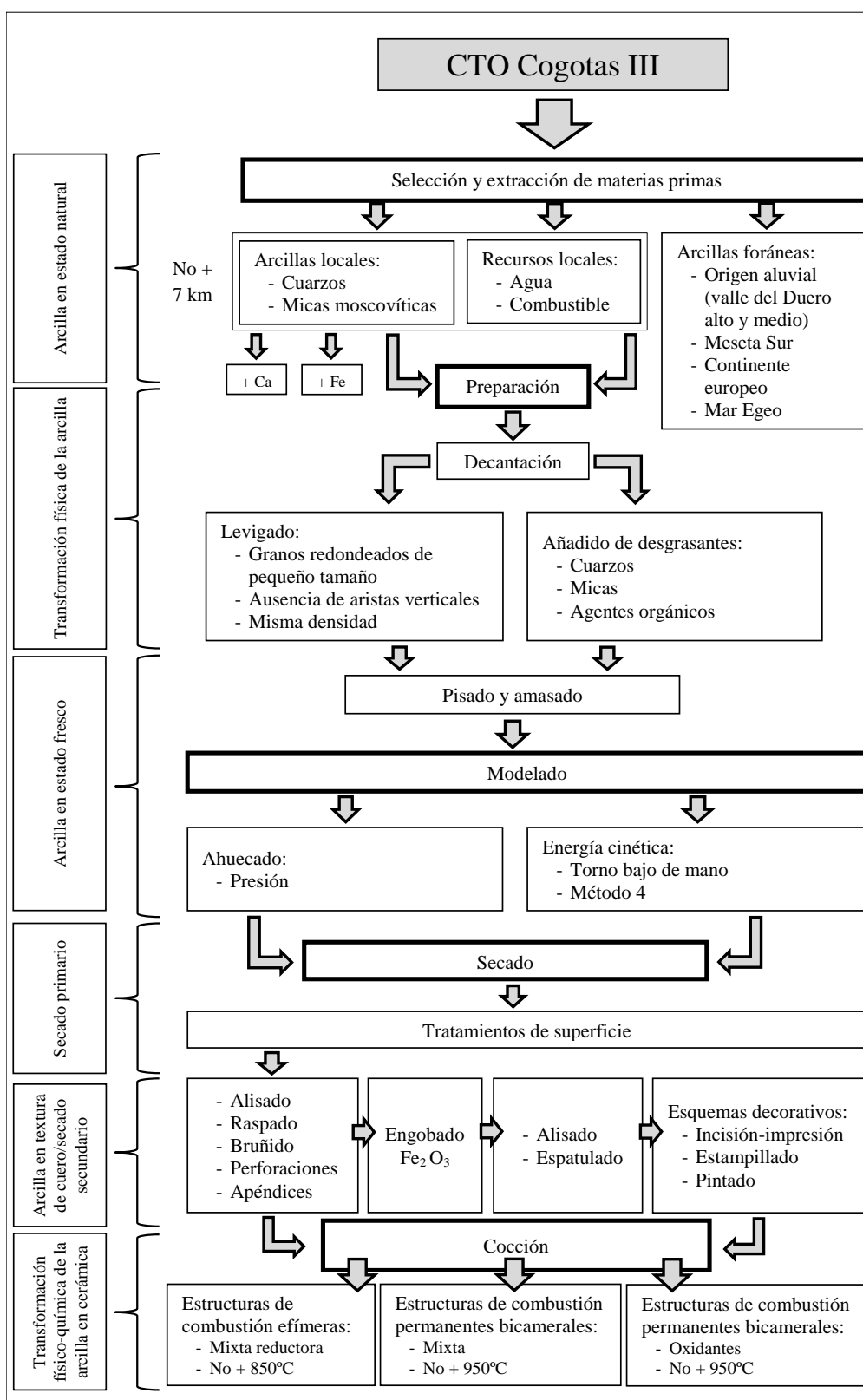


Fig. 105: CTO de Cogotas III.

La selección y extracción de las materias primas

Los resultados obtenidos tras los exámenes químicos de Fluorescencia de Rayos X - FRX- arrojan datos que concuerdan, en parte, con lo advertido para la fabricación de las cerámicas atribuidas a los tipos de Cogotas I y Cogotas II. Sin embargo, por otro lado escenifican la existencia de patrones de composición diversos que certifican una mayor pluralidad en lo que respecta al origen de las materias arcillosas empleadas. Dejando a un lado el resto de elementos ineludibles para llevar a cabo la producción de un objeto cerámico, tales como el agua, el combustible, los desgrasantes añadidos de naturaleza orgánica e inorgánica, diferentes pigmentos minerales o materiales líticos u óseos, que al igual que lo estipulado para grupos tipológicos anteriores parece que se obtendrían en un radio aproximado de 7 km a la redonda desde el yacimiento, la elaboración de los análisis de FRX concreta la evidencia de arcillas locales y foráneas. En este sentido, el término foráneo hace referencia a todas las arcillas que no cumplen los criterios de distancia acordados teniendo en cuenta el concepto de área de captación de recursos aplicado para la ejecución de este estudio, el *Threshold Model for Ceramic Resources* de Dean E. Arnold (2005). Por tanto, cualquier materia prima conseguida en marcos espaciales situados a una distancia superior a los 7 km concertados responde y se le califica como tal.

Después de seleccionar 44 muestras, partiendo de los criterios utilizados para caracterizar las cerámicas insertas en el conjunto tipológico de Cogotas II, también se realizó un test ANOVA en el que se determinaron los mismos cuatro elementos químicos diagnósticos para poder establecer agrupaciones, el hierro –Fe-, el manganeso –Mn-, el calcio –Ca- y el potasio –K-. La disposición de las pruebas en un sistema de dispersión de puntos tradicional en torno a dos variables –eje X y eje Y- trajo como consecuencia el avistamiento de dos grandes sectores y varios ejemplares totalmente independientes (Fig.106).

De acuerdo con esto, el primero de los dos grandes sectores representados aparece delimitado por las cinco pellas de “barro” analizadas, que como ya se ha reseñado

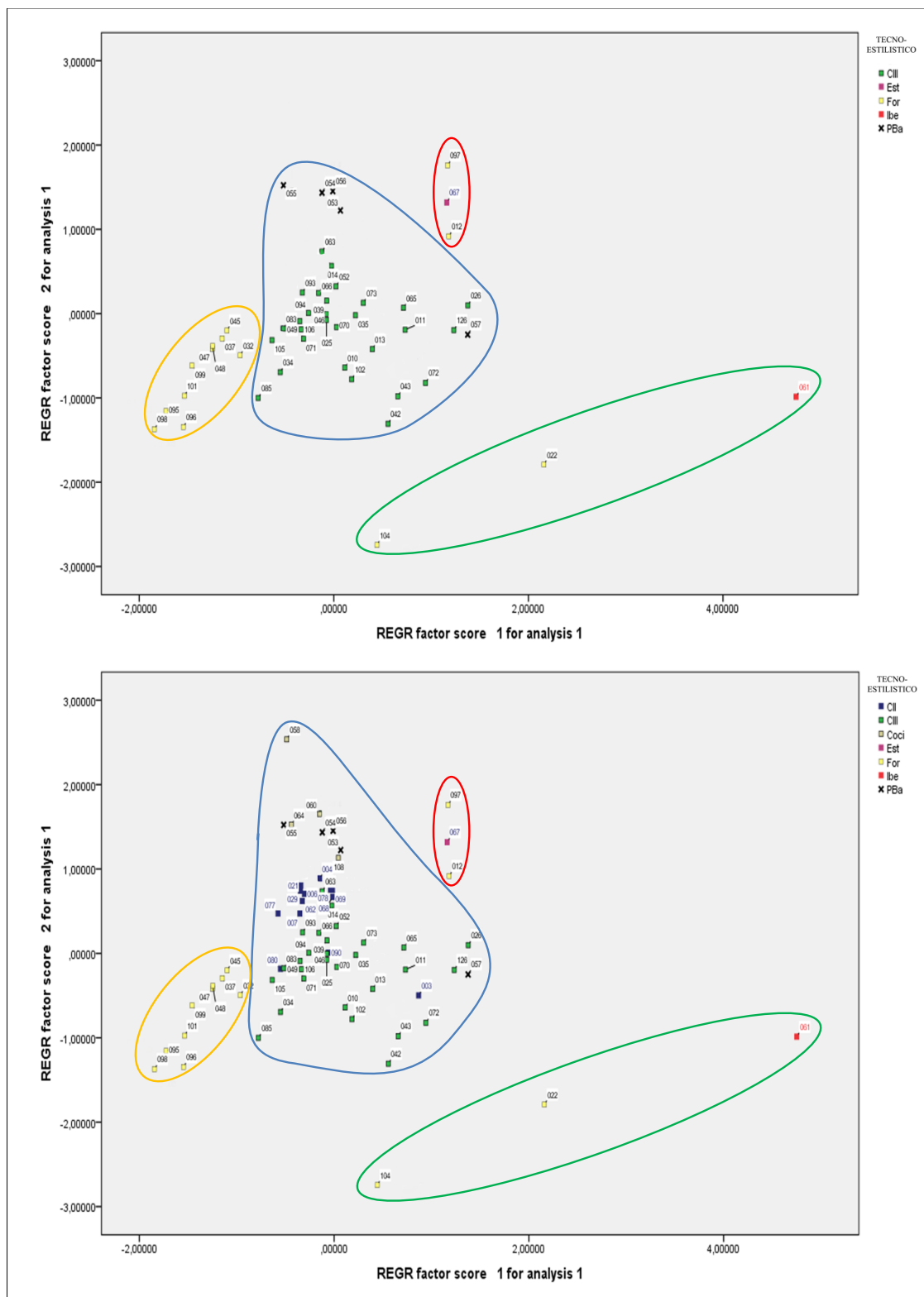


Fig. 106: (Arriba) Esquema de puntos de análisis de FRX de Cogotas III. (Abajo) Esquema de punto de análisis de FRX de Cogotas II y III. Ver relación de muestras en anexo 1.

previamente, estaban compuestas por arcillas pertenecientes al ecosistema geológico granítico en el que Las Cogotas se emplaza. Es en esta fracción donde se concentra la mayor parte de los recipientes escogidos, confirmando que para la producción de cerámicas asociadas al ámbito de Cogotas III se seguiría recurriendo a la explotación de enclaves arcillosos locales. La posición de los puntos confirma, a la par, que los acopios principales de materia prima tuvieron lugar alrededor de dos fuentes distintas de arcilla. No obstante, todo apunta a que la fuente más aprovechada en esta ocasión fue la que contenía niveles más elevados de carbonato cálcico, CaCO_3 . Se trata de un hecho que refuerza la hipótesis barajada en correlación con lo especificado en el apartado relativo a Cogotas II acerca del supuesto agotamiento de los sedimentos arcillosos con cantidades de hierro más altas en las épocas más recientes de la Edad del Hierro. La pérdida irremediable de estos recursos tradicionales traería consigo la búsqueda de nuevas áreas de extracción en las inmediaciones del yacimiento. A su vez, la distinción dentro de este gran sector central de dos polos bien definidos atendería a la proporción de desgrasantes contenida en las matrices cerámicas. *A priori*, aquellas que poseen un mayor número de estos elementos, añadidos intencionadamente o no, se encuadran en los apartados superiores, mientras que las que solo registran en su interior pequeñas cantidades residuales de estos se ajustan a los espacios inferiores.

El segundo gran sector visualizado atiende a una serie de muestras ricas en carbonato cálcico, pero que no guardan conexión con las zonas de captación circundantes a Las Cogotas. Su composición física acredita que no formaron parte de ambientes graníticos, sino más bien de contextos aluviales alejados de estas formaciones (Fig.107). Estos materiales provienen de cuencas sedimentarias en las que las facies y procesos de transporte característicos de los sistemas fluviales no solían arrastrar en descomposición restos de cuarzos, feldespatos alcalinos, plagioclasas y micas. Los análisis concuerdan con formaciones cenozoicas constituidas por sedimentos pliocenos y cuaternarios de naturaleza detrítica y origen aluvial con removilización eólica, es decir, arenas con gravas y limos. Estos son depósitos aluviales de fondo de valle muy similares a los atestiguados en la cuenca media del Duero, cerca del contacto de las campiñas y planicies de la propia depresión –Tierra de Pinares occidental– con las primeras estribaciones de los macizos

satélites del Sistema Central y de los páramos de Íscar y Olmedo (Díez Herrero, 2011). En esencia, áreas geológicas conectadas con el fondo y gargantas de los afluentes que discurren geográficamente por el sector centro-meridional de la Submeseta Norte entroncado históricamente con la cultura vaccea en la Edad del Hierro (Sacristán de Lama, 1986; Sanz Mínguez, 1998; Blanco García, 2003).

Ante esta realidad efectiva cabría suponer entonces dos opciones para poder explicar el hallazgo arqueológico de los recipientes fabricados con esta materia prima. La primera tendría que ver con la posibilidad de que los alfareros de Las Cogotas se valieran de recursos arcillosos foráneos emplazados a decenas de kilómetros del asentamiento y recorrieran largas distancias para obtener los recursos apropiados con los que producir determinadas cerámicas adscritas a Cogotas III. Puede que lo hicieran por diversos motivos como sus excelentes capacidades plásticas y térmicas, ya que estas arcillas disponen mineralógicamente de un porcentaje elevado de caolín –silicato estratificado $\text{Al}_2\text{Si}_2\text{O}_5(\text{OH})_4$ –. La segunda de las opciones conectaría directamente con la idea expuesta en el capítulo 1 de considerar estos materiales cerámicos como presumiblemente vacceos. La asunción de esta segunda teoría avalaría también el supuesto uso puntual de recipientes de naturaleza foránea, aparte del empleo de los que sí eran fabricados por ellos mismos. La conjunción de estas apreciaciones con el resto de datos físicos recabados parece demostrar que esta última alternativa podría ser la más certera.

Simultáneamente y más allá de las diferencias mineralógicas apreciadas macroscópicamente, la interpretación de las muestras que se encuentran aisladas en el mapa de dispersión de puntos desde una perspectiva química evidencia que en Las Cogotas no solo se consumían elementos cerámicos producidos localmente. Al margen de la seguridad de contar con un fragmento perteneciente a un *kylix* griego (M.A.N/1989/24/sn), cuya composición mineralógica y trazas de cochura coinciden de pleno con la caracterización arqueométrica de otros del mismo tipo manufacturados a orillas del mar Egeo localizados en Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Buxeda i Garrigós *et al.*, 1999) o el depósito del Zacatín de la antigua *Iliberri* (Granada) (Adroher Auroux *et al.*, 2016; Rouillard *et al.*, 2017; Dorado Alejos, com. pers., b), la presencia de cerámicas con

naturalezas muy distintas ratifica empíricamente aquello que de igual modo se dejó entrever en el capítulo 1 desde un punto de vista morfométrico. En este sentido, la hipotética urna/tinajilla ibérica de tipo Valdepeñas (M.A.N/1989/41/3482) casa perfectamente con las analíticas arqueométricas del yacimiento de El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real), concretamente con las que definen el grupo químico G-C1. Las investigaciones llevadas a cabo por David Guirao (2014: 134) definen que este grupo presenta en sus matrices escalas altamente calcáreas situadas entre el 6% y el 10%, muy por encima de las que se documentan comúnmente en las cerámicas de tipo calcáreo –4/5– y que son calcadas a las registradas en la pieza descubierta en Las Cogotas.

A su vez, el estudio físico del fragmento estampillado con motivos foliáceos (M.A.N/1989/41/3596) posee rasgos de naturaleza no calcárea que se asemejan muy poco a los propios de origen local. De nuevo, el tipo determinado de estampilla y sus altos niveles en hierro y manganeso hacen pensar que este pudiera estar relacionado con zonas de la Oretania Septentrional. Su comparación con los análisis químicos realizados por David Guirao (2014: 133) permiten asociarlo al grupo G-AL2 reconocido en el yacimiento de Alarcos (Calatrava la Vieja, Ciudad Real), un grupo que debe principalmente su unión a su carácter no calcáreo y en el que se engloban muestras cerámicas recogidas tanto en Alarcos como en el Cerro de las Cabezas. No podría decirse lo mismo de la herramienta cerámica utilizada probablemente como sello para estampar (M.A.N/1989/41/288), puesto que ostenta niveles de hierro y calcio no atribuibles a los identificados en estas agrupaciones sureñas. Además, la ausencia de una base de datos arqueométrica cerámica fiable, tanto a nivel peninsular como europeo, impide su vinculación efectiva con otra zona geográfica específica. El vaso cerámico ligado tipológicamente a las típicas producciones del periodo de La Tène II en la Galia Oriental (M.A.N/1989/24/230) sufre una situación idéntica, pudiendo únicamente corroborar que las trazas de arcilla seleccionadas en su momento para producirla no se correspondían en absoluto con las de los dos tipos acreditados en el ámbito geológico circundante de Las Cogotas. Su porcentaje elevado en hierro y cantidades de calcio y potasio medias hacen de esta pieza un elemento singular no comparable en ningún caso con la totalidad del conjunto.

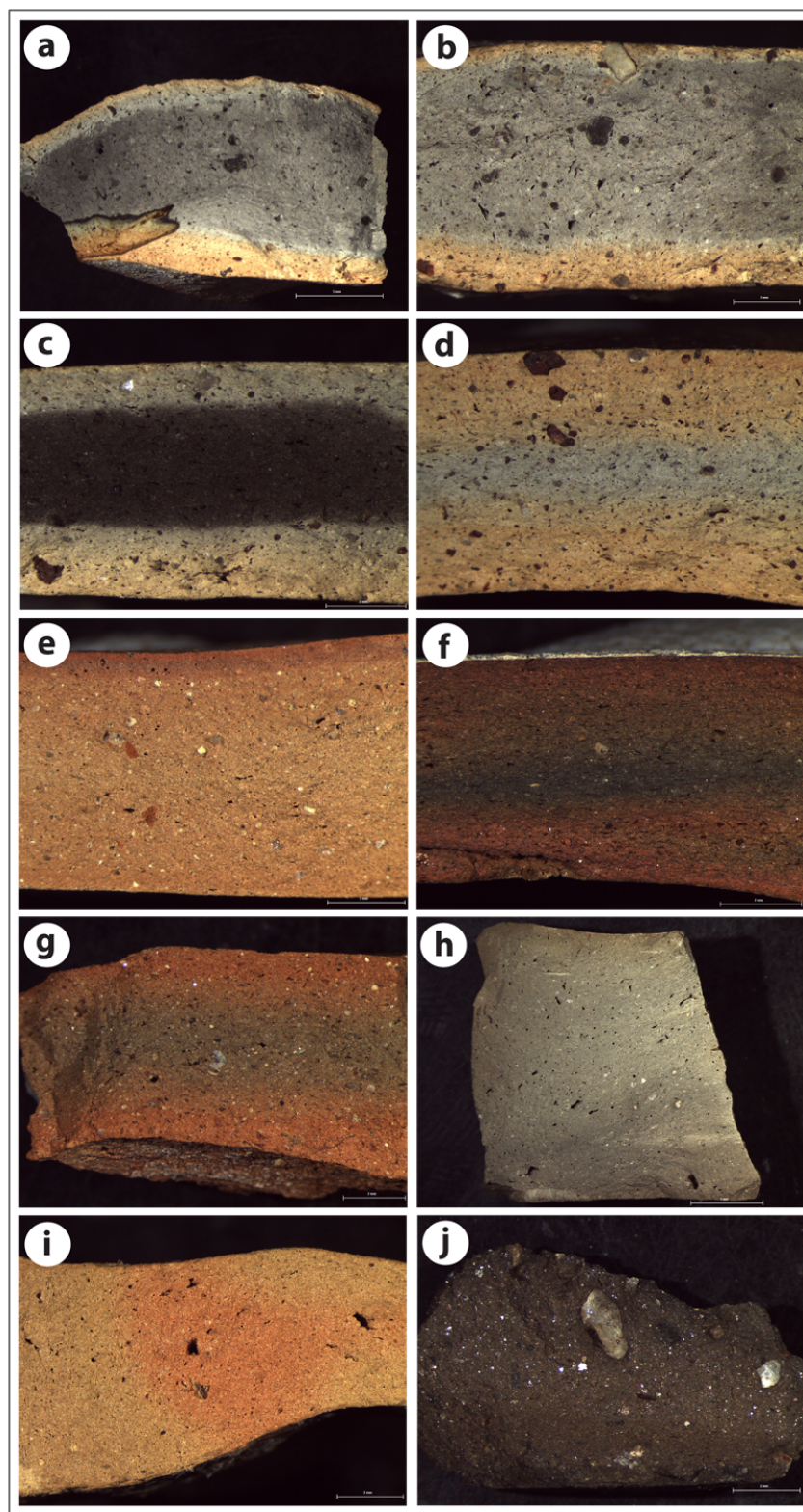


Fig. 107: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas III foráneas procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989/41/356; b) 1989/41/1751; c) 1989/41/3753; d) 1989/41/3152; e) 1989/41/3340; f) 1989/41/3596; g) 1989/41/3482; h) 1989/41/288; i) 1989/24/sn; j) 1989/24/230.

Finalmente, el examen químico de un fragmento de urna oxidante pintado con decoraciones geométricas (M.A.N/1989/41/3340) podría confirmar lo también apuntado en el capítulo 1 sobre la posible presencia de materiales cerámicos procedentes del mundo arévaco en Las Cogotas. La lectura de los datos obtenidos revela similitudes notables con la fábrica 1 y la agrupación composicional G-5 definidas por Manuel García Heras (1997: 182-216) en su estudio de caracterización arqueométrica de la producción cerámica numantina. En líneas generales, la mayor parte de esta caracterización se realizó mediante materiales arcillosos no calcáreos ilítico-caoliníticos, cuya variación progresiva se establecía a partir de su contenido en hierro. Si bien se trata de particularidades físicas que son bastante comunes en las arcillas de la península ibérica según los mapas geológicos del Instituto Geológico y Minero de España –IGME– (Hoja 1 a 1078), la unión de las informaciones de composición y de otros parámetros técnicos aprueban, aunque con carácter probabilístico, argumentaciones de procedencia. La visualización en la pieza en cuestión hallada en Las Cogotas de una matriz ocre/amarillenta con una presencia testimonial de hematites, pequeños paquetes de caolín y valores ferruginosos leves, dista por completo de los tipos arcillosos adyacentes en torno al yacimiento y se aproxima a las ubicadas en la Sierra de Carcaña, entre los términos de Chavaler y Canredondo de la Sierra, a unos 6 km aproximadamente del emplazamiento del enclave arqueológico de Numancia (Tab.12).

| Tabla 12: Relación de muestras de Cogotas III analizadas mediante FRX | | |
|---|----------|---------|
| Origen | Foráneas | Locales |
| Nº piezas en función del origen | 15 | 29 |
| Porcentaje de piezas en función del origen | 34% | 66% |
| Total de las muestras analizadas | 44 | |

La preparación de los materiales

A tenor de los patrones técnicos avistados en las pastas cerámicas, los sistemas de decantación empleados para producir recipientes adscritos al conjunto de Cogotas III

estuvieron relacionados con la técnica del levigado. Al igual que lo estipulado para las piezas de Cogotas II realizadas a través del uso de energía cinética, la práctica totalidad de las matrices de este grupo tipológico están compuestas por clastos uniformes y de peso similar que evidencian el manejo de las leyes de la gravedad y todo lo que estas conllevan para la creación de arcillas óptimas. En esta ocasión, los indicios tecnológicos se corroboran gracias a los vestigios arqueológicos documentados en las dependencias del alfar de Las Cogotas. Tal y como se ha descrito con anterioridad, en este complejo artesanal se descubrieron, como mínimo, tres espacios destinados a dejar reposar la arcilla disuelta en agua tras haber sido depurada. Aunque en un principio se interpretaran como estructuras de combustión, debido al rubefactado de sus paredes revestidas (Salas Lopes, 2008), estos recintos se encargan de certificar realmente el control de este modo de decantar, al menos, desde finales de la Edad del Hierro. A ciencia cierta, la constatación de dichos registros acabaría rompiendo con la visión tradicional de concebir esta técnica como netamente romana y asociada con una producción en masa (Peacock, 1982; Díaz Rodríguez, 2014). Y es que la ejecución perfecta de las reglas que la condicionan es capaz de producir arcillas con un grado de equilibrio composicional excelente. La asunción convencional del concepto de evolución como una acepción del término progreso, ha tendido a considerar siempre al artesanado alfarero clásico como una actividad de alto nivel y calidad superior al de periodos históricos precedentes (Padilla Fernández, 2017b).

El análisis macroscópico de las pastas cerámicas de Cogotas III, lejos de confirmar esta versión actualista, denota aún más si cabe el dominio efectivo de la técnica del levigado y su supuesta ejecución por personas con pericias y conocimientos tecnológicos elevados. Al contrario de lo que sucede al principio en ciertos ejemplares de Cogotas II torneados, la aplicación de estos gestos técnicos, ligados a la eliminación de impurezas o sustancias perjudiciales con el fin de lograr el éxito del proceso productivo, señala el establecimiento de tradiciones técnicas que adquieren y asumen estos saberes como básicos. Se puede entender entonces que en un momento dado, estas operaciones se consideran como las más adecuadas para desarrollar las masas arcillosas con las que posteriormente se modelaban las formas cerámicas deseadas. En este sentido, aparte de la existencia de motivaciones indirectas vinculadas con criterios puramente sociales que se

abordarán en el siguiente capítulo, es posible que el agotamiento sistemático de los recursos de arcilla menos calcáreos y la explotación de fuentes de captación con mayor cantidad de carbonato cálcico influyeran directamente en la asimilación de las estrategias de levigado como las más adecuadas. Desde una lógica funcional, el abandono de tareas técnicas que implicaban el manejo de herramientas como el tamiz, podría venir condicionado por la dificultad de descartar a partir de este medio las numerosas y diminutas concreciones de carbonatos presentes en las arcillas con índices de calcio más elevados. La no exclusión de estos granos y la puesta en marcha de cocciones a temperaturas cercanas a los 800°C supondrían la descomposición y transformación del carbonato cálcico en óxido de calcio, provocando defectos de manufactura y roturas indeseadas en los vasos cerámicos elaborados.

El estudio detallado de las pastas correspondientes a la colección cerámica de Cogotas III avala también la determinación de dos grupos claros en torno a la suma proporcional de desgrasantes que estos contienen (Fig.108):

- Grupo A. Formado por ejemplares que poseen matrices totalmente limpias en las que es bastante difícil apreciar elementos externos no pertenecientes a su propia naturaleza y estructura. El porcentaje, en todo caso, no excede del 10%. En suma, estos hacen referencia a recipientes relacionados a priori como vajillas de consumo, tales como vasos carenados, urnas tulipiformes o jarras, con bocas y cuellos normalmente estrechos, paredes muy delgadas y fondos umbilicados (p.ej. M.A.N/ 1989/41/2615; 1989/41/2771; 1989/41/3215; 1989/41/3339; 1989/41/3423; 35592).

- Grupo B. Constituido por piezas con matrices compuestas por clastos de tamaño medio que ocupan entre el 20% y el 30% de la masa. La morfología de todas ellas atiende a la típica que caracteriza un *dolium* o contenedor de almacenamiento de grandes dimensiones, con bocas y diámetros de cuerpo anchos, paredes gruesas y bases planas (p.ej. M.AN/1989/41/3478(C); 1989/41/285; 1989/41/285(B); 3481(B); 35513; 35516).

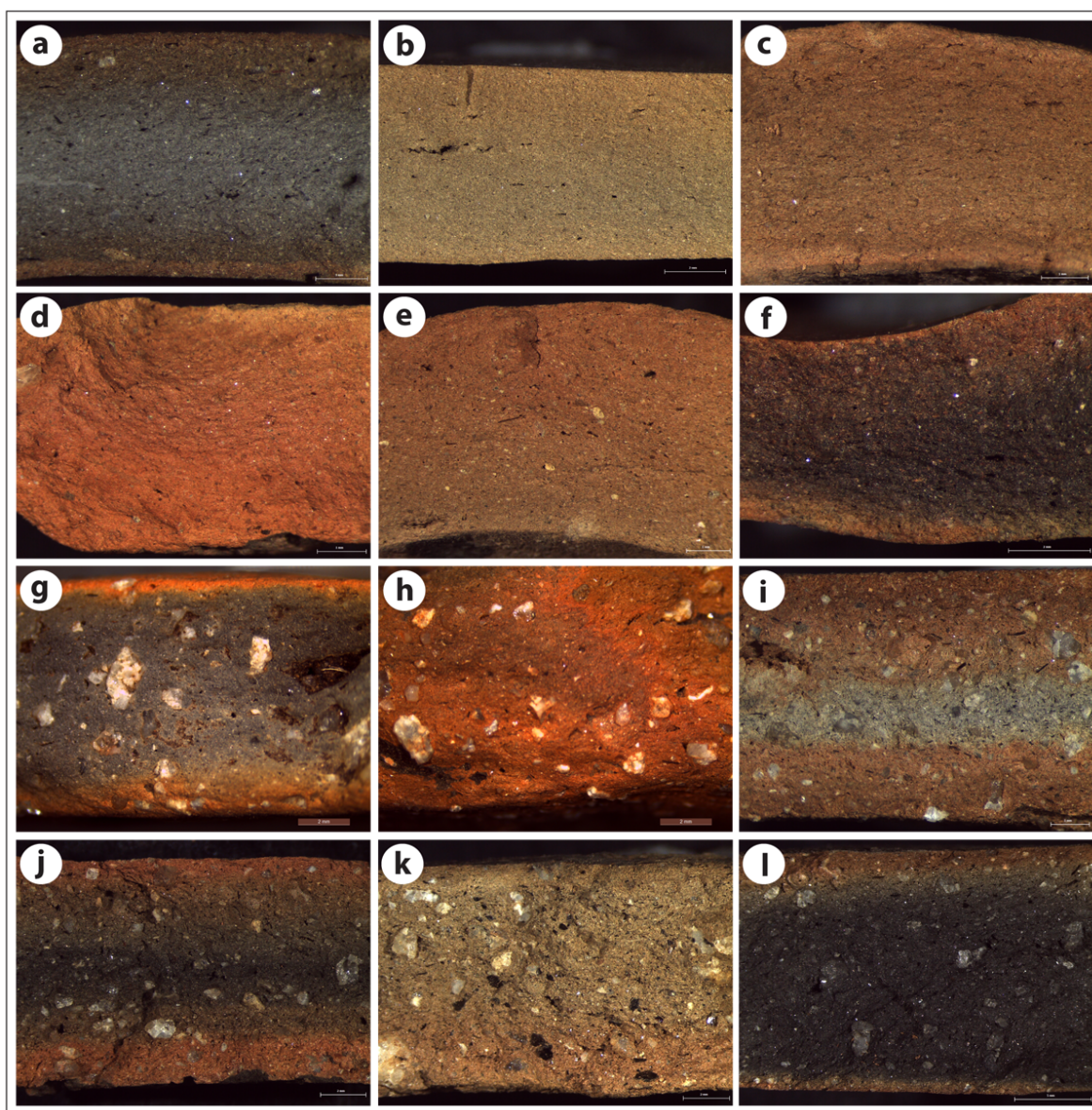


Fig. 108: Microfotografías obtenidas mediante lupa estereoscópica del conjunto de vasijas de Cogotas III procedentes de Las Cogotas. M.A.N: a) 1989/41/3423; b) 1989/41/3339; c) 1989/41/3215; d) 1989/41/2771; e) 1989/41/2615; f) 35592; g) 35513; h) 35516; i) 3481 (B); j) 1989/41/285; k) 1989/41/285(B); l) 1989/41/3478(C).

Del mismo modo que lo apercibido para Cogotas II, parece que los criterios de funcionalidad siguen marcando parte de las elecciones tecnológicas que se toman para producir cerámica. De hecho, las evidencias físicas reconocen que la asignación de usos primarios precisos a formas concretas se erige como un factor fundamental a la hora de desplegar según qué acciones en el transcurso del preparado de las arcillas. Se trata de una realidad que se corroboraría todavía más teniendo en cuenta que los recipientes de Cogotas

II, destinados preferentemente por sus particularidades técnicas a la preparación de alimentos, continuaron fabricándose con regularidad. Las arcillas extraídas y seleccionadas se modificaron a conciencia para dotar a las cerámicas de propiedades determinadas. A la eliminación exhaustiva de elementos contaminantes que pudieran afectar a la propia manufactura y al posterior uso de las piezas, se añade el deseo de crear vasijas preparadas individualmente para consumir y para almacenar. La consecución de aquellas que se consignaban para la primera de estas funciones era la más sencilla, puesto que bastaba solo con ejecutar adecuadamente las labores diseñadas para la decantación de la arcilla en estado natural. La obtención de pastas proclives para la configuración de grandes contenedores exigía, entre otras cosas, la adición de una serie de compuestos orgánicos e inorgánicos (Tab.13).

| Tabla 13: Relación de piezas de Cogotas III en función del porcentaje de desgrasante en la matriz | | |
|--|---------------------------------------|----------------|
| Grupos Cogotas III | Grupo A | Grupo B |
| Nº de piezas | 1837 | 1084 |
| Porcentaje de desgrasante | Entre 2 y 10% | Entre 10 y 30% |
| Porcentaje sobre el total de piezas | 62,9% | 37,1% |
| Total de piezas Cogotas III | 2921 seleccionadas de 5565 analizadas | |

Por un lado, la ya mencionada ausencia de carbonatos cálcicos o componentes de numerosa índole que podrían ejercer el papel de agentes intrusivos y, por otro, la presencia de cuarzos de tamaño medio con ángulos y aristas verticales, así como negativos rectangulares pertenecientes a materiales de tipo vegetal, demuestran el rescate de tradiciones técnicas atisbadas en la cerámica de Cogotas II para confeccionar los conjuntos que conforman el artificio cerámico de Cogotas III. A su vez, las trazas advertidas confirman que el grado de pericia desarrollado para llevar a cabo estos trabajos no fue únicamente excelente durante la decantación, sino también en las actuaciones de incorporación de los desgrasantes cuando la arcilla estaba mezclada con agua o en los episodios del pisado o del amasado. La fuerte compacidad de las pastas cerámicas, la disposición homogénea de los clastos, la no identificación de grietas motivadas por nódulos o abigarramientos y la no observación de orificios irregulares provocados por el estallido de pequeñas cámaras de aire dan buena cuenta de ello. La certeza de estas evidencias abre la puerta a considerar que tuvieron lugar esferas de aprendizaje verticales que mantuvieron y

compartieron aspectos técnicos característicos de tipos cerámicos, en teoría, radicalmente distintos. Por tanto, tendría bastante sentido imaginar que fueran, en realidad, las mismas personas las encargadas de transmitir los gestos ligados a la preparación de las arcillas en diversos ámbitos.

El modelado

Las acciones desplegadas en esta fase se centraron en realizar copas, embudos, soportes calados, formas bitruncocónicas, globulares, ovoides, en tulipa y perfiles en “S” con baquetones, carenas bien marcadas, bordes exvasados, labios vueltos a modo de “palo de golf” y de “cabeza de pato” y bases en umbo (Salas Lopes, 2008: 78). Todas ellas se levantaron empleando el torno como herramienta y poniendo en práctica gestos técnicos aplicados con anterioridad para la elaboración de piezas adscritas al grupo cerámico de Cogotas II. Eso sí, las marcas avistadas parecen descartar en esta ocasión la existencia de una adquisición progresiva de las dinámicas técnicas relacionadas con la generación de energía cinética. *A priori*, los datos señalan que el cómputo total de ejemplares estudiados se modelaron siguiendo criterios idénticos a los definidos en el grupo D de Cogotas II – método 4—. Esto significa que las operaciones efectuadas para consumir el proceso de modelado de manera satisfactoria dependían en sí de la creación de fuerzas físicas de rotación, aún asumiendo que las porciones de arcilla se dispusieran horizontalmente a través de la composición de rollos o colombinos. En este sentido, la vinculación de la producción cerámica al uso del torno se convierte en un hecho tan determinante que, incluso, elementos fabricados siempre manualmente hasta ese momento, tales como fusayolas y queseras, empezaron a obtenerse siguiendo a raja tabla los cánones técnicos exigidos por el manejo de dicho instrumento. Solo se mantuvo la táctica manual del ahuecado simple para producir otro tipo de materiales, claramente asociados también a lo que José Sacristán de Lama denomina etapa celtibérica “plena” (1986: 157-217), como son los sonajeros circulares, las cajitas de forma rectangular y semiovalada, las canicas macizas o las pequeñas terracotas de carácter zoomorfo y antropomorfo (Fig.109).



Fig. 109: Cerámica de Cogotas III realizadas sin uso de energía cinética. A) CO-1986-89/90/133/A1/4; B) M.A/04/112/2/2555. M.A.N: C) 1989/41/2437; D) 1989/41/2430; E) 35523; F) 35522.

Por otra parte, el análisis técnico de la destreza de los recipientes que componen el marco de Cogotas III ha dejado entrever niveles diferentes de pericia técnica, que afectan por igual tanto a los que han sido torneados como a los que han sido elaborados a mano. A pesar de que las tácticas de ejecución utilizadas coinciden con técnicas ya desarrolladas con anterioridad, la predilección por configurar modelos formales ligeramente distintos permite distinguir tres grupos cerámicos en función de su grado de habilidad (Fig.110a, b y c):

-Grado deficiente: Ostentado por un buen conjunto de piezas en el que son apreciables a simple vista signos de descontrol técnico bastante marcados. Al respecto, estas se caracterizan por poseer cuerpos asimétricos con bordes mal finalizados y carenas gruesas. Son muy pesadas y presentan por toda su superficie evidencias de reparaciones continuadas (p.ej. M.A.N/35550; 35551;1989/24/68;1989/24/228).

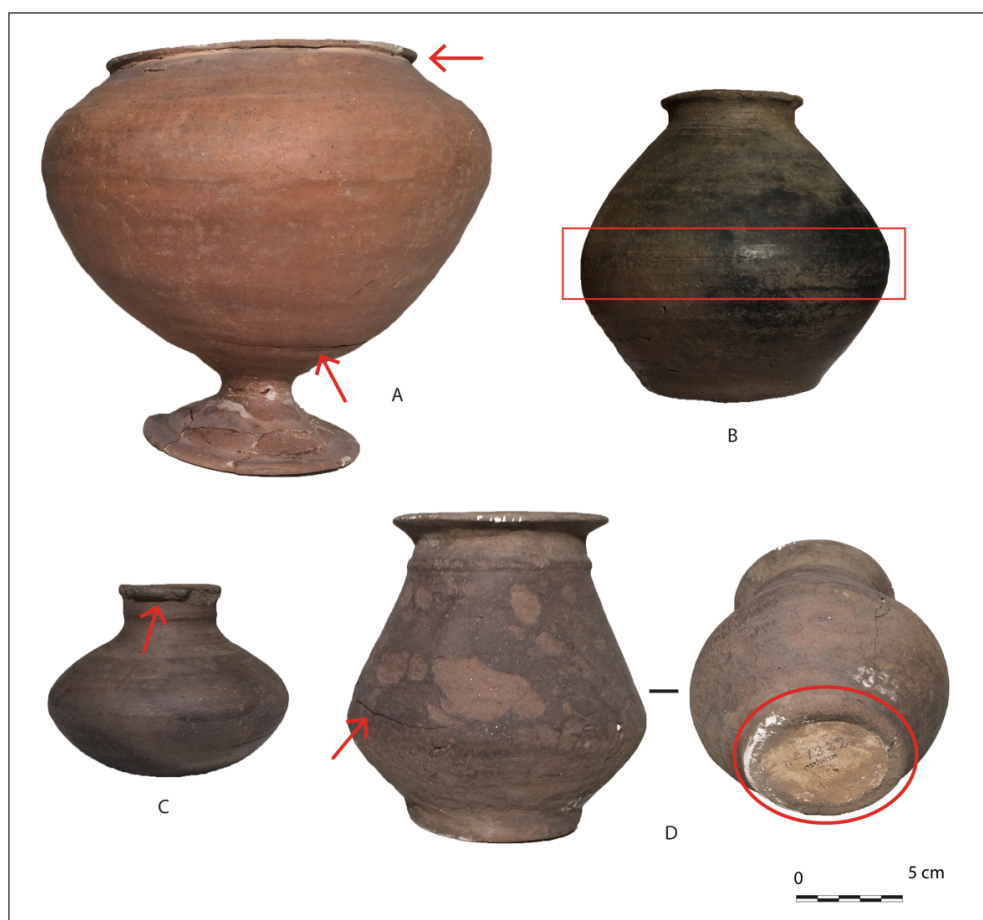


Fig. 110a: Cerámicas de Cogotas III que presentan un grado de modelado deficiente. M.A.N: A) 1989/24/68; B) 35550; C) 35551; D) 1989/24/228.

-Grado aceptable: Conformado por aquellas que no tienen perfiles regulares, pero tampoco trazas abundantes que indiquen curaciones reiteradas en puntos de inflexión como carenas o bordes. Además, estas son menos pesadas al estar constituidas por bases y paredes más finas (p.ej. M.A.N/35544; 35571; 35572; 1989/41/3364).



Fig. 110b: Cerámicas de Cogotas III que presentan un grado de modelado aceptable. M.A.N: A) 35572; B) 35571; C) 1989/24/319; D) 35544; E) 1989/41/3364.

-Grado óptimo: Representativo de los vasos cerámicos mejor definidos, en los que es habitual divisar contornos perfectamente definidos que muestran bases y paredes milimétricas. Prácticamente en ningún caso exteriorizan marcas que intuyan dificultades técnicas a la hora desempeñar estas morfologías en concreto. Las huellas de retoques por

presión o añadiduras secundarias de arcilla son básicamente nulas. Los parámetros técnicos apuntan a que el levantado de este grupo de piezas tuvo lugar tras la asimilación de una serie de reglas técnicas diseñadas *ex profeso* para lograr su correcta manufactura (p.ej. M.A.N/45548; 35575; 1989/41/3354; 1989/24/15).



Fig. 110c: Cerámicas de Cogotas III que presentan un grado de modelado óptimo. M.A.N: A) 1989/24/708(A); B) 35548; C) 1989/41/3354; D) 35575; E) 1989/24/15.

Desde una perspectiva global podría decirse que estos tres grados de pericia técnica son el reflejo de la existencia de distintas etapas de aprendizaje. No obstante, parece que las personas que aprenden son artesanos expertos que generan y usan con dominio la energía cinética para modelar recipientes cerámicos de un determinado tipo. La ausencia de irregularidades técnicas graves, tales como paredes de grosor variable, grietas en la intersección de los colombinos o matrices poco estables y resistentes, demuestra que los gestos técnicos relacionados con el empleo del torno alfarero estaban plenamente asimilados. Al igual que lo observado en un principio en las cerámicas adscritas a Cogotas II, las trazas indicadas certificarían el manejo de tradiciones tecnológicas ya asumidas para crear un conjunto alternativo de formas no reproducido hasta entonces. Esta teoría cobra

aún mucho más sentido si se tienen en cuenta ciertos fragmentos singulares hallados *in situ* en el alfar de Las Cogotas, que son de tamaño reducido y revelan defectos de manufactura indiscutibles. El descubrimiento de pequeños vasos torneados con numerosas fracturas horizontales y verticales, secciones repletas de nudos e hinchazones, pastas con grumos y formas poco definidas, así como cajas diminutas decoradas y juguetes realizados a partir de rollos de colombino, haría referencia al establecimiento desde la niñez de secuencias de aprendizaje fundamentadas en el juego y la imitación (Padilla Fernández y Chapon, 2015). En esencia, se trata de un testimonio arqueológico que contempla la disposición de un sistema de adquisición de conocimientos basado en primera instancia en la consecución de los gestos técnicos más sencillos para ir progresando poco a poco en la conquista de los más complejos (Fig.111).

Las marcas reseñadas en la mayoría de restos ligados al grupo tipológico de Cogotas III dejan bien claro que sus artífices no serían individuos infantiles que aprenderían con el paso del tiempo todas las operaciones técnicas estipuladas para fabricar cerámica, sino auténticos especialistas en la producción a torno de determinadas piezas, que en un momento dado se decantarían por la obtención de nuevos modelos formales. De hecho, el cúmulo de experimentaciones elaborado al respecto podría ser el que explicara de manera lógica y efectiva el porqué de los tres grados de habilidad contrastados. Y es que la elección e implantación definitiva de nuevas herencias técnicas en horizontal, trae consigo la generación de múltiples estadios iniciales e intermedios. En consonancia con los datos estratigráficos que se manejan, es muy probable que la consolidación de las rutinas tecnológicas que garantizaban el modelado óptimo de los vasos considerados de Cogotas III, se produjera a través del desarrollo de varias innovaciones en connivencia con la realización de formas cerámicas de Cogotas II, al menos durante una generación entera. El rescate, también aquí, de los estudios etnoarqueológicos que versan sobre los problemas que los alfareros especializados tienen para levantar perfiles no vinculados a sus procesos de aprendizaje ayudaría a entender los pormenores de dicha vicisitud. Desde este punto de vista, por ejemplo, las investigaciones propias que se llevaron a cabo en comunidades artesanas de España y Egipto documentaron en profundidad la tarea casi imposible de copiar el contorno exacto de recipientes que no pertenecían a su esfera cultural. A pesar de

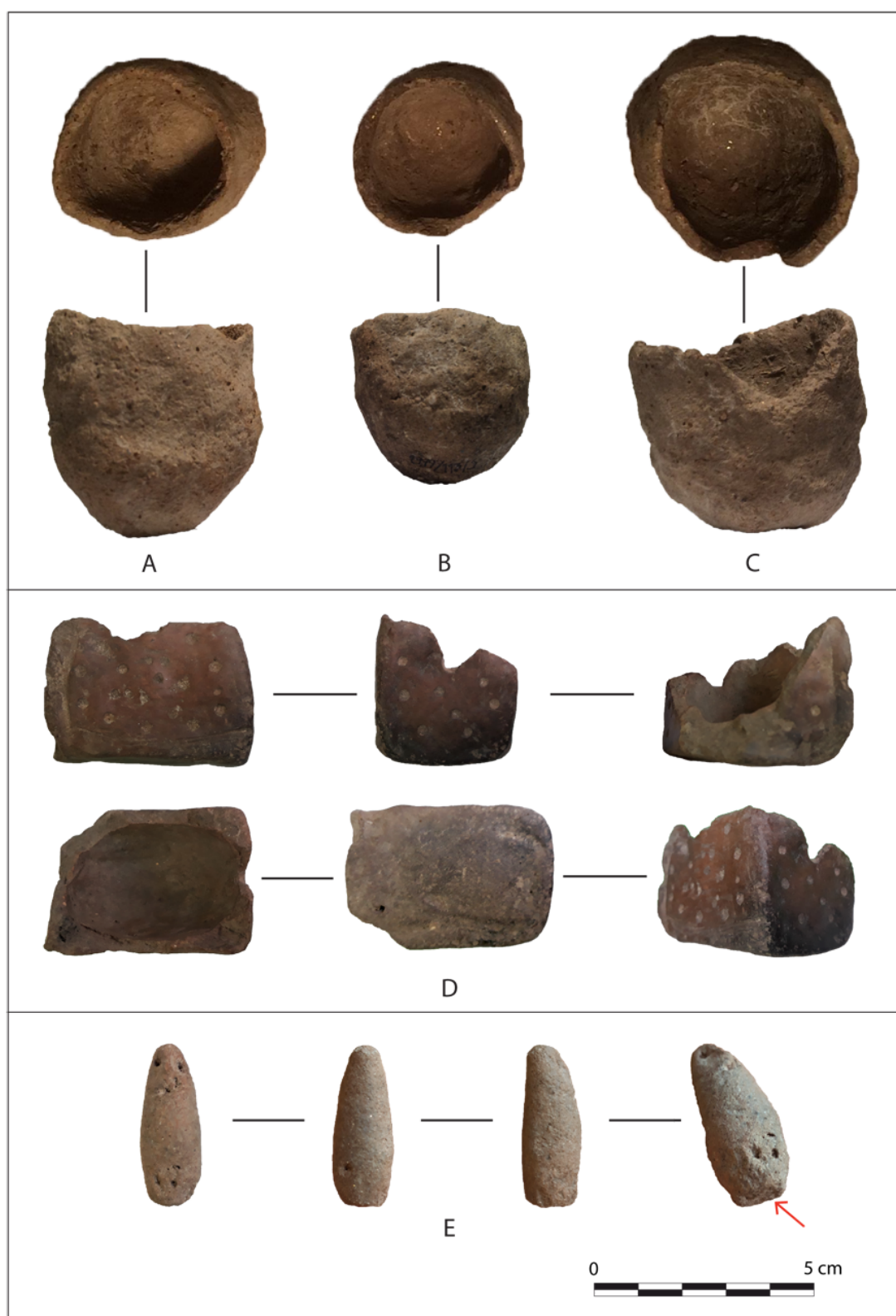


Fig. 111: Juguetes hallados en las inmediaciones del alfar de Las Cogotas. M.A.N: A) 1999/113/1; B) 1999/113/2; C) 1999/113/3. D) CO-1986-89/133; E) CO-1986-89/80.

los innumerables intentos de réplica en el transcurso de varios meses de experimentación, el grado de habilidad alcanzado por estos expertos nunca superó la órbita de lo aceptable. Aunque sus recursos y habilidades técnicas permitieran finalmente la creación de cuerpos firmes y sólidos, que no exigían con posterioridad arreglos constantes, la irregularidad formal y la terminación de bases o bordes específicos seguía siendo una obra pendiente. La causa principal de esta realidad tendría su origen en la no intención de estos alfareros de incorporar los tipos que copiaban como formatos característicos de sus ontologías (Tab.14).

| Tabla 14: Relación de piezas de Cogotas III a torno en función de su grado de pericia técnica | | | |
|--|---------------------------------------|-----------|--------|
| Grado de pericia técnica | Deficiente | Aceptable | Óptimo |
| Nº de piezas | 987 | 634 | 1300 |
| Porcentaje sobre el total de piezas | 33,8% | 21,7% | 44,5% |
| Total de piezas a torno de Cogotas III | 2921 seleccionadas de 5565 analizadas | | |

Sin embargo, el deseo de representar los modelos definidos para Cogotas III por parte de los artesanos cogoteños acabaría generando toda una clase de soluciones técnicas únicas, que admitiría la configuración definitiva de patrones formales simétricos y detallados a la perfección. El análisis del modo de manufactura del fondo umbilicado tan particular de estas producciones ha permitido, como mínimo, el desgranamiento de una de estas soluciones. Si bien el fondo umbilicado es ya una constante en ciertos ejemplares de Cogotas II, en los que este se formalizaba a través de presiones manuales leves efectuadas durante la etapa de estado de cuero, su carácter pronunciado en las colecciones cerámicas de Cogotas III obligó a la puesta en marcha de experimentaciones internas para lograr una manufactura adecuada y acorde a los estándares establecidos. A diferencia de lo constatado en las cerámicas de yacimientos vacceos como Pintia, donde a tenor de las trazas técnicas divisadas se plantea que los umbos prominentes se elaboraban a partir de un modelado invertido (Sanz Mínguez *et al.*, 2007: 293), las marcas de los fragmentos hallados en Las Cogotas denotan una fabricación distinta. En este caso, la ausencia de puntos de unión claros entre el fondo umbilicado y el resto de la pieza y la presencia de huellas de recortes por raspado y alisado, en torno y en el interior del propio fondo, sugieren la ejecución de

gestos técnicos opuestos a los que se han interpretado en la zona del Duero Medio. La realización de diversos ensayos experimentales con la ayuda de los maestros alfareros Antonio y Bartolomé Padilla Herrera y la comparación de sus resultados con las marcas reseñadas en los vestigios arqueológicos parecen demostrar el uso de una especie de bases cónicas a modo de molde para la producción de este tipo concreto de fondo. Además de la extrema delgadez de las paredes del umbo en sí, la proporcionalidad directa entre su altura máxima y el diámetro total de la base en cuestión a la que pertenece, así como la detección de un mismo ángulo de 30° en el triángulo que este conforma, revelan el empleo de una serie de plataformas convexas para materializar esta modalidad de fondo. A su vez, la evidencia de signos continuos de afinado y raspado es la muestra de la aplicación de acciones posteriores de refinado con la intención de emular por completo su acabado final (Fig.112).

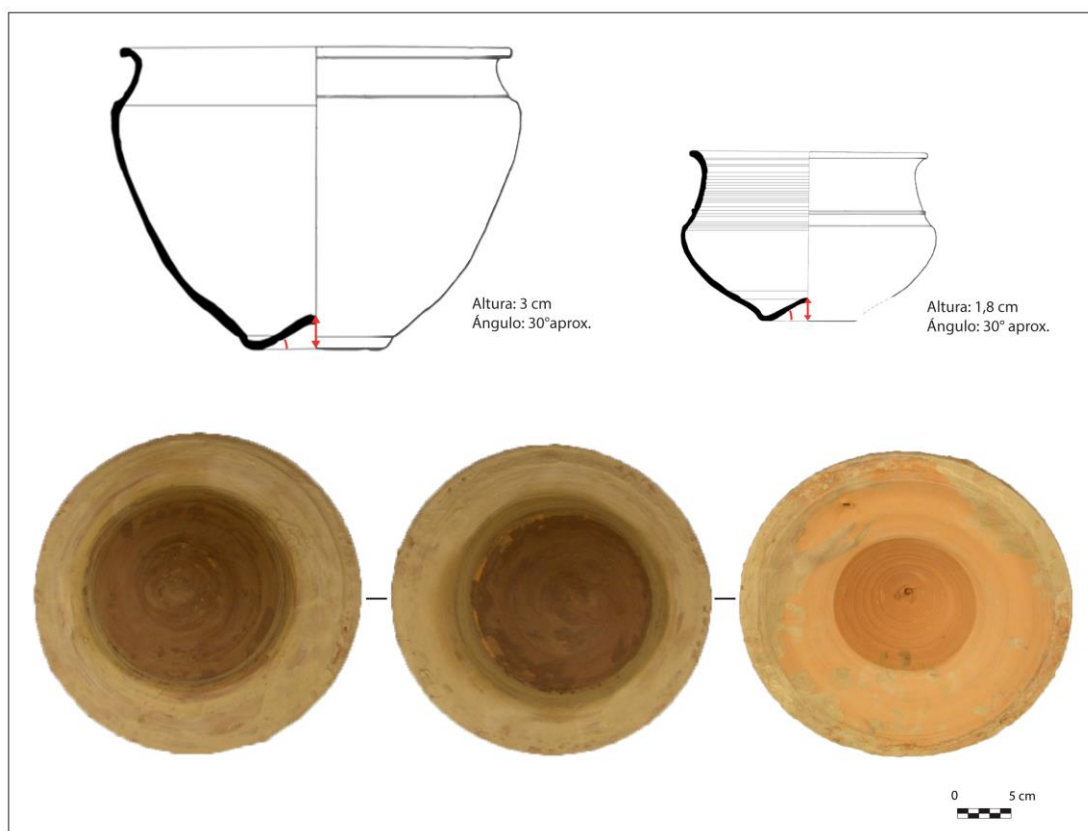


Fig. 112: (Arriba) Recipientes cerámicos de la estructura 6 del alfar de Las Cogotas. En ellos se cumplen fielmente las dos reglas que corroborarían la utilización de hormas de forma cónica a modo de molde. (Dibujos arqueológicos modificados a partir de Nuria Salas, 2008). (Abajo) *Horma* de forma cónica utilizadas en el proceso experimental de reproducción.

Pese a que no hay certeza arqueológica respecto a la existencia de estos moldes en el yacimiento de Las Cogotas, debido a su no conservación en el registro o a su interpretación errónea como tapaderas o bases fragmentadas (Padilla Fernández, 2013), los parámetros técnicos observados dejan bien claro el manejo de herramientas como estas, aparte del elemental torno de alfarero, para llevar a cabo la fase del modelado. De hecho, en las dependencias del complejo alfarero se han encontrado diversos restos pertenecientes a útiles de dudosa funcionalidad que podrían estar vinculados, de una forma o de otra, al proceso productivo de los recipientes adscritos a Cogotas III. El más interesante de todos ellos, precisamente por haberse descubierto su sección completa, hace referencia a un prototipo de soporte cerámico con seis extrañas huellas de impresión (CO-1986/89-432). Descubierto justo en el límite entre la zona de modelado y la de acopio de materiales reciclados y de desecho –estructuras 3 y 14– (Salas Lopes, 2008), este presenta un borde biselado hacia el interior y paredes bastante gruesas que, junto a su altura y anchura, admite imaginar su utilización como un instrumento trascendental en el proceso de levantado de las piezas (Fig.113). La distinción en él de grietas superficiales de orientación vertical y horizontal, probablemente causadas al ejercer presiones constantes en la parte superior, refuerza aún más la hipótesis de considerar este elemento como el sostén perfecto para fijar piezas y permitir el desarrollo satisfactorio de actuaciones técnicas específicas que requerirían una pasta de mayor dureza y menor proporción de agua. Concretamente, el deseo de conseguir formas bitroncocónicas y globulares a imagen y semejanza de las creadas en los ámbitos geográficos más orientales del río Duero se alcanzaría a través de la colocación inversa de determinados recipientes ya inmersos en el primer secado, que sufrirían secuencias de raspado prolongadas en sus paredes inferiores. Las marcas de acuchillado advertidas en la práctica totalidad de los ejemplares analizados, producidas seguramente por un utensilio de carácter cortante, corroboran la ejecución efectiva de tales actuaciones con el objetivo de obtener los conjuntos formales que se proponen. Incluso, puede también que las impresiones señaladas con anterioridad estuvieran relacionadas con la realización de este tipo de trabajos, al ser en realidad los negativos de seis posibles tachuelas que servirían para fijar mediante pequeñas cuerdas una tela de cuero o algún material similar que evitara al máximo el roce continuo de los vasos dispuestos en el soporte en cuestión.

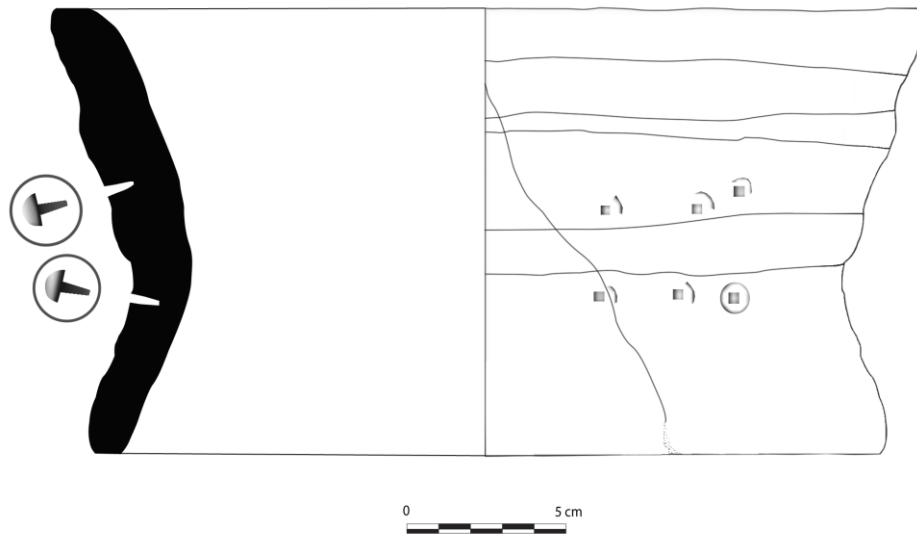


Fig. 113: Soporte cerámico creado expofeso para modelar (CO-1986/89-432).

De igual modo, el hallazgo de un número considerable de objetos rotos y muy erosionados de naturaleza ósea, en torno al vertedero del alfar, plantea la alternativa de que los alfareros cogoteños emplearan distintos instrumentos para dar forma a las cerámicas de Cogotas III (CO-1986/89-432) (Fig.114). La documentación de varios fragmentos de epífisis y articulaciones costales de huesos pertenecientes a bóvidos o cérvidos muestra que no solo se transmitirían gestos técnicos ligados al posicionamiento particular de dedos y manos, sino toda una serie de acciones ceñidas al uso de materiales que ayudarían a modelar con éxito las formas preconcebidas. En función de los signos aparentes de desgaste, este tipo de enseres se utilizaron para alisar y raspar las superficies durante el levantado, pronunciar baquetones o terminar de definir bordes. A pesar de que los formatos diseñados no coincidían con los producidos hasta entonces, el no avistamiento de defectos técnicos evidentes sugiere que estos enseres se introdujeran en el proceso de manufactura paralelamente a la adopción del torno como herramienta para conformar una parte del ajuar descrito como Cogotas II. Es factible que el propósito de imitar patrones formales diferentes a los elaborados por tradición no conllevara un cambio e innovación absoluta del montante de actitudes técnicas transmitidas periódicamente, generación tras generación. De nuevo, haciendo alusión a los resultados de los estudios etnoarqueológicos acometidos en

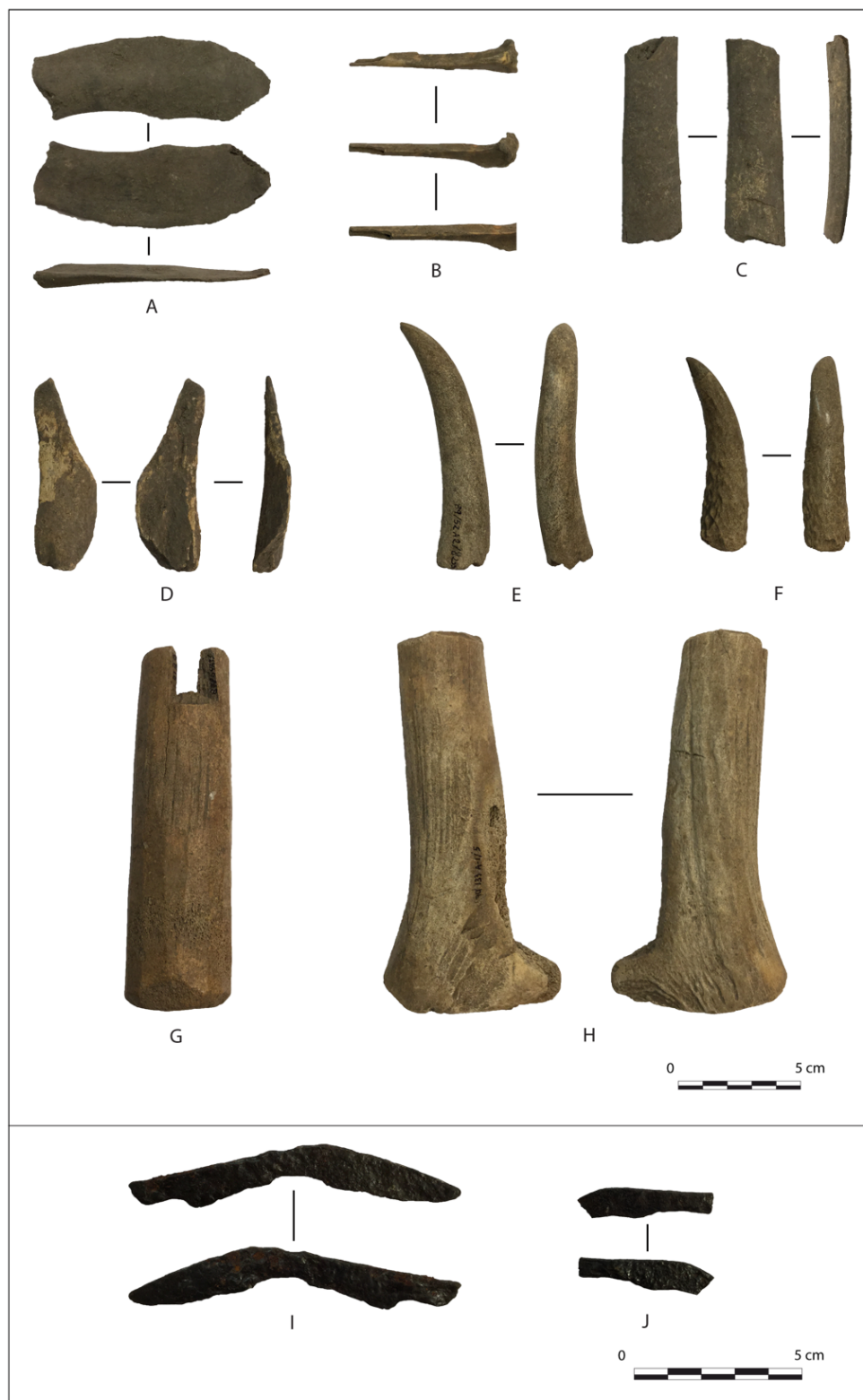


Fig. 114: (Arriba) Herramientas de hueso empleadas para modelar halladas en el alfar de Las Cogotas. A-D) Cogotas 90, E19, Fondo basurero entre los bloques grandes de granito; E-F) CO-1986-89/8255 y 163; G) CO-1986-89/87/64*1/4139; H) CO-1986-89/90/133/A1/5. A) (Abajo) Posibles cuchillos utilizados durante el proceso de manufactura. I) CO-1986-89/87/A/D-2; J) CO-/A1/75.

primera persona en sociedades alfareras de España y Egipto, se proyecta el mantenimiento de la mayoría de acciones técnicas adquiridas formalmente durante el aprendizaje para crear perfiles o esquemas formales alternativos. Por tanto, en esta ocasión cabe pensar que las personas encargadas del modelado de los conjuntos de Cogotas III, experimentaron con soluciones técnicas para nuevos retos técnicos, a la vez que perpetuaron el “saber hacer” recibido por enculturación de la mano de sus maestros.

El secado

La posibilidad de contar con restos arqueológicos que permiten proyectar la imagen de un centro de producción alfarero, que alberga estancias destinadas en exclusiva a las labores del secado, explica perfectamente el porqué de la inexistencia de trazas técnicas relacionadas con un control escaso de las etapas del secado en las matrices cerámicas de Cogotas III. El dominio de los ritmos y tiempos necesarios para que las piezas perdieran el agua sobrante antes de poner en marcha la fase de la cocción, fue en la práctica casi perfecto. Además, gracias a la documentación aportada por el registro arqueológico en el alfar de Las Cogotas puede confirmarse con datos incuestionables el empleo de espacios de distinta naturaleza para el secado por parte de los productores, probablemente en función de las características físicas de cada tipo de pieza fabricada. Por ello, tendría cierto sentido suponer que los recipientes consignados preferencialmente a una serie de actividades ligadas con el consumo se secaran en ámbitos cerrados, situados alrededor de la zona del obrador y sus estancias anexas –estructuras 3, 9 y 10– (Padilla Fernández, 2011). A su vez, aquellos que sí disponían de desgrasantes añadidos podrían haberse secado sin la amenaza de sufrir ningún contratiempo técnico en las inmediaciones de la estructura 6, una superficie abierta a modo de porche que comunicaría el área de trabajo con la esfera de habitación propiamente dicha. El descubrimiento en esta de un conjunto de adobes paralelepípedos, alineados y paralelos dos a dos, confeccionados todos a una caja de 40x 20x 10 cm, no solo sería la prueba de que la actividad productiva del complejo alfarero iría más allá de la manufactura de vajilla cerámica, sino también una muestra inequívoca de la ocupación de este lugar de tránsito como secadero improvisado.

De forma idéntica a lo comprobado tecnológicamente en el resto de grupos artificiales cerámicos de Las Cogotas, era durante la fase del secado cuando se aplicaban las acciones correspondientes a los tratamientos de superficie y las técnicas decorativas que terminaban de definir la forma final de las cerámicas de Cogotas III. A tenor de las marcas constatadas, parece ser que se ejecutarían operaciones técnicas para raspar, alisar, pulir y bruñir las piezas en toda su extensión. Las formas propuestas inicialmente para almacenar y contener determinados elementos recibirían únicamente un alisado simple vertical interior y exterior en estado de cuero, que acabaría por compactarlas y les conferiría un acabado mate. Las trazas paralelas evidentes, como consecuencia del uso de una herramienta similar a una media caña, ponen de relieve el desempeño hábil y efectivo de esta clase de actuaciones.

En cambio, las huellas apreciadas en los recipientes designados primariamente como vajillas de consumo reflejan que, aparte de ser modificadas a través de un raspado horizontal externo y un alisado simple vertical y horizontal interno en el transcurso del primer secado, estos se pulirían y bruñirían posteriormente en estado de cuero mediante la utilización de una tela o paño húmedo. La identificación de indicios de hendiduras horizontales leves, paralelas y poco profundas, concentradas sobre todo en las partes inferiores de la superficie, surcos paralelos y perpendiculares justo en el interior de las piezas y apariencias lustrosas diseminadas regularmente por la totalidad de los cuerpos cerámicos no dejan espacio para la duda (Cubas Morera *et al.*, 2012). Asimismo, la distinción de signos de pericia dispares certificaría la existencia de una conquista gradual de los gestos técnicos necesarios para ejecutar correctamente estas técnicas, al menos aquellos que se relacionan directamente con las tareas del raspado. Y es que la distinción frecuente en el registro de matrices con corazones grises o negros ocultas detrás de finas franjas anaranjadas superficiales, las famosas pastas sándwich, confirmaría la elaboración satisfactoria de las acciones de pulido y bruñido en la mayor parte de los casos (A. Dorado Alejos. com. pers., a).

De igual modo, la tradición técnica de realizar engobados descrita en el apartado referente a Cogotas II se sigue manteniendo para llevar a cabo el tratamiento de las formas

cerámicas adscritas al grupo tipológico de Cogotas III. Las marcas técnicas visualizadas a ras de superficie coinciden manifiestamente con las divisadas anteriormente en vasos asociados a la estela tipológica de Cogotas II. Todo apunta a que las acciones de remoje se efectuarían justo antes de aplicar los gestos que conciernen específicamente a los trabajos de alisado y pulido en estado de cuero. De manera análoga se prepararía una mezcla diluida en agua con restos molidos de pigmento de almagre natural y arcilla muy decantada en estado líquido, con la que recurrentemente se bañarían las partes externas de los propios recipientes. El resultado final dejaba entrever conjuntos cerámicos dotados superficialmente de un color anaranjado-rojizo bastante característico. No obstante, la percepción de signos técnicos explícitos relacionados con el grado concreto de espesor de estos engobes probaría la creación de dos tipos concretos, en lugar de uno. Aquél que puede concebirse como el más denso, más allá de servir para reducir la porosidad como técnicamente se ha corroborado en las grandes tinajas de almacenamiento, se aprovecharía con casi toda seguridad para la consecución de fines claramente estéticos. La imitación de formas cerámicas de tradición celtibérica no tendría razón de ser sin reproducir una de sus señas de identidad, es decir, el carácter oxidante mayoritario de sus pastas. El otro tipo de engobe apreciado es más bien una fina capa que impermeabiliza, pero que vale especialmente para complementar el esquema decorativo de ciertos ejemplares con rasgos de cochura enteramente oxidantes. En este término, el control definitivo de los mecanismos técnicos que permiten el desarrollo de cocciones capaces de regular perfectamente la entrada de oxígeno no acabaría en absoluto con el empleo de esta técnica, adaptándose por completo a una serie de nuevas demandas sociales. *A priori*, parece que el cómputo de los conocimientos técnicos adquiridos se modificó en determinadas circunstancias para instaurar una técnica alternativa con la que elaborar recipientes cerámicos acordes al establecimiento de marcos ontológicos distintos.

El deseo de emular los formatos cerámicos de tradición celtibérica también trajo consigo la asunción de procesos decorativos, que planteaban la ornamentación de las piezas cerámicas a través de la ejecución combinada –o no– de motivos pictóricos en color negro y rojo, haciendo uso de un instrumental muy particular. Se trata de una técnica que hasta entonces no había sido puesta en práctica por parte del artesanado de Las Cogotas, una

realidad que produjo numerosas experimentaciones y pinturas con niveles de habilidad tremendamente variables. A tenor de las características de los fragmentos conservados y las trazas que presentan, podría decirse que el gran repertorio ordenado de motivos de índole geométrico y esquemático naturalista, tales como semicírculos, círculos y rectángulos concéntricos, bandas de líneas perpendiculares y paralelas, jinetes montados a caballo o representaciones vegetales, buscaba instaurar un estilo grupal diferenciado y de atributos plenamente definidos. A partir del machacado de los minerales de manganeso y almagre recolectados en el medio natural y su disolución en agua, junto a una pequeña proporción de arcilla líquida que funcionaría como aglutinante, se consiguió idear una fórmula perfecta con la que plasmar en estado seco composiciones heterogéneas prácticamente idénticas a las típicas de otras regiones vinculadas supuestamente a la órbita de los mundos vacceo y arévaco. En cierta manera, las herramientas elaboradas para ello serían similares a las interpretadas en dichos contextos (García Heras, 2005).

Una gran cantidad de huellas de manufactura acreditan el manejo de pinceles individuales, pinceles de tres y cuatro puntas a modo de peine y algún tipo de compás. En este último caso, el descubrimiento a nivel superficial en las inmediaciones de las zonas de secado del alfar de Las Cogotas –estructuras 9 y 10– de una variedad extraña de carrete (CO-1986-89/86) permite intuir, incluso, como serían los utensilios empleados para construir los famosos semicírculos concéntricos. Las marcas de uso de este carrete evidencian que permaneció amarrado a un soporte de mayores dimensiones y que contuvo un elemento circular en su interior equivalente a una especie de mango. En vista de lo reseñado, tendría lógica pensar que este objeto formara parte de un compás y estuviera unido a uno de sus brazos rígidos articulados. Es posible que se dispusiera dentro de este el pincel con el que acabarían dibujando las diferentes sucesiones de líneas semicirculares (Fig.115).

Como se ha señalado ya, la realización de ensayos constantes hasta la definición y asimilación plena de estos gestos técnicos como segmentos integrantes de la tradición técnica dejó muestras perceptibles en la materialidad cerámica. Puntas de compases fuertemente marcadas, líneas asimétricas, composiciones figurativas desordenadas e

incompletas o pigmentos excesivamente aguados serían pruebas manifiestas de la obtención progresiva de todos estos saberes. En este sentido, la reproducción de otros aspectos decorativos singulares y de influencia celtibérica como, por ejemplo, la colocación de asas en los bordes a modo de cesta motivó también la existencia de marcas representativas de múltiples grados de destreza. El añadido de asas de este tipo requiere la comprensión de detalles técnicos de la fase del secado muy precisos. Así, resulta bastante frecuente atisbar, casi siempre en recipientes engobados y de cocción mixta, grosores variables, curvas de arco desiguales, roturas en los puntos de unión y deformaciones circunscritas en torno al borde, que reflejan el conocimiento y adquisición de esta técnica mediante transmisiones horizontales (Fig.116).



Fig. 115: (Izquierda) Posible instrumento empleado como fijador de pinceles asociado al proceso de decoración mediante pigmentos (CO-1986-89/86). (Derecha) Fragmento de tinaja con círculos concéntricos (CO-1999/114/698).

Las estampillas se configuran, junto a la pintura, como las decoraciones más características de los conjuntos cerámicos de Cogotas III. Sin embargo, tal y como se apuntó en líneas anteriores, la inclusión de estos motivos para ornamentar determinadas piezas tiene lugar un poco antes. Un número considerable de cerámicas torneadas adscritas al grupo de Cogotas II, ostentan secuencias decorativas impresas en estado de cuero, a partir de sellos o tampones de hueso, cerámica o cualquier otro material. Las personas encargadas de llevar a cabo este tipo de decoraciones estampadas en los vasos de Cogotas

III desarrollaron los mismos gestos técnicos de apriete, hasta el punto de generar sin distinción las mismas marcas uniformes y poco profundas. Las dos únicas diferencias respecto a los esquemas decorativos atisbados en los ejemplares de Cogotas II tienen que ver con la disposición concreta y variedad de las estampillas en sí. Parece que, por algún condicionante de carácter social, la toma de decisiones técnicas se inclinó en un momento dado por delimitar las representaciones de decoraciones con estampilla a un conjunto cerámico específico. Salvo en casos puntuales donde estas decoraciones se hallan, a menudo, combinadas con otros motivos pintados e inciso-impresos en vasijas de consumo o cajitas fabricadas a mano, la mayor parte de las series estampilladas se encuentran ligadas a los contenedores de grandes dimensiones diseñados originariamente para almacenar. En ellos, se escenifican secuencias decorativas complejas, que a veces se conforman hasta por tres frisos superiores repletos de diversos motivos geométricos, vegetales y ornitomorfos. En esta ocasión las evidencias materiales respaldan que principalmente en estas grandes tinajas, hechas a torno y de indudable producción local, se multiplican por tres las escenificaciones con forma de “S”, se



Fig. 116: Huellas de manufactura deficientes en relación al pegado de las asas (M.A.N/35547).

popularizan distintas clases de improntas cruciformes o en aspa y se generalizan las líneas en zigzag verticales, los motivos solares y las sucesiones ordenadas de puntos o cuñas contenidas en pequeños recintos cuadrangulares y circulares (Fig.117).

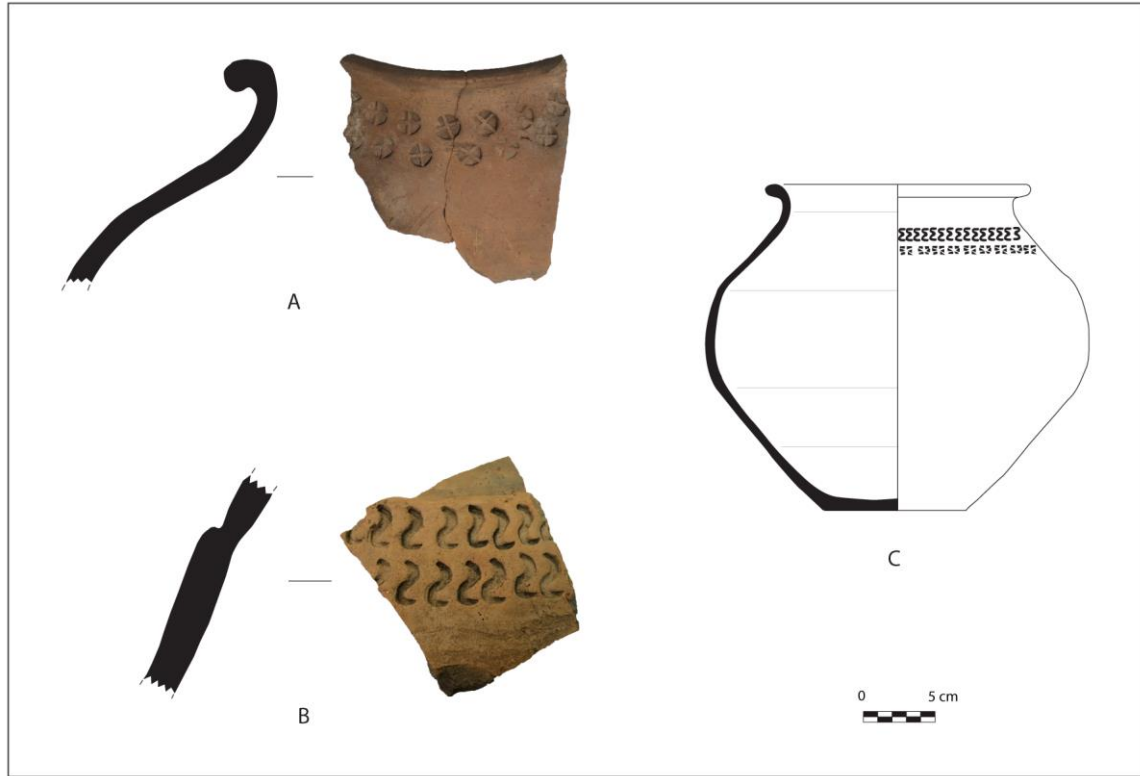


Fig. 117: Cerámicas de Cogotas III con decoraciones estampilladas. M.A.N: A) 1989/41/2285; B) CO-19889-86/87-64(A)/2577; C) Cogotas 87/64^a/2577.

Desde el punto de vista técnico, solo falta por reseñar las acciones desarrolladas durante el secado relacionadas con otras dos técnicas decorativas, la incisión y la impresión. Aunque muy residuales, puesto que aparecen reflejadas exclusivamente en un pequeño grupo de vasos de consumo engobados y de cocción mixta, en sonajeros circulares y en canicas o bolas macizas, el análisis de sus técnicas de ejecución pone de relieve informaciones interesantes y a tener en cuenta a la hora de entablar reflexiones posteriores. En las piezas torneadas los grados de pericia técnica constatados suelen ser deficientes, mientras que en las canicas y los sonajeros las calidades técnicas de las tareas de arrastre y apriete son óptimas y muy similares a las avistadas en las figuraciones decorativas cerámicas de Cogotas II. El contraste tan marcado de ambas habilidades podría significar varias cosas; o bien los motivos inciso-impresos de los ejemplares torneados fueron

realizados por aprendices y los documentados en el resto de recipientes modelados a mano por expertos, o bien las personas a las que se les encomienda su fabricación eran maestros que manejaban tradiciones técnicas diferentes. La puesta en marcha de una comparativa técnica de conjunto divisa únicamente niveles de destreza escasos en las aplicaciones concernientes a las técnicas decorativas. A simple vista, se trata de un hecho que otorgaría credibilidad a la segunda de las alternativas planteadas.

La cocción

El estudio técnico de los patrones de cochura propios de las piezas enmarcadas dentro del artificio de Cogotas III deja entrever escenarios cambiantes respecto a las tradiciones de cocción descritas hasta ahora. En este sentido, el permanente deseo durante la Edad del hierro de producir cerámicas anaranjadas acabó convirtiéndose en una realidad a todos los efectos. La decisión social de intentar imitar recipientes de tradición celtibérica no solo exigía la copia de sus formas y decoraciones, sino también la reproducción fidedigna de las gamas cromáticas superficiales que las caracterizaban. A tenor de las marcas divisadas, parece que los artífices de dichas cocciones decidieron en un primer momento seguir experimentando haciendo uso de conocimientos técnicos heredados. No obstante, ante el poco éxito de este tipo de actuaciones, debido fundamentalmente a las continuas sobrecocciones sufridas y a la vuelta obligada de engobados superficiales de almagre, se adquirió progresivamente toda una serie de nuevos gestos técnicos que facilitó la consecución satisfactoria de cocciones de naturaleza oxidante. Esto indica que, por determinadas circunstancias, las personas que se encargaban de las tareas de la cocción integraron a su “saber hacer” un nuevo compendio de operaciones técnicas ligado al empleo de estructuras de combustión diferentes a las empleadas hasta entonces.

La manufactura de terracotas oxigenadas no vitrificadas, cocidas aproximadamente entre los 500°C y 900°C en una esfera térmica que favorece un sintetizado de la estructura cristalina de las partículas de los minerales arcillosos (García Heras, 2005: 359), exige el manejo de hornos permanentes de doble cámara y llama libre. En contraposición a las limitaciones ofrecidas por hornos que carecen de elementos arquitectónicos en sí o por

hornos unicamerales, el empleo de estructuras bicamerales de tiro vertical permite la obtención de colecciones cerámicas totalmente uniformes en atmósferas oxidantes y reductoras. (Sempere Ferrándiz, 1992: 213) Independientemente de que este tipo de hornos se encuentren tapados con cubiertas permanentes o no permanentes, construidas en los instantes previos a cada cocción con cascotes de cerámica defectuosos, consiente un control efectivo de la entrada o no de oxígeno en la propia cámara de cocción. El diseño de chimeneas o pequeñas aberturas en la parte superior de estos hornos garantiza la ejecución de cocciones independientes, de un ambiente u otro, solo con tapar o destapar dichas entradas preparadas exprofeso para tal fin. Además, la posibilidad de contar con una cámara de combustión autónoma y separada de la cámara de cocción por medio de una parrilla perforada favorece el dominio de las tres principales fases en las que puede dividirse la cochura: el precalentamiento, la cocción en sí misma y el enfriamiento posterior (*ibidem*: 191-196).

Las evidencias materiales ya mencionadas y halladas en el alfar de Las Cogotas en torno a las estructuras 2, 14, 15, 16 y 17, sumadas al conocimiento del registro arqueológico documentado en yacimientos cercanos y contemporáneos como *Cauca* en Coca, Segovia (Blanco García, 1992), Carralaceña en Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid (Escudero Navarro y Sanz Mínguez, 1993) y Oruña en la Vera del Moncayo-Trasmoz, Zaragoza (Saiz Carrasco y Gómez Villahermosa, 2008-2009), admiten plantear como mínimo la existencia de un horno bicameral ligado a las instalaciones del propio centro productor. A su vez, el descubrimiento de unidades estratigráficas repletas de fragmentos cerámicos con todo tipo de defectos de cocción acreditaría el impulso de aprendizajes horizontales relacionados con la asimilación de las nociones técnicas necesarias para crear la estructura de combustión en sí y de los distintos modos para manejarla. Es probable que la conquista técnica sobre estos procesos costara, al menos, el transcurso de una generación. En conformidad con la cantidad máxima de restos que presentan fallos causados por cocción deficientes, un total de 447 piezas frente a las 1141 registradas, podría decirse que prácticamente 1 de cada 3 piezas cocidas en esta clase concreta de horno resultaba técnicamente defectuosa tras el finalizado de los trabajos vinculados con el desarrollo de esta última fase. Según estos datos, el éxito productivo en el

taller alfarero de Las Cogotas sería bastante escaso, un hecho que permitiría suponer, incluso, que en el momento en el que tuvo lugar la destrucción del yacimiento aún no se habría producido la implantación definitiva de los saberes acordes a la realización correcta de estos nuevos ritmos de cocción.

En esta ocasión, la información etnoarqueológica y experimental generada con el apoyo de los artesanos Antonio y Bartolomé Padilla Herrera ayudó a resolver en parte la cuestión que acaba de ser expuesta. Aunque estos alfareros cuecen con hornos rectangulares de tradición islámica, la fisonomía de tales complejos y su funcionamiento son básicamente idénticos a los que se utilizarían en la Edad del Hierro para crear cerámica de tradición celtibérica. A excepción de sus dimensiones, algo mayores, y su forma, cuadrangular en vez de circular, las partes que conforman las estructuras hornarias bicamerales que todavía se usan hoy en día en ciertos puntos de Andalucía no distan de las atestiguadas hace más de 2000 años (Padilla Fernández, 2016). El grado elevado de experiencia y conocimientos técnicos constatado en torno a la aplicación de cocciones de tiro vertical animó la construcción experimental de un tipo de horno bicameral correspondiente a la variante B6 de la tipología de cámaras de combustión de hornos prerromanos de Jaume Coll Conesa (2000), que se considera teóricamente como el más común en el ámbito arqueológico meseteño a partir del siglo III a. C. Con el objetivo de estudiar la complejidad de los conocimientos implícitos en su edificación, así como los criterios técnicos que determinaban su puesta en uso, se inició un trabajo de experimentación arduo de tres meses de dedicación ininterrumpida (Padilla Fernández *et al.*, 2013). La concatenación de testimonios arqueológicos, representaciones iconográficas antiguas y fuentes de naturaleza etnográfica sirvió para idear con garantías una estructura con la que poder contrastar cuantitativamente el porcentaje de los recipientes que se rompían en el tránsito de la cocción y la proporción de los que si pasaban perfectamente la consecución de esta etapa.

La finalización de la obra de arquitectura en sí trajo consigo la planificación de la realización de varias cocciones, cinco exactamente, contando en todo momento con la orientación de los maestros alfareros. El interés por llevar a cabo una reproducción

fidedigna del proceso tecnológico de prendido motivó la selección de troncos de encina – *Quercus ilex*– y pino mediterráneo –*Pinus pinaster*–, ambas especies arbóreas muy comunes en el medio geográfico inmediato de Las Cogotas. Bajo la misma premisa, se fabricaron también reproducciones arqueológicas de formas similares a las piezas de Cogotas III encontradas en el yacimiento, que llenaron por completo la cámara de cocción de la propia estructura. El desarrollo de todas las tareas referentes al encendido siempre duraron aproximadamente unas 7 horas, en las cuales se llegaron a alcanzar más de 1000°C en la cámara de combustión, 900°C en la base de la parrilla, 850°C en la cámara de cocción y 750°C en la zona de la cubierta⁷. En este caso, la noción de saberes muy específicos aprendidos desde la niñez y la experiencia acreditada de más de 40 años cociendo piezas de cacharrería popular, aportados por parte de Antonio y Bartolomé Padilla, bastaron para conseguir la materialización de secuencias de cocción modélicas. La prueba más contundente que justifica esta realidad se fundamenta en la no existencia de elementos cerámicos recién horneados con signos manifiestos de deterioros por excesos de cocción o como resultado de pérdidas irregulares del agua de constitución contenida en ellos, que suelen ser las causas más comunes de fracturas y deformaciones en el transcurso de esta fase final. Del total de los 750 recipientes replicados para efectuar cada una de las cocciones experimentales proyectadas, solo 28 –5 en la primera, 6 en la segunda, 4 en la tercera, 7 en la cuarta y 6 en la quinta– presentaban huellas de distorsión por doblados y hundimientos de labios o bases, coloraciones verdosas y grietas superficiales, como consecuencia de exposiciones e incidencias directas con el fuego. Por tanto, la cantidad de ejemplares rotos no llegó ni al 4%, un hecho que acabó confirmando con cifras numéricas el alto nivel de conocimientos y maestría de los alfareros coordinadores de las actividades experimentales ejecutadas. Sin duda, la comparación de estas apreciaciones empíricas con los números constatados a escala arqueológica reflejaría el todavía escaso dominio que los alfareros cogoteños tendrían sobre este tipo de hornos bicamerales y sus cocciones (Fig.118).

⁷ El conjunto de estos datos térmicos se contrastó mediante el uso de un pirómetro profesional en la investigación experimental, modelo Scan Temp 490, que fue dispuesto sucesivamente en cada una de las partes apuntadas en tres momentos significativos de la cocción: en el inicio, en su parte intermedia y en el final.



Fig. 118: Experimentación arqueológica de un proceso de cocción asociado a la CTO de Cogotas III. (Arriba) Cocción y reproducciones arqueológicas en horno experimental (Bailén, Jaén). (Abajo) Cocción y reproducciones arqueológicas en horno experimental (Almedinilla, Córdoba).

Los análisis de DRX ponen de relieve, al menos, que las temperaturas de cocción óptimas para obtener piezas cerámicas adscritas al grupo de Cogotas III se alcanzaron sin contratiempo alguno. Las muestras tomadas a cuatro recipientes demuestran que se programaron y elaboraron curvas de cocción con picos de temperatura finales enmarcados en torno a un intervalo que oscilaba entre los 750°C y los 900°C. En todas ellas se observa

la completa destrucción de filosilicatos como cloritas o esmectitas, ahora bien, la figura de pequeños porcentajes de micas moscovitas/illitas, como mínimo en una de dichas muestras –CO-1989-41-2771–, no descarta en absoluto temperaturas de cocción cercanas a los 800°C y ligeramente menores (Buxeda i Garrigós y Tsantini, 2009; Zuluaga Ibargallartu *et al.*, 2012). Las tres restantes (M.A.N/35551; 1989/24/59; CO-1986/89-232), con la presencia exclusiva en estas de fases de alta temperatura en proporción como el diópsido, la wollastonita, la gehlenita y el hematite, permiten señalar caracteres térmicos muy próximos a los 900°C (Fig.119a y b).

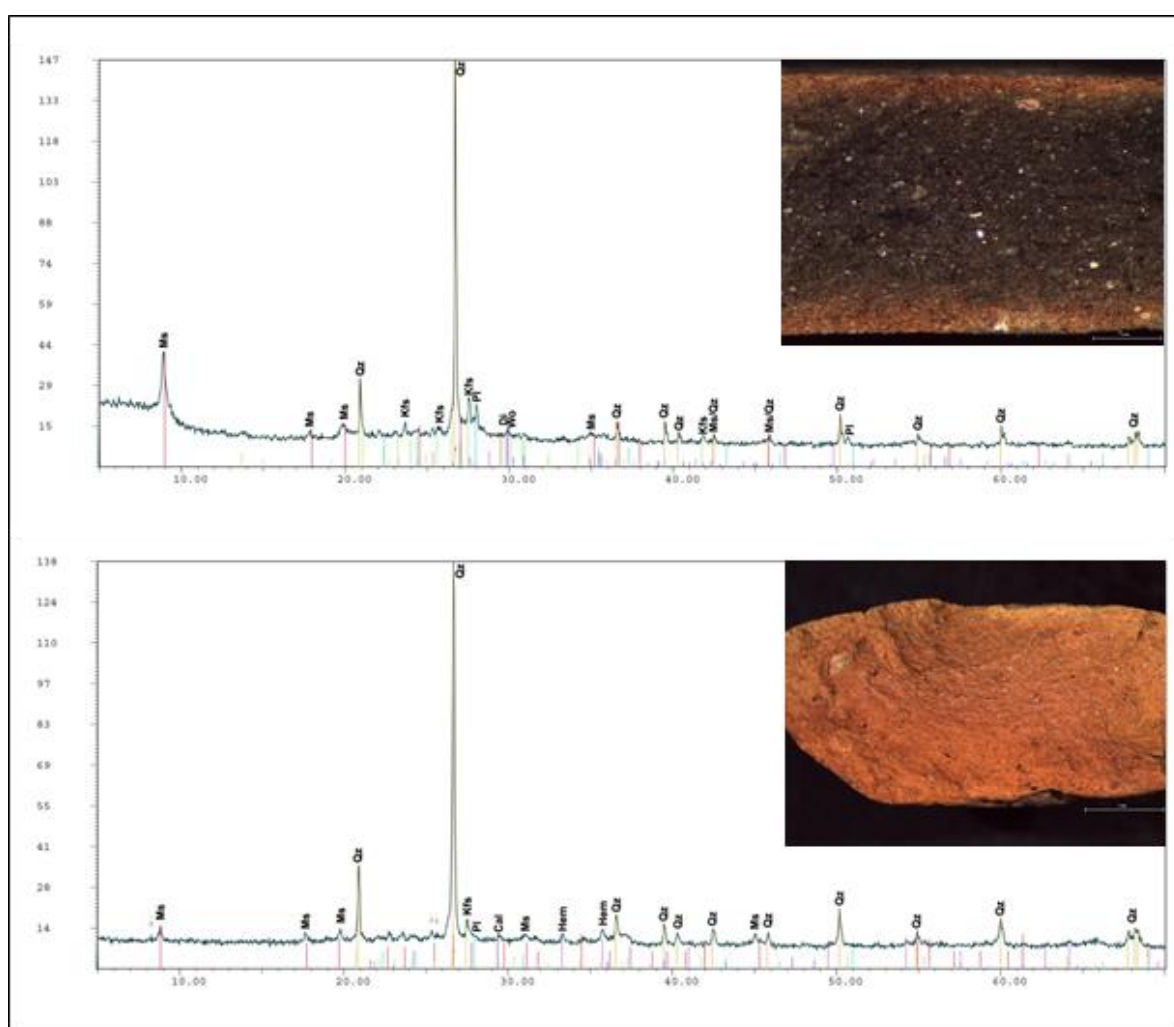


Fig. 119a: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas III analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2.

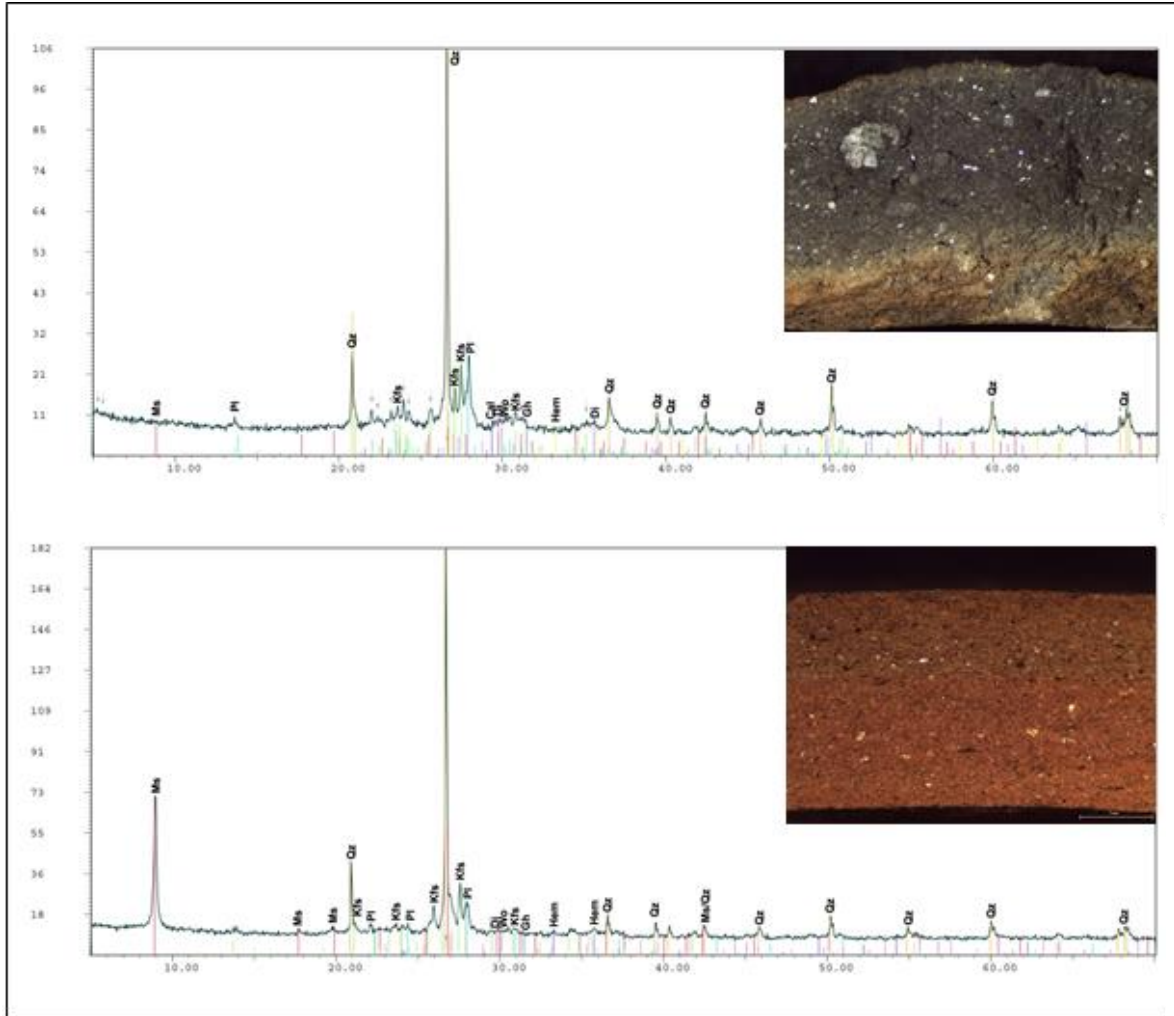


Fig. 119b: Difractogramas de las muestras de cerámica de Cogotas III analizadas. Ver relación de muestras en anexo 2.

En cualquier caso, se trata de referencias térmicas que coinciden de pleno con otros estudios arqueométricos realizados, que tomaron como objeto de estudio las cerámicas de Numancia (García Heras, 1997; Jiménez Pasalodos *et al.*, en prensa), las cerámicas de la Segunda Edad del Hierro en el País Vasco (López de Heredia, 2014) o las ibéricas de la provincia de Ciudad Real (Guirao Polo, 2014). Curiosamente, estos valores térmicos coinciden también con los parámetros documentados gracias a los procesos de experimentación. De hecho, debido a la relación final de medidas tomadas en varios puntos del horno bicameral reproducido podría apuntarse, incluso, que esta diferencia de 200°C habida entre unos modelos formales y otros dependiera quizás de su posición concreta en la

cámara de cocción. Es posible que aquellos que ostentan gradaciones más bajas se emplazaran en los ámbitos superiores de la cámara de cocción próximos a la cubierta, mientras que los que poseen escalas más altas se situaran en esferas inferiores y en conexión directa con el suelo aparrillado que conectaría directamente con la cámara de combustión. Al igual que lo atestiguado para los conjuntos cerámicos ligados con el grupo de Cogotas II, la leve disparidad térmica distinguida entre las formas cerámicas de Cogotas III no tendría que ver con temas de carácter funcional, sino con la disposición concreta de estas en el horno durante el tránsito de la cocción.

Por último, cabe reseñar que la intencionalidad manifiesta de desarrollar cocciones oxidantes a nivel técnico no implicó en absoluto el abandono de las acciones y gestos heredados de tradiciones técnicas anteriores. Pese a que la construcción de un horno bicameral de tiro vertical admite la manufactura independiente de cerámicas oxidantes y reductoras, parece que estas estructuras se emplearían únicamente para fabricar cerámicas anaranjadas. Los tonos oscuros típicos de los recipientes de Cogotas II, tanto los realizados a mano como los producidos a torno, se seguirían obteniendo a raíz de la materialización de cocciones simples y análogas a las descritas previamente. Asimismo, las trazas técnicas indican que ejemplares puntuales de cogotas III estampillados reductores, de aspecto casi metálico (p.ej. M.A.N/1989/41/3592; 35560), se confeccionarían mediante la ejecución de tales cocciones. La detección muy marginal de defectos de cochura en las piezas con superficies y corazones negros induce la existencia de una convivencia y connivencia de saberes aprendidos por transferencia vertical y conocimientos *ex novo* adquiridos de forma horizontal. El hecho de que ambos vasos sean contemporáneos, tanto los reductores sin marcas de defectos de cocción aparentes como los de naturaleza oxidante repletos de deterioros motivados por falta de habilidad, explicaría esta deducción.

Capítulo 5

Reflexiones e inferencias: identidades en la Edad del Hierro

Introducción

Después de poner las cartas sobre la mesa llega el momento de abordar su interpretación. Es cierto que los pensamientos mutan y cambian con el paso del tiempo a causa de su naturaleza dinámica (Meskell, 2002; Amundsen-Meyer *et al.*, 2011), siendo este un hecho que dificulta enormemente la labor arqueológica. No obstante, retomar las ideas relacionadas con el significado social de la tecnología genera expectativas acerca de la posibilidad de acceder a informaciones únicas, que el registro arqueológico es incapaz de ofrecer por sí mismo actualmente, mediante el estudio exhaustivo y comparativo de las técnicas empleadas para fabricar recipientes cerámicos en la antigüedad. Dejando a un lado los valiosos datos cronológicos y las sucesiones de culturas arqueológicas definidas por estilos cerámicos, los análisis tecnológicos permiten atisbar cómo fueron determinadas realidades y la manera en las que estas se mantuvieron o variaron. Esto se debe a que las relaciones de doble dirección que se establecen entre agencia y estructura se encuentran condicionadas por las prácticas de cada día y viceversa. En este sentido, la tecnología cerámica, en general, y las secuencias de las diferentes Cadenas Técnico-Operativas, en particular, van a servir de base para desarrollar conclusiones sobre la sociedad de Las Cogotas y de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia.

“Desde abajo” y a nivel “micro” (Gamble, 2002; Robb, 2007; Montón Subías, 2010 y 2014), esta sección tiene la intención de forjar inferencias que aborden el porqué de las decisiones técnicas tomadas por los alfareros de aquel entonces para perpetuar o cambiar

los códigos estructurales por los que se regían. Se configura, pues, un camino que intenta llegar a las identidades de estas sociedades mediante la construcción de puentes alternativos a los existentes a día de hoy para explicar cómo era la vida en el oeste peninsular durante la Edad del Hierro. Para ello, la combinación de correspondencia ente los objetos cerámicos, sus técnicas y el contexto social en el que ambos se insertan es fundamental. En esta ocasión, las huellas arqueológicas dejadas por la tecnología en las cerámicas ayudan a entender las categorías en las que las personas que las manufacturaron basaron su comprensión de la realidad y la creación del mundo en el que vivieron. Además, la lectura transversal de estas marcas admite visualizar el modo concreto por el que se modificaron parte de estas mentalidades en pro de diversos condicionantes, todos muy alejados de la racionalidad occidental propia del presente.

Dicho esto, se proyectan tres apartados específicos en los que se intenta desarrollar narraciones arqueológicas que, desde las evidencias disponibles, imaginen las identidades características de estos grupos humanos del pasado y su evolución. Aunque se asume la continua interseccionalidad de la identidad (Davis, 2008: 68), la intención de hacer más sencilla la contrastación de los testimonios técnicos de las distintas cadenas operativas y la búsqueda de su lógica social ha motivado esta división. El primero de ellos ahonda en cuestiones sociales de género, edad, estatus y clase, precisamente por encontrarse todas ellas marcadas y entretejidas por el concepto de individualidad (Hernando Gonzalo, 2002: 96). El segundo centra su atención en indagar en la etnicidad y las pistas que inducen al establecimiento simultáneo de varias identidades de este tipo, es decir, de sus múltiples niveles. Por último, el tercer punto pretende desgranar una serie de indicios que pueden aportar aspectos reveladores acerca de sus actitudes simbólicas. En definitiva, se apuesta por una descripción sistemática de los posibles ámbitos de identidad reseñados en el capítulo tres que pudieron englobar el marco ontológico de aquellas gentes y la detección de los patrones físicos que dan pie a pensar en la certeza de estos.

El objetivo final no es otro que unir desde una visión integral cada una de las percepciones de realidad que conformaron al yacimiento de Las Cogotas tal y como fue descubierto. Se trata entonces de reconocer su complejidad dinámica, que lleva extinta

desde el momento en que la materialidad que la representaba y le daba sentido desaparece por completo y comienza a formar parte del registro arqueológico. Un buen número de investigadores, dedicados especialmente al ámbito de la protohistoria (Hill y Cumberpatch, 1993; Jones, 2001; González Ruibal, 2006-07; Ruiz Zapatero, 2007a; Thurston, 2009; Fernández Götz, 2014; Buchsensschutz, 2015), llevan recalcando en sus escritos desde hace bastantes años la necesidad de realizar trabajos que mediten sobre este periodo histórico, teniendo muy en cuenta su enorme diversidad. La puesta en marcha de un estudio de identidades a través de la tecnología cerámica concede la oportunidad de matizar y renovar los grandes postulados generalistas que proyectan razones socioeconómicas y emociones simbólicas sensatas desde posturas individuales modernas o postmodernas. Al menos, se articulan un conjunto de reflexiones que aspiran a cuestionar si realmente todo era tan lógico y tan estático en el primer milenio a. C. o, verdaderamente, el modo en que se observaba el mundo y se actuaba en él era tan diferente que hasta ahora había pasado prácticamente inadvertido.

5.1. Identidades sociales

El poder y sus relaciones son mecanismos que definen en toda regla el funcionamiento y la supervivencia de las sociedades (Fernández Götz, 2014: 33). Retomando el pensamiento foucaultiano reseñado en el desarrollo del marco teórico, el poder debe entenderse como un concepto innato y omnipresente en la vida del ser humano, puesto que actúa en cualquier ámbito de la sociedad regulando todos los aspectos que intervienen en ella (Foucault, 2002: 33). Esto quiere decir que, independientemente del grado de relacionalidad de cada comunidad, el poder se constituye siempre como una estructura dinámica que establece distintas escalas de asimetría entre cada uno de sus miembros (Hernando Gonzalo, 2007a: 170-171; Barker, 2008: 515). La consideración de este planteamiento como un hecho verídico supone, a la par, la asunción del poder como un ente que participa continuamente en la creación y mantenimiento de las identidades y sus interacciones. De ahí que hablar de identidades signifique hablar constantemente del poder y sus categorías (Wolf, 1999: 5; Fernández Götz, 2014: 34).

El poder a modo de “régimen de verdad” utiliza todas las herramientas que tiene a su alcance para dar sentido y coherencia a los contextos sociales que rige. Por tanto, no es de extrañar que quede reflejado de algún modo en la materialidad. En concreto, las prácticas de vida y la cultura material se configuran como elementos indispensables para reforzar y transmitir determinadas ideologías o maneras de concebir la realidad (Pêcheux, 1982). En esencia, estas ideologías inician y perpetúan el conjunto de procedimientos y pautas que estipulan las identidades propias de las personas que las promueven. Por desgracia, los estudios arqueológicos casi nunca cuentan con registros disponibles que preserven las experiencias de vida del pasado, pero los objetos abundan. A través de ellos es perfectamente posible materializar dichas experiencias mediante la búsqueda y reconstrucción del *habitus* que las generó (Bourdieu 1988: 170-171). Cualquier resto arqueológico, por pequeño que sea, alberga dentro de sí información valiosa acerca del complejo entramado social del que formaba parte (González Ruibal, 2007b). En este caso, la identificación de los variados modos de hacer de las cerámicas durante el primer milenio a. C. en Las Cogotas pueden traducirse como manipulaciones puntuales de *habitus*, para ajustarse y adaptarse continuamente a las estructuras sociales impuestas por relaciones de poder diferentes (Fig.120).

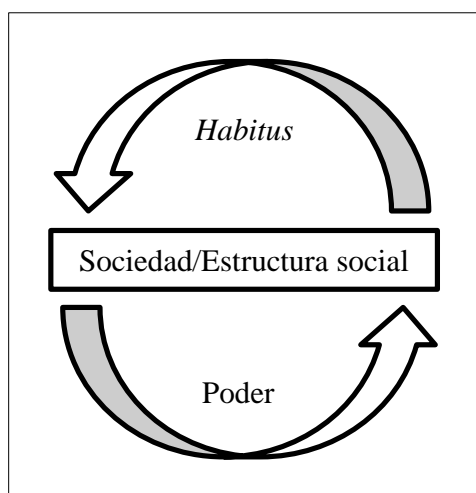


Fig. 120: Relación entre sociedad, estructura, *habitus* y poder.

La comparativa pormenorizada de las Cadenas Técnico-Operativas descritas en el capítulo cuatro pone de relieve datos bastante interesantes. En primer lugar, esta comparativa da buena cuenta de la existencia de varios tipos de “saber hacer” bien definidos, aunque estrechamente relacionados entre sí, por medio de continuidades y permutas con significado propio. A tenor de las trazas técnicas apreciadas, se somatizan distintas formas de aprender, reproducir e innovar conocimientos alfareros en función de

determinadas interacciones y condicionantes sociales (Dobres y Hoffman, 1999). La aplicación de lecturas transversales deja entrever comunidades de práctica que comparten

un conjunto de gestos básicos. Esto se debe a una realidad que viene propiciada por un régimen de transferencia vertical del conocimiento y que respaldaría el traspaso de determinados saberes técnicos cerámicos desde la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, por el simple hecho de haber sido siempre así (Gosselain, 2011). Por mero conservadurismo cultural, los alfareros de Cogotas II y III reproducirían un *habitus* cerámico de disposiciones y reglas operadas desde antiguo (Safa Barraza, 2002), modificándose solo de manera explícita para adaptarlo a nuevas estructuraciones sociales.

El valor de la diferencia técnica entre Cogotas I y Cogotas II y III incide, sobre todo, en la concepción de nuevos artefactos y diseños decorativos, rompiendo tajantemente con las formas realizadas hasta entonces. Es por esto que se perciben claramente múltiples grados de habilidad práctica en la fase del modelado, el secado y la cocción, tanto en representaciones formales como decorativas, así como el intento de conseguir coloraciones rojizas y cocciones de tipo oxidante. Sin duda, se trata de una evidencia que se opone frontalmente a lo observado técnicamente en los vasos circunscritos a Cogotas I, donde la destreza en cuanto a preconcepciones mentales y modalidades de acción en todas las etapas del proceso productivo es manifiesta. A su vez, exponencialmente y desde una perspectiva de consolidación conceptual, se añadieron particularidades técnicas en la decantación, el pisado y el amasado según usos y funcionalidades específicos. Ante la premisa de manufacturar piezas supeditadas a esferas concretas de la vida cotidiana, acabaron fijándose dos líneas de producción, cocina y vajilla “fina”, mediante el añadido controlado de desgrasantes y la elaboración de tratamientos de superficie diversos. La puesta en marcha de tales patrones técnicos ejemplifica perfectamente el carácter dinámico y favorecedor de cambios técnicos del *habitus* (Bourdieu, 1991: 89) para acomodarse a la imposición de otras pautas sociales.

El periodo de finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro se tiende a calificar como un tiempo oscuro y de cambio en todos los sentidos (Esparza Arroyo y Blanco González, 2008; Blanco González, 2015a). Las marcas tecnológicas cerámicas parece que refuerzan este supuesto, al menos, en relación a la confirmación de su perfil de cambio. Puede que el aparente desequilibrio social de las comunidades meseteñas

de la Edad del Bronce terminara dando paso en la Edad del Hierro a comunidades plenamente asentadas y homogeneizadas, insertas en procesos paulatinos de jerarquización (Blanco González, 2015a). Inducidamente o no, y por diversos condicionantes, se producirían cambios ontológicos que conllevarían una transformación generalizada de los materiales cerámicos y, por ende, de su secuencia productiva.

Tal y como ya se apuntó en el primer capítulo, la estimable conexión de gentes del valle de Amblés con otras procedentes de territorios al sur de la sierra de Gredos y en los altos del Tajo y Ebro (Ruiz Zapatero, 2007a; Blanco González, 2010a) traería la materialización creciente de comunidades humanas con percepciones de espacio y tiempo divergentes a las propias de grupos anteriores. El arraigo progresivo de formas de vida asociadas a sitios estables y definidos, necesariamente tuvo que exigir la creación paralela de toda una cultura asociada, concediendo a la tecnología un papel fundamental dentro de las tácticas para procurar el fortalecimiento de estos nuevos parámetros de realidad. Con el paso de los años, los aprendizajes horizontales instaurados para generar conjuntos cerámicos distintos se acabarían incorporando finalmente a la preconcepción mental de los alfareros. En primera instancia, ellos serían los encargados de transmitir a las nuevas generaciones el *habitus* cerámico propio de las cerámicas modeladas a mano adscritas al grupo de Cogotas II. Hasta entonces, tiene lógica pensar que se tantearían diferentes caminos de hacer para poder precisar al máximo el axioma de su cadena gestual. Aparte de los grados desiguales de habilidad constatados en la fase del modelado, el hallazgo en Las Cogotas de cerámicas almagradas y fragmentos con iconografías novedosas a través de tácticas de acanalado y semi-incisiones denotaría a nivel técnico el desarrollo de este tipo de actitudes.

La aparición mayoritaria en el registro de las típicas producciones peinadas a mano de Cogotas II con pericias óptimas, así como el afianzamiento de ejemplares cerámicos con características técnicas apropiadas para almacenar y cocinar, significaría el triunfo definitivo de un nuevo régimen de verdad, basado entre otras cosas en la potenciación de la individualidad. El marcado carácter social del “saber hacer” de estas cerámicas permite visualizar el apuntalamiento de toda una clase de estrategias orientadas a la afirmación

consciente e inconsciente de un mundo supeditado a la jerarquización. A este respecto, el avistamiento de una reducción metódica de las capacidades y los tipos de bocas de los recipientes también vendría condicionado por el interés de establecer socialmente cuotas de poder cada vez más individualizadas. Se trata de un hecho que ya ha sido asociado al crecimiento del papel social de determinadas personas en contextos de la Primera Edad del Hierro en otras áreas europeas (Wells, 2001) y, en los últimos años, incluso en regiones geográficas muy próximas como el centro de la meseta (Ruiz Zapatero, 2007b). En total sintonía con las reflexiones expuestas por Gonzalo Ruiz Zapatero (*ibidem*: 55), es probable que la predilección por recipientes de pequeñas y medianas dimensiones en Las Cogotas guardara relación con la regulación de nuevas pautas de gestión del almacenamiento y de la comensalidad. La eventual existencia de silos comunales y ajuares cerámicos destinados a compartir en colectivo los alimentos que se cocinaban pasarían progresivamente a ser parte de la Historia, dando paso a vajillas domésticas acordes a maneras distintas de afrontar dichas tareas.

En efecto, la configuración de formas de relación diferentes en la Edad del Hierro no quedaría marcada únicamente por la disposición de estructuras de habitación de familias nucleares y tumbas particulares con ajuares dispares. A pesar de no contar con investigaciones de detalle que referencien analíticamente la naturaleza de los elementos contenidos en su origen por las piezas cerámicas, las técnicas de manufactura alfarera reflejan la planificación de prácticas específicas con el propósito de concebir cerámicas especialmente aptas para usos puntuales. La mera intención de imaginar recipientes tecnológicamente adecuados para almacenar una cantidad determinada de recursos, para cocinar comidas y bebidas concretas y para consumirlas en ámbitos y circunstancias precisas, escenificaría modificaciones evidentes en las relaciones sociales y la acentuación de la importancia de los individuos en estas.

La consolidación de Las Cogotas como uno de tantos asentamientos humanos del occidente de la meseta, capaces de subsistir no solo a través de la producción exclusiva de alimentos, sino mediante la práctica de relaciones comerciales de intercambio, contribuiría a quebrar por completo las relaciones de reciprocidad mantenidas hasta ese momento entre

las personas de una misma comunidad. En este sentido y según los pensamientos de Juan Vicent (1998: 835), la institución de un modelo cimentado en grupos que conforman auténticos núcleos poblacionales sería la causa fundamental por la que desaparecería definitivamente el igualitarismo de las sociedades “campesinas”. El éxito de vida de estos enclaves de la Edad del Hierro pasaría a depender entonces de una división de funciones, que motivaría la articulación de múltiples entramados relacionales basados en el avance de las dinámicas de desigualdad social (Hernando Gonzalo, 2002: 162). El ajuar cerámico en su totalidad, con sus representaciones formales y sus peculiaridades técnicas, se encargaría de reforzar continuamente la verdad de los principios propios de estas nuevas esferas de poder, ayudando a instaurar el sentimiento de diferencia de las personas frente a las demás (Fig.121).

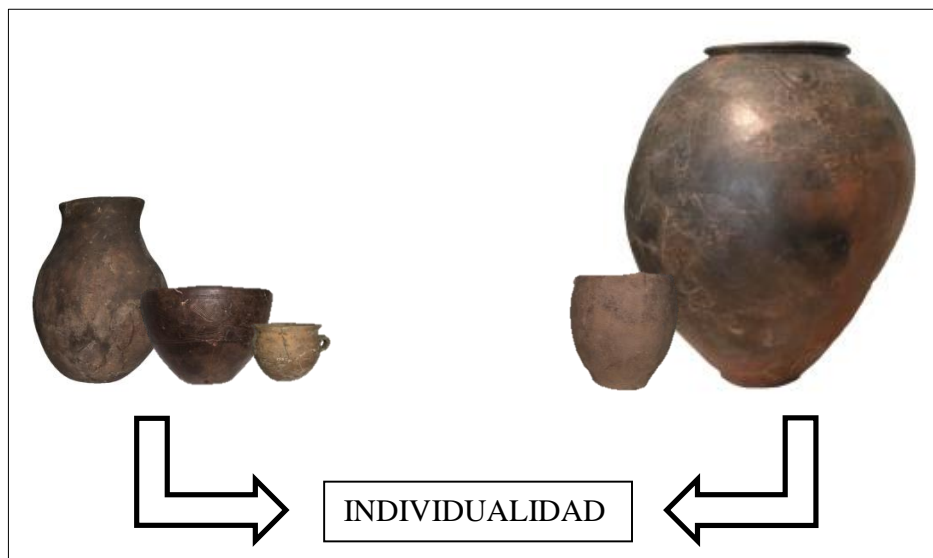


Fig. 121: Relación entre ajuar cerámico e individualidad.

El estudio de la cerámica de Las Cogotas y su cadena operativa ayudaría también a esclarecer el gran dilema que existe acerca de cómo tendría lugar la ordenación de sociedades regidas por miembros que ostentaban cotas de individualidad superiores a las del resto de la comunidad. Las pruebas parecen contrastar que en dichas sociedades se consolidaría un estatus negociado en cierta medida con el colectivo, puesto que la percepción de este prestigio se establecería a cambio de proteger y mantener los códigos ontológicos recién impuestos. De este modo se irían conformando toda una serie de élites que, generación tras generación, tendrían la misión de defender a toda costa el sistema de

vida que garantizaba la salvaguarda de sus percepciones propias de identidad. A buen seguro, la ostentación de una función tan importante dentro de la sociedad conllevaría obligatoriamente una distinción material, a partir de la exhibición de objetos únicos. En este caso, el hallazgo de fragmentos cerámicos con decoraciones que emulan con poca precisión motivos vegetales o ictiomorfos, así como incrustaciones en metal y en pasta vítrea mal definidas, apuntarían a que, al menos desde principios de la Edad del Hierro, este tipo de elementos se utilizarían como agentes diferenciadores.

La tenencia de piezas cerámicas con figuraciones similares a las típicas de las élites de otras regiones supondría una frontera demarcadora respecto a los miembros de un mismo grupo. A su vez, la posesión de estos vasos y su identificación con ellos permitirían la adscripción a un selecto club de privilegiados que acabaría reforzando y dando sentido a esta manera de entender el mundo. Tal y como expone convenientemente Almudena Hernando (*ibidem*: 160-161), la justificación de este comportamiento radica en la necesidad que tendrían estas personas de considerarse parte integrante de un colectivo concreto. Y es que, a pesar de que el concepto de jerarquía posee implícito la lógica de la diferenciación, la no consecución de un régimen de conocimiento capaz de abstraer racionalmente la realidad exterior y su separación del yo interior demandaría la vinculación perpetua a un ente social de poder paralelo, que sería el encargado de otorgar los sentimientos ineludibles de orientación y seguridad frente a la naturaleza y sus dinámicas.

La constatación de la adquisición de materiales cerámicos exóticos en contextos arqueológicos de comienzos de la Segunda Edad del Hierro –áticos, ibéricos, arévacos, etc.– confirmaría la prolongación efectiva de las prácticas de asociación/distinción impuestas por las élites en sus primeros compases. Además, demostraría el fortalecimiento de las redes y rutas de intercambio interregionales, las cuales favorecerían aún más la agudización de la individualidad y los procesos de separación intragrupal. Desde el punto de vista técnico, la incorporación de la energía cinética como recurso para modelar recipientes cerámicos también enlazaría perfectamente con esta idea de seguir construyendo la fantasía de su individualidad (Hernando Gonzalo, 2012) (Fig.122).

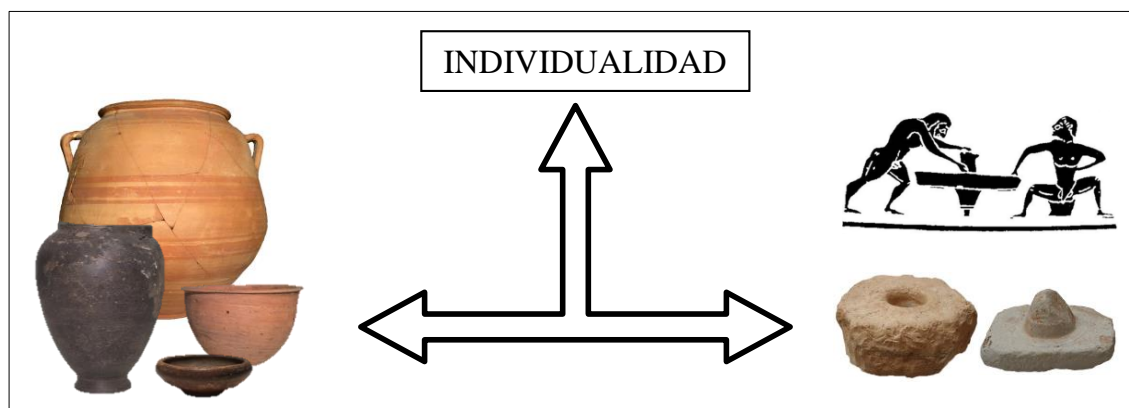


Fig. 122: Relación entre ajuares torneados, la incorporación de la energía cinética como sistema para producir cerámica y la individualidad.

El rescate de algunas de las ideas de carácter antropológico, etnoarqueológico y experimental expuestas en el capítulo cuatro, que consideran a las secuencias de manufactura como conservadoras y muy poco proclives al cambio por naturaleza, induce la puesta en marcha de planteamientos que cuestionen las motivaciones que incidieron en la adquisición de instrumentos tan específicos como el torno alfarero. Las interpretaciones recurrentes de corte racional-económico suelen responder a esta pregunta argumentando que el aumento de la complejidad socioeconómica en este periodo requirió la sabiduría de una técnica que fuera capaz de fabricar más productos cerámicos en menos tiempo. Sin embargo, los pormenores implicados en la asimilación de dichos conocimientos debieron estar relacionados con estímulos bastante más profundos. Las evidencias constatadas a primera vista en el yacimiento, tales como el escaso incremento cuantitativo del total de ejemplares cerámicos producidos desde la utilización del torno como herramienta para modelar, parecen plantear la intervención de otros aspectos sociales en la decisión de incluir esta importante novedad técnica y que poco tienen que ver con posturas que son netamente funcionales. Por ejemplo, de los 5565 recipientes analizados, en torno a 2579 se adscriben morfométricamente al grupo tipológico de Cogotas II. De estos, 1357 están manufacturados haciendo uso de energía cinética y 1222 a través de técnicas exclusivamente manuales. La escasa diferencia de 135 recipientes entre ambas producciones impide que, al menos en este caso, se sigan reproduciendo y defendiendo los postulados tradicionales (Tab.15, Fig.123).

| Tabla 15: Relación de cerámicas analizadas a mano y a torno | | | | | | | |
|---|-------------------------------|---------------------|--------------------|---------------------|--------------------|---------------------|-------------|
| Periodo /tipo Procedencia | Cogotas I | | Cogotas II | | Cogotas III | | Total |
| | Cerámica a mano | Cerámica a torno | Cerámica a mano | Cerámica a torno | Cerámica a mano | Cerámica a torno | |
| Museo Arqueológico Nacional (MAN) | 43 | -- | 619 | 624 | -- | 1219 | 2505 |
| Múseo de Ávila | 22 | -- | 483 | 647 | -- | 767 | 1919 |
| Facultad Geografía e Historia (Complutense) | -- | -- | 120 | 86 | -- | 1141 | 1307 |
| Total | 5565 piezas estudiadas | | | | | | |

Por tanto, si la intención principal de los alfareros de Las Cogotas no era la de producir en serie miles de recipientes, ¿por qué obtener un cúmulo de gestos nuevos que rompiera con los comportamientos técnicos de antes y originara cambios en el modo de fabricar? Quizás, las personas que detentaban el poder, bajo el compromiso de hacerse cargo de la agenda social y política de sus comunidades, plantearan la necesidad de controlar las actividades artesanales para continuar promoviendo y reforzando las políticas de desigualdad. La instauración de contextos sociales cada vez más jerarquizados e individualizados exigiría la fijación de posiciones de poder en todos los ámbitos de la cultura (*ibidem*, 2005 y 2007). Solo como hipótesis inicial, cabría suponer entonces que la introducción de la energía cinética como motor tecnológico puede que fuera una de tantas acciones empleadas para relegar la esfera de lo colectivo a un segundo término.

Al menos en Occidente, los inicios del desarrollo de la individualidad se encuentran ligados al género masculino. Este, recurriendo siempre a la maniobra de impedir que el género femenino experimentara cualquier rasgo de individualidad (Burín, 2003) con la excusa de que sirviera de apoyo y respaldo emocional a su complementada individualidad, fue el que acabó acaparando oficialmente los niveles de poder y estatus más altos (Hernando Gonzalo, 2000b). Además de afianzar el vínculo de unión entre distintas élites jerárquicas, el dominio de las técnicas alfareras que son obligatorias para generar productos

cerámicos torneados contribuiría a seguir situando al hombre al frente del avance de un sistema individual en el que las mujeres, los niños y otros miembros de la sociedad comenzaban a ser actores de segunda fila.

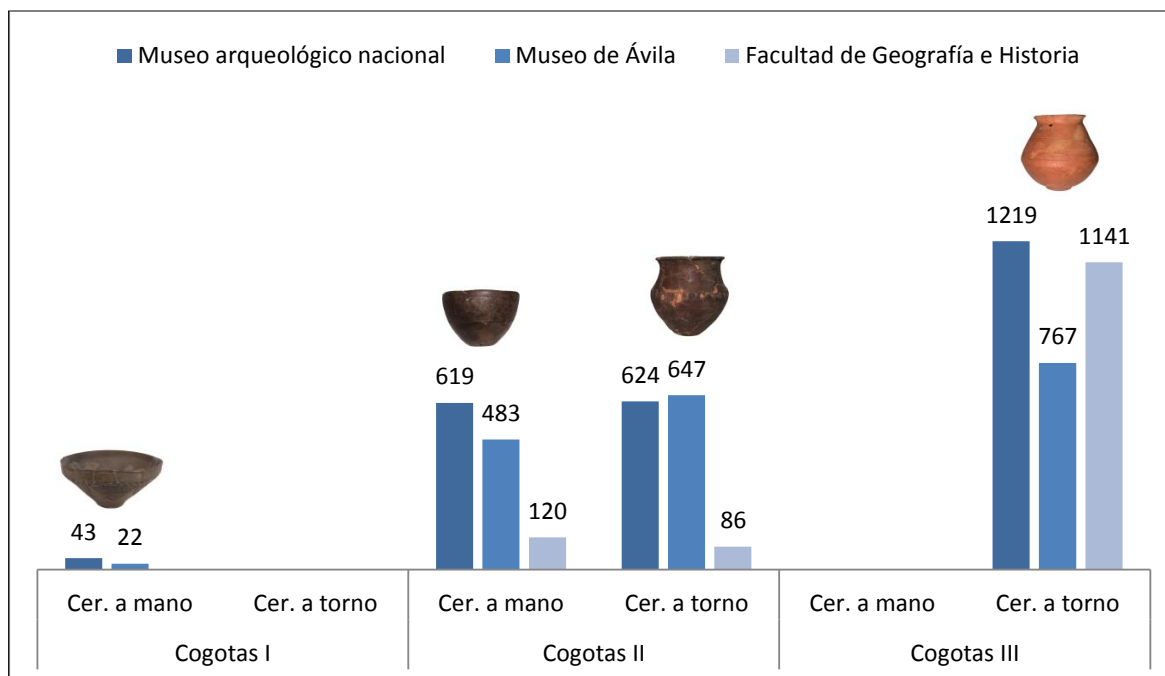


Fig. 123: Relación de cerámicas analizadas a mano y a torno de Cogotas I, Cogotas II y Cogotas III.

El cambio repentino que se observa en el grado de destreza de las piezas torneadas, sobre todo en aquellas que pertenecen a los grupos a y b, no sería consecuencia única de la implantación de nuevas técnicas que modifican el *habitus* cerámico. Es posible que las personas encargadas de llevar a la práctica las innovadoras operaciones de rotación avistadas no se hubieran encargado nunca antes de modelar cerámica. A pesar de la materialización de reglas cognitivas diferentes, el “saber hacer” adquirido por enculturación otorgaría cierta experiencia a la hora de realizar estos vasos, más aún cuando las formas que se reproducían eran las mismas y los métodos manuales de modelado continuaban siendo fundamentales. Si los artífices de estas primeras fabricaciones torneadas hubieran sido auténticos expertos los niveles tan deficientes de destreza atestiguados no habrían tenido razón de ser. Inclusive, las evidencias de deformaciones asimétricas, grosores irregulares de las paredes y marcas de repasos secundarios son más frecuentes en este tipo de manufacturas que a principios de la Edad del Hierro.

De igual modo ocurre con la manera de plasmar los motivos decorativos en las cerámicas. Aunque estos son idénticos a los figurados en los recipientes obtenidos enteramente a mano, el elevado grado de imprecisión en su confección denota niveles de habilidad práctica muy bajos. Sin embargo, no ocurre así con las técnicas aplicadas para tratar las superficies. El pulido y el bruñido se ejecutan con una exactitud equivalente al referenciado en las cerámicas modeladas exclusivamente a mano. A tenor de las huellas técnicas, las decantaciones y las cocciones también fueron modélicas desde el primer momento, consiguiéndose ejemplares con signos manifiestos de anomalías formales, pero con propiedades mecánicas muy concretas, acabados superficiales brillantes y cocciones mixtas-reductoras perfectas.

Las cerámicas torneadas de Cogotas II que se engloban dentro de los grupos c y d poseen grados de pericias aceptables y óptimas, que acreditan la organización definitiva de auténticos procedimientos técnicos mixtos capaces de combinar acciones manuales –cada vez menores– con otras que necesariamente demandaban el automatismo de la energía cinética. A partir de entonces, se configura un entramado material bastante complejo en el que conviven cerámicas de morfologías idénticas, pero unas modeladas a mano y otras a torno. El contexto arqueológico de Las Cogotas desvela que esta tónica será una constante hasta la destrucción del asentamiento, subrayando el hecho de que los conjuntos torneados se convirtieron en los más preponderantes con el paso del tiempo. La fabricación posterior de modelos cerámicos de Cogotas III, solo elaborados mediante gestos que implican la generación ineludible de energía cinética, contribuyó a recalcar dicha situación.

Asimismo, el registro arqueológico acentúa el establecimiento de dos espacios de producción cerámicos contrapuestos. El primero de ellos coincidiría con el entorno doméstico en el que se seguirían realizando cerámicas conforme a las normas técnicas impuestas a inicios de la Edad del Hierro, mientras que el segundo se encontraría supeditado a un ámbito designado principalmente para ello y en el que se pondrían en práctica procesos de manufactura con reformas técnicas cruciales que marcarían la diferencia. Los restos materiales documentados en el segundo recinto apuntan claramente a la ordenación de zonas específicas dedicadas expreso a la producción alfarera desde que

se decide incorporar el torno como herramienta. Estos se convertirían en lugares que patrocinarían el sentimiento cada vez más individualizado de unos cuantos miembros de la comunidad por partida doble. Aparte de reforzarlo a través de su acotación física en sí, el cómputo de operaciones llevadas a cabo en su interior se encargaría de instaurarlo como algo esencial y acorde al sentido innato de la sociedad (Fig.124).

Si a todo lo expuesto hasta ahora se le unieran los estudios arqueológicos y experimentales, ya desarrollados en los capítulos tres y cuatro, sobre las digitaciones impresas en las cerámicas de Cogotas II para conformar decoraciones solares y mamelones por presión interna, se estaría en disposición de dar aún más validez a la hipótesis planteada líneas más arriba. Probablemente, con el discurrir de la Edad del Hierro el trabajo alfarero se acabaría convirtiendo en un oficio que legitimaría, de forma directa o no, la imposición creciente de nuevas realidades asentadas en la individualidad de lo masculino. La necesidad de apuntalar la emergencia de comunidades fuertemente jerarquizadas pudo promover el surgimiento de áreas específicas de manufactura cerámica ligadas a una órbita familiar o de parentesco y regidas por un artesanado masculino que fijaría su autoridad a partir del control de la habilidad y la experiencia práctica. De ahí, el interés social por ir restringiendo progresivamente el éxito del proceso productivo cerámico al uso del torno como herramienta. Se trata, sin duda, de una lógica que justificaría la adquisición de una manera de fabricar distinta para la consecución de las mismas piezas en cantidad y forma. En este caso, los hombres, empezarían a asumir funciones que nunca les habían correspondido con el objetivo de hacer al conjunto de la colectividad más dependiente, ayudando a consolidar una organización social y económica basada en la desigualdad (Thér *et al.*, 2017).

La pericia técnica deficiente descrita en el caso de los recipientes torneados de Cogotas II de los grupos a y b, no sería sino el reflejo de las dificultades técnicas que el género masculino tendría para aprender desde cero una cadena operativa de tales características. Una larga lista de aproximaciones etnoarqueológicas y etnográficas

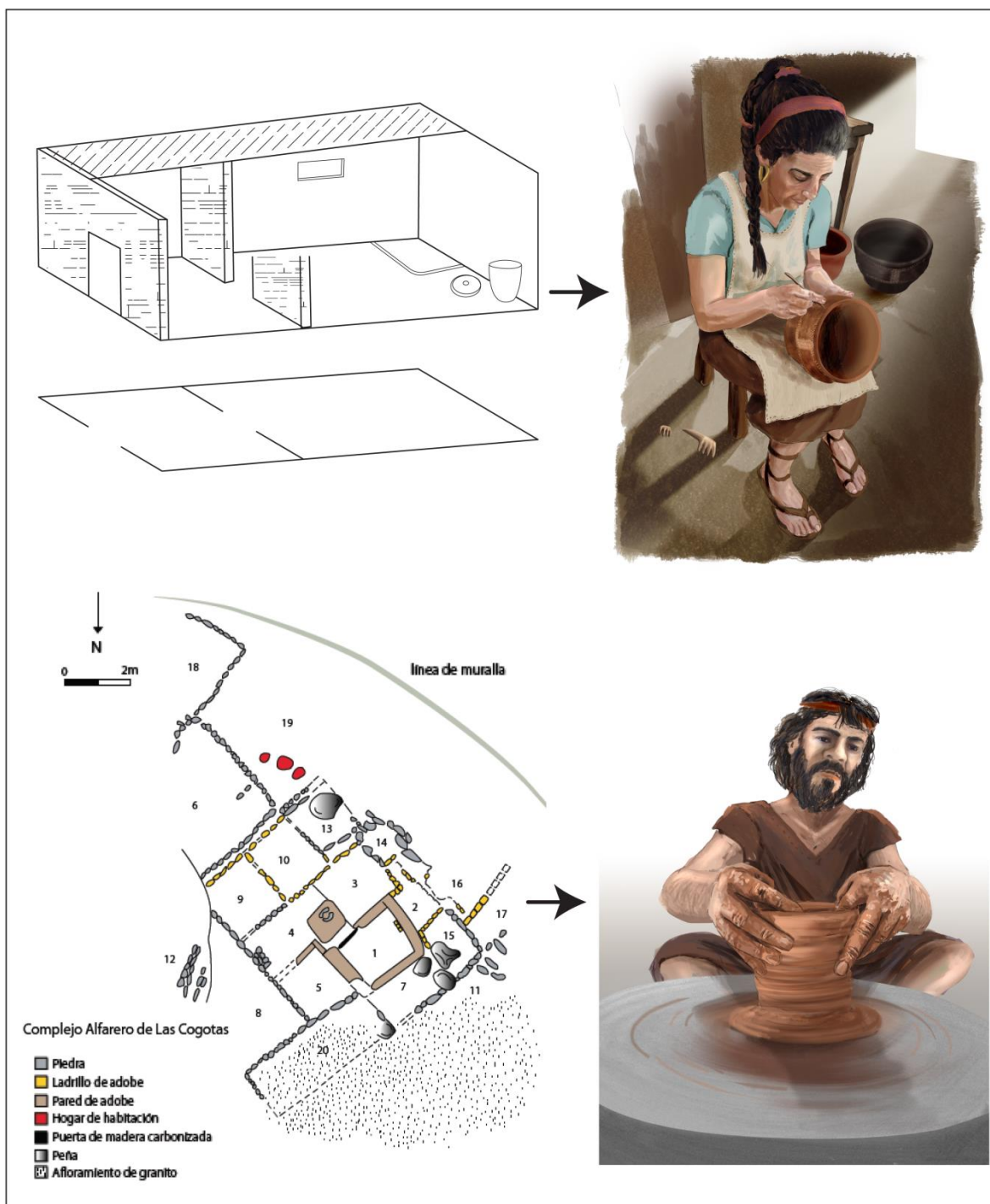


Fig. 124: (Arriba) Mujer decorando una pieza cerámica en un espacio de producción doméstico. (Abajo) Hombre torneando en un espacio de producción específico (Ilustraciones de Diego Ortega Alonso).

(González Ruibal, 2005; Cárdenas y Agudo, 2012; Djorjevic, 2012; Padilla Fernández, 2017 a y b) ponen de relieve que los procesos de producción cerámica en grupos humanos con grados de individualidad elevados suelen responder a automatismos sociales que estipulan el poder del hombre en todo momento. Las fases del modelado y la cocción se articulan como las etapas fundamentales en las que este poder se hace efectivo. La no distinción de cocciones deficientes y la certeza de transferencias de conocimiento verticales a finales de la Edad del Bronce demostrarían la existencia, al menos desde este periodo, de divisiones sociales y especializaciones de trabajo internas encaminadas a naturalizar identidades con estructuras paulatinamente más individualizadas. La elección tecnológica del torno como instrumento para generar energía cinética a principios de la Segunda Edad del Hierro se revelaría como la culminación de este proceso de cambio. En consecuencia, se establecería una actividad artesanal separada totalmente de lo doméstico y organizada alrededor de una estratificación marcada en torno a la sabiduría del poder.

El carácter dual de las labores alfareras deja entrever la descomposición paulatina de un modelo social más colectivo y la imposición de un sistema en el que prima la singularidad. La concepción de la alfarería como una actividad de mantenimiento más, efectuada en su mayoría por mujeres, manualmente y transmitida por medio de un aprendizaje en el que no manda necesariamente el interés por alcanzar la maestría, se diluiría en un mundo que empezaría a concebir la producción de cerámica como una tarea de prestigio solo capaz de ser desempeñada por maestros artesanos. Estos últimos terminarían siendo los únicos conocedores de las estrategias técnicas más adecuadas para elaborar el ajuar cerámico en su conjunto. En este sentido, una vez asumidos los patrones técnicos más convenientes, puede que grupos familiares enteros se encargaran de afianzar y perpetuar de una generación a otra este *habitus* reconfigurado, el verdadero artífice de los recipientes torneados de Cogotas II adscritos a los grupos c y d y actor de la materialización posterior de los vasos cerámicos pertenecientes al tipo arqueológico de Cogotas III. Pero, ¿cómo lo harían exactamente? A pesar de ser este un interrogante complejo y de difícil resolución, las trazas técnicas cerámicas parecen estipular la ordenación de estructuras sociales bastante férreas desde la niñez.

Con el pretexto de favorecer el desarrollo de transmisiones del conocimiento cerradas y muy diferentes, es posible que los individuos infantiles encuadrados en círculos alfareros por cuestiones parentales se separaran por sexos desde épocas muy tempranas. En un principio, las niñas serían apartadas de los aprendizajes que conllevaran el manejo de gestos técnicos ligados directamente con la producción cerámica, mientras que los niños recibirían desde edades muy tempranas una instrucción marcada centrada en la obtención por emulación de las acciones entendidas como fundamentales para la fabricación de elementos cerámicos especializados. Probablemente, los niños iniciarían su formación aprendiendo los procesos de pisado y amasado de la arcilla, dos actividades que combinarían indistintamente con la realización de faenas externas, tales como el aprovisionamiento y transporte de las materias primas, el acarreo de piezas recién modeladas hacia los secaderos o el almacenamiento de todo el material recién salido del horno. El dominio indiscutible de dichas labores les otorgaría el derecho a participar y a interiorizar los gestos técnicos aplicados en la trascendental fase del modelado y la cocción. Con el paso del tiempo y la adquisición mediante imitación repetitiva de grados de pericia técnica aceptables y óptimos, estos aprendices pasarían a ser considerados verdaderos maestros a los que nunca se les cuestionaría, precisamente por disponer de la experiencia y saberes suficientes para reproducir con garantías la secuencia productiva que avalaría el mantenimiento de determinados mecanismos sociales.

La constatación desde el origen de decantaciones y tratamientos de superficie, tanto bruñidos como pulidos, con signos de habilidad inmejorables en ejemplares torneados plantearía la participación del género femenino en las tareas de producción, aunque en un segundo plano. La más que viable construcción de la fantasía de la individualidad desde la niñez no estaría reñida con el aprendizaje de una serie de técnicas heredadas de antaño y consideradas de carácter menor. Además de interiorizar por imitación u observación directa todos los quehaceres vinculados a la alimentación, la higiene, la crianza o los cuidados, las mujeres se encargarían en ámbitos alfareros de transmitir y perpetuar gestos técnicos anteriores y también, por qué no, de desempeñar facetas concretas asociadas con la imagen del aprendiz. Las restricciones cognitivas se ceñirían especialmente en torno a las funciones técnicas relacionadas con los ciclos conceptuados como vitales, el modelado y la cocción.



Fig. 125: (Arriba) Mujeres realizando actividades complementarias de producción cerámica en el alfar de Las Cogotas. (Abajo) Mujer modelando y enseñando en una de las casas de Las Cogotas (Ilustraciones de Albert Álvarez y Diego Ortega Alonso, respectivamente).

Tendría entonces poco fundamento el diseño de ilustraciones gráficas que reconstruyesen el trabajo en el alfar de Las Cogotas en las que aparecieran mujeres protagonizando escenas de torneo y cocción de piezas cerámicas. Su representación en dichas instalaciones debería ceñirse más bien a la ejecución de prácticas externas y fases de producción deducidas como de segundo orden y no determinantes, en estrecha conexión con los aprendices niños y jóvenes. La figuración del proceso de manufactura cerámica a mano cambiaría completamente de escenario y, como mínimo, sí permitiría el dibujo de mujeres manufacturando en medios puramente domésticos (Fig.125).

Por supuesto, la restauración de los ritmos sociales que marcaron el devenir de los procesos productivos de la Edad del Hierro debe entenderse siempre como una obra esencialmente hipotética. La lectura transversal de las trazas de manufactura de las cerámicas arqueológicas sirve para inferir la función social que tuvo la tecnología en el pasado sin asentar, como es lógico, verdades categóricas. En cualquier caso, la extrapolación de lo interpretado en el ámbito cerámico ayuda a comprender los entresijos sociales propios de aquellas comunidades. De acuerdo con esto, los espacios alfareros se convierten igualmente en entornos privilegiados en los que se representan las prácticas y los ideales que gobiernan la vida de las personas que viven en ellos. La percepción de diversos ambientes y modos de producir escenifica que estos grupos protohistóricos fueron de todo menos homogéneos e inmutables. En comunión con otros estudios recientes (Collis, 2006; González Ruibal, 2006-07; Ruiz Zapatero y Fernández Götz, 2009; Thurston, 2010), que critican desde otras perspectivas el tópico tradicionalmente asumido de que el mundo céltico se organizaba a partir de formaciones sociales triangulares comandadas por caudillos guerreros, los datos de esta investigación argumentan que las sociedades que habitaron en Las Cogotas se regirían de manera distinta.

La noción de producciones cerámicas realizadas a mano en contextos domésticos hasta la fase final del yacimiento evidenciaría la existencia en todo momento de fuertes identidades de tipo relacional. Pese a que el inicio de la Edad del Hierro supondría un punto de inflexión en lo que concierne a la consolidación de esferas de poder individualizadas, el código ontológico de estas comunidades seguiría siendo eminentemente relacional. Es

cierto que la cimentación de un nuevo sistema de mayores conexiones económicas y sociales traería consigo la materialización de pequeños linajes garantes de cuotas superiores de poder. No obstante, el grueso restante de la población seguiría asentándose en nociones de espacio y tiempo básicamente relacionales. No en vano, serían el encargado de sostener la subsistencia real del grupo mediante la realización continua de actos de reciprocidad. Por ello, cabe la posibilidad de pensar que a principios de la Edad del Hierro se conformaran sociedades trapezoidales en las que las diferenciaciones sociales entre sus miembros no fueran antagónicas (Hill, 2006). La única divergencia respecto a las estructuras sociales anteriores y más rectangulares se encontraría en el surgimiento de varias élites que se autoidentificarían del resto por medio de una imagen construida de la que solo han llegado hasta hoy escasos retazos materiales. Aparte de cerámicas, panoplias armamentísticas y artículos exóticos, tatuajes, vestimentas e incluso lenguajes corporales concretos servirían para distinguir a un conjunto de personas respetadas por su experiencia y por su amplia perspectiva de las cosas. En oposición a lo que ocurre en la actualidad, el prestigio social vendría dado por la habilidad y el conocimiento (Fig.126).

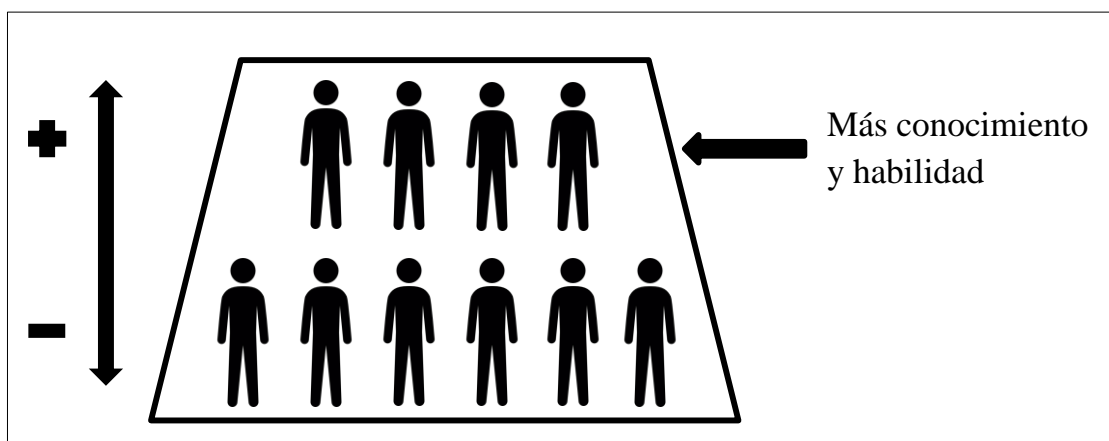


Fig. 126: Posible funcionamiento de sociedades de tipo trapezoidal en la Edad del Hierro.

En primera instancia, la base superior de este sistema jerárquico en forma de trapecio estaría ocupado por familias de hombres sabios, los encargados por naturaleza de sustentar, proteger y transmitir el sentido de realidad de la sociedad. Esta función, considerada de vital importancia por los demás integrantes de la comunidad, sería la que les permitiría vivir en una posición privilegiada y mantenida. El avance de la Edad del Hierro y

la potenciación de percepciones del mundo más individualizadas tendrían como consecuencia la inclusión de más personas en el eslabón más alto; estas personas, junto a sus relaciones de parentesco más cercanas, fijarían también su estatus en torno a grados elevados de maestría y a su valía para fomentar y promover la ideología específica del grupo. De este modo, diferentes categorías sociales como los guerreros o los artesanos alcanzarían escalafones de poder similares a las de las élites. Este hecho admitiría entonces la asunción de que fuera realmente una parte amplia de la población la que compusiera el círculo social más alto, rompiéndose el retrato convencional del establecimiento de modelos piramidales con tres peldaños muy bien marcados y distantes entre sí. Al menos en Las Cogotas, el grado de negociación social entre las clases dominantes y las que se encargaban de su subsistencia sería constante. Los aristócratas, los guerreros y los artesanos estarían interconectados a los ganaderos y los agricultores, al ser totalmente interdependientes unos de otros. La posición social no vendría decretada por el sometimiento rígido –o no– a una autoridad determinada, sino por la supuesta capacidad de cada estatus para conseguir el sostenimiento de sociedades envueltas en un proceso de individualización creciente. A tenor de las características tecnológicas de las cerámicas, que recogen y personifican las ideas y los esquemas sociales a los que pertenecen, este régimen de diferenciación social prevalecería hasta el periodo de conquista romano. Tras la ocupación efectiva de Roma, las estrategias productivas sufrirían cambios profundos que estarían ligados a la instauración de lógicas sociales distintas (Padilla Fernández, 2017b).

Haciendo honor a la reflexión de que la cultura no se erige sobre leyes eminentemente biológicas (Hernando Gonzalo, 2000: 164), el orden social de Las Cogotas durante la Edad del Hierro estaría regido por personas que no tendrían físicamente la fuerza y el empuje que la juventud ofrece, pero sí una mayor comprensión del mundo y sus entresijos, así como una gran cantidad de saberes adquiridos en el transcurso de su vida. Es posible que, tal y como aparece plasmado de forma concreta para el trabajo alfarero en las placas votivas de Penteskouphia de Corinto o en la hidria atribuida al grupo de Leagros (Hasaki, 2012)¹, fueran hombres de edad avanzada los encargados imprescindibles de

¹ Datadas en torno al s.VI a. C., se convierten en una fuente iconográfica de primer nivel. En estas suelen aparecer artesanos alfareros que reflejan cambios acentuados en el físico y en la vestimenta, sugiriendo una diferenciación marcada entre alfareros y aprendices. Curiosamente, las tareas de modelado y de cocción suelen recaer en personas con barba,

tomar las decisiones necesarias que garantizaran la pervivencia de la comunidad en su conjunto. En este caso, la vejez no sería sinónimo de pérdida de poder social, sino más bien de todo lo contrario. A cambio de poder disfrutar de su experiencia y consejos, el resto de actores sociales tendría el compromiso obligado de mantener a los protagonistas y a sus lazos de parentesco.

Conforme a esto último, aunque se apuntalaran poco a poco esferas de sociedad fieles a políticas preferentemente patriarcales, la interseccionalidad de la identidad se encargaría de crear diferentes escalas de estatus para las mujeres y los niños. Tanto es así que, puede que por su posición social, ciertos hombres no llegaran a ostentar la influencia y autoridad social de mujeres y niños integrantes de familias con poder (Hernando Gonzalo, 2012: 125-126). Su reputación ayudaría a consolidar las narrativas de superioridad de sus respectivos linajes. De ahí que desde el punto de vista funerario sean bastante frecuentes los enterramientos de individuos femeninos e infantiles con armas u otros elementos de prestigio propios del género masculino o atribuciones singulares como canicas, sonajeros, juguetes o piezas cerámicas miniaturizadas (Jiménez Pasalodos *et al.*, 2014).

Las mujeres y los niños que no tuvieran la suerte de nacer en el seno de una familia de estatus social elevado serían prácticamente invisibles. Como parte y reflejo de la sociedad con la que se corresponden, la materialidad cerámica y sus modos de hacer, se encargarían de secundar y reforzar este papel marginal. Gracias al carácter construido de las identidades, las mujeres y los niños asumirían las tareas menos valoradas por la sociedad. No obstante, los personajes infantiles en clave masculina gozarían al menos del privilegio de poder aumentar su estatus una vez que fueran creciendo y adquirieran todo lo que necesitaban para sobrevivir. Con el aprendizaje de estas acciones sociales por enculturación asimilarían lo esencial de la estructura del “yo”, actuando a partir de entonces en consecuencia. A pesar de que no destacaran socialmente en un futuro por su singularidad, precisamente por desempeñar labores desprovistas de suficiente prestigio, su mera condición sexual serviría para marcar primariamente una diferencia individualizadora respecto al género femenino. Si bien la plasmación de este constructo socio-cultural no

ataviadas con ropajes y bastones, mientras que otras etapas como la decantación son desarrolladas por sujetos en su mayoría imberbes y prácticamente semidesnudos (Díaz Rodríguez, 2014:456).

tiene por qué venir determinada por el sexo en cuestión (Sørensen, 2000; González Ruibal, 2003; Díaz Andreu, 2005; Hernando Gonzalo, 2007; Prados, 2010), en esta ocasión las evidencias parecen apuntar que las personas de género femenino recibirían desde el principio una instrucción centrada en la obtención de conocimientos para dar seguridad al artificio de la individualidad.

Es probable que mediante la realización de actividades lúdicas relacionadas con el juego, las niñas aprendieran otros saberes y formas de actuar ligados a categorías de identidad complementarias totalmente necesarias para enfrentar su manera de concebir el mundo. Desde muy pequeñas aceptarían que su misión principal en la sociedad sería la de mantener la red colectiva que sustentara el desarrollo de una individualidad masculina dependiente. El establecimiento una división del trabajo clara y heterogénea permite intuir la existencia de un régimen de género desigual estereotipado en el que las mujeres siempre construirían su identidad en conexión directa con la de los hombres. A través de su especialización en actividades supuestamente no especializadas, recurrentes e íntimamente vinculadas a pensamientos de tipo relacional, estas se encargarían expresamente de cuidar de la unión emocional del grupo, consintiendo que tanto los más fuertes como el resto de los componentes de la comunidad se sintieran seguros y orientados en una realidad no objetivada aún. Por ello, aunque paulatinamente se pretendiera esconder y ocultar a toda costa el papel social efectuado por el género femenino, sería realmente el más importante de todos.

5.2. Identidades étnicas

El entendimiento de la identidad en la Edad del Hierro como una estructura ideológica que asienta sus cimientos sobre una base de relacionalidad, promueve también la elaboración de inferencias alternativas acerca de la etnicidad de aquellas gentes. Esto quiere decir que este apartado pretende superar los planteamientos habitualmente generados para interpretar la paleo-etnología prerromana de la península ibérica, basados en el entrelazado de los conceptos de etnia y cultura arqueológica childeana (Fernández Götz y Ruiz

Zapatero, 2011: 221). La etnicidad es una categoría de identidad más y, por tanto, enormemente dinámica y construida social y culturalmente, un hecho que obliga a estudiarla como un modo de comportamiento que entronca e interacciona con las restantes facetas de identidad (Lucy, 2005b: 86). Esta es la razón por lo que las distintas identidades de una sociedad en concreto no tienen por qué estar netamente condicionadas por fundamentos étnicos (Mac Sweeney, 2009: 121).

La comparativa de las diferentes cadenas operativas cerámicas registradas en Las Cogotas parece reforzar este escenario y cuestiona por completo el panorama étnico convencional presumido para la Meseta Norte en época prerromana. En función de los nombres transmitidos por los autores clásicos, la Academia ha tendido a centrar sus esfuerzos en buscar elementos materiales que pudieran confirmar los límites étnicos ya estipulados hace miles de años. El deseo de conseguir estas fronteras artificiales ha generado discursos históricos estáticos que, a menudo, solo reproducen y justifican la visión exoétnica de los que fueron precisamente los protagonistas de la destrucción de dichas realidades. A pesar de la dificultad que conlleva y sus pocas garantías de éxito, debido a que los objetos del pasado no reflejan valores étnicos con carácter exclusivo (Pohl, 1998: 21), el análisis de la tecnología cerámica se posiciona como un método de aproximación arqueológico más que, *a priori*, pondría en tela de juicio la visión de los grandes *populi* prerromanos como *ethnos* en sí mismos. Este vocablo, de clara herencia grecorromana, ha sido utilizado de manera recurrente como hipótesis viable para hablar de celtíberos, vettones, vacceos o carpetanos como colectivos individualizados con estructuras internas específicas, comportamientos únicos y hasta un origen genético común (Sanz Mínguez, 1998; Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado, 1999; Sanz Mínguez y Martín Valls, 2001; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002; Lorrio Alvarado, 2005; Dávila Serrano, 2007; Romero Carnicero *et al.*, 2008; Álvarez Sanchís, 2009). Pero, tal y como apunta acertadamente Voss (2008), el *ethnos* debe concebirse como una realidad extremadamente compleja e imposible de reducir simplemente a determinados fenómenos sociales, geográficos o biológicos.

Es cierto que cada grupo humano tiene la capacidad propia de manifestar a través de cualquier forma posible sus principios de identidad étnica (Dietler y Herbich, 1989), una circunstancia que dificulta todavía más la complicada labor de hallar pruebas materiales que aporten pistas objetivas y veraces dentro de los siempre parciales contextos arqueológicos del pasado (Pohl, 1998: 22). Por ello, aparte de intentar recuperar la mayor cantidad de información posible de los registros, el reconocimiento de las prácticas y hábitos asociados a la cultura material encontrada merece ser considerado como un ejercicio fundamental en los trabajos de investigación (Ruiz Zapatero, 2010: 49). De hecho, Sian Jones señala en su libro titulado “The Archaeology of Ethnicity” (1997: 120) que las identidades étnicas pueden expresarse perfectamente a través de la materialidad y los *habitus* que la originan. Las tecnologías cerámicas advertidas en el yacimiento de Las Cogotas evidencian una Historia plural donde no existen leyes ni reglas universales, sino más bien “indicios” de identidades étnicas múltiples y conectadas continuamente entre sí (Fernández Götz, 2013a: 120).

El inicio de la Edad del Hierro marca un antes y un después en el devenir étnico de estas sociedades. Los cambios tecnológicos realizados en el proceso productivo cerámico para confeccionar formas y decoraciones dispares, además de respaldar el fortalecimiento de la individualización en estos grupos, traería consigo la configuración de entramados de relación complejos entre aquellas personas que almacenarían, cocinarían, comerían, beberían y se enterrarían con ajuares cerámicos similares. En este sentido, cabe pensar que las élites no serían las únicas que establecerían lazos de correspondencia interregionales. Es probable que, en una escala distinta, un buen número de comunidades compartieran mitos de origen y vínculos de solidaridad en momentos concretos. La identificación, no solo en Las Cogotas, sino en prácticamente la totalidad de la cuenca del Duero, en puntos precisos de la Meseta Sur y en ciertos segmentos de la cuenca del Ebro, de conjuntos cerámicos idénticos con patrones técnicos idénticos suscribe el desarrollo de interpretaciones centradas en lo que el sociólogo Anthony Smith denomina como “ethnic networks” (2008: 31).

El estudio comparativo a nivel tecnológico de las cerámicas cogoteñas adscritas al grupo tipológico de Cogotas II con otras procedentes de Las Paredejas o Los Castillejos de Sanchorreja en Ávila (Fabián García, 1986-87: 279-285; González Tablas y Domínguez Calvo, 2002), de los yacimientos salmantinos del Picón de La Mora o del Cerro de San Vicente (Martín Valls, 1986-87; Esparza Arroyo, 2011; Macarro Alcalde y Alario García, 2012; Blanco González *et al.*, 2017), de La Mota en Valladolid (Seco Villar y Treceño Losada, 1993), de la necrópolis de las Erijuelas de Cuéllar o del castro de la Cuesta del Mercado en Segovia (Barrio Martín, 1987; Blanco García, 1994) o de asentamientos más alejados como el Alto de la Cruz de Cortes de Navarra (Maluquer de Motes *et al.*, 1990) o Torrique emplazado en el municipio Toledano de Noblejas (Urbina Martínez, 2015) sugieren la existencia de transferencias de conocimiento cerámico análogas en gran parte de la Meseta Norte y en zonas concretas limítrofes a esta. Salvo ligeras modificaciones de estilo, posiblemente fruto del ensayo generalizado de determinadas acciones técnicas, las secuencias de producción y el resultado final de las cerámicas documentadas en estos registros arqueológicos de principios de la Edad del Hierro apuestan por la institución de modelos alternativos, que cuestionarían la visión cotidiana de la instauración de unidades sociales cerradas, férreas y triangulares a partir de este periodo (Fig.127).

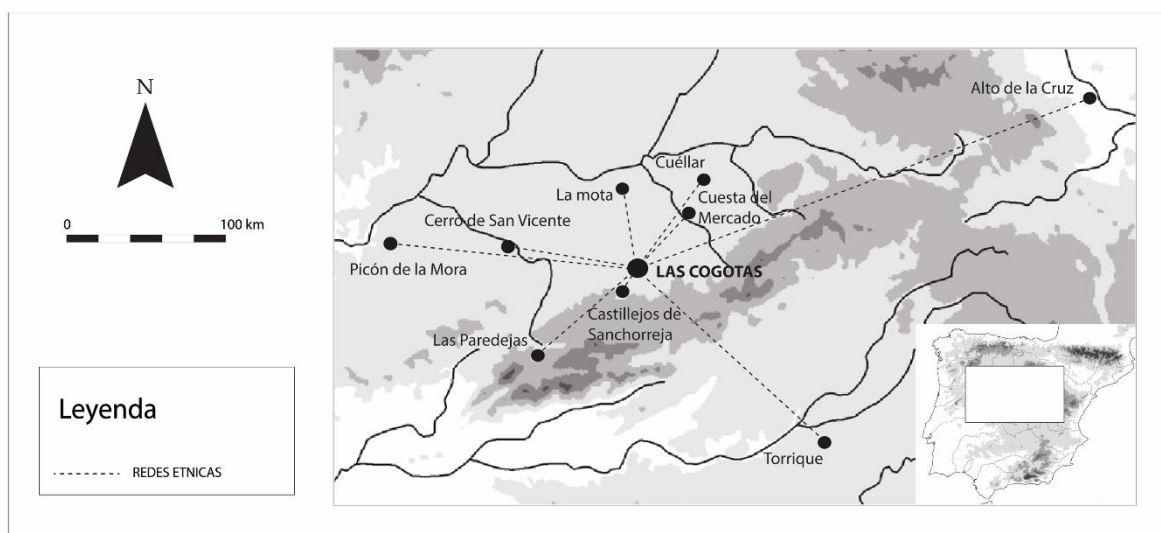


Fig. 127: Posibles redes étnicas de la Primera Edad del Hierro en torno a Las Cogotas.

Desde la concepción de las sociedades como auténticos sistemas estructurados, la evidencia de trazas de manufactura cerámicas semejantes en un área geográfica más bien

amplia acreditaría la formación de un régimen de relación heterárquico, un concepto poco explotado a nivel interpretativo en la Edad del Hierro peninsular que puede dar mucho juego a la hora de repensar estas sociedades protohistóricas desde la perspectiva de la diversidad (Ruiz Zapatero y Fernández Götz, 2009). Este concepto consiste en una organización cuya forma puede compararse a la de una red, diferentes comunidades cooperarían entre ellas compartiendo territorios y una serie de patrones culturales expresos –creencias, idioma, etc. – sin tener una mayor autoridad y poder de decisión que otras (Ugalde y Landázuri, 2016).

La comprensión de este modo de ordenación como propio de la idiosincrasia de estas sociedades implicaría la asunción de identidades étnicas a escala interregional, cimentadas en torno a conexiones de poder no centralizadas. Se trata de una idea, ya enfatizada por Crumley en el caso de los celtas en general (1979 y 1995a) y por Manuel Fernández Götz para las comunidades prerromanas de la Galia oriental (2014), que permitiría imaginar asimismo la presencia en la Edad del Hierro peninsular de sociedades complejas y jerárquicas organizadas en función de criterios superiores de igualdad. Sin duda, el establecimiento de estos lazos colectivos conllevaría la articulación de un esquema común de valores ontológicos que configuraría, al mismo tiempo, la creación de una cadena de rasgos étnicos globales. Esta se manifestaría materialmente en el repertorio cerámico, pero también en otros elementos culturales de bastante entidad como son el patrón de poblamiento (VV.AA., 2011), la arquitectura de las casas (Blanco González, 2010b, 2011 y 2018; Arnaiz Alonso, 2017) o el uso de objetos metálicos específicos fabricados en hierro (Álvarez Sanchís *et al.*, 2016).

Aún así, este mosaico étnico de comienzos de la Edad del Hierro sería enormemente heterogéneo. Pese a la certeza de atributos equivalentes como consecuencia de la disposición de redes amplias de reciprocidad, cada comunidad se asociaría a un concepto étnico con particularidades únicas. En correspondencia de nuevo a la clasificación conceptual tripartita de etnicidad propuesta por Anthony Smith (2008: 33), aquí entraría en juego la noción de “ethnic communities”, que admite el reconocimiento de grupos humanos con nombre propio y entrecruzados por un fuerte vínculo de memoria común. En toda

regla, serían comunidades autodefinidas y construidas sobre la base de una etnogénesis motivadora de sentimientos de pertenencia a identidades colectivas concretas. En términos genéricos, podría hablarse de la concepción y definición de una forma de identidad de grupo supeditada a entidades de relación menores, tales como el lugar concreto en el que se vivía, la idea de una ascendencia o descendencia común, el parentesco o el grupo familiar del que se formaba parte (Mac Sweeney, 2009: 102). En efecto, esta sería una actitud de mucho más sentido en un mundo en el que el ser humano todavía no se sentía fuerte al no poder controlar ni racionalizar de manera abstracta las dimensiones de su espacio y tiempo (González Ruibal, 2012: 254).

De acuerdo con esto, puede que los habitantes de Las Cogotas desarrollaran un nivel de identidad étnica singular que, además de institucionalizar su nexo de unión por medio de la creación de un pasado exclusivo e historias compartidas, se encargara de mitigar las amenazas e inseguridades generadas por aquello que su representación metonímica sería aún incapaz de concebir. Desde el punto de vista técnico cerámico, la escenificación de dicha realidad es a día de hoy muy difícil de discernir a través del desgranamiento de las cadenas operativas. Tan solo, y en la órbita de lo que ya ha sido apuntado para la Segunda Edad del Hierro (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002), cabría la posibilidad de anotar la apreciación de ligeras especificidades decorativas a ras de asentamiento que perfectamente podrían no significar nada. La detección de frisos con decoraciones en distinto orden o el avistamiento de más figuraciones peinadas por dos y tres púas que por cuatro púas, se encuentran totalmente condicionados por la parquedad lógica del registro arqueológico, en el que predominan como motivos más frecuentes los descubiertos en el resto de yacimientos contemporáneos (Fig.128).

En relación con lo estipulado por Eugenia Ramírez Goicochea (2007: 173), las múltiples formas de identidad étnica tienden a recalcarse más o menos en función de las diversas vicisitudes de la vida de las personas. En este caso, las circunstancias de los primeros compases de la Edad del Hierro parece que contribuirían a resaltar materialmente escalas superiores de identidad común características de las gentes que vivirían en Las Cogotas, en la Cuenca del Duero y en zonas aledañas. Quizás, la no existencia de conflictos

y tensiones entre estas comunidades no exigiría obligatoriamente el deseo de enfatizar los perfiles étnicos de grupos concretos, que quedarían escondidos o serían destacados en otros elementos considerados como propios. En contraposición con lo que a menudo se suele estipular, los conjuntos cerámicos de Las Cogotas se constituirían como marcadores étnicos subjetivos o no intencionados, que no tendrían necesariamente un sentido consciente del “nosotros” y pondrían siempre el acento en la generalidad de aquellos aspectos sociales que unen y no en los que separan.

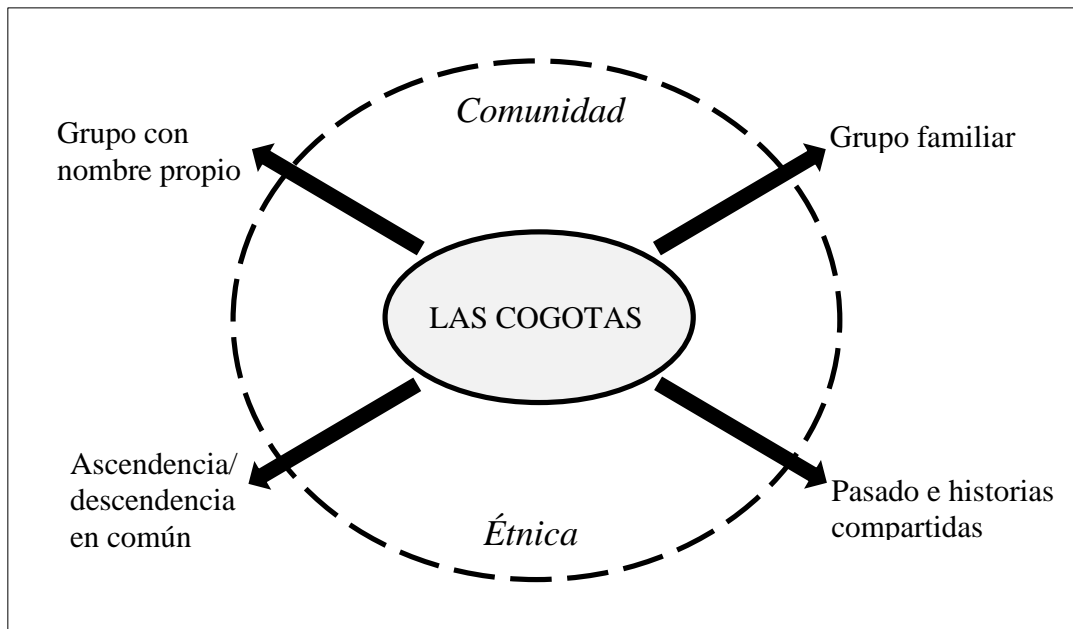


Fig. 128: Concepto de Las Cogotas como comunidad étnica.

A tenor de la información que proviene de las secuencias de producción cerámicas, el escenario social expuesto con anterioridad se repetiría también a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, aunque con ligeras modificaciones respecto a los territorios que estarían interconectados. La constatación de recipientes cerámicos asociados a técnicas de manufactura vinculadas a modos de producción procedentes del mediterráneo, es decir, torneados con pastas oxidantes, baquetones, decoraciones pintadas, carenas realzadas, perfiles en “S” y bases umbilicadas, plantea cambios sustanciales en las redes de organización implantadas tras el fin de la Edad del Bronce. En Las Cogotas, la producción local y continuada de ejemplares adscritos genéricamente al grupo de Cogotas II convive con esta clase de piezas, realizadas a su vez con arcillas procedentes de entornos

geográficos diversos. Este hecho induce a pensar en una reducción considerable de las regiones partícipes de la estructura heterárquica de relación horizontal en la que Las Cogotas se encontraría inmersa. La puesta en marcha de una comparativa tecnológica y formal de los elementos cerámicos de Las Cogotas pone de relieve que los principios de solidaridad entre territorios se reordenarían, estableciéndose en el occidente de la meseta norte un espacio concreto que compartiría conexiones evidentes de reciprocidad. Aparte de la materialidad cerámica, que detalla de forma clara la remodelación de estas pautas de correspondencia, las esculturas de verracos y los asentamientos de tipo fortificado (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002; Álvarez Sanchís, 2003), apuntan a la configuración de una zona que podría coincidir aproximadamente con los límites geográficos de los vettones históricos (Fig.129).

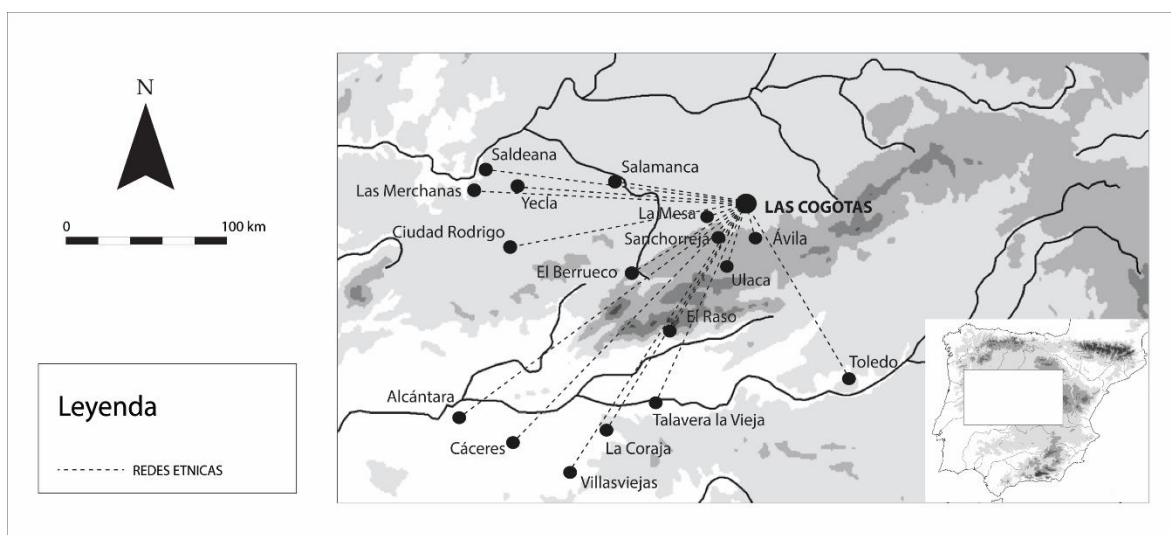


Fig. 129: Posibles redes étnicas de la Segunda Edad del Hierro en torno a Las Cogotas y circunscritas al occidente de la Meseta.

Teniendo siempre presente que las fuentes clásicas reflejarían estrictamente la idiosincrasia cultural de la península ibérica en el momento justo en el que se escriben, a partir del siglo III a. C., es posible que desde su posición de agentes externos, sus autores crearan la identidad étnica de un pueblo que realmente no se sintiera como tal. Haciendo uso del término “ethnic categories” de Anthony Smith (2008: 30), el concepto de “vettón” sería un constructo exoétnico, agrupador de un conjunto de poblaciones de un área determinada, que solo mantendría una relación de elementos culturales similares, alejado de la verdadera realidad poblacional de estas tierras. En virtud de esto, los testimonios

literarios escritos desde planteamientos ontológicos procedentes del mediterráneo acabarían por dar un apodo a un colectivo simplemente unido por un entramado de enlaces solidarios de dependencia, sin una unidad política manifiesta y sin ningún vocablo con el que poder autodenominarse. Pese al avance constante de la complejidad económica y social, las comunidades étnicas serían las únicas que con carácter exclusivo seguirían conceptualizándose a sí mismas con un nombre propio. La pretensión, por tanto, de insistir en la tarea de dilucidar la Vettonia como región etnopolítica, delimitar sus fronteras, fijar sus supuestas áreas nucleares y enumerar las ciudades que la conformaban carecería aquí de cierto sentido (Fig.130).

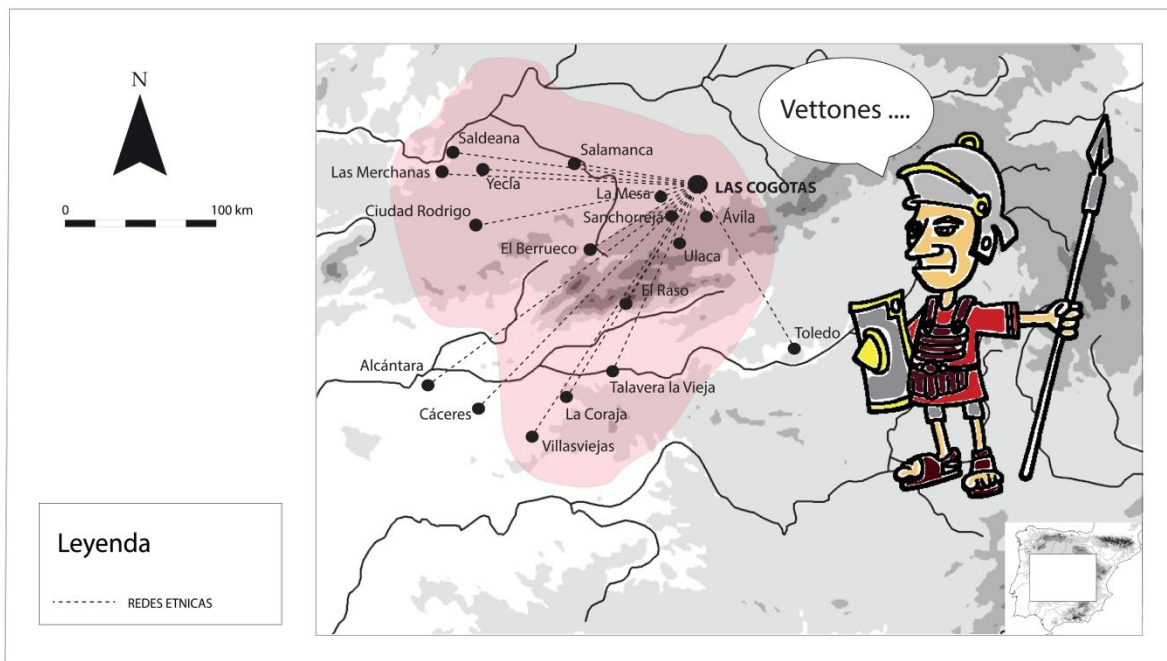


Fig. 130: La Vettonia como categoría étnica construida desde una perspectiva exoétnica mediterránea.

Probablemente, Las Cogotas continuaría siendo en la Segunda Edad del Hierro un asentamiento humano capaz de autodefinirse como comunidad étnica, pero a la vez formaría parte de una red étnica sustentada por un conjunto distinto de comunidades a las que se les consideraría identitariamente muy próximas. Al menos, los recipientes cerámicos documentados en el yacimiento y sus modos de hacer seguirían reflejando, sobre todo, la adscripción a una escala de identidad superior de significado “emblemático” (Hall, 1998: 267). El reconocimiento de patrones idénticos en las cerámicas de yacimientos muy

representativos del abulense valle de Amblés, como La Mesa de Miranda y la Osera (Molinero Pérez, 1933; Cabré Aguiló *et al.*, 1950; González Tablas, 2008; Baquedano Beltrán, 2016), o más lejanos, incluso, como El Raso de Candeleda, también en Ávila (Fernández Gómez, 1997), Yecla la Vieja y Las Merchanas en Salamanca (Maluquer, 1968; Martín Valls, 1973; Martín Valls y Benet, 1997) y El Cardenillo en Cáceres (González Cordero *et al.*, 1990) demostrarían a ciencia cierta el importante papel de la cerámica como contenedor activo de este horizonte de identidad étnica. Al igual que lo ocurrido en la Primera Edad del Hierro, salvo esporádicas excepciones técnicas fruto del dinamismo propio de los productores y alguna que otra secuencia decorativa única no apreciada hasta el día de hoy en ningún otro yacimiento, no existen diferencias palpables que hagan pensar en la utilización de los vasos cerámicos como marcadores étnicos de sitio.

El consumo en Las Cogotas de cerámicas vinculadas, tanto tecnológicamente como tipológicamente, a los ámbitos vacceo, arévaco y oretano, estaría seguramente ligado a las diversas conexiones económicas, sociales y simbólicas establecidas con sociedades que no pertenecerían directamente a sus redes étnicas de relación. En efecto, materias primas distintas y técnicas de manufactura dispares a las típicas producciones alfareras de Cogotas II acreditarían la instauración de lazos de correspondencia supeditados más allá del mero canje de bienes muebles entre dichos territorios. Estos bienes muebles serían más bien uno de los muchos medios por el que se canjearían ideas y prácticas sociales asociadas previsiblemente a cuestiones rituales o de prestigio. Asimismo, puede que la búsqueda de alianzas y potenciación de cuotas de poder ocasionara el entretejido de círculos de parentesco determinados a través de políticas de intercambio de mujeres. De acuerdo con el resto de dimensiones ontológicas, las familias no serían entes estáticos, un hecho que obliga a reconocer que sufrirían periódicamente fusiones o fisiones por múltiples condicionantes (Ruiz Gálvez, 1992 y 2007). En función de estos planteamientos ¿por qué no pensar entonces que estas cerámicas realmente fueran una parte esencial del ajuar traído por aquellas mujeres? Asumiendo que el mundo de estas gentes de la Edad del Hierro giraría cada vez más en torno a un constructo de élites motivadas por un sentimiento de individualidad masculina, resulta del todo coherente que la configuración de relaciones matrimoniales con otras sociedades supusiera el desplazamiento físico de las novias junto a

unos cuantos elementos materiales. En última instancia, estos serían los encargados de recordar siempre su lugar de procedencia.

Se trata de una teoría que sería bastante plausible si, aparte de tener en cuenta criterios cerámicos exclusivamente técnicos, se toman en consideración datos cuantitativos y contextuales. La evidencia material de estos recipientes, respecto al resto de ejemplares de Cogotas II manufacturados con arcillas locales, es muy pequeña tanto en ámbitos domésticos como en esferas funerarias. La pérdida de información valiosa en el transcurso de las primeras excavaciones realizadas en Las Cogotas impide aseverar con rotundidad como fue el uso de estas cerámicas en espacios de vida, aunque en cierto modo es previsible que su empleo se intercalara perfectamente con el de los otros vasos percibidos como propios por parte de la comunidad. Las tumbas de la necrópolis, en su faceta de conjuntos cerrados, apuntan que en muy pocas de ellas se incluyeron estas piezas foráneas, ya sea como conjuntos funerarios o como contenedores para albergar restos cremados. También llama la atención que como mínimo una de ellas, la sepultura 356, acoge una de las panoplias armamentísticas más importantes de las descubiertas en el yacimiento, al estar formada por dos lanzas y un umbo de escudo con su presumida manilla. A falta de estudios antropológicos físicos que confirmen el sexo, cabría la posibilidad de plantear si la persona enterrada en esta tumba fuera en realidad una mujer no nacida en Las Cogotas pero emparentada con uno de los grandes linajes del asentamiento, que fijara en el rito de la muerte su comunidad étnica de procedencia y la posición social elevada de su familia. La validez de este supuesto cobraría fuerza interpretando con significados parecidos los testimonios arqueológicos de necrópolis contemporáneas como la de Las Ruedas en Valladolid (Sanz Mínguez, 2003). En esta, un número específico de tumbas contiene cerámicas peinadas, si bien solo la 28 y la 32 ejercen de urnas cinerarias (Sanz Mínguez, 1998: 73-77, 85-89), dos de las tumbas más ricas en cuanto a ajuar documentadas hasta el momento (Álvarez Sanchís, 2010: 313). Ante todo, es cuanto menos curioso que el mismo patrón observado en el cementerio de Las Cogotas se cumpla aquí justo en sentido inverso. Asimismo, habría que puntualizar el hecho de que determinados elementos oxidantes muy característicos de la tipología vaccea ejerzan a menudo de acompañantes en estas tumbas, siendo bastante frecuentes las canicas, los sonajeros y las pequeñas cajitas que, tal y como

se ha puntualizado previamente, son enseres que investigaciones recientes han adscrito con carácter preferente al género femenino y a la infancia (Jiménez Pasalodos *et al.*, 2014; Padilla Fernández y Chapon, 2015) (Fig.131).

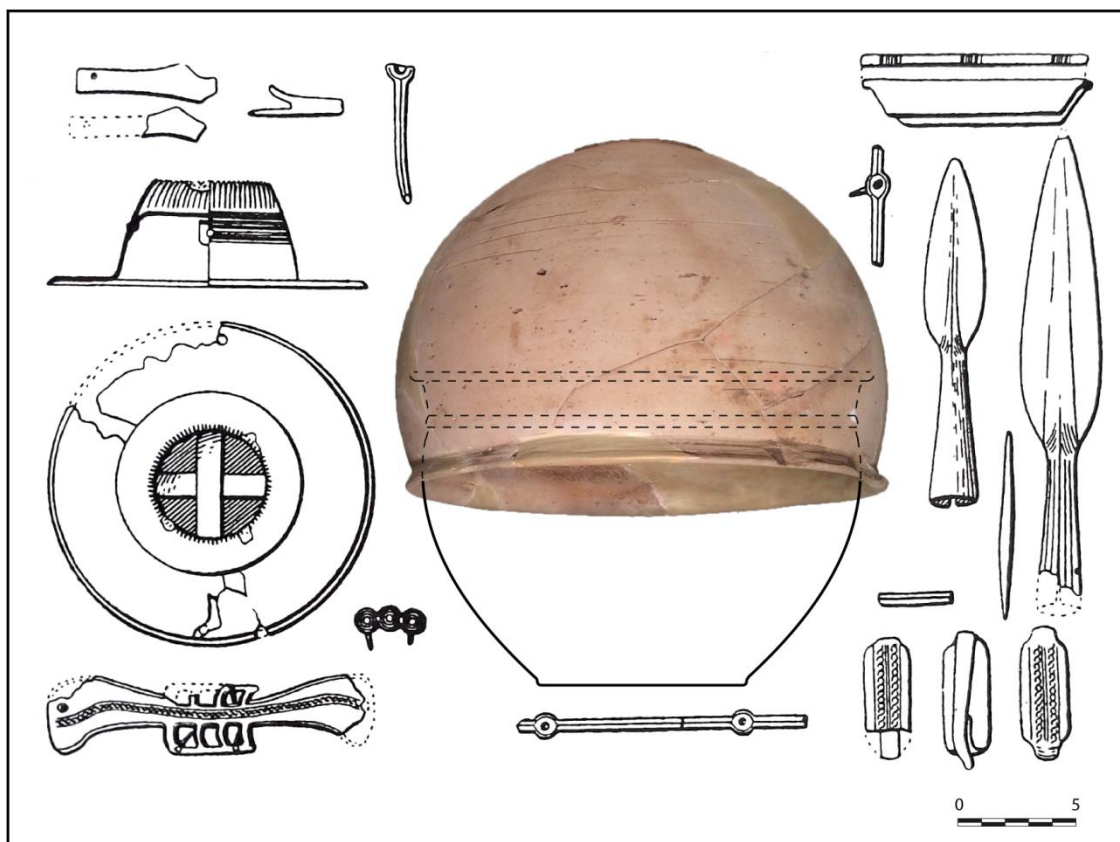


Fig. 131: Tumba 356 de la necrópolis de Las Cogotas (modificado a partir de Cabré Aguiló, 1932).

Por último, el avance de la Segunda Edad del Hierro hacia el cambio de era trajo consigo la fabricación en Las Cogotas de recipientes cerámicos incluidos dentro del grupo tipológico de Cogotas III y de clara tradición celtibérica. Poco a poco, tanto los vasos torneados como los producidos a mano de Cogotas II destinados al consumo comenzaron a compartir terreno con otros de naturaleza diversa y, hasta entonces, apreciados en el yacimiento de manera puntual. Desde el punto de vista técnico, la distinción de modelados con grados de pericia dispares y evidencias materiales de cocciones defectuosas en ambientes oxidantes confirman que, por una serie de circunstancias, los alfareros cogoteños modificarían su *habitus* para elaborar cerámicas características de ambientes aparentemente propios del mundo vacceo o arévaco. Dada la celeridad de la experimentación divisada en

las trazas técnicas de dichas cerámicas, como mucho en el tránsito de una generación, quedarían fijadas las reglas por las que se imitaron de forma casi idéntica modelos cerámicos ya realizados desde hacía más de doscientos años en los territorios más orientales de la Meseta Norte. En virtud de esto, no cabe otra que preguntarse sobre las vicisitudes concretas que originaron estos cambios tan repentinos en la materialidad cerámica y que, a la larga, comportaron la práctica desaparición de las cerámicas peinadas en el registro arqueológico. Y es que la coexistencia de ambas producciones sería una realidad al principio, pero los contextos ponen de manifiesto que con el paso del tiempo se produciría un rápido predominio absoluto de las cerámicas a torno de matriz anaranjada y decoraciones estampilladas o pintadas en su mayoría con manganeso. De hecho, yacimientos coetáneos a Las Cogotas, aunque con periodos de ocupación y vida más prolongados durante la Segunda Edad del Hierro, tales como El Raso de Candeleda, La Mesa de Miranda y Ulaca en Ávila, tan solo albergan vestigios puntuales de especies peinadas en sus estratos más recientes (Fernández Gómez, 1986; Martín Valls, 1986-87; Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 1999; Álvarez Sanchís et al., 2008; Rodríguez Hernández, 2017).

La explicación del desarrollo de estas actitudes podría encontrarse en la capacidad que tiene la identidad para adaptarse situacionalmente a toda una serie de exponentes determinados que son los que finalmente acaban marcando el devenir histórico de las sociedades (Voss, 2008: 33-34). Las identidades étnicas, atendiendo precisamente a sus dimensiones dinámicas y cambiantes, se encuentran siempre contenidas y condicionadas por una estructura de fondo (Díaz Santana, 2003). Así, en cada momento histórico los procesos de identificación y diferencia son condicionales y varían dependiendo de un cúmulo de circunstancias contingentes. En este sentido, quizás la puesta en marcha de cadenas operativas centradas en la consecución de formatos cerámicos vinculados a Cogotas III marcaría el inicio de la construcción de nuevos modos de conducta y sentimientos de autoimagen por parte de los habitantes de Las Cogotas desde una cronología concreta. De acuerdo con los datos procedentes de las excavaciones arqueológicas (Álvarez Sanchís, 2000; Ruiz Entrecanales, 2004; López Guerra, 2007), parece que es aproximadamente a partir del siglo III a. C. cuando la cultura material

comienza a dar un vuelco. Sin duda, se trata de una época marcada en el calendario cronológico de la Península Ibérica porque esta empieza a ser una pieza importante dentro de las órbitas geopolíticas de Cartago y Roma (Fig.132).

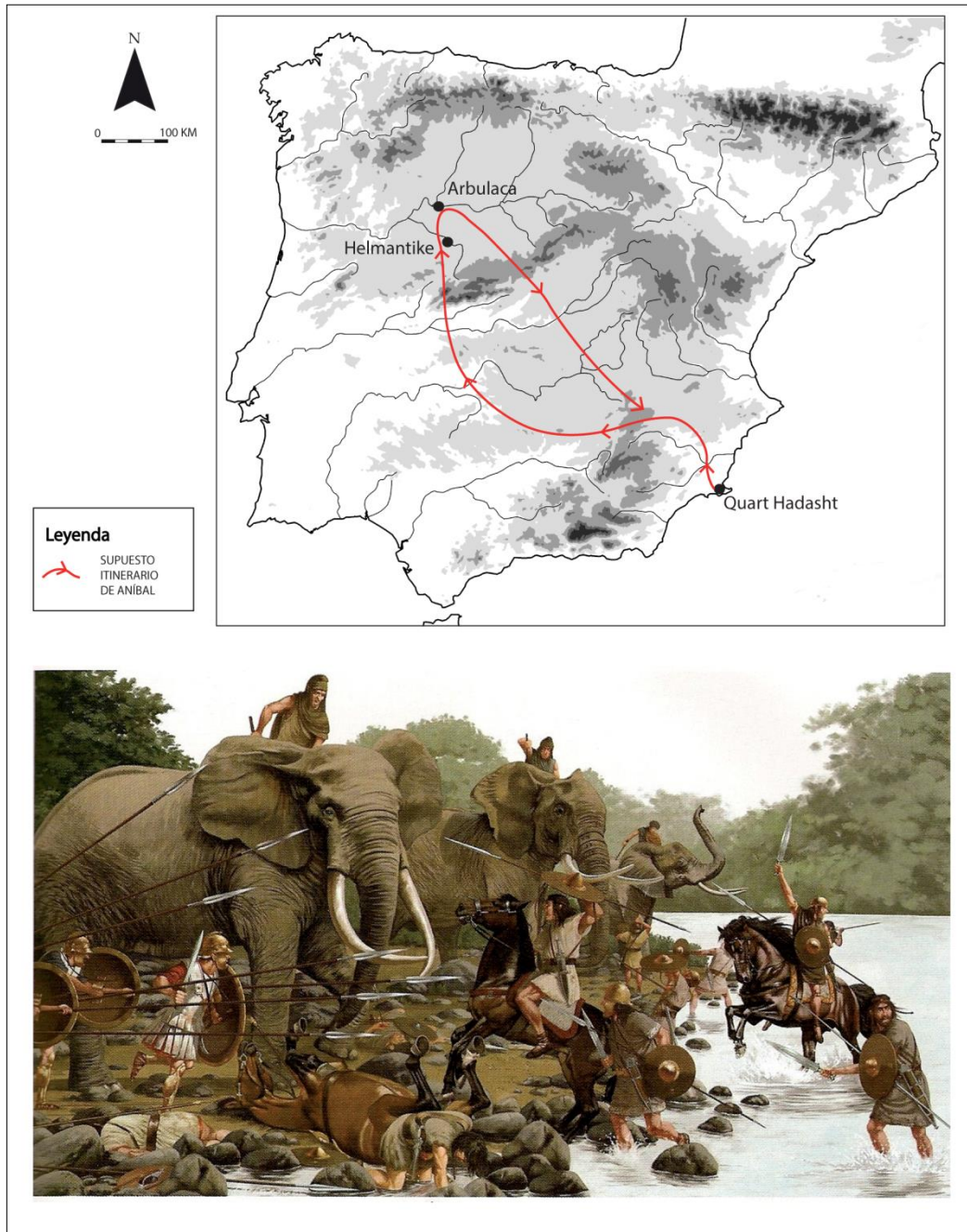


Fig. 132: (Arriba) Incursiones cartaginesas de Aníbal a la Meseta (modificado a partir de Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2013). (Derecha) Recreación de una emboscada en el río Tajo en el año 220 (Ilustración de Dionisio Álvarez).

La hipótesis de partida se encamina, pues, en torno a la creencia de que la cultura material, y en este caso la cerámica, crea y representa sensorialmente discursos identitarios étnicos expresos, asociando su técnica y uso a la pertenencia de un grupo específico. Esto quiere decir que los conjuntos cerámicos que se fabrican en Las Cogotas a finales de la Segunda Edad del Hierro participarían en la constitución, consolidación y mantenimiento de una comunidad étnica con unos atributos y características culturales perfectamente definidas, que la harían totalmente diferente a otras. Siguiendo a raja tabla algunas de las interesantes reflexiones hechas por Gonzalo Ruiz Zapatero sobre este tema (2010: 43-49), aquí sí, la cerámica y su modo de producción se configurarían como auténticos marcadores étnicos al haber sido diseñados intencionadamente para manifestar identidad. En esta ocasión, el registro alberga pequeñas pistas para poder intuir el impulso, a través de los objetos, de interacciones sociales y lazos de pertenencia en un área geográfica señalada, narrativas comunes de origen y la conciencia social de la existencia de pueblos extranjeros y hostiles con los que se podía entrar en conflicto si las circunstancias así lo requiriesen. La asunción de esta idea supone de manera intrínseca, la disposición ficticia o real de límites o zonas de frontera que servirían para reforzar los sentimientos de identidad étnica negociados socialmente (Fig.133).

En estos últimos años, diversos investigadores han hecho hincapié en el valor transcendental que podría tener la generación de una sensación de peligro para desencadenar el establecimiento de correlaciones directas entre la cultura material y la expresión en ella de rasgos de etnicidad (Bradley, 1997; Ruiz Zapatero, 2009; Moore, 2011; Fernández Götzt, 2013a). Posiblemente, el ejemplo más evidente de este supuesto anterior sean los estudios realizados por Guy Bradley (1997: 63) acerca de los fenómenos identitarios étnicos activados por las poblaciones de la antigua Umbría antes de ser conquistadas por Roma en su expansión hacia el norte de la Península Itálica. El análisis identitario de estas gentes parece demostrar la posición determinante que tanto el medio social como los contextos históricos poseen para influir en que las personas del pasado, o bien se vieran a sí mismas como un colectivo, o bien como una entidad con criterios claros de diferencia y distinción (Mac Sweeney, 2009: 121). Y es que hasta que no se materializara un riesgo externo protagonizado por la marcha imparable de las fuerzas de

Roma hacia este territorio, todo apunta a que las comunidades se regirían por identidades étnicas a pequeña escala y sobre una base eminentemente relacional. El conflicto directo con sus vecinos del sur acabaría transformándolas por completo para instituirse como un grupo a escala regional organizado para hacer frente a un enemigo común. Si esto fuera así, ¿por qué no pensar entonces que ocurriera algo similar en la Meseta Norte de la Península Ibérica unas centurias más tarde?

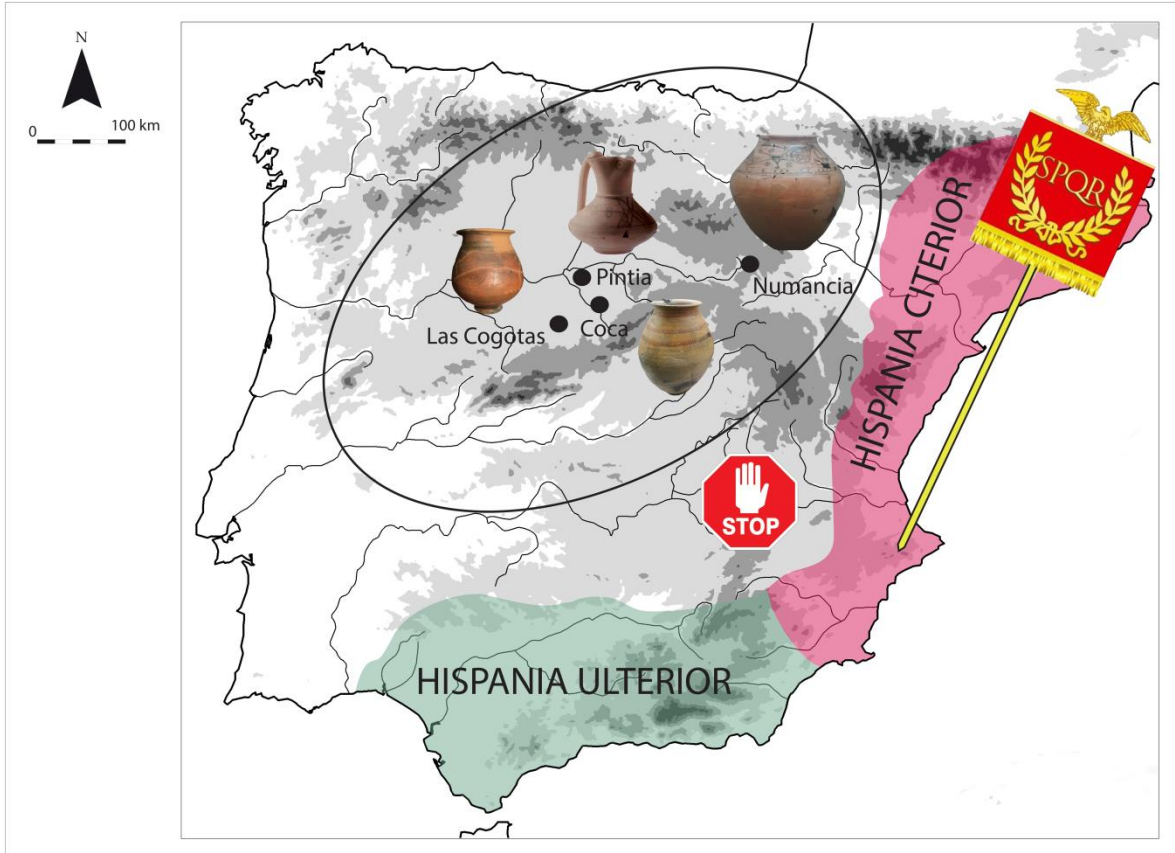


Fig. 133: Frente indígena común ante la conquista inminente de Roma.

Seguramente, las razias llevadas a cabo en el valle del Duero por las tropas cartaginesas de Aníbal en el 220 a. C. ya habrían puesto sobre aviso al mundo indígena del poderío militar de las potencias del mediterráneo (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2013). Es hasta probable que surgieran con fuerza deseos de alianza entre vecinos con el principal objetivo de hacer fuerza y estar preparados frente a incursiones futuras. No obstante, el fin de la Segunda Guerra Púnica y el triunfo definitivo de Roma marcarán un antes y un después en el devenir histórico de Iberia y en el de sus comunidades. La fundación de dos

nuevas provincias y la rápida instauración de un sistema de poder, centralizado y estructurado en torno a la construcción de vías de comunicación y grandes núcleos urbanos, terminaría por fijar muy pronto las zonas efectivas de dominación, sus fronteras y los ámbitos inminentes de expansión. A diferencia de las expediciones militares llevadas a cabo por los cartagineses unas décadas antes, que no buscaban conquistar sino reclutar mercenarios y obtener recursos -esclavos, grano, ganado y otras mercancías- para emprender con garantías su lucha por la hegemonía del mediterráneo occidental (Sánchez Moreno, 2008), Roma se implanta en la península ibérica con la pretensión de hacer suyas todas sus tierras sin importar el trabajo y los recursos empleados para ello. Ante esta determinación, cabe la posibilidad de que los pueblos de la Meseta comenzaran a organizarse para hacer resistencia a un adversario común.

El interés por parte de Roma de asimilar la Meseta a su territorio supondría una auténtica revolución social e ideológica para la población endémica que, al igual que en otros aspectos de su cultura, aparecería escenificada materialmente en los recipientes cerámicos y sus modos de producción. Porque este periodo final de la del Hierro se conoce también como la etapa en la que tendría lugar el ordenamiento de los grandes *oppida* del occidente meseteño (Álvarez Sanchís, 2011). El aumento considerable de la superficie de los asentamientos, la disposición de más metros de muralla, el refuerzo de esta con torres, bastiones, fosos y extensos campos de piedras hincadas en las entradas, además de otorgar desde la poliorcética valores simbólicos de ostentación y poder a sus habitantes (Berrocal y Moret, 2007), servirían para defender y sobre todo para emular a grandes rasgos los lienzos amurallados ciclópeos tan característicos de la Meseta Oriental (Sanz Mínguez y Martín Valls, 2001; Sacristán de Lama, 2011; Jimeno Martínez, 2011). Del mismo modo, el ajuar metálico documentado en las necrópolis meseteñas tiende a homogeneizarse desde finales del siglo IV a. C., dejando atrás las panoplias más frecuentes hasta la fecha y conformadas por espadas de antenas en sus distintas variantes, caetras con umbos de hierro de perfil troncocónico y prolongaciones radiales, puntas de lanza de nervio central, resaltado o agudo y varios elementos de influencia ibérica como escudos sin umbo metálico con abrazaderas o manillas de aletas bitriangulares, falcatas, *soliferrea* o broches de cinturón de placa cuadrangulares con damasquinados (Álvarez Sanchís, 1999: 180-187). A tenor de la

información recabada en las tumbas atestiguadas se simplificaría a partir del siglo III a. C., siendo las espadas de tipo Arcóbriga, los puñales de modelo Monte Bernorio y los escudos pequeños con umbo metálico los máximos exponentes de la armería indígena en las guerras contra Roma en la región del Duero (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2013: 345). A su vez, la incorporación generalizada de los arreos de caballo como un objeto indispensable dentro de los ajuares más ricos podría ser una evidencia tangible de la importancia que adquiere el caballo y las élites ecuestres de este ámbito en el intento de frenar por todos los medios la expansión territorial romana (Almagro Gorbea y Torres Ortiz, 1999) (Fig.134).

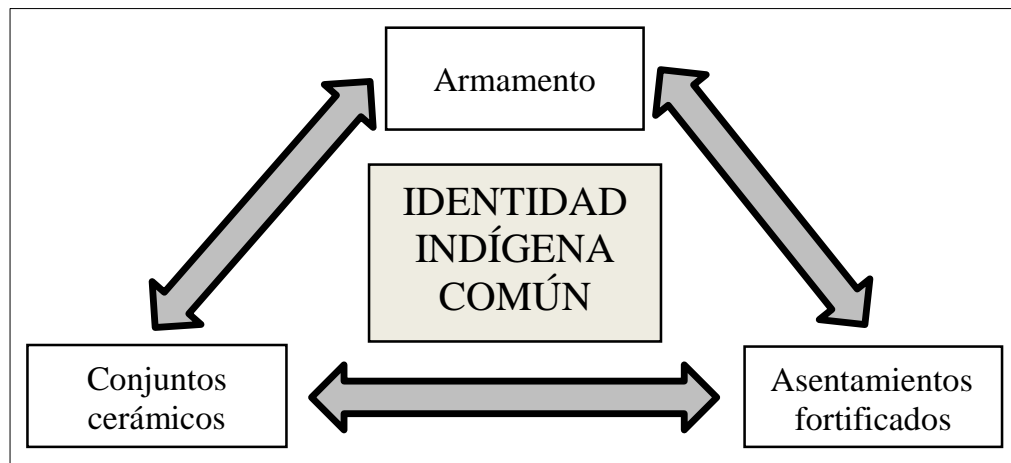


Fig. 134: Parámetros materiales que expresan la pertenencia a una identidad étnica común.

En este sentido, la adopción en Las Cogotas de tecnologías cerámicas particulares de áreas colindantes sería una acción más utilizada para reforzar la creación de un escenario identitario nuevo, fundamentado en la adhesión a un grupo étnico de naturaleza indígena y perfectamente capacitado para proporcionar seguridad ante un clima de tensión social motivado por la idea de una invasión cada vez más real. Como consecuencia de la representación de un “otro” ajeno y peligroso, la heterogeneidad identitaria étnica de aquellas gentes terminaría por diluirse o esconderse de manera consciente a favor de una entidad mayor y de carácter más global, preparado para liderar el enfrentamiento contra Roma. De ahí que se produjera desde entonces un incremento paulatino de estas producciones homogeneizadoras no solo en contextos domésticos, sino acompañando o conteniendo a los restos de las personas que se enterraron en el cementerio de Trasguja (Álvarez Sanchís, 1999: 187).

Teniendo siempre en cuenta la necesidad de concebir y explorar el pasado desde una visión caleidoscópica y con especificidades propias, la puesta en marcha de una uniformización de los conjuntos cerámicos en todos los aspectos obliga a entender estos vasos como códigos indiscutibles de significado, que pondrían de manifiesto la adscripción deliberada de los moradores de Las Cogotas a una comunidad social que rechazaría sistemáticamente cualquier mecanismo de cultura externo. Por ejemplo, únicamente el consumo de bienes cerámicos de procedencia mediterránea sería suficiente para personificar la adscripción a nuevas modas o estilos de vida y legitimar de forma directa el poder y la superioridad de Roma. Precisamente, y salvo excepciones, el no descubrimiento en Las Cogotas de recipientes de tipo itálico tendría que ver probablemente con este sentimiento de repulsa hacia todo lo que encarnase la figura de lo que se consideraba como un enemigo exógeno. La pervivencia en gran parte de la Cuenca del Duero de las denominadas como cerámicas pintadas romanas de tradición indígena o tipo Clunia (Luezas y Martín Bueno, 1995; Abascal, 2008) demostraría que esta construcción identitaria se mantendría, inclusive, tras el periodo de conquista. Al menos hasta el siglo II d.C. (Padilla Fernández, 2017b: 107), algunos talleres artesanos seguirían perpetuando el *habitus* cerámico heredado de generaciones anteriores y elaborando piezas para colectivos que se negarían a asumir como suyas las reglas de subsistencia que les habrían sido impuestas.

5.3. Identidades simbólicas

Tal y como se argumentaba sucintamente en el capítulo tres, la cultura material ofrece la posibilidad de indagar sobre las creencias de las personas que las idearon. No obstante, debería asumirse desde un primer momento que las reflexiones generadas a este respecto no pueden centrarse en la generación exclusiva de discursos categóricos y estáticos, que legitimarían en última instancia la creación de construcciones religiosas estancas y claramente definidas. De acuerdo con esto, la información aportada por las fuentes clásicas y los hallazgos de aras y esculturas votivas con inscripciones en latín referentes a teónimos indígenas han servido tradicionalmente para articular interpretaciones

bastante convencionales, acerca de la religiosidad propia de las gentes del occidente meseteño en época prerromana (Marco Simón, 1993; Sánchez Moreno, 1997; Blázquez Martínez, 2001; Salinas de Frías, 2001; Olivares Pedreño, 2002; Prósper, 2002). La innegable contaminación exógena de los textos y referencias antiguas conservadas, unida a la predilección por intentar hilar sistemas religiosos de fuerte convicción étnica y de estructura similar a los constatados en el ámbito mediterráneo, han impedido la percepción hasta ahora de otras realidades más extrañas y consideradas de menor sentido común, aunque quizás por esto más cercanas a los parámetros simbólicos que enriquecerían a ciencia cierta las identidades de aquellas personas.

Las investigaciones efectuadas en torno a la tecnología de los conjuntos cerámicos documentados en Las Cogotas a lo largo de toda la Edad del Hierro no permiten desgranar de forma detallada un panteón determinado de dioses o la expresión exacta de los ritos realizados para honrar a cada uno de ellos, pero sí ofrecen, en cambio, la oportunidad de explorar sin contaminaciones una parte importante del simbolismo inherente a la naturaleza cultural de aquel periodo. Por supuesto, manteniendo siempre presente el carácter arriesgado que conlleva el intento de estas aproximaciones hacia lo desconocido, la materialidad cerámica parece apuntar, entre otras cosas, a la no necesaria distinción de áreas geográficas concretas que compartieran el convencional trinomio de lengua, sentimiento étnico y religiosidad. Cabe la posibilidad de que la noción de lo simbólico fuera mucho más versátil de lo imaginado hasta la fecha, un hecho que le otorgaría un perfil más universal y sustentado en la existencia de auténticas convergencias de fe atemporales y suprarregionales. Desde una perspectiva secuencial, es en el conjunto de acciones desarrolladas durante el secado donde podría encontrarse la clave para entender el funcionamiento de la religión como una identidad vehicular encargada de unir en una escala específica a personas diferentes de tiempos y territorios también diferentes.

En primer lugar, el vínculo de los motivos decorativos elaborados que se plasman en las superficies de los recipientes cerámicos, al menos desde el Bronce Final hasta los últimos compases de la Edad del Hierro es más que evidente. A pesar de que las trazas de manufactura indican técnicas bastante variadas en cuanto a su práctica de ejecución, es

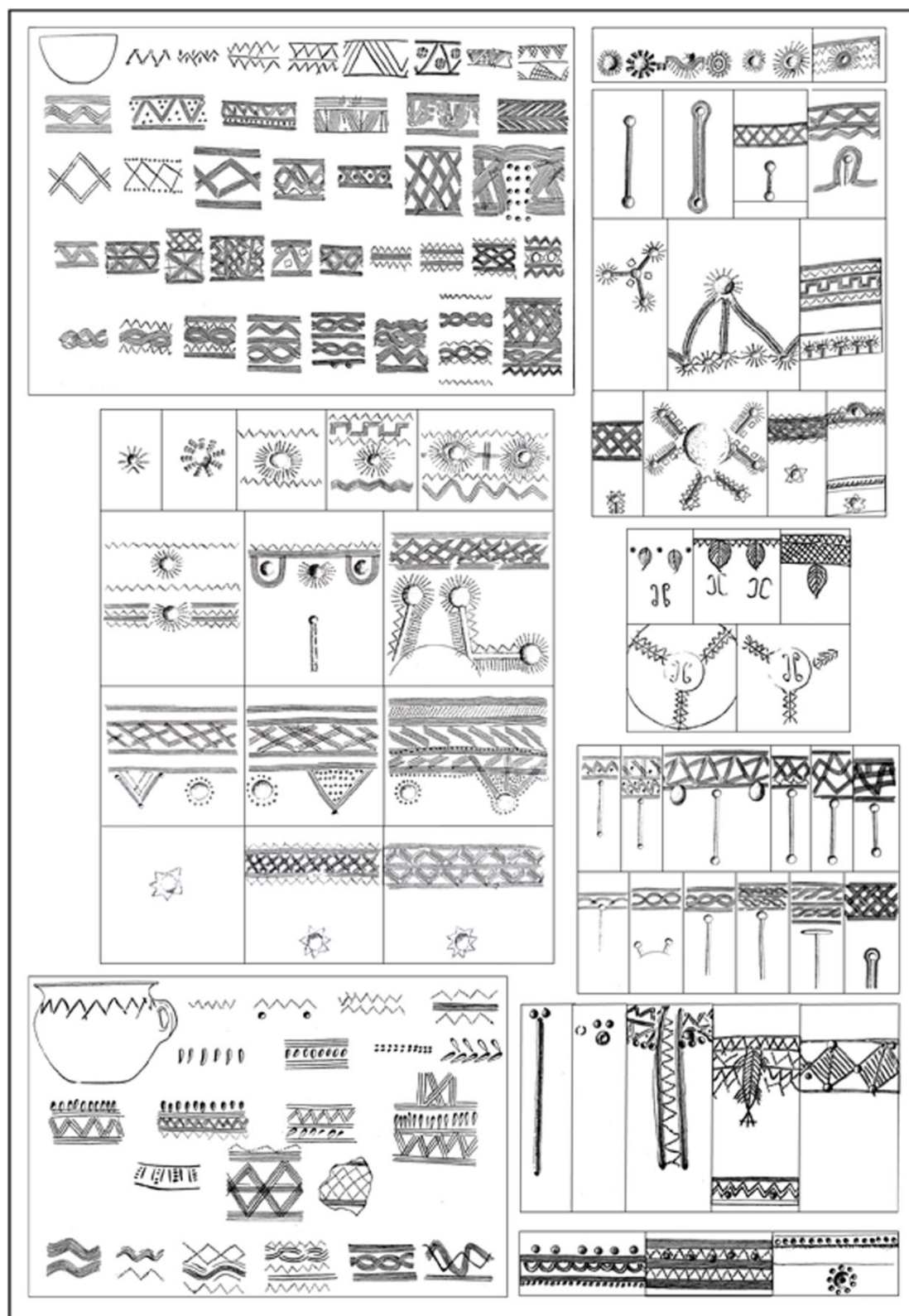


Fig. 135a: Esquemas decorativos alusivos a representaciones solares realizados con diferentes acciones técnicas (modificado a partir de Cabré Aguiló, 1930 y 1932).

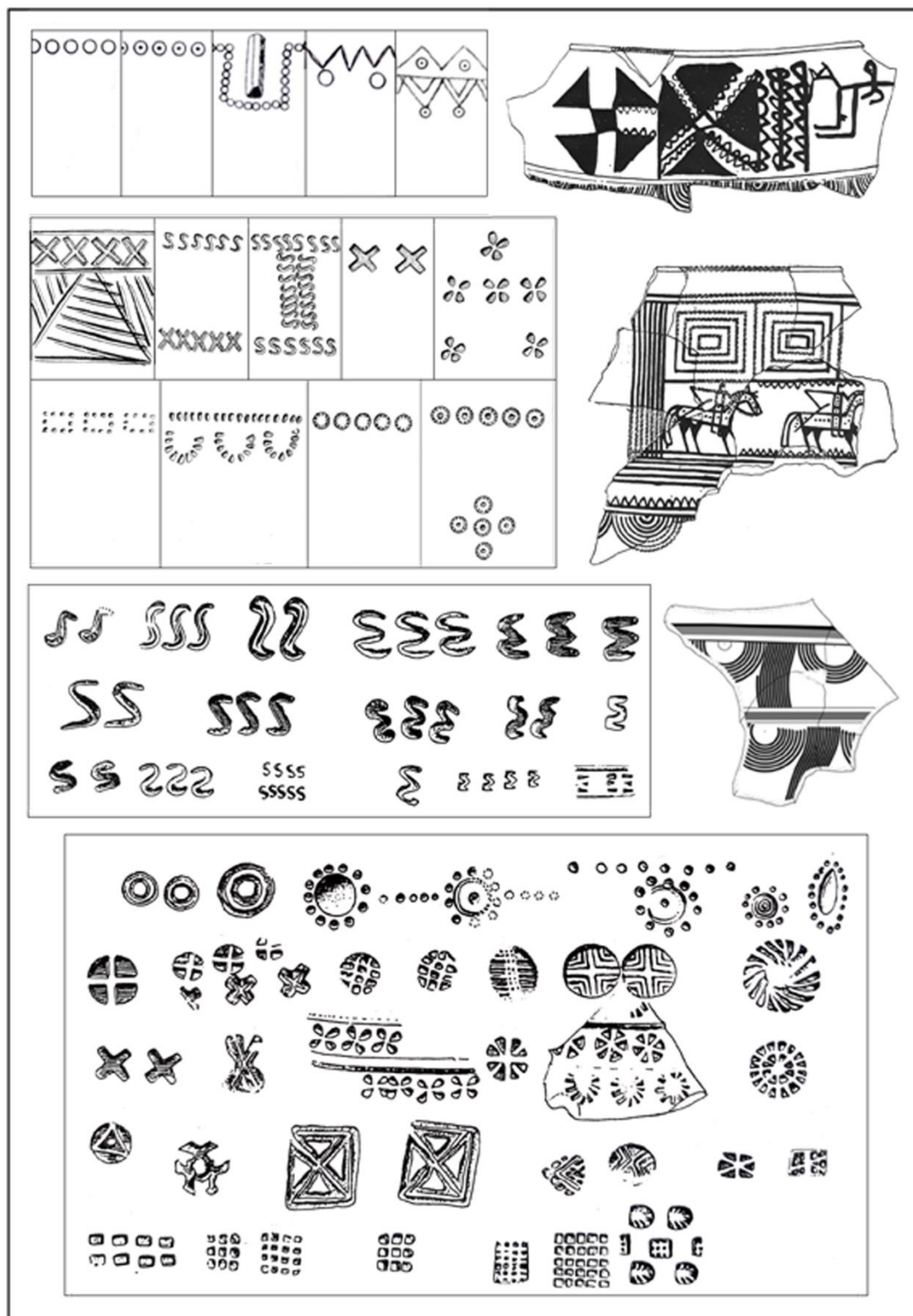


Fig. 135b: Esquemas decorativos alusivos a representaciones solares realizados con diferentes acciones técnicas (modificado a partir de Cabré Aguiló, 1930 y 1932).

probable que el grueso de las composiciones ornamentales configuradas guardara una conexión transversal ideológica. En virtud de ello, las representaciones de bandas en zigzags, los frisos compuestos por puntos o líneas paralelas y verticales, los motivos sogueados o los semicírculos, independientemente de que estas fueran fabricadas a través del uso de métodos excisos, inciso-impresos, estampillados o pintados, tendrían la misión de reflejar mensajes culturales muy complejos que con casi toda seguridad permanecerían latentes en el seno de estas comunidades durante varios siglos. El reto de ir más allá del pensamiento clásico de estilo cerámico como elemento diagnóstico más significativo para crear culturas arqueológicas, obliga a fijar reflexiones de signo estructurado que demostrarían la capacidad de estas categorías decorativas para expresar el mantenimiento de paisajes simbólicos similares en torno al astro rey. Esta hipótesis se basa en el principio de que todos los signos ideados tendrían que ver con la intención de articular caracteres solares tanto en sentido real o figurado. Esto quiere decir que desde las evidentes digitaciones circundadas por sucesiones de líneas o puntos a modo de rayos solares, hasta los dibujos peinados, estampillados o coloreados más abstractos estaban determinados por una serie de códigos sujetos a la tenencia de unas creencias específicas, que no cambiarían o se modificarían muy poco con el paso del tiempo (Fig.135a y b).

La identificación común de motivos equivalentes en otros objetos de cultura material como las armas, las cuales, aparecen frecuentemente decoradas con ricos damasquinados de cobre y plata que resaltan dibujos prácticamente idénticos a los diferenciados en las cerámicas, aún más si cabe reforzaría la idea de concebir estas representaciones como conceptos de carácter simbólico. La sucesión, sobre todo en la empuñadura de estas piezas de metal, de secuencias múltiples de líneas entrelazadas y esquemas compositivos de diversa índole que tratan de emular a toda costa el disco solar y sus rayos concede la potestad suficiente para interpretar el sol como un agente de claras atribuciones ideológicas (Fig.136). De acuerdo con esto, el estilo decorativo plasmado en el conjunto de la materialidad no dependería solo de cuestiones únicamente artísticas (Gosden y Garrow, 2012), sino también del marco ontológico propio de las personas que poblaron Las Cogotas en la Edad del Hierro, heredado seguramente de épocas anteriores. La instauración de nuevos mecanismos identitarios favorecería la consecución de técnicas

decorativas alternativas que en su mayor parte seguirían transmitiendo visualmente ciertos códigos y lenguajes de tipo religioso no afectados en este caso por la temporalidad. De ahí que en ciertos recipientes cerámicos de la Edad del Bronce y adscritos al grupo tipológico de Cogotas I muestren semejanzas decorativas aplastantes con aquellos que se realizaron en periodos posteriores. Tal y como Antonio Blanco expone recientemente en una investigación, que versa sobre la emulación decorativa entre las vajillas del Campaniforme y de Cogotas I en la meseta (2015: 46), puede ser que estas coincidencias sean aparentemente fruto de la casualidad. Sin embargo, la documentación aquí de un buen número de ejemplares cerámicos de cronologías diversas con decoraciones solares muy semejantes entre sí permite, como mínimo, otorgar el beneficio de la duda al posible perfil intencionado de estas en cada uno de sus contextos (Fig.137).

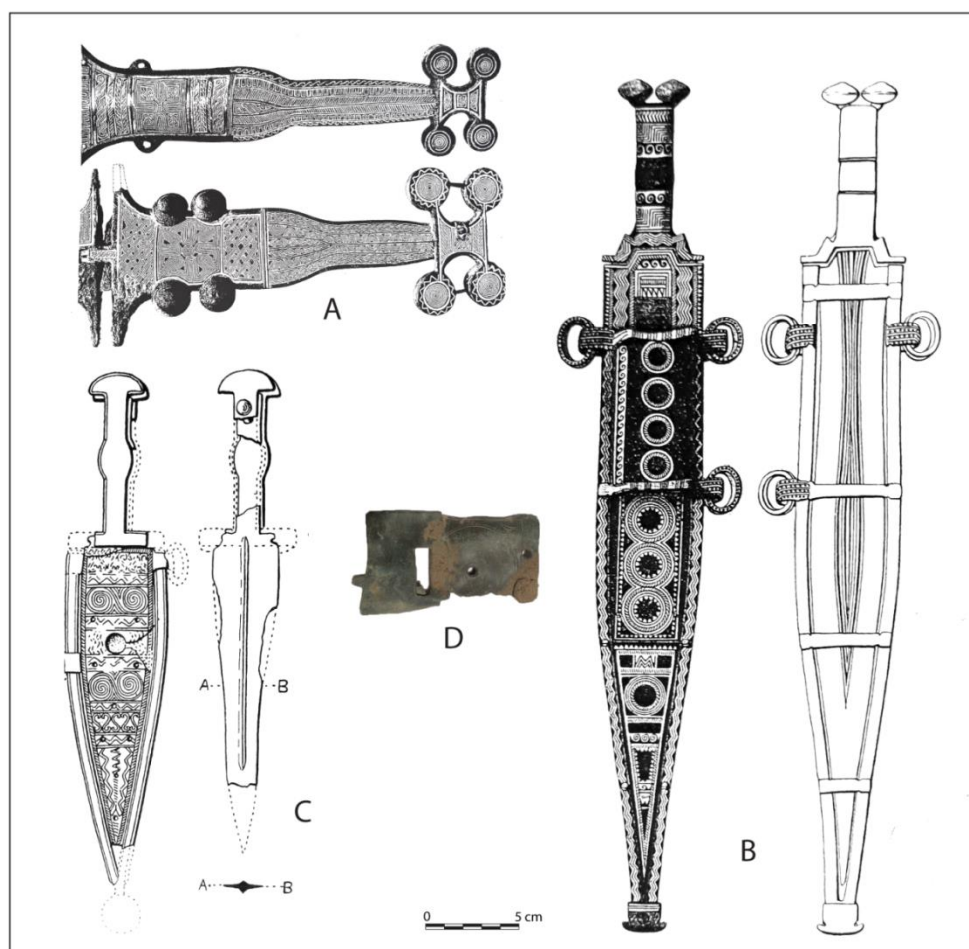


Fig. 136: Cultura material procedente de la necrópolis de Las Cogotas con motivos solares idénticos a los documentados en los conjuntos cerámicos. A) Enmangue de la sepultura 418 (lám. LIX, Cabré Aguiló, 1932); B) Espada de antenas de la sepultura 513 (lám. LXIV, Cabré Aguiló, 1932); C) Puñal de la sepultura 1354 (lám. LXXII, Cabré Aguiló, 1932); D) Hebilla de cinturón procedente del poblado de Las Cogotas (M.A.N/1989/41/3070; Cabré Aguiló, 1930).

Sin duda, este es un escenario que casa perfectamente con la más que probable existencia en aquel periodo de discursos de vida míticos que legitimarían un mundo repleto de conceptualizaciones espaciales, donde el presente se consideraría como una repetición cíclica de sucesos ya conocidos. En él, distintos elementos de naturaleza no humanan serían referentes básicos de orientación, un hecho que le conferiría a estos un poder superior y mágico. No en vano, la producción de variaciones en sus ritmos metonímicos normalizados podría producir una alteración completa del discurrir cotidiano de la vida y la llegada de escenarios extraordinarios capaces de

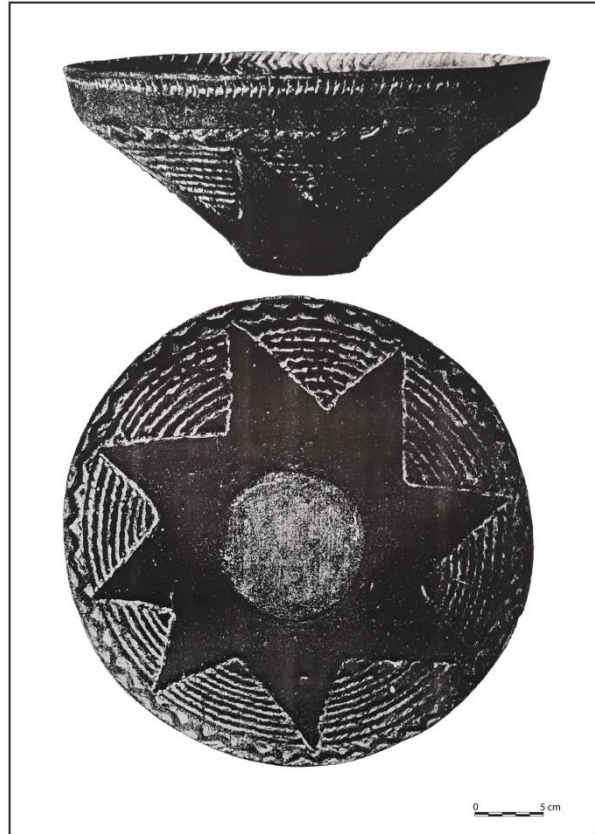


Fig. 137: Fuente troncocónica de carena alta y base plana adscrita al grupo tipológico de Cogotas I (M.A.N/33409; lám. XXI, Cabré Aguiló 1930).

desestabilizar o arruinar percepciones concretas de realidad (Hernando Gonzalo, 2002:91). De este modo, no sería para nada extraño que el sol, al igual que una gran parte de instancias naturales como los ríos, las montañas o los árboles se asociaran como mínimo en la Edad del Hierro con personificaciones divinas determinadas. De ellas dependería netamente la supervivencia del grupo, siendo su adoración imprescindible con el fin de evitar castigos innecesarios y conseguir recompensas en forma de deseos. En esencia, la naturaleza en sí misma estaría cargada de un profundo significado sagrado al constituirse esta como el eje principal de conceptualización de la realidad. La disposición de una estructura mitológica se convertiría en una herramienta cultural fundamental para dar sentido y otorgar seguridad a grupos humanos incapaces de imaginar su mundo desde puntos de vista racionales y analíticos (Viveiros de Castro, 1996).

Quizás el establecimiento de una economía de subsistencia fuertemente dependiente de las cadencias estacionales favoreciera un culto capital al sol, entendido previsiblemente como la manifestación natural más importante a la hora de garantizar el presente de las comunidades y su devenir. La visión del sol como un ente máximo, entre otras cosas, por propiciar el crecimiento de cultivos y pastos, tendría como consecuencia el desarrollo de una adoración preferente exteriorizada a través de múltiples vías sociales. En efecto, la amalgama de representaciones decorativas documentadas en las cerámicas cogoteñas podría ser precisamente uno de los muchos caminos escogidos para ello. Una vez más los conjuntos cerámicos volverían a ser utilizados como instrumentos de acción social atestados de mensajes simbólicos para quienes sabían leerlos. En función de esta suposición, las decoraciones aportarían una información valiosa acerca de la psicología religiosa de las sociedades con las que estarían conectadas y, a la par, permitirían conjeturar la existencia de grandes vínculos de relación simbólica interregionales. Porque a tenor de los datos arqueológicos con los que se cuenta actualmente, esta devoción al sol no solo sería una realidad identitaria de los habitantes de Las Cogotas y del occidente de la meseta, sino una circunstancia generalizada en el resto de la península ibérica e, incluso, en buena parte del continente europeo.

Al margen de los propios recipientes cerámicos y sus esquemas decorativos, el denominado como santuario rupestre turolense de Peñalva de Villastar recoge una serie de grabados e inscripciones rupestres dedicados al dios céltico *Lug* (Megaw, 2001), cuya locución se encuentra asociada a los términos de luz o brillantez en irlandés antiguo y a la expresión galesa “Llew Llaw Gyffes”, que traducida literalmente al castellano sería “luz de brazos luminosos” (Alberro, 2010; Hily, 2012). En él, es posible que peregrinos procedentes de diversos territorios peninsulares se reunieran para venerar en comunión al dios del sol, garante de las cosechas y guardián de los pactos o tratos de intercambio entre comunidades (Marco Simón, 2006). Más allá de la controversia generada en los últimos años sobre si los términos *Luguei* y *Toluguei* harían alusión al teónimo de dicha divinidad o más bien la prueba de la realización de un pacto o juramento entre varias personas en el marco de este oratorio (Beltrán Lloris *et al.*, 2005; Marco Simón y Sopeña Genzor, 2017: 135-137; Tord Basterra, 2017: 281), el hecho de que este espacio se conciba como un lugar

sagrado para sociedades íberas o celtíberas demostraría el compartimento efectivo de lazos religiosos por parte de grupos humanos que, *a priori*, serían étnicamente diferentes. Esta hipótesis cobraría mayor validez si se tienen en cuenta también las numerosas menciones a esta divinidad solar repartidas por gran parte de la península ibérica y el continente europeo. Casi todas ellas se corresponden con epígrafes latinos fechados a partir del siglo I, entre los que merece la pena destacar el ara votiva patrocinada por el *collegium* de zapateros originaria de la antigua Uxama, pero reutilizada como pila bautismal en la ermita de San Roque de Osma (Alberro, 2010), los tres altares dedicados a los *lugoves* descubiertos en Lugo (Marco Simón, 2006), la inscripción de Peña Amaya en Burgos (Untermann, 1980), o los famosos epígrafes galos de Nîmes en Francia y Avenches en Suiza, donde en teoría *Lug* aparece ligado a la advocación del dios romano Mercurio (Ovist, 2004). En cuanto a epígrafes en otras lenguas las referencias más dignas de ser resaltadas serían la estela de grafía “tartésica” de Fonte Velha hallada en el Algarve Portugués (Untermann, 1997) y la placa de plomo documentada en la región francesa de Chamiers, escrita en cursiva y en celta galo (Alberro, 2010) (Fig.138).

La vinculación de todos estos datos con investigaciones recientes, centradas en torno a la cerámica estampillada de la Segunda Edad del Hierro en el occidente europeo (Cabanillas de la Torre, 2015), permitiría avalar aún más la idea de considerar la materialidad cerámica como una herramienta de integración cultural y religiosa suprarregional de primer nivel. Pese a la constatación de grados de coherencia estilísticos regionales y hasta específicos de cada asentamiento, un enfoque comparativo de los motivos estampillados cerámicos a escala europea admite apreciar conexiones evidentes en cuanto a motivos, soportes y contextos de depósito, estos últimos siempre supeditados a la alimentación, la bebida y los rituales funerarios (*ibidem*, 2018: 213). La confirmación de dichas convergencias entre territorios bastante separados espacialmente prueba que el estampillado sobre cerámica sería un medio de comunicación no verbal que transmitiría activamente un mensaje compartido de forma genérica por todas las personas encargadas de su manufactura y más tarde de su consumo.

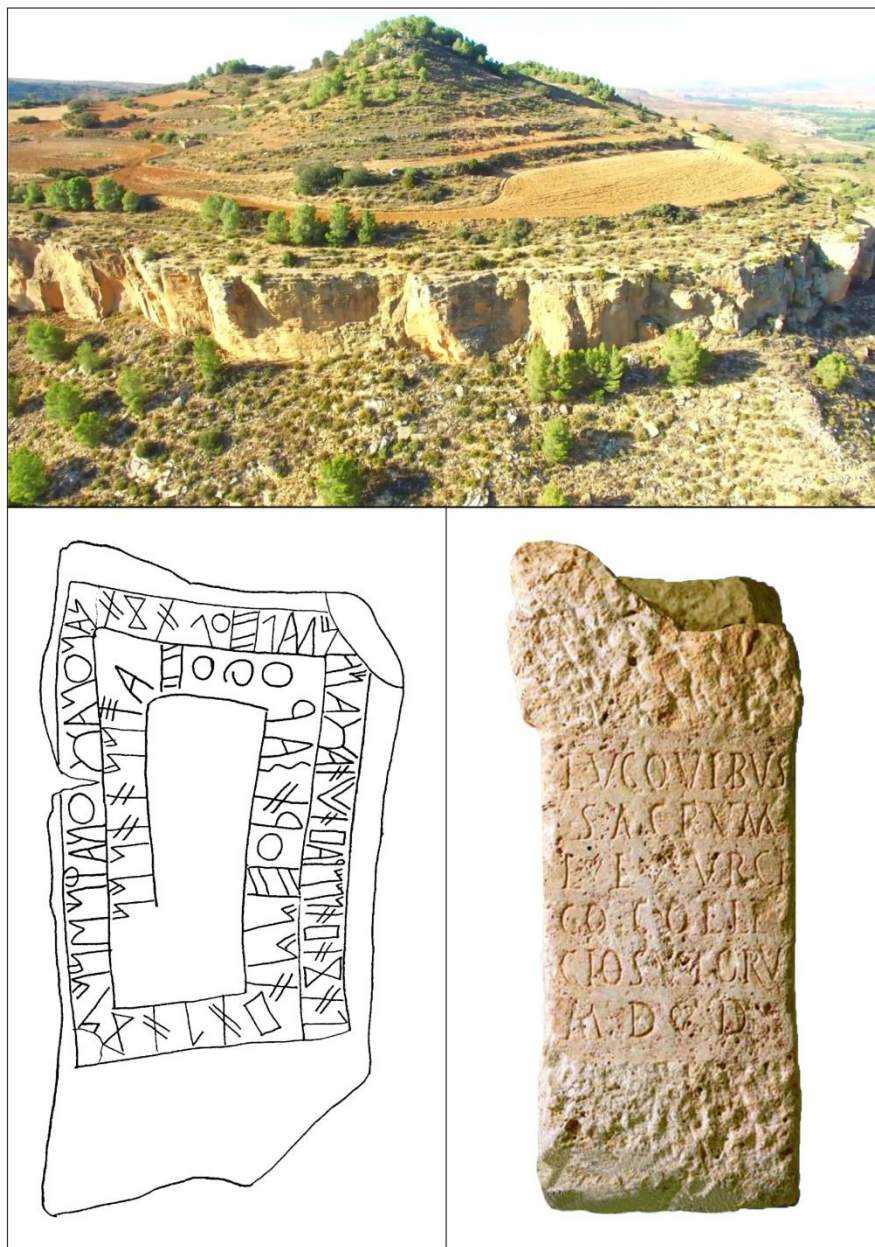


Fig. 138: (Arriba) Santuario de Peñalba de Villastar (Teruel). (Abajo-izquierda) Inscripción tartésica de Fonte Velha (Bensafrim, Lagos) (Alberro, 2010). (Abajo-derecha) Estela de Burgo de Osma (Osma, Soria) (Hispania Epigraphica, Record No. 8644).

La validación además del carácter foráneo del supuesto punzón de Las Cogotas (M.A.N/1989/41/288), reseñado y estudiado pormenorizadamente en los capítulos uno y cuatro, y empleado aparentemente para sellar motivos continuados en aspa o en cruz sobre arcillas en estado de cuero, pone de manifiesto que, en efecto, existiría un entramado complejo de redes de proximidad interregionales y una institucionalización marcada de

ciertos motivos decorativos a modo de códigos normalizados de expresión simbólica. Sin duda, se trata de una trama sugerente que ya ha sido propuesta como alternativa para intentar dilucidar la causa de la generalización de lenguajes decorativos concretos, sobre todo a partir del siglo V a. C., en zonas amplias de Centroeuropa, incluso, muy alejadas entre sí (Megaw, 2009; Zeiler *et al.*, 2009). De acuerdo con esto, un conjunto determinado de signos habría sido elegido de manera consciente para actuar socialmente como agente homogeneizador de un sentimiento común inconsciente, como es la pertenencia a un fenómeno identitario religioso de naturaleza global entroncado alrededor de un culto al sol.

Tal y como expone Almudena Hernando (2002: 99), la estructura cognitiva de cualquier religión se construye siempre desde una perspectiva mítica, que hace que sea invisible para las personas que la componen; en este sentido, tanto el sujeto como el objeto de conocimiento formarían parte de una misma realidad, propiciando la creencia de que el mito es una verdad esencial que sostiene una porción importante de identidad (*ibidem*: 92). Precisamente, la asunción de esta circunstancia explicaría la documentación por toda Europa de cultura material perteneciente a distintas comunidades con elementos decorativos similares. En este caso, las múltiples técnicas empleadas para crearlos serían entendidas únicamente como meros medios de ejecución para representar un tipo de identidad relacional que unificaría desde el punto de vista ideológico a gentes de ámbitos geográficos enormemente diversos.

La percepción de los objetos cerámicos, no como entes aislados, sino como piezas primordiales en el discurrir cultural de las sociedades del pasado (Dobres y Robb, 2005), permite a su vez reflexionar acerca de los posibles ritos desarrollados en la Edad del Hierro para aproximarse o rendir pleitesía a determinadas instancias sagradas. A pesar de la extrema dificultad de detectar este tipo de acciones por medio de la información aportada desde el registro arqueológico, la puesta en práctica de planteamientos holísticos ha respaldado la configuración de estudios que tuvieran en cuenta no solo los datos recabados del análisis de las cadenas operativas de las cerámicas encontradas en Las Cogotas, sino la variabilidad y la disposición espacial de la totalidad de las composiciones decorativas distinguidas en los propios recipientes. Esto quiere decir que, aparte del estudio tecnológico

y formal de las decoraciones, se ha prestado un gran interés a intentar discernir la percepción visual oportuna habida sobre estas en la Edad del Hierro. Siguiendo en todo momento las indicaciones de Peter Wells (2009; 2012), uno de los primeros investigadores que ha empezado a recapacitar en la necesidad de aplicar en Arqueología este cambio de óptica, podría proyectarse como un hecho resaltable la heterogeneidad de los esquemas decorativos en cuanto a su situación.

Dejando a un lado las típicas escenificaciones representadas a través de frisos en las partes superiores de los vasos, más acordes a perspectivas fenomenológicas occidentales, un número elevado de ellos adscritos tipológicamente al grupo de Cogotas II presenta, por ejemplo, figuraciones que juegan constantemente con la forma circular de las bases. Además, parece que en la mayoría de los casos se alinean motivos inciso-impresos verticales, trenzados o en zigzag, que arrancan a menudo desde la misma base, una realidad que impide la visualización de estos dibujos frontalmente, por lo que tendrían que ser apreciados de manera diferente. Obviamente, esta singularidad demanda la realización de trabajos alternativos que estén principalmente centrados en tratar de averiguar la semiótica particular contenida en los signos de estos recipientes. Las informaciones técnicas y traceológicas recabadas hasta ahora apuntarían que, como mínimo, el significado de estas posiciones decorativas podría estar relacionado con la materialización de dos tipos concretos de rito.

El primero de ellos conectaría con la producción intencionada de los dos pequeños orificios que algunos cuencos poseen al filo del borde. En consecuencia con los fundamentos esgrimidos en el capítulo cuatro, el descarte de la manufactura de estos huecos por causas exclusivamente funcionales, obliga a inferir que la elaboración de estas perforaciones estuviera ligada a la consecución de una de las muchas fórmulas practicadas por los habitantes de Las Cogotas para sentirse protegidos por la divinidad solar. En esta ocasión, puede que tras la ejecución de un ritual colectivo enlazado con la luminosidad tan característica del dios sol, cada grupo familiar guardara una pequeña porción de esta en su ámbito doméstico y dentro de la estructura conformada por la superposición de dos cuencos prácticamente idénticos, unidos por pequeñas lañas. Quizás, el sostén de una llama ritual en

el interior de cada casa mediante este sistema garantizaría el privilegio de sentir que una entidad sagrada velaría por cada uno de sus miembros. Según esto, el diseño de las composiciones decorativas, que en sentido abstracto entienden la base de las piezas como una órbita solar y los motivos creados como rayos que parten de ella, habría sido planificado para ser visto desde abajo y en dirección inversa. Es probable, por tanto, que el mensaje oculto de estas decoraciones tuviera que ver con la señalización del contenido simbólico recogido en estas cerámicas (Fig.139). Es muy posible incluso que el mantenimiento de la manufactura de estas formas, justo en el momento en el que los modelos cerámicos de Cogotas III se afianzan como el ajuar de vajilla más común, se supeditara en parte al vínculo de este tipo de recipientes con la celebración expresa de este ritual. De este modo se respetaría la tradición, avalando por completo el éxito ideológico del acto en sí.



Fig. 139: Posible reconstrucción del sistema de almacenamiento de restos de “fuego sagrado”.
(Arriba) M.A.N/1989/24/54.
(Abajo) M.A.N/1989/24/693).

La documentación tanto en contextos domésticos como funerarios de una cantidad elevada de bastantes recipientes vinculados asimismo a modelos formales del grupo tipológico de Cogotas II, sin perforaciones de unión, pero con secuencias decorativas en posiciones inferiores y poco visibles a partir de perspectivas frontales, plantea la existencia de más ritos articulados en torno a la exposición de estas cerámicas desde otro ángulo. El hallazgo frecuente de piezas de estas características en los espacios que se presuponen de vida podría guardar relación con la culminación de complejas liturgias de exhibición

realizadas para promover el favor de una serie de dioses. La representación continua de motivos ligados directa o indirectamente al sol implicaría de nuevo la confección de acciones de carácter mágico alineadas alrededor de la simbología de este astro. La toma en consideración de información etnohistórica procedente no solo de la península ibérica (Rodríguez González, 2001; Cousillas Rodríguez, 2002; Alberro, 2010), sino también de diferentes regiones de Europa Occidental (Rhys, 1901; Mac Neill, 1962; Ross, 2000), admitiría desarrollar, incluso, interpretaciones fiables acerca de cómo y porqué sería coherente la celebración de estas liturgias hace más de 2000 años.

Es posible que, ante la necesidad de tener que reactualizar constantemente su estructura mítica, las comunidades de la Edad del Hierro llevaran a cabo fiestas similares a las materializadas hasta hace poco en la Isla de Man, Irlanda y Escocia o las que, por ejemplo, todavía perviven en tierras ibéricas y que tienen lugar en periodos muy señalados del calendario agrícola y ganadero, como son las hogueras de luz en honor a la virgen de la Candelaria el 2 de febrero o a San Juan el 24 de Junio (Fernández Montes, 1996). Aunque fuertemente cristianizadas, todas ellas estarían conectadas con el deseo de ritualizar el momento en el que las cosechas se inician o maduran y se produce el nacimiento o destete de ciertos animales domesticados (Fig.140). Qué duda cabe de que la práctica de estas festividades en sociedades dependientes de una economía crítica de subsistencia se convertiría, en toda regla, en un acto de compromiso y de gratitud con la divinidad por la llegada esperada de riqueza en forma de alimentos, fortaleza física y salud. De acuerdo con esto, ¿qué hechos impedirían entonces imaginar la puesta en escena de conmemoraciones solemnes en época prerromana? En estas conmemoraciones, aparte de festejar colectivamente el retorno de la abundancia con bailes, cantes y banquetes, se proyectarían auténticas actividades de exaltación religiosa en las que las cerámicas decoradas con símbolos solares, como las descubiertas en Las Cogotas, se levantarían una y otra vez para consagrar y renovar el nexo de unión con la deidad portadora de luz y fecundidad por excelencia (Fig.141).



Fig. 140: (Arriba) Fiesta de la Virgen de la Candelaria el 2 de febrero en Bailén, Jaén. (Abajo) Paso del Fuego y Mórdidas durante la Onomástica de San Juan en San Pedro Manrique, Soria (foto diputación de Soria, Junta de Castilla y León).

La evidencia arqueológica de abundantes registros faunísticos en la necrópolis de Trasguija, así como calderos de bronce y otros utensilios de fuego como asadores, morillos, tenazas, trébedes y trípodes (Cabré Aguiló, 1932; Álvarez Sanchís, 2003: 120), permiten intuir que estas ceremonias rituales se efectuarían también para garantizar una vida de plenitud en el más allá. Pese a que es arriesgado certificar su realización debido a las escasas pruebas materiales con las que se cuentan para ello, la conjunción de estas

evidencias y la constatación de tumbas con restos de patas, costillares, o mandíbulas de animales quemados, dan pie para plantear, al menos, la ejecución de banquetes funerarios en los que participaría el propio difunto para perpetuar su conexión con el dios sol, incluso después de su muerte. Todo indica que tras la repetición del proceso de exaltación, en el que las cerámicas presentadas en alto actuarían como agentes comunicadores con la divinidad, se procedería al entierro del cuerpo cremado dentro o junto a estas cerámicas, que legitimarían de forma mítica su inmortalidad en el mundo de los muertos. En este sentido, la obsesión de estas comunidades por superar el trance hacia lo desconocido y burlar a la muerte explicaría por qué es habitual encontrar cerámicas de distintos tipos, pero siempre decoradas con figuraciones solares, en contextos de sepultura. Que estas estuvieran pintadas, estampilladas o incisas a peine sería básicamente lo de menos, importando realmente solo su capacidad para transmitir códigos concretos de significado simbólico.

La relación existente entre decoración cerámica e identidad religiosa se podría evaluar igualmente a través del análisis de otros adornos singulares como son los calados y las marcas de fuego leves vinculadas a estos, muy propios de copas y soportes adscritos tanto a recipientes de Cogotas II como de Cogotas III. La certeza de trazas indiscutibles de combustiones internas, la detección de signos claros que certifican la elaboración intencionada de cortes durante la fase del secado para crear estas formas repletas de oquedades y la representación frecuente de esquemas decorativos solares a nivel de superficie, inducen que los moradores de Las Cogotas tendrían programado socialmente otro rito dedicado al sol y a su culto. Los detalles y particularidades de este se escapan por completo hasta el momento, eso sí, tendría como los demás la misión prefijada de consolidar y renovar la condición única y verdadera de su mito. A tenor de las pruebas materiales, es probable que en el interior de estas piezas se colocaran elementos de carácter lumínico a modo de candiles, posiblemente con el propósito de instaurar un entorno místico que ayudara a conectar directamente con la divinidad (Fig.142).



Fig. 141: Reconstitución de una figura de “Sacerdote” ejecutando un rito solar (Ilustración de Diego Ortega Alonso).

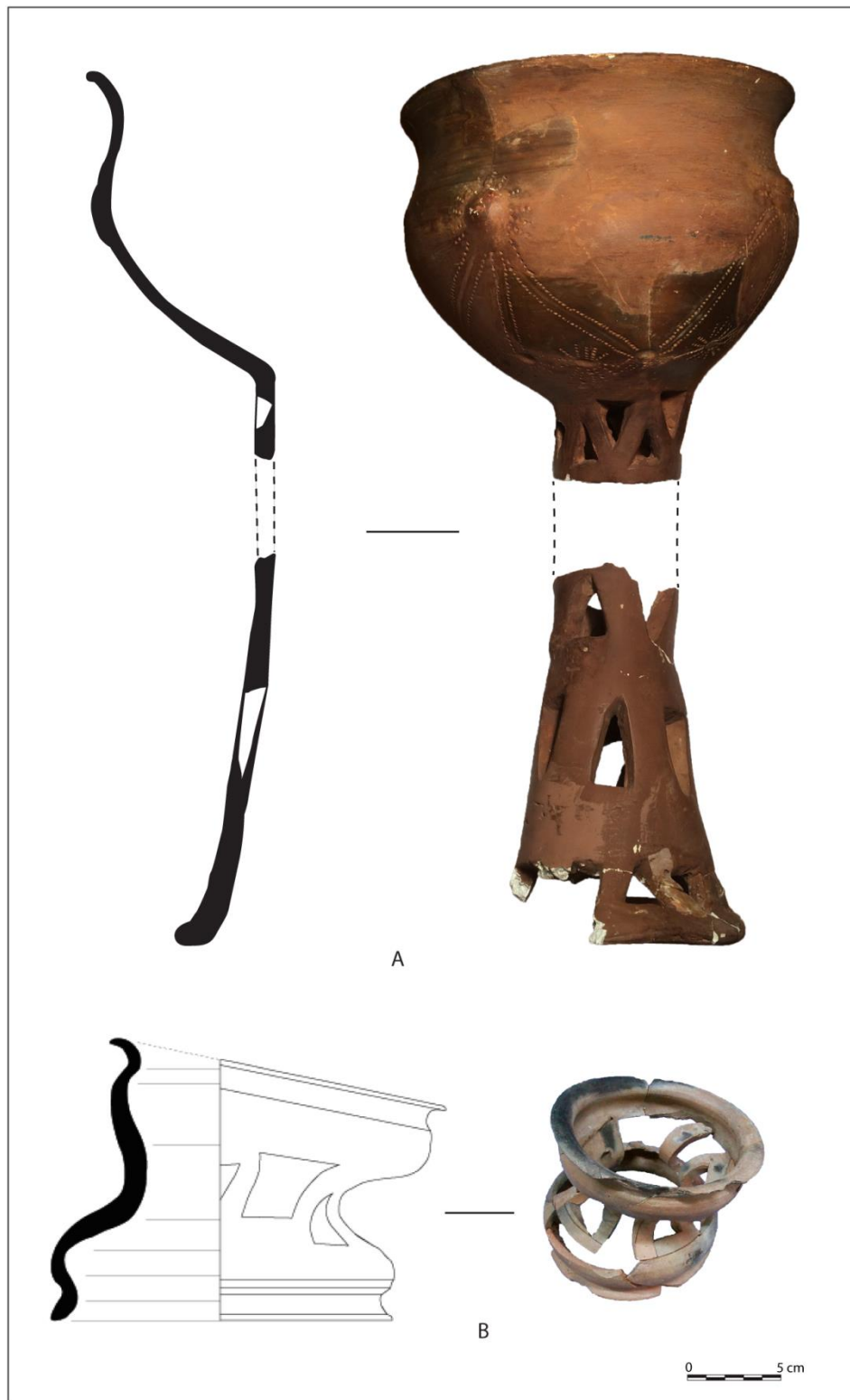


Fig. 142: (Arriba) Cuenco de pie calado con decoraciones solares descubierto en Las Cogotas (M.A.N/35483; lám. XXXV, Cabré Aguiló 1930). (Abajo) Soporte cerámico calado con defectos de cocción hallado en la estructura 14 del alfar Las Cogotas (CO-1986/1989-506).

Tal y como expone Gonzalo Ruiz Zapatero (2018: 88), en Arqueología se ha indagado bastante poco sobre el papel que la luminosidad jugaría en la creación de ambientes determinados en el pasado; una carencia historiográfica que ha propiciado a lo largo de los años la omisión y pérdida de una parte de la información contenida en el registro. Si bien el objeto de este estudio no reside en suplir este tipo de lagunas, si se pone en antecedente la necesidad de seguir indagando en el importante valor de lo visual. En esta ocasión, estas cerámicas serían cruciales a la hora de entablar espacios específicos donde el sujeto humano se convertiría previsiblemente en un objeto más a entera disposición del sol como instancia sagrada.

Desde una perspectiva global, más allá de la construcción de las interpretaciones de carácter genérico formalizadas acerca de una pequeña fracción del mundo simbólico propio del occidente de la Meseta en la Edad del Hierro, queda patente que los ritos se encontrarían plenamente normalizados e institucionalizados en esta época, así como la enorme influencia que el concepto de poder dispondría en torno a lo sagrado desde dos variantes distintas, pero estrechamente interrelacionadas.

La primera de ellas estaría ligada a la concepción del mito como máximo creador del orden cultural y dador de sentido a la realidad en su conjunto. Y es que, la asunción de este mecanismo social como herramienta para sentirse protegido ante una naturaleza repleta de fenómenos incontrolables conllevaría, al mismo tiempo, la creación de toda una serie de entidades sagradas que actuarían como las principales valedoras de dicha protección. A cambio, se establecería una relación de total dependencia por la que los seres humanos, que tendrían esta sensación de seguridad ficticia, reconocerían continuamente que no serían los dueños ni tendrían ningún poder de decisión sobre sus propias vidas.

La segunda de estas variantes entroncaría perfectamente con la concepción de identidad interseccional y multiescalar defendida a lo largo de este trabajo, puesto que el conocimiento de lo enigmático se constituiría seguramente como una estrategia más de poder aprovechada para alcanzar posiciones de liderazgo dentro de estas comunidades. Tal y como apuntan Kristiansen y Larsson (2006: 72-76), la figura de un agente intermediario

que mantuviera intacto el contenido del mito en colectivos ágrafos sería primordial, ya que su modificación bajo cualquier circunstancia podría poner en peligro las leyes ontológicas y alterar bajo consecuencias catastróficas el orden de la realidad. Precisamente por esto, los encargados de preservar las reglas simbólicas y cumplir a raja tabla con los ritos serían reconocidos como miembros con un estatus privilegiado en el seno de estas sociedades. No era para menos, porque de sus saberes rituales y conocimientos astronómicos dependería por completo la supervivencia del grupo. Así lo reconocería también la representación iconográfica puntual de estos especialistas en varias decoraciones de cerámicas numantinas (Marco Simón y Sopena Genzor, 2017), que servirían homológamente para avalar la preponderancia de estos actores en Las Cogotas y el occidente de Iberia.

FINAL CONSIDERATIONS

Now that the writing of the chapters that constitutes this work has been completed, it seems perfectly possible to answer the question that was raised in the introduction. Certainly, to conduct a research in the 21st century on Iron Age ceramics from the Meseta opens new horizons and allows us to reflect on spaces and times that are in theory considered fully defined, but which in practice are not. The choice of the site of Las Cogotas as an archaeological centre of operations and the Iron Age as a diachronic timeframe has served, at least, to articulate other perspectives that help generate different historical interpretations; neither better nor worse, just different.

The object of this study has been from the beginning the dynamic social reality specific to the Western Meseta of the Iberian Peninsula more than two thousand years ago. This means that identities have emerged as the focus of the analysis in an ambitious project, which has been permanently undergoing transformation and in which ceramic materiality has played a leading role. Thanks to it, this study was able to approach, humbly and facing the obvious difficulties of dealing with heterogeneous archaeological records, aspects of the life of those people little or nothing known until now. However, this work has also been very useful to update and systematize previous inferences, to draw an alternative theoretical and methodological framework that defends above all the close relationship between people and objects and to consider Technology as an adequate mechanism to obtain reliable clues about the society that generates it.

Avoiding conventionalisms and understanding the ceramic assemblages not as final products with clear formal and functional features, but as active elements that comprehend the meaning codes and social values of the communities to which they belong, it has been possible to deepen into three large identity categories strongly tied to each other and interconnected at multiple levels. The first one has been considered in connection with the social concept. Although all kind of identity is configured by default as a social unit, in this part of the analysis it is the technical aspects that support theoretical readings about the developing male individuality to the detriment of female individuality in the Iron Age that have been pointed out. In this sense, the establishment at the beginning of this period of a

pottery set consisting of products preferably meant for individual use and with a predetermined function may reflect the strengthening of views that would support the inexorable march towards a world increasingly focused on the particular and progressively relegating emotional relationships to a second term. Few centuries later, the incorporation of the potter's wheel as a tool for the manufacture of ceramic elements and the organization of production based on this new technology would be responsible for consolidating even more this idea of groups guaranteeing a more individualized identity and, therefore, more individualized. The superiority of the masculine "I" as opposed to the collective and feminine would be reinforced through the control of knowledge, a fact that would propitiate the emergence of a level of structured social organization based on an authority fixed by skill and practical experience. The production of thrown pieces, characterized by their high quality following its establishment as a technical tradition, would grant status and power, at the same time that would consciously and unconsciously justify the foundations of the patriarchal order.

However, the maintenance of ceramic productions in domestic contexts would be a diagnostic element that would lead to think also of the existence in the Iron Age of relational bonds much stronger than those that today prevail, for example, in Occident, perhaps as a result of the strong predominance in the past of a mythical perception of reality. Thus, authentic connection systems would be established at different levels that, in no way, would contradict the emergence of small lineages holding individualized power. What is more, the gradual subsistence and consolidation of this separation of the emotional would be precisely a direct consequence of the underlying permanence of relational identities of different types. The gift or exchange of women, ceramics and other exotic products among the elites could be the materialization of these connecting links among a selected group of people. The assumption of trapezoidal type societies would help to understand the bonds of union that would have given a feeling of security in a framework of life where space would be established as the governing parameter of the ontological order. It is logical to think then that the wisest, that is to say, all those who by natural law would know the necessary keys to continue living calmly in a hostile environment full of dangerous agents, would occupy the highest ranking of the community. This model does not match the one that currently prevails in postmodern settings, but it would legitimize a world with perfectly individualized features that would not have reached sufficient socioeconomic complexity to rationally manage the meaning of the unknown.

Secondly, the issue of ethnicity has been deepened. According to the data obtained after the technical analysis of the ceramic assemblages found in Las Cogotas, the existence of a panorama full of diversity which tries to overcome the recurrent historical association of archaeological culture with ethnic identity is proposed. The comparison of the technological *habitus* of the recipients documented in the site of Avila with that of settlements as far away as the Alto de la Cruz de Cortes of Navarra or the one of Torrique in Toledo allows applying the concept of "Ethnic network" coined by Anthony Smith (2008: 31), whereby ethnic identity is understood as a network. The first Cogotas II ceramics found in the archaeological record serve a common technical tradition that admits to intuit the evidence of powerful relationship ties not only between nearby communities, but also between groups separated by a considerable geographical distance. In this case, the extrapolation to the Iron Age of a heterarchical system of organization could help to understand the construction of interregional ethnic scales sustained on the basis of non-centralized power structures. Though, despite sharing express cultural patterns with other territories, it is possible that "ethnic communities" (*ibidem*: 33) may have develop with a particular name, based on immediate realities such as the birthplace or the family. However, the limited presence of particular technical actions instinctively designed to delimit a conscious idea of "us" makes the elaboration of conclusive hypotheses in this regard extremely difficult.

At the same time, the comparative study of the ceramic operative chains of Las Cogotas has certified that these networks would be reordered over time to create in the Second Iron Age a new system of relationship geographically circumscribed to the Western Meseta. It is probable that this scheme still worked at full capacity just before the conquest of Rome, thus contributing to the fact that the authors of the classical sources described the survival of a Celtic tribe settled between the rivers Tajo and Douro, the Vettones. Undoubtedly, it is an exoethnic construct derived from an integrating vision and that directly connects with the concept of "ethnic categories" of Antony Smith (*ibidem*: 30). By this concept it can be understood that the word "vettón", conceived from the outside, would not be symptomatic of the identity phenomena displayed in these lands. Perhaps, the populations denominated intuitively as vettonas never felt like such. On the basis of this, the technological analysis of the ceramic material culture supports the presence of clear horizons of relationship between different human groups, but not to the point of having a political alliance of first level according to a Roman style, centralized and supported by the principle of frontier. The world of the Iron Age would be a world increasingly fragmented, although because of a growing hierarchical process more in line with social systems subject to a greater reciprocity.

So much so that, in the struggle to prevent the conquest of the Iberian Peninsula from advancing inland, people belonging to different communities and ethnic networks came together to face the main threat of all of them. This time, ceramics would be closely linked to the creation of identity and otherness. The sudden incorporation of completely new technical gestures to produce ceramic elements of Celtiberian tradition by the potters of Las Cogotas could be due to the interest of forging a common indigenous identity against the interests set by Rome. Along with the rest of the materiality, the ceramics would become true mirrors that would directly reflect the reformulations and transformations experienced by the societies of the past to adapt to the vicissitudes of the moment.

In the third instance, specific social aspects that concern symbolic identities have been addressed. Apart from reinforcing the opinion that bets for the establishment of societies more and more individualized and based on the power of knowledge, the technical exploration of the ceramics of Las Cogotas has allowed glimpsing religious behaviours typical of the Iron Age practically unknown until now. Despite the difficulty involved in interpreting such abstract issues, the finding of transverse decorative schemes and characters has allowed to suppose that ceramics transmit essentially ideological messages. Regardless of the technical actions used to stamp on the surface of the containers, the totality of the ideas conceived seems to respond to similar decorative patterns related to the sun and its condition as a light generating entity. Somehow, the dependency of the group's survival around the sun, determined mainly by climatic seasonality and the insecurity concerning the fact that it may be favourable for the growth of crops and livestock, would generate the construction of a timeless religious and supra-regional identity centred on the veneration of the solar star as creator and giver of life. The pre-Roman communities of the Western Meseta would capture this particular devotion through the representation of decoration “a peine”, stamped or painted. In this case, the stylistic differences being minor issues that would not affect the meaning of the information transmitted.

The technological description of various ceramic appendices and its, often, correspondence with the place chosen for the placement of decorative friezes has also motivated the elaboration of theories about the potential rites that would be subject to the need to constantly update the myths linked to this possible deity. The distinction of fire marks in bowls that have two perforations just at the start of the edge and basal solar decorations, which are only perceived correctly if raised or shown in the reverse position, suggests the continued celebration of ritual ceremonies where these objects would have had a transcendent

function. At the same time, the design of fully pierced pieces and the appreciation in it of evident traces of combustion presuppose actions aimed at creating specific light environments related to the culmination of some kind of mystical experience. Although the construction of a perfect scheme capable of telling what these rites would have been is quite complicated, it is nonetheless possible to say that ceramics would probably have been one of the more important means used to request defence or protection and to connect directly with the divine in both this life and the next.

In short, two primordial facts may be highlighted based on what has been exposed so far: that the Iron Age in the Western Meseta of the Iberian Peninsula has been, is and will remain a great unknown and that the only way to face this ignorance is based on the execution of a research project focused on the people who lived in it.

Indeed, the search for the identities of the past stands as an arduous and difficult task, full of setbacks and dead ends, which demands the realization of many more works in this regard. In this sense, the final considerations that are raised here are only one more step waiting for future studies and reflections that may complete or disprove them.

BIBLIOGRAFÍA

A

Adroher Auroux, A. M., Sánchez Moreno, A. y De la Torre, I. (2016): Cerámica ática de barniz negro de Iliberri (Granada. España). Análisis crono-estadístico de un contexto cerrado. *Portugalia, Nova Série*, 37: pp. 5-38.

Alain, P. (2012): Potiers et tourneurs des temps heroiques: Le tour á bâton. Archéocéramique. *Ars Cretariae*. Recuperado de : <http://arscretariae-archeoceramique.blogspot.com.es/2012/10/potiers-et-tourneurs-des-temps.html>. Acceso el 02/07/2018.

Alcina Franch, J. (1989): *Arqueología antropológica*. Akal. Madrid.

Almécija, S. (2009): *Evolution of the hand in Miocene apes: implications for the appearance of the human hand*. Tesis Doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona.

Abarquero Moras, F. J. (1997): El significado de la cerámica decorada de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXIII: pp. 71-96.

Abarquero Moras, F. J. (2005): *COGOTAS I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Junta de Castilla y León, Consejería de Turismo.

Abascal Palazón, J. M. (2008): Las cerámicas ‘tipo Clunia’ y otras producciones pintadas hispanorromanas. (Bernal, D. y Ribera, A. eds.). *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. UCA. Cádiz: pp. 429-443.

Albero Santacreu, D. (2011): *Caracterización tecnológica, social y adaptación funcional de cerámicas prehistóricas del oeste y sureste de Mallorca (1750-50 bc)*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada.

Albero Santacreu, D. (2014): *Materiality, Techniques and Society in Pottery Production: The Technological Study of Archaeological Ceramics Through Paste Analysis*. De Gruyter Open Ltd. Varsovia y Berlín.

Albero Santacreu, D. y Puerta, L. (2011): Tradición, funcionalidad y materia prima: el núcleo alfarero de Pòrtol (Mallorca). *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en*

Investigación Arqueológica. Libros Pórtico. Universidad Complutense de Madrid. Madrid: pp. 41-4

Alberro, M. (2010): El pancéltico dios Lug y su presencia en España, *POLIS. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 22: pp. 7-30.

Alfayé, S. (2007): Usos y contextos de los vasos plásticos zoomorfos en la céltica hispana: verter, sacrificar, alimentar, silbar.... *Saldvie*, 7: pp. 71-91.

Almagro Basch, M. (1935): El problema de la invasión céltica en España, según los últimos descubrimientos. *Investigación y Progreso*, 9: pp. 180-184.

Almagro Gorbea, M. (1977): El Pic del Corbs de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica. *Saguntum*, 12: pp. 89-141

Almagro Gorbea, M. (1985): La celtización de la Meseta: estado de la cuestión. *I Congreso de Historia de Palencia*. Palencia: pp. 313-338.

Almagro Gorbea, M. (1986): Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas. *Historia de España, I. Prehistoria*. Madrid: pp. 341-532.

Almagro Gorbea, M. (1986-87): Los Campos de Urnas en la Meseta. *Zephyrus*, XXXIX-XL: pp. 31-47.

Almagro Gorbea, M. (1991): La necrópolis de Medellín, *Extremadura Arqueológica*, 2: pp. 159-174.

Almagro Gorbea, M. (1992): Los celtas en la península Ibérica: origen e interpretación cultural. *Los Celtas: Hispania y Europa*. Actas. Madrid: pp. 121-173.

Almagro Gorbea, M. y Álvarez Sanchís, J. R. (1993): La “Sauna” de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: pp. 177-253.

Almagro Gorbea, M. y Lorrio Alvarado, A. (1987): La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica. I. *Simposium sobre los Celtíberos. Institución Fernando El Católico*. Zaragoza: pp. 105-122.

Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. (Almagro Gorbea, M y Ruiz Zapatero, G. eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3: pp.469-499.

Almagro Gorbea, M. y Torres Ortiz, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito: aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza.

Alonso Hernández, P. y Benito López, J.E. (1992): Una cabeza de caballo procedente del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). *Trabajos de Prehistoria*, 49: pp. 365-372.

Álvarez González, Y., López González, L., Fernández Götz, M. y García Quintela, M.V. (2017): El oppidum de San Cibrán de Las y el papel de la religión en los procesos de centralización en la Edad del Hierro. *CuPAUAM*, 43: pp. 217- 239.

Álvarez Rojas, A. y Gil Montes, J. (1988): Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura. *Trabajos de Prehistoria*, 45: pp. 305-316.

Álvarez Sanchís, J. R. (1992): Los castros de Ávila. (Almagro Gorbea, M y Ruiz Zapatero, G. (eds.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: pp. 255-284.

Álvarez Sanchís, J. R. (1999): *Los Vettones*. Real Academia de la Historia. Madrid.

Álvarez Sanchís, J. R. (2000): The Iron Age in Western Spain (800 BC–AD 50): An Overview. *Oxford Journal of Archaeology*, 19 (1): pp. 65-89.

Álvarez Sanchís, J. R. (2003): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal. Madrid.

Álvarez Sanchís, J. R. (2004): Juan Cabré y la arqueología de los verracos. (Blánquez J. y Rodríguez B. eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Ministerio de Cultura. Madrid: pp. 350-359.

Álvarez Sanchís, J. R. (2005): De aldeas a ciudades. (Jimeno Martínez, A. comisario, De la Torre Echávarri, J. I., Chaín Galán, A. coords.) *Celtíberos: Tras la estela de Numancia*. Diputación de Soria. Soria: pp. 73-81.

Álvarez Sanchís, J. R. (2006): *Guía arqueológica de castros y verracos: provincia de Ávila*. Cuadernos de patrimonio abulense, 8. Institución Gran Duque de Alba. Diputación de Ávila. Ávila.

Álvarez Sanchís, J. R. (2007): Castros y aldeas. Los vettones en el valle medio del Tajo. (Pereira, J. coord.) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*. Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha. Ciudad Real: pp.199-216.

Álvarez Sanchís, J. R. (2008): El descubrimiento de los vettones. Las Cogotas y la cultura de los verracos. Arqueología Vettona. (Álvarez-Sanchís, J. R. ed.) *La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica 12. Museo Arqueológico Regional. Madrid: pp.14-42.

Álvarez Sanchís, J. R. (2009): Expresiones de identidad: las comunidades prerromanas de la Meseta. *Arqueología Espacial*, 27: pp.145-156.

Álvarez Sanchís, J. R. (2010): La cerámica con decoración a peine: De “fósil guía” a indicador de etnicidad. (Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. eds.) *De la región vaccea a la arqueología vaccea*. Centro de Estudios Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Valladolid: pp.293-318.

Álvarez Sanchís, J. R. (2011): Ciudades vettonas. *Complutum*, 22 (2): pp. 147-183.

Álvarez Sanchís, J. R. (2018): Cerámicas a peine y Edad del Hierro: una contribución a la etnicidad pretérita. (Alarcón García, E., Padilla Fernández, J. J., Arboledas Martínez, L. y Chapon L. eds) *Algo más que Galbos y Cacharros. Etnoarqueología y Experimentación cerámica*. Menga Revista de Prehistoria de Andalucía. Sevilla: pp. 91-98.

Álvarez Sanchís, J. R. y González Tablas, F. J. (2005): *Vettonia. Cultura y Naturaleza*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

Álvarez Sanchís, J. R., Lorrio Alvarado, A. y Ruiz Zapatero, G. (2016): Los primeros elementos de hierro en Iberia, *Anejos a cuPAUAM*, 2: pp. 149-165.

Álvarez Sanchís, J. R., Marín, C., Falquina, A. y Ruiz Zapatero, G. (2008): El oppidum vettón de Ulaca (Solosancho, Ávila) y su necrópolis, Arqueología Vettona. (Álvarez Sanchís, J. R. ed.) *La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Museo Arqueológico Regional. Madrid: pp. 338-361.

Álvarez Sanchís, J. R. y Ruiz Zapatero, G. (1999): Paisajes de la Edad del Hierro: Pastos, ganado y esculturas en el valle Amblés (Ávila). (Balbín, R. y Bueno, P. eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Zamora: pp. 313-323.

Álvarez Sanchís, J. R. y Ruiz Zapatero, G. (2001): Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro. (Berroca Rangel, L. y Gardes Ph. eds.) *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8, Madrid: pp. 61-75.

Álvarez Sanchís, J. R. y Ruiz Zapatero, G. (2014): The Emergence of Urbanism in Early Iron Age Central Iberia, (Fernández Gótz, M., Wendling, H. y Winger, K. eds.) *Paths to Complexity. Centralisation and Urbanisation in Iron Age Europe Oxbow Books*. Oxford: pp. 204-213

Álvarez Sanchís, J. R., Ruiz Zapatero, G., Lorrio Alvarado, A., Benito, J.E. y Alonso, P. (1998): Las Cogotas: anatomía de un oppidum vettón. (Mariné, M. y Terés, E. coords.) *Homenaje a Sonsoles Paradinas*. Asociación de Amigos del Museo de Ávila. Ávila: pp. 73-94.

Ames, K. (2008): The Archaeology of Rank. (Bentley, R. A., H.D.G. Maschner, H. D. G. y Chippindale, Ch. eds.) *Handbook of Archaeological Theories*. AltaMira Press. Lanham: pp. 487-514.

Amiran, R., y Shendov, D. (1984): Experiments with an ancient Potter's wheel. (Rice, P. ed.) *Pots and Potters. Current approaches in Ceramic Archaeology*. IoA Monographs. University of California. Los Ángeles. California: pp.107-112.

Amundsen Meyer, L., Engel, N. y Pickering, S. (2011). *Identity Crisis: Archaeological perspective and Social identity*. Proceedings of the 42nd Annual Chacmool Archaeology Conference. University of Calgary. Calgary Alberta.

Anderson, B. (1991): *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*. Verso, Londres.

- Arenas Esteban, J. A. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*. Oxford: BAR International Series, 780. Oxford.
- Arlegui Sánchez, M. A. (1986): *Las cerámicas monocromas de Numancia. Memoria de Licenciatura*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Arnaiz Alonso, M.A. (2017): La I Edad del Hierro en la cuenca media del Duero: arquitectura doméstica y formas de poder político durante la Facies Soto (siglos IX-VII a.C.). *Trabajos de Prehistoria*, 74 (1): pp. 86-107.
- Arnold, D. E. (1993) *Ecology and Ceramic Production in an Andean Community*. Cambridge University Press.
- Arnold, D. E. (1999): Advantages and Disadvantages of Vertical-half Molding Technology: Implications for Production Organization (Skibo, J. y G. Feinman, G. eds.) *Pottery and People: A Dynamic Interaction*. University of Utah Press. Salt Lake City: pp. 50-80.
- Arnold, D. E. (2000): Does the standarization of ceramic pastes really mean standarization? *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7: pp.333-375.
- Arnold, D. E. (2005) *The Threshold Model for ceramic resources: A Refinement*. Oxford: BAR International Series, 1553, Oxford: pp. 3-9.
- Aróstegui Sánchez, J. (1995): *La investigación histórica: teoría y método*. Crítica. Barcelona.
- Arribas Palau, A., Pareja, E., Molina, F., Arteaga, O. y Molina, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina", Monachil (Granada). (El corte estratigráfico nº 3)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 81. Madrid.
- Aubet, M. E., Maass-Lindemann, G. y Martín Ruiz, J. A. (1995): La necrópolis fenicia del Cortijo de Montañez (Guadalhorce, Málaga). *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, I: pp. 217-238.
- Avieno, Rufo Festo (2001): *Fenómenos. Descripción del orbe terrestre. Costas marinas (Ora Maritima)*. Editorial Gredos. Madrid.
- Ayarzagüena Sanz, M. (1993): La arqueología prehistórica y protohistórica española en el siglo XIX. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 6: pp. 393-412.
- Azcárraga Cámara, S., Baquedano Pérez, E., Märten Alfaro, G., Contreras Martínez M. y Ruiz Zapatero G. (2014): *Vajilla broncea tardorrepublicana en El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)*. AESPA: Archivo Español de Arqueología LXXXVIII: pp. 109-121.

B

Babic, S. (2005): Status identity and archaeology. (Díaz Andreu, M., Lucy S., Babic, S. y D.N. Edwards, D. N., eds.) *The Archaeology of Identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge. Londres y Nueva York: pp. 67-85.

Bachofen, J.J. (1987): *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Akal. Madrid.

Bagwell, E. (2002): Ceramic form and skill. Attempting to Identify Child producers at Pecos Pueblo, New Mexico. (Kamp, K. ed.) *Children in prehistoric Pueblo Southwest*. University of Utah Press. Salt Lake City: pp. 90-107.

Balfet, H. (1975) *Technologie*. (Cresswell, R. ed.) *Éléments d'ethnologie*, vol. 2 Armand Colin. París: pp. 44-79.

Balfet, H. (1991) Chaîne opératoire et organisation sociale du travail: quatre exemples de façonnage de poterie au Magreb. (Balfet, H. ed.) *Observer l'action technique. Des chaînes opératoires, pour quoi faire?* CNRS. París: pp. 87-96.

Baquedano Beltrán, I. (1990): Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de La Osera (zona II). (F. Burillo coord.) *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza: pp. 279-286.

Baquedano Beltrán, I. (1996): Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36: pp. 73-90.

Baquedano Beltrán, I. (2016): *La necrópolis vettona de la Osera (Chamartín, Ávila, España)*. (Vols I y II). Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid. Madrid.

Barker, A. W. (2008): Chiefdoms. (Bentley, R. A., Maschner, H. D. G. y Chippindale, Ch. eds.) *Handbook of Archaeological Theories*. Alta Mira Press. Lanham: pp. 515-532.

Barret, J. C. (1994): *Fragments from Antiquity: an Archaeology of Social life in Britain 2900-1200 BC*. Blackwell. Oxford.

Barret, J. C. (2001): Agency, the duality of structure and the problem of the archaeological record. (Hodder, I. ed.) *Archaeological Theory today* Polity Press. Cambridge: pp.141-164.

Barril Vicente, M. (1993): Colección Rotondo. (Marcos Pous, A. coord.) *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*. Ministerio de Cultura. Madrid: pp. 464-466.

Barril Vicente, M. (2003-2005): Presencia y pervivencia de Juan Cabré Aguiló en el Museo Arqueológico Nacional. *Boletín Museo Arqueológico Nacional*, 21-22-23: pp. 194-214.

Barril Vicente, M. (2007a): La denominada vivienda 3 del Castro de Las Cogotas. *Cuadernos Abulenses*, 36: pp. 53-103.

Barril Vicente, M. (2007b): *Las principales colecciones célticas en el Museo Arqueológico Nacional. Su gestión y su presentación*. V Simposio sobre celtíberos. Daroca 2000.

Barril Vicente, M. (2008): Los vettones y el Museo Arqueológico Nacional, (Álvarez Sanchís, J. R. ed.) *Arqueología Vettona: La meseta occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares (Madrid): pp. 454-471.

Barril Vicente, M. y Galán, E. (2007): *Ecós del Mediterráneo. El mundo ibérico y la cultura vettona*. Diputación Provincial de Ávila. Institución Gran Duque de Alba. Ávila

Barril Vicente, M., Manso Martín, E. y Galán Domingo, E. (2005): Los vettones en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional, (Barril Vicente, M. ed.) *El descubrimiento de Los vettones: Los materiales del Museo Arqueológico Nacional*. Catálogo de la Exposición. Institución Gran Duque de Alba. Ávila: pp. 33-46.

Barrio Martín, J. (1987): Los vasos trípodas de la Necrópolis de Las Erijuelas de San Andrés (Cuéllar, Segovia). Apuntes para su estudio. *O Arqueólogo Português*, Série IV (5): pp. 101-123.

Barrio Martín, J. (1988): *Las cerámicas de las necrópolis de Las Erijuelas*. Cuellar (Segovia). Diputación Provincial de Segovia. Segovia.

Barrio Martín, J. (1993): Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia). (Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Valladolid: pp. 173-212.

Beltrán Lloris, F., C. Jordán Cólera y F. Marco Simón, (2005): Novedades epigráficas en Peñalba de Villastar (Teruel), *Palaeohispanica*, 5: pp. 911-956.

Benet, N.; Jiménez, M. C. y Rodríguez, M. B. (1991): Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: la excavación en la plaza de San Martín. (Santonja, M coord.). *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Museo de Salamanca. Salamanca: pp. 117-136.

Berducou, M. C. (1990): La céramique archéologique. (Berducou, M. C. ed.) *La conservation en archéologie*. Ed. Masson. París: pp. 78-119.

Bermejo Tirado, J. (2014): Household Archaeology y el análisis de las sociedades antiguas en la Península Ibérica: definiciones, aplicaciones y posibilidades. *Materialidades. Perspectivas actuales en cultura material*, 2: pp. 47-92.

Berg, I. (2008): Looking through pots: recent advances in ceramics X-radiography. *Journal of Archaeological Science*, 35: pp. 1177-1188.

- Berrocal Rangel, L., García Giménez, R., Manglano Valcárcel, G. y Ruano Posada, L. (2016): *When archaeological context is lacking. Lithology and spatial analysis, new interpretations of the "verracos" Iron Age sculptures in Western Iberian Peninsula*. Journal of Archaeological Science: Reports. DOI: 10.1016/j.jasrep.2016.03.03
- Berrocal Rangel, L. y Moret, P. (2010): Les fortifications de l'Hispanie celtique, (Fichtl, S. ed.) *Murus Celticus*, 10: pp. 335-354.
- Berrocal Rangel, L. y Moret, P. (2007) (eds.): Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo. *Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, (octubre de 2006)*. Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez. Madrid.
- Bertemes, F. y Biehl, F. P. (2001): The Archaeology of Cult and Religion: An Introduction, (Biehl, P.F., Bertemes, F. y Meller, H. eds.) *The Archaeology of Cult and Religion*. Budapest.
- Biagetti, S. y Lugli, F. (eds.) (2016): *The intangible elements of culture in Ethnoarchaeological research*. Springer. Cham.
- Binford, L. (1965): Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity*, 31: pp. 203-210.
- Binford, L. (1968): Some comments on historical versus processual archaeology. *Southwestern Journal of Anthropology*, 24 (3): pp. 267-275.
- Binford, L. (2002) (1983): *In Pursuit of the Past: Decoding the Archaeological Record*. University of California Press. Los Ángeles. California.
- Bird-David, N. (1999): Animism revisited: personhood, environment and relational epistemology. *Current Anthropology*, 40: pp. 67-91.
- Blackman, M. J. Stein, G. L. y Vandiver, P. B. (1993): The standardization hypothesis and ceramic mass production: technological, compositional and metric indexes of craft specialization at Tell Leilan, Syria. *American Archaeology*, 58 (1): pp. 60-80.
- Blanco Freijeiro, A. (1984): Museo de los verracos celtibéricos. *Boletón de la Real Academia de la Historia*, 181 (I): pp. 1-60.
- Blanco García, J. F. (1992): El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia). *Revista de arqueología*, 130: pp. 34-41.
- Blanco García J. F. (1994): El castro protohistórico de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia). *CuPAUAM*, 21: pp. 35-80.
- Blanco García, J. F. (2003): *Cerámica histórica de la Provincia de Segovia I. Del Neolítico a época visigoda (V Milenio-711 d.C.) Trabajos de Arqueología Hispánica 1*. NRT Ediciones. Segovia.

Blanco García, J. F. (2010): La cerámica vaccea. (Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Centro de Estudios Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Valladolid: pp. 257-291.

Blanco García, J. F. (2012): La cerámica de la transición del Bronce al Hierro y del Hierro Antiguo en el área de Madrid y norte de Toledo (850/800 a.C.- 500/400 a.C.) (J. Morín, J. y D. Urbina, D. eds.) *El Primer Milenio a. C. en la Meseta Central. De la Longhouse al Oppidum. Vol.1. I Edad del Hierro*. Universidad Complutense de Madrid. Madrid: pp.297-337.

Blanco García, J. F. (2015): La muralla de Cauca vaccea. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 8: pp. 87-134.

Blanco García, J. F., Hervás, M. A. y Retuerce, M. (2012): Una primera aproximación arqueológica al oppidum oretano de Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real). *Estudios de Lenguas y Epigrafía Antiguas* (ELEA), 12: pp. 85-150.

Blanco García, J. F.; Pérez González, C. y Reyes Hernando, O. (2012-13): Campaña de Excavación Arqueológica de 1999 en Cauca (Coca. Segovia). La secuencia estratigráfica. *Oppidum*, 8-9: pp. 29-144.

Blanco González, A. (2009): *El poblamiento del Bronce Final y Primer Hierro en el sector meridional de la Submeseta Norte. Vols. 1 y 2*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Salamanca. Salamanca.

Blanco González, A. (2010a): La definición del Hierro Antiguo en el Castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). Consideraciones sobre algunos materiales del Museo Arqueológico Nacional. *Complutum*, 21(1): pp. 123-143.

Blanco González, A. (2010b): ¿Nuevos hogares para los emigrantes? Casas y paisajes en el debate sobre el límite entre Cogotas I y el Primer Hierro en el Valle del Duero. *Zephyrus*, LXVI. pp. 155-179.

Blanco González, A. (2011): From huts to ‘the house’: the shift in perceiving home between the Bronze Age and the Early Iron Age in central Iberia (Spain). *Oxford Journal of Archaeology*, 30 (4): pp. 393-410.

Blanco González, A. (2014): Tracking the social lives of things: biographical insights into Bronze Age pottery in Spain. *Antiquity*, 88(340): pp. 441-455.

Blanco-Gonzalez, A. (2015a): Unconventional prehistoric worlds: untangling the Later Bronze Age in Central Iberia. *Cambridge Archaeological Journal*, 25(2): pp. 435-460.

Blanco González, A. (2015b): Emulación decorativa y cerámicas ancestrales. Posibles fuentes de inspiración de las alfareras meseteñas de la Edad del Bronce. *Zephyrus*, LXXVI: pp. 39-56.

Blanco González, A. (2016): Microhistorias de la Prehistoria Reciente en el interior de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 73 (1): pp. 47-67.

Blanco González, A. (2018a): De cabañas a casas. Estrategias sociales en la prehistoria final de la Meseta (1400-400 AC). (Rodríguez Díaz, A.; Pavón, I. y Duque, D. eds.) *Más allá de las casas*. Universidad de Extremadura. Cáceres: pp. 295 - 326.

Blanco González, A. (2018b): Copying from sherds. Creativity in Bronze Age pottery in Central Iberia (1800-1150 BC). (Sofaer, J. ed.) *Considering Creativity Creativity, Knowledge and Practice in Bronze Age Europe*. Archaeopress. Oxford: pp. 19-38

Blanco González, A., Alario García, C. y Macarro Alcalde, C. (2017): The earliest villages in Iron Age Iberia (800-400 BC)>a view from Cerro de San Vicente (Salamanca, Spain). *Documenta Praehistorica*, XLIV: pp. 386-401.

Blasco Bosqued, M. C. (1987): *El Bronce Medio y Final. 130 años de Arqueología Madrileña*. Comunidad de Madrid. Madrid: pp. 82-107.

Blasco Bosqued, M. C. (1997): La Edad del Bronce en el interior peninsular. Una aproximación al II milenio A.C. en las cuencas de los ríos Duero y Tago. *CuPAUAM*, 24: pp. 59-100.

Blasco Bosqued, M. C. (2012): Cogotas I en la Meseta española. (Rodríguez Marcos, A. y J. Fernández Manzano, J. eds.) *Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid. Valladolid: pp. 187-218.

Blasco Bosqued, M. C., Barrio Martín, J. y Pineda, P., (2007): La revitalización de los ritos de enterramiento y la implantación de las necrópolis de incineración en la cuenca del Manzanares: la necrópolis de Arroyo Butarque, (Dávila, A. F. ed.) *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro Arqueológico, Secuencia y Territorio*, vol. I. Zona Arqueológica, 10. Madrid: pp. 216-238.

Blasco Bosqued, M. C. y Blanco García, J. F. (2014): Los carpetanos y sus vecinos: fenómenos de interacción a la luz de la cultura material. (Baquedano, E. ed.) *Primer simposio sobre los Carpetanos. Arqueología e Historia de un pueblo de la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 17. Madrid: pp. 235-265.

Blázquez Martínez, J. M^a. (2001): Teónimos indígenas de Hispania. Addenda y corrigenda, Palaeohispánica. *Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 1: pp. 63-85.

Blázquez Martínez, J. M^a. y García Gelabert, M^a. P. (1989): El castillo de Cardeñosa (Ávila). Primera campaña de excavación sistemática, *Gerión. Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al profesor Santiago Montero Díaz*, II: pp. 307-315.

Bolger, D. (2006): Gender and Human evolution. (Nelson S. M. ed.) *Handbook of gender in Archaeology*. AltaMira Press. Lanham: pp. 453-501.

Bosch Gimpera, P. (1921): Los Celtas y la civilización céltica en la Península ibérica, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 29 (4): pp. 248-301.

Bosch Gimpera, P. (1925): Los pueblos primitivos de España, *Revista de Occidente*, 26: pp. 153-190

- Bosch Gimpera, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Alpha. Barcelona.
- Bosch Gimpera, P. (1942): Two Celtic Waves in Spain. *Proceedings of the British Academy*, XXVI: pp. 1-126.
- Bosch Gimpera, P. (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Imprenta Universitaria. México.
- Bourdieu, P. (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Droz. Ginebra y París.
- Bourdieu, P. (1988) (1979): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus. Madrid.
- Bourdieu, P. (1994): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Gedisa. Barcelona.
- Bourdieu, P. (2008): *El sentido práctico*. Siglo XXI. Salamanca.
- Bowles, S., Smith, E.A. y Borgerhoff Mulder, M. (2010): The emergence and persistence of inequality in premodern societies. *Introduction to the special section. Current ANTHROPOLOGY*, 51 (1): pp. 7-17.
- Bradley, G. (1997): Iguvines, Umbrians and Romans: Ethnic identity in central Italy. (Cornell, T. y Lomas, K. eds.) *Gender and Ethnicity in Ancient Italy. Accordia Specialist Studies on Italy* 6. University of London. Londres : pp. 53-68.
- Brather, S. (2000): Ethnische Identitäten als Konstrukte der frühgeschichtlichen Archäologie. *Germania*, 78: pp. 139-177.
- Brubaker, R y Cooper, F. (2000): Beyond identity. *Theory and society*, 29: pp. 1-47.
- Brück, J. (2004): Material metaphors. The relational construction of identity in Early Bronze Age burials in Ireland and Britain. *Journal of Social Archaeology*, 4 (3): pp. 307-333.
- Buchsenschutz, O. (2015): *L'Europe Celtique de L'Âge du Fer (VIIIer- Ier siècles)*. Presses Universitaires de France. Paris.
- Burillo Mozota, F. y Ortega Ortega, J.M. (1999): El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.). (Arenas, A. y Palacios M. V. eds.) *El origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Ayto de Molina de Aragón. Molina de Aragón (Guadalajara): pp. 123-141.
- Burín, M. (2003): El deseo de poder en la construcción de la subjetividad femenina. El techo de cristal en la carrera laboral de las mujeres. (Hernando Gonzalo, A. coord.) *¿Desean las mujeres el poder? Cinco reflexiones en torno a un deseo conflictivo*. Minerva Ediciones. Madrid: pp. 33-70.

Buxeda i Garrigós, J., Cau Ontiveros, M.A. y Gracia Alonso, F. (1999): Caracterización de la cerámica ática del santuario-palacio de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz). *Trabajos de Prehistoria*, 56 (1): pp. 157-168.

Buxeda i Garrigós, J. y Tsantini, E. (2009): Les àmfores ibèriques del derelict de Cala San Vicenç i la seva contrastació amb les àmfores de la Palaià Polis d'Empúries: Evidències des de la seva caracterització arqueomètrica. (Nieto, X. y Santos, M. eds.) *El vaixell grec arcaic de Cala San Vicenç Monografies del CASC 7*. Museo d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona: 373-392

Byrne, A. y Lentin, R. (eds.) (2000): *(Re) searching women. Feminist research methodologies in the Social Sciences in Ireland*. Institute of Public Administration, Dublín.

C

Cabanillas de la Torre, G. (2015): *Arts et Sociétés Celtiques du Second Âge du Fer en Europe Occidentale : La Céramique à décor estampé*. Tesis Doctoral inédita. Université de París 1 y Universidad Autónoma de Madrid.

Cabanillas de la Torre, G. (2018): Interacciones entre cerámica, arte “celta” y sociedad: una aproximación a la cerámica estampillada de Bretaña. (Alarcón García, E., Padilla Fernández, J. J., Arboledas Martínez, L. y Chapon L. eds.) *Algo más que Galbos y Cacharros. Etnoarqueología y Experimentación cerámica*. Menga Revista de Prehistoria de Andalucía. Sevilla: pp. 203-214.

Cabré, Aguiló, J. (1929): Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica. *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, VIII. LXXII, Madrid: pp. 205-245.

Cabré Aguiló, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa, (Ávila). I. El castro*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110. Madrid.

Cabré Aguiló, J. (1931): Instrumentos tallados en cuarcita en el argárico de la provincia de Ávila. *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Tomo X, Memoria XCI, Sesión 87. Madrid: pp. 285-324.

Cabré Aguiló, J. (1932): *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). II. La necrópolis*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.

Cabré Aguiló, J., Cabré Herreros, M. E. y Molinero Pérez, A. (1950): *El castro y la necrópolis de la Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, V.

Calvo Gálvez, M. (1992): Experimentando con la arcilla y el fuego como en la antigüedad. (Asociación de Ceramología ed.) *Tecnología de la cocción cerámica desde*

la antigüedad hasta nuestros días. Asociación de Ceramología, Agost-Alicante: pp. 41-43.

Calvo Trías, M. García Roselló, J. Javaloyas Molina, D. y Alberó Santacreu, D. (2015): Playing with mud? An Ethnoarchaeological Approach to Children's Learning. (Sánchez Romero, M., Alarcón García, E. y Aranda Jiménez, G. eds.), *Children, spaces and identities*. Oxbow. Oxford: pp. 88-104.

Calvo Trías, M. y García Roselló, J. (2014): Acción técnica, interacción social y práctica cotidiana: propuesta interpretativa de la tecnología. *Trabajos de Prehistoria*, 71 (1): pp. 7-22.

Calvo Trías, M. y García Roselló, J. (2012): Tradición técnica y contactos: Un marco de reflexión centrado en la producción cerámica. *Rubricatum*, 5: pp. 393-401.

Calvo Trías, M., Gavua, K., García Roselló, J. Javaloyas Molina, D. y Alberó Santacreu, D. (2011): Social approaches in pottery distribution networks: the case of upper east Ghana. *Old Pots Almanac*, 16(2): pp. 13-17.

Calvo Trías, M., Fornes, J, García, J. y Juncosa, E. (2004): Propuesta de cadena operativa de la producción cerámica prehistórica a mano. *Pyrenae*, 35 (1): pp. 75-92.

Capel Martínez, J. y Delgado Calvo, R. (1978): Aplicación de métodos ópticos al estudio de cerámicas arqueológicas. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: pp. 343-356.

Capel Martínez, J., Huertas, F., Pozzuoli, A. y Linares, J. (2006): Red ochre decorations in Spanish Neolithic ceramics: mineralogical and technological study. *Journal of Archaeological Science*, 33: pp. 1157-1163.

Cárdenas, A y Agudo, J. A. (2012): *La Edad del Barro*. Port-Royal. Granada.

Casado Aparicio, E. (2003): La emergencia del género y su resignificación en tiempos de los posts. *Foro Interno*, 3: pp. 41-65.

Casella, E. C. y Fowler, C. (2005) (eds.): *The archaeology of Plural changing identities: Beyond identification*. Kluwer Academic/plenum. Nueva York.

Castro Martínez, P. V. (1986): Organización especial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila). *Arqueología Espacial*, 9. Teruel: pp. 127-137.

Castro Martínez, P. V., Lull, V. y Micó, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal.ANE)*. BAR International Series S652. Oxford.

Castro Martínez, P. V. Micó, R. y Sanahuja, M. E. (1995): Genealogía y cronología de la "Cultura Cogotas I". (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXI: pp. 51-118.

Cau Ontiveros, M. A., Day, P. M., Baxter, M. J., Papageorgiou, I., Iliopoulos, I. y Montana, G. (2004): Exploring Automatic Grouping Procedures in Ceramic Petrology. *Journal of Archaeological Science*, 31: pp. 1325-1338.

Celestino Pérez, S. (1991): Elementos de puerta en la arquitectura ibérica". *Archivo Español de Arqueología*, 64: pp. 264-269.

Celestino Pérez, S. (2001): El palacio santuario de Cancho Roano. Musealización y apertura al público. *Revista de arqueología*, 249: pp. 22-35.

Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada X.L. (2008): *Contacto cultural entre el mediterráneo y el atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate. Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid. (Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, Serie Arqueológica 11).

Celestino Pérez, S. y Salgado Carmona, J.A. (2013): ¿Fenicios en el Interior? *Actas del VI Congreso Internacional de Estudios fenicios y púnicos*: pp. 462-470.

Cerdeño Serrano, M. L., García Huerta, R., Baquedano Beltrán, I. y Cabanes, E. (1996): Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro: los focos del noreste y suroeste meseteños. (Querol, M. A. y Chapa, T. eds.) *Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*. Complutum extra 6 (1): pp. 287-312.

Cerdeño Serrano, M. L. (2005): Arqueología funeraria celtibérica, *HistoriaE*, 2: pp. 1-26.

Costin, C. L. (2000): The use of ethnoarchaeology for the archaeological study of ceramic production. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7-4: pp. 377-403.

Courty, M. A. y Roux, V. (1995): Identification of wheel throwing on the basis of ceramic surface features and microfabrics. *Journal of Archaeological Science*, 22: pp. 17-50.

Cuomo di Caprio, N. (2007): *Ceramica in Archeologia 2. Antiche tecniche di lavorazione e moderni metodi di indagine*. Studia Archaeologica, 144. L'Erma di Bretschneider. Roma.

Chapa Brunet, T., Pereira Sieso, J., Cabrera Díez, A., Charro Lobato, C., Moreno García, M., Ruiz Alonso, M., Pérez Díaz, S. López Sáez, J.A. y Araujo, R. (2013): Una fosa-vertedero de época vettona en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). *Trabajos de Prehistoria*, 70 (1): pp. 140-165.

Chapman, R.W. (2003): *Archaeologies of Complexity*. Routledge. Londres.

Charachidzé, G. (1987): *La mémoire indo-européenne du Caucase*. París.

Chic García, G. (2004): Moneda y escritura. De lo cualitativo a lo cuantitativo. *Anejos de AESPA. Archivo Español de Arqueología*, XXXIII: pp. 415-431.

Childe, V. G. (1954): Rotary motion. (Singer, C.; Holmyard, E. J.; Hall, A. R. y Williams, T. I. eds.) *A History of Technology*. OUP. Londres: pp. 187-215.

Childe, G. (1929): *The Danube in Prehistory*. Clarendon Press. Oxford.

Chung, F. (1974): Quantitative interpretation of X-ray diffraction patterns: Matrix-Flushing method of quantitative multicomponent analysis. *Journal of Applied Crystallography*, 7: pp. 519-525.

Clarke, D. (1977): *Spatial Archaeology*. Methuen. Londres.

Clarke, D. (1984) *Arqueología analítica*. Bellaterra. Barcelona.

Clop García, X. (2001): El foc y la cerámica, *Cypsela*, 1: pp. 59-72.

Cohen, A.P. (1994): *Self Consciousness: an alternative anthropology of identity*. Routledge. Londres y Nueva York.

Colbeck, J. (1982): *Pottery: The Technique of Throwing*. B.T. Batsford Limited. Londres y Sidney.

Colomer i Solsona, L. (1995) *Pràctiques socials de manufactura ceràmica (Microforma): anàlisis morfològiques i tecnològiques al sud-est de la Península Ibèrica, 2200-1500 cal. ane*. Tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona.

Colomer i Solsona, L. (2005) Cerámica prehistórica y trabajo femenino en El Argar: una aproximación desde el estudio de la tecnología cerámica (Sánchez Romero, M. coord.) *Arqueología y género*: pp. 177-217.

Coll Conesa, J. (2000): Aspectos de tecnología de producción de la cerámica Ibérica. *III Reunió sobre Economia en el Món Iberic. (Saguntum-Plav. Extra 3)*. Universitat de Valencia. Valencia: pp. 191-209.

Coll Conesa, J. (coord.) (2011): *Manual de cerámica medieval y moderna*. Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares (Madrid).

Collis, J. (2006): *The celts. Origins, Myths and Inventions*. Tempus, Stroud.

Collis, J. (2011): Reconstructing Iron Age Society Revisited. (Moore, T. y Armada, X. L. eds.) *Atlantic Europe in the First Millenium BC*. Crossing the Divide Oxford University Press. Oxford: pp. 223-241.

Coningham, R. y Young, R. (2007): The archaeological visibility of caste: an introduction. (Insoll, T. ed.) *The archaeology of Identities*. A reader. Routledge. Londres.

Conkey, M. W. y Spector, S. (1984): Archaeology and the study of gender. (Schiffer M. B. ed.) *Advances in Archaeological Method and Theory*. Academic Press. Nueva York: pp. 1-38.

- Coudart, A. (1999): Is post-processualism bound to happen everywhere? The French case. *Antiquity*, 73: pp. 161-167.
- Cousillas Rodríguez, M. (2001): Leyendas y tradiciones de la Noche de San Juan en la Provincia Coruñesa. *Garoza*, 1: pp. 47-65.
- Cortadella i Morral, J. (2013): L'aportació de Joan Maluquer de Motes a la "Historia de España" de R. Menéndez Pidal. Una visió historiogràfica. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 23: pp. 305-332.
- Cortina Orts, A. (2000): *Ética mínima. Introducción a la filosofía práctica*. Editorial Tecnos. Madrid.
- Coscunsu, G. (2015): *The archaeology of childhood: interdisciplinary perspectives on an archaeological enigma*. State University of New York Press. Nueva York.
- Cunliffe, B. W. (1998): Iron Age Societies in Western Europe and Beyond, 800-140 B.C. En B.W. (Cunliffe, B. W. ed.), *Prehistoric Europe, An Illustrated History*. Oxford: pp. 336-372
- Cunliffe, B.W. (1999): *The Ancient Celts*. Penguin. Harmondsworth.
- Cunliffe, B. W. (2003): *The Celts: a very short introduction*. Oxford University Press. Oxford.
- Curtis, F. (1962): The Utility Pottery Industry of Bailén, Southern Spain. *American Anthropologist*, 64, 3: 486-503.
- Crenshaw, K. (1991): Mapping the margins: intersectionality, identity politics and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43 (6): pp. 1241-1299.
- Crespo Valero, J.M. y Gallardo Carrillo, J. (2014): El alfar almohade de la calle Terrer Leonés de Lorca (Murcia). *Alberca: Revista de la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de Lorca*, 12: pp. 97-111.
- Cresswell, R. (1976): Avant-Propos. *Techniques et Culture*, 1: pp. 5-6.
- Cresswell, R. (1983) Transfers de Techniques et Chaines Opératoires. *Techniques et Culture*, 2 : pp. 143-163.
- Cresswell, R. (1993) Of Mills and Waterwheels: The Hidden Parameters of Technological Choice. (Lemonnier ed.) *Technological Choices: Transformations in Material Cultures since the Neolithic*. Routledge. Londres: pp. 181-213.
- Cresswell, R. (2010): Techniques et culture: les bases d'un programme de travail. *Techniques et Culture*, 54-55: pp. 20-45

Criado Boado, F. (1993): Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *SPAL Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 2: pp. 9-55.

Criado Boado, F. (1999): Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje. *CAPA: cadernos de arqueoloxía e patrimonio*, 6: pp. 1-82.

Criado Boado, F. (2000): Walking about Lévi-Strauss. Contributions to an archaeology of Thought. (Holtorf, C. K. ed.) *Philosophy and Archaeological Practice. Perspectives for the 21st Century*. Bricoleur Press. Göteborg: pp. 277-303.

Criado Boado, F. (2006): ¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación. *Complutum*, 17: pp. 247-253

Criado Boado, F. (2012): *Arqueológicas. La razón perdida*. Bellaterra. Barcelona.

Criado Boado, F. y Villoch Vázquez, V. (1998): La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza. *Trabajos de Prehistoria*, 55: pp. 63-80.

Crown, P. (2002): Learning and Teaching in the Prehistoric American Southwest. (Kamp K. (ed.) *Children in the Prehistoric Pueblo American Southwest*. University of Utah Press. Salt Lake City: pp. 108-124

Crown, P. (2007): Learning about learning. (Skibo, J., Graves, M. y Stark M. eds.) *Archaeology and Anthropology: A retrospective*. University of Arizona Press. Tucson: pp. 198-217.

Crumley, C. L. (1979): Three Locational Models: An Epistemological Assessment for Anthropology and Archaeology. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 2: pp. 141-173.

Crumley, C. L. (1995): Heterarchy and the Analysis of Complex Societies. (Ehrenreich, R., Crumley, C. y Janet Levy, J. eds.) *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies* Archeological Papers of the American Anthropological Association, 6 (1): pp. 1-5.

Cubas Moreras, M., García Heras, M., Méndez, D., Pedro, I., De Zapata, L. Ibáñez, J. y González Urquijo, J. (2012): La tecnología cerámica de los niveles IV y III en el yacimiento de Kobaederra (Cortézubi, Bizkaia). Aprovechamiento y modificación de las materias primas. *Trabajos de Prehistoria*, 69 (1): pp.51-64.

D

David, N. y Kramer, C. (2001): *Ethnoarchaeology in action*. Cambridge University Press. Cambridge. Nueva York.

Dávila Serrano, A. F. ed. (2007a): *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania: registro arqueológico, secuencia y territorio*. Museo Arqueológico Regional de la

Comunidad de Madrid. Zona Arqueológica, 10, vols. I y II. Alcalá de Henares (Madrid).

Davis, J. (2008): Intersectionality as buzzword: a sociology of science perspective on what makes a feminist theory successful. *Feminist Theory*, 9 (1): pp.67-85.

Déchelette, J. (1908-1914): *Manuel d'Archéologie Celtique et Gallo-romaine*, Librairie Alphonse Picard et fils. París.

Delibes de Castro, G. (1978): Una inhumación triple de facies Cogotas I EN San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, 35: pp.225-250.

Delibes de Castro, G. (1983): Una interesante fíbula del Bronce Final del Cerro del Berrueco (Salamanca). *Revista de Guimarães*, XCI: pp. 3-13.

Delibes de Castro, G. (1995): El amanecer de la Historia, (García Simón A. ed.) *Historia de una cultura I. Castilla y León en la Historia de España*. Junta de Castilla y León. Valladolid: pp. 77-131.

Delibes de Castro, G. (2000-2001): Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite de Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto, *Zephyrus*, LIII-LIV: pp. 293-309.

Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano, J. (2000): La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso, (Jorge, V. coord.) *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular Pré-Historia Recente da Península Ibérica*. Oporto, 4: pp. 95-122.

Delibes de Castro, G. y Fernández Miranda, G. (1986-87): Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I. *Zephyrus*, XXXIX-XL: pp. 17-30.

Delibes de Castro, G. y Romero Carnicero, F. (1992): El último milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. (Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: pp. 233-258.

Delibes de Castro, G. y Romero Carnicero, F. (2011): La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero. *Complutum*, 22 (2): pp. 49-94.

Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z. y San Miguel, L. C. (1995): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio, (Delibes, G. Romero, F. y Morales, A. eds.). *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Junta de Castilla y León.Valladolid: pp. 49-146.

Delibes de Castro, G. y del Val Recio, J. (2007-2008): La explotación de la sal al término de la Edad del Cobre en la Meseta central española ¿fuente de riqueza e instrumento de poder de los Jefes Ciempozuelos? *Veleia: Revista de prehistoria, historia antigua, arqueología y filología clásicas*, 24-25 (2): pp. 791-812.

Demoule, J. P. (2001) Archaeology of Cult and Religion: A Comment, or How to Study Irrationality Rationality. (Biehl, P. F., Bertemes, F., Meller, H. eds.) *The Archaeology of Cult and Religion*. Budapest: pp. 279-284.

Descola, P. (2004): Las cosmogonías indígenas de la Amazonía. (Surrallés, A. G. ed.) *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Iwgia. Copenhagen: pp. 25-35.

Díaz Andreu, M. (2005): Género y Arqueología: una nueva síntesis. (Sánchez Romero, M. ed.) *Arqueología y género*. Editorial Universidad de Granada. Granada: pp. 13-51.

Díaz Andreu, M. y Lucy, S. (2005): Introduction. (Díaz Andreu, M., Lucy, S., Babic, S. y D. N. Edwards eds.) *The archaeology of Identity. Approaches to gender, age status, ethnicity and religion*. Routledge. Londres y Nueva York: pp. 1-12.

Díaz Andreu, M.; Lucy, S; Babic, S. y Edwards, D.N. (eds.) (2005): *The archaeology of Identity. Approaches to gender, age status, ethnicity and religion*. Routledge. Londres y Nueva York.

Díaz de Liaño, G. (2012): Cuando los objetos juegan un papel en la sociedad. Introducción a la Arqueología Simétrica. *Arqueo_Uca*, 2: pp. 139-149.

Díaz del Río, P. (2001): *La formación del Paisaje Agrario: Madrid en el III y II milenio BC, Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 9. Comunidad de Madrid. Madrid.

Díaz Rodríguez, J. J. (2014): Algo más que hornos y cerámicas. La manufactura alfarera en la antigüedad altoimperial hispanorromana: entre el artesanado y la producción en masa. (Bustamante, M. y Bernal, D. eds.) *Artífices idóneos. Artesanos, talleres y manufacturas en Hispania*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Mérida y Madrid: pp. 13-42.

Díaz Santana, B. (2003): Los Celtas. Identidad, Etnicidad y Arqueología. *SPAL Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 12: pp. 299-316.

Dietler, M. y Herbich, I. (1989): Tich matek: the technology of Luo pottery production and the definition of ceramic style. *World Archaeology*, 21: pp. 148-164.

Dietler, M. y Herbich, I. (1998): Habitus, techniques, style: an integrated approach to the social understanding of material culture and boundaries. (Stark, M. ed.) *The Archaeology of Social Boundaries*. Smithsonian Institution Press. Washington: pp. 232-279.

Díez Herrero, A. (2011): Aportaciones geológicas a las investigaciones arqueológicas en Coca (Segovia). (Cabañero, V. M., Sobrino, D. y Zamora, A. coords.) *Historia de Coca. Estudios sobre Historia y Arte en Coca*. Real Academia de Historia y Arte de San Quirce. Segovia: pp. 37-68.

Djorjevic, B. (2012): *Intangible Cultural Heritage. An analysis of the traditional pottery production related legislation* (Monográfico, 15). Museo Nacional de Belgrado. Belgrado.

- Djorjevic, B. (2013): Pottery Making in Zlakusa. First Ethnoarchaeological Research Project in Serbia. Ethnoarchaeology (Lugli, F., Stoppiello, A. y Biagetti, S. eds.) *Current Research and Field Methods*. BAR International Series, 2472, Oxford: pp. 49-52.
- Dobres, M. A. (2000). *Technology and social agency*. Blackwell. Londres.
- Dobres, M. A. (2010): Archaeologies of technology. *Cambridge Journal of Economics*, 34: pp. 103-114.
- Dobres, M. A. y Hoffman, C. (1994): Social agency and the dynamics of prehistoric technology. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 1 (3): pp. 211-258.
- Dobres, M. A. y Hoffman, C. (1999): *The social Dynamics of Technology. Practice, Politics and World Views*. Smithsonian Institution press. Washintong.
- Dobres, M^a.A. y Robb, J. E. (2000): *Agency in Archaeology*, Routledge. Londres.
- Dobres, M. A. y Robb, J. E. (2005): « Doing » Agency: Introductory Remarks on Methodology, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 12(3), pp. 159- 166.
- Doherty, S.K. (2015): *The origins and use of the potter's wheel in Ancient Egypt*. Archaeopress Egyptology 7. Hollywell Press. Oxford.
- Domínguez Rodrigo, M. (2008): Arqueología Neo-procesual: "Alive and kicking". Algunas reflexiones desde el Paleolítico. *Complutum*, 19 (1): pp. 195-204.
- Dorado Alejos, A. (com. pers.a): *Caracterización de las producciones cerámicas de Andalucía oriental y el sudeste de la P. Ibérica: Del Bronce tardío al mundo protoibérico. (1550/1500-500 cal. AC)*. Tesis doctoral inédita en preparación.
- Dorado Alejos, A. (com. pers.b): *Technological identification and archaeometric analysis of vascular ceramic deposit of Zacatín street (Granada, Spain)*. Artículo de investigación en preparación.
- Dornan, J. (2002): Agency and Archaeology: Past, Present and Future Directions. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 9 (4): pp. 303-329.
- Duistermaat, K. y Groot, N. (2008): A new ethnoarchaeology documentation project at the Fustat Pottery workshops, Egypt. *Leiden Journal of Pottery Studies*, 24: 181-186.
- Durkheim, É. (1978): *Las reglas del método sociológico*. Akal editor (Ramón Akal González). Col. Manifiesto/Serie sociología 71. Madrid.
- Durkheim, É. (1993): *Escritos Selectos. Introducción y selección de Anthony Giddens*. [Trad. Ricardo Figueroa]. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Druc, I. (1996): De la Etnografía hacia la Arqueología: Aportes de entrevistas con ceramistas de Ancash (Perú) para la caracterización de la cerámica prehispánica. *Bulletin de l'Institut Français d' Etudes Andines*, 25(1): pp. 17-41.

Dzeco, L. (2014): Pottery in Liješevo, a living tradition. (Djorjevic, B. ed.) *Tradicional pottery making from the ethnoarchaeological point of view*. National Museum in Belgrade. Belgrade: pp. 48-53.

E

Earle, T. (1997): *How chiefs come to power. The political economy in Prehistory*. Stanford University Press. Stanford.

Echallier, J. C. (1984): *Éléments de technologie céramique et d'analyse des terres cuites archéologiques*, Publication de l'Association pour la Diffusion de l'Archéologie Méridionale. Lambesc.

Edwards, D. N. (2005): The Archaeology of Religion. (Díaz Andreu, M., Lucy, S., Babic, S. y Edwards, D. N. eds.) *Archaeology of Identity: approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge, Londres: pp. 13-42.

Edwards, I. y Jacobs, L. (1987): Experiments with Stone "Pottery wheel" bearings notes on the use rotation in the production of ancient pottery. *Newsletter. Department of Pottery Technology*, 4: pp. 49-56.

Eliade, M. (1968): *Mito y realidad*. Labor. Barcelona.

Elías, N. (1990a): *La sociedad de los individuos*. Península. Barcelona.

Elías, N. (1990b): *Compromiso y distanciamiento*. Península. Barcelona.

Elías, N. (1992): *Time: an Essay*. Basil Blackwell. Oxford.

Elías, N. (1993): *El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.

Elliot, A. (ed) (2011): *Routledge Hand book of Identity Studies. Routledge International Handbooks*. Routledge. Londres.

Enríquez Navascués, J. J. y Drake García, B. (2007): *El Campo de Hoyos de la Edad del Bronce del Carrascalejo (Badajoz)*. Memorias de Arqueología Extremeña 7. Mérida (Badajoz).

Ericsson, K. A., y Lehmann, A. C. (1996): Expert and exceptional performance: Evidence of maximal adaptation to task. *Annual Review of Psychology*, 47: pp. 273-305.

Escudero Navarro, Z. y Sanz Mínguez, C. (1993): Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Pesquera de Duero, Valladolid). (Romero, F., Sanz, C. y Escudero, Z. eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid: pp. 471-492.

Esparza Arroyo, A. (2011): Los castros del Oeste de la Meseta. *Complutum*, 22 (2): pp. 11-47.

Esparza Arroyo, A. y Blanco González, A. (2008): El solar de Vettonia, antes de los vettones. (Álvarez-Sanchís, J. R. coord.) *Arqueología Vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares (Madrid): pp. 79-93.

Estaca Gómez, V. (2011): Decoración a través de la imagen en la cerámica numantina. *Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica*. OrJIA, Madrid, 1: pp. 49-54.

Estaca Gómez, V. (2015): *La economía ganadera durante la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.

Esteban Borrajo, G. (2000): Una característica producción cerámica pintada del Período Ibérico pleno en el sur de la Meseta. *CuPAUAM*, 26: pp. 69-84

Estremera Pontela, M.S. y Fabián García, J.F. (2002): El túmulo de la Dehesa de Rio Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 68: pp. 9-48.

F

Fabián García, J. F. (1986-87): El Bronce Final y la Edad del Hierro en “El Cerro del Berrueco” (Ávila-Salamanca). *Zephyrus*, XXXIX-XL: pp. 273-288.

Fabián García, J. F. (1994): Aldeagordillo. Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme, *Revista de Arqueología*, 157: pp. 22-31.

Fabián García, J. F. (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el Sur de la Meseta Norte*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos 93. Salamanca.

Fabián García, J. F. (2006): *El IV y III Milenio AC en el Valle de Amblés (Ávila)*. Monografías 5. Junta de Castilla y León.

Fabián García, J. F., Blanco González, A. y López Sáez, J. A. (2006): La transición Calcolítico-Bronce Antiguo desde una perspectiva arqueológica y ambiental: el Valle de Amblés (Ávila) como referencia. *Arqueología Espacial*. 26: pp. 37-56.

Fernández Gómez, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda (I-II)*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

Fernández Gómez, F. (1995): La Edad del Hierro. (Mariné M. coord.) *Historia de Ávila I. Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Ávila.

Fernández Gómez, F. (1997): *La necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso" (Candeleda, Ávila). "Las guijas B"*. Memorias, 4. Junta de Castilla y León. Zamora.

Fernández Gómez, F. (2011): *El poblado fortificado de "El Raso de Candeleda" (Ávila): el núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla*. Universidad de Sevilla. Institución Gran Duque de Alba. Real Academia de la Historia Sevilla.

Fernández Götz, M. (2013a): Revisiting Iron Age Ethnicity. *European Journal of Archaeologists*, 16 (1):1pp. 16-136.

Fernández Götz, M. (2013b): Una nueva mirada sobre los oppida de la Europa Templada. *Complutum*, 24 (1): pp. 131-150.

Fernández Götz, M. (2014): *De la familia a la etnia. Protohistoria de la Galia oriental*. Real Academia de la Historia, Madrid.

Fernández Götz, M. y García Fernández, F.J. (2010): Esencialismo, posmodernismo: las interpretaciones sobre etnicidad en la Arqueología española. *Gerión*, 28 (2): pp. 58-84.

Fernández Götz, M. y Ruiz Zapatero, G. (2011): Hacia una arqueología de la etnicidad. *Trabajos de Prehistoria*, 68 (2): pp. 219-236.

Fernández Manzano, J. (1985): La Edad del Bronce. La consolidación de la metalurgia y sus implicaciones socioeconómicas. (Valdeón, J. ed.) *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid: pp. 54-81.

Fernández Manzano, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Monografías, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León. Soria.

Fernández Maroto, D. (2013): Tornos de alfarero protohistóricos del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 6: pp. 297-322.

Fernández Maroto, D., Vélez Rivas, J. y Pérez Avilés, J. J. (2007): La cerámica estampillada ibérica de tipo figurativo del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas). *Congreso Arte Ibérico en la España Mediterránea*. Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert y Diputación de Alicante. Alicante: pp. 211-228.

Fernández Martínez, V. M. (2000) (1989): *Teoría y Método de la Arqueología*. Síntesis. Madrid.

Fernández Martínez, V. M. (2006): *Una Arqueología crítica. Ciencia, Ética y Política en la construcción del pasado*. Crítica. Barcelona.

Fernández Martínez, V. M. (2008): Arqueología y Filosofía, otra ciencia es posible, *Complutum*, Vol. 19, Nº 1: pp. 211-215.

Fernández Montes, M. (coord.) (1996): *Etnología de las Comunidades Autónomas*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Fernández Montes, M. (1997): Aportación al estudio de la alfarería femenina en la península ibérica: la cerámica histórica de Alcorcón (Madrid). *Revista de dialectología y tradiciones populares*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, LII (2): pp. 221-247.

Fernández Posse, M. D. (1982): Consideraciones sobre la técnica de Boquique. *Trabajos de Prehistoria*, 39: pp. 137-159.

Fernández Posse, M. D. (1986): La Cultura de Cogotas I. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla: pp. 475-485.

Fernández Posse, M. D. (1986-87): La cerámica decorada de Cogotas I. *Zephyrus*, XXXIX-XL: pp. 231-237.

Fernández Posse, M. D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Ed. Síntesis, Madrid.

Fernández Posse, M. D. (2015): Pedro Bosch Gimpera. *Trabajos de Prehistoria*, 72 (1): pp. 8-21.

Fichtl, S. (2005): *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J. -C. à 15 ap. J.-C.* Errance. París.

Flannery, K. y Marcus, J. (1993): Cognitive Archaeology, en What is Cognitive Archaeology? *Cambridge Archaeological Journal*, 3 (2): pp. 260-267.

Fleming, A. (1969): The Myth of the Mother-Goddess. *World Archaeology*, 1-2: pp. 247-261.

Foucault, M. (1979) (1971) *Microfísica del poder*. La Piqueta. Madrid.

Foucault, M. (1984) (1966): *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI, México.

Foucault, M. (1994): *Dits et Écrits, 1954-1988*. (Defert, D. y Ewald, F. eds.). Gallimard. París.

Foucault, M. (2002) (1975): *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. Buenos Aires.

Fowler, C. (2000): The individual, the subject and archaeological interpretation. Reading Luce Irigaray and Judith Butler. (Holtorf, C. K. ed.) *Phylosophy and archaeological practice. Perspectives for the 21st Century*. Bricoleur Press. Göteborg: pp. 107-133.

Fowler, C. (2004): *The archaeology of personhood. An anthropological approach*. Routledge. Londres y Nueva York.

Fowler, C. (2010): From Identity and material culture to personhood and materiality. (Hicks, D. y Beaudry, M. C. eds.). *The Oxford Handbook of material culture studies*. Oxford University Press. Oxford: pp. 352-385.

Franken, H. J. (1969): *Excavations at Tell Deir'Alla. Vol I: A Stratigraphic and Analytical Study of the Iron Age Pottery*. H.J. Brill. Leiden.

Franken, H. J. y Kalsbeek, J. (1975): *Potters of a Medieval Village in the Jordan Valley*. American Elsevier. Nueva York.

Frankfort, H. (1924): *Studies in Early Pottery of the Near East (vol 2.)*. Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland. Londres.

Freestone, I. (2001): Post-depositional changes in archaeological ceramics and glasses. (Brothwell, D. R. y Pollard, A. M. eds.). *Handbook of Archaeological Sciences*. John Wiley & Sons Ltd. Nueva York: pp. 615-625.

G

Gadamer, H. G. (1998): *Verdad y Método II*. Hermeneia, 34. Ediciones Sígueme. Salamanca.

Galán Saulnier, C. (1998): Sobre la cronología de Cogotas I..., *CuPAUAM*, 25: pp. 201-243.

Gallardo Carrillo, J., González Ballester, J.A. y Oteo Cortázar, M. (2007): La actividad alfarera en Lorca: Pervivencia artesanal desde época ibérica hasta el siglo XIX. *Alberca, Revista de la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de Lorca*, 7: pp. 135-152.

Gallay, A. y Huysecom, E. (1991), *Enquetes ethnoarcheologiques au Mali. Rapport des deux premieres missions*. 1988-89/ 1989-90, Documents du Departement d'Anthropologie et d'Ecologie de l'Universite de Geneve 19. Ginebra.

Gallay, A., Huysecom, E., Mayor, A. y Ceunink, G. (1996) : *Hier et aujourd'hui: des poteries et des femmes. Ceramiques traditionnelles du Mali*. Documents du Departement d'Anthropologie et d'Écologie de l'Université de Geneve 22. Ginebra.

Gamble, C. (2001): *Las sociedades paleolíticas de Europa*. Ariel Prehistoria. Barcelona.

Gamble, C. (2002): *Arqueología básica*. Ariel. Barcelona.

Gámiz Caro, J., Dorado Alejos, A. y Cabadas Báez, H. (2013): Análisis de cerámica prehistórica con estereomicroscopía: una guía revisada sobre la descripción de las fases de producción. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 23: pp. 365-385.

Gandler, S. (2009): *Fragmentos de Frankfurt. Ensayos sobre la Teoría Crítica*. Siglo XXI, México.

Gandom, E.; Bootsma, R. J.; John, A.; Endler, J. A. y Leore Grosman, L. (2013): How Can Ten Fingers Shape a Pot? Evidence for Equivalent Function in Culturally Distinct Motor Skills. *PLOS one*, 8: pp. 1-9.

Gandom, E., Casanova, R., Sainton, P., Coyle, T., Roux, V., Bril, B. y Bootsma, R. (2011): A proxy of potter's throwing skill: ceramic vessels considered in terms of mechanical stress. *Journal of Archaeological Science*, 38: pp. 1080-1089.

Gandom, E., Coyle, T. y Bootsma, R. J. (2014): When handicraft experts face novelty: Effects of shape and wheel familiarity on individual and community standardization of ceramic vessels. *Journal of Anthropological Archaeology*, 35: pp. 289-296.

García Herás, M. (1997): *Caracterización arqueométrica de la producción cerámica numantina*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad Complutense de Madrid.

García Heras, M. (2005): La tecnología cerámica. (Jimeno Martínez, A. comisario), De la Torre Echávarri, J. I. y Chaín Galán, A. coords.) *Celtíberos: Tras la estela de Numancia*. Diputación de Soria. Soria: pp. 359-366.

García Hernández, M., Herranz, M. y Jiménez, I. (2002): La Exposición Celtas y Vettones (Ávila, octubre-noviembre 2001). Balance sobre sus implicaciones para el desarrollo turístico de la ciudad. *Boletín Informativo del Observatorio Turístico de la Ciudad de Ávila*, 1: pp. 7-11.

García Merino, L. V. (dir.) (1988): *Análisis del Medio Físico de Valladolid. Delimitación de unidades y estructura territorial*. Junta de Castilla y León, Valladolid.

García Porras, A. (2012): Producción cerámica y organización política el caso de la cerámica Nazarí. (Arízaga Bolumburu, B., Veiras, M., Díez Herrera, C., Peña Bocos, E., Solórzano Telechea, J. A., Guijarro González, S. y J. Añíbarro Rodríguez eds.) *Mundos medievales: espacios, sociedades y poder: homenaje al profesor José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, Vol. 2*. Universidad de Cantabria. Santander: pp. 1379-1390.

García Rosselló, J. (2006): La producción cerámica en los valles centrales de Chile: estrategias productivas. *Treballs d'etnoarqueologia*, 6: pp. 297-313.

García Rosselló, J. (2007): La etnoarqueología como experimentación: Identificación de marcas de manufactura en cerámicas modeladas a mano. (Ramos Sáinz, M., González Urquijo, J. y Baena Preysle, J. eds) *Arqueología Experimental en la Península Ibérica: investigación, didáctica y patrimonio*. Universidad autónoma de Madrid. Madrid: pp. 45-57.

García Rosselló, J. (2008): *Etnoarqueología de la producción cerámica. Identidad y territorio en los Valles Centrales de Chile*. Mayurqa, 32. Monografía.

García Rosselló, J. (2010): *Análisis traceológico de la cerámica: modelado y espacio social durante el posttalayótico (V-I a.C.) en la península de Santa Ponça (Calvià, Mallorca)*. Tesis Doctoral inédita. Universitat de les Illes Balears. Mallorca.

García Rosselló, J. y Calvo Trías, M. (2006): Análisis de las evidencias macroscópicas de cocción en la cerámica prehistórica una propuesta para su estudio. *Mayurqa*, 31: pp. 83-112.

García Rosselló, J. y Calvo Trías, M. (2013): *Making Pots. El modelado de la cerámica a mano y su potencial interpretativo*. BAR International Series, 2540. Oxford.

Gardner, A. (ed.) (2016): *Agency Uncovered. Archaeological perspectives on social agency, power and being human*. UCL, Institute of Archaeology publications. Los Angeles. California.

Gardner, A. (2007): *An Archaeology of Identity: Soldiers and Society in Late Roman Britain*. Left Coast Press. Walnut Creek. California.

Garzón Heydt, G., Ubanell, A. G. y Rosales, F. (1981): Morfoestructura y sedimentación terciarias en el valle de Amblés (Sistema Central Español). *Cuadernos de geología ibérica*, 7. Madrid: pp. 655-665.

Geneste, J. M. (1991): Systèmes techniques de production lithique: variations technologiques dans les processus de réalisation des outillages paléolithiques. *Techniques et Culture*, 17-18: pp. 1-35.

Gelbert, A. (1997): De l'élaboration au tour au tournage sur motte: difficultés motrices et conceptuelles. *Techniques et culture*, 30: pp. 1-23.

Gibson, A. y Chairman, H. (2003): Prehistoric pottery: people, pattern and purpose: some observations, questions and speculations. (Gibson, A. ed.) Prehistoric pottery. People, pattern and purpose. BAR internacional Series 1156, Oxford: pp.v-ix

Gibson, A. y Woods, A. (1990): *Prehistoric pottery for the archaeologist*. Leicester University Press. Leicester.

Giddens, A. (1991): *Modernity and self-identity: self and society in the late modern age*. Stanford University Press. Standford.

Giddens, A. (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus. Madrid.

Giddens, A (2003): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Giddens, A. (2006) (1984): *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu. Buenos Aires.

Gil Farrés, O. (1947): Paleolítico. Objetos de la colección Rotondo. Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945). *Cuerpo Facultativo de archiveros bibliotecarios y arqueólogos*. Madrid: pp. 41-44.

Ginn, V., Enlander, R. Crozier, R. (eds.) (2014): *Exploring prehistoric identity in Europe: Our construct or theirs?* Oxbow. Oxford.

Girón Angiozar, L. (2016): *La ceramic común romana en la bahía de Cádiz en época romana. Alfarería y centros de producción*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Cádiz.

Gnecco, C. (2012): Arqueología multicultural. Notas intempestivas. *Complutum*, 23 (2): pp. 93-102.

Godelier, M. (2004): Á propos des concepts de tribu, ethnie et état. Formes et fonctions du pouvoir politique. (Dawod, H. ed.) *Tribus et pouvoirs en terre d'Islam*. Armand Colin. París: pp. 287-304.

Godelier, M. (2010): *Les tribus dans l'Histoire et face aux États*. CNRS éditions. París.

Goffer, Z. (2007): *Archaeological Chemistry*. John Wiley & Sons ed. Nueva Jersey.

Gómez de Toro, E., Cámara Serrano, J. E., Torres Torres, F. y L. Spannedá (2006): *Intervención arqueológica preventiva en solar situado en calle Ariza nº 5. Úbeda (Jaén). Memoria de Intervención*. Dirección General de Bienes Culturales. Junta de Andalucía. Sevilla.

González Cordero, A., Hernández, M., Castillo, J. y Torres, N. (1990): Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura. *Studia Zamorensia*, XI: pp.129-160.

González Ruibal, A. (2003): *La experiencia del Otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Akal. Madrid.

González Ruibal, A. (2005): Etnoarqueología de la cerámica en el oeste de Etiopía. *Trabajos de Prehistoria*, 62(2): pp. 41-66

González Ruibal, A. (2006): Experiencia, Narración, Personas: Elementos para una arqueología comprensible. *Complutum*, 17: pp. 235-246.

González Ruibal, A. (2006-2007): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica*. Brigantium 18/19. A Coruña.

González Ruibal, A. (2007a): Arqueología Simétrica: Un giro teórico sin revolución paradigmática. *Complutum*, 18: pp. 283-319.

González Ruibal, A. (2007b): La vida social de los objetos castreños. (González García, F. G. coord.) *Los pueblos de la Galicia Celta*. Akal. Madrid: pp. 259-322.

- González Ruibal, A. (2008): Time to destroy. An archaeology of supermodernity. *Current Anthropology*, 49 (2): pp. 247-79.
- González Ruibal, A. (2009): Sobre los límites del constructivismo social y las posibilidades del concepto de verdad. *Complutum*, 20, 1: pp. 175-196.
- González Ruibal, A. (2012): The politics of Identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age Northwest Iberia. (Cifani, G. y Stoddart, S. eds.) *Landscape, Ethnicity and Identity in the Archaic Mediterranean Area*. Oxbow. Oxford: pp. 245-266.
- González Tablas, F. J. (1983): *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Serie Resúmenes de Tesis Doctorales, Universidad de Salamanca. Salamanca.
- González Tablas, F. J. (1985): La necrópolis de Trasguja: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas. *Norba*, 6: pp. 43-49.
- González Tablas, F. J. (1989): Los niveles superiores de de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta. *Trabajos de Prehistoria*, 46: pp. 117-128.
- González Tablas, F. J. (1990): La necrópolis de “Los Castillejos” de Sanchorreja. Su contexto histórico. *Acta Salmanticensia*, 69. Salamanca.
- González Tablas, F. J. (2008): Los castros del occidente salmantino Edad del Hierro y romanización. *Zephyrus*, LXII: pp. 139-149.
- González Tablas, F. J. y Domínguez Calvo, A. (2002): *Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila): Campañas de 1981. 1982 y 1985*. *Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos* 117. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- González Tablas, F. J. y Mateos, B. (2004): *Vettones. Guía Infantil de Castros y Verracos*. Excma. Institución Gran Duque de Alba. Diputación Provincial de Ávila. Ávila.
- Gómez Moreno, M. (1904): *Sobre arqueología primitiva en la región del Duero*. Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo 45.
- Gómez Moreno, M. (1927): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora*. Madrid.
- Gómez Moreno, M. (1983): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Ávila*. Ávila (edición revisada).
- Goody, J. (1986): *The logic of writing and the organization of society. Studies in Literacy, family, culture and state*. Cambridge university press. Cambridge.
- Gorgues, A. y Salisbury, R. B. (2017): *Material Chains: Bronze and Iron Age technologies of production in Europe*. Ausonious Editions. Burdeos.

Gorgues, A. y Benavente, J. A. (2012): Organisation du travail et technologie potière dans les ateliers ibériques tardifs du Mas de Moreno (FozCalanda, Teruel): Bilan provisoire des recherches (2005-2011). (Belarte, M. C., Benavente, J. A., Fatás, L., Diloli, J., Moret, P. y Noguera, J. coords.) *Actas II Congreso Internacional Iberos del Ebro*. ICAC.Tarragona: pp. 273-290.

Gosden, C. (2005): What do objects want? *Journal of Archaeological Method and theory*, 12 (3): pp. 192-211.

Gosselain, O. P. 1992: Technology and Style: Potters and Pottery among Bafia Cameroon. *Man*, 27 (3): pp. 559-586.

Gosselain, O. P. (1995): *Identités Techniques. Le travail de la poterie au Cameroun méridional*. Tesis doctoral inédita Universidad Libre de Bruselas. Bruxelles

Gosselain, O. P. (2000): Materializing identities: an African perspective. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 7 (3): pp. 187-217.

Gosselain, O. P. (2002): *Poteries du Cameroun meridional. Styles, techniques et rapports à l'identité*. Centre National de la Recherche Scientifique. Paris.

Gosselain, O. P. (2008): Mother Bella Was Not a Bella: Inherited and Transformed Traditions in Southwestern Niger. (Stark, M. T., Horne, L. y Bowser, B. J. ed.) *Cultural Transmission and Material Culture: Breaking Down Boundaries*. University of Arizona Press. Tucson: pp. 150-77.

Gosselain, O. P. (2011a): Fine if I do, Fine if i don't. Dynamics of technical knowledge in Sub-saharan Africa. (Roberts, B.W. y Van Der Linden, M. eds.): *Investigating archaeological cultures*. Springer. Nueva York: pp. 211-227.

Gosselain, O. P. (2011b) : Pourquoi le decorer? Quelques observations sur le decor ceramique en Afrique. Azania. *Archaeological Research in Africa*, 46(1): pp. 3-19.

Gracia Alonso, F. (2003): Pere Bosch Gimpera y la formación de l'Escola de Barcelona (1915-1939).(Barberà, J. y Garcia i Roselló, J. coords.) *L'arqueologia a Catalunya durant la República i el franquisme (1931-1975)*. Actes de les jornades d'historiografia celebrades a Mataró els dies 24 i 25 d'octubre de 2002, Museu de Mataró. Mataró: pp. 31-92.

Graells i Fabregat, R., Bardelli, G. y Barril Vicente, M. (2014): Ein bronzener stabdreifuss aus Las Cogotas (Cardenosa, Prov. Ávila). *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 44: pp. 59-70.

Gran Aymerich, J. M. J. (1990): Pierre à pivot d'un tour de potier du Vème s. av. J.C. fouilles de 1990 dans l'ensemble palatial orientalisant de Cancho Roano, Zalamea de la Serena, á Badajoz, Espagne. *Technologia nella Antichità 10. Rivista di Archeologia*, XIV: pp. 97-103.

Gran Aymerich, J. M. J. (1991): A propósito de la piedra con hueco cónico de Cancho Roano (Discusión al estudio de S. Celestino Pérez). *Archivo Español de Arqueología* 64: pp. 269-272.

Graves-Brown, P. Jones, S y Gamble, C. (eds.) (1996): *Cultural identity and archaeology. The construction of european communities*. Routledge. Londres y Nueva York.

Guerra Doce, E., Delibes de Castro, G., Abarquero Moras, F.J., Val Recio, J. del., y Palomino Lázaro, A. L. (2011): The Beaker salt production centre of Molino Sanchón II, Zamora, Spain. *Antiquity*, 85: pp. 805-818.

Guirao Polo, D. (2014): Caracterización arqueométrica de cerámicas ibéricas de los yacimientos de Alarcos y el Cerro de las Cabezas. Tesis Doctoral inédita. UCLM.

Gustafsson, A. (1998): The history of Archaeology: good archaeology as bad history? (Anderson, A.C., Gillerg, A., Gensen, O.W., Karlsson, H. y Rolöf, M. V. eds.) *The Kaleidoscopic Past (Gotarc Series C, Arkeologiska Skrifter)*. Göteborg University. Göteborg: pp. 285-293.

H

Hayden, B. (1995): The Emergence of Prestige Technologies and Pottery. (Barnett y Hoopes, ed.) *The Emergence of Pottery Production: Technology and Innovation in Ancient Societies*. Smithsonian Institution Press. Washington: pp. 257-265.

Hamilakis, Y., Pluciennik, M y Starlow, S. (eds.) (2002): *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*. Kluwer/plenum publishers. Nueva York.

Hampe, R. y Winter, A. (1962): *Bei Topfern and topferinnen in Kreta, Messenien un Zypern*. Mainz.

Harbison, P. (1968): Castros with Chevaux-de Frise in Spain and Portugal. *Madriider Mitteilungen*, 9: pp. 116-147.

Harris, O. J. T y Sørensen, T. F. (2010): Rethinking emotion and material culture. *Archaeological dialogues*, 17(2): pp. 145-163.

Harrison, R.J. (1993): La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce, *Trabajos de Antropología e Etnología*, XXXIII (3-4): pp. 293-299.

Harrison, R.J. (1994): The Bronze Age in Northern and Northeastern Spain 2000-800 BC, (Mathers, C. y Stoddart, S. eds.) *Development and decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield Archaeological Monographs 8. Sheffield: pp. 73-97.

Harry, K. Frink, L. Swink, C. Dangerfield, C. (2009): An Experimental approach to Understanding Thule pottery technology. *North American Archaeology*, 30 (3): pp. 291-311.

Hasaki, E. (2011): Crafting Spaces: Archaeological, Ethnographic and Ethnoarchaeological Studies on Spatial Organization in Pottery Workshops in Greece and Tunisia. (Lawall, M. y Lund, J. eds.) *Pottery in the Archaeological Record: Greece and Beyond*. Aarhus: pp. 12-24.

Hasaki, E. (2012): Workshops and Technology. (Smith, T. J. y Plantzos, D. eds.) *A Companion to Greek Art*. Oxford: pp. 255-274.

Hasaki, E. (2013): "Craft Apprenticeship in Ancient Greece. Reaching beyond the Masters". (Wendrich, W. ed.) *Archaeology and apprenticeship. Body knowledge, identity, and communities of practice*. Arizona: uap, pp. 171-202.

Hernández Hernández, F. (1970): Excavaciones en el castro de las Villasviejas del Tamuja, en Botija (Cáceres). *XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida 1968)*. Zaragoza: pp. 431-437.

Hernández Hernández, F. (1981): Cerámica con decoración "a peine". *Trabajos de Prehistoria*, 38: pp. 317-326.

Hernández Hernández, F. (1982): La escultura zoomorfa del occidente peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 39: pp. 211-239.

Hernando Gonzalo, A. (1992): Enfoques teóricos en Arqueología, *SPAL Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 1:11-35.

Hernando Gonzalo, A. (1999): Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos. *Trabajos de Prehistoria*, 56 (2): pp.19-35.

Hernando Gonzalo, A. (2000): Hombres del Tiempo y Mujeres del Espacio: individualidad, poder y relaciones de género. *Arqueología Espacial*, 22: pp. 23-44.

Hernando Gonzalo, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Akal. Madrid.

Hernando Gonzalo, A. (2003): En la Prehistoria no vivieron "individuos". Sobre los problemas de aplicación de la Teoría de la Acción a las sociedades prehistóricas. *Era-Arqueología*, 6: pp. 84-99.

Hernando Gonzalo, A. (2005): Mujeres y Prehistoria. En torno a la cuestión del origen del Patriarcado. (Sánchez Romero, M. ed.) *Arqueología y Género*. Universidad de Granada. Granada: pp. 73-108.

Hernando Gonzalo, A. (2006): Arqueología y globalización. El problema de la definición del "otro" en la Postmodernidad. *Complutum*, 17: pp. 221-234.

Hernando Gonzalo, A. (2007): "Sexo, Género y Poder. Breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la Arqueología del Género, *Complutum*, 18: pp. 167-174.

Hernando Gonzalo, A. (2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Katz ed. Buenos Aires.

Hernando Gonzalo, A. (2015): ¿Por qué la arqueología oculta la importancia de la comunidad? *Trabajos de Prehistoria*, 72 (1): pp. 22-40.

Hernando Gonzalo, A. (2016): Sobre identidad/alteridad y el estudio del pasado. Una introducción. *Revista ArkeoGazte Aldizkaria*, 6: pp. 29-36.

Hernando Gonzalo, A. y González Ruibal, G. (2011): Fractalidad, materialidad y cultura: un estudio etnoarqueológico de los Awá-Guajá de Maranhão (Brasil). *Revista de Antropología*, 24: pp. 9-61.

Henando Gonzalo, A., Beserra Coelho, E., Politis, G., Cantarino, E. y González Ruibal, A. (2006): Historia reciente y situación actual de los awá-guajá (Maranhão, Brasil). *Anales del Museo Nacional de Antropología*, 12:9-24.

Hernando Gonzalo, A., Politis, G. González Ruibal, A. y Beserra coelho, E. (2008): Género y poder entre los awá (Maranhão, Brasil): utilidad de la etnoarqueología para una reflexión sobre las representaciones del pasado. Arenal. *Revista de historia de las mujeres. Norteamérica*.

Hill, J.D. (1995): How Should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from Southern Britain. (Hill, J.D. y Cumberpatch, C.G. eds.) *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in Temperate Europe*. BAR International Series 602, Oxford: pp. 45-66.

Hill, J. D. (2006): Are we any closer to understanding how later Iron Age societies worked (or did not work)? (Haselgrove, C. ed). *Celtes et Gaulois, l'Archaeologie face à l'Histoire.4: Les mutations de la fin de l'âge du fer*. Collection Bibracte 12/4. Centre archéologique européen, Glux-en-Glenne: pp.169-179.

Hily, G. (2012) : *Le dieu celtique Lugus*. Ed. Tir. Rennes.

Hill, J.D. y Cumberpatch, C.G. (1993): Volviendo a pensar la Edad del Hierro. *Trabajos de Prehistoria*, 50: pp. 127-137.

Hobbes, T. (2016) (1642): *De cive*. Alianza Editorial, Madrid.

Hodder, I. (1982): *Symbols in action. Ethnoarchaeology studies of material culture*. Cambridge University Press. Cambridge.

Hodder, I. (1985): Processual Archaeology. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 8: pp.1-26.

Hodder, I. (1991): The decoration of containers: An ethnographic and historical study. (Longacre, W. A. (ed.) *Ceramic Ethnoarchaeology*. University of Arizona Press. Tucson: pp. 71-94.

Hodder, I. (2003): The interpretation of documents and material culture. (Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. eds.). *Collecting and interpreting qualitative materials*. Sage Publications. Thousand Oaks: pp. 155-176.

Hodder, I. (2010): *Religion in the emergence of civilization. Çatalhöyük as a case study*. Cambridge University Press. Cambridge.

Hodder, I. (2012): *Entangled. An Archaeology of the Relationships between Humans and Things*. Willey-Blackwell. Oxford.

Hogg, M. y Smith, J. (2007): Attitudes in Social Context: A social identity perspective. *European Review of Social Psychology*, 18 (1): pp. 89-131.

Hollimon, S. E. (2006): The Archaeology of nonbinary genders in Native North American societies. (Nelson, S. M. ed.) *Handbook of Gender in Archaeology*. AltaMira Press. Lanham: pp. 435-450.

Horkheimer, M. y Adorno, T.W. (2004) (1947): *Dialéctica de la ilustración: fragmentos filosóficos*. Trotta, Madrid.

Hübner, E. (1893): *Monumenta Linguae Ibericae*, Tabula Geographica, nº15, Berlin.

Hurcombe, L. (2007): *Archaeological artefacts as material culture*. Routledge. Londres.

I

Illingworth, R.S. (1985): *El niño normal*. El Manual Moderno. México.

Ingold, T. (1990): Society, nature and the concept of technology, *Archaeological Review from Cambridge* 9,1: pp. 5-17.

Ingold, T. (1995): People Like Us: The Concept of the Anatomically Modern Human. *Cultural Dynamics*, 7(2): pp. 187-214.

Ingold, T. (2000): *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling & Skill*. Routledge. Londres y Nueva York.

Insoll, T. (ed.) (2007): *The Archaeology of Identities: a reader*. Routledge. Londres y Nueva York.

Insoll, T. (ed.) (2011): *Oxford handbook of the archaeology of ritual and religion*. Oxford University Press. Oxford y Nueva York.

J

Jägerbrand, M. (2007): Why the world needs another journal. *Journal of Ancient Fingerprints*, 1: pp. 121-147.

James, S. (1999): *The Atlantic Celts. Ancient People or modern invention?* British Museum Press. Londres.

Jeffra, C. (2011): *The Archaeological Study of Innovation: An Experimental Approach to the Pottery Wheel in Bronze Age Crete and Cyprus*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Exeter.

Jenkins, R. (1996): *Social identity*, Routledge, Londres y Nueva York.

Jenkins, R. (2004): *Social Identity*. Routledge. Londres.

Jenkins, R. (2008): *Rethinking ethnicity*. SAGE, Londres.

Jiménez Ávila, J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Real Academia de la Historia. Madrid.

Jiménez Ávila, J. (2013): En torno a los tornos. A propósito de una piedra de torno de alfarero de la I Edad del Hierro conservada en la Colección de Prehistoria de la Comarca de Mérida (Badajoz). (D. Bernal et. al. eds.) *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania. Monografías ex officina hispana I, vol. I*. Cádiz: pp. 187-198.

Jiménez Ávila, J y Domínguez de la Concha, C. (1995): Materiales protohistóricos de "El Turuñuelo" (Mérida, Badajoz). *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, 26: pp. 131-151.

Jiménez Pasalodos, R., Agua Martínez, F., Padilla Fernández, J. J. Villegas Broncano, M. A. y García Heras M. (en prensa): *Estudio acústico, arqueométrico y musicológico de instrumentos musicales arqueológicos: las trompetas de cerámica de Numancia (siglos III-I a.C.)*. Anuario Musical 2018.

Jiménez Pasalodos, R., García Benito, C. y Padilla Fernández, J. J. (2014): The clay rattles of the Numantine Museum of Soria (Spain). An approach from Experimental Archaeology. *Orient-Archäologie Band*, 33: pp. 47-64.

Jimeno Martínez, A. (2011): Las ciudades celtibéricas de la meseta oriental, *Complutum*, 22 (2): 223-276.

Jimeno Martínez, A., Chaín, A., Quintero, S., Liceras Garrido, R. y Santos, A. (2012): Interpretación estratigráfica de Numancia y ordenación cronológica de sus cerámicas. *Complutum*, 23 (1): pp. 203-218.

Jimeno Martínez, A., de la Torre, J. I., Berzosa, R. y Martínez Naranjo, J. P. (2004): *La necrópolis celtibérica de Numancia. Memorias. Arqueología en Castilla y León 12*. Junta de Castilla y León. Soria.

Jhonson, M. (2000): *Teoría arqueológica. Una introducción*. Akal. Madrid.

Jones, S.D. (1997): *The Archaeology of Ethnicity: Constructing identities in the past and present*. Routledge. Londres.

Jones, S. D. (2001): *Deconstructing the Celts. A skeptic's guide to the archaeology of the Auvergne*. BAR International Series 965. Oxford.

Joice, R. (2005): Archaeology of the Body. *The Annual Review of Anthropology*, 34: pp.139-158.

Judt, T. (2011): *Algo va mal*. Taurus, Madrid.

K

KALSBECK, J. (1980): La ceramique de serie du Djebel Aruda (a l'époque d'Uruk). *Akkadica*, 20: pp. 1-11.

Kamp, K.A. (2001): Where have all the children gone?: the archaeology of childhood. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 8 (1): pp. 1-34.

Kamp, K.A. (2010): Entre el trabajo y el juego perspectivas sobre la infancia en el suroeste norteamericano. *Complutum*, 24 (2): pp.103-120.

Kamp, K.A., Timmerman, N., Linda, G. Graybill, J. y Natowsky, I. (1999): Discovering childhood: Using fingerprints to find children in the archaeological record. *American Antiquity*, 64 (2): pp. 309-315.

Kawulich, B. (2005): *La observación participante como método de recolección de datos*. Forum: qualitative social research. Versión online: FQS <http://www.qualitative-research.net/fqs/>

Keane, W. (2010): Marked, absent, habitual: Approaches to Neolithic religion in Çatalhöyük (Hodder, I. ed.) *Religion in the emergence of civilization. Çatalhöyük as a case study*. Cambridge University Press, Cambridge: pp. 186-219

Knapp, A.B. y Van Dommelen, P. (2008): Past practices: rethinking individuals and agents in archaeology. *Cambridge Archaeological Journal*, 18 (1): pp. 15-34.

Knapp, A.B. y Van Dommelen, P. (eds) (2010): *Material connections: mobility materiality and mediterranean identities*. Routledge. Londres.

Kossina, G. (1911): *Die Herkunft der Germanen. Zur Methode der Siedlungsarchäologie*. Mannus-Bibliothek, 6, Würzburg.

Králík, M. y Einwögerer, T. (2010): Imprints discovered on Paleolithic ceramics from the Krems-Wachtberg and Krems-Hundssteig sites, lower Austria. (Neugebauer-Maresch, C., Owen, L. eds.) *New aspects of the Central and Eastern European Upper Palaeolithic - Methods, Chronology, Technology and Subsistences*. Österreichische Akademie der Wissenschaften. Wien: pp. 255-272

Králík, M., Novotný, V. y Oliva, M. (2002): Fingerprint on the Venus of Dolní Věstonice I. *Anthropologie*, 40: pp. 107-113.

Králík, M. y Novotný, V. (2003): Epidermal ridge breadth: an indicator of age and sex in paleodermatoglyphics. *Variability and Evolution*, 11: pp. 5-30.

Krausse, A. (2006): *Eisenzeitlicher Kulturwandel und Romanisierung im Mosel-Eifel-Raum*. Römisch-Germanische Forschungen 63. Verlag Philipp von Zabern, Maguncia.

Kristiansen, K. (2001): *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro*. Ediciones Península. Barcelona.

Kristiansen, K. y Larsson, T. B. (2006): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Bellaterra. Barcelona.

Kuhn, T. (2006): *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. México.

Kurtz, W.S. (1980): Un asa de bronce procedente del castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). *Archivo Español de Arqueología*, 53: pp. 163-174.

Kurtz, W.S. (1987): *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. BAR., International Series, 344. Oxford.

L

Laclau, E. (2014): *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Lafont, C. (1993): El papel del lenguaje en Ser y Tiempo. *Isegoría: Revista de filosofía moral y política*, 7: pp.183-196.

Lamboglia, N. (1952): Per una classificazione preliminare della ceramica campana. *Atti del 1° congresso internazionale di studi liguri*, Bordighera: pp. 139-206.

- Latour, B. (1993): *We have never been modern*. Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Latour, B. (2005): *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Mantantial, Buenos Aires.
- Lemonnier, P. (1976): La description des chaînes opératoires: contribution a l'étude des systèmes techniques. *Techniques et culture*, 1: pp. 100-151.
- Lemonnier, P. (1986): The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems. *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: pp.147-186.
- Lemonnier, P. (1990): Topsy turvy techniques. Remarks on the social representation of techniques. *Archaeological Review from Cambridge*, 9, 1: pp. 27-37.
- Lemonnier, P. (1992): *Elements for an anthropology of technology*. Ann Arbor. University of Michigan Press. Michigan
- Lemonnier, P. (1993): *Introduction to Technological choices: Transformation in Material. Cultures since the Neolithic*. Routledge. London.
- Lemonnier, P. (2004): Mythiques chaînes opératoires. *Techniques et culture*, 43-44: pp. 25-44.
- Lemonnier, P. (2012): *Mundane Objects: Materiality and Non-verbal Communication*. Left Coast Press. Walnut Creek. California.
- Lemonnier, P. (2018): ¡Hay algo extraño! Objetos estratégicos y comunicación. (Alarcón García, E. Padilla Fernández, J. J. Arboledas Martínez, L. y Chapon L. eds.) *Algo más que Galbos y Cacharros. Etnoarqueología y Experimentación cerámica*. Menga Revista de Prehistoria de Andalucía. Sevilla.
- Leeuw, S. E., Van Der (1977): Towards a study of the economics of pottery making. *Ex Horreo*, 4: pp. 68-76.
- Van der Leeuw S. E., (1993): Giving the potter a choice. Conceptual aspects of pottery techniques. (Lemonier, P. ed): *Technological choice. transformations in material cultures since the neolithic*. Routledge, Londres: pp. 238-288.
- Van der Leeuw, S. E., (1984): Pottery manufacture: Some implications for the study of trade. (RICE, P. M. ed.) *Pots and Potters: currents aproaches in ceramic archaeology*. University of California Press: pp. 55-69.
- Leeuw, S. E., Van der (2008): Agency, networks, past and future. (Knappett, C. y Malafouris, L. eds.) *Material Agency. Towards a non-anthropocentric approach*. Springer. Nueva York: pp. 217-247.
- Leroi-Gourhan, A. (1988) (1943): *El hombre y la materia (Evolución y técnica I)*. Taurus, Madrid.

- Leroi-Gourhan, A. (1964): *La geste et la Parole: Technique et Langage*, A. Michel, París.
- Leroi-Gourhan, A. (1965): *La geste et la Parole: La mémoire et les Rythmes*. A. Michel. París.
- Lévi-Strauss, C. (1984) (1962): *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura. México.
- Lévi-Strauss, C. (1990) (1973): El campo de la Antropología, en *Antropología Estructural. Mito, sociedad, humanidades*, Siglo XXI. México: pp. 9-36.
- Liceras Garrido, R. (2017): *Paisaje y territorio celtibérico en el alto Duero*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- Lillehammer, G. (2010): Archaeology of Children. (Sánchez Romero, M. ed.) *Infancia y Cultura Material en Arqueología*. Complutum, 21 (2): pp. 15-45.
- Livingstone-Smith, A. (2000): Processing clay for pottery in northern Cameroon: Social and technical requirements, *Archaeometry*, 42: pp. 21-42.
- Livingstone-Smith, A. (2007): *Chaîne Opératoire de la Poterie*, Musée Royal de l'Afrique Centrale. Tervuren.
- Lock, G. (2011): Hillforts, emotional metaphors, and the good life: a response to Armit. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 77: pp. 355-362.
- López Guerra, A. M. (2007): *Informe de la intervención 04/112 en el castro de Las Cogotas Cardeñosa (Ávila)*. Junta De Castilla y León. Museo de Ávila. Ávila.
- López de Heredia Martínez de Sabarte, J. (2014): *La cerámica de la Segunda Edad del Hierro en el País Vasco: Estudio tecnológico, funcional y social*. Tesis Doctoral inédita. Universidad del País Vasco.
- López Rodríguez, A. (2014): Los hermanos Rotondo y Nicolau, Coleccionistas arqueológicos de finales del siglo XIX y principios del XX. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I Prehistoria y Arqueología*, 7: pp. 211-238.
- López Romero González de la Aleja, E. (2016): *Hueso y asta trabajada procedente del poblado vetón de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)*. Trabajo inédito Final del Máster de Arqueología Prehistórica. Universidad complutense de Madrid.
- López Sáez, J.A. y Blanco González, A. (2005): La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroeste de la Cuenca del Duero (Provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social? (Blanco, A., Cancelo, C. y Esparza, A. eds.) *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Colección Aquilafuente 86, Salamanca: 229-250.
- López Sáez, J. A., Van Geel, B. y Martín Sánchez, M. (2000): Aplicación de los microfósiles no polínicos en Palinología Arqueológica, (Oliveira Jorge, V. coord.).

Lorrio Alvarado, A. (1997): *Los Celtíberos*. Complutum extra 7.

Lorrio Alvarado, A. (2005): *Los Celtíberos*. Real Academia de la Historia. Madrid.

Lorrio Alvarado, A. y Ruiz Zapatero, G. (2005): The Celts in Iberia: an overview. e-Keltoi. *Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6: pp. 167-254.

Lozano Rubio, S. (2011): Interseccionalidad: ¿una nueva herramienta teórica para la Arqueología? *Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica. OrJIA*, Madrid (2): pp. 789-794.

Lucy, S. (2005a): Ethnic and cultural identities. (Díaz Andreu, M., Lucy, S., Babic, S. y Edwards, D. N. eds.) *The Archaeology of Identity: approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge. Londres: pp. 43-66.

Lucy, S. (2005b): The archaeology of age. (Díaz Andreu, M., Lucy, S., Babic, S. y Edwards, D. N. eds.) *The Archaeology of Identity: approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge, Londres: pp. 86-109.

Luezas, R. A. y Martín Bueno, M. (1995): Cerámica pintada romana de tradición indígena procedente de Bilbilis (Calatayud, Zaragoza). *Espacio, Tiempo y Forma. Serie i. Prehistoria y Arqueología*, 8: pp. 235-293.

M

Macarro Alcalde, C. y Alario García, C. (2012): *Los orígenes de Salamanca. El poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca.

Mac Neill, M. (1962): *The Feast of Lughnasa*. Oxford.

Mac Sweeney, N. (2009): Beyond ethnicity: The Overlooked Diversity of Group Identities. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 22 (1): pp. 101-126.

Maget, M. (1953) : *Guide d'Etude Directe des Comportements Culturels*. CNRS, París.

Magrill, P. y Middleton, A. (1997): A Canaanite potter's workshop in Palestine. (Freestone, I. y Gaimster, D. eds.) *Pottery in the Making world ceramic traditions*. British Museum Press. Londres: pp. 68-73.

Maluquer de Motes, J. (1954): Pueblos Celtas. (Menéndez Pidal, R. dir.). *Historia de España, Tomo I, vol. 3*. Madrid: pp. 5-194

- Maluquer de Motes, J. (1956): La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro. *Zephyrus*, VII: pp. 179-206.
- Maluquer de Motes, J. (1958a): *El castro de Los Castillejos de Sanchorreja*. Ávila-Salamanca.
- Maluquer de Motes, J. (1958b): *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensia XIV-1. Salamanca.
- Maluquer de Motes, J. (1968): Excavaciones arqueológicas en el castro de “Las Merchanas” (Lumbrals, Salamanca). *Pyrenae*, 4: pp. 101-128.
- Maluquer de Motes, J., Gracia, F. y Munilla, G. (1990): Alto de la Cruz. Cortes de Navarra. Campañas, 1986-1988. *Trabajos de Arqueología Navarra* núm. 9: p. 246.
- Mannoni, T. y Giannicheda, E. (2004): *Arqueología de la producción*. Ariel Prehistoria. Barcelona.
- Marco Simón, F. (1993): La religiosidad en la Céltica Hispana, (Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. eds.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Actas. Madrid: pp. 477-512.
- Marco Simón, F. (2006): The cult of the Lugoves in Hispania. *Acta Archaeologica Academiae Scientiarum Hungaricae*, 57: pp. 209-218.
- Marco Simón, F. y Sopena, Genzor, G. (2017): Sobre la religión en la Celtiberia: de las divinidades a la ideología funeraria, (Jimeno, A. ed.) *Numancia eterna*. Junta de Castilla y León. Salamanca: pp. 51-67.
- Marcuse, H. (2010) (1954): *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Planeta. Barcelona.
- Mariné Isidro, M. (2003): Celtas y Vettones: una reflexión, *MUSEO. Revista de la Asociación Profesional de Museólogos de España*, 8: pp. 263-269.
- Mariné Isidro, M. (coord.) (2005): *El descubrimiento de los Vetones: Los materiales del Museo Arqueológico de Madrid*. Institución Gran Duque de Alba. Diputación Provincial de Ávila. Ávila.
- Mariné Isidro, M. y Ruiz Zapatero, G. (1988): Nuevas Investigaciones en Las Cogotas. Una aplicación del 1% Cultural. *Revista de Arqueología*, 84: pp. 46-53.
- Martín Ramos, J. D. (2004): *Using X Powder: A software package for Powder X-Ray diffraction analysis*. Web: www.xpowder.com [visto el 20 junio de 2015].
- Martín Ramos, J. D. (2006): X Powder. Programa para análisis cualitativo y cuantitativo por Difracción de Rayos X. *MACLA. Revista de la Sociedad Española de Mineralogía*, 4-5: pp. 35-44.

Martín Mínguez, B. (1916): Epigrafía y Numismática. *Revista Coleccionismo*, 4: pp. 191-193.

Martín Valls, R. (1971): *Protohistoria y Romanización de los Vettones*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Valladolid.

Martín Valls, R. (1973): Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIX: pp. 81-103.

Martín Valls, R. (1985): Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas. (Valdeón, J. ed.) *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Ámbito. Valladolid: pp. 104-131.

Martín Valls, R. (1986-87): La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. *Zephyrus*, XXXIX-XL: pp. 59-86.

Martín Valls, R. y Benet, N. (1997): Investigación y restauración del castro de Yecla la Vieja". (Redentor, A. éd.) *O Io Milenio a. C no Noroeste Peninsular; A Fachada Atlántica e o Interior*. Actas do Coloquio realizado em Bragança nos dias 24 e 25 de Novembro de 1995. Bragança: pp. 111-122.

Martín Valls, R y Delibes de Castro G. (1973): Recientes hallazgos cerámicos en la fase Cogotas I en la Provincia de Salamanca. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIX: pp. 395-402.

Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G. (1975): Problemas en torno a la primera Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta Norte. *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973)*. Zaragoza: pp. 545-550.

Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G. (1978): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLIV: pp. 321-346.

Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G. (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*. Junta de Castilla y León, Valladolid.

Martín Valls, R., Benet, N. y Macarro Alcalde, C. (1991): Arqueología de Salamanca. (Santonja, M. coord.) *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca: pp. 137-163.

Martinelli, B. (1996): Sous le regard de l'apprenti. Paliers de savoir et d'insertions chez les forgerons Moose du Yatenga (Burkina Faso). *Techniques et culture*, 28: pp. 9-47.

Martínez Carrillo, A. L. (2016): *Nuevas tecnologías aplicadas al análisis de la cerámica ibérica a torno del Alto Guadalquivir (s.VI a.n.e. s.I d.n.e.)*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Jaén.

Martínez Navarrete, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la Prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI Editores. Madrid.

MATSON, F. (1965): Ceramic Ecology: An Approach to the Study of the Early Cultures of the Near East. (Matson, F. ed.) *Ceramics and Man*: pp. 202-217.

May, P. y Tuckson M. (1982): *The Traditional Pottery of Papua New Guinea*. Bay Books, Kesington.

Mederos Martín, A. (2013): Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX. II. La crisis de la restauración (1868-1885). *CuPAUAM*, 39: pp. 197-239.

Mederos Martín, A. (2014): Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX. II (2). La crisis de la restauración (1868-1885). *CuPAUAM*, 40: pp.149-191.

Megaw, J. V. S., y Megaw, M. R. (2001): *Celtic Art from its beginnings to the Book of Kells, 2nd edition*. Thames and Hudson. Londres.

Megaw, J. V. S. y Megaw M. R. (2009): A style without genesis? The elusive birthplace of early Celtic art. (Cooney, G.; Becker, K.; Coles, J.; Ryan, M. y Sievers, S., eds.) *Relics of old decency: archaeological studies in later prehistory. Festschrift for Barry Raftery*. Worldwell. Dublin: pp. 291-306.

Meillassouz, C. (1987): *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Siglo XXI. México.

Meskell, L. (1998a): Intimate archaeologies: the case of Kha and Merit. *World Archaeology*, 29 (3): pp. 363-379.

Meskell, L. (1998b): The irresistible body and the seduction of Archaeology. (Montserrat, D. ed.) *Changing bodies, changing meanings. Studies on the human body in antiquity*. Routledge. Londres y Nueva York: pp. 139-161.

Meskell, L. (1999): Archaeologies of life and death. *American Journal of Archaeology*, 103, 2: pp. 181-199.

Meskell, L. (2002): The intersection of identity and politics in archaeology. *Annual Review of Anthropology*, 31: pp. 279-301.

Meskell, L. (2005): *Archaeologies of Materiality*. Blackwell, Londres.

Meskell, L. y Preucel, R. W. (eds.) (2007): *A companion to Social Archaeology*. Blackwell. Oxford.

Míguez, V., Ibáñez-Gimeno, P., Carreras, J., Liria, J. y Malgosa, A. (2016): El artesano de La Canal dels Avellaners (Edad de Bronce, Barcelona): análisis de huellas dactilares. *Trabajos de Prehistoria*, 73 (1): pp. 147-159.

Miller, D. (2005) (ed.): *Materiality*. Duke University Press. Durham.

Miller, H. M. L. (2009): *Archaeological Approaches to Technology*. Left Coast Press Inc. Walnut Creel.

Misiego Tejeda, J. C., Marcos Contreras, G. J., Martín Carbajo, M.A., Sanz García, F.J. y Villanueva, A. (2005): Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila): Reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro. (Blanco González, A., Cancelo, C. y Esparza, A. eds.) *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Colección Aquilafuente 86, Salamanca: pp. 207-228.

Mithen, S. (1998): *Arqueología de la mente: orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*. Barcelona, Crítica.

Molina, F. y Arteaga, O. (1976): Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistórica de la Universidad de Granada*, I: pp. 175-214.

Molinero Pérez, A. (1933): El castro de la Mesa de Miranda (Chamartín-Ávila). *Boletín de la academia de la Historia*, CII: pp. 421-439.

Montón Subías, S. (2010): Black Swans and Archaeological Interpretation. *Norwegian Archaeological Review*, 43 (1): pp. 1-11.

Montón Subías, S. (2014): From the nineteenth century to the twenty-first: understanding the Bronze Age Argaric lifecourse in the Mediterranean far west. (Knapp, B. y Van Dommelen, P. eds.) *The Oxford Handbook of Archaeology*. The Cambridge University Press. Cambridge: pp. 540-543.

Montón Subías, S. y Sánchez Romero, M. (eds.) (2008): *Engendering social dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*. BAR International Series 1862, Oxford.

Moragón Martínez, L. (2013): *Cuerpo y sociedades orales. Una reflexión sobre la concepción del cuerpo y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

Morales Muñiz, A. y Liesau, C. (1995): Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro. (Delibes, G., Romero, F. y Morales, A. eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Junta de Castilla Y León. Valladolid: pp. 455-511.

Moreno Onorato, A., Bashore Acero, C., Dorado Alejos, A. y Padilla Fernández, J. J. (2017): Experimental reconstruction of copper metallurgy based on archaeometallurgical remains from the Peñalosa bronze age site. Playing with the time. (Alonso, R; Baena, J. y Canales, D. eds.) *Experimental Archaeology and the study of the past*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: pp. 269-274.

Morín, J. (2005) (1994): Epistemología de la complejidad. (Schnitman, D. F. ed.) *En Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Paidós. Buenos Aires: pp. 421-53.

Moore, T. (2011): Detribalizing the later prehistoric past: Concepts of tribes in Iron Age and Roman studies. *Journal and Social Archaeology*, 11 (3): pp. 334-360.

Moore, D. y Reynolds, R. (1989): *X-ray diffraction and the identification and analysis of clay minerals*, Oxford University Press. Oxford.

Moore, J. y Scottt, E. (eds.): *Invisible People and Processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester University Press. Londres y Nueva York.

Morter, J. y Robb, J. E. (1998): Space, Gender and Architecture in the southern Italian Neolithic. (Whitehouse, R. ed.) *Gender and Italian Archaeology: Challenging the Stereotypes*. Accordia Research Center Londres: pp. 83-94.

N

Naranjo González, C. (1984): El Castillo de Cardeñosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Ávila (Excavaciones realizadas por Juan Cabré en 1931), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 19: pp.35-84.

Nelson, S.M. (ed.) (2006): *Handbook of gender in Archaeology*. AltaMira Press, Lanham.

Nicholson, P. T. (2009): Pottery Production. *UCLA Encyclopedia of Egiptology*, Los Ángeles. California: pp. 1-8.

O

Oakley, V. y Jain, K. (2002): *Essentials in the care and conservation of historical ceramic objects*. Archetype Publications. Londres

Oggiano, I. (2006): Archeologia del culto: questioni metodologiche. (Rocchi M. y Xela, P. eds.) *Archeologia e religione*. Verona: pp. 25-45.

Olivares Pedreño, J. C. (2002): *Los dioses de la Hispania Céltica*, Bibliotheca Archaeológica Hispana, 15. Real Academia de la Historia, Madrid.

Olsen, B. (2003): Material culture after text: re-membering things. *Norwegian Archaeological Review*, 36 (2): pp. 87-104.

Olsen, B. (2006): Archaeology, hermenutics of suspicion and phenomenological trivialization. *Archaeological Dialogues*, 13 (2): pp. 144-150.

Olsen, B. (2007): Genealogías de la asimetría. Porqué nos hemos olvidado de las cosas, *Complutum*, 18; pp. 287-291.

Olsen, B. (2010): *In defense of things. Archaeology and the ontology of objects*. AltaMira Press. Plymouth.

Olson, D.R. (1994): *The world on paper. The conceptual and cognitive implication of writing and reading*. Cambridge University Press. Cambridge.

Olson, D. R. (1998): *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Gedisa. Barcelona.

Ong, W. J. (1996) (1982): *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica. México.

Orejas Saco del Valle, A. (1991): Arqueología del Paisaje: Historia, Problemas y perspectivas. *AESPA: Archivo Español de Arqueología*, LXIV: pp. 191-230.

Orejas Saco del Valle, A., Ruiz del Moro, M^a y López Jiménez, O. (2002): Los registros del paisaje en la investigación arqueológica. *AESPA: Archivo Español de Arqueología*, LXXV: pp. 287-311.

Ortega Blanco, J. y del Valle Gutiérrez, M. (2004): El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). Primeros resultados. *Trabajos de Prehistoria* 61 (1): pp. 175-185.

Orton, C., Tyers, P. y Vince, A. G. (1997): *La Cerámica en Arqueología*. Crítica. Barcelona.

OVIST, K.L., (2004): *The integration of Mercury and Lugus: Mythology and History in Late Iron Age and Early Roman Gaul*. PhD dissertation. Univ. of Chicago Divinity School. Chicago.

P

Padilla Fernández, J. J. (2011): El alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila): Una mirada etnoarqueológica y experimental. *Arqueología y Territorio*, 8: pp. 115-128.

Padilla Fernández, J. J. (2013): Redescubriendo el proceso productivo cerámico: La manufactura del fondo umbilicado en el alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). (Girón Angiozar, L., Lazarich, M. y Conceição, M. eds.) *Actas del I Congreso Internacional sobre estudios cerámicos. Homenaje a la doctora Mercedes Vegas*. Universidad de Cádiz. Cádiz: pp. 505-524.

Padilla Fernández, J. J. (2014): Decantation process in Las Cogotas pottery (Cardeñosa, Ávila, Spain): an ethnoarchaeological approach. (Djorjevic, B. ed.) *Tradicional pottery making from the ethnoarchaeological point of view*. National Museum in Belgrade. Belgrade: pp. 82-91.

Padilla Fernández, J. J. y Chapon, L. (2015): Gender and childhood in the Second Iron Age: The pottery centre of Las Cogotas (Ávila, Spain). (Sánchez Romero, M., Alarcón García, E. y Aranda Jiménez, G. eds.) *Children, spaces and identities*. Oxbow. Oxford: pp. 75-87.

Padilla Fernández, J. J. (2016): Thousand-year-old knowledge pottery in Andalusia: the popular tradition as a build bridge with the past. (Biagetti, S. y Lugli, F. eds.) *The intangible elements of culture in Ethnoarchaeological research*. Springer. Cham: pp. 263-273.

Padilla Fernández, J. J. (2017a): Identidad y tecnología cerámica: el trabajo alfarero en Luxor (Egipto). *Complutum*, 28 (2): pp. 379-398.

Padilla Fernández, J. J. (2017b): El artesanado alfarero en Iberia a finales de la Edad del Hierro y el inicio de la conquista romana: calidad vs. cantidad. *Zephyrus*, LXXX: pp. 93-112.

Padilla Fernández, J. J. (2018): Tecnología e Identidad Religiosa: Etnoarqueología de la cerámica en el sur de Egipto. (Domínguez Solera, S. coord.) *Etnoarqueología Total I. Para todas las épocas, para todas las sociedades, para todos los temas*. UNED. Diputación Provincial de Cuenca. Cuenca: pp. 55-68.

Padilla Fernández, J. J. y Dorado Alejos, A. (2017): Lo que la cerámica esconde: continuidad y cambio social a finales del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro en el castro de las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). *Complutum*, 28 (1): pp. 87-117.

Padilla Fernández, J. J., Jiménez Pasalodos, R., García Benito, C., y Chapón, L., (2013): La cadena técnico-operativa del alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila): La construcción experimental de un horno cerámico de la II Edad del Hierro. (Palomo, A., Piqué, R., y Terradas, X. eds.) *Experimentación en arqueología. Estudio y difusión del pasado*. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Girona: pp. 467-475.

Padilla Fernández, J. J., Ruiz Zapatero, G. y Álvarez Sanchís, J. R. (2018): Algo más que un taller cerámico de la II Edad del Hierro: El alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). (Alarcón García, E., Padilla Fernández, J. J., Arboledas Martínez, L. y Chapon L. eds.) *Algo más que Galbos y Cacharros. Etnoarqueología y Experimentación cerámica*. Menga Revista de Prehistoria de Andalucía, Sevilla: pp. 217-230.

Palol, P. (1966): Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana. *IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid 1965)*. Zaragoza: pp. 29-33.

Palol, P. y Wattenberg, F. (1974): *Carta Arqueológica de España*. Valladolid. Valladolid.

Parcero Oubiña, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Fundación F.M. Ortegalia, Ortigueira.

Peacock, D. P. S. (1982): *Pottery in the Roman world: an ethnoarchaeological approach*. Longman, Londres.

- Pêcheux M. (1982): *Language, Semantics and Ideology*. St Martin's Press. Nueva York.
- Pelegrin, J. (1990): Prehistoric Lithic Technology: Some Aspects of Research. *Archaeological Review from Cambridge*, 9 (1): pp. 116-125.
- Pelegrin, J., Karlin, C., Bodu, P. (1988): "Chaînes opératoires": un outil pour le préhistorien, *Technologie Préhistorique. Notes et monographies Techniques*, 25. CNRS, París.
- Pereira Sieso, J. (1988): *La cerámica pintada a torno en Andalucía entre los siglos VI y III a.C. Cuenca del Guadalquivir*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Pérez Ballester, J. (2008): La cerámica de barniz negro como mercancía. Comercio y redistribución en Hispania. (Pérez Ballester, J. y Pascual, G. eds.) *Comercio, redistribución y fondeaderos. La navegación a vela en el Mediterráneo*, Actas V Jornadas Internacionales de Arqueología Subacuática, Valencia: pp. 209-220,
- Pérez de Barradas, J. (1933-35): *Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña*. Anuario de Prehistoria Madrileña, 46.
- Pérez de Barradas, J. (1929): La colección prehistórica Rotondo. *Actas y memorias de la sociedad española de antropología, etnografía y prehistoria*, 8: pp. 161-204.
- Perlines Benito, M. R. (2005): La presencia de cerámica a Torno en contextos anteriores al cambio de milenio. Propuesta para su estudio. (Celestino, S. y Jiménez Ávila, J. eds.) *El Periodo Orientalizante*. Actas III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Protohistoria del Mediterráneo Occidental. CSIC. Mérida y Madrid: pp. 477-489.
- Peters, T. y Iberg, R. (1978): Mineralogical changes during firing of calcium-rich brick clays. *Ceramic Bulletin*, 57: pp. 503-509.
- Petrequin, A. M., Petrequin, P. (1999). La poterie en Nouvelle Guinée: savoir-faire et transmission des techniques. *Journal de la société des Océanistes*, 108 (1): pp. 71-101.
- Pfaffenberger, B. (1992): Social Anthropology of Technology. *Annual Review of Anthropology*, 21: pp. 491-516.
- Pierce, E., Russell, A., Maldonado, A. y Campbell, L. (eds.) (2016): *Creating Material Worlds. The uses of identity In Archaeology*. Oxbow. Oxford y Filadelfia.
- Pikirayi, I., y Lindahl, A. (2013): Ceramics, Ethnohistory, and Ethnography: Locating Meaning in Southern African Iron Age Ceramic Assemblages. *African Archaeological Review*, 30 (4): pp. 455-473.
- Pohl, W. (1998): Conception of Ethnicity in Early Medieval Studies. (Lester, K., Little y Barbara H. Rosenwein eds.) *Debating the Middle Ages: Issues and Readings*. Blackwell. Oxford: pp. 13-24.

Politis, G. (1998): Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica. *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2): pp. 5-19.

Powell, C. (1995): The nature and use of ancient egyptian potter's wheels. *Amarna Reports*, VI: pp. 309-335.

Prados Torreira, L. (2010): Gender and Identity in Iberian funerary context. (Dommasnes, L. H., Hjørungdal, T., Montón, S., Sánchez, M. y Wicker, N. L. eds.) *Situating gender in European archaeologies*. Archaeolingua Alapítvány. Budapest: pp. 205-224.

Price, T. D. y Feinman, G. M. (2010): Social Inequality and the evolution of human social organization. (Price, T. D. y Feinman, G. M. eds.) *Pathways to power. New perspectives on the Emergence of social inequality*. Springer. Nueva York: pp. 1-14.

Prieto Martínez, M. P. (1999): Caracterización del estilo cerámico de la Edad del Bronce en Galicia: Cerámica campaniforme y cerámica no decorada. *Complutum*, 10: pp. 71-90.

Principal, J. y Ribera i Lacomba, A. (2013): *La cerámica de barniz negro. Manual de cerámica romana. Del mundo Helenístico al Imperio romano*. Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid. Alcalá de Henares. Madrid.

Prosper, B.M. (2002): *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.

Q

Quijano, A. (2000): Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina. (Lander, E. ed.) *Colonialidad del saber y eurocentrismo*. UNESCO-CLACSO. Buenos Aires: pp. 201-246.

R

Ramírez Goicoechea, E. (2007): *Etnicidad, identidad y migraciones: teorías, conceptos y experiencias*. Ed. Universitaria Ramón Areces. Madrid.

Randic, M. (2014): Ethnological researches of pottery-making in Croatia. (Djorjevic, B. ed.) *Traditional pottery making from the ethnoarchaeological point of view*. National Museum in Belgrade. Belgrade: pp. 82-91.

Reher Díez, G. S. (2011): The introduction to Ethnicity Syndrome in Proto-historical Archaeology. (Moore, T. y Armada, X. L. eds.) *Atlantic Europe in the First Millennium BC. Crossing the Divide*. Oxford University Press. Oxford: pp.139-160.

Renfrew, C. (1982): Explanation revisited. (Renfrew, C., Rowlands, M. J. y Abbot Segraves, B eds.) *Theory and ex-plantation in Archaeology: The Southampton Conference*. Academic Press. Nueva York: pp. 5-23.

Renfrew, C. (1993): Cognitive Archaeology: Some Thoughts on the Archaeological Thought. *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): pp. 248-250.

Renfrew, C., Cherry, J. F., Scarre, C. y Shennan, S. (2004): *Explaining social change: studies in honour of Colin Renfree*. McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, Oakville.

Rhys, J. (1901): *Celtic Folklore- Welsh and Manx*, 2 vols., Clarendon Press. Oxford.

Rice, F. P. (1997): *Desarrollo humano. Estudio del ciclo vital*. Prentice Hall Hispanoamericana. México.

Rice, P. M. (1984): Some reflections on change in pottery producing systems. (Van der Leew, S. y Pritchard, A. eds) *The Many dimensions of Pottery. Ceramic Archaeology and Anthropology*. Cingula VII. Institute for Pre and Proto-history, Amsterdam: pp.231-293.

Rice, P. M. (1987): *Pottery analysis: a sourcebook*. University of Chicago Press. Chicago.

Robb, J. E. (2007): *The Early Mediterranean Village. Agency. Material Culture and Social Change in Neolithic Italy*. Cambridge University Press. Nueva York.

Robb, J. E. (2010): Beyond Agency. *World Archaeology*, 42 (4): pp. 493-520.

Roccas, S. y Brewer, M. B. (2002): Social Identity complexity. *Personality and Social Psychology Review*, 6: pp. 88-106.

Rodríguez González, E. (2001): *Breviario enciclopédico "Don Eladio" Letras, historias e tradiciones populares de Galicia*. La Voz de Galicia. A Coruña.

Rodríguez González, E. y Celestino Pérez, S. (eds.) (2017): *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en la época tartésica*. Anejos de AESPA: Archivo Español de Arqueología, LXXX.

Roldán Hervás, J. M. (1968-69): Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones. *Zephyrus*, XIX-XX: pp. 73-106.

Romero Carnicero, F. (1976): *Las cerámicas policromas de Numancia*. Universidad de Valladolid. Valladolid.

Romero Carnicero, F. y Ramírez Ramírez, M. L. (1996): La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del Sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro, (Querol, M. A. y Chapa, T. eds) *Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*. Complutum Extra, 6 (2): pp. 313-326.

Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Álvarez Sanchís, J. R. (2008): El primer milenio A. C. en las tierras del interior peninsular. (Gracia Alonso, F. coord.) *De Iberia a Hispania*. Ariel. Barcelona: pp. 649-731.

Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (1993): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Valladolid.

Ross, A. (2000): *Folklore of the Scottish Highlands*. Stroud. Tempus. Gloucestershire.

Rotondo Nicolau, E. (1897): *Catálogo del Museo Proto-Histórico Ibérico propiedad de D. Emilio Rotondo y Nicolau*. Langa y Compañía. Madrid.

Rouillard, P., de la Torre Castellano, I. y Sánchez Moreno, A. (2017): Las cerámicas griegas áticas de figuras rojas de Zacatín (Granada). *AESPA, Archivo Español de Arqueología*, 90: pp. 271-298.

Roux, V. (1990): The psychosocial analysis of technical activities: a contribution to the study of craft specialization. *Archaeological Review from Cambridge*, 1: pp. 142-153.

Roux, V. (1992): Logicist analysis, exterior knowledge, and ethnoarchaeological researches. (Gardin y Peebles ed.) *Representations in Archaeology*. Indiana University Press. Bloomington: pp. 277-290.

Roux, V. (1994) La technique du tournage: définition et reconnaissance per les macrotraces. *XVe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes. Terre Cuite et Société. La céramique, document, technique, économique, culturel*. APDCA, Juan-les-Pins : pp. 45-58.

Roux, V. (2003): A Dynamic Systems Framework for Studying Technological Change: Application to the Emergence of the Potter's Wheel in the Southern Levant. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 10 (1), pp. 1-30. doi: <https://doi.org/10.1023/A:1022869912427>.

Roux, V. (2008): Evolutionary trajectories of technological traits and cultural transmission: a qualitative approach to the emergence and disappearance of the ceramic wheel-fashioning technique in the Southern Levant during the fifth to third millennia bc". (Stark, B., Bowser, B. y Horne, L. eds.) *Cultural Transmission and Material Culture*. Breaking Down Boundaries. Tucson: AUP, pp. 82-104.

Roux, V. (2009): Technological innovations and developmental trajectories: social factors as evolutionary forces. Innovation in cultural systems. (O'Brien, M. y Shennan, S. eds.) *Contributions from evolutionary anthropology*. MIT Press. Cambridge: pp. 217-234.

Roux, V. (2015): Standardization of Ceramic Assemblages: Transmission Mechanisms and Diffusion of Morpho-Functional Traits across Social Boundaries. *Journal of Anthropological Archaeology*, 40: pp. 1-9.

- Roux, V. (2016): *Des ceramiques et des hommes. Décoder les assemblages archéologiques*. Presses Universitaires de Paris Puest. Nanterre.
- Roux, V. y Corbeta, D. (1990): *Le tour du potier. Spécialization artisanale et compétences techniques*. Coll. Monographies du CRA, 4. CNRS. París.
- Roux, V. y Courty, M. A. (1998): Identification of Wheel-Fashioning Methods: Technological Analysis of 4th-3rd Millennium BC Oriental Ceramics. *Journal of Archaeological Science*, 25: pp. 747-763.
- Rowlands, M. (1994): The politics of identity in archaeology. (Bond, G. y Gilliam, A. eds.) *Social construction of the past: Representation as power*. Routledge, Londres: pp. 129-143.
- Roymans, N., (2004): *Ethnic identity and imperial power. The Batavians in the early Roman empire*. Amsterdam Archaeological Studies 10, Amsterdam.
- Ruiz Entrecañales, R. (2004): *Informe de la intervención 04/91 en el castro de Las Cogotas Cardenosa (Ávila)*. Junta De Castilla y León. Museo de Ávila. Ávila.
- Ruiz Entrecañales, R. (2005): *Castro de Las Cogotas, Cardenosa, Ávila*. Cuadernos de patrimonio abulense, 4. Institución Gran Duque de Alba. Diputación de Ávila. Ávila.
- Ruiz Gálvez, M. L. (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica. *SPAL: Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 1: pp. 219-251.
- Ruiz Gálvez, M. L. (1995): La cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental. (Ruiz Gálvez, M. L. ed.) *Ritos de Paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum 5: pp. 79-83.
- Ruiz Gálvez, M. L. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica. Barcelona.
- Ruiz Gálvez, M. L. (2007): Loyal wives or just cocubines...? *Treballs d'Arqueologia*, 13: pp. 175-197.
- Ruiz Zapatero, G. (1979): El Roquizal del Rullo: aproximación a la secuencia de los Campos de Urnas del Bajo Aragón. *Trabajos de Prehistoria*, 36: pp. 247-282.
- Ruiz Zapatero, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Ruiz Zapatero, G. (1988): Recensión del libro de A. Esparza, Los Castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora. Instituto de Estudios Zamoranos, 1986. *Trabajos de Prehistoria*, 45: pp. 359-361.
- Ruiz Zapatero, G. (1993): El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española. (Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. eds.) *Los Celtas: Hispania y Europa*. Editorial Actas. Madrid: pp. 23-62.

Ruiz Zapatero, G. (2002): Arqueología e identidad: la construcción de referentes de prestigio en la sociedad contemporánea. *Arqueoweb*, 4 (1), mayo de 2002. (Artículo digital). Recuperado de: <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>. (Acceso 5 de julio de 2018).

Ruiz Zapatero, G. (2004): La Construcción de la “Cultura de Las Cogotas”. (Blázquez Pérez y Rodríguez Nuere, comisarios), *El Arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Ministerio de Cultura. Instituto del Patrimonio Histórico Español. Secretaría General Técnica: pp. 195-219.

Ruiz Zapatero, G. (2006): The Celts in Spain. From archaeology to modern identities. (Rieckhoff, S. dir.) *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, I: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne. Actes de la table-ronde de Leipzig, 16-17 juin 2005*. Centre archéologique européen, Glux-en-Glenne (Bibracte): pp. 197-218.

Ruiz Zapatero, G. (2006): L'archéologie et le nationalisme en Espagne. *L'archéologie, instrument du politique? Archéologie, histoire des mentalités et construction européenne*. CRDP de Bourgogne, Glux-en-Glenne. Bibracte: 133-150.

Ruiz Zapatero, G. (2007a): Imágenes de la sociedad prerromana: Vettones. (Barril, M. y Galán, E. eds.) *Ecos del Mediterráneo. El mundo ibérico y la cultura vettona*. Institución Gran Duque de Alba. Madrid: pp. 67-72.

Ruiz Zapatero, G. (2007b): Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la Meseta (c. 1200-500 a. C.). (Dávila, A. F. ed.) *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*. Comunidad de Madrid. Madrid: pp. 36-63.

Ruiz Zapatero, G. (2008): Prólogo a M. Fernández Götz. *La construcción arqueológica de la etnicidad*. Serie Keltiaa 42. Editorial Toxosoutos, Noia (La Coruña): pp. 9-12.

Ruiz Zapatero, G. (2009): Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades. (Sastre, I. coord.) *Arqueología Espacial: Identidades*. Arqueología Espacial, 27. Teruel: pp. 13-27.

Ruiz Zapatero, G. (2010): Arqueología del Proceso de etnogénesis en la Meseta prerromana: los vacceos. (Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. eds.) *De la región vaccea a la arqueología vaccea*. Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg”. Universidad de Valladolid. Valladolid.

Ruiz Zapatero, G. (2011): El caleidoscopio urbano en el mundo "céltico" de la Meseta. *Complutum*, 22 (2): pp. 297-309.

Ruiz Zapatero, G. (2014): Bronce Final - Hierro: la naturaleza de los Campos de Urnas. XV Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. *La transició Bronze Final - 1ª Edat del Ferro*. Institut d'Estudis Ceretans. Puigcerdà: pp. 635-658.

Ruiz Zapatero, G. (2018): Ver y usar cerámicas en la Edad del Hierro: (re)pensando ecologías domésticas y funerarias. (Alarcón García, E., Padilla Fernández, J. J.

Arboledas Martínez, L. y Chapon L. eds.) *Algo más que Galbos y Cacharros. Etnoarqueología y Experimentación cerámica*. Menga Revista de Prehistoria de Andalucía, Sevilla: pp. 85-89.

Ruiz Zapatero, G. y Álvarez Sanchís, J. R. (1995): Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta. (Cunliffe, B.W. y S.J. Keay, S. J. eds). *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the copper age to the second century ad*. Proceedings of the British Academy, 86. Londres: pp. 209-236.

Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (1999): Ulaca, la "Pompeya" vettona. *Revista de Arqueología*, 216: pp. 36-47.

Ruiz Zapatero, G. y Álvarez Sanchís, J. R. (2002): Tras la identidad de los Vettones: arqueología y etnicidad. *SPAL Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 11: pp. 253-275.

Ruiz Zapatero, G. y Álvarez Sanchís, J. R. (2011) (eds.): *Castros y Verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

Ruiz Zapatero, G. y Álvarez Sanchís, J. R. (2013): Vacceos, Vettones y Carpetanos ante el ataque de Aníbal. (Bendala, M. ed.) *Fragor Hannibalis. Aníbal en Hispania*. Museo Arqueológico Regional. Alcalá de Henares (Madrid): pp. 334-355.

Ruiz Zapatero, G. y Álvarez Sanchís, J. R. (2015): ¿Centros de poder? Sociedad y poblamiento en la Meseta Norte española (ca. 800-400 a. C.). *Vegueta*, 15: pp. 211-233.

Ruiz Zapatero G. y Fernández Götz, M. (2009): Triangulare un Kriegerische Gesellschaften in der Eisenzeit des keltischen hispaniens? Auf der Suche nach der vielfalt eisenzeitlicher sozialstrukturen. (Karl, R. y Leskovar, J. eds). *Interpretierte Eisenzeiten 3. Fallstudien, Methoden, Theorie, Tagungs bericht der 3. Linzer Gesprache zur interpretativen eisenzeitarchäologie. Oberösterreichisches Landesmuseum*. Linz: pp. 99-112.

Ruiz Zapatero, G y Lorrio Alvarado, A. (1999): Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico. (Arenas, J. A. y Palacios, M. V. eds.) *El origen del mundo celtibérico. Molina de Aragón*. Ayuntamiento de Molina de Aragón (Guadalajara): pp. 191-211.

Ruiz Zapatero, G. y Salas Lopes, N. (2008): Los vettones hoy: arqueología, identidad moderna y divulgación. (Álvarez Sanchís, J. R. ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Museo Arqueológico Regional. Madrid: pp. 409-423.

Rye, O. S. (1981): *Pottery Technology: Principles and Reconstruction*. Taraxacum. Washington D. C.

Rye, O. S. y Evans, C. (1976): *Traditional pottery techniques of Pakistan*. Smithsonian Contribution Antropology 21, Washington.

S

Sacristán de Lama, J. D. (1986): *La edad del hierro en el valle medio del Duero: Rauda (Roa, Burgos)*. Junta de Castilla y León. Universidad de Valladolid. Valladolid.

Sacristán de Lama, J. D. (2007): *La edad del Hierro en la Provincia de Burgos*. Diputación provincial de Burgos. Burgos.

Sacristán de Lama, J. D. (2011): El urbanismo Vacceo. *Complutum*, 22 (2): pp. 185-222.

Safa Barraza, P. (2002): El concepto de habitus de Pierre Bourdieu y el estudio de las culturas populares en México. *Revista Universidad de Guadalajara*, 24.

Saiz Carrasco, M. E. y Gómez Villahermosa, S. (2008-2009): Avance del estudio de la alfarería celtibérica en la Oruña (Vera de Moncayo- Trasmoz, Zaragoza). *Turiaso XIX. Revista del Centro de Estudios Turiasonenses*. Tarazona: pp. 34-61.

Salas López, N. (2008): *El alfar de la Segunda Edad del Hierro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)*. Trabajo de Investigación de Doctorado del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid.

Salinas de Frías, M. (2001): *Los Vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.

Salinas de Frías, M. (2013): El “Afrodision Oros” de Viriato. *Paleohispánica: Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 13: pp.257-271.

Salinas de Frías, M. (1999): De Polibio a Estrabón. Los celtas hispanos en la historiografía clásica, (Alonso, A., Crespo, S., Garabito, T. y Solovera M. E. coords.) *Homenaje al profesor Montenegro*. Estudios de Historia Antigua. Universidad de Valladolid. Valladolid: pp. 191-203.

Sánchez Climent, A. (2016): *La cerámica celtibérica meseteña: tipología, metodología e interpretación cultural*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

Sánchez Elipe, M. (2015): *Las comunidades de la Edad del Hierro en África centro-occidental: cultura material e identidad*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

Sánchez Fernández, C. (1992): Imágenes de Atenas en el mundo Ibérico: análisis iconográfico de la cerámica ática del siglo IV a. C. hallada en Andalucía Oriental. *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 4: pp. 23-34.

Sánchez Liranzo, O. (2008): El debate teórico en los estudios de la arqueología del género y su incidencia en la prehistoria. (Prados Torreira, L. y C. Ruiz López eds.) *Arqueología del género. 1^{er} Encuentro Internacional en UAM*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: pp. 43-60.

Sánchez Moreno, E. (1996): Los vetones en las fuentes literarias: ¿Una imagen sesgada? *Hispania Antiqua*, XX: pp. 23-40.

Sánchez, Moreno, E. (1997): Aproximación a la religión de los Vettones. Dioses, ritos y santuarios. *Studia Zamorensia*, 4: pp. 115-147.

Sánchez Moreno, E. (2000): *Vetones: Historia y Arqueología de un Pueblo Prerromano*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.

Sánchez Moreno, E. (2006): Ex pastore latro, ex latrone dux... Medioambiente, guerra y poder en el Occidente de Iberia. (Ñaco del Hoyo, T. y Arrayás Morales, I. eds.), *War and territory in the Roman World*. BAR International Series S1530, Oxford: pp. 55-79.

Sánchez Moreno, E. (2007): Los confines de la Vettonia meridional: identidades y fronteras. (Carrasco Serrano, G. coord.) *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca: pp. 107-164.

Sánchez Moreno, E. (2008): De Aníbal a César: la expedición cartaginesa de Salamanca y los vetones. (Álvarez Sanchís, J. R. ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Museo Arqueológico Regional, Madrid: pp. 338-361.

Sánchez Moreno, E. (2009): Vetones y Vettonia: etnicidad versus ordenatio romana. (Sanabria Marcos, P. J. ed.) *Lusitanos y Vetones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa-Alto Alentejo-Cáceres*. Memorias, 9. Museo de Cáceres. Junta de Extremadura. Cáceres: pp. 65-81.

Sánchez Muñoz, M. J. (2002): *La Cuenca Alta del Adaja (Ávila): diagnóstico geográfico y bases para un desarrollo rural integrado*. Institución Gran Duque de Alba. Diputación de Ávila. Ávila.

Sánchez Romero, M. (ed.) (2010): Infancia y Cultura Material en Arqueología. *Complutum*, 21 (2).

Sánchez Romero, M., Alarcón García, E. y Aranda Jiménez, G. eds.) (2015): *Children, spaces and identities*. Oxbow. Oxford: pp. 75-87.

Sánchez Yustos, P. (2009): *El Paleolítico antiguo en la Cuenca del Duero. Instrumentos teóricos para el desarrollo de un modelo interpretativo de Arqueología económica*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Valladolid. Valladolid.

Sánchez Yustos, P. (2010): Las dimensiones del paisaje en Arqueología. *Munibe*, 61: pp. 139-151.

Sanz Mínguez, C. (1998): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Junta de Castilla y León. (ACL. Mem.6). Valladolid.

Sanz Mínguez, C. (1999): La cerámica a peine, nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el Grupo Vacceo. (Balbín, R. y Bueno, P. eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*. Fundación Rei Afonso Henriques: pp. 249-273.

Sanz Mínguez, C. (2003): *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*. Universidad de Valladolid. Valladolid.

Sanz Mínguez, C., Romero Carnicero, F., Garrido Blázquez A. I., San Gregorio Hernández, D., Román Merino, A., García García, E., Górriz Gañán, C., Diezhandino Couceiro, E. y García Mínguez, M. L. (2007): Técnicas de producción alfarera vaccea contrastadas a través de la Arqueología Experimental. (Ramos Sainz, M.L., González Urquijo, J. E. y Baena Preysler, J. (eds.) *Arqueología experimental en la Península Ibérica: Investigación, Didáctica y Patrimonio*. Asociación española de Arqueología Experimental. Santander: pp. 291-297.

Sanz Mínguez, C. y Martín Valls, R. (2001): Los vacceos. *Exposición Celtas y Vettones. Ávila*, Diputación de Ávila. Ávila: pp. 314-325.

Sanz Mínguez, C. y Velasco Vázquez, J. (eds.) (2003): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Universidad de Valladolid. Valladolid.

Schiffer, M.B. (1990): The influence of surface treatment on heating effectiveness of ceramic vessels. *Journal of Archaeological Science*, 17 (4): pp. 373-382.

Schiffer, M. B., Skibo, J. M. (1987) Theory and experiment in the study of technological change. *Current Anthropology*, 28: pp. 595-622.

Schiffer, M.B. Skibo, J.M., Boelke, T. Neupert, M. Aronson, M. (1994): New perspectives on Experimental Archaeology: surface treatments and thermal response of the clay cooking pot. *American antiquity*, 59: pp. 197-217.

Schüle, W. (1969): *Die Meseta-kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín y Madrid Forschungen, 3.

Schulten, A. (1914): *Numancia I, Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*. Munich.

Schwartz, S. J., Luyckx y Vignoles V. (eds.) (2011): *Hnadbook of Identity. Theory and research*. Springer. Nueva York.

Seco, M. y Treceño, F. (1993): La temprana iberización. de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de La Mota, Medina del Campo (Valladolid). (Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero, Z. eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Junta de Castilla y León. Valladolid: pp. 133-171.

Sempere Ferrándiz, E. (1992): Catalogación de los hornos de España y Portugal. Tecnología de la cocción cerámica desde la antigüedad a nuestros días. *Asociación de Ceramología*. Alicante: pp. 155-169.

- Seseña Díez, N. (1976): *Barros y Lozas de España*. Editorial Prensa Española y Editorial Magisterio español. Madrid.
- Seseña Díez, N. (1997): *Cacharrería popular. La alfarería de basto en España*. Alianza Editorial. Madrid.
- Sewell, W. H. Jr. (1992): A theory of structure: Duality, agency and transformation. *American Journal of Sociology*, 98: pp. 1-29.
- Shaffer, D. R. (2000): *Psicología del desarrollo: Infancia y adolescencia*. International Thompson. Madrid.
- Shanks, M., Tilley, C. (1987): *Reconstructing Archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Shanks, M. (1992): *Experiencing the Past. On the character of archaeology*. Routledge, Londres.
- Shanks, M (2007): Arqueología simétrica. *Complutum*, 18: pp. 292-295
- Shapland, F. y Armit, I. (2012): The useful dead: bodies as objects in Iron Age and Norse Atlantic Scotland. *European Journal of Archaeology*, 15 (1): pp. 98-116.
- Shennan, S. (ed.) (1994): *Archaeological approaches to Cultural Identity*. Routledge, Londres.
- Shepard, A. (1956): *Ceramics for the archaeologist*. Carnegie Institut of Washington, Washington DC.
- Sigaut, F. (1994) Technology. (Ingold, T. ed.) *The Companion Encyclopedia of Anthropology*. London: pp. 396-419.
- Sillar, B. y Tite, M. S. (2000): The challenge of technological choices for materials science approaches in archaeology, *Archaeometry*, 42: pp. 2–20
- Smith, A. D. (2008): *The cultural foundation of Nations. Hierarchy, covenant and republic*. Blackwell, Oxford.
- Sofaer, J. (1994): Where are the Children? Accessing Children in the Past. *Archaeological Review from Cambridge*, 13 (2): pp. 7-20.
- Sofaer, J. (ed.) (2000): *Children and Material Culture*. Routledge. Londres y Nueva York.
- Sommer, U. (2007): Archäologische kulturem als imaginäre. (Rieckhoff, S. y Sommer, U. eds.), *Auf der Suche nach Identitäten: Volk-Stamm-Kultur-Ethnos*. BAR International Series 1705, Oxford: pp. 59-78.
- Sørensen, M.L. (2000): *Gender Archaeology*. Polity. Londres.

Sztompka, P. (1994): Evolving focus on human agency in contemporary social theory. (Sztompka, P. ed.) *Agency and structure: Reorienting social theory*. Gordon and Breach, Yverson. Switzerland: pp. 25-60.

T

Tarlow, S. (2012): The archaeology of emotion and affect. *Annual review of Anthropology*, 41: 169-185.

Testart, A. (1982) *Les Chasseurs-Cueilleurs ou l'origine des Inégalités*. Societé d'Etnographie. Univesité de Paris X- Nanterre. París.

Testart, A. (2004): *Les morts d'accompagnement. La servitude volontaire I*. Errance. París.

Testart, A. (2006): Comment concevoir une collaboration entre anthropologie sociales et archaéologie? À que prix? Et pourquoi? *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 100 (2): pp. 385-395.

Thér, R., Mangel, T. y Gregor, M. (2017): Potter's wheel in the Iron Age in Central Europe: process or product innovation? *Journal of Archaeological Method and Theory*, 24 (1): pp. 1-44.

Thomas, D. H. (1974): An Archaeological Perspective on Shosshonean Bands. *American Anthropolologist*, 76: pp. 11-23.

Thomas, J. (1996): *Time, Culture and Identity*. Routledge. Londres.

Thomas, J. (2007): Archaeology's humanism and the materiality of the body. (Insoll, T. ed.) *The archaeology of Identities: a reader*. Routledge. Londres y Nueva York: pp. 211-224.

Thurston, T. (2009): Unity and diversity in the European Iron Age: Out of Mists, Some Clarity? *Journal of Archaeological Research*, 17 (4): pp. 7-84.

Thurston, T. (2010): Bitter Arrows and Generous gifts: What eas a king in the European Iron Age? (Price, T. D. y Feinman, G. eds.) *Pathways to power. New Perspectives on the Emergence of Social Inequiality*. Springer. Nueva York: pp.193-254.

Tilley, C. (1994) *A Phenomenology of the Lanscape*. Places, Paths and Monuments. Berg. Oxford.

Tilley, C. (2011): Materializing identities: an introduction. *Journal of Material Culture*, 16 (4): pp. 347-357.

Tord, Basterra, G. (2017): Estudio comparativo de la epigrafía religiosa paleohispánica y gala. *Palaeohispánica: Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 17: pp. 279-289.

Torres Rodríguez, J. de (2013): *La tierra sin límites. Territorio, sociedad e identidades en el Valle Medio del Tajo (s. IX-I a. C.)*. Museo Arqueológico Regional de Madrid. Madrid.

Tremoleda, J. y Castanyer, P. (2013): El alfar romano de Ermedàs. El taller y su producción (Cornellà del Terri, Girona), (Bernal, D. y al. eds.). *En Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania*. Monografías ex officina hispana I, vol. I. Cádiz, 2013: pp. 479-497

Trigger, B. (1992): *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Crítica. Madrid.

Trigger, B. (2006): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press. Cambridge.

U

Ugalde, M. F. y Landázuri Narváez, C. (2016): Sociedades heterárquicas en el Ecuador Preincaico: Estudio diacrónico de organización política caranquí. *Revista Española de Antropología Americana*, 46: pp. 197-218.

Untermann, J. (1980): Namenkundliche Anmerkungen zu lateinischen Inschriften aus Kantabrien, *Beiträge zur Namenforschung*, 15p. 385-386.

Untermann, J. (1997): *Monumenta Linguarum Hispanicarum. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*. Wiesbaden.

Urbina Martínez, D. (2015): Un asentamiento de la Primera Edad del Hierro en Torrique, Noblejas, Toledo. *CuPAUAM*, 41: pp. 55-68.

U.S. EPA (2006): *XRF technologies for measuring trace elements in soil and sediment. Niton XLt 700 Series XRF Analyzer*. Innovative technology verification report EPA/540/R-06/004.

V

Vaquerizo Gil, D., Murillo Redondo, J. F. y Quesada Sanz, F. (1992): La cerámica ibérica del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). *Departamentos O, P, Ñ. Anales de Arqueología Cordobesa*, 3: pp. 51-112.

Vélez Rivas, J. y Pérez Avilés, J. J. (1987): El yacimiento protohistórico del Cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). *Oretum III*: pp. 167-196.

Valiente Cánovas, S. (1994): *Excavaciones arqueológicas en El Cerrón, Illescas (Toledo)*. Patrimonio Histórico-Arqueológico de Castilla La Mancha, 11. Toledo.

Velde, B. y Druc, I. (1999): *Archaeological Ceramic Materials: Origin and Utilization*. Springer. Berlin.

Vicent García, J.M. (1991): Arqueología y Filosofía: La Teoría Crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: pp. 29-36.

Vicent García, J. M. (1998): La Prehistoria del Modo Tributario de Producción. *Hispania*, LVIII/3, 200: pp. 823-839.

Vicent García J. M., Rodríguez, A., López, J. A., Zavala, I., López, P. y Martínez, M. I. (2000): ¿Catástrofes ecológicas en la estepa? Arqueología del paisaje en el complejo minero-metalúrgico de Kargaly (región de Orenburg, Rusia). *Trabajos de Prehistoria*, 57 (1): pp. 29-74.

Vidal. A. (2011): Identificación de agregados líquidos en pastas cerámicas. (Morgado, A., Baena, J. y García González, D. eds.) *La investigación experimental ligada a la arqueología*. Asociación Experimenta y Universidad de Granada. Granada: pp. 377-383.

Vidal, A. (2014): *Cerámica y Sociedad. La producción alfarera neolítica en el sur de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

Vidal, A. y García Roselló, J. (2009): Dime como lo haces: una visión etnoarqueológica de las estrategias de aprendizaje de alfarería tradicional. *Arqueoweb*, 12. (visto en <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/12/vidal.pdf>).

Vidal Palomino, J. (2014): Bosch Gimpera y Gordon Childe: una controversia ideológica, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 24: pp.75-80.

Vidale, M. (1992) *Produzione artigianale protostorica. Etnaarcheologia e archeologia*. Saltuarie dal laboratorio del Piovego, 4, Padova.

Viveiros de Castro, E. (1996): Os pronomes cosmológicos e o perspectivismo ameríndio, *Mana* 2, (2): pp. 115-144.

Voss, B.L. (2008): *The Archaeology of Ethnogenesis: Race and Sexuality in colonial San Francisco*. University of California Press. California.

VV.AA. (1987): *Pioneros de la arqueología abulense*. Junta de Castilla y León. Museo de Ávila. Ávila.

VV.AA. (1993): *Atlas de España. Tomo II*. Servicio de Estudios del Departamento Cartográfico de Aguilar. El País-Aguilar, Madrid.

VV.AA. (2002): *Caminos de Arte. D. Manuel Gómez Moreno y el Catálogo Monumental de Ávila*. Junta de Castilla y León. Museo de Ávila. Ávila.

VV.AA. (2005): *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la Exposición*. Ávila. Diputación Provincial de Ávila, Ministerio de Cultura y Junta de Castilla y León.

VV.AA. (2011): *Aldeas y Ciudades en el primer milenio a. C. La Meseta Norte y los orígenes del Urbanismo*. Complutum, 22(2).

VV.AA. (2016): *Identidad, alteridad y arqueología*. Arkeogazte 6.

W

Wattenberg Sampere, F. (1959): *La region vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, II. Madrid.

Wattenberg Sampere, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV. Madrid.

Webmoor, T. y Witmore, C.L. (2008): Things Are Us! A Commentary of Human Things Relations under the Banner of a “Social” Archaeology. *Norwegian Archaeological Review*, 41 (1): pp. 53-70.

Weintraub, K. (1993): *La formación de la individualidad. Autobiografía e Historia*. Megazul-Endymion. Madrid.

Wells, P. S. (2001): *Beyond Celts, German and Seythians: Archaeology and Identity in Iron Age Europe*. Duckworth. Londres.

Wells, P. S. (2009): Pottery and the Visual World at Iron Age Hascherkeller, Germany, *Journal of Field Archaeology*, 34 (2): pp 117-133.

Wells, P.S. (2012): *How ancient europeans saw the world: Vision, Patterns and shaping of the mind in Prehistoric Times*. Princeton University Press. Princeton.

Wiessner, P. (1983): Style and Social Information in Kalahari San Projectile Points. *American Antiquity*, 48 (2): pp. 253-276.

Wilk, R. y Rathje, W. (1982) (eds.): Archaeology of the Household: Building a Prehistory of domestic life. *American behavioral Scientist*, 25 (6): pp. 611-725.

Wobst, M. (1977): Stylistic Behavior and information exchange. (Cleland, C. E. ed.) *For The Director: research essays in honor of James B. Griffin*. University of Michigan. Ann Arbor: pp. 317-342.

Wolf, E.R. (1999): *Envisioning Power: Ideologies of dominance and crisis*. University of California Press. Berkeley.

Woods, A. J. (1985): An introductory note on the use of tangential thin-section for distinguishing between wheel-thrown and coil/ring-built vessels. *Bulletin of Experimental Firing Group*, 5: pp. 100-114

Wood, B.G. (1990): *The sociology of pottery in Ancient Palestine. The ceramic industry and the diffusion of ceramic style in the Bronze Age and Iron Age*. Journal for the Study of Old Testament Studies Supplement Series 103. Monograph 4, JSOT/ASOR Press. Sheffield.

Woolf, G. (1993): Rethinking the Oppida. *Oxford Journal of Archaeology*, 12 (2): pp. 223-234.

Wright, R. (1991): Women's labour and pottery production in Prehistory. (Gero, J. y Conkey, M. ed.) *Engendering Archaeology*. Blackwell. Oxford: pp.194-223.

Wright, R. (1998): Crafting Social Identity in Ur III Southern Mesopotamia. (Costin, C. y Wright R. eds.) *Craft and Social Identity*. Archaeological Paper of the American Anthropological Association 8. Washington DC.: pp. 57-70.

X

Xella, P. (2006): Archeologia e Storia delle Religioni. Riflessioni sulla terminología e il suo método. (Rocchi, M. y Xella, P. eds.) *Archeologia e religione*. Verona: pp. 3-23.

Z

Zarzalejos Prieto, M., Fernández Ochoa, C., Hevia Gómez, P. y Esteban Borrajo, G. (1995): Cerámicas griegas de Sisapo. La Bienvenida (Ciudad Real). *CNA*, XXII: pp: 183-189.

Zeiler, M., Ramsel, P. C., Jerem, E. y Megaw, J. V. S. (2009): Stempelgleiche Frühlatène-Keramik zwischen Traisental und Neusiedlersee, Relics of old decency: archaeological studies in later prehistory. (Cooney, G., Becker, K., Coles, J., Ryan, M. y Sievers, S. eds.) *Festschrift for Barry Raftery*. Worldwell. Dublin: pp. 259-276.

Zuluaga Ibargallartu, M. C., Ortega, L. y Alonso Olazabal, A. (2012): Influencia de la naturaleza de los desgrasantes en la estimación de las temperaturas de cocción en cerámicas arqueológicas, *MACLA. Revista de la Sociedad Española de Mineralogía*, 16: pp. 30-31.

ANEXOS

Anexo 1: Análisis FRX de cerámicas de Cogotas II y III

| N° INVENTARIO | VAR00003 | Origen | CronoCult | Sr | Rb | Pb | As | Zn | Fe | Mn | Cr | Ti | Ca | K | FAC1_1 | FAC2_1 |
|---------------|----------|--------|-----------|--------|--------|-------|-------|-------|----------|--------|--------|---------|----------|----------|--------|--------|
| 1989/41/3131 | 1,00 | co | CII | 66,68 | 167,42 | 53,37 | 0,00 | 51,39 | 32212,01 | 529,05 | 54,16 | 6585,09 | 13548,17 | 31842,50 | 0,87 | -0,50 |
| 33410 | 2,00 | co | CII | 63,80 | 143,39 | 43,69 | 0,00 | 27,39 | 18563,07 | 263,73 | 0,00 | 3997,71 | 8932,90 | 37959,61 | -0,15 | 0,89 |
| 1989/41/3108 | 1,00 | co | CII | 76,04 | 131,75 | 38,50 | 95,82 | 53,07 | 18120,63 | 245,58 | 57,67 | 4034,71 | 9547,66 | 34711,76 | -0,31 | 0,71 |
| 1989/41/3094 | 2,00 | co | CII | 63,84 | 146,36 | 54,40 | 0,00 | 31,08 | 22371,63 | 165,63 | 63,73 | 4377,75 | 9801,48 | 34521,78 | -0,35 | 0,47 |
| 1989/41/3423 | 2,00 | co | CIII | 79,32 | 123,80 | 69,74 | 15,00 | 54,58 | 32647,19 | 291,83 | 72,24 | 5361,72 | 8150,35 | 30180,07 | 0,11 | -0,64 |
| 1989/41/3339 | 2,00 | co | CIII | 186,78 | 128,90 | 27,43 | 11,79 | 69,88 | 35839,48 | 312,55 | 74,37 | 5568,89 | 18810,03 | 35423,01 | 0,73 | -0,19 |
| 1989/41/3340 | 2,00 | co | For | 118,86 | 159,03 | 67,45 | 60,38 | 52,72 | 29070,03 | 242,49 | 0,00 | 4329,74 | 60118,12 | 28964,77 | 1,18 | 0,92 |
| 1989/41/3215 | 2,00 | co | CIII | 256,13 | 120,71 | 43,52 | 0,00 | 64,65 | 43446,80 | 118,35 | 109,61 | 6665,84 | 4151,62 | 42637,83 | 0,40 | -0,42 |
| 1989/41/3233 | 2,00 | co | CIII | 67,73 | 148,73 | 19,10 | 9,78 | 66,88 | 22676,60 | 266,73 | 67,17 | 5088,89 | 8992,83 | 37227,22 | -0,02 | 0,57 |
| 33437 | 1,00 | co | CII | 81,23 | 137,55 | 43,37 | 17,24 | 40,99 | 18710,75 | 188,32 | 55,31 | 3712,97 | 12046,99 | 35185,89 | -0,34 | 0,80 |
| 1989/41/3596 | 2,00 | co | For | 59,25 | 174,42 | 45,79 | 27,73 | 87,95 | 60311,34 | 563,35 | 125,37 | 8230,67 | 11842,54 | 40053,59 | 2,16 | -1,79 |
| 1989/41/3473 | 1,00 | co | CIII | 63,63 | 141,93 | 17,18 | 8,13 | 77,31 | 27351,90 | 239,62 | 47,00 | 6250,39 | 10419,67 | 31928,20 | -0,08 | -0,07 |
| 1989/41/1117 | 1,00 | co | CIII | 76,75 | 168,14 | 40,72 | 0,00 | 70,93 | 40417,45 | 436,80 | 69,05 | 8107,43 | 9337,96 | 47902,06 | 1,38 | 0,10 |
| 1989/41/3592 | 1,00 | co | CII | 83,58 | 131,75 | 30,09 | 0,00 | 45,27 | 19095,72 | 193,24 | 70,56 | 4092,77 | 10997,96 | 35108,64 | -0,35 | 0,74 |
| 1989/41/3419 | 1,00 | co | For | 53,22 | 102,27 | 47,25 | 14,26 | 0,00 | 22598,73 | 88,43 | 85,10 | 6018,45 | 12714,87 | 19891,22 | -0,96 | -0,49 |
| 1989/41/1326 | 2,00 | co | CIII | 93,21 | 88,36 | 28,40 | 36,53 | 0,00 | 28453,91 | 154,36 | 0,00 | 5678,52 | 8709,83 | 24366,47 | -0,55 | -0,69 |
| 1989/41/3277 | 5,00 | co | CIII | 70,32 | 167,16 | 48,23 | 0,00 | 52,17 | 26590,03 | 365,08 | 69,37 | 4957,43 | 9024,22 | 33588,95 | 0,22 | -0,02 |
| 1989/41/3156 | 3,00 | co | For | 60,04 | 110,21 | 19,06 | 7,93 | 0,00 | 21499,70 | 0,00 | 80,39 | 6016,19 | 15071,37 | 20029,16 | -1,15 | -0,29 |

| N° INVENTARIO | VAR00003 | Origen | CronoCult | Sr | Rb | Pb | As | Zn | Fe | Mn | Cr | Ti | Ca | K | FAC1_1 | FAC2_1 |
|------------------|----------|--------|-----------|--------|--------|--------|-------|-------|----------|---------|--------|---------|----------|----------|--------|--------|
| 1989/41/3212 | 2,00 | co | CIII | 73,34 | 126,43 | 33,14 | 10,72 | 42,07 | 23194,89 | 309,16 | 51,76 | 4779,43 | 8748,70 | 32544,83 | -0,07 | 0,15 |
| 1989/41/2771 | 2,00 | co | CIII | 68,94 | 85,66 | 46,92 | 16,12 | 74,07 | 46320,45 | 264,62 | 92,33 | 6311,82 | 3808,22 | 34564,74 | 0,56 | -1,31 |
| 1989/41/2615 | 2,00 | co | CIII | 117,79 | 120,41 | 53,51 | 62,75 | 72,12 | 40890,03 | 358,10 | 127,19 | 6055,54 | 7265,09 | 33765,45 | 0,66 | -0,98 |
| 1989/41/1751 | 3,00 | co | For | 61,45 | 111,36 | 40,72 | 13,74 | 0,00 | 21326,36 | 0,00 | 88,66 | 6245,77 | 16320,12 | 20700,55 | -1,10 | -0,20 |
| 35592 | 2,00 | co | CIII | 87,13 | 137,22 | 22,28 | 16,86 | 42,58 | 27714,47 | 226,09 | 58,11 | 5301,65 | 8899,26 | 33668,45 | -0,08 | 0,00 |
| 1989/41/3153 | 3,00 | co | For | 70,40 | 108,01 | 37,74 | 15,05 | 0,00 | 21500,38 | 0,00 | 76,29 | 6069,75 | 11986,83 | 19497,99 | -1,25 | -0,41 |
| 1989/41/3152 | 3,00 | co | For | 69,34 | 109,37 | 48,95 | 12,30 | 0,00 | 21466,14 | 0,00 | 104,58 | 6377,70 | 11131,82 | 20188,48 | -1,25 | -0,38 |
| 1989/41/3292 | 2,00 | co | CIII | 98,44 | 127,42 | 51,18 | 17,19 | 49,42 | 25420,49 | 198,45 | 73,73 | 5315,43 | 8257,47 | 30454,29 | -0,35 | -0,09 |
| 35551 | 2,00 | co | CIII | 77,10 | 133,75 | 54,00 | 14,42 | 46,87 | 22703,66 | 319,25 | 0,00 | 4486,38 | 10198,11 | 33974,29 | 0,02 | 0,32 |
| 1989/41/1795 | 2,00 | co | PBa | 61,51 | 146,72 | 26,32 | 9,10 | 40,12 | 16648,20 | 321,08 | 0,00 | 3817,01 | 10929,75 | 40608,89 | 0,07 | 1,22 |
| 1989/41/973 | 1,00 | co | PBa | 69,04 | 171,27 | 43,93 | 0,00 | 51,70 | 16082,05 | 237,13 | 55,59 | 3350,74 | 9177,36 | 42861,29 | -0,12 | 1,43 |
| 1989/41/972 | 1,00 | co | PBa | 68,43 | 172,06 | 53,56 | 17,47 | 34,36 | 13897,83 | 120,20 | 0,00 | 3094,26 | 10819,99 | 40524,09 | -0,52 | 1,52 |
| 1989/41/971 | 1,00 | co | PBa | 62,71 | 159,28 | 53,11 | 0,00 | 53,87 | 15033,85 | 302,67 | 38,83 | 3731,25 | 8634,71 | 42954,24 | -0,01 | 1,45 |
| 1989/41/1796 | 2,00 | co | PBa | 163,68 | 99,20 | 109,68 | 0,00 | 54,79 | 36096,88 | 478,98 | 82,80 | 4157,08 | 33833,62 | 30882,15 | 1,38 | -0,25 |
| 35533 | 1,00 | co | Coci | 45,68 | 151,81 | 39,83 | 40,61 | 42,06 | 12108,79 | 0,00 | 0,00 | 1823,55 | 10424,81 | 51792,61 | -0,49 | 2,54 |
| 35531 | 1,00 | co | Coci | 87,38 | 141,06 | 33,64 | 15,88 | 41,72 | 13837,69 | 208,53 | 0,00 | 3610,28 | 16076,43 | 41087,80 | -0,15 | 1,65 |
| 1989/41/3482 | 2,00 | co | Ibe | 232,11 | 103,17 | 60,42 | 24,43 | 0,00 | 54409,11 | 1413,64 | 94,59 | 4536,42 | 33463,23 | 45268,91 | 4,75 | -0,99 |
| 1989/41/3481 (A) | 1,00 | co | CII | 86,65 | 136,45 | 55,10 | 13,71 | 49,44 | 19457,02 | 216,77 | 53,85 | 4368,81 | 10232,95 | 34260,02 | -0,33 | 0,62 |
| 1989/41/3481 (B) | 2,00 | co | CIII | 66,12 | 155,64 | 51,27 | 18,53 | 43,72 | 22568,25 | 194,15 | 61,50 | 4259,59 | 10944,36 | 38103,69 | -0,12 | 0,74 |

| N° INVENTARIO | VAR00003 | Origen | CronoCult | Sr | Rb | Pb | As | Zn | Fe | Mn | Cr | Ti | Ca | K | FAC1_1 | FAC2_1 |
|-------------------|----------|--------|-----------|--------|--------|--------|-------|--------|----------|--------|--------|---------|----------|----------|--------|--------|
| 1989/41/3481(C) | 1,00 | co | Coci | 53,59 | 168,26 | 29,56 | 26,11 | 47,90 | 14495,41 | 146,54 | 0,00 | 2873,93 | 8304,68 | 42213,41 | -0,44 | 1,52 |
| 1989/41/285 | 2,00 | co | CIII | 84,66 | 143,84 | 60,74 | 13,91 | 53,44 | 32030,55 | 382,77 | 57,70 | 6659,68 | 12734,59 | 38388,57 | 0,72 | 0,07 |
| 1989/41/285 (B) | 2,00 | co | CIII | 84,34 | 114,54 | 130,10 | 0,00 | 59,33 | 24127,64 | 228,89 | 95,33 | 5975,27 | 10973,63 | 33117,71 | -0,16 | 0,25 |
| 1989/41/288 | 3,00 | co | Est | 120,86 | 148,21 | 56,96 | 22,61 | 55,16 | 28638,60 | 216,76 | 62,15 | 4281,09 | 51826,23 | 36788,53 | 1,16 | 1,32 |
| 1989/41/3480 (A) | 1,00 | co | CII | 115,57 | 141,50 | 34,04 | 0,00 | 69,65 | 21096,68 | 269,68 | 44,64 | 4140,41 | 13196,16 | 35716,46 | -0,01 | 0,67 |
| 1989/41/3480 (B) | 1,00 | co | CII | 61,36 | 156,79 | 49,27 | 17,43 | 28,59 | 21081,31 | 269,99 | 53,55 | 3998,54 | 10079,81 | 37978,72 | -0,02 | 0,75 |
| 1989/41/3480 (C) | 2,00 | co | CIII | 79,29 | 158,89 | 25,94 | 0,00 | 90,68 | 28168,48 | 270,90 | 92,58 | 6149,30 | 10806,58 | 31624,60 | 0,03 | -0,16 |
| 1989/41/3478 (A) | 1,00 | co | CIII | 86,11 | 106,70 | 27,54 | 12,90 | 39,14 | 24869,30 | 251,33 | 62,55 | 4938,93 | 10414,21 | 26801,05 | -0,31 | -0,30 |
| 1989/41/3478 (B) | 2,00 | co | CIII | 100,21 | 164,20 | 65,70 | 13,32 | 69,06 | 43036,68 | 363,95 | 115,70 | 7865,79 | 11318,17 | 36389,97 | 0,94 | -0,82 |
| 1989/41/3478(C) | 1,00 | co | CIII | 120,16 | 142,02 | 45,94 | 0,00 | 46,35 | 29467,98 | 273,00 | 48,88 | 6137,17 | 14543,14 | 35319,77 | 0,30 | 0,13 |
| 1989/24/263 | 1,00 | co | CII | 67,77 | 126,06 | 34,99 | 14,86 | 52,07 | 20054,09 | 136,96 | 55,90 | 4302,74 | 10109,93 | 32120,20 | -0,58 | 0,47 |
| 1989/24/82 | 1,00 | co | CII | 65,97 | 142,26 | 53,30 | 12,29 | 47,92 | 20743,19 | 275,04 | 53,59 | 5142,62 | 9068,73 | 38139,70 | -0,04 | 0,76 |
| 1989/264 | 1,00 | co | CII | 49,36 | 116,59 | 33,41 | 16,52 | 40,85 | 24537,46 | 167,23 | 48,74 | 5502,72 | 7098,28 | 28551,99 | -0,55 | -0,18 |
| 1989/24/167 | 2,00 | co | CIII | 76,15 | 118,86 | 49,08 | 0,00 | 43,50 | 24549,65 | 178,28 | 0,00 | 5416,30 | 7137,29 | 28694,64 | -0,52 | -0,18 |
| 1989/24/59 | 2,00 | co | CIII | 67,41 | 108,54 | 52,96 | 18,17 | 37,24 | 29160,89 | 123,31 | 57,75 | 6092,39 | 5472,02 | 21739,15 | -0,78 | -1,00 |
| 1989/24/88 | 2,00 | co | CII | 58,59 | 118,37 | 53,64 | 0,00 | 54,16 | 25176,56 | 293,57 | 60,24 | 4855,86 | 8327,97 | 32345,79 | -0,06 | 0,01 |
| 1989/24/146 | 2,00 | co | CIII | 69,20 | 135,64 | 30,81 | 9,60 | 58,32 | 22571,54 | 217,47 | 80,56 | 5271,36 | 8301,50 | 32662,19 | -0,32 | 0,25 |
| 1989/24/132 | 1,00 | co | CIII | 63,20 | 117,95 | 39,75 | 20,34 | 371,50 | 24315,56 | 238,22 | 73,19 | 4957,54 | 8844,98 | 30892,35 | -0,26 | 0,01 |
| 1989/24/81 | 2,00 | co | For | 54,55 | 69,91 | 58,78 | 12,80 | 0,00 | 21154,87 | 0,00 | 0,00 | 7141,15 | 4087,43 | 11987,80 | -1,73 | -1,16 |

| N° INVENTARIO | VAR00003 | Origen | CronoCult | Sr | Rb | Pb | As | Zn | Fe | Mn | Cr | Ti | Ca | K | FAC1_1 | FAC2_1 |
|---------------|----------|--------|-----------|--------|--------|--------|-------|-------|----------|--------|--------|---------|----------|----------|--------|--------|
| 1989/24/51 | 3,00 | co | For | 50,04 | 80,19 | 47,44 | 0,00 | 0,00 | 25288,78 | 0,00 | 95,38 | 6637,17 | 3972,57 | 13135,25 | -1,55 | -1,34 |
| 1989/24/ SN | 4,00 | co | For | 203,39 | 159,91 | 140,46 | 0,00 | 39,96 | 29706,27 | 122,19 | 95,17 | 5178,60 | 50904,26 | 43218,95 | 1,17 | 1,76 |
| 1989/24/114 | 3,00 | co | For | 40,35 | 37,03 | 94,50 | 16,62 | 0,00 | 20507,64 | 0,00 | 77,74 | 8181,95 | 5893,60 | 7853,89 | -1,85 | -1,37 |
| 1989/24/113 | 3,00 | co | For | 83,79 | 77,11 | 37,25 | 18,93 | 0,00 | 20649,97 | 0,00 | 91,59 | 6246,41 | 7477,92 | 17647,58 | -1,46 | -0,62 |
| 1989/24/192 | 3,00 | co | For | 48,37 | 102,30 | 43,61 | 20,51 | 0,00 | 23052,85 | 0,00 | 111,97 | 6471,98 | 2611,58 | 16659,36 | -1,54 | -0,98 |
| 1989/24/174 | 2,00 | co | CIII | 93,66 | 114,08 | 32,03 | 0,00 | 73,85 | 39856,98 | 185,71 | 115,92 | 6842,09 | 4746,05 | 34992,53 | 0,18 | -0,78 |
| 1989/24/230 | 1,00 | co | For | 114,42 | 52,33 | 31,15 | 17,13 | 70,36 | 55642,15 | 181,72 | 91,27 | 4782,75 | 17355,09 | 17676,40 | 0,44 | -2,74 |
| 1989/24/694 | 2,00 | co | CIII | 81,06 | 97,11 | 44,10 | 18,56 | 30,81 | 25070,09 | 135,62 | 61,45 | 5249,54 | 9251,85 | 26169,71 | -0,64 | -0,31 |
| 1989/24/188 | 2,00 | co | CIII | 93,22 | 109,97 | 30,79 | 0,00 | 49,18 | 23283,75 | 258,31 | 0,00 | 5547,85 | 11140,39 | 26688,30 | -0,33 | -0,19 |
| 1989/24/697 | 1,00 | co | Coci | 66,36 | 141,75 | 45,82 | 13,72 | 34,84 | 15640,41 | 366,49 | 0,00 | 4203,92 | 8150,78 | 39839,72 | 0,04 | 1,13 |
| 1999/114/703 | 2,00 | co | CIII | 169,35 | 91,60 | 109,36 | 0,00 | 38,75 | 36793,24 | 396,62 | 86,83 | 4449,51 | 34592,60 | 31240,09 | 1,23 | -0,20 |

| Anexo 2: Análisis DRX de cerámicas de Cogotas II y III | | | | | | | | | | | | | |
|--|--------------|-----------|--------|---------------------|---------------------|---------|----------|-----------|-----------|----------|-----------|-------------|--------------------------------------|
| Nº de Inventario | Crono | Muscovite | Quartz | Feldespato Potásico | Plagioclasa (Na-Ca) | Calcite | Diopside | Wollaston | Gehlenite | Hematite | Magnetita | Temperatura | Observaciones* |
| 1989/41/3340 | Arev | 6 | 45,2 | 7 | 6,1 | 4,7 | 5 | 4,5 | 5,9 | 0 | 0 | 800-850° | - |
| 1989/24/SN | Atic | 5,1 | 44 | 9,1 | 10,7 | 0 | 7,2 | 6,9 | 5,4 | 6 | 5,6 | c. 900° | - |
| 1989/41/3131 | CII | 7 | 43,7 | 16 | 15,5 | 0 | 7,1 | 8,7 | 2 | 0 | 0 | 800-850° | - |
| 1989/41/3103 | CII | 7,8 | 50,3 | 23,4 | 12,5 | 0 | 2,1 | 3,9 | 0 | 0 | 0 | c. 800° | - |
| 1989/41/3108 | CII | 8,3 | 53,6 | 9,4 | 16,5 | 0 | 3,3 | 5,4 | 3,5 | 0 | 0 | 800-850° | - |
| 1989/41/3094 | CII | 22,6 | 38,7 | 10 | 17,7 | 0 | 3,9 | 4,8 | 2,3 | 0 | 0 | 800-850° | - |
| 1989/41/2771 | CIII | 7,4 | 66,7 | 8,1 | 5,9 | 5,1 | 0 | 0 | 0 | 6,8 | 0 | 700-750° | Superficie tratada con engobe rojo |
| 35551 | CIII | T | 50,4 | 10,5 | 12,8 | 4,2 | 5 | 6,1 | 5,9 | 5,1 | 0 | <900° | - |
| 1989/24/59 | CIII | 14,7 | 55,9 | 9,8 | 8,4 | 0 | 5,5 | 5,7 | 0 | 0 | 0 | 850° | - |
| CO-1986-89-232 | CIII | 18,6 | 51,5 | 9,5 | 6,7 | 0 | 3,4 | 3,5 | 3,3 | 3,6 | 0 | <900° | - |
| 35533 | Coci | 2,2 | 56 | 29,1 | 10,6 | 2,1 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 700-750 | - |
| 35531 | Coci | 12,6 | 45 | 15,2 | 18,8 | 0 | 2,3 | 3,3 | 2,8 | 0 | 0 | 800-850° | - |
| 1989/41/288 | Herr. Estamp | 7,3 | 50,8 | 11 | 9,4 | 4,2 | 5 | 6,8 | 4,9 | 0 | 0 | 800-850° | - |
| 1989/24/230 | Gal | 27 | 35,4 | 9,3 | 11,6 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | c.750° | - |
| 1989/41/3596 | Estamp | 28 | 34,3 | 8,3 | 6,8 | 4,2 | 4,3 | 5 | 4 | 5,1 | 0 | 850-900° | El DRX tiene problemas. No es fiable |
| 1989/41/3482 | Ibe | 7,1 | 40 | 8 | 8,4 | 6,8 | 7,4 | 7,6 | 7,3 | 7,4 | 0 | 850-900° | - |
| 1989/41/1795 | Pba | 3,3 | 54,9 | 14,2 | 13,1 | 3,6 | 3,6 | 3,7 | 3,6 | 0 | 0 | 800-850° | - |

| N° de Inventario | Crono | Muscovite | Quartz | Feldespatopotásico | Plagioclasa (Na-Ca) | Calcite | Diopside | Wollaston | Gehlenite | Hematite | Magnetite | Temperatura | Observaciones |
|------------------|-------|-----------|--------|--------------------|---------------------|---------|----------|-----------|-----------|----------|-----------|-------------|---------------|
| 1989/41/972 | Pba | 20,3 | 40,8 | 19,8 | 17,7 | 0 | T | T | T | 0 | 0 | c. 800° | - |
| 1989/41/1796 | Pba | 10,4 | 50,5 | 11,5 | 15,6 | 2,8 | 3,2 | 3,4 | 2,6 | 0 | 0 | 850° | - |
| 1989/41/1751 | Vacc | 3,7 | 72,7 | 4,4 | 4,2 | 0 | 3,4 | 4 | 3,3 | 4,2 | 0 | 850-900° | - |
| 1989/24/114 | Vacc | 11,9 | 64,2 | 11,6 | 12,3 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 700-750 | - |

* La presencia de Calcita debe ser entendida como alteraciones postdeposicionales o por contaminación de las partes que están restauradas

